

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y COMUNICACIÓN



**VNiVERSiDAD  
D SALAMANCA**

Tesis doctoral

---

# **La identidad social de los adolescentes españoles de principios del siglo XXI**

Un estudio de las respuestas a la pregunta  
«quién soy yo»

---

Autora:  
Helena Román Alonso

Director:  
Dr. Rafael Modesto Escobar Mercado

**Salamanca, 2015**



## Agradecimientos

El proceso académico y personal que ha supuesto el desarrollo de esta tesis ha sido posible gracias al apoyo de personas e instituciones que han facilitado y alentado, de una u otra manera, mi dedicación y esfuerzos para realizarla, empezando por mi director Modesto Escobar. Quiero agradecerle la confianza al aceptarme bajo su supervisión a lo largo de estos años, haber favorecido mi aprendizaje en diversos aspectos del proceso de investigación y haber orientado y apoyado mi desarrollo académico. Además, me permitió la incorporación al proyecto I+D+I *La identidad social. Nuevos enfoques y metodologías* a partir del cual he desarrollado este trabajo de investigación.

Me siento agradecida por el tiempo compartido con los profesores y becarios del Departamento de Sociología y Comunicación de la Universidad de Salamanca, muy en especial por los compañeros del despacho 101 que han sido un gran estímulo y apoyo en el transcurso de esta tesis.

Asimismo, agradezco a dos instituciones las facilidades ofrecidas para la realización de este trabajo: la Junta de Castilla y León, que me concedió una ayuda del programa de formación de personal investigador y la Universidad de Salamanca, que financió mi estancia de investigación en el Reino Unido.

Quisiera también hacer una mención al profesor Richard Jenkins, del Departamento de Estudios Sociológicos de la Universidad de Sheffield, que me ayudó a formular las preguntas adecuadas, a organizar mi forma de pensar esta tesis y cuyo modelo teórico sobre la identidad ha servido de orientación para abordar el objeto de estudio. Pero, sobre todo, quiero agradecerle su disponibilidad, su paciencia, su cálida acogida y el haber valorado mi trabajo y potenciado mis capacidades.

En un plano más personal, no podría haber seguido adelante todos estos años sin la colaboración desinteresada de compañeros que acabaron convirtiéndose en amigos. Gracias en especial a Cristina Gómez Villalta y Sagar Hernández, por vuestro contraste, consejo y apoyo durante todo el proceso. Hoy descubro agradecida lo necesarias que fueron esas conversaciones con vosotros en torno a una taza de café en los bares del campus.

No puedo dejar de mencionar a mi familia, que siempre ha alentado y posibilitado mi formación académica y que me transmitió desde niña el interés por

conocer y preguntarme sobre la realidad que me rodea. Sé que ellos viven el resultado de este esfuerzo como si fuera suyo, que en gran parte lo es, y me siento privilegiada por las oportunidades y el apoyo que me han brindado.

Especialmente quiero acordarme de los que os tomasteis la molestia y paciencia de contrastar dudas conmigo o de leerlos alguno de mis textos, entre ellos, José Manuel Gaete, Estrella Montes, Luzio Uriarte, Jesús Alonso, Álvaro Chordi y mi madre, Begoña Alonso, que ayudó a hacer más comprensibles algunos de mis escritos. Siento que sois corresponsables de que esté hoy escribiendo estas líneas finales y que sin vuestro cariño y apoyo no habría llegado hasta aquí.

Un último agradecimiento, aunque no por ello es el menos importante, es para mis hermanos y hermanas de comunidad Adsis, que son quienes, primero en Salamanca y después en Santiago de Chile, han sido testigos del esfuerzo cotidiano de «dar a luz» a esta tesis, animándome en los momentos difíciles y celebrando cada avance. Gracias por sostenerme, confiar en mí y estar presentes.

Quisiera dedicar este trabajo a los jóvenes, que me animan a seguir buscando mis propias respuestas a la pregunta «quién soy yo» y han sido la verdadera motivación de fondo para abordar la temática de esta investigación. Con especial cariño quisiera agradecerles a aquellos con los que he compartido sueños y aprendizajes vitales todos estos años, en especial a Alba García, Jara Calvo, Elena Moreno, Ximena Alvial, Gino Olivares y Patricia Acuña. Gracias a los que, ayer y hoy, me habéis ayudado a mantener el corazón joven y apasionado.

La realización de la presente tesis doctoral ha sido posible gracias al programa de ayudas de la Junta de Castilla y León para la financiación de personal investigador de reciente titulación universitaria, en el marco de la Estrategia Regional de Investigación Científica, Desarrollo Tecnológico e Innovación 2007-2013, cofinanciadas por el Fondo Social Europeo [Orden EDU/3030 ORDEN EDU/330/2008, de 3 de marzo].

La investigación objeto de esta tesis se ha financiado con fondos el Programa Nacional del Plan de Investigación Científica, Desarrollo e Innovación Tecnológica (I+D+I) 2008-2011 del Ministerio de Economía y Competitividad (CS02011-27005) y cofinanciado por la Unión Europea.



# Índice de contenido

<b>Índice de tablas y gráficos.....</b>	<b>13</b>
<b>INTRODUCCIÓN.....</b>	<b>15</b>
Justificación de la investigación .....	17
Preguntas y objetivos de investigación .....	20
Estructura de la tesis doctoral .....	21
<b>MARCO TEÓRICO .....</b>	<b>27</b>
<b>1 Fundamentos del concepto de self como realidad social.....</b>	<b>29</b>
<b>1.1 Los orígenes de la concepción social del self .....</b>	<b>30</b>
1.1.1 El <i>self</i> como objeto de estudios en las ciencias sociales.....	32
1.1.2 El <i>looking-glass self</i> de C. H. Cooley.....	33
1.1.3 G. H. Mead y la concepción dialógica del «yo» y el «mí».....	36
<b>1.2 Desarrollo de la idea de <i>self</i> en el interaccionismo simbólico. ....</b>	<b>41</b>
1.2.1 Las premisas teóricas fundamentales del paradigma.....	42
1.2.2 Concepción del <i>self</i> en las escuelas del interaccionismo simbólico .....	44
1.2.3 El enfoque dramático del <i>self</i> .....	49
1.2.4 El interaccionismo simbólico revisado: el modelo de identidad de rol, la teoría de la identidad y otros enfoques afines .....	53
1.2.5 Dinámicas grupales y categoriales en la percepción de uno mismo.....	60
1.2.6 Una visión comparada de la teoría de la identidad de rol y la teoría de la identidad social .....	65
<b>1.3 La identidad situada en el contexto histórico y sociocultural .....</b>	<b>68</b>
1.3.1 La aportación de E. Erikson .....	68
1.3.2 La perspectiva fenomenológica de la identidad .....	73
1.3.3 El yo saturado de K. Gergen.....	77
<b>2 Aportaciones actuales a la conceptualización de la identidad.....</b>	<b>81</b>
<b>2.1 Propuestas teóricas actuales de conceptualización .....</b>	<b>82</b>
2.1.1 Los órdenes y dialécticas del proceso de identificación.....	82
2.1.2 La atribución y las formas de identificación como ejes de la identidad... 87	
2.1.3 Identidad, sentido y reducción de la complejidad .....	91

<b>2.2</b>	<b>El impacto de las transformaciones socioculturales actuales en la autopercepción del individuo.....</b>	<b>95</b>
2.2.1	El proceso de individualización de los referentes identitarios .....	99
2.2.2	¿Hacia una disolución del individuo?.....	102
<b>2.3</b>	<b>Conclusiones: opciones conceptuales de cara al objeto de estudio.....</b>	<b>108</b>
2.3.1	Cuestiones de debate y dilemas en torno a la identidad .....	110
2.3.2	<i>Self</i> e identidad: aclaraciones terminológicas.....	113
2.3.3	La identidad como resultado de las dialécticas individuales del <i>self</i> .....	115
<b>3</b>	<b>La investigación social sobre la realidad juvenil.....</b>	<b>119</b>
<b>3.1</b>	<b>Dificultades en la delimitación conceptual .....</b>	<b>120</b>
<b>3.2</b>	<b>El desarrollo identitario en la etapa adolescente .....</b>	<b>123</b>
<b>3.3</b>	<b>Evolución de la categoría de «joven» en las sociedades occidentales.....</b>	<b>127</b>
<b>3.4</b>	<b>Principales perspectivas sociológicas en el estudio de la juventud.....</b>	<b>133</b>
3.4.1	La teoría de las generaciones.....	134
3.4.2	El enfoque estructural funcionalista del ciclo vital .....	138
3.4.3	Los estudios culturalistas de la juventud .....	141
3.4.4	La juventud como problema social.....	144
3.4.5	Perspectiva biográfica o de la transición .....	146
<b>3.5</b>	<b>Conclusiones de cara al sujeto de investigación.....</b>	<b>149</b>
<b>4</b>	<b>Identificaciones sociales de los jóvenes españoles .....</b>	<b>155</b>
<b>4.1</b>	<b>Jóvenes e identidades de género .....</b>	<b>156</b>
4.1.1	Introducción a los estudios de género.....	157
4.1.2	Las diferencias según el sexo en el cuestionario de identidad TST .....	160
4.1.3	Evolución de los roles de género en España.....	162
4.1.4	Los jóvenes españoles y las desigualdades de género .....	164
4.1.5	Sexualidad y relaciones interpersonales entre los adolescentes .....	168



<b>4.2</b>	<b>Los ámbitos de interacción social de los jóvenes.....</b>	<b>170</b>
4.2.1	Evolución de la institución familiar en el cambio de siglo.....	171
4.2.2	La dependencia/ independencia de la familia de origen.....	175
4.2.3	Los jóvenes españoles y sus relaciones familiares .....	179
4.2.4	Relevancia de la amistad en la vida de los adolescentes españoles.....	182
4.2.5	Espacios de creación y recreación de las relaciones entre iguales: ocio, estilo de vida y nuevas tecnologías .....	184
<b>4.3</b>	<b>La identificación nacional-territorial de los jóvenes españoles .....</b>	<b>193</b>
4.3.1	Etnicidad y nacionalismo.....	193
4.3.2	Identificación étnico-nacionalista en la definición de sí mismo.....	198
4.3.3	Nacionalismo estatal y nacionalismos periféricos.....	199
4.3.4	Identificación político- territorial de los jóvenes españoles .....	203
<b>4.4</b>	<b>La dimensión religiosa en los jóvenes españoles .....</b>	<b>207</b>
4.4.1	La secularización de las sociedades europeas .....	207
4.4.2	La religiosidad en la España democrática .....	210
4.4.3	Jóvenes españoles y religión.....	215
	<b>INVESTIGACIÓN EMPÍRICA.....</b>	<b>221</b>
<b>5</b>	<b>Metodología de la investigación .....</b>	<b>223</b>
<b>5.1</b>	<b>Diseño general de la investigación.....</b>	<b>223</b>
5.1.1	Objeto de estudio: la identidad social.....	223
5.1.2	Objetivos de la investigación.....	224
5.1.3	Tipo de investigación y enfoque metodológico.....	225
5.1.4	Hipótesis de investigación .....	225
5.1.5	Dimensiones, variables e indicadores.....	233
<b>5.2</b>	<b>Técnica de investigación.....</b>	<b>236</b>
5.2.1	Descripción del cuestionario <i>Twenty Statements Test</i> .....	236
5.2.2	Modificaciones al formato inicial.....	239
5.2.3	Fiabilidad y validez del instrumento de medida.....	240
5.2.4	Codificación de las respuestas .....	243

<b>5.3</b>	<b>Población y muestra.....</b>	<b>255</b>
5.3.1	Los jóvenes como sujeto de estudio .....	255
5.3.2	Proceso de recogida de información.....	256
5.3.3	Descripción de la muestra.....	259
<b>6</b>	<b>Análisis de datos .....</b>	<b>265</b>
<b>6.1</b>	<b>Análisis descriptivo .....</b>	<b>265</b>
6.1.1	Descripción de acuerdo al sentido de los enunciados.....	266
6.1.2	Descripción de acuerdo a las referencias sociales .....	269
<b>6.2</b>	<b>Tipología de identidades adolescentes.....</b>	<b>274</b>
6.2.1	Perfiles de identidad de acuerdo al sentido de sus autodefiniciones .....	275
6.2.2	Perfiles de identidad de acuerdo a los referentes sociales .....	279
<b>6.3</b>	<b>Factores explicativos de las respuestas al TST.....</b>	<b>283</b>
6.3.1	Análisis de la relación entre las categorías de sentido y los factores explicativos .....	290
6.3.2	Análisis de la relación entre las subcategorías de sentido y los factores explicativos .....	293
6.3.3	Análisis de la relación entre las referencias y los factores explicativos .	299
6.3.4	Análisis de la relación entre los perfiles de respuesta al cuestionario TST y los factores explicativos .....	304
	<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>309</b>
<b>7</b>	<b>La identidad social de los jóvenes .....</b>	<b>311</b>
<b>7.1</b>	<b>Revisión de los objetivos y las hipótesis de la investigación.....</b>	<b>311</b>
7.1.1	Subjetivización de la identidad.....	315
7.1.2	Perfiles identitarios .....	317
7.1.3	Aspectos más importantes de la vida e identificaciones prioritarias .....	320
7.1.4	Diferencias de género .....	322
7.1.5	Factores del entorno de socialización.....	327
7.1.6	Identificaciones territoriales y étnicas .....	330
7.1.7	Religiosidad e identidad social .....	333
<b>7.2</b>	<b>Implicaciones teóricas de la investigación .....</b>	<b>336</b>
<b>7.3</b>	<b>Implicaciones metodológicas.....</b>	<b>338</b>

<b>7.4</b>	<b>Consideraciones finales .....</b>	<b>340</b>
<b>7.5</b>	<b>Aportaciones, limitaciones y posibles futuras líneas de investigación .....</b>	<b>343</b>
	<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>347</b>
	<b>ANEXOS.....</b>	<b>363</b>
	ANEXO A: Cuestionarios <i>Twenty Statements Test</i> y preguntas sociodemográficas.....	365
	ANEXO B: Pruebas para el cálculo de los conglomerados k medias .....	373
	ANEXO C: Pruebas de normalidad y homocedasticidad para las variables dependientes.....	377



# Índice de tablas y gráficos

## Tablas

<b>Tabla 1.</b> Diferencias entre las escuelas interaccionistas de Chicago y de Iowa .....	46
<b>Tabla 2.</b> Itinerarios de emancipación de los jóvenes españoles.....	147
<b>Tabla 3.</b> Indicadores laborales y de autonomía de los jóvenes españoles menores de 30 años .....	177
<b>Tabla 4.</b> Orden de preferencias de actividades de ocio de los jóvenes españoles .....	186
<b>Tabla 5.</b> Identificación territorial de los jóvenes españoles* .....	204
<b>Tabla 6.</b> Identificación territorial de los jóvenes por comunidad autónoma .....	205
<b>Tabla 7.</b> Características de las variables independientes .....	236
<b>Tabla 8.</b> Esquema de categorías para la clasificación de respuestas del TST .....	255
<b>Tabla 9.</b> Características de los centros educativos.....	258
<b>Tabla 10.</b> Tipo de centro educativo al que asisten los sujetos .....	259
<b>Tabla 11.</b> Sexo de los sujetos.....	260
<b>Tabla 12.</b> Idioma de respuesta del cuestionario.....	263
<b>Tabla 13.</b> Frecuencias e índice de relevancia de las categorías de sentido.....	267
<b>Tabla 14.</b> Frecuencias e índice de relevancia de cada tipo de referencia .....	270
<b>Tabla 15.</b> Comparación aspectos importantes de la vida y resultados del TST .....	271
Tabla 16. Referencias territoriales según la comunidad autónoma .....	273
Tabla 17. Perfiles de respuesta según sentido del enunciado .....	275
Tabla 18. Características de los distintos perfiles según las categorías de sentido .....	276
Tabla 19. Perfiles de respuesta según las referencias mencionadas .....	280
Tabla 20. Características de los distintos perfiles según las referencias .....	281
Tabla 21. Pruebas de detección de multicolinealidad.....	286
Tabla 22. Resultados de la regresión <i>logit</i> de las categorías de sentido .....	291
Tabla 23. Resultados de la regresión <i>logit</i> de las subcategorías actitudinales (I) .....	294
Tabla 24. Resultados de la regresión <i>logit</i> de las subcategorías actitudinales (II) .....	296
Tabla 25. Resultados de la regresión <i>logit</i> de las subcategorías consensuales.....	298
Tabla 26. Resultados de la regresión <i>logit</i> con los indicadores de referencias (I) .....	300
<b>Tabla 27.</b> Resultados de la regresión <i>logit</i> con los indicadores de referencias (II) .....	302
<b>Tabla 28.</b> Resultados de la regresión <i>logit</i> con los conglomerados de sentido.....	306
<b>Tabla 29.</b> Resultados de la regresión <i>logit</i> con los conglomerados de referencias.....	307

Tabla 30. Objetivo general y objetivos específicos .....	312
Tabla 31. Resumen de las hipótesis y conclusiones sobre su cumplimiento.....	314
Tabla 32. Perfiles de repuesta según sentido del enunciado (3 conglomerados) .....	375
Tabla 33. Perfiles del respuesta según sentido del enunciado (5 conglomerados).....	375
Tabla 34. Perfiles de respuesta según las referencias (3 conglomerados).....	376
Tabla 35. Perfiles de respuesta según las referencias (5 conglomerados).....	376

## **Gráficos**

Gráfico 1. Formas de identificación según Dubar .....	88
Gráfico 2. Variables, dimensiones e indicadores .....	234
Gráfico 3. Nivel educativo de los progenitores .....	260
Gráfico 4. Situación laboral de los progenitores .....	261
Gráfico 5. Intención de voto (%) .....	262
Gráfico 6. Posición ante la religión .....	262
Gráfico 7. Residuos tipicados según el valor pronosticado para cada variables dependiente.....	379
Gráfico 8. Histogramas de residuos tipificados y Gráfico P-P normal para cada variable dependiente.....	382

# INTRODUCCIÓN

---





## Justificación de la investigación

Las sociedades europeas de principios del siglo XXI, caracterizadas por la complejidad y variedad de contactos sociales, la fluidez informativa, la exposición a diferentes puntos de vista, opiniones, opciones de vida, ha situado al individuo actual en trayectorias vitales que se mueven entre la necesidad de coherencia y continuidad biográfica y la inestabilidad y transitoriedad de las decisiones tomadas. A esto se suma la progresiva erosión de los referentes sociales, institucionales, ideológicos y espirituales característicos de la modernidad que servían de hitos para que la persona definiera su sentido y orientación vitales (Berger, P., Berger, B. y Kellner, 1979; Castells, 1997; Gergen, 1992; Giddens, 1997; Torregrosa, 1983). Estos procesos irían de la mano con una progresiva transformación de la identidad que, en un primer término, pasó de ser una herencia adscrita a un determinado estrato social a estar definida de acuerdo a la clase social. Por tanto, dejó de ser un aspecto esencial de la persona a un rasgo negociable y adquirido a través de los méritos. Posteriormente, con los cambios asociados a la posmodernidad anteriormente señalados, la identidad se conforma como una tarea revisable y actualizable de acuerdo con los continuos giros que experimentan las biografías personales. Esto supone que se cimienta cada vez más sobre la propia conciencia, o lo que es lo mismo, que experimenta un proceso de individualización (Bauman, 2001).

No sorprende que el fenómeno se haya convertido en una preocupación de los científicos sociales de este tiempo, que siga siendo objeto de debate y que se continúen llevando a cabo investigaciones sobre su contenido simbólico y sobre la relación entre la formación del *self* y las dinámicas de cambio y reproducción sociocultural (Elliot, 2013). Esta dimensión del individuo ha sufrido importantes cambios y supone hoy en día una de las claves que contribuyen a entender el desarrollo de distintos fenómenos sociales, desde las dinámicas de los movimientos sociales (Melucci, 1994; Revilla, 1998; Tarrow, 1997), a la emergencia de la sociedad en red (Castells, 1997), o las tribus urbanas (Silva, 2002), entre otros.

Si bien la proliferación de los estudios acerca de la identidad podría ser un rasgo característico de la sociedad actual, eso no significa que antes las personas no se preguntaran quiénes eran, o que no existiera una definición social de lo que cada uno debía ser. En la filosofía occidental ha habido una larga tradición de corrientes y pensadores que han hecho referencia al tema de la identidad – o conceptos similares– en

la preocupación por desentrañar qué es lo que permanece, resultando parte esencial de las cosas, y qué es lo contingente; así como por la contraposición entre unidad y la diversidad (Brubaker y Cooper, 2000). Igualmente, en la literatura, tanto dentro como fuera de la academia, se han fraguado similares reflexiones a raíz de los conflictos o persecuciones hacia determinados grupos y perfiles sociales que de una u otra manera desafiaban el orden establecido de identidades como las brujas, los judíos, los pueblos indígenas, los leprosos, los homosexuales, etc. (Jenkins, 2004; Goffman, 1970).

De ahí que puedan encontrarse un nada despreciable número de teorías y enfoques dentro de las ciencias sociales, con sus correspondientes metodologías, análisis y conclusiones en torno a la constitución y mantenimiento de la identidad; así como de los efectos de estos procesos sobre la conducta del individuo, sobre las dinámicas de relación entre grupos humanos y sobre los cambios que se generan en la sociedad (Agulló, 1997; Jenkins, 2004; Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010; Revilla, 1998). Esto explica la polisemia terminológica con que se ha abordado la pregunta humana fundamental de «quién soy yo», así como la dificultad para recoger todas las dimensiones del fenómeno identitario en un solo modelo teórico.

Aparte de lo dicho, aunque en la actualidad existe un notable interés por estas cuestiones, se han elaborado importantes reflexiones sociológicas acerca de cómo las transformaciones socioculturales actuales están dando lugar a una nueva forma de conciencia de uno mismo y se hayan escrito ensayos que permiten comprender algunos fenómenos sociales actuales, es imprescindible acometer una investigación empírica para comprobar en qué medida se están dando las transformaciones del *self* o identidad que pronostican o describen los teóricos de la posmodernidad (Martuccelli, 2007).

La presente tesis parte de un interés inicial por desvelar si existen indicios del proceso de individualización o de subjetivización de la identidad que propugnan aportaciones teóricas más recientes y trata de indagar la incidencia de algunas características sociodemográficas en cómo las personas se responden a sí mismas la pregunta «quien soy yo». Además, esta investigación se enmarca dentro del proyecto I+D+I *Identidad social: nuevos enfoques y metodologías* que precisamente busca ofrecer una contribución empírica al debate sociológico sobre la identidad. Esta tarea contempla la aportación de nuevas ideas y conceptos que permitan comprender este fenómeno en el contexto de las sociedades contemporáneas. Asimismo, entre los objetivos ha estado la utilización de instrumentos de medida consagrados en las ciencias

sociales pero desde una perspectiva de análisis actualizada, desarrollando nuevos procedimientos que permitan abordar las nuevas expresiones de la identidad.

Siguiendo esta línea, los propósitos de esta tesis requerirán una definición lo más concisa posible del objeto de estudio. No en vano, una de las críticas que se ha hecho a los estudios de identidad es la dificultad que presentan a la hora conceptualizar aquello que están analizando (Wagner, 2001). De ahí la importancia de llevar a cabo una revisión del estado del arte que facilite una aclaración terminológica de un fenómeno que, de por sí, presenta muchas facetas dado su nivel de abstracción. En este sentido, es importante destacar que en este trabajo se asume el estudio de la identidad desde una perspectiva fundamentalmente sociológica y tomando como base el modelo teórico de identificación propuesto por Richard Jenkins (2004). Su principal fortaleza es la capacidad para recoger e integrar las aportaciones de los principales enfoques que se han aproximado al fenómeno con una perspectiva no esencialista. Así, desde este planteamiento, la identidad es necesariamente considerada como social y, desde el orden individual, se concibe como el fruto de la dialéctica entre las identificaciones internas y externas de los sujetos. Esto se traduce en un interés por las expresiones con que las personas se responden a sí mismas la pregunta básica de la identidad, esto es, «quién soy yo».

Como material de análisis se utilizan los datos obtenidos a partir de la aplicación del cuestionario de las 20 respuestas desarrollado por la escuela interaccionista simbólica de Iowa (*Twenty Statements Test*). Sus orígenes datan de mediados del siglo pasado y, a pesar de haberse aplicado en otros países, especialmente a partir de los años 80, apenas se han desarrollado estudios en el ámbito español –salvando algunas excepciones (Escobar, 1983; 1987; Santamaría, de la Mata, Hansen y Ruiz, 2010). Por tanto, su aplicación en este caso puede ser una contribución a los estudios realizados en otros contextos históricos y culturales. Se trata de un test cuyas principales ventajas son: a) facilita que la persona se perciba a sí misma como objeto y como interlocutor, permitiendo recoger la expresión de la conciencia que tiene la persona de sí misma y b) contiene una pregunta central tan sencilla y universal que puede ser aplicada fácilmente en diferentes períodos históricos o sociedades.

Cabe señalar asimismo que los sujetos de estudio de la tesis son adolescentes, dada la importancia que reporta para esta etapa vital la cuestión de la identidad (Dubar, 2002; Erikson, 1974; Kroger, 1989; Kroger, 2000; Marcia, 1966; McCall y Simmons, 1966) y la necesidad de ampliar los estudios con el TST a otras poblaciones diferentes

de los universitarios, que ha tendido a ser el grupo de análisis preferente en un importante número de investigaciones de este tipo.

## **Preguntas y objetivos de investigación**

La pregunta de partida que ha motivado el desarrollo de esta investigación es cómo los jóvenes españoles actuales configuran su identidad social y en qué medida, distintos condicionantes sociales pueden afectarla. Así, se analizan aspectos que tienen que ver con las transformaciones socioculturales que han señalado algunos autores contemporáneos, así como determinadas características sociodemográficas y del entorno de socialización que se han valorado como especialmente relevantes para la elaboración identitaria. La idea de fondo es que ambos aspectos son complementarios, de manera que factores como la postura religiosa o el sexo no influyen igual a mediados del siglo XX, que es cuando se realizaron los primeros estudios con el TST, que en la actualidad. Tampoco será lo mismo plantearse la pregunta «quién soy yo» en una sociedad como la estadounidense que en el norte de Europa, en países del entorno mediterráneo o de Asia oriental. De hecho numerosas evidencias, avalan que el tipo de configuración sociocultural determina el tipo de cogniciones a las que acceden las personas para dar forma a su *self*, de manera que las sociedades individualistas tienden a favorecer la autonomía y la idiosincrasia personales; mientras que las colectivistas predisponen a la conformidad con los roles y expectativas sociales (Bochner, 1994; Trafimow, Triandis, y Goto, 1989).

A partir del interés por describir cómo se configura la identidad de los jóvenes a principios del siglo XXI surgen otro tipo de cuestiones respecto al contenido de la misma. Puesto que los pilares tradicionales de la identidad, como eran la religión, la nación, la clase social, la ideología o el trabajo parecen estar perdiendo su monopolio como cosmovisiones que dotan de experiencia de los individuos cabe preguntarse si esto se refleja en la forma en que se conciben a sí mismos. Especialmente en el caso de la generación actual de jóvenes, que se ha educado en un mundo aún más contingente y con mayor acceso a fuentes de sentido y estilos de vida gracias a las posibilidades que ofrecen las nuevas tecnologías y la expansión de los medios de transporte. Complementariamente, se puede indagar el peso de nuevos referentes sociales en la

configuración identitaria como son el estilo de vida, el consumo (Gleizer, 1997), la estética, las nuevas tecnologías y el mundo de los medios de comunicación, entre otros.

Dentro de las posibles influencias identitarias se ha hecho especial hincapié en algunas que tienen que ver con el entorno de socialización debido a la importancia de este en la formación de la identidad y, en particular, por su incidencia en la dialéctica entre las identificaciones infantiles y las que se van descubriendo a través de otros agentes (Berger y Luckmann, 1968; Dubar, 2002; Hewitt, 1984; Jenkins, 2004; McCall y Simmon, 1966; Mead, 1973; Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010). Precisamente uno de los objetivos está destinado a comprobar de qué manera se da esa relación entre la autodefinición y las características socioeducativas de su contexto de interacciones.

Finalmente, se ha buscado analizar la incidencia de aquellas variables que, partiendo tanto de la literatura sobre la realidad juvenil actual, como de los estudios previos con el cuestionario TST, pueda preverse que tengan una mayor influencia en cómo se ven a sí mismos. Adicionalmente, y teniendo en cuenta el contexto sociopolítico español, resulta ineludible la mención a diferentes aspectos involucrados en la identidad nacional porque es una referencia que, especialmente en algunas regiones del estado, supone una fuente de conflicto identitario para una parte importante de sus habitantes.

## **Estructura de la tesis doctoral**

Este trabajo de investigación está estructurado en tres apartados: uno correspondiente al marco teórico, otro al desarrollo de la investigación empírica y el tercero a las conclusiones. Así mismo, al final se han incorporado anexos con los cuestionarios utilizados y algunas de las pruebas utilizadas para la toma de decisiones sobre el tipo de análisis utilizado.

En el primer apartado de la tesis se presentan cuatro capítulos correspondientes al estado del arte, los dos primeros centrados en el objeto de estudio, la identidad; y los otros dos en el sujeto de interés, los jóvenes. Es importante destacar que, pese a la insistencia en la opción por una aproximación teórica sociológica, la revisión realizada incluye algunos enfoques o autores de otras áreas del conocimiento, principalmente de la psicología social, dada la relevancia y el interés que la identidad ha tenido para esta disciplina.

El primero de los capítulos, se ha dedicado al *self* como uno de los conceptos precursores de la identidad a partir de las ideas de autores y enfoques que lo han concebido como un fenómeno de naturaleza social más que innata. Expresado en otros términos, se han tomado desarrollos teóricos que han asumido la reflexividad como fruto de las interacciones humanas y de la configuración social o cultural en la que éstas tienen lugar. El punto de partida considerado han sido las aportaciones de Mead y Cooley puesto que supusieron un cambio de paradigma en la concepción del *self* que hasta entonces, principalmente en el ámbito de la psicología, se había centrado en estudiar los mecanismos cognitivos y los rasgos de la personalidad en los que radica la esencia de la persona. Por el contrario, desde la visión de aquellos autores, que sería la base teórica de las distintas corrientes del interaccionismo simbólico, el *self* es concebido como una realidad socialmente emergente fruto del equilibrio entre las demandas de la sociedad y la cultura. Su interés se centra en cómo la persona interioriza, reelabora o responde a los distintos roles y categorías que se le asignan. Además, algunos autores, siguiendo la estela de Goffman, contemplaron la identidad como el producto de una actuación exitosa del individuo en el desarrollo de sus relaciones sociales, que son el escenario de representación de la persona. Asimismo, se abordan, tanto las diferentes escuelas del interaccionismo simbólico, como otros enfoques afines que han situado la identidad en el marco de las estructuras sociales en las que el individuo ocupa unas determinadas posiciones, con sus correspondientes roles (teorías de la identidad o del rol), así como en el de las relaciones con los grupos de pertenencia y las dinámicas interpersonales e intergrupales (teoría de la identidad social).

Otro tipo de aportaciones teóricas han sido la de autores que se focalizaron en cómo los cambios y características del contexto sociohistórico condicionan o predisponen hacia una determinada configuración del *self* o de la identidad. Uno de los pioneros, en este sentido sería el psicoanalista Erikson y posteriormente otros autores dentro de una corriente más cercana a la sociología como es la fenomenología (Berger y Luckmann, entre otros) o el constructivismo social de Gergen. A partir de la década de los años 70 y 80, la necesidad de contemplar los marcos socioculturales se vuelve recurrente en los ensayos y estudios identitarios. En esta línea estarían los teóricos de la posmodernidad y otros afines, que se centraron en los efectos de las recientes transformaciones socioeconómicas, tecnológicas y culturales que han experimentado las sociedades occidentales en la conciencia de los individuos. Entre las principales

conclusiones que sugieren es que se ha dado un proceso acelerado de individualización, no solo de la vida de las personas, sino de la propia sociedad como efecto, entre otros, de la progresiva erosión de la capacidad de las instituciones sociales tradicionales para configurar la biografía personal de los individuos. Esto supone que la persona se repliega sobre sí misma y su subjetividad para dotarse de sentido y dar contenido a su autodefinición; lo que explica que en las últimas décadas la búsqueda de la identidad se haya convertido en una tarea característica de la elaboración del proyecto vital.

En el segundo capítulo se recogen propuestas teóricas más recientes que han puesto de manifiesto la inquietud actual por elaborar marcos actuales de comprensión de la identidad que tienen un carácter más integrador. Jenkins ofrece, desde una perspectiva procesual y dialéctica, un mapa de comprensión de la identidad según los niveles en los que se dan las dinámicas de la identificación en sus vertientes individual, interaccional e institucional—. Por su parte, el planteamiento de las dimensiones de Dubar permite comprender de generan diferentes configuraciones identitarias a partir de la interacción entre las formas de definición social del «yo» (societaria o comunitaria) y el agente de atribución de la identidad (los otros o uno mismo). Otra de las propuestas actuales que se ha revisado es la de Gleizer que ofrece importantes aportaciones para comprender los recursos actuales de expresión de lo que uno es.

El tercero de los capítulos gira en torno a cómo se ha abordado en las ciencias sociales el estudio de la juventud, partiendo por reconocer las dificultades que plantea la delimitación del concepto respecto a sus límites etarios y también en relación a su contenido que, como se comprobará, ha ido cambiando a lo largo de los diferentes momentos históricos. De la misma manera, la evolución de las corrientes sociológicas ha condicionado el foco de atención de los estudios de la juventud, así como los discursos y las perspectivas metodológicas con que se aborda el fenómeno. Entre estas visiones se encuentran la de los primeros estudios, como el de Hall (1904), que acentúan el desarrollo de esta etapa vital como un tiempo de confusión y conflicto. Otra de las ideas que tuvo gran peso en las ciencias sociales fue que la juventud cumplía una de función integradora al permitir a las personas la asunción de roles adultos y su desarrollo vocacional (Eisenstadt, 1956; Parsons, 1942). También hay quienes han querido destacar el potencial de las nuevas generaciones como motor del cambio social (Ortega y Gasset, 1965), quienes se han centrado en las amenazas y riesgos asociados a la experiencia de ser joven (Thasher, 1972) y estudios más específicos sobre la cultura juvenil (Coleman, 1961). Otras investigaciones más recientes han buscado analizar las

trayectorias y las diferentes estrategias con las que los jóvenes actuales abordan la transición, con mayor o menor éxito, hacia los roles de la adultez dentro del contexto social actual (Casal, García, Merino & Quesada, 2006).

Desde el punto de vista de la identidad, uno de los fenómenos característicos del período de la juventud, especialmente durante los primeros años, es que se amplían considerablemente el universo de identificaciones y las fuentes de dotación de sentido y se inicia la definición más o menos autónoma de la propia trayectoria vital. De ahí que se hayan revisado algunas de las ideas de los psicólogos del desarrollo, como Erikson, Kroger o Marcia, que contribuyen a una mejor comprensión de cómo se configura la construcción de la identidad entre los adolescentes.

El último capítulo del marco teórico abarca algunas identificaciones y referentes sociales con los que los jóvenes españoles actuales van elaborando la definición de sí mismos. En primer lugar, se abordan las identidades de género, sus desigualdades y el efecto que tienen en la configuración identitaria de los adolescentes. Después se han considerado dos de los aspectos vitales más valorados por la juventud española, tal y como han ido mostrando en las últimas décadas los informes del INJUVE, como son la familia y los amigos. Respecto a la primera, se han revisado los principales cambios que ha experimentado a lo largo de la últimas décadas, cuáles son sus rasgos más relevantes en la actualidad y como se sitúan sus jóvenes miembros ante ella (expectativas de futuro, valoración de sus relaciones intrafamiliares, la experiencia de dependencia/independencia, etc.). De igual modo, se han analizado la relación con el grupo de iguales y el papel de los ámbitos de ocio y tiempo libre como espacios donde recrear, explorar y retroalimentar las identificaciones que se van incorporando como parte de la definición personal.

En el tercer y cuarto apartados se presta atención a la identidad nacional y a la religiosa por ser dos referentes que tradicionalmente han configurado la visión que las personas tienen del mundo y de sí mismas. Respecto a la primera, se trata de un aspecto muy presente en el discurso político y en la vida cotidiana de los españoles, al punto de suponer un conflicto en torno a la definición del «nosotros» y del «ellos» y que sirve como justificación para reclamar algunos derechos que tienen precisamente que ver con el reconocimiento de esa diferencia, por ejemplo, el de autodeterminación, la gestión de recursos económicos o el uso de la lengua propia. En cuanto a la religión, la principal característica de este ámbito humano es que la mayoría de sociedades europeas, incluida la española, está experimentando un proceso de secularización, principalmente debido al



reemplazo generacional. No obstante, aún hay un destacado número de jóvenes que se describen como creyentes y que, aunque sea ocasionalmente, tienen algún tipo de vinculación religiosa. Además, es un tipo de identificación que, como se verá, genera vínculos muy intensos entre aquellos que la tienen, de ahí que se haya querido revisar este factor en el caso de la juventud española .

Por lo que respecta al trabajo empírico de la investigación, se ha expuesto en dos partes, una dedicada a describir la metodología y otra a presentar los resultados del análisis de datos. Así, en el quinto capítulo se explica el diseño de la investigación que incluye tanto el objeto y los objetivos de investigación, como la descripción del enfoque metodológico, las hipótesis de trabajo y la operacionalización de las dimensiones, variables e indicadores utilizados. En un segundo apartado se explica la técnica empleada para recabar la información, que es el cuestionario de identidad *Twenty Statements Test*, en la modalidad seleccionada dentro de las diferentes variantes que se han ido aplicando desde su creación. También se describe el sistema de codificación, que es uno de los puntos centrales de la investigación puesto que la forma de categorizar los datos recogidos es lo que permite contrastar las hipótesis. Para cerrar el capítulo se hace una referencia a la población de estudio, al proceso de recogida de información y a las características de la muestra final seleccionada.

El sexto capítulo está dedicado a exponer los resultados del análisis realizado con la información recogida tras aplicar el cuestionario TST. Esto incluye una descripción tanto de la muestra de jóvenes respecto a las variables dependientes, como de las tipologías encontradas de acuerdo a categorías y referente utilizados por ellos para autodefinirse. También se han realizado análisis de regresión logística para indagar la influencia que tienen una serie de variables sociodemográficas y del entorno de socialización en el tipo de autodefiniciones que los adolescentes emplean para referirse a sí mismos.

Para concluir se ha planteado una discusión de los principales resultados obtenidos a la luz de las hipótesis lanzadas, revisando su cumplimiento y tratando de interpretarlas en función de los planteamientos presentados en el marco teórico. Finalmente, reconociendo los límites y señalando las aportaciones de esta tesis doctoral, se presentan algunas ideas sobre líneas futuras de investigación que prosigan el trabajo realizado.



# MARCO TEÓRICO

---



## **1 Fundamentos del concepto de self como realidad social**

Este capítulo tiene por objetivo exponer algunas de las teorías que han sentado las bases de una percepción de la identidad desde una perspectiva sociológica, tomando como punto de partida la concepción del *self* como realidad social más que como constructo interno o innato de los sujetos.

En un primer apartado, se plantean los presupuestos teóricos de de Cooley y Mead, autores que ha dejado su impronta en prácticamente todas las perspectivas y autores que desde entonces se han interesado por este fenómeno. Sus aportaciones al estudio del ser humano se distancian sustancialmente de enfoques que hasta entonces habían tenido gran difusión y habían predominado en la investigación social y psicológica como eran el psicoanálisis, el cognitivismo o el conductismo. En contraposición con estos autores que, o bien dibujaban el *self* como una realidad *reificada*, esencial e interna de la persona; o bien ni siquiera lo consideraban como objeto de estudio; Cooley y Mead van a concederle una especial relevancia en sus teorías y a subrayar su carácter esencialmente social o interaccional, entendiéndolo como producto emergente de las relaciones entre las personas.

Posteriormente, el capítulo se centra en autores que, dentro del amplio paradigma del interaccionismo simbólico, han abordado exhaustivamente la producción de la identidad en las relaciones sociales a través de un proceso de internalización de roles sociales. En primer lugar, se presentan las ideas más relevantes de esta corriente y una revisión de las principales aportaciones de sus escuelas, la de Chicago y la de Iowa. Además, se incluyen algunas visiones afines que han desarrollado la idea de identidad partiendo de los presupuestos básicos del pensamiento de Mead.

A continuación, se aporta una descripción de una propuesta teórica dentro de la psicología social, la teoría de la identidad social, que centra su atención en los procesos de identificación y categorización de las personas; así como de los grupos de los que forman parte. Su influencia sigue siendo de especial relevancia para muchos estudios empíricos sobre las dinámicas de la categorización, el etiquetado o los prejuicios, todos ellos orientados a describir la forma en que el sujeto se define y es percibido por los demás.

Finalmente, se dedica un último apartado a autores que fueron los primeros en considerar los factores sociohistóricos más amplios como condicionantes de la

configuración de la identidad, no tanto como alternativa sino más bien como complemento de las teorías anteriormente mencionadas. Algunas de estas aportaciones serán retomadas en el siguiente capítulo en el marco de reflexión sobre las nuevas propuestas teóricas de conceptualización de la identidad bajo el marco sociocultural de las sociedades occidentales contemporáneas.

## **1.1 Los orígenes de la concepción social del self**

La evolución del concepto identidad en los términos propuestos en esta investigación parte de la idea del *self*, que equivale al «sí mismo» del castellano, aunque en algunas traducciones a este idioma, como en el caso de las obras de Mead, se ha optado por la palabra «persona»; o bien, por mantener el término original. Además, pueden encontrarse otros conceptos análogos para hacer alusión a este objeto de estudio como «autoconcepto» (Rosenberg, 1989), «ego» (Loevinger, 1987) o «identidad del yo» (Erikson, 1974), por citar algunos ejemplos. En definitiva, no existe un consenso ampliamente aceptado sobre qué término se acomoda más a la percepción de uno mismo, ni tampoco sobre el contenido que el mismo encierra. Generalmente, este tipo de cuestiones depende del área de estudio y del enfoque que se considere. Los que se han citado como ejemplo, se ciñen más a la psicología del desarrollo y al psicoanálisis y están focalizados en dinámicas internas, cognitivas o de la autopercepción de la persona, más que en los aspectos interaccionales o contextuales más amplios en las que se genera.

En la trayectoria del estudio de la identidad se da un salto desde una etapa inicial con importantes aportaciones, como las de William James a finales del siglo XIX, Charles Cooley al inicio del XX o George Mead en los años 30; y su resurgimiento con fuerza a partir de 1950, gracias sobre todo a la difusión del interaccionismo simbólico. Rosenberg (1986) explica este aparente olvido del autoconcepto o la identidad por el apego de muchos académicos a determinados paradigmas dominantes, que le prestarían poca o nula atención como objeto análisis.

En el caso de la psicología, hasta el primer cuarto del siglo XX predominó el conductismo, liderado por John Watson, cuya pretensión era desarrollar una ciencia social en términos similares en cuanto a objetividad que las ciencias naturales. Este autor centró su actividad científica en el estudio de comportamientos observables y

medibles, excluyendo de su ámbito aspectos como los pensamientos, los sentimientos o la conciencia. El cambio de rumbo en esta área llegaría con la aparición de la psicología fenomenológica que deriva el foco de interés de lo externo (el comportamiento), a lo interno, (la actividad mental). En concreto, consideran que la comprensión de la conducta humana requiere indagar en las percepciones, interpretaciones y organizaciones de la realidad que tienen las personas (Rosenberg, 1989).

En contra de lo que pudiera suponerse, tampoco el psicoanálisis, al menos en sus inicios, mostró interés por la identidad o conceptos análogos puesto que se centraron en la etapa de la infancia, tratando de descubrir en ella la raíz de las neurosis adultas. Puesto que en este momento vital la persona está focalizada en las referencias externas que en las internas, los psicoanalistas obviarán el desarrollo de la conciencia de uno mismo. Esto además se vio acentuado por su esfuerzo por desentrañar los mecanismos del inconsciente como fuerza motivacional implícita de la conducta, les hizo infravalorar el papel de la conciencia. No obstante, el estudio del autoconcepto requiere prestar atención al contenido de los pensamientos más que intentar descubrir a través de ellos sus significados (Rosenberg, 1989). Además, el inconsciente es un aspecto del ser humano que, si bien se puede abordar como elemento de la psicoterapia, resulta conflictivo en términos epistemológicos y ontológicos, en cuanto que no parece ser un concepto sociológicamente vinculado a realidades sociales observables (Jenkins, 2004)

Dentro de la sociología, el funcionalismo estructural, encabezado por Émile Durkheim (1973), defendía que el objeto de esta disciplina debían ser los hechos sociales, externos al individuo, que podían ser estudiados de forma análoga a como los científicos naturales analizan los fenómenos de su disciplina. Influidos por sus teorías, muchos científicos sociales se volcaron en la comprensión de los fenómenos macrosociales, en detrimento de elementos «micro» de la realidad social. Así, cualquier aspecto referido a la subjetividad humana, como sería el caso de la identidad, quedaban excluidos del ámbito de la sociología.

Esta visión de las ciencias sociales daría un giro a partir de la aparición de la obra de Max Weber quien defendía la distinción entre ciencias naturales y sociales, considerando que estas últimas debieran ser una interpretación de la acción social. Al contrario de lo que sucediera más tarde con el funcionalismo, contempla el contenido de los significados subjetivos como objeto de investigación fundamental para la sociología (Weber, 1944). Desde este paradigma, pudo darse la incorporación de conceptos fenomenológicos como «definiciones de la situación», «construcción social de la

realidad», «actitudes» o «autoimagen» y con ellos también a la identidad que volvió a tomar un papel central en las ciencias sociales contemporáneas.

Además, a partir de los años 60 del siglo XX, las perspectivas macrosociológicas encontrarían una fuerte competencia en los emergentes nuevos paradigmas del interaccionismo simbólico, la etnometodología y el enfoque dramático que progresivamente se fueron expandiendo entre los científicos sociales, no sin gran número de críticas y detractores. Aún con todo, lo que está claro es que abrieron un nuevo campo de investigación y reflexión para comprensión de la naturaleza humana y de la sociedad (Baert y Carreira, 2011).

### **1.1.1 El *self* como objeto de estudios en las ciencias sociales**

Tras estas consideraciones sobre la evolución del interés inicial por la identidad como objeto de estudio, lo que se propone a continuación, es revisar las tesis precursoras de la idea del *self* como fenómeno social reconociéndolo, al mismo tiempo, como algo característico de la especie humana. Entre los autores de mayor influencia, en este sentido, están Cooley y Mead, cuyo pensamiento sentaría las bases teóricas de perspectivas fundamentales de las ciencias sociales como es el interaccionismo simbólico, influyendo, además, en otras corrientes como el psicoanálisis o el conductismo, así como en la filosofía fenomenológica. Ambos se interesaron por la conciencia que la persona tiene de sí misma y por cómo ésta se desarrolla a partir de la interacción con otros –influencia de la microsociología de la relaciones de George Simmel–. Su visión del individuo hunde sus raíces en la filosofía moral escocesa de Hume, Smith o Ferguson y en el pragmatismo filosófico de Dewey, James o Peirce; entre otras<sup>1</sup>. En contraste con el positivismo, paradigma hegemónico en el siglo XIX, estos pensadores describen un ser humano creativo y activo, que conscientemente puede controlar su propio destino. Tal como reconocen Meltzer, Petras y Reynolds (1975), James, dejaría como legado para las ciencias sociales el haber extraído el concepto del *self* del ámbito puramente metafísico para reconocer que, al menos algunos aspectos de él, emergen de las interacciones que se dan en la vida social. Además, otra de las aportaciones del pragmatismo fue la idea de reflexividad –ser objeto para uno mismo– como la capacidad de verse a través de las actitudes que los otros tienen hacia uno

---

<sup>1</sup> Para conocer en mayor detalle los antecedentes teóricos del interaccionismo simbólico se sugieren las obras de Manis y Meltzer (1978) y de Rockwell (1979)



mismo (Carabaña y Lamo de Espinosa, 1978) y como característica eminentemente humana.

A parte de estas influencias, en el pensamiento de Cooley y Mead se pueden encontrar otras como el evolucionismo social, en lo que se refiere al desarrollo evolutivo de la conciencia, la capacidad simbólica del ser humano y la relevancia del aprendizaje social; así como también del conductismo, en tanto que enfatiza la relevancia del comportamiento observable como punto de partida del conocimiento del *self*. De forma especial prestaron atención a la comunicación y al lenguaje, al igual que sucediera con conductistas como Watson, aunque desde un punto de vista muy diferente. Así, para Mead y Cooley, el *self* no es solo una capacidad interna del individuo sino que se caracteriza por ser social y emerger como resultado de la repetición de estímulos (Mead G. H., 1973).

### **1.1.2 El *looking-glass self* de C. H. Cooley**

Cronológicamente, las raíces del *self* en los términos planteados se encontrarían en el pensamiento de C. H. Cooley. Entre sus principales aportaciones a la teorías psicosocial y sociológica está su concepción de naturaleza humana y de la naturaleza de la sociedad. Así, respecto a la primera, rechazó las perspectivas centradas en su concepción innata y psíquica para acentuar la importancia de las relaciones sociales en su desarrollo. De ahí que, al igual que en el planteamiento de Mead, su concepción del *self*, estuviera íntimamente relacionada comunicación puesto que la conciencia del individuo emerge en la medida en que desarrolla la capacidad de referirse a sí mismo como persona, o sea, de convertirse en objeto para sí mismo. Esta percepción de la naturaleza humana explica su interés metodológico no tanto por el comportamiento observable, como sería el caso de los conductistas; sino por explorar los significados y definiciones de los individuos (Manis y Meltzer, 1978).

Dentro del proceso comunicativo, un elemento característico del pensamiento de Cooley y también en el de James, es la imaginación, que posibilita dirigirse hacia interlocutores reales y no reales en las interacciones. Tal y como explica el autor, los diversos tipos de interlocución generan diferentes formas de pensamiento y de comunicación. Así, para mentes más simples, emotivas y concretas será necesaria la presencia del interlocutor; mientras que las que han desarrollado un pensamiento más

abstracto y elaborados tienen más facilidad para dirigirse a alguien inmaterial o inexistente.

Dicho esto, aunque Cooley consideraba que su mayor contribución teórica fue su teoría sobre la naturaleza mental de la sociedad humana, sería más conocido por sus ideas en torno al *looking-glass self*, o «yo espejo». Este concepto, deudor del trabajo de Baldwin, tal y como el propio Cooley reconocería, parte de la idea de *self* como un todo indiferenciado, lo que contrastaría con otros autores como James, quien distinguía una segmentación del mismo en dos dimensiones, una social u objetiva; y otra individual y subjetiva (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975).

El «yo espejo» hace referencia, en primera estancia, a la imagen que piensa una persona que otra tiene de sí misma. El autor afirma que

cuando vemos nuestra cara, nuestra figura, nuestro vestido en el espejo, y nos interesamos por ellos porque son nuestros, nos gustan o no según si responden o no a como deberían ser; con la imaginación percibimos en la mente del otro el pensamiento de nuestra apariencia, de nuestras maneras, objetivos, obras, carácter, amigos, y así sucesivamente, y nos sentimos afectados por ellos según sean en cada caso. (Cooley, 2005, p. 25)

No obstante, esa imagen no es tan determinante como el juicio que creemos que el otro hace sobre ella. Siguiendo la metáfora del *looking-glass self*, la experiencia que tiene la persona es similar a la de mirarse en un espejo y valorar la imagen que éste le devuelve de acuerdo a si se ajusta o no a cómo le gustaría que otros le vieran. Este ejercicio le provoca unos sentimientos que varían en función de su personalidad y del contexto en el que interactúa. De la misma manera, las personas imaginan y se ven influidas por la idea que creen que otros tienen en su mente, no solo con respecto a su apariencia física sino también respecto a sus comportamientos, objetivos, actos, relaciones y demás aspectos de su vida. Por tanto, desde el punto de vista de Cooley, la conciencia de uno mismo no es sino un reflejo de la imagen que piensa que otros le han atribuido (Mead, 1930, p. 695). O dicho en términos similares, la persona es considerada como constructo mental que se desarrolla a partir de las relaciones con los demás.

El otro de los elementos que destacables del pensamiento de Cooley es su concepción de la sociedad. Para este autor, su fundamento reside en las ideas que se

gestan en las relaciones sociales y en los acuerdos comunes que emergen a través de ellas. Existe, por tanto, una «mente social» o un todo orgánico en el que las personas son agentes activos influenciándose mutuamente en lo que dicen y piensan. Este concepto de mente social se asemejaría a la conciencia colectiva de Durkheim, si bien es cierto que para éste el punto de partida es la sociedad mientras que para Cooley sería el individuo, puesto que la sociedad solo existe en la mente de las personas que forman parte de la ella (Jenkins, 2004).

Así, la persona es social, no una realidad física aislada, sino que puede ser reconocida como tal en la medida en que es parte integrante de las ideas de todos los que forman parte del conjunto social. El desarrollo de la conciencia de uno mismo comienza a partir de la experiencia de relación en los grupos primarios y va desarrollándose a medida que el niño se hace consciente de que la imagen que tiene de sí mismo refleja las ideas de los demás sobre él. Sociedad e individuo son inseparables, de la misma manera que lo son la comunicación y a la autoconciencia.

Por otra parte, Cooley pone en relación el *self*, no solo con el nivel de las interacciones cercanas, sino con el contexto social más amplio, ya que según él, “el objeto del sentimiento del yo se ve afectado por el curso general de la historia, por el particular desarrollo de las naciones, de las clases, de las profesiones, y por otras condiciones de este tipo” (Cooley, 2005, p. 26).

Dichas afirmaciones acerca de la naturaleza de la sociedad y de los individuos evidencian un significativo cambio de paradigma respecto a las perspectivas positivistas que centraban el objeto de estudio de las ciencias sociales en los hechos sociales y en cómo la sociedad influye en el comportamiento del individuo. Cooley, al plantear un enfoque microsociológico, puesto que parte de la realidad social como algo construido en la mente de los actores sociales, enfoca su estudio en los significados e interpretaciones compartidas. En concreto, para el autor el verdadero interés de la sociología reside en las ideas que emplea la imaginación y que dan lugar a las motivaciones (Cooley, 2005).

Pese a la sintonía entre las ideas del autor con Mead, este se mostró crítico con algunas de sus ideas, especialmente las referidas al papel que concede a la imaginación. En concreto, afirmaba que tanto Cooley como James

tratan de encontrar la base de la persona en las experiencias afectivas reflexivas, es decir, en las experiencias que involucran el «sentimiento de sí»; pero la teoría de que

la naturaleza de la persona debe encontrarse en tales experiencias no explica el origen de la persona, ni el del sentimiento de sí, que se supone que caracteriza tales experiencias. En dichas experiencias el individuo no necesita adoptar las actitudes de los otros hacia él, puesto que ellas, en sí mismas, no exigen que lo haga: y, a menos que lo hiciera, no podrá desarrollar una persona; y no hará tal cosa con las mencionadas experiencias si su persona no se ha originado ya de otro modo, a saber, el modo que hemos venido describiendo. La esencia de la persona, como hemos dicho, es cognoscitiva: reside en la conversación de gestos subjetivada que constituye el pensamiento, o en términos de la cual opera el pensamiento o la reflexión. Y de ahí que el origen y las bases de la persona, como los del pensamiento, sean sociales. (Mead, 1973, p. 201)

En definitiva, su crítica está en hacer residir el origen de la persona en la subjetividad humana, en los sentimientos y en la imaginación; mientras que para Mead lo fundamental es resaltar su fundamento social.

### **1.1.3 G. H. Mead y la concepción dialógica del «yo» y el «mí»**

Otro de los autores que se ha mencionado de manera tangencial hasta ahora, como precursores de la idea de *self*, es G. H. Mead, al que conviene comentar con mayor detenimiento, dada su influencia en gran número de investigadores y teóricos de la identidad. Su obra más reconocida es, en realidad, una recopilación póstuma de notas de sus lecciones en la Universidad de Chicago, publicada bajo el nombre de *Espíritu, persona y sociedad* en 1934. En ella, Mead describe el *self* en términos de un proceso dialógico entre el *I* y el *me*, en castellano, el «yo» y el «mí», influencia directa de las ideas de James. El «mí» hace referencia a todo aquello que se deriva de los roles y posiciones que ocupa el individuo en la sociedad, es decir, sería la persona social resultado de la interiorización de las actitudes de los otros hacia uno mismo –el sí mismo conocido o empírico, en términos de James (1890)–. Además, se trata de la parte del *self* que ejerce de imperativo moral sobre el «yo», aunque sin las connotaciones del censor freudiano (Jenkins, 2004).

El «yo», por su parte, es para Mead la dimensión del *self* creativa y espontánea que reacciona al «mí» y permite generar nuevas conductas en una situación social e incorporarlas a la visión de sí mismo a partir de la experiencia –lo que James denominaría el sí mismo concededor o activo–. No obstante, es importante señalar que el

«yo», por sí mismo, no es el responsable de la capacidad de agencia del ser humano, sino que esta reside en la relación que establece con el «mí». Ambos componentes del *self* son complementarios y mantienen una relación dialógica en el proceso del pensamiento en la persona.

Conviene, ya que se ha mencionado, hacer una apreciación a los postulados de S. Freud, pues en algunas ocasiones se ha tratado de establecer un paralelismo entre el «yo» y el «mí» con los conceptos freudianos de *id*, *ego* y *superego*. No obstante, lo cierto es que existen importantes diferencias entre ambas concepciones. En el análisis freudiano los impulsos biológicos —el *id*— mantendrían una suerte de lucha o tensión con la cultura internalizada —el *superego*— con la mediación conciliadora del «yo». Para Mead, sin embargo, el «yo» y el «mí» no serían realidades opuestas sino complementarias en tanto que las define como fases de un mismo proceso. La principal función de la cultura, en este caso y a diferencia de la idea de Freud, no es controlar los impulsos biológicos de la persona, en esencia antisociales; sino orientar la conducta del individuo. En consecuencia, a diferencia del psicoanálisis freudiano, desde el pensamiento de Mead no se asume una concepción del ser humano como un organismo gobernado por patrones instintivos innatos (Hewitt, 1984). Es más, en el trasfondo de su planteamiento está la idea de que no existe una realidad interna que constituya la esencia de lo que define a la persona, sino que la percepción de sí misma se deriva de las relaciones que establece con los otros significativos para ella. Así, en las interacciones se van incorporando las actitudes que los demás tienen hacia uno mismo, tanto las individuales como las derivadas del grupo social de pertenencia. Lo que implica esta visión es que el sujeto tiene la capacidad de percibirse a sí mismo, como sujeto y como objeto para sí, gracias a su participación en un grupo social.

En este proceso el elemento fundamental es el lenguaje ya que permite la interacción significativa con otros y en definitiva, el desarrollo de la reflexividad. En las conversaciones que mantiene, el individuo, no solo se dirige hacia los demás con el uso de símbolos significativos —el lenguaje—, sino que además incorpora sus actitudes que estos tienen hacia sí y se escucha a sí mismo. Sin el estímulo de la interacción con los demás, no habría nada que pensar o de lo que hablar, no habría mundo interior humano. Además, Mead coincidía con Dewey en señalar que el lenguaje es el elemento diferenciador entre los animales y los seres humanos en cuanto que permite a estos reconocer, sus pensamientos, sus sentimientos y sus creencias incorporadas al *self* del entorno social. Su visión se distanciaba de estudios previos del lenguaje que lo

consideraban exclusivamente como una capacidad innata de cualquier ser humano. Para aquellos, por el contrario, está lejos de ser una experiencia individual, tal y como se ha visto, y las normas que rigen su uso en una determinada sociedad no pueden ser entendidas en función de un sujeto concreto (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975).

Como puede observarse, al igual que Cooley, Mead también reconoce que la imagen de uno mismo está determinada socialmente. No obstante, para el primero se basa exclusivamente en los juicios que hacen de uno los demás y los sentimientos que estos le generan; mientras que el segundo concibe una idea de persona con mayor capacidad de agencia en la construcción de sí mismo (Jenkins, 2004). Por extensión, la conducta no es pura predeterminación del «mí», sino que es fruto del diálogo con el «yo» que le permite responder y actuar con creatividad e incertidumbre frente las actitudes que se han interiorizado. O expresado en palabras de Mead,

El «yo» reacciona a la persona que surge gracias a la adopción de las actitudes de otros. Mediante la adopción de dichas actitudes, hemos introducido el «mí» y reaccionamos a él como a un «yo». (Mead G. H., 1973, pp. 201-202)

Finalmente, de esta percepción de la persona se deriva que la sociedad es anterior al individuo, ya que la conciencia de uno mismo no es concebible fuera de la interacción, pero no de cualquier interacción, sino de aquella mediada por símbolos significativos, principalmente el lenguaje. Gracias a la experiencia y la actividad social como miembro de una comunidad el sujeto desarrolla la persona –el *self*–, con capacidad creativa, que no es lo mismo que el cuerpo o que el organismo fisiológico. De hecho, puede ocurrir que exista el cuerpo, pero que no se haya desarrollado la persona.

Mead, para explicar su forma de entender el proceso de emergencia del *self*, hace alusión a las dinámicas que se generan en la socialización a través de los diferentes tipos de juegos que permiten a los niños aprender a adoptar las actitudes de los otros hacia sí, internalizar roles sociales y, en último término, a incorporar el sistema social en el que se encuentra inmerso en su autoconciencia. Así, según el autor, la constitución de la persona tiene bases evolutivas, evidencia del influjo del darwinismo social. El académico compartió con Darwin el interés por comprender la unicidad humana en términos naturalistas y dinámicos, puesto que las personas se encuentran en cambio constante. Mead iría un paso más allá en sus planteamientos, enfatizando la capacidad de agencia del ser humano sobre la naturaleza, incluso sobre su propia evolución

(Charon, 1992). Además de su concepción se deriva que el self, además de caracterizarse por su origen interaccional, también lo hace por su naturaleza procesual.

Así, de acuerdo con Mead (1973), en la etapa inicial del desarrollo humano, la actividad de interacción entre los niños suele ser más informal e implica en muchos casos el «jugar a ser algo», es decir, la adopción de diferentes roles mediante la imitación de referencias adultas. A través de ellos las personas van organizando las reacciones que provocan en otras y en sí mismas, en función de los estímulos que el rol implica.

Posteriormente, se involucran en deportes organizados que suponen el cumplimiento de una serie de normas que fijan las expectativas y actitudes de los participantes según el rol que desempeñan y en función de un objetivo común. Es decir, hay una serie de reacciones esperadas, incluso exigidas de los demás y de uno mismo según las actitudes que adopte cada jugador. En el transcurso de las actividades organizadas va emergiendo uno de los elementos claves en la teoría del *self* de Mead como es el «otro generalizado», que hace referencia a las actitudes hacia sí del grupo organizado al que pertenece y conforme a la que se define. Además, cumple la función de proporcionar unidad y consistencia al *self* y es el núcleo de la cultura reflejando las normas y modelos de organización de la sociedad en general. Gracias a la incorporación del otro generalizado, el individuo desarrolla, por un lado, el pensamiento abstracto para poder incorporar actitudes de los demás; y, por el otro, el pensamiento concreto para ajustar su conducta en función de quienes están involucrados en el contexto social.

En la etapa adulta, el individuo consciente de sí adopta las actitudes del otro generalizado hacia los diferentes problemas sociales que surgen en las tareas conjuntas y gobierna su conducta de acuerdo con ellas. Es, por tanto, la forma que tiene la comunidad de ejercer control sobre las conductas de sus miembros.

Pero la influencia del entorno, no proviene exclusivamente del círculo cercano, sino que también se asimilan las actitudes de la estructura social más amplia, en forma de asimilación de normas, valores, expectativas, pautas culturales, que serían el otro generalizado. Este va progresivamente, incorporándose como elementos constituyentes del «mí», construyendo lo que la persona es y desarrollando la consciencia de sí mismo.

Tal y como se señaló anteriormente, el conductismo dejaría su huella en la obra de Mead, puesto que este autor trató de comprender la realidad del ser humano a partir de su comportamiento. Sin embargo, el autor se mostraría crítico con ese enfoque por no acertar a diferenciar lo que es específico de los seres humanos a lo que concibe como

organismos sometidos a las influencias del entorno. En contraposición, desde la perspectiva meadiana, la evolución de la sociabilidad humana habría permitido a las personas desarrollar la capacidad de controlar el propio comportamiento (Hewitt, 1984). Según Mead, Watson reducía la conducta humana a meros procesos mentales generados a partir de la repetición de respuestas a determinados estímulos (Mead G. H., 1973). De ahí que a los conductistas no les interesara el mundo interno de las personas, ni sus ideas, pensamientos o imágenes, porque, al contrario que las conductas observables, no pueden ser estudiadas empíricamente. En otras palabras, para estos psicólogos lo fundamental es lo que la gente hace, no lo que piensa. En contraposición, Mead considera que la experiencia interna de las personas puede ser objeto de observación en la medida en que los individuos son capaces de comunicar a otros sus vivencias personales mediante símbolos significativos.

La teoría del *self* de Mead, si bien ha influido notablemente en las ciencias sociales contemporáneas, ha suscitado también algunas críticas. Su teoría, aún lejos de poder ser acusada de determinista, puesto que la asunción de las actitudes de la sociedad por parte del individuo siempre entra en diálogo con el «yo»; no contempla otro tipo de dinámicas que operan en el comportamiento humano como la dimensión afectiva (Meltzer, 1978), ni permite la comprensión de fenómenos como las emociones, la pasión, la duda o el conflicto (Jenkins, 2004). Es más, si el *self* es íntegramente resultado de las interacciones, no parece que tenga por qué existir demasiado conflicto entre el individuo y la sociedad; ni que tengan alguna influencia las vivencias derivadas de la experiencia corporal o del inconsciente. En este sentido, algunos autores han señalado que su modelo es en última instancia racional y cognitivo, como si el *self* fuera primeramente una actividad mental no tanto una cuestión de deseos, pasiones o sentimientos. Mead no niega la existencia de estos factores humanos pero los restringe a la esfera fisiológica diferenciándolos de lo que es el propio *self*. Este aspecto de su teorías sería ampliamente criticado por teóricos feministas y posmodernistas (Elliot, 2013).

Otra de sus críticas a su pensamiento es que, a pesar del carácter procesual y dialógico del modelo del *self*, no deja de ser una visión estructurada puesto que lo define en función de las partes que lo componen (Jenkins, 2004). Como contraargumento se ha señalado que el autor no lo sitúa en la mente ni en el cuerpo de las personas como si se trata de algún tipo de entidad, sino que lo perfila como el resultado de un proceso con diferentes momentos o estados de conciencia (Hewitt, 1984).



En cualquier caso, parece lógico que se den interpretaciones dispares del pensamiento del autor, puesto que la mayoría de escritos que se conservan de él son referencias indirectas, no se trata del desarrollo de sus propios argumentos. Esto mismo puede explicar la escasa precisión, sistematicidad o la ambigüedad con que aparecen definidos algunos de sus conceptos como el de impulso, el de otro generalizado, el de significado o el de mente, entre otros (Meltzer, 1978). Tal y como señala Ritzer (1993), Kuhn y su colaboradores ya habían señalado la vaguedad conceptual de algunos aspectos del pensamiento de Mead, de ahí su interés por operacionalizar sus conceptos teóricos, como se verá más adelante.

A lo dicho hasta ahora, Stryker (2008) añadiría recientemente que la visión del *self* como singular, relativamente indiferenciado interiormente y coherente –al menos teóricamente– complica la teorización sobre muchas cuestiones, como el impacto de la estructura social o de las variables situacionales sobre el comportamiento. Además, centrar la atención sobre la autoconciencia supone ignorar todos los factores conductuales en los que esta no toma parte.

Aun con estas críticas y matizaciones a su teoría, Mead sigue siendo uno de los autores más relevantes en el estudio de la identidad porque supone un cambio de paradigma en la percepción del *self* y por la actualidad de su pensamiento (González, 2010). Como veremos en los siguientes apartados, el surgimiento y posterior desarrollo del interaccionismo simbólico es indisoluble de las tesis meadianas, que aún hoy siguen teniendo su influencia en numerosos científicos sociales.

## **1.2 Desarrollo de la idea de *self* en el interaccionismo simbólico.**

Como se indicó con anterioridad, tras unas décadas de aparente olvido de las reflexiones en torno la identidad, o el *self* en este caso, a partir los años 50 del siglo XX (Rosenberg, 1989) serían nuevamente objeto de estudio en el ámbito de las ciencias sociales por el paradigma del interaccionismo simbólico, iniciado por teóricos de la Escuela de Chicago. Surge, por un lado, como reacción al funcionalismo de Parsons y sus seguidores, a los que criticaron su excesivo determinismo estructural; y por el otro, por la distancia de la visión positivista de las ciencias sociales que se habían centrado en desentrañar las leyes que rigen el comportamiento humano.

En contraposición, los interaccionistas defienden el protagonismo del individuo para explicar los fenómenos sociales, la concepción de la identidad como producto de las interacciones entre las personas y el desarrollo de una ciencia social dedicada a elaborar teorías que permitan explicar las regularidades que se observan en las conductas (Agulló, 1997; Meltzer, Petras y Reynolds, 1975; Stryker, 1983). Como se dijo previamente, la obra de Mead sería el punto de partida de estos científicos sociales, que convirtieron sus propuestas teóricas en una serie principios metodológicos haciendo del interaccionismo simbólico una teoría sociológica general (Carabaña y Lamo de Espinosa, 1978).

### **1.2.1 Las premisas teóricas fundamentales del paradigma**

El interaccionismo simbólico aglutina diferentes enfoques y autores divergentes en numerosos aspectos pero con un cuerpo teórico común que parte del interés por el papel de las interacciones en la configuración del individuo y de la sociedad. En primer lugar, los interaccionistas simbólicos reconocen el origen social de la persona ya que, para ellos no es concebible la emergencia del *self* fuera de la interacción social. En consecuencia, en vez de centrarse en analizar los rasgos individuales, la personalidad o la influencia de la sociedad en el comportamiento humano, focalizan sus investigaciones en las dinámicas que se generan entre los actores que se relacionan entre sí. Es claro que esta concepción de la relación entre individuo y la sociedad es influencia del pensamiento de Cooley y Mead, para quienes ambas constituyen una unidad (Manis y Meltzer, 1978).

La segunda de las ideas que defienden estos teóricos es el componente voluntarista de la conducta humana (Charon, 1992). Consideran que las sociedades están compuestas por individuos activos que intervienen sobre ellas continuamente y que pueden modificarlas a través de sus interacciones. Por tanto, no son meros organismos que reaccionan ante el entorno, son seres dinámicos y activos. Es más,

el individuo, no es simplemente un cuerpo pasivo cuya conducta está determinada por la fuerza de corrientes sociales empujando en su contra. Hasta cierto punto, siempre puede protegerse de o abrirse a las diferentes fuentes y aspectos de las expectativas sociales. De forma que, aunque nadie es completamente inmune a las expectativas de la sociedad y

de los que le rodean, nadie está totalmente dirigido por los demás (McCall y Simmon, 1966, pp. 92-93)

Otro de los puntos centrales del interaccionismo es que concibe un nivel de interacción que se manifiesta en el interior del individuo, es decir, sostienen una concepción dialéctica de la mente. Esto supone que la persona, no solo se dirige hacia otros, sino que es capaz de entablar una interacción social consigo misma, formulándose indicaciones y respondiendo a las mismas (Agulló, 1997; Manis y Meltzer, 1978; Meltzer, Petras y Reynolds, 1975).

El cuarto elemento común a los interaccionistas es la importancia que conceden a las definiciones y al componente simbólico para explicar la conducta social. Los actos humanos no están motivados por las propiedades que tienen las cosas o las personas, ni son meras respuestas a unos determinados estímulos. Es más, los individuos interactúan con el contexto definiéndolo, utilizándolo, actuando sobre él y orientando sus acciones en función de los significados que se generan en las interacciones con otros. Es decir, en la medida en que las personas se relacionan unas con otras y consigo mismas, van desarrollando su propia definición de las situaciones y actúan de acuerdo a la misma (Blumer, 1962; 1982). De ahí que en este punto, y coincidiendo con Mead, se señale la importancia del lenguaje como sistema simbólico que permite el proceso de construcción colectiva de las definiciones y el proceso interpretativo que opera en las personas al enfrentarse con los símbolos que se encuentra. Es decir, sin el lenguaje, las personas no desarrollarían la capacidad de crear símbolos y de comunicarlos (Howard y Hollander, 1997).

Por tanto, puesto que los significados sociales se incorporan por influencia del entorno y más concretamente a partir de las relaciones, las pautas de comportamiento se irían definiendo o creando, no habría condicionamiento social total hacia el individuo. Tal y como señala Agulló (1997), para los interaccionistas simbólicos la conducta es una cuestión de interpretación de diferentes factores de un contexto –presión ambiental, estímulos, motivos, actitudes, ideas- no de esos factores en sí mismos. No importaría tanto lo que se percibe de la realidad como la forma en que se define la misma.

La última y quinta de las premisas que se destacan de esta perspectiva es la importancia que tiene el presente para nuestras acciones. Lo central por tanto no va a ser el pasado o la infancia, sino los significados y definiciones los que entran en juego en este momento las que condicionan como actuamos. Si situaciones pretéritas vienen a la

memoria es porque las definimos ahora según el momento que estamos viviendo, no se trata de que veamos el presente como consecuencia de algo que pasó (Charon, 1992).

A partir del tronco teórico común descrito, han surgido diferentes interpretaciones que difieren en aspectos tan fundamentales que, a pesar de encontrarse bajo el paraguas de un mismo paradigma, han propiciado investigaciones sociales muy distintas y, en algunos casos, incluso opuestas. Aunque existen diferentes formas de clasificar las teorías consideradas dentro del interaccionismo simbólico, se considera que las más claramente identificables son las escuelas de Chicago y de Iowa, la etnometodología, el enfoque dramático y la perspectiva fenomenológica (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975; Villa de la y Ovejero, 2013). En este texto se va hacer referencia particularmente sus propuestas teóricas en torno al concepto de *self* y el de identidad.

### **1.2.2 Concepción del *self* en las escuelas del interaccionismo simbólico**

Tal y como podrá comprobarse a pesar de enmarcarse bajo un mismo paradigma, la Escuela de Chicago y la Escuela de Iowa presentan dos visiones o interpretaciones muy diferentes de las ideas del interaccionismo simbólico acerca del individuo y la sociedad, lo que tiene su repercusión también en sus focos de interés y técnicas de investigación.

La Escuela de Chicago tiene como principal representante a H. Blumer, discípulo de Mead y heredero directo de su pensamiento, quien además daría el nombre de interaccionismo simbólico al paradigma. Este autor sería especialmente crítico con la sociología positivista o “convencional” que había sido predominante en las ciencias sociales hasta los años 50, destacando la necesidad de desarrollar una nueva perspectiva centrada en las definiciones de las realidades sociales, más que en el funcionamiento de estructuras cuya existencia se presupone (Blumer, 1971). Desde su punto de vista, una visión de la realidad social en términos de estructura u organización pasa por alto la participación de las personas en los cambios sociales y su capacidad para elaborar nuevas interpretaciones o construir nuevas situaciones (Blumer, 1962). Por tanto, el científico social, para comprender la conducta, ha de introducirse en el mundo de los sujetos que analiza para intentar ver la realidad de la misma manera que ellos la ven, tratando de descifrar los significados y definiciones que hay detrás de las categorías que utilizan. Un

ejemplo sería la forma en que se abordan los problemas sociales que, en palabras del sociólogo,

son fundamentalmente producto de un proceso de definición colectiva más que existir independientemente como un conjunto de acuerdos sociales objetivos con unas características intrínsecas. (...). La definición societal otorga al problema su naturaleza, establece como debe ser abordado y que debe hacerse sobre con el mismo. (Blumer, 1971, pp. 298- 300)

En consecuencia, la vida social no puede abarcarse apropiadamente a partir de experimentos, análisis cuantitativos o instrumentales, ya que estas técnicas no recogen el contenido y los significados de las situaciones sociales. Un observador objetivo que no adopta el rol del sujeto al que analiza tenderá a describir el proceso de interpretación que este elabora incorporando sus propias presunciones, lo que al final acaba siendo el peor tipo de subjetivismo. Por tanto, lo más adecuado para el estudio de los fenómenos sociales son las técnicas como la observación participante, las historias de vida, las autobiografías, los casos de estudio, los diarios, las entrevistas y las entrevistas, preferiblemente abiertas o no directivas. Esta opción metodológica es uno de los aspectos de su trabajo que ha recibido mayores críticas, ya que depende en última instancia del observador, es decir, se basa en técnicas en las que más fácilmente puede intervenir la subjetividad del investigador. Además, la información que recopilan es demasiado variable y se basa en demasiadas pocas evidencias como para poder elaborar generalizaciones más amplias (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975).

La Escuela de Iowa, por su parte, tiene como principal exponente a M. Kuhn. Frente al carácter humanista del enfoque anterior, estos investigadores adoptan una visión normativa o cientifista lo que les llevó a operacionalizar los conceptos teóricos que permiten explicar los fenómenos sociales. Estos interaccionistas critican las orientaciones metodológicas basadas en conjeturas y deducciones de la mera observación, y apremian a la utilización de herramientas empíricas en el estudio de la conducta humana. Aunque asumen la imposibilidad de acceder directamente a los aspectos más internos de la persona, sus planes de acción, estiman que se puede estudiar indirectamente a través del comportamiento observable. De ahí que parte del trabajo de Kuhn y colaboradores se enfocara hacia la elaboración de índices objetivos transformando los abstractos conceptos meadianos en variables de investigación

susceptibles de ser analizadas. De este modo, se formularon definiciones operacionales de «acto social», «objeto social» o «grupo de referencia», entre otras (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975).

**Tabla 1. Diferencias entre las escuelas interaccionistas de Chicago y de Iowa**

	<b>ESCUELA DE CHICAGO</b>	<b>ESCUELA DE IOWA</b>
<b>Objetivo de las ciencias sociales</b>	Profundización	Generalización
<b>Metodología de investigación</b>	Observacional: basada en la lógica del descubrimiento y la exploración	Experimental: basada en la lógica de la verificación
<b>Naturaleza del comportamiento humano</b>	Fruto del diálogo entre impulsos y definiciones sociales (yo + mí) Predominantemente espontáneo e impredecible	Visión cognitivista: la conducta humana está socialmente determinada.
<b>Naturaleza del <i>self</i></b>	Procesual: el individuo en sus interacciones sociales adecua sus actitudes a los demás y reinterpreta las definiciones de sí mismo	Estructural y determinista: el individuo orienta sus planes de acción según unas actitudes y respuestas predeterminadas.
<b>Naturaleza del ser humano</b>	Agente activo del entorno, que a su vez se ve influido por éste	Concepción más positivista: el ser humano es visto como <i>internalizador</i> de actitudes
<b>Naturaleza de la sociedad</b>	Procesual y modificable Las definiciones y expectativas de conducta se van construyendo a partir de las interacciones	Estructurada y estable Las descripciones y prescripciones sobre la conducta suelen coincidir, lo que asegura el orden social

Fuente: Elaboración propia con las ideas de Meltzer, Petras y Reynolds (1975)

A pesar de que ambas escuelas se consideran herederas o continuadoras del pensamiento de Mead (Blumer, 1982; Kuhn y McPartland, 1954) se puede comprobar en la tabla 1 que existen divergencias tanto en aspectos teóricos como metodológicos. Según Meltzer, Petras y Reynolds “la imagen de Blumer del ser humano le llevó a una determinada metodología mientras que las preferencias metodológicas de Kuhn le condujeron a una imagen determinada del ser humano” (1975, p. 61). Lo que resulta más interesante es comprobar que sus puntos de partida sobre la naturaleza humana y de la sociedad les llevarían a desarrollar una concepción del *self* con notables diferencias. De acuerdo con Blumer, este aparece asociado a la capacidad del ser humano de ser objeto de sus propias acciones, es decir, de actuar consigo mismo tal como lo haría con otros. Al ser humano

se le concibe como un organismo capaz, no solo de responder a los demás en un nivel simbólico, sino de hacer indicaciones a los otros e interpretar las que estos formulan. Como Mead ha demostrado categóricamente, las persona solo pueden

hacer esto porque poseen un *sí mismo*. Esta expresión no encierra ningún significado esotérico. Quiere decir, sencillamente, que un individuo puede ser objeto de sus propios actos. (Blumer, 1982, p. 9)

Esa autoconciencia es un flujo continuo de recomendaciones o indicaciones hacia sí mismo acerca del significado de las cosas y las personas con las que uno se enfrenta, que le permite interpretar las acciones de los demás. Además, el individuo ensaya conductas, revisando sus planes de acción, cambiándolos, pensando otros nuevos. De esta forma es como puede aparecer la novedad en el comportamiento humano.

No se trata tanto de que el individuo se encuentre rodeado de un entorno de objetos sociales preexistentes que influyen sobre él sino que, más bien, es él quien da significado a la situación, valorando cuál es la conducta más adecuada y tomando decisiones en función de ese juicio (Blumer, 1982). Consecuentemente, la comprensión de la conducta no puede reducirse al análisis de los factores externos o internos – presiones del contexto social, motivaciones, ideas, actitudes, etc.– que afectan al individuo, sino que ha de abordarse desde el proceso de interpretación de dichos factores y de cómo maneja las definiciones en la construcción de las acción. (Blumer, 1962).

En lo que se refiere más específicamente al *self*, Blumer identificó el «yo» meadiano con las tendencias impulsivas del individuo, es decir, con sus actitudes o experiencias más espontáneas, desorganizadas o impredecibles. El «mí», por su parte, comprende el conjunto de actitudes y definiciones que prevalecen dentro del grupo social de pertenencia, es decir, el otro generalizado. Ambos operan en diferente momento en la conducta humana, en primer lugar el *self* toma la forma de «yo» para luego terminar predominando el «mí», que desempeña una función de control social. El primero es el motor o la propulsión de un acto, mientras que el segundo sería la dirección. Al contrario que otros enfoques que estudiaron el esquema de estímulo-reacción y se centraron en ambos aspectos, lo que interesa a Blumer es el desarrollo de la reacción, haciendo hincapié en que detrás de un acto subyace un proceso de creación de definiciones y significados (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975).

Kuhn, por su parte, desarrolla una concepción del *self* como un conjunto de actitudes o planes de acción internalizados por una persona a partir de los roles que ocupa en los grupos de referencia, esto es, aquellos con los que se siente identificado

(Hickman y Kuhn, 1956). Así, conociendo los grupos de referencia de una persona es posible hacer una predicción sobre cómo va a actuar (Kuhn y McPartland, 1954). Al contrario que Blumer, su teoría contempla la incorporación de la estructura social al *self* mediante la asunción por parte del individuo de los diferentes roles que ocupa en ella y las actitudes de otros hacia sí. Estas pueden ser medida y analizadas para lo cual Kuhn y sus colaboradores desarrollaron un cuestionario, el *Twenty Statements Test* –en adelante TST– o test de los veinte enunciados, que consiste en preguntar «quién soy yo», pidiendo al entrevistado que responda como si se formulara la cuestión a sí mismo y ofreciéndole la posibilidad de responder con 20 enunciados distintos.

En conclusión, aunque ambas escuelas toman como punto de partida las tesis de Mead, reconocen la naturaleza reflexiva del *self* y la emergencia de éste como fruto de la interacción simbólica y comparten el interés por desentrañar los significados de la conducta (Munné, 1989; Carabaña y Lamo de Espinosa, 1978); difieren considerablemente en el aspecto del *self* en el que centraron sus estudios. Así, los de Iowa, al interesarse por los roles o estatus que las personas interiorizan como parte de su definición personal en las interacciones, se centrarían en el «mí» meadiano, cayendo en gran medida en un determinismo social de la conducta. La perspectiva de la Escuela de Chicago, por su parte, al considerar fundamentalmente la capacidad agente de las personas, focalizó su atención sobre el «yo» lo que les llevó a ignorar o infravalorar tanto la influencia de las estructuras y contextos sociales como condicionantes de la conducta humana. Estas diferencias se traducirían en dos versiones del interaccionismo: la procesual o situacional de Blumer y colaboradores; y la estructural de la Escuela de Iowa.

Tal y como recogen Meltzer, Petras y Reynolds (1975), estas primeras orientaciones del interaccionismo simbólico fueron objeto de numerosas críticas de dentro y fuera de su propio paradigma. Una de las más recurrentes hace alusión a cuestiones metodológicas y está referida sobre todo a la Escuela de Chicago, puesto que enfocaron su trabajo en conceptos difícilmente operacionables y descritos de forma ambigua –como reflexividad o sujetos social- (Baert y Carreira, 2011) generando pocas hipótesis que puedan ser contrastadas empíricamente. Por otra parte, aunque destacan la autoconciencia y la reflexividad como condiciones necesarias para el desarrollo del *self* y para entender la conducta, dejan de lado otros aspectos que como el inconsciente y la afectividad en su explicación de la conducta humana.



Otra fuente de considerables críticas hacia el interaccionismo procesual es que al situarse en una perspectiva exclusivamente microsociológica ha ignorado la estructura social. No en vano, pese su referencia constante al pensamiento de Mead, Blumer apenas profundiza en uno de sus conceptos fundamentales como es el otro generalizado, que precisamente es reflejo de la influencia del contexto sociocultural, dejando al margen su importancia para la creación de un significado compartido que el individuo incorpora como parte de su reflexividad (Baert y Carreira, 2011).

Además, al concebir la sociedad como un proceso de continua reinterpretación y redefinición de las situaciones sociales, con el consecuente estado de fluidez social, implícitamente Blumer asume que no es posible el desarrollo de organizaciones o estructuras lo suficientemente estables que sirvan de referencia para el *self* (Manis y Meltzer, 1978; Stets y Burke, 2003). Posteriores teóricos discípulos de Blumer, como Strauss (1978), han intentado ir más allá de las interacciones directas y han tratado de explicar los procesos de negociación más amplios que dan lugar al orden social.

Por otra parte, esta corriente, al abordar la relación entre el individuo y la sociedad poniendo el foco casi exclusivamente en el actor ignora factores que pueden influir en la conducta y en la visión que las personas tienen de sí mismas como son la clase social, la distribución del poder, la estratificación social o las instituciones (Stryker, 1987).

En lo que respecta a Kuhn se ha criticado que pese a defender una concepción del ser humano como sujeto activo finalmente lo caracterizan con un *self* socialmente determinado y definido en última instancia como una estructura de actitudes, resultado de la organización de estatus y roles internalizados por el individuo. Esa estructura fija de atributos sería la que determina el comportamiento, lo que implícitamente supone renunciar al componente procesual de la relación entre el «mí» y el «yo» característica del *self* meadiano. Aún más, tal y como señala Lichtman [citado en Meltzer, Petras y Reynolds, 1975], si el ser humano se define simplemente en función de lo que otros ven de él, o de lo que se le atribuye por los roles que ocupa, el fundamento de interpretación de la conducta pasa a ser la profecía autocumplida.

### **1.2.3 El enfoque dramaturgico del *self***

Uno de los académicos del ámbito del interaccionismo simbólico que más han influenciado a los científicos sociales desde mediados de siglo XX ha sido E. Goffman.

Su interés por las dinámicas generadas en la interacción, más allá de las normas, las posiciones o los roles, le sitúan más cercano a la órbita de la Escuela de Chicago (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975). Precursor en sus obras de una perspectiva microsociológica, Goffman hizo su particular contribución al interaccionismo, desarrollando el denominado «enfoque dramaturgico» que no sólo considera al individuo como agente activo, sino que además es un actor manipulador de impresiones.

Por otra parte, la influencia de sociólogos como Blumer y Hughes, de los que fue alumno, así como de Simmel, se puede constatar en su labor de desentrañar las normas que operan en el comportamiento humano, en ocasiones hasta sus más mínimas expresiones. Y, precisamente, si por algo se puede definir la obra de Goffman es por su interés por las cuestiones más cotidianas y rutinarias de la vida, así como por las interacciones cara en cara entre las personas y por los símbolos y los significados que aparecen en este proceso. Sería un tanto injusto, no obstante, reducir la contribución de Goffman a una mera versión del interaccionismo simbólico, dada la novedad que plantean algunas de sus ideas y el distanciamiento respecto a otros autores que pretendían ofrecer marcos teóricos de gran alcance (Baert y Carreira, 2011).

Goffman fue, además, un metodólogo pródigo en cuanto al uso de diferentes herramientas cualitativas para recabar información desde observación participante a recopilaciones de autobiografías, análisis de conversaciones, de prensa de diferente tipo, o revisiones de autores como Cooley, Simmel, Durkheim o Baldwin, entre otros.

En su enfoque puede destacarse como elemento más significativo, sobre todo en sus obras tempranas, la utilización de analogías con el ámbito teatral con el propósito de explicar cómo las personas actúan y se presentan a sí mismas en el contexto de las relaciones cara a cara.

Cuando un individuo llega a la presencia de otros, estos tratan por lo común de adquirir información acerca de él o de poner en juego la que ya poseen (...). La información acerca del individuo ayuda a definir la situación, permitiendo a los otros saber de antemano lo que él espera de ellos y lo que ellos pueden esperar de él. Así informados, los otros sabrán cómo actuar a fin de obtener de él una respuesta determinada. (Goffman, 1959, p 15)

Empleando sus términos dramaturgicos, la situación interactiva es una actuación teatral, en la que cada individuo o actor trata de mostrarse ante los otros o ante sí

mismo, esto es, ante la audiencia, con una determinada imagen o personaje que resulte agradable (Goffman, 1959). Cada interpretación aparece definida por la tensión entre el «yo» espontáneo y el «mí» socializado, en un intento del individuo por representar un personaje que pueda ser aceptado por los demás y que sería el producto de la escena representada. En otras palabras, trata de gestionar su presentación personal con un comportamiento que resulte el más apropiado en cada interacción.

De esta manera, el *self* sería el producto, no la causa, de la actuación en la que intervienen el «yo» como actuante y el «yo» como personaje representado, es decir la figura evocada en la representación. Además, es el objeto sobre el que el actor desea promover una determinada impresión y los otros son fundamentales para su desarrollo en cuanto que, en función de las actitudes que tienen hacia él, va a reforzar o modificar su *self* representado. En este sentido, percibe un ser humano dinámico, reflexivo y activo que maneja estratégicamente las impresiones, en términos cercanos al pensamiento de Mead. Para Goffman, por tanto, el *self* no es algo que un sujeto posee, sino más bien, algo que otros temporalmente le ceden. Con el tiempo, va incorporando sentimientos positivos vinculados a las imágenes de sí mismo según el valor social que otros le han conferido. (Charon, 1992). Al mismo tiempo su aparición en escena siempre se desarrolla en condiciones de vulnerabilidad y, como contrapartida, el individuo ha de dedicar sus esfuerzos a la búsqueda de estabilidad. Ante las amenazas que puede experimentar, el actor se ve en la necesidad de protegerse mediante estrategias como el enmascaramiento o el encubrimiento (Goffman, 1970).

Otro de los temas que aborda es la distinción entre la identidad personal y la identidad social, cuestión recurrente en muchos de los autores que estudian la identidad o del *self*; si bien lo que le va a interesar Goffman es, sobre todo, cómo se gestiona la información que los otros disponen de uno mismo. Cuando se refiere identidad personal incluye aquellos elementos del individuo que le conceden unicidad y, por tanto, un lugar en la estructura social, y la define como “las marcas positivas o soportes de identidad, y la combinación única de los ítems de la historia vital, adherida a un individuo por medio de esos soportes de su identidad” (Goffman, 1970, p. 73).

En las sociedades occidentales actuales, entidades como el Estado cuentan con mecanismos cuya función es precisamente la de identificar a cada persona y guardar memoria la trayectoria vital dentro de su peculiar unicidad, por ejemplo, a través de los documentos de identidad, el registro de antecedentes criminales, el historial médico o la historial laboral. Estos medios establecen limitaciones a la hora de presentarse ante los

demás, ya que, aunque se puedan mostrar signos de una determinada categoría social de pertenencia, siempre correrá el riesgo de ser contrastada por medio de la identidad documentada (Goffman, 1970).

Por su parte, la identidad social, o más bien las identidades sociales, según las analiza Goffman, serían las categorías, grupos y pertenencias en las que se sitúan a las personas, así como los atributos y roles asociados a dichas categorías, por lo que, por deducción, se puede considerar que formarían parte del «mí» del *self*.

El punto de encuentro entre ambas identidades, la personal y la social, se encuentra en el hecho de que, por un lado, la biografía de un individuo lo hace único en cuanto que se da una conexión de vivencias que no se repite en ningún otro; y, a su vez, desde la perspectiva de los roles, vemos como esa misma persona es capaz de sostener «yoes» múltiples y variados. Goffman, en este sentido, considera que en el contexto social actual se ha creado una diversidad de identidades sociales que van a ir marcando la biografía de las personas, a la vez que el manejo de la información sobre las mismas será lo que defina la identidad personal de cada uno. Esto sitúa sus ideas acerca de la naturaleza de la identidad en el debate abierto entre académicos que, aún hoy, plantean un dilema entre unidad y linealidad de la identidad, por un lado; o su carácter fragmentado y discontinuo por otro (Martucelli, 2007; Engelken, 2005).

Goffman ofrece una explicación novedosa sobre el funcionamiento de algunas dinámicas de interacción social, aunque precisamente este sería uno de los focos de las críticas hacia sus teorías. Fundamentalmente lo que se ha cuestionado es que su propuesta, aun maestralmente descrita, no se sustenta, prácticamente, en evidencia empírica alguna. Además, plantea conceptos nuevos sin un marco teórico más amplio de referencia y no relaciona su análisis de la vida cotidiana con la estructura social más amplia (Jenkins, 2004; Meltzer, Petras y Reynolds, 1975).

Aunque podría considerarse esta flaqueza en cierta medida subsanada en sus últimas obras, especialmente en *Frame Analysis*. En ella desarrolla la idea de *frames* o marcos definidos como conjuntos de significados y normas. Continuando con la metáfora teatral, afirma que las personas se exponen en diferentes escenarios de interacción, que tienen dos regiones: la *frontstage* (pública) que es la que se muestra a los otros y la *backstage* (privada), en la que se desarrolla más libremente la autoimagen y donde se puede ensayar la identidad antes de mostrarla. En el escenario o región *frontstage*, al igual que en el teatro, las personas siguen un guión, tratan de crear un determinado efecto en el público y cuidan la escenografía. Pero para que esta pueda

darse, es necesario que haya unos marcos compartidos que le den consistencia, es decir, unas normas sobre las negociaciones y transacciones con rutinas que regulen el comportamiento (Goffman, 2007). Los actores implicados en el proceso de manipulación de las impresiones mutuas desarrollan un consenso sobre el tipo de situación en la que están y el tipo de identidades o roles que se está poniendo en escena.

Jenkins (2004) considera que uno de los problemas del desarrollo de su concepto de marco es que considera el cálculo racional de los medios y los fines como la fuente del comportamiento. No obstante, por lo general, aunque las interacciones se basan en normas y convenciones que requieren de la racionalidad para que puedan darse; muchas conductas escapan a las reglas sociales o se generan de manera improvisada. El autor puntualiza que seguramente su planteamiento está hecho desde la perspectiva de la sociedad norteamericana, por lo que no es necesariamente generalizable a otros contextos. Además, en ocasiones sus explicaciones o conclusiones han sido valoradas como una aproximación más o menos obvia de lo que cualquiera podría intuir acerca funcionamiento de las interacciones cotidianas. En este punto, como contraargumento, se ha destacado que el hecho de que se ocupe de aspectos aparentemente triviales de la vida diaria su visión no debe ser infravalorada puesto que su aportación ha contribuido a explicar el orden simbólico (Baert y Carreira, 2011, p. 123). De hecho, su intención, al contrario que otros autores como Blumer, sin intención no fue la de elaborar una perspectiva sistemática de largo alcance que pudiera resultar en una nueva teoría social.

A pesar del contraste de opiniones respecto a la obra de Goffman y de lo inclasificable que pudiera resultar en términos de encuadre teórico, no cabe duda de que, aún hoy, sigue siendo fuente de inspiración y referente teórico para muchos de los sociólogos que abordan los aspectos más cotidianos de la realidad social de los individuos, además de ser reconocido como uno de los sociólogos de mayor trascendencia del siglo XX.

#### **1.2.4 El interaccionismo simbólico revisado: el modelo de identidad de rol, la teoría de la identidad y otros enfoques afines**

En los años 70 y 80 del siglo XX el interaccionismo simbólico experimentaría un nuevo impulso de la mano de científicos sociales que tomarían el relevo de las de las propuestas de sus iniciadores, tratando de solventar algunas de las carencias o

debilidades y asumiendo las críticas internas y externas de las que fueron objeto. Entre las principales estaban la falta de rigurosidad y de respaldo empírico, la ambigüedad en la definición de algunos conceptos y la escasa relevancia concedida a la estructura social o a la esfera política. Estas debilidades explicarían, en gran medida, el declive de la influencia del interaccionismo simbólico en las ciencias sociales durante más dos décadas y, en consecuencia el freno en su desarrollo teórico y empírico.

En esta tesis resulta esencial exponer a determinados autores que no se han centrado tanto en el *self*, como se ha visto hasta ahora, sino que más específicamente desarrollan una teoría de la identidad. Uno de los elementos centrales de estas propuestas teóricas, como va a comprobarse, es el desarrollo de la idea de rol. Hewitt (1984) en su revisión sobre el paradigma aclara que, frente al matiz de determinismo que parece subyacer al concepto, desde el interaccionismo de segunda ola no se asume como un condicionante que constriñe el comportamiento del individuo. Por el contrario, es concebido como una referencia que permite a los individuos comprender como están estructuradas las situaciones sociales y, en función de ello, organizar sus actitudes hacia sí mismos y hacia los demás. Además, participan en la definición de dichas situaciones; o lo que es lo mismo, en la elaboración de expectativas y significados en torno a la conducta que tiene lugar en las interacciones. En otras palabras, las personas actúan habitualmente según los roles que ocupan y la estructura o el orden que perciben que tiene un contexto dado –si no existe intentarán crearlo–; pero de manera tal que pueden permitirse una relativa capacidad de intervención y elección.

Uno de los autores más representativos de esta línea de investigación es G. McCall, cuyo modelo de identidad aparece desarrollado en una obra conjunta con J. Simmons *Identities and Interactions* de 1966. En ella, siguiendo el pensamiento meadiano, consideran que la esencia del *self* reside en el ejercicio de la reflexividad sobre los pensamientos y las acciones de uno mismo, de la misma manera que se evalúa y se actúa con respecto a los otros. En este proceso hace la distinción analítica de tres procesos: el *self* activo (actuante), el reactivo (audiencia para sí mismo) y el fenomenológico (personaje proyectado).

La conciencia que tiene la persona de sí misma, por tanto, no se da en términos abstractos sino que se desarrolla a partir de las actitudes, las opiniones y las expectativas con las que elabora una imagen de sí misma; de igual manera que hace sobre los demás. Esas imágenes están asociadas a las identidades de rol que se corresponden con las posiciones sociales de ocupa. O en palabras de los autores, constituyen “la idea

imaginada de sí mismo tal y como le gusta pensar que es y que actúa un ocupante de esa posición” (McCall y Simmon, 1966, p. 67). Así, un sujeto tiene, desde esta perspectiva, tantas identidades de rol como posiciones sociales ocupa.

Además, entre las principales funciones de los roles están proporcionar planes de acción para el *self* activo, así como criterios evaluativos para el *self* como audiencia y una serie de cualidades para el *self* como personaje. Es decir, el individuo imagina las reacciones de los demás ante su puesta en escena del rol y esto se convierte en criterio de evaluación de cualquier posible plan de acción en el encuentro con otros.

Por otra parte, las identidades de rol incluyen dos tipos de contenido, uno convencional, que se aprende en el proceso de socialización y forma parte de la cultura; y otro idiosincrático, que responde a la interpretación y elaboración personal que hace el individuo. En cada persona se da una combinación particular de ambos, siendo los extremos por un lado la completa identificación con los roles sociales y por el otro una identidad totalmente personalizada. En este sentido, es fundamental el proceso de legitimación de la puesta en escena del rol, es decir, que los contenidos idealizados e idiosincráticos del *self* se encuentren respaldados socialmente.

Otra característica de las identidades de rol es que se encuentran organizadas en una jerarquía según su prominencia en la imagen que tiene de sí mismo el individuo. Si la jerarquía varía según con quien se interactúa, el *self* se considera situacional. Eso implica que está constituido por las preferencias de un subconjunto de identidades de rol que se activan, son negociadas y ratificadas en el transcurso de una interacción social concreta. Así es como surge el personaje. Por el contrario, si se trata de una jerarquía más duradera de identidades, entonces estaríamos hablando del *self* ideal (McCall y Simmon, 1966). Además, en la organización de la jerarquía influye el grado de identificación con la actuación que lleva a cabo con un rol concreto; así como la confirmación o respaldo que la imagen proyectada recibe por parte de personas relevantes para el sujeto. A esto se añaden las gratificaciones implícitas al ejercicio del rol que pueden ser intrínsecas –sentimiento de eficacia, de competencia personal- o extrínsecas -prestigio, favores, bienes, oportunidades –. En definitiva, al poner en escena un determinado rol, será fundamental la percepción que la persona tenga de las oportunidades percibidas, o sea, del cálculo de costes y beneficios.

En este modelo, la emergencia de las identidades no es algo automático o dado, sino que tiene un carácter procesual muy vinculado al desarrollo vital humano. En este sentido uno de los elementos clave es que la persona sea capaz de distinguir entre el sí

mismo y los otros. En la infancia, primeramente diferencia el mundo exterior, sus objetos, las personas; y progresivamente va desarrollando una autoimagen incorporando las exigencias de los padres y los estímulos aprendidos en la escuela y en el grupo de pares, haciéndose cada vez más consciente de sí mismo como agente racional. A través de la socialización aprenderá que no solo los demás, sino también él mismo, pueden desempeñar distintos roles y actuar distintamente según la situación.

Otro de los recursos que permiten la emergencia de las identidades de rol es la socialización a través de juegos en los que se explora y experimenta con los contenidos de los roles y se ponen en juego capacidades discursivas que regulan la propia conducta moral. No obstante, esa primera idea de sí mismo se presentaría aún de manera rudimentaria; la búsqueda de la identidad no tendría lugar hasta la adolescencia, fase en la que el individuo es capaz de proyectarse hacia el futuro e imaginarse desempeñando distintos roles. En palabras de los autores, “puesto que todavía no es totalmente autónomo, ni un ciudadano como los demás, la cuestión no es tanto quién es, sino quién va a ser” (McCall y Simmon, 1966, p. 209)

En conclusión, McCall y Simmons presentan un modelo detallado de los procesos cognitivos y expresivos a través de los cuales los actores intentan legitimar sus identidades y llegar a un consenso sobre la definición de la situación que posibilite que la interacción pueda tener lugar. Así, la identidad es una construcción social intencional, un proceso estratégico que conlleva una negociación a través de las relaciones con consecuencias sociales y materiales para la persona y para la jerarquía de identificaciones de rol. El foco de estos autores no es tanto el *self* en sí mismo, sino más bien las múltiples identidades que dan lugar a las interacciones sociales.

Teniendo en cuenta estas tesis, se puede apreciar el paralelismo conceptual con la terminología dramaturgica de Goffman –el actor, la audiencia, el personaje– y la de McCall y Simmons. Además comparten, en el caso de la obra referida, el interés por describir las dinámicas que emplea el individuo para manejar su personaje y conseguir que esa identidad sea reconocida o legitimada por otros. Otro elemento en común es la diferencia entre la identidad personal y la social. McCall y Simmons describen un proceso de identificación por el cual se sitúa a las personas y a uno mismo dentro de unas determinadas categorías referidas al sistema social –identidades sociales– o a la unicidad de la persona –identidad personal–. Esta última funciona como un soporte o percha sobre la cual se irían ubicando o colgando las diferentes identidades sociales y referentes biográficos que uno asume (McCall y Simmon, 1966).



Cabe añadir que, pese al énfasis en la definición de un esquema de identidades variable situacionalmente, el interés de estos autores por los esquemas mentales que explican la conducta sitúa la teoría de McCall y Simmons próxima a algunos de los postulados del cognitivismo social.

Por otra parte, dentro de los científicos sociales que continuaron en la línea de la Escuela de Iowa y que se encontraría cercano al pensamiento de los autores mencionados, se encuentra S. Stryker, cuyas principales aportaciones teóricas y empíricas han sido el interaccionismo simbólico estructural y de la teoría de la identidad. Consciente de las críticas que habían cosechado las premisas interaccionistas de los inicios por no haber abordado las estructuras de sociales en sus desarrollos teóricos (Stryker, 1987) su propuesta hace hincapié en cómo estas son el marco en el que se definen los roles que condicionan el comportamiento de las personas.

Por un lado, las ideas de Stryker pueden ser encasilladas dentro del interaccionismo simbólico en tanto que asume que las interacciones ponen en juego los roles de los participantes, de manera que se va elaborando una definición conjunta de la situación para organizar la conducta. Por el otro, el autor da un paso más al considerar que este proceso se genera necesariamente dentro del marco de unas estructuras sociales que ofrecen ciertas posibilidades e imponen algunas limitaciones a las definiciones que se crean. Dichas estructuras establecen no solo las posiciones que ocupan las personas en ellas, sino también los principios y criterios más generales que organizan la sociedad y la distribución del poder a través de categorías como el sexo, la edad, la etnia o la clase social. Además, operan a través de estructuras intermediarias como el vecindario, la escuela, las asociaciones, afectando así a las relaciones que se generan en esas redes sociales y, por extensión, a la organización del *self* (Stryker, 1987; 2008).

Asimismo, los roles, según se van replanteando a lo largo de la interacción, pueden generar cambios en las definiciones y en consecuencia, en las propias estructuras. Por tanto, ninguno de los elementos de este marco teórico citados hasta ahora –estructuras, roles, identidades– tendrían un efecto determinante sobre la conducta humana, sino que esta

es resultante de los procesos que se inician al hacer las primeras definiciones de los actores, pero que continúan desarrollándose gracias al sutil y precavido intercambio ocasional entre los actores, que puede dar una nueva forma y un nuevo contenido a su interacción (Stryker, 1983, p. 58).

A partir de estas ideas, y retomando el concepto de *self* meadiano, Stryker desarrolla su teoría de la identidad, que sería asumida también por otros teóricos del interaccionismo estructural (Stets y Burke, 2003). Así el *self* está definido como una estructura de identidades o esquemas cognitivos sobre uno mismo vinculados con los roles y, a través de estos, con las posiciones que ocupan los individuos en redes organizadas de relaciones. Precisamente esta idea del *self* como conjunto de múltiples identidades, tantas como posiciones que ocupa el individuo en la sociedad y como grupos en los que interactúa es uno de los puntos de encuentro con las tesis de McCall y Simmons (Stets y Burke, 2003). Así, ser padre es una identidad como lo es ser compañero de trabajo, amigo, o cualquier pertenencia grupal que pueda darse en la sociedad. El contenido de esas categorías son los significados que se les han atribuido socialmente (Stets y Burke, 2003) y son asumidas en la medida en que la persona es capaz de percibirse a sí misma como objeto social y de internalizar las posiciones que se les han atribuido (Stryker, 2008).

Otra característica del *self* es que sus identidades se encuentran organizadas de acuerdo a una jerarquía de «saliencia», es decir, de acuerdo a la probabilidad de que sean activadas en las distintas situaciones que enfrenta la persona. La hipótesis principal de estos teóricos es que cuanto más saliente es una identidad, mayores posibilidades de que se la que condicione el comportamiento del individuo en un contexto dado. A lo largo del tiempo, aquellas identidades con las que más se va identificando se vuelven más resistentes al cambio y tienen más probabilidades de formar parte del *self* de manera permanente.

Otro de los conceptos clave de la teoría de la identidad de Stryker es el compromiso o *commitment* que se refiere a en qué medida la relación con los otros depende de poseer una determinada identidad de rol. Esto se evalúa a partir del coste, en términos de pérdida de relaciones significativas, que tiene la adopción de una u otra. Además, el compromiso con una identidad concreta determina en la «saliencia» que esta tiene en la jerarquía de identidades (Stryker y Burke, 2000).

Como se comentó, uno de los aspectos abordados por Stryker es la relación entre el *self* o más en concreto, las identidades sociales, y el contexto social más amplio. Por una parte, el marco sociocultural condiciona las posibilidades objetivas de acceder o permanecer en unas determinadas redes de relaciones sociales. En esas redes es donde el individuo manifiesta su conducta de acuerdo con las estructura de identidades de su *self*. Si dichas relaciones cambian, su *self* también lo hace. Al mismo tiempo, a través del

proceso de construcción y reconstrucción del *self* se generan cambios en la organización social de la que la persona forma parte (Stryker, 1987; Stryker y Burke, 2000). Por tanto, se trata de un proceso de mutua influencia.

Una visión complementaria de la teoría de la identidad de Stryker es la que han desarrollado teóricos como Burke, Reitzes o Tully, que se han centrado en las dinámicas internas del *self* que influyen en el comportamiento social como, por ejemplo, la forma en que las identidades dan lugar a unas determinadas conductas; o cómo se genera la jerarquía de relevancia entre ellas. A esto se añade, también, el trabajo de Heise, MacKinnon o Smith-Lovin y su teoría del control del afecto, que aborda el papel de las emociones en las definiciones de las situaciones y las percepciones que de ella tienen el individuo; o Thoits y su teoría de la acumulación de las identidades, que concibe estas como mecanismos psicológicos de reducción de la angustia y de refuerzo del autoestima (Stets y Burke, 2003; Stryker y Burke, 2000; Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010). No obstante, sus aportaciones, de corte más cognitivista y psicológica, así como de otras versiones de la teoría de la identidad en la misma línea, se desvían en cierta medida de la línea prioritariamente sociológica que aquí se ha planteado.

Como conclusión a esta revisión de teorías y autores cercanos al interaccionismo simbólico, cabe decir que, aun con las limitaciones de las perspectivas señaladas, sus tesis supusieron un giro en las ciencias sociales, en lo que respecta a la concepción del individuo, de la sociedad y de la relación entre ambas, con aportaciones revolucionarias tanto teórica como metodológicamente. Entre los múltiples aspectos que se pueden señalar, destaca que, aun concibiendo a la persona como ser fundamentalmente social, rechaza todo determinismo de la sociedad sobre ella, al reconocer su capacidad de agencia. Además, permite situar la emergencia del individuo, no solo en las interacciones de las que participa sino también en el contexto estructural más amplio – aunque este no resulte evidente en las situaciones sociales– (Torregrosa, 1983). Cabe añadir que algunos señalan que el interaccionismo simbólico ha sido “la primera teoría de la comunicativa de la sociedad” (Carabaña y Lamo de Espinosa, 1978, p. 199), es decir que sitúa en un lugar determinante la comunicación para explicar la naturaleza social del individuo.

Es más, esta perspectiva, lejos de estar olvidada por las ciencias sociales o de haber perdido capacidad explicativa, contribuye a la comprensión de fenómenos sociales actuales como por ejemplo de los estudios de género, el cortejo, la socialización infantil o la vida académica y además ha sido inspiración de relevantes teóricos actuales

como Habermas, Giddens, Collins o Hardin (Baert y Carreira, 2011; Stryker, 1987; Charon, 1992)

### **1.2.5 Dinámicas grupales y categoriales en la percepción de uno mismo**

Una revisión teórica de los orígenes de la conceptualización de la identidad no puede pasar por alto la aportación de H. Tajfel y J. Turner. Estos psicólogos sociales, al igual que los interaccionistas, pondrían su punto de mira en el estudio de la conducta atendiendo a las dinámicas generadas en las relaciones entre las personas de un grupo y entre los grupos y categorías sociales entre sí. Ambos autores, además de compartir líneas investigación –los prejuicios, el etnocentrismo, el juicio social o la estereotipia, entre otros–, colaboraron en el desarrollo de la influyente teoría de la identidad social. Fueron, además, unos investigadores exhaustivos y prácticos que trataron de convertir sus ideas en hipótesis contrastables empíricamente, a partir de las cuales comprender dinámicas observables en la realidad social como, por ejemplo, el surgimiento de los conflictos de intereses o de los prejuicios.

Dicho esto, lo que interesa más específicamente de su teoría es que parten de una concepción de la sociedad como conjunto de categorías y grupos sociales que mantienen vínculos en términos de poder y estatus; en contraste con las perspectivas anteriormente descritas, que la definen como redes de interacción o sistemas de posiciones y roles. Así, no sólo las características personales condicionan la conducta humana, sino también los grupos de pertenencia y la categorización social, influencia que se manifiesta hasta en las relaciones más personales.

Entrando más en detalle en sus planteamientos teóricos, estos se sustentan en torno a tres conceptos básicos: la categorización social, la identidad social y la comparación social. La categorización social consiste en un proceso de sistematización y simplificación del entorno social mediante el cual se agrupa a las personas según criterios que tengan sentido para el individuo. Se trata de una herramienta cognitiva que permite ordenar el entorno social definiendo la posición de uno mismo y de los demás en la sociedad y sirviendo de referencia o guía para su conducta (Tajfel, 1984; Tajfel y Turner, 1986). De esta forma, “la categorización social debe ser considerada como un sistema de orientación que crea y define el lugar de un individuo en la sociedad” (Tajfel, 1983, p. 193).

Por tanto, desde esta perspectiva, la sociedad estaría constituida por grupos, es decir, por conjuntos de individuos que se perciben como miembros de una misma categoría social, lo que implica una cierta implicación afectiva y una definición conjunta acerca de la pertenencia al mismo. Unas veces esa pertenencia es autoatribuida, y otras se da por una categorización de los demás. En cualquier caso, es suficiente en sí misma para generar identificación con el grupo y canalizar un comportamiento favorable respecto a los miembros y discriminatorio respecto a los que no lo son –esto es lo que denominarían paradigma del grupo mínimo– (Tajfel, Flament, Billing, y Bundy, 1971)

Turner (1989), por su parte, elaboraría la teoría de la autocategorización del yo recogiendo una serie de supuestos acerca de los procesos cognitivos que subyacen a la formación de categorías sociales. Esta se da en tres niveles de abstracción jerarquizados en función del grado de abstracción. El primero corresponde con la concepción del «yo» como ser humano, lo que incluye todas aquellas características que le identifican como tal frente a otros seres vivos. El segundo de los niveles hace referencia a las categorías que indican lo que tienen en común los miembros de un grupo –semejanzas intragrupal– y lo les diferencia del resto –diferencias intergrupales–. Por tanto, las comparaciones se dan entre «nosotros» y los «otros», esto es, entre colectividades dentro de la especie humana. Finalmente, había un nivel en el que se incluirían todas las identificaciones que definen a la persona en alguien único y diferente respecto al resto de los que forman parte de su mismo grupo –comparación intragrupal. A partir de esos supuestos se plantea la hipótesis de que existe una relación inversa entre la relevancia de los niveles personal y social en la categorización. De esta forma, cuanto más se percibe la persona en términos de unicidad, menos lo hace en términos colectivos, y viceversa. Es decir, existe una graduación que va desde una diferenciación intrapersonal extrema hasta la máxima semejanza con miembros del grupo más amplio. Según se avanza hacia este último polo de la escala, se produce un proceso de «despersonalización del yo» que, en contra de lo que pudiera parecer, no se entiende como una pérdida de la concepción de la propia individualidad. Se trata más bien de un mecanismo por el cual la persona se mueve en un nivel más inclusivo de abstracción y es capaz de actuar desde la semejanza con otros (Turner, 1989).

Otra de las cuestiones que aborda el autor es la explicación de cómo se produce la identificación de las personas con unas determinadas categorías. Para ello recurre a la idea de la «razón de metacontraste», que sería la relación entre las diferencias percibidas

respecto a los de miembros del propio grupo y las que se definen respecto a los de otros grupos. Para que pueda darse una agrupación de personas dentro de una misma categoría, se tiene que valorar que las diferencias intragrupalas son menores que las intergrupales.

Una vez descrita la categorización, el segundo de los conceptos del modelo de Tajfel y Turner es el de identidad social que se refiere a los aspectos de la imagen que uno tiene de sí mismo, o autoconcepto, asociados a los grupos de los que se percibe como miembro, junto con la valoración afectiva que hace dicha pertenencia (Tajfel y Turner, 1986; Tajfel, 1983). Tajfel considera el autoconcepto como un fenómeno mucho más amplio y complejo de lo que puede abarcar, puesto que presenta dificultades para ser estudiado directamente. Su propuesta es, por tanto, la de tomar aquello que facilite la comprensión de algunos aspectos de la conducta social, que en el caso del interés del autor sería más específicamente la valoración subjetiva de la pertenencia a grupos y las relaciones intergrupales (Tajfel, 1984).

Por su parte, Turner describió el autoconcepto “como el conjunto de las representaciones cognitivas del yo de las que dispone una persona” (Turner, 1989, p. 75); pero también reconocía que se trata de una estructura no observable empíricamente y por eso difícil de abordar. Lo que puede indagarse es cómo en una u otras situaciones, y según las características de los demás, se activan unas u otras representaciones cognitivas. Esto es lo que se denomina «saliencia» y tiene que ver con las condiciones en las que una determinada pertenencia grupal se convierte en predominante en la percepción del «yo» para la conducta (Turner, 1989).

En contraste con la idea de identidad social, desarrollan el concepto de identidad personal, aunque ambas estarían relacionadas. Según Tajfel, la identidad personal constituye la forma más básica de categorización de uno mismo y tiene que ver con aquellos aspectos de la persona que hacen que se sienta como único y diferente respecto a los demás, los que sería el tercer nivel de categorización de Turner. Cuando prevalece la identidad social sobre la personal se produce un cambio en la percepción del *self*, de la unicidad a la membrecía, del «mí» al «nosotros». Este es el mencionado proceso de despersonalización, consistente en una «estereotipación del yo», es decir, la persona se ve a sí misma como intercambiable dentro del grupo más que en función de sus características propias. El caso contrario vendría dado cuando en el individuo predominan sus rasgos personales idiosincráticos y, por tanto, su conducta está guiada por su identidad personal. En esta situación, lo que prevalecen son las diferencias de la

personas respecto a los miembros del grupo; en el caso de que se sitúe desde su identidad social, prevalecerán las semejanzas (Turner, 1989). De acuerdo con la teoría de la autocategorización, según la situación las personas gestionan uno u otro tipo de identificación lo que condiciona su conducta (Cano y Moral, 2005).

Finalmente, el tercero de los elementos constitutivos de la teoría de la identidad social es el de la comparación social concepto que tomaron de la obra de Festinger y que consiste en la acentuación de las similitudes intragrupal y de las diferencias intergrupales (Tajfel, 1984). El autor describe el proceso como el contraste que hacen las personas de sus propias opiniones y habilidades, tanto con las de otros miembros del grupo al que pertenecen, como con las de otros grupos diferentes del propio. A través de la comparación social el individuo intenta mantener una imagen positiva de sí mismo y del grupo al cual pertenece. A su vez, la valoración que hace de éste está determinada por otros grupos, diferentes al propio, que forman parte de la estructura social más amplia. De hecho, si en una colectividad no se dan condiciones para poder mantener una identidad social positiva, lo más probable es que la persona lo abandone; o bien que reinterpreté y justifique las características que ya no le resulten aceptables del mismo para que no se vea afectada su autoimagen; o que trate de cambiar las condiciones del contexto intergrupales desfavorable (Tajfel, 1984; Tajfel y Turner, 1986). Consecuentemente, se puede afirmar que la comparación entre grupos tiene su efecto en la psicología de sus miembros. En palabras de Tajfel, la identidad social “solo puede definirse a través de los efectos de las categorizaciones sociales que segmentan el medio ambiente social de un individuo en su propio grupo y en otros grupos” (Tajfel, 1984, 296).

Uno de los aspectos que se ha criticado a la teoría de la identidad social es que, pese al esfuerzo por distanciarse de las perspectivas cognitivistas y su cercanía al interaccionismo simbólico, en realidad los procesos que describe –categorización, comparación social, «metacontraste», «saliencia»– no dejan de ser fenómenos internos de la persona y, en cierta medida presentan un carácter cognitivo. En esta línea, Jenkins (2004) considera que la visión de Tajfel y Turner es de corte individualista, puesto que la identificación sucede en la mente de las personas y no prestan atención a la que tiene lugar en el desarrollo de las interacciones.

Además, al igual que el interaccionismo simbólico, no abordan los aspectos afectivos o emocionales de los procesos que describen, a pesar de que de hecho hablan de la importancia del componente evaluativo y de la autoestima (Peris y Agut, 2007).

Tampoco prestan atención a los contenidos de la identidad personal, como pueden ser, por ejemplo, los valores o los principios morales (Hitlin, 2003)

Aunque también es cierto que las tesis de la teoría de la identidad social son menos reduccionistas que las de otros enfoques psicológicos más esencialistas, ya que consideran que los procesos de construcción del *self* se definen más colectivamente que individualmente y, no cabe duda, que su conceptualización de la identidad tiene un alcance fundamentalmente social (Hogg y Williams, 2000; Íñiguez, 2001). Tal y como defienden Cano y Moral (2005),

la teoría de la categorización del yo asume que el sí mismo no se basa predominantemente en la identidad personal, sino que es social al incluir identidades colectivas, reflejando los miembros del grupos y las similitudes colectivas (p. 65).

Por otra parte, no tiene en cuenta la amplia variedad de grupos que existen en la sociedad, heterogéneos en su tamaño, intereses y objetivos, tipos de vínculos entre sus miembros, etc. (Hogg y Williams, 2000). Tampoco parecen dar cuenta de cómo la pertenencia a dichos grupos da lugar a la identidad, como ésta es creada y mantenida a través de las interacciones.

Otra de las premisas de la teoría de la identidad social, que se ha visto cuestionada a partir de la contrastación empírica, es la hipótesis de que la identificación intragrupal y la diferenciación exogrupal son fenómenos que varían conjuntamente; o expresado en términos similares, que la identidad social y la personal estarían relacionadas negativamente; esto es, cuando aumenta la «saliencia» de una, la de la otra disminuye, y viceversa. Diversos autores han constatado que la similitud entre los miembros de un grupo no genera necesariamente una mayor diferenciación respecto a los miembros de los otros grupos. De hecho, se han propuesto otros modelos de funcionamiento de este tipo de dinámicas colectivas. (Deschamps y Devos, 1996).

La ambición última de la teoría de la identidad social fue orientarse a la búsqueda de leyes generales que permitieran explicar el funcionamiento de los grupos humanos y su impacto en los procesos cognitivos por los que el individuo incorpora las pertenencias sociales como parte de su identidad. Sin embargo, el estudio aislado de unas determinadas variables e hipótesis en detrimento de otras, el uso de entornos controlados para recabar información o la escasa atención a los condicionantes que



influyen a las interacciones reales, han limitado en gran medida el alcance de sus conclusiones, dando lugar a una producción académica muy diversa y a continuas revisiones *ad hoc* de sus presupuestos básicos (Scandroglio, López y San José, 2008). Si no se analizan los factores ambientales de la interacción, se pierde la oportunidad de abordar, por ejemplo, cómo estos influyen en que se active una u otra identidad en según qué situaciones sociales, es decir, como afectan a la «saliencia» de los diferentes niveles de abstracción. Además, al elaborar inferencias de contextos artificiales, controlados, no se tiene la certeza de que, en las situaciones cotidianas, se repitan las observaciones (Jenkins, 2004).

En contraposición con las críticas que ha suscitado la propuesta de Tajfel y Turner, cabe destacar que fueron precisamente estos autores y sus colaboradores, los que volverían a reorientar el interés de las ciencias sociales por fenómenos grupales, en un momento en el que muchas perspectivas estaban abogando por un giro «micro» en el alcance de sus investigaciones y conclusiones. De hecho, desde los años 90, en que resurgiría con fuerza el interés por la teoría de la identidad social, se han seguido usando muchas de sus ideas y constructos para abordar cuestiones como la conformidad, el surgimiento de normas grupales, el comportamiento organizacional o de masas o las protestas colectivas (Hornsey, 2008; Scandroglio, López y San José, 2008).

### **1.2.6 Una visión comparada de la teoría de la identidad de rol y la teoría de la identidad social**

Las últimas propuestas teóricas que se han desarrollado, la teoría de la identidad de rol y la teoría de la identidad social, han sido objeto de comparación por parte de algunos autores encontrando argumentos a favor de sus similitudes, de sus divergencias, e incluso articulando algunas tesis para poder emplearlas complementariamente. El aspecto más evidente de convergencia es que fueron desarrolladas por psicólogos sociales cercanos a la sociología y que entre sus principales intereses está la emergencia de la identidad y la comprensión de la conducta humana. Ambas teorías consideran que los individuos se definen en términos de unas categorías sociales preexistentes, ya sean de rol o grupales, concibiéndose a sí mismos como la personificación del prototipo de las mismas. Dichos prototipos están asociados a una serie de significados y normas sociales que sirven de guía para el comportamiento (Stets y Burke, 2003)

Otro de los puntos de confluencia teórica es que los procesos de identificación que describen están condicionados por las características del entorno en el que se desenvuelven los individuos –relaciones interpersonales, relaciones intergrupales–. Por ello, muestran interés por factores como las oportunidades de acceso a los grupos, los procesos de internalización o de «saliencia» de las identidades en diferentes contextos, o los efectos de la identificación para el autoconcepto (Deaux y Martin, 2003; Hogg, Terry y White, 1995).

Junto con estas similitudes cabe destacar también algunas diferencias que hacen a cada una valiosa en su propia esfera del conocimiento. Aunque en ambas se da un interés por la categorización, difieren en las consecuencias que esta tiene para el *self*. Según la propuesta de Tajfel y Turner, la identidad grupal conlleva una uniformidad en las percepciones y actitudes de los miembros de la colectividad y una diferenciación respecto a los de fuera. Por el contrario, los teóricos de la identidad basada en roles consideran exclusivamente las diferencias en las percepciones y acciones respecto a los otros con los que interactúan (Stets y Burke, 2003) que se encuentran en diferentes posiciones sociales.

Además, aunque no se puede negar el papel relevante que conceden ambas a la identidad, sostienen puntos de vista distintos respecto a su contenido y el aspecto más relevante para su configuración (Hogg, Terry y White, 1995; Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010). En el caso de la teoría de la identidad ésta es concebida como un constructo dinámico que responde a los cambios tanto en las relaciones a largo plazo como en los contextos interactivos más inmediatos que van definiendo el proceso sociocognitivo subyacente. Lo que les interesa sobre todo es cómo el contexto situacional y cultural define las identidades y los significados que se les atribuyen, más que cualquier aspecto internalizado por el actor.

Para los interaccionistas estructurales y los teóricos del rol, sin embargo, la clave para entender la conformación de las identidades sociales es el proceso de internalización de las posiciones sociales dentro de la estructura del *self*. Su visión asume que en la socialización, a través de las sucesivas interacciones sociales, las personas van desarrollando significados identitarios que son incorporados por la persona como parte estable de su autoconcepto (Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010). En definitiva, para Stryker y sus seguidores la identidad es una propiedad estática de los roles y su interés está en las dinámicas de los contextos de interacción que influyen su construcción y reconstrucción.

Su perspectiva respecto al comportamiento tampoco sería la misma. La teoría de la identidad de rol está focalizada en la conducta individual mediada por los roles que las personas desempeñan en la sociedad y las identidades a ellos asociadas. Por el contrario, la teoría de la identidad social se centra en las pertenencias y las relaciones grupales más amplias y en el papel de la identidad en aspectos del comportamiento intragrupal e intergrupales –conformidad, acción colectiva, estereotipado, solidaridad grupal, etnocentrismo, etc. – (Hogg, Terry y White, 1995).

Otra diferencia se encuentra en la percepción que tienen de la «saliencia». Para Stryker, constituye un aspecto estable del *self*, resultado del compromiso, es decir, de cómo las identidades condicionan las relaciones significativas en términos de frecuencia y afecto. Es algo que los actores portan consigo de una situación a otra. En el caso de Turner, la «saliencia» es conceptualizada como el impacto de la situación en las autocategorizaciones. Es decir, se pone un mayor énfasis en el contexto de la identidad y sus significados, que en la estructura del *self* en la puesta en práctica de la identidad (Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010).

Por último, cabe señalar que, sin negar la existencia de puntos de convergencia y divergencia entre ambos marcos teóricos, es posible plantear orientaciones que permitan integrarlos de manera complementaria. Stets y Burke (2003) destacan la existencia de una analogía entre la autocategorización de la teoría de la identidad social y el proceso de identificación de los roles de la teoría de Stryker. La autocategorización permite a las personas compararse con los demás de forma que aquellos que son similares a uno mismo son categorizados y etiquetados como pertenecientes a un mismo grupo. Sería lo contrario en el caso de los que aparecen como «diferentes», que serían considerados como externos al grupo. Así mismo, desde la teoría de la identidad se reconoce que las interacciones generan un proceso de identificación en el que las personas se equiparan aquellos que se consideran iguales y se definen en oposición a aquellos que ocupan roles opuestos. A esto cabe añadir que las identidades personales y de roles, para ambas teorías, están relacionadas a través de un sistema común de significados.

En la misma línea, Hogg, Terry y White (1995) indican algunas posibilidades de investigación incorporando ambas visiones como por ejemplo situar el concepto de rol y el análisis de la interacción de la teoría de Stryker en el análisis más amplio de las relaciones intergrupales. En cualquier caso, integrar los roles y las categorías sociales de pertenencia grupal en la concepción de la identidad supone dar un paso más para la comprensión de su emergencia. Sigue siendo necesario, no obstante un desarrollo

teórico que permita extender el ámbito de comprensión al contexto sociocultural más amplio. Ese será el objetivo fundamental del siguiente de los apartados de este marco teórico.

### **1.3 La identidad situada en el contexto histórico y sociocultural**

El cuadro que hasta ahora se ha dibujado sobre la identidad, como realidad socialmente configurada, ha incluido autores que pusieron el punto de mira en los factores que no habían sido considerados para el estudio de la concepción del «sí mismo». Entre otros, se han señalado conceptos y procesos asociados a las dinámicas interaccionales, las definiciones socialmente construidas, los roles ocupados en la estructura social y las identidades a ellos asociados o la pertenencia grupal. Este apartado pretende concluir la revisión aportando las tesis de algunos autores que irían un paso más allá al considerar, no sólo la estructura de relaciones entre distintos grupos dentro de la sociedad, sino fenómenos socioculturales contextuales. Aunque estos se vean como lejanos a la vida de los individuos, existen argumentos suficientes para admitir que los condicionantes sociohistóricos dejan su impronta en la subjetividad de las personas y, por tanto, tienen su efecto en la configuración de la identidad.

#### **1.3.1 La aportación de E. Erikson**

Uno de los autores que contribuiría a la difusión y popularización del concepto de identidad fue el psicoanalista Erikson (Torregrosa, 1983) influyendo en autores como Strauss, Foote, Cotrell o Whelis y otros psicólogos sociales que elaboraron interpretaciones de la obra de Mead. Si bien es cierto que su ámbito de estudio se distancia de las perspectivas hasta ahora contempladas, puesto que su área de conocimiento fue la psicología evolutiva, su influencia trascendió su propio ámbito hacia otras disciplinas y enfoques de las ciencias sociales, A su vez, él mismo incorporó elementos de otras áreas del conocimiento como sería el caso de la filosofía pragmatista de James y del pensamiento de Mead, de quienes sería contemporáneo.

Este estadounidense de origen alemán, destacó a lo largo del siglo XX como precursor de la teoría del desarrollo psicosocial. Pese a carecer de estudios

universitarios reglados, se introdujo en los círculos del psicoanálisis de Freud. No es de extrañar, por tanto, la influencia de sus presupuestos en su pensamiento y su interés por descubrir los factores que afectan a la personalidad y el comportamiento, especialmente en la niñez. No obstante, discrepaba con Freud en la concepción del hombre: para este era un ser más bien pasivo y, en gran medida, esclavo de sus impulsos; mientras que para Erikson era un ser activo que trataba de adaptarse a su ambiente. De igual modo, mientras Freud se centró en el estudio de la parte más instintiva e inconsciente de la personalidad, el *id*; Erikson se interesó más por el desarrollo del «yo». Además, al incorporar la cultura y en general el contexto social, como elemento configurador de la identidad, su enfoque superaba en cierta medida el reduccionismo de las tesis clásicas del psicoanálisis. En este aspecto de su teoría encontramos la influencia de antropólogos como M. Mead, de quien sería alumno, o R. Benedict y G. Bateson.

Por lo que respecta a la identidad, Erikson la concibe como un elemento constitutivo del proceso de desarrollo psicosocial humano influido, además, por las relaciones con otros con los que interacciona y condicionada por el contexto sociocultural en el que se encuentra inmerso el individuo. La primera de esas consideraciones sitúa la identidad como un elemento del desarrollo evolutivo que, según Erikson (1976), se da en ocho etapas en las cuales la persona debe hacer frente a distintas crisis emocionales o conflictos internos para poder alcanzar un desarrollo satisfactorio o completo. La forma en que se resuelven esas crisis determinará cómo será la evolución en la siguiente etapa, la autoimagen de la persona y su percepción en la sociedad. Dentro de esas fases, el autor consideró la adolescencia, es decir, el quinto estado psicosocial, como el momento decisivo para la formación de la identidad, ya que es cuando surgen las preguntas vitales acerca de quién es uno y acerca de la trayectoria vital por la que ir optando. Al joven se le plantea lo que Erikson denominaba una «moratoria social», es decir, un tiempo de transición entre la seguridad de la infancia y la autonomía de la adultez, en la que irá ensayando diferentes roles y explorando distintas identidades a partir de las cuales pueda elaborar su concepto de «yo» en términos socialmente aceptables. En caso contrario, se sumiría en una confusión de identidad, que derivará en el aislamiento o en la pérdida de lo que uno es a favor del grupo de iguales. Erikson, empleaba la noción de «identidad del yo» para referirse a la síntesis entre las identificaciones infantiles y adultas, que se sustenta en el sentido de mismidad personal y de continuidad histórica. Una pérdida de estas experiencias básicas

supone una crisis de identidad, hecho que pudo constatar a partir de su trabajo clínico con ex combatientes de la II Guerra Mundial (Erikson, 1974).

Aparte del énfasis en la influencia de la sociedad en la personalidad, otro de los aspectos que distanciaría las tesis de Erikson de otros psicoanalistas es que no limita el desarrollo de la identidad a una determinada fase, como sería el caso de Freud, sino que considera que tiene lugar a lo largo de todo el ciclo vital. Además, su visión del «yo», lejos de ser esencialista o limitada a un esfuerzo de consecución por parte de la persona, está vinculada a los otros, especialmente a aquellos con los que interactúa y que son significativos. Así, las características de un individuo o de un grupo humano se definen por contraste con los demás, en función de aquello que les hace verse diferentes (Erikson, 1974). La identidad es, por tanto, concebida como un proceso progresivo de reflexión de la persona sobre sí misma, en la que se juzga según la percepción que capta que los otros tienen de sí. El conjunto de personas consideradas como significativas en ese proceso va ampliándose conforme el individuo crece, desde el primer contacto con la madre, a la identificación con la humanidad.

No resulta difícil advertir las huellas de la influencia de Mead en este planteamiento, cercano a sus ideas del otro generalizado, y también en la concepción del «yo» en su doble dimensión de sujeto y de objeto, para sí mismo y para los demás. Así mismo, encontramos ciertas similitudes con la descripción del *looking-glass self* de Cooley, especialmente en la relevancia que concede a las percepciones de los otros para el desarrollo de la imagen de uno mismo.

Un tercer aspecto de sus ideas sobre la identidad que cabe destacar es su reflexión acerca de la influencia de los factores sociohistóricos en su configuración. Así, según Erikson, en cada época histórica predomina una consolidación cultural que incluye una serie de prácticas y rituales cotidianos compartidos por los miembros de una sociedad y que, además, ofrece unas determinadas posibilidades de formación de la identidad. Es más, la evolución de esas consolidaciones va pareja con la de la tecnología y la de la historia de las personas que, por distintas motivaciones, las han ido cuestionando. Como señala el autor, algunas “estructuras caracterológicas encajan mejor que otras en una determinada visión del mundo” (Erikson, 1974, p. 28). Estas tesis le llevarían a situarse en un relativismo psicosocial y a cuestionar corrientes teóricas que han equiparado identidad con personalidad, autoestima o autoimagen. Esto incluiría al propio psicoanálisis, dado que considera los factores del contexto social

como algo externo al individuo, en lugar de tratar de reconocer cómo opera dentro de él y le condiciona.

Consecuentemente, existe un vínculo entre la configuración o consolidación cultural y el desarrollo humano de manera que en la adolescencia es cuando el individuo es encuentra más expuesto a los cambios que tienen lugar en la configuración cultural de la sociedad. El conflicto de identidad característico de esta etapa le hace demandar al entorno una estructura ideológica que le permita simplificar el universo, organizar la experiencia de acuerdo a sus capacidades y su progresivo grado de compromiso en la sociedad. Erikson afirma que cada generación debe proporcionar a la siguiente los necesarios ideales que sirvan de soporte para su desarrollo identitario. Lo fundamental será que puedan desarrollar ellos mismos la capacidad ética necesaria para la formación de la identidad, más que mantener una estrategia paternalista de imponer prohibiciones para mantener el orden. Esa ética adulta garantiza “a la generación próxima una oportunidad igual de experimentar el ciclo humano completo” (Erikson, 1974, p. 35).

Dada la importancia del encuadre histórico para el concepto de identidad del autor, es importante hacer notar que cuando hace referencia al contexto se sitúa a finales de la década de los 60 del siglo XX, coincidiendo con la emergencia de los movimientos sociales y las contraculturas de una generación de jóvenes notablemente numerosa, con un mayor nivel cultural, cuyo tránsito por la juventud se ha visto alargado y que ha disfrutado de una relativa estabilidad económica. En esta situación Erikson reflexiona sobre la consolidación cultural «neohumanista» y «neorromántica» de parte de los jóvenes que subyace en los movimientos por los derechos civiles, por la paz y en contra de las «máquinas». Le interesa explicar el comportamiento de esos jóvenes y en qué medida la participación en estos movimientos puede tener un valor no solo de tipo político, sino incluso terapéutico. Reconoce la posibilidad de que, en un futuro, se acabe polarizando la identidad en dos extremos, el de una identificación tecnológica-especializada y el de otra humanista-universitaria (Erikson, 1974).

Por otra parte, Erikson considera la ideología en torno a la tecnología como uno de los elementos que, según él, tomará el relevo a los referentes tradicionales – económicos, religiosos, políticos– para la formación de la identidad. Pero además, la consolidación cultural actual cuenta con la peculiaridad de poner el origen de la identidad no en una realidad externa, en Dios, sino en el ser humano, otorgándole a éste la capacidad y la tarea de reelaborar su autodefinición.

Entre las críticas que ha recibido está que sus conclusiones acerca de la identidad se basan, fundamentalmente, en el estudio de la infancia y la adolescencia, sin profundizar en la adultez. Esto estaría en parte justificado desde su propio modelo puesto que precisamente es en las primeras etapas de la vida donde la identidad se convierte en fuente de conflicto patente y, por tanto, más asequible para su estudio. Además se ha cuestionado el carácter normativo de su modelo, dado que presenta indicaciones sobre cómo debería ser el desarrollo humano para que sea pleno. Esto es relativamente comprensible teniendo en cuenta la orientación terapéutica de gran parte de sus escritos (Torregrosa y Sarabia, 1983).

También se ha señalado como carencia de sus investigaciones el haber centrado sus observaciones en la población masculina, sin contraste con casos de niñas y mujeres; lo que cuestiona la posibilidad de extrapolar sus conclusiones a todo el género humano. En esta misma línea, se ha considerado que tiene una visión androcéntrica de los conflictos y tareas que implica cada una de las etapas del desarrollo humano, ignorando así la variedad de experiencia vital que existe entre hombres y mujeres. Estos mismo argumentos se planteado para señalar sus limitaciones a la hora de explicar posible diferencias en la construcción de la identidad de acuerdo a factores como la etnia o la clase social (Kroger, 1989; Sorell y Montgomery, 2001).

Otro de los aspectos de su teoría que ha sido cuestionado es el uso del concepto de identidad para referirse a fenómenos diferentes. Por una parte, la entiende como el sentimiento de ser consciente de uno mismo; y, por otra, como una de las funciones de síntesis de *ego* orientada al compromiso con unos ideales y una identidad de grupo. En la misma línea, Kroger (1989) señala que hace una definición poco precisa de la identidad, a veces como estructura, otras como proceso.

Por otra parte, si bien es cierto que Erikson reconoce el carácter histórico de la identidad, no parece que haya tenido en cuenta la influencia de los factores culturales de sociedades que no sean la norteamericana. La idea de madurez o de plenitud del desarrollo presenta una elevada variabilidad cultural. En algunas sociedades se traduce en valores y actitudes asociados a la autonomía pero en otras tiene más que ver con la acomodación a unos roles sociales dados. Es más, si se asumen las ideas del autor, solo en contextos culturales que permiten la elección de roles sociales, ideológicos, vocacionales, será posible la superación de las crisis de identidad (Kroger, 1989). De ahí que algunos hayan criticado el etnocentrismo de las conclusiones de Erikson puesto que en muchas regiones del mundo donde las personas se ven sometidas a restricciones de



todo tipo, el modelo evolutivo resulta un ideal. Incluso en las sociedades occidentales, donde él focaliza sus investigaciones, no siempre se dan condiciones para que un adolescente pueda experimentar un período de experimentación de roles o identidades, sin obligaciones adultas –moratoria psicosocial–. Sería necesario contrastar cómo se da ese proceso cuando el rango de roles, actividades, creencias, estilos de vida al que una persona puede acceder se encuentra limitado (Sorell y Montgomery, 2001).

Aun cuestionando algunas de las ideas de Erikson, éstas continúan siendo de especial relevancia para académicos que analizan los procesos de evolución de la persona, como es el caso de psicólogos como J. Côté o J. Marcia. Además, este autor tuvo la capacidad de, partiendo de los presupuestos del psicoanálisis, incorporar una perspectiva histórica y cultural que ofrece un marco más amplio de comprensión de la persona. Este matiz de su pensamiento sería la explicación de la amplia acogida que ha tenido entre autores de otras disciplinas de la ciencias sociales, como es el caso de la sociología.

### **1.3.2 La perspectiva fenomenológica de la identidad**

Otra de las perspectivas que ha abordado la identidad enfatizando la relevancia del contexto social sería la fenomenológica, que seguiría algunas de las tesis del interaccionismo simbólico, hasta el punto de que algunos la consideran como una de las variantes del mismo (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975). Además, esta corriente, liderada por P. Berger y otros sociólogos afines a su línea de pensamiento, está influida en gran medida por el pensamiento de A. Schultz.

Con respecto a la identidad P. L. Berger, B. Berger y Kellner la definirían en términos generales como la “experiencia del yo en una situación social determinada” (1979, p. 75) que emerge como fruto de la dialéctica entre el individuo y la sociedad, entendiendo esta no solo como conjunto de interacciones, sino, también como el marco sociocultural en el que se encuentra inmerso el individuo. Por tanto, el tipo de sociedad en que se desarrolle favorecerá unas posibilidades de construcción de la identidad y limitará otras. O en palabras de Berger y Luckmann, “las estructuras sociales históricas específicas engendran tipos de identidad reconocibles en casos individuales” (1968, p. 126).

No obstante, la relación entre sociedad e individuo no es determinista o unidireccional, sino más bien de condicionamiento mutuo. Por un lado, dentro de una

estructura social tienen lugar procesos y relaciones que condicionan el origen, mantenimiento y modificaciones de la identidad de los individuos. Por el otro, de la misma manera que los cambios sociales afectan a los procesos psicológicos y a la conciencia de las personas, éstas tienen capacidad de intervenir sobre la estructura para reforzarla o para modificarla (Berger y Luckmann, 1968).

En definitiva, puesto que la sociedad occidental ha ido experimentando significativas transformaciones en los últimos dos siglos, es esperable que hayan tenido consecuencias en la forma en que el ser humano se percibe a sí mismo. Uno de estos cambios sociales tiene que ver con el grado de especialización funcional y de división del trabajo y con el tipo de «mundo social» en el que se desenvuelve el individuo. Este concepto se define como el orden social basado en el consentimiento compartido por individuos que comparten símbolos y una estructura global de significación (Berger, P., Berger B. y Kellner, 1979). En sociedades con una baja especialización, asociada a la existencia de un solo mundo de vida social, las identidades que se ofrecen están muy perfiladas y suelen ser reconocidas por los individuos, incluso cuando no se desean o suponen una situación de marginación o inferioridad para la persona. Esto implica que la forma en que es identificado un individuo en la sociedad –realidad objetiva–, tiende a coincidir con la identidad por él internalizada –realidad subjetiva–.

Cuando se produce una discordancia en este sentido, no se debe tanto a un problema de aceptar la identidad, sino a una socialización deficiente de algunos individuos, fenómeno que no suele tener efectos estructurales. Cuando las personas experimentan algún tipo de accidente o desgracia fisiológica, social o personal –como ser cojo o ser bastardo–, que les sitúa como diferentes frente a otros no implica que vivan un conflicto de identidad, puesto que son los que se supone que tienen que ser. Aunque lleguen incluso a rebelarse y reivindicar otro tipo de identificación, en tanto que no formen una «anti-comunidad», sus identidades tanto objetivas como subjetivas, se definirán de acuerdo con el programa institucional que les confiere el resto de la sociedad. Su situación solo podría cambiar si se constituyeran como grupo o “estructura de plausibilidad a las anti-definiciones de la realidad” (Berger y Luckmann, 1968, p. 208). De esta manera la socialización deficiente sería considerada como exitosa en la nueva comunidad formada.

En contraposición, en sociedades altamente especializadas como la occidental actual, donde los mundos de vida social se han pluralizado, la identidad pasa a convertirse en un problema. En la esfera pública –trabajo, instituciones, medios de

comunicación, etc. – las personas se ven expuestas a múltiples órdenes de significación en lo referente a la conducta. Al mismo tiempo, tratan de mantener una estructura de significación que sirva de referente para enfrentar la pluralidad (Berger, P., Berger B. y Kellner, 1979; Berger y Luckmann, 1968). Así, las personas han de enfrentar múltiples opciones en su vida para construirla y asumir la elaboración de su identidad con los recursos que tienen a su disposición puesto que su contenido ya no viene dado socialmente. Esta configuración de la persona es lo que Berger y Luckmann denominarían «tipo social individualista» (1968, p. 213), que se corresponda con un sujeto con capacidad de moverse entre los diferentes mundos sociales disponibles e ir construyendo un «yo» a partir de las distintas identidades disponibles.

En este proceso, un elemento clave a tener en cuenta es el papel que desempeñan las instituciones en cuanto agentes de socialización que ofrecen significados a las personas para asumir su identidad. Dadas las circunstancias modernas,

el entramado institucional, cuya función básica ha consistido siempre en dar sentido y estabilidad al individuo, ha perdido cohesión, se ha fragmentado y, de este modo, se ha visto progresivamente privado de plausibilidad (Berger, P., Berger B. y Kellner, 1979, p. 89).

El ser humano sigue teniendo la necesidad de orden y referentes pero, dada la multiplicidad de significaciones y la continua revisión de las definiciones de su identidad, las instituciones pierden su capacidad para modelar esa construcción. El individuo, por el contrario, se repliega sobre sí mismo en una permanente búsqueda de la identidad, como forma también de liberación del yo respecto de las instituciones. Estas tesis se sitúan en línea de las ideas de E. Fromm, quien defiende que

en el curso de la historia moderna, la autoridad de la Iglesia se vio reemplazada por la del Estado, la de éste por el imperativo de la conciencia, y, en nuestra época, la última ha sido sustituida por la autoridad anónima del sentido común. Como nos hemos liberado de las viejas formas manifiestas de autoridad, no nos damos cuenta que ahora somos prisioneros de este nuevo tipo de poder (1971, p. 243)

Así, el ser humano, si bien se ha liberado de las cadenas que le imponían las tradicionales instituciones de socialización, haciéndose dueño de su destino; al mismo tiempo se ha ido doblegando a otras de carácter interno que hacen peligrar el desarrollo pleno de su personalidad. Esas instituciones o vínculos primarios –estado, iglesia, familia, trabajo, clase, etc .–, controlaban y restringían las vidas de las personas, pero también les ofrecían cierta seguridad y certidumbre. Las fuertes transformaciones sociales de las sociedades occidentales han erosionado su poder para moldear las vidas de las personas, dando paso a un proceso de individualización de la persona y de desarrollo de la autoconciencia, que repliega hacia sí mismo la toma de decisiones vitales. Esto tiene como consecuencia el incremento de la soledad, la búsqueda del propio interés y la tendencia al anonimato existencial lo que además da una mayor capacidad de maniobra a nuevas fuerzas de dominación, como los medios de comunicación, cuya manipulación es en algunos casos ni si quiera perceptible (Fromm, 1971).

Los fenomenólogos sostienen una visión del individuo moderno en términos similares, situándolo en una situación de incertidumbre, incluso de anomia, porque las crecientes posibilidades para configurar la vida y la libertad para escoger conllevan renunciar a opciones que, por otra parte, siguen disponibles. Además, el proceso de permanente mutación de las experiencias sociales ha generado una pérdida del hogar –*homelessness*– (Berger, P., Berger B. y Kellner, 1979; p. 80) y de la posición en la estructura social que ofrecían las instituciones y los roles sociales.

En conclusión, dado el contexto sociocultural moderno, la identidad es cada vez más abierta, diferenciada, reflexiva e individualizada. Las personas se ven en la necesidad de ir moldeándola para desenvolverse en los diferentes mundos sociales. Además, puesto que ninguno de ellos constituye un referente estable para configurar la vida, se centran en su propia subjetividad que se vuelve cada vez más compleja y diferenciada. La reflexividad estaría relacionada precisamente con el ejercicio continuo de cuestionar su «yo» ante las experiencias cambiantes que se dan en la sociedad. Finalmente, se señala la individualización como característica de la identidad, por cuanto tiene ésta de elaboración personal, y porque el proyecto de vida que tiene valor en sí mismo (Berger, P., Berger B. y Kellner, 1979) como medio de dotación de sentido.

### **1.3.3 El yo saturado de K. Gergen**

La última de las propuestas teóricas que se ha considerado para esta revisión de los orígenes de la identidad es la de K. Gergen, uno de los principales exponentes del constructivismo social, como él mismo lo denominaría. Este autor resulta ineludible, en gran medida, por la repercusión que sus tesis han tenido en muchos científicos sociales actuales, especialmente a raíz de la publicación de un artículo que originaría una gran controversia sobre la naturaleza epistemológica de psicología social (Gergen, 1973). A lo largo de ese texto, defiende que los planteamientos y principios de sus diferentes perspectivas han sido muy versátiles a lo largo de la historia y que, además, el mismo conocimiento científico generado por los psicólogos sociales ha influido en aquellos fenómenos que pretendía describir aséptica y objetivamente. Por tanto, se sitúa en una posición crítica con la concepción empirista del conocimiento a favor de una visión del fenómeno como socialmente construido (Gergen, 1996).

Esto recuerda a la crítica hecha a la psicología por parte de los fenomenólogos, quienes consideraban que la mayoría de modelos psicológicos tienen una aplicabilidad histórico-social limitada puesto que suelen responder a las condiciones del contexto sociocultural en los que aparecen. Esto supone que los fenómenos que se analizan o interpretan como realidades objetivas desde una determinada corriente, se ven confirmados por sus propias conclusiones (Berger, P., Berger B. y Kellner, 1979; Berger y Luckmann, 1968). No en vano, el pensamiento de Gergen se considera a medio camino entre la psicología cognitiva y la teoría de la posmodernidad, encontrando otro punto de encuentro con esta en sus tesis sobre la decadencia de los grandes relatos e ideologías como referentes de la identidad, en favor de elementos narrativos y contextuales.

En lo que respecta a la percepción del individuo, para Gergen (1992), al igual que para otros constructivistas sociales –influencia del interaccionismo simbólico–, uno de los elementos fundamentales de su teoría es el acento en el discurso que se crea y recrea en las interacciones sociales, añadiendo, eso sí, el encuadre cultural e histórico que condiciona las mismas. El autor niega que pueda darse un proceso de conocimiento de sí mismo que sea el origen de la identidad; sino que el contenido está formado por los discursos sobre las vivencias y acontecimientos personales de los individuos, que se elaboran en las interacciones, a partir de convenciones y negociaciones sociales características de cada período histórico. Son lo que Gergen denomina

«autonarraciones», que considera el germen mismo de la sociedad, en cuanto que esta se va conformando a partir de las interacciones de los diferentes discursos de sus miembros. La identidad aparece, entonces, como resultado de un relato vital a través del cual el individuo vincula los acontecimientos y vivencias vitales.

Conviene hacer notar en este punto que el autor rechaza explícitamente la idea de que la persona va configurando un solo relato interno a través de diferentes experiencias vitales. De hecho, se muestra crítico con las visiones tradicionales de la identidad que hacen hincapié en la necesidad de coherencia y sentido como requisito de una vida sana o plena. Según Gergen, se trata más bien de un ejercicio en el que, según la cultura, la persona se encuentra expuesta a distintas formas narrativas en las relaciones en las que participa. Es más,

el enfoque construccionista no considera la identidad, para uno, como un logro de la mente, sino más bien, de la relación. Y dado que uno cambia de unas relaciones a muchas otras, uno puede o no lograr la estabilidad en cualquier relación dada, ni tampoco hay razón en las relaciones para sospechar la existencia de un alto grado de coherencia. (...) Las personas pueden retratarse de muchas maneras dependiendo del contexto relacional. Uno no adquiere un profundo y durable «yo verdadero», sino un potencial para comunicar y representar un yo. (Gergen, 1996, pp. 180-181).

Por otra parte, al igual que Berger, P. L., Berger B. y Kellner (1979), Gergen traza una evolución en la forma en que se han dado los discursos de la identidad a la luz de las transformaciones históricas y sociales de los últimos siglos, partiendo de la visión moderna, racional y basada en la observación; pasando por la romántica, donde lo central son los sentimientos y la moralidad; a la situación actual, en la que ambos discursos perduran pero rivalizando con muchos otros en la configuración de la identidad.

Hasta hace apenas un siglo, el individuo se definía a partir de categorías estables de referencia como la raza, el sexo, la nacionalidad o la religión; dentro de un sistema de interacciones basado en el conocimiento mutuo, conforme a unas pautas claras de relación y unos criterios morales consistentes. El resquebrajamiento de este «yo» fue provocado progresivamente por lo que Gergen (1992) denomina «saturación social», esto es, por un proceso de multiplicación y diversificación de las posibilidades

relacionales que suponía la continua exposición a criterios diferentes de autoevaluación y a multitud de patrones de comparación. La contingencia ha ido invadiendo la esfera social, convirtiendo todas sus facetas en transitorias, temporales, virtuales, cuestionables. De esta forma, se empezó a complicar el discernimiento de las pautas de acción apropiadas y la confirmación de la propia identidad.

En este proceso de transformación de las sociedades occidentales, se ha dado también, simultáneamente, una evolución del «yo». En un primer momento comenzó a debilitarse la identificación con las categorías tradicionales de referencia de la identidad, dando paso a un individuo «manipulador estratégico», que debe en juego un repertorio de roles para la presentación de sí mismo ante los demás. El propio Gergen equipara esta visión del «yo» al actor de Goffman, que desempeña su papel en la escena teatral de la vida cotidiana con la diferencia de que para aquel esa configuración del «yo» responde al contexto histórico y cultural posmoderno.

Según avanzó el proceso de saturación social, se fue difuminando la frontera entre lo que se considera real de uno mismo y la presentación con la que nos mostramos a los demás, dando lugar a la «personalidad pastiche» y cuestionando la existencia de un «yo» auténtico y autónomo. En estas condiciones, la identidad se adecúa a las situaciones concretas en las que se desenvuelve la persona y se configura a partir de fragmentos de sí mismo combinables de diferentes maneras. Las posibilidades de construcción se vuelven ilimitadas, el «yo» es abierto y mudable. Esto tuvo su reflejo incluso en aspectos tan mundanos como la moda, que pasó de ser una preocupación de las clases pudientes, un indicador de estatus social, a un medio de expresión de la identidad personal, siempre adaptable a las cambiantes contextos interaccionales.

En las últimas décadas, la saturación de relaciones sociales que ha venido acentuándose desde el siglo XIX, fruto de la complejidad de las sociedades y del espectacular desarrollo de la tecnología y las comunicaciones, ha ido erosionando el «yo» como unidad diferenciable y consistente. La identidad se ha vuelto fundamentalmente relacional, de manera que no se configura en aras de la autonomía individual del «yo», sino en función de la interdependencia con los otros. Las construcciones del «yo» han dejado de ser posesiones de la persona, convirtiéndose en medios para desenvolverse en el entorno social. Los otros con los que se interactúa son quienes definen las posibilidades y limitaciones de la identidad propia y quienes pueden confirmar la propia identidad. Como señala Gergen, la expresión del «yo», necesita de la relación interpersonal ya que sin ellas “no hay lenguaje que conceptualice las

emociones, pensamientos o intenciones del yo” (1992, p. 204). Así, las biografías personales requieren oyentes y espectadores que hagan sentir a los sujetos que existen y que son reales. El sujeto ya no es actor sino un miembro de una red y lo fundamental para la conciencia del «yo» de la posición que se ocupa en las relaciones. Este «yo» relacional estaría aún por desarrollar, puesto que el lenguaje del «yo» continúa siendo predominantemente individualista.

Junto con la saturación social, en la sociedad actual se da también una «colonización del yo», de forma que la persona se enfrenta a un amplio abanico de opciones y modelos culturales para la adopción y desempeño de roles, desarrollando la capacidad de adquirir múltiples y dispares posibilidades de ser. El resultado de esos dos procesos, es una multiplicación del «yo» o *multifrenia* porque la mente de la persona se fragmenta en coherencia con el ejercicio de varios roles (Gergen, 1992). Esta visión de la identidad guarda similitudes con el «tipo social individualista», que se ve en la necesidad de peregrinar entre múltiples “mundos disponibles y que deliberadamente y conscientemente se ha fabricado un yo con el material proporcionado por una cantidad de identidades disponibles” (Berger y Luckmann, 1968, p. 213).

Uno de los aspectos criticados de su obra es su percepción relativista y fragmentada del individuo, dada su insistencia en la contingencia histórica, en el condicionamiento de las relaciones sociales y en la supuesta prevalencia del discurso posmoderno frente a otros discursos. Es una crítica similar a la que se ha hecho a los teóricos de la posmodernidad, que inciden en la fluidez y volatilidad de la identidad actual; otros autores consideran que, a pesar de la fractura en el individuo, hay en él una estabilidad fundamental, una conciencia que solo es posible en la medida en la que somos algo más que una serie discontinua de acontecimientos (Martucelli, 2007).



## **2 Aportaciones actuales a la conceptualización de la identidad**

En el primer capítulo se presentaron las bases teóricas de estudio de la identidad partiendo del concepto de *self* como fenómeno social. A continuación se va a esbozar cual es el estado actual de la cuestión desde un enfoque principalmente sociológico. El objetivo no es proponer una nueva conceptualización sino más bien llevar a cabo una criba de perspectivas que permita de alguna manera clarificar qué camino se va a tomar a la hora de llevar a cabo un estudio empírico de la misma y la conceptualización del objeto de estudio.

Así, en un primer apartado se recogen aportaciones de algunos autores que más recientemente se han aproximado a la identidad incorporando parte de las ideas de las perspectivas previas y elaborando marcos de comprensión más amplios que contemplan no solo el componente interaccional de la identidad, sino también los aspectos contextuales. En particular, se describen el modelo de identificación de P. Jenkins; los perfiles de identidad según la atribución y las formas de identidad, propuesta por C. Dubar; y los argumentos de D. Martuccelli sobre los mecanismos o estrategias que llevan a cabo los individuos para poder dotarse a sí mismos de sentido.

Posteriormente, dada la relevancia de las transformaciones económicas, sociales, culturales y tecnológicas que están experimentando las sociedades occidentales contemporáneas, se da cuenta de las reflexiones que se han generado dentro de las ciencias sociales sobre cómo esos factores están condicionando la vida de las personas. Particularmente se aborda la evolución histórica que ha experimentado la identidad, así como el proceso de subjetivación e individualización de su contenido, la experiencia de las crisis identitarias.

El tercer apartado se parte de algunos de los debates abiertos y divergencias sobre la conceptualización de la identidad que explican, en gran medida, su heterogeneidad y la falta de consenso dentro de las ciencias sociales. Asimismo, se presenta un intento de aclarar algunas cuestiones terminológicas para poder abordar este fenómeno a la luz de la exposición teórica llevada a cabo. Finalmente, se cierra el apartado justificando las opciones conceptuales que perfilan el objeto de estudio de esta tesis y otras de tipo analítico que son necesarias para afrontar el análisis empírico.

## **2.1 Propuestas teóricas actuales de conceptualización**

A continuación se exponen algunas ideas de autores que han abordado recientemente, tanto empírica como teóricamente, la cuestión de la identidad y que se considera que, en gran medida, consiguen integrar aspectos individuales, interaccionales y de la estructura social en sus modelos. En estos, como en la mayoría de estudios actuales dentro de las ciencias sociales, se constata por un lado la superación de la visión centrada únicamente en la identidad como realidad interna, psicológica, esencial o dada; y por el otro, la percepción de un self autónomo cuyo desarrollo está sujeto a la intersubjetividad. Así mismo, tratan de superar las limitaciones que se han criticado al interaccionismo simbólico y otras corrientes afines por las dificultades que presenta a la hora de abordar el orden político o institucional y la influencia del contexto social (Wagner, 2001). De ahí la importancia, como se ha señalado, de ahondar en este tipo de visiones que tienen una concepción más amplia de la identidad.

### **2.1.1 Los órdenes y dialécticas del proceso de identificación**

Entre las propuestas recientes de conceptualización de la identidad se encuentra la de Jenkins (2004) que, en su obra, plantea un modelo conceptual que incorpora muchas de las aportaciones de los autores hasta ahora revisados y algunas más de otras disciplinas como la filosofía o la antropología. Así, al igual que Mead, concibe la identidad como un proceso básico o característico de la especie humana, asumiendo la reflexividad como un rasgo universal, en contraposición con otros autores como Giddens o P. Berger, B. Berger y Kellner, 1979;, que la consideran un rasgo específico de la sociedad actual. Además, destaca la importancia de las pertenencias grupales y categoriales, en las que entra el juego la dialéctica de las similitudes y las diferencias con los otros –herencia de los teóricos de la identidad social–. También coincide con Barth (1976) en la importancia concedida a la identificación fruto de las transacciones y negociaciones que se generan entre individuos que persiguen, entre otras cosas, unos determinados fines. Para Jenkins (2004), las identificaciones con las que se define la persona guardan siempre alguna relación con esos intereses o motivaciones y con lo que considera que está en contra de ellos.

Con respecto a su propuesta, una de las primeras aclaraciones que menciona el autor es que, aunque utiliza el término identidad en sus escritos, lo hace por convención social; puesto que entiende que en la medida en que lo que se describe es un proceso, sería más apropiado emplear el de identificaciones. Éstas se gestan y reproducen en los discursos y en las prácticas sociales que se dan en las relaciones y son una parte esencial de la vida social. Es decir, cotidianamente las personas tienen que caracterizarse a sí mismas en las interacciones en contraste con los demás, situándose o localizándose dentro de categorías y grupos. Además, las formas de identificación varían en función del contexto sociocultural (Jenkins, 2004). En esta misma línea, Brubaker y Cooper (2000) coinciden con el autor en que lo apropiado en este caso sería la utilización del término identificación, de manera que se elude una posible reificación del concepto identidad, que en realidad remite a una condición o resultado.

Por otra parte, otro elemento característico de la teoría de Jenkins es que aúna individualidad y colectividad al considerar lo personal y lo social como dos dimensiones de un mismo fenómeno, ya que se generan y reproducen por procesos análogos. Es más, la identidad de un individuo es necesariamente social puesto que la identificación remite a significados que se crean en las interacciones basados en acuerdos y desacuerdos, tradición e innovación, comunicación y negociación. Esta idea no es novedosa, otros autores (Agulló, 1997; Berger y Luckmann, 1968; Revilla, 1998) ya habían resaltado el diálogo como elemento configurador de la identidad, mediado por el contexto y las relaciones sociales.

No obstante, Jenkins va un paso más allá y parte de que esa dialéctica entre el individuo y la colectividad puede darse en tres órdenes: individual, interaccional e institucional. En el individual, con una influencia de las ideas de Mead, el diálogo se da entre, por un lado, las definiciones externas del individuo, es decir, las que le son objetivamente atribuidas por otros en función de su ubicación en un mundo social determinado; y por el otro, las internas, que son los significados subjetivos que uno se atribuye o que reivindica para sí mismo. En este orden desempeña un importante papel la socialización, proceso en el que va a aparecer la conciencia de los rasgos de individualidad como por ejemplo, el género, el origen familiar o la etnia, y en el que ejercen su influencia agentes de identificación como son los otros significativos y las instituciones. Es lo que Brubaker y Cooper (2000) denominan «autoidentificación» y que se corresponde con los significados que la persona asocia a sí misma, como alguien

que encaja en una determinada descripción y en unas determinadas categorías o colectividades con la que se siente vinculado.

Así mismo, hay cierto paralelismo entre el orden individual de la identificación y la «identidad social basada en la persona» de Brewer (2001). Este autor propone cuatro diferentes tipos de identidad y este se refiere a los aspectos del *self* que están influenciados por la pertenencia a grupos o categorías determinadas y por las experiencias socialización que supone dicha afiliación. Su contenido serían las respuestas a preguntas como qué tipo de persona soy yo, o quién soy como X –siendo X una determinada categoría social–. En definitiva, se trata de los rasgos psicológicos, expectativas, hábitos, creencias, ideologías asociados a las diferentes vinculaciones grupales o categoriales. Sin embargo, la gran diferencia con Jenkins es que éste incluye, además, como parte de identificación de orden individual, aspectos como las autoevaluaciones, los valores y las preferencias, que no necesariamente están relacionados con una membresía a alguna categoría o grupo. En otras palabras, los elementos que apunta Brewer formarían parte de las definiciones externas, a lo que, desde la perspectiva de Jenkins, habría que añadir las definiciones internas.

En el segundo de los órdenes, el interaccional, se pone en juego la dialéctica entre la imagen pública y la privada. En las interacciones el individuo comunica una serie de mensajes acerca de sí mismo aunque sin la certeza de que sean recibidos de la manera que él espera. Con una clara referencia a Goffman, el autor señala que identificamos a los demás y somos identificados por ellos siempre en función de las definiciones de las situaciones. En esta dialéctica, como sucede con la individual, influye también el proceso evolutivo, ya que conforme la persona crece, comienza a participar en un número creciente de grupos o instituciones, en los que participa y llega a acuerdos con otros sobre la definición de las situaciones sociales. Además, la imagen pública va cobrando importancia, hecho que se refleja tanto en la experiencia de ser reconocidos por otros, con el consecuente aprendizaje de habilidades de autopresentación, como en el desarrollo de la capacidad de ocultar o mostrar determinados aspectos de la identificación privada (Jenkins, 2004).

Este orden, pueden equipararse a las «identidades sociales relacionales» de Brewer (2001) que son aquellas que se derivan del entorno social y se caracterizan por su interdependencia. Así las actitudes y conductas expresadas por el individuo están influenciadas por las características, necesidades y capacidades que plantean los otros en el desempeño de sus roles sociales. O lo que es lo mismo, en la configuración del *self*

entran en juego las normas y expectativas asociadas a las posiciones sociales que se ocupan. En definitiva, se trata de las identidades generadas en las distintas redes de relaciones –laborales, familiares, íntimas, asociativas–. (Brubaker y Cooper, 2000) y se corresponderían con lo que Stryker ha denominado identidades de rol.

Por último, en el tercer orden de identidades de Jenkins (2004), el institucional, se da una dialéctica entre el estatus «nominal», que es el nombre o etiqueta que reciben los individuos y grupos por parte de instituciones y organizaciones; y el estatus «virtual» que es la experiencia que aquellos tienen de esa categoría asignada o cómo la han internalizado. Aunque no siempre se da una coincidencia entre ambos estatus, están relacionados y, de hecho, hay cambios nominales que suponen también otros virtuales, y viceversa. En este punto Jenkins rescata de la teoría del etiquetado la insistencia en que la probabilidad de que la categoría o identificación virtual que se atribuye a una persona o grupo sea asumida depende de lo que esta suponga para su vida y del contexto social en el que tiene lugar esa atribución. Además, será necesario un proceso acumulativo de internalización a lo largo de un tiempo y que el etiquetado esté respaldado por una autoridad legítima para que sea más efectivo.

Como se ha indicado, este orden se puede estudiar desde la perspectiva del individuo o de los grupos de pertenencia. Así, los contenidos de la identificación categorial no solo hacen referencia, al perfil o la clase de persona que uno es según un determinado atributo – raza, etnia, lengua, nacionalidad, género, orientación sexual, etc.–, que son las que señalan Brubaker y Cooper (2000). Jenkins también incluye los significados compartidos en función de la pertenencia a grupos sociales. Por tanto, se consideran dentro de este orden las identificaciones en el plano de las colectividades, y en este caso el diálogo se daría entre la definición que estas hacen de sí mismas –esto es, como «grupo para sí»–, y la que le atribuyen otros grupos –«categoría en sí»–. En ellos, se ponen en juego la definición y negociación de fronteras, así como los contenidos de los límites de la pertenencia grupal. Además, en el orden institucional de identificación entran en juego no solamente las instituciones y organizaciones de la estructura social que crean posiciones de pertenencia diferentes, sino también las pautas reconocidas por actores que definen sus líneas de acción (Jenkins, 2004).

Dentro de las instituciones, el Estado es un agente con gran influencia en los procesos de identificación, ya que, dispone de recursos materiales y simbólicos para imponer categorías, clasificaciones y modos de contabilizar o considerar a las personas, lo que afecta a la labor que desempeñan muchos profesionales tales como burócratas,

jueces, profesores o doctores. Además, tiene atribuciones para aplicar cambios de categorización de una colectividad o persona afectando a sus derechos y obligaciones, o a sus condiciones de vida. Así, por citar un ejemplo, es el Estado el que determina la condición bajo la cual una persona se encuentra en un país y, por tanto, su acceso a los bienes y servicios que provee y la obligatoriedad de una serie de deberes.

No obstante, las personas no siempre asumen las categorizaciones impuestas por las instituciones estatales, sino que estas pueden ser el origen de resistencias (Brubaker y Cooper, 2000; Jenkins, 2004) que cuajen en el reclamo de identidades contrarias a la lógica mayoritaria o predominante. (Castells, 1997)<sup>2</sup>. De hecho, la acción colectiva de muchos movimientos sociales, como se verá más adelante, ha estado dirigida precisamente a cuestionar las identificaciones oficiales y a proponer otras alternativas.

Siguiendo la comparación con las categorías de Brewer (2001), tanto las identidades sociales grupales como las colectivas que describe podrían enmarcarse en el orden institucional. Con respecto a las primeras, el autor apunta que se derivan del proceso de despersonalización de Turner de manera que la identificación no se fundamenta en las relaciones personales con los otros miembros sino de la vinculación a la categoría común de referencia. Las identidades sociales colectivas, por su parte, están referidas a la dinámica propia de la colectividad que sirve de motivación para la acción colectiva y refleja la imagen con la que sus miembros desean ser vistos. Así, representa un logro del esfuerzo conjunto de construcción, más allá de lo que los miembros tuvieran en común inicialmente. Este concepto de identidad colectiva permite vincular la identidad social, tanto individual y grupal, con la acción colectiva y política (Brewer, 2001).

Podemos concluir que, entre las fortalezas del modelo de Jenkins presentado está que trata de responder a la necesidad de elaborar un marco genérico de comprensión de la identificación que tenga en cuenta tanto las raíces que tiene en la propia naturaleza humana, como sus rasgos de construcción y contingencia, tratando de evitar la reificación del concepto.

---

<sup>2</sup> Un ejemplo cercano son las identidades nacionalistas «periféricas» frente a la identidad estatal española. Aunque podemos encontrar numerosos ejemplos de etnias minoritarias dentro un país, como sería el caso del pueblo mapuche en Chile (Ibarra, 2008).

### **2.1.2 La atribución y las formas de identificación como ejes de la identidad**

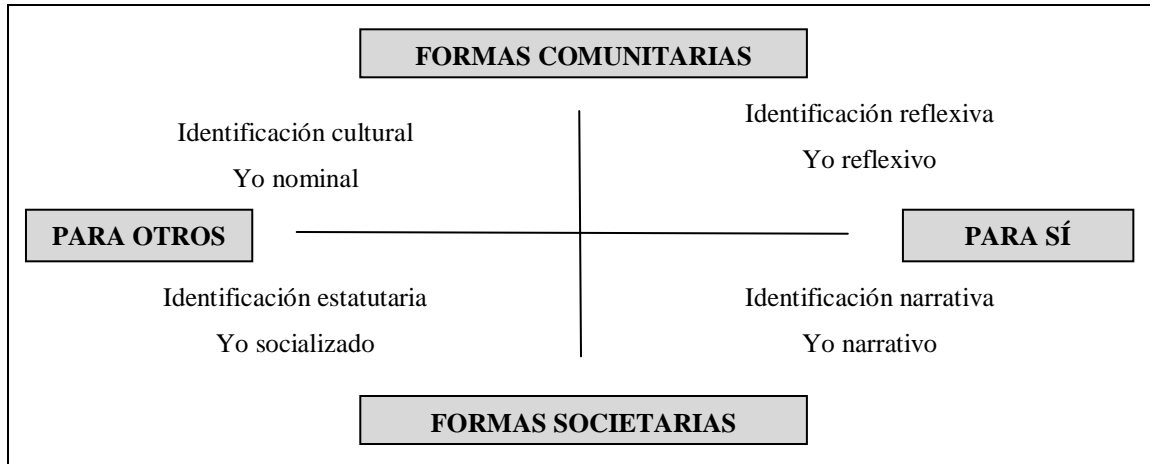
Otro de los desarrollos teóricos actuales de la identidad es el de Dubar (2002), que se sitúa en contraposición con las posturas esencialistas que inciden en lo que permanece idéntico o inmutable a través del tiempo y de los diferentes contextos. Para este autor, coincidiendo con Jenkins, se trata del resultado del proceso de identificación fruto de la dialéctica entre la singularidad y la generalización; entre la diferencia y el nexo común con otros. Esto se traduce en un modelo conceptual que concibe la identidad en función de dos ejes (Dubar, 2002). Uno tiene que ver con el agente de atribución de la misma, que pueden ser los otros –atribución de otros– o puede ser uno mismo –atribución para sí–. El otro eje es el de la forma social de definición del yo, que se considera comunitaria cuando la pertenencia y la posición en la sociedad están predefinidas para el individuo; o societarias, si la identificación es fruto de la elección personal dentro de una variedad de colectividades. Es decir, en las formas sociales comunitarias, a cada individuo le es asignado un lugar dentro de un sistema de posiciones y en las sucesivas generaciones se reproduce de manera casi idéntica. A través de los lazos entre personas se imponen normas, reglas o roles según el lugar que ocupa cada uno en la estructura social y lo esperable es que los cumplan. Por el contrario, en las formas societarias de definición, el individuo tiene la capacidad para poder adherirse a unas u otras colectividades dentro de un amplio abanico. De la intersección entre esos ejes, atribución y formas de definición social del «yo», se configuran distintos tipos de identificación que aparecen resumidos en la gráfico 1.

Cuando predominan las formas comunitarias, y la identidad se construye en función de los demás, se genera un tipo de identificación cultural. Esto supone que el nombre y los atributos a él asociados – genealogía y familia de procedencia, el género, la cultura heredada–, es lo que la persona puede decir de sí y por lo que será reconocido por otros. En definitiva, predomina el «nosotros» de los grupos o categorías asignadas sobre el «yo».

En la identificación reflexiva, las formas serían igualmente comunitarias, puesto que son el resultado de un compromiso con aquellos con los que comparte un mismo proyecto, pero la atribución es para sí, lo que implica que la persona realiza un ejercicio reflexivo sobre sí misma. En este caso, el «nosotros» comunitario y el «yo» íntimo o interior formarían una alianza, de manera que la identidad se definiría en un

doble proceso de introspección y de búsqueda de un ideal moral que desea que sea reconocido por los otros significativos.

**Gráfico 1. Formas de identificación según Dubar**



Fuente: Elaboración propia con las ideas de Dubar (2002)

Otra de las posibilidades identitarias que puede darse sería aquella que surge de la atribución para sí y a partir de formas societarias de definición, es decir, identificación narrativa. En este caso, se cuestionan las categorías o pertenencias atribuidas en la primera socialización y se proyectan otras nuevas que buscan una mayor autenticidad. Tal como sucede con las formas reflexivas de identificación, ambas son producidas para sí, pero requieren ser reconocidas por otros significativos del entorno cercano, así como por otros generalizados –como miembros de la humanidad–. Sin embargo, en el caso de la narrativa, la reflexión ya no se centra en el ideal de un proyecto compartido, sino en cómo cada uno elabora el suyo propio. Además, no hay un solo «nosotros», sino múltiples que son, además, contingentes y que cada persona gestionará estratégicamente en la búsqueda del éxito y la realización personales.

El último tipo de identificación es el estatutario en el que el «yo» se define societariamente en función de su integración o socialización en las instituciones: familia, escuela, grupos profesionales, Estado y por la asunción de múltiples roles. Así, su configuración es estratégica, como en el caso de narrativa, pero orientada hacia los otros o hacia el nosotros institucional u organizacional.

Una forma de comprender como se dan unas u otras identidades es fijarse si coinciden el *me* atribuido por otros – en términos de Mead– y el atribuido para sí. En caso afirmativo, se daría una apropiación subjetiva de las categorías culturales



heredadas o estatutarias y la identidad se desarrollaría de forma reflexiva. Si sucede lo contrario, que no coincidieran, el individuo tendría que llevar a cabo la construcción de una forma narrativa que sirviera de soporte a la presentación subjetiva de sí mismo.

Dubar, más que plantear una evolución lineal entre las diferentes formas de identificación, lo que señala es que a lo largo de la historia han tendido a prevalecer uno u otro tipo de identificación. En la actualidad las identidades heredadas se han visto desestructuradas como consecuencia del proceso de individualización que afecta a todos los órdenes de la vida desde el ámbito privado, al profesional o de las creencias, y que deriva en una preeminencia del «yo» sobre el «nosotros», esto es, de las identidades para sí sobre las identidades para otros. Esto no implica que el individuo haya sustituido a la colectividad, sino que Dubar se refiere al paso de las formas sociales de identificación predominantemente comunitarias a societarias. Tampoco supone que todos los ámbitos sociales se conviertan en experiencias subjetivas que el sujeto puede articular para mantener cierta unidad sincrónica y reflexiva de sí mismo; ni que este sea un objetivo imposible dado los cambios y cuestionamientos a lo que su vida se ve sometida. Más bien, lo que señala el autor es que las formas identitarias se encuentran en una fase de crisis debido al proceso de desestabilización de los referentes, denominaciones, sistemas simbólicos en todas las dimensiones de la vida –familia, relación entre sexos, trabajo, religión, política, instituciones–. A esto se suma la ausencia de proyectos colectivos con los que identificarse, que provean de señas simbólicas y de una proyección de futuro; y de tradiciones que den sentido a las interacciones sociales. Según Dubar, falta aún por gestarse un nuevo consenso en torno a alguna configuración que pueda reemplazar a las anteriores.

Por otra parte, en la socialización primaria se construye una configuración de identificaciones, que imponen los demás y que uno hace suyas, que modelan la formación de posteriores formas ya sea cultural, estatutaria, reflexiva o narrativa. Es provisional, se revisa y reconstruye a lo largo de la vida. Al igual que Mead y Erikson, Dubar apunta a la adolescencia como el período del ciclo vital de especial relevancia para la elaboración de las propias referencias identitarias, para ponerlas en práctica y conseguir que sean reconocidas. Sin embargo, el autor destaca que las crisis identitarias ya no son exclusivas de esta etapa vital, sino que lo característico de las sociedades actuales es que estén presentes a lo largo de todo el ciclo vital. Su hipótesis al respecto es que la creciente relevancia de las tipologías reflexiva y narrativa sobre el resto puede explicarse por la desestabilización y desestructuración de las trayectorias personales.

Así, las diversas alteraciones que puede experimentar –fracaso escolar, divorcios, despidos laborales, abandono de creencias etc.– suponen crisis identitarias porque chocan con el antiguo modelo de estabilidad y continuidad en la vida adulta y los valores asociados a esta –familia, empleo estable, casa– y perturbar la definición de uno mismo

En definitiva, según Dubar, las crisis de identidad, no tienen sólo raíces psicológicas o evolutivas, sino que se enmarcan en el contexto social actual de manera que el desarrollo evolutivo se da en relación con los procesos sociales, las posibilidades y restricciones materiales o el cuestionamiento de los modelos identitarios y los sistemas de creencias y definiciones compartidas.

Otro de los elementos de su teoría es que, al contrario que Jenkins, ve necesaria la distinción entre la identidad personal y la social, aunque reconoce que en algunas configuraciones se solapan. Como ya se mencionó, en la identificación cultural los significados atribuidos al «yo» nominal coinciden con los del «nosotros» de forma que “cualquier identificación individual recurre a palabras, categorías y referencias socialmente identificables” (Dubar, 2002, p. 14).

Cuando el autor piensa en la identidad personal se refiere al proceso de apropiación de recursos y de construcción de referencias y de aprendizaje basado en experiencias. Esta concepción supone una evolución desde una visión objetivista y cosificada de la identidad, entendida como herencia de una cultura o como una categoría estatutaria inmutable y atribuida por otros; a una configuración para sí en la que prevalece el eje societario sobre el comunitario.

Con respecto a las identidades sociales, Dubar las considera como identidades para otros y las define como las categorías que permiten clasificar las declaraciones individuales sobre las dimensiones objetivas de identificación. En este caso, utiliza el plural porque cada persona emplea varias. Para el autor han sido frecuentemente reducidas a las posiciones sociales que interiorizan los individuos y además, se ha tendido a confundir lo colectivo –el «nosotros»– con lo comunitario, cuando lo cierto es que se trata de realidades diferentes. Tal es así que cada vez hay más colectividades que no forman comunidades, porque se articulan en torno a intereses o valores comunes con una orientación a la acción y unos vínculos temporales. Este autor también destacó el papel de las identidades colectivas como motor de la acción común y a su vez como resultado de la misma. Esto acaba, a su vez, afectando a los procesos de identificación del individuo en la medida en que este se las atribuye para sí.

Un último elemento que se quiere destacar de su teoría y en el que coincidiría con muchos de los interaccionistas simbólicos, es la relevancia que concede al lenguaje como componente fundamental de la subjetividad. En las identificaciones comunitarias, el individuo es concebido como un miembro intercambiable de su colectividad, definido en términos de categorías preconfiguradas o estatutarias. Sin embargo, en las societarias el sujeto construye su identidad personal en un “proceso de aprendizaje de un lenguaje para sí” (Dubar, 2002, p. 255). Según destaca el autor, las formas discursivas se caracterizarían en la actualidad por la fragmentación, la diversidad y la heterogeneidad, que indicarían una pérdida de legitimidad de las categorías y modelos previos, así como una crisis de los modos de identificación tanto para los otros como para sí.

Una cuestión por aclarar en mayor detalle por parte de Dubar es si la primera clasificación que propone de identificaciones—cultural, reflexiva, estatutaria, narrativa—está cerrada o cabría la posibilidad de que surgieran otras. O si podría darse otros ejes a partir de los cuáles se configura la identidad aparte de la atribución de las formas sociales. Tampoco queda claro como se da la relación entre la tipología que desarrolla y lo que después considera como identidades personal, social y colectiva; es decir, si se trata de subclasificaciones dentro de las mismas o el resultado de otras combinaciones entre las formas de identificación y de atribución.

### **2.1.3 Identidad, sentido y reducción de la complejidad**

La tercera de las propuestas actuales que se presenta es la que plantea M. Gleizer. Aunque no desarrolla exhaustivamente el concepto de identidad, su perspectiva resulta interesante porque trata de dar cuenta de las estrategias a las que recurren los individuos para configurarla en una realidad social en la que ya no existen entidades que puedan facilitar esa tarea. Al igual que P. Berger, B. Berger y Kellner (1968), considera que, hoy en día, la identidad se ha convertido en un problema, en la medida en que ya no existen grandes relatos, cosmovisiones, ni instituciones que sirvan de referencia para asumir una visión integrada de la vida social —religión ideologías, concepciones positivistas de la realidad, etc. —. Estas entidades han entrado en una crisis debido a una pérdida de su legitimidad como agentes de reducción de la complejidad y a la instauración de un relativismo cultural y ético que deja en manos del individuo la responsabilidad de dotar sentido a su vida y definir su identidad (Gleizer, 1997).

Su análisis parte de la complejidad de la sociedad actual como un elemento clave para entender cómo los sujetos intentan dar sentido a su experiencia, tomar decisiones y construir su identidad. Frente a los autores que vaticinan la disolución del sujeto, la deriva hacia un individualismo extremo o la búsqueda de refugio en totalitarismos y fundamentalismos, Gleizer considera que, el individuo no cae en el desorden y el caos sino que trata de vivir con las tensiones que le supone la construcción de su identidad. Su necesidad de encontrar recursos para poder definir quién es se traduce en el desarrollo de «estructuras de reducción de la complejidad» que limitan las opciones de elección y proporcionan un horizonte de sentido. Aunque no ofrecen una justificación última de la toma de decisiones, evitan que la persona tenga que permanentemente justificándolas y permiten que pueda hacer frente a la incertidumbre del contexto sociocultural. En este sentido, la autora se centra en tres ámbitos que plantean un dilema de identidad: las cuestiones últimas de sentido, la vida cotidiana y el ámbito temporal; con sus correspondientes estructuras de reducción de la complejidad: el ritual, el estilo de vida y el plan de vida, respectivamente. A diferencia del tradicional rol de las tradiciones y las instituciones, que imponían unos esquemas para modelar la subjetividad, en la actualidad se habrían convertido en unos recursos más dentro de un amplio abanico de posibilidades.

En primer lugar, a través de los rituales la persona participa de un marco estructurado y codificado de actuación a partir del cual afronta las cuestiones más existenciales. O dicho en otras palabras, los rituales le ofrecen una pauta de expresión de su subjetividad que facilita la acción. Esto explicaría, por ejemplo, la participación en ritos religiosos de personas que no necesariamente se reconocen como creyentes. De hecho, a pesar del declive de las grandes religiones como guías para encontrar respuestas a las cuestiones últimas de sentido (Berger P., Berger, B. y Kellner, 1979), muchas de sus prácticas sociales siguen siendo valoradas porque ofrecen “estructuras sociales de plausibilidad, las bases sociales necesarias para que algunos elementos de la identidad subjetiva adquieran realidad” (Gleizer, 1997, p. 81)

En segundo lugar, otro de los ámbitos en los que se da una reducción de la complejidad, está relacionado con la cotidianeidad, en particular, con el estilo de vida, que refleja la forma que tiene el individuo de elaborar “una narrativa particular de la identidad personal” (Gleizer, p. 87) y que se traduce en una serie de prácticas convertidas en rutinas del día a día (Giddens, 1997). Estas permiten afrontar la complejidad de un mundo social que demanda la adopción de múltiples roles, el manejo

de los códigos de las diferentes esferas sociales y la expresión de lo que el individuo es o desearía ser y de lo que le vincula y le diferencia de los otros.

Entre otros elementos que constituyen parte del estilo de vida, Gleizer (1997) destaca especialmente las ideologías y el consumo. Las primeras son un recurso que en la actualidad tiene una función y sentido diferentes a etapas anteriores. Inicialmente, surgieron como sustitutas de las cosmovisiones religiosas y tradicionales del mundo, que hasta entonces habían proporcionado marcos de sentido de los fenómenos sociales y políticos. Sin embargo, a mediados del siglo XX, ante la diversidad de experiencias y opciones y la creciente complejidad social, pierden legitimidad para dar coherencia al mundo social. Se convierten en opciones personales, sin carácter impositivo y la adhesión a ellas es esencialmente un ejercicio reflexivo por parte del individuo.

El otro mecanismo de reducción de la complejidad relacionado con el estilo de vida es el consumo, que permite comunicar una gran cantidad y variedad de informaciones y mensajes sobre uno mismo sin tener que estar permanentemente explicando los valores o las opciones personales. De esta manera, los bienes materiales, se convierten en signos para representar la identidad, no porque aporten significados aislados o puntuales, sino desde el conjunto de lo que trasmite la persona. Además, se utilizan también en las relaciones para dotarlas de sentido y discriminar situaciones y encuentros con los otros.

A pesar de que a través de ambos recursos las personas intentan reducir la complejidad comunicando mensajes y buscando satisfacer las necesidades de información sobre los demás y sobre sí, no tienen la capacidad de ofrecer un fundamento último que justifique las elecciones. El individuo es consciente de la relatividad y contingencia de las mismas, así como de la complejidad del contexto y la dificultad para orientar sus acciones, y experimenta la amenaza de la pérdida de sentido (Gleizer, 1997).

En esta misma línea, conviene matizar que, aunque lo dicho hasta ahora pudiera inducir una visión de un mundo con infinitas posibilidades y opciones, esto no significa que todas estén igual de disponibles para todos, porque en realidad hay un desigual acceso de los recursos identitarios. De hecho, el estilo de vida no va a depender tanto de un consumo en función de las preferencias personales, sino que un elemento crucial son los recursos económicos y, en definitiva, el trabajo, que será el que abra un mayor o menor abanico de posibilidades. (Giddens, 1997).

El último de los ámbitos de reducción de la complejidad social afecta a la organización temporal de las personas y se refiere a su planificación de vida que es “un medio de preparar una línea de acción futura activado en función de la biografía” (Gleizer, 1997, p. 111). En épocas anteriores no se planteaba la necesidad de diseñar una trayectoria vital porque, como ya se ha mencionado, venía marcada desde el nacimiento por la categoría social de pertenencia y era, en la mayoría de los casos, estable y previsible. Esta tarea de planificación de la vida es, en sí misma, moderna y se ha convertido en una de las fuentes fundamentales de identidad y de toma de decisiones –aún a pesar de su carácter abierto, flexible y reflexivo– (Gleizer, 1997). La posibilidad de llevar a cabo esta tarea concede protagonismo a la persona sobre el curso de su biografía; aunque siempre estará referenciado al mapa de significaciones de la sociedad que le permite “localizarse y proyectarse, en función tanto de sus recuerdos biográficos pasados como de sus proyectos futuros” (Berger P., Berger, B. y Kellner, 1979, p. 70).

Por tanto, cuando se habla del proyecto vital, no es tanto un diseño fijo que uno se otorga en un momento dado, sino una construcción abierta que requiere un ejercicio de permanente revisión en la medida en que las experiencias personales se ven afectadas por el alto grado de contingencia del contexto social. En palabras de Gleizer,

a consecuencia de la pluralización de los cursos de vida, la identidad no puede ser sostenida simplemente como resultado de la continuidad de acciones del individuo, debe ser creada y mantenida por medio de un proceso reflexivo que construya, en cada momento, una narrativa en donde el sí mismo sea interpretado como una trayectoria de desarrollo del pasado al futuro anticipado” (1997, p. 134).

Entre los mecanismos de los que dispone la persona para reducir la complejidad externa en relación a su proyecto de vida está la elección racional que funciona, no como regulador de la conducta, sino como un modelo de toma de decisiones para que estas no sean percibidas como fruto del azar o del capricho. Es decir, no se trata tanto de buscar criterios para proponerse unos fines, como de una orientación para escoger líneas de acción respecto a ellos, independientemente de cuáles sean. La dificultad que se le plantea a la persona, en este ámbito, es justificar sus metas, por lo que no consigue resolver el satisfactoriamente el problema último de la contingencia de la identidad.

Estos tres mecanismos de reducción de la complejidad aparecen interconectados en la vida cotidiana. En el estilo de vida se reflejan aspectos opciones referidas a la planificación vital; los rituales se convierten en experiencia significativas para la biografía personal; se pueden abordar las cuestiones últimas con criterios ideológicos o apelando a la elección racional para organizar las demandas de los diferentes roles, etc. De acuerdo con Gleizer (1997) se trata de soluciones para la búsqueda de la identidad transitorias, que no pueden acabar con la ansiedad y el desgaste emocional que genera la complejidad social existente. Pero reconoce la autora que también tienen un lado positivo y es que se posibilitan el acceso a múltiples formas de configurar la identidad y que crean un contexto en el que difícilmente pueden instalarse los discursos de corte totalizador, reduccionista o autoritario.

Como valoración de su visión, cabe decir que, pese a que en sí no plantea un modelo de identidad, Gleizer ofrece una buena argumentación para comprender los factores que inciden en la identidad contemporánea. Aún así, la principal limitación de su planteamiento es que el alcance de su propuesta se ciñe a las sociedades occidentales de principios de siglo XXI. Por tanto, es susceptible de perder capacidad explicativa con el paso del tiempo o que se aplicable a otro tipo de contextos socioculturales distintos del occidental.

## **2.2 El impacto de las transformaciones socioculturales actuales en la autopercepción del individuo**

Un elemento claro de convergencia entre los diferentes académicos es la relevancia de la identidad, ya sea individual o colectiva, para las ciencias sociales actuales y el interés por explicar cómo se ha visto afectada por los cambios socioculturales que han tenido lugar en las sociedades occidentales desde mediados del siglo XX. En etapas históricas premodernas la identidad se concebía como una herencia, vinculada al estamento social de nacimiento y configurada según categorías adscritas y de carácter innato (Bauman, 2001). Posteriormente, con las revoluciones liberales de finales del XVIII comenzaron a erosionarse, no solo el orden y la estructura de las sociedades europeas, sino también los fundamentos que organizaban la vida cotidiana y las conciencias de los individuos. Pese a que los discursos universalistas, propuestos por las

élites intelectuales, suponían una liberación frente a los estamentos del Antiguo Régimen, con el tiempo se constató que esas aspiraciones tenían un carácter limitado. Sus propuestas de transformación implicaban una fuerte apertura social pero la vida de las sociedades decimonónicas europeas presentaba barreras para que cualquier grupo social pudiera acceder a las libertades que se plantearon (Wagner, 1997). Finalmente se trataba del privilegio de determinados grupos sociales.

Consecuentemente, hacia finales del XIX se da una primera crisis de la modernidad que se reflejaría en la creación de una serie de identidades sociales con fronteras excluyentes basadas en criterios como la raza, la lengua, la nación, la religión o la clase social. Esas pertenencias eran percibidas como objetivas, aunque sus límites fueran creados y, por tanto, no se concebía que fueran susceptibles de modificación. De hecho, en la práctica, se nacía y se moría dentro de la misma clase, cultura, país, religión y la mayoría de los individuos sabía a qué grupo pertenecía; las identidades eran estables predeterminadas y ofrecían al individuo un horizonte claro de significados. De esta forma, las trayectorias vitales de las personas, el sentido del pasado y las expectativas de futuro se encontraban legitimados por una lógica supraindividual no se trataba de una tarea del individuo, ni un problema que tenía que resolver (Berger P., Berger, B. y Kellner, 1979; Gleizer, 1997; Martucelli, 2007; Wagner, 2001).

Ya en el siglo XX, la situación daría un nuevo giro con la eliminación de muchas de las reglas formales que mantenían las diferencias sociales, en gran medida por el surgimiento de la sociedad de masas y el incremento de la movilidad social, que favorecieron el acceso masivo de la población a recursos anteriormente reservados a las élites económicas. Esta etapa, denominada «modernidad organizada», encontraría también su crisis hacia los años 50 y 60, cuando las orientaciones colectivas que sustentaban las identidades sociales tradicionales fueron perdiendo legitimidad como fuente de sentido para las personas (Wagner, 1997). A esto se añadiría la emergencia del *ethos* individualista en las sociedades occidentales, especialmente la norteamericana, que situaría la preocupación por la identidad en la esfera personal del individuo (Brubaker y Cooper, 2000). Así,

una vez que la modernidad sustituyó a los *estados* premodernos (que determinaban la identidad por nacimiento y, por tanto proporcionaban pocas, en caso de que hubiera algunas, oportunidades para que surgiera la pregunta «quién soy yo») por las clases, las



identidades se convirtieron en tareas que los individuos tenían que ejecutar (Bauman y Vecchi, 2005, p. 109).

Por otra parte, las fronteras y exigencias de las ideologías hasta entonces predominantes, comenzaron a ser demasiado rígidas en un contexto social crecientemente flexible y versátil. De esta manera, fueron perdiendo relevancia y respaldo los significados propuestos por el liberalismo democrático basado en el estado-nación y las del socialismo que giraban en tono al trabajo (Castells, 1997). Además, los grandes relatos identitarios de la modernidad generaron descontentos globales que desembocaron en luchas de los grupos marginados para que fueran reconocidas sus identidades como positivas y desmontar los estereotipos y estigmas. En la década de los 60, el interés por la identidad toma forma en los discursos de rebeldía y desafección por parte de colectivos que trataban de romper con las ideas de continuidad, semejanza o regularidad que caracterizaban a las identidades mayoritarias y que servían para justificar el *statu quo*. Así, la identidad pasó a ser una cuestión política de la mano de los movimientos pro derechos civiles, feministas o de la diversidad sexual, entre otros (Elliot, 2013; Revilla, 2003).

En el ámbito de las ciencias sociales, como se indicó en el capítulo anterior, el concepto de identidad comenzó a expandirse rápidamente a partir de los 50, hecho sin duda propiciado por la influencia del pensamiento de Erikson. Aunque también gracias las investigaciones del psicoanálisis, al desarrollo de la teoría del rol y la teoría del grupo de referencia, al interés de los interaccionistas simbólicos por el *self* y a las ideas del constructivismo social y de la tradición fenomenológica (Brubaker y Cooper, 2000).

Ya en las últimas décadas del siglo, a la par que se desarrollaban extensa e intensamente los fenómenos asociados a la globalización volvieron a poner la cuestión identitaria dentro del foco no solo de las ciencias sociales, sino también de la agenda política y civil. Algunos teóricos han señalado que la globalización cultural, social y económica está suponiendo una creciente tendencia hacia la homogeneización en torno a la cultura occidental, la deslocalización de los procesos productivos y la pérdida de poder de los estados. Ante esta situación aparecen nuevas preocupaciones como la ecología, el multiculturalismo, la defensa de los derechos humanos, la soberanía de los pueblos y la pérdida de identidades culturales, harían emerger nuevas sensibilidades, discursos y prácticas que relativizaban los discursos universalistas tan característicos de la modernidad (Elliot, 2013; Wagner, 1997). Recientemente, se ha generalizado la

preocupación por las políticas de identidad en cuestiones que van desde la sexualidad, el nacionalismo, los nuevos movimientos sociales, las religiones o la inmigración, entre otros. Algunos autores consideran que incluso se ha dado un abuso terminológico generando una crisis en su conceptualización con la consecuente devaluación de su significado (Wagner, 1997).

Cabe añadir, que las identidades colectivas generadas en el seno de los movimientos sociales, experimentarían también su propio proceso de evolución. Con anterioridad los años 60 se definían por fronteras claramente delimitadas, vinculadas a una pertenencia adscrita, estructural, categorial y basada en intereses comunes. No obstante, con el cambio de siglo, los lazos entre miembros se basan más en los significados y en las preferencias personales y culturales. Así, el interés por la identidad de las ciencias sociales en esta área ya no se va a ceñir fundamentalmente al desarrollo de la acción colectiva o la percepción de un interés, unas demandas o un destino comunes. Por el contrario, el objeto de interés son los significados simbólicos compartidos que generan los nexos entre los actores involucrados y son el sustento del movimiento (Ibarra, 2000; Tarrow, 1997). Este proceso, tiene su correlato con el cambio en la definición del *self*, de una percepción estructural, institucional o de roles; a otra más individualizada y contextual (Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010).

Por último, más allá del debate sobre si la época actual es la culminación de la modernidad ya iniciada, en donde lo que se experimenta es la radicalización de procesos anteriores; o, por el contrario, se trata del inicio de una etapa histórica nueva, la de la posmodernidad –era de postindustrial, sociedad de la información, sociedad de consumo, etc.–; o incluso, de que se considere que se ha ido más allá de la modernidad o en contra de ella –«antimodernización», «hipermodernidad»–; lo que parece incuestionable es que se han generado importantes transformaciones en todos los órdenes de la vida de las personas, que afectan a las tendencias, actitudes, deseos y sentimientos que las personas manifiestan hacia sí mismas (Canteras, 2004; Elliot, 2013). En el siguiente apartado, precisamente, se entrara en mayor detalle en cómo algunos de los efectos que han tenido para la identidad esos cambios en el contexto sociocultural actual.

### **2.2.1 El proceso de individualización de los referentes identitarios**

Uno de los rasgos característicos de las sociedades occidentales contemporáneas, que ha sido apuntado ya por algunos de los autores mencionados, es que las entidades que habían servido de referente para dar sentido y significado, normas y pautas de conducta, a las personas han ido desestabilizándose y perdiendo legitimidad para desempeñar estas funciones. Las transformaciones económicas, tecnológicas, laborales y sociales que se han experimentado en las últimas décadas han dado lugar a un mundo altamente complejo, generando una crisis en configuraciones identitarias que afectaría a los aspectos más personales de la vida del individuo (Dubar, 2002).

En el ámbito profesional la crisis se reflejaría en la devaluación generalizada de las condiciones laborales, después de décadas de mejoras; en la precaria inserción de las generaciones jóvenes en el mercado de trabajo, que además son las más formadas; o en la reducción de la oferta laboral debido a los procesos de racionalización capitalista. Como consecuencia, las trayectorias profesionales se vuelven inestables y precarias y las personas se ven obligadas a hacer ajustes vitales para acomodarse a unas cambiantes condiciones laborales. Esa permanente revisión de las decisiones tomadas dificulta la elaboración de una narrativa lineal de la propia biografía e impacta en la ética del individuo de forma que valores como el compromiso, la estabilidad, la capacidad de previsión o la linealidad son desplazados por el riesgo o la adaptabilidad. Sennet (2000) llevaría este argumento un paso más allá asegurando que el sistema capitalista promueve dinámica de maximización del rendimiento y la competencia que dificulta o incluso imposibilita la conciliación del trabajo con la esfera personal y familiar. Esto acaba por generar un sentimiento de frustración, de falta de sentido o miedo al fracaso; en definitiva, una «corrosión del carácter».

Otro de los ámbitos de la vida que se verían cuestionados en este mismo sentido sería el de las relaciones afectivas, que si bien ofrecen una mayor libertad de elección al individuo y la posibilidad de ser cuestionadas, han perdido parte de su función de servir como referente estable de las trayectorias vitales. Así, la vida familiar, se ve sometida a una gran inseguridad, dado que cada vez es más frecuente que una persona forme parte de varios hogares a lo largo de su vida (Bauman, 2003).

Por su parte, la religión y la política muestran signos de atravesar una crisis, al menos en sus concepciones tradicionales. La primera experimenta un proceso de secularización y desinstitucionalización que refleja la privatización de las creencias y

las prácticas religiosas; y la pérdida de relevancia de este aspecto en la experiencia cotidiana de los individuos. En el ámbito de la política, también se daría un proceso similar ya que las formas de representación establecidas no responden a las expectativas de los ciudadanos; sus instituciones están desvaloradas y los grandes sistemas ideológicos heredados de la primera modernidad –revolución, liberalismo, nación, la derecha y la izquierda, etc.- han visto progresivamente erosionada su legitimidad.

Todos estos fenómenos evidencian un deterioro en los pilares que tradicionalmente sustentaban la adquisición de la identidad –trabajo, clase social, familia, nación– (Revilla, 2003; Wagner, 1997) que tenían la función, no solo de ser fuente de sentido y coherencia en la vida de los individuos, sino también de contribuir a la cohesión y reproducción sociales; en tanto que proporcionaban una referencia y seguridad en aspectos normativos sobre el comportamiento (Castells, 1997; Dubar, 2002). No se trata de que hayan desaparecido sino de que ya no son el único recurso de que disponen las personas y las sociedades para definir quiénes son y han de coexistir con otros órdenes de significación del comportamiento y la conciencia. En otras palabras, se han visto inmersos en lo que P. Berger, B. Berger y Kellner (1979) denominaban la «pluralización de los mundos de vida social» que ofrece a las personas una variedad de ámbitos o referentes para construir su vida y tomar decisiones. De ahí que se cuestione el papel de las instituciones, ideologías, cosmovisiones y sistemas simbólicos tradicionales, como únicas guías para la configuración de la identidad. Por extensión, si ya no existen entidades comunitarias o institucionales de referencia –al menos no de forma exclusiva, el individuo pasa a ser el único responsable y protagonista en la tarea de dotar de sentido a su experiencia, de definir las pautas de conducta y los criterios para la toma de decisiones personales y sociales. Esto estaría en consonancia con lo que Jenkins (2004) señala sobre el proceso de subyugación de la identificación externa a la interna y con la aparición del «tipo social individualista» de Berger y Luckmann (1968).

Este proceso de individualización afecta a la configuración de la identidad, que se vuelve cada vez más reflexiva y se convierte en una tarea o problema, más que ser una herencia o imposición. La reflexividad es consecuencia de la autonomía y libertad que han adquirido las personas sobre sus propias trayectorias vitales que ya no están predeterminadas en función de categorías sociales, instituciones o autoridades morales externas. Además, como se dijo, al contar con un amplio abanico de posibilidades, estilos de vida, mundos de significación y desenvolverse en un contexto altamente

contingente se ve en la necesidad de revisar permanentemente sus decisiones para adaptarse, sin cerrar del todo sus posibilidades, sin asumir compromisos a largo plazo ni atarse a lugares o personas, viviendo solo el presente (Bauman, 2003; 2009; Elliot, 2013; Gleizer, 1997).

La otra cara de este proceso es que el individuo afronta la tarea de definir su propia identidad con inseguridad o con pocas certezas puesto que se han relativizado los criterios últimos de elección que indicaban qué era lo correcto (Berger P., Berger, B. y Kellner, 1979). Y esa continua revisión de las decisiones vitales para mantener una crónica biográfica coherente acaba por generar un cuestionamiento del «yo» (Bauman 2001; Giddens, 1997). En esta misma línea, Elliot (2013) destaca la naturaleza ambivalente de la posmodernidad que, si bien es cierto que ha creado nuevas oportunidades para las elecciones personales, morales o ascéticas –ampliando las categorías de construcción de la identidad–, esto tiene sus costes afectivos o emocionales para el individuo –inseguridad frente al futuro, sentimiento de amenaza ante los cambios sociales y tecnológicos, ansiedad, narcisismo, etc. –.

En el modelo de Dubar (2002) esta acentuación de la reflexividad y la individualidad es el indicativo de la transición de la preeminencia de identidades para otros a identidades para sí y de formas comunitarias de identificación a societarias. Así, la identificación predominante es narrativa de manera que el relato de uno mismo pasa a ser el eje vertebrador de la continuidad temporal y situacional de la persona (Martuccelli, 2007) a través del cual elaborar sus experiencias significativas como “intervención correctora del pasado” y anticipación a la posible trayectoria futura (Giddens, 1997, p. 95). A través del lenguaje se expresa la búsqueda de continuidad e integración de las diferentes dimensiones de la experiencia e identificaciones, intentando introducir cierto orden y unidad valiéndose de elementos sociales y culturales. Este ejercicio le permite mantener su relato aún a pesar de los múltiples cambios que pueden afectar a su trayectoria personal (Dubar, 2002; Gleizer, 1997; Martuccelli, 2007).

Recientemente, Elliot (2013) ha descrito otro de los procesos implicados en la transformación del *self* actual que ha denominado «nuevo individualismo» y cuya principal característica es la compulsión por la reinención de uno mismo a través de diferentes recursos –consumismo, cambios estéticos, terapias de autoayuda etc. Todo ello favorecido por la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación, que facilitan la velocidad de las transformaciones; y por la filosofía del

«cortoplacismo» –*short-termism*–, es decir, la limitación para pensar o actuar con vistas al largo plazo. En resumidas cuentas, ese nuevo individualismo se plasma en estilos de vida que se adaptan rápido a los cambios, son más experimentales y volubles, y están permanentemente actualizados, dando lugar a identidades que siguen el dictado del «hágalo usted mismo» –*do-it-yourself identities*–. Además, esas identidades se caracterizan por ser cada vez más globales, cosmopolitas y «postradicionales» y ven en los medios digitales una vía para expresar los aspectos más narcisistas del *self*.

Otra de las influencias del contexto es que la persona como actor interactúa o se presenta en una red de entidades y conexión en las que entran en juego otros muchos actores humanos y no humanos, técnicos y semióticos. Finalmente apunta a las consecuencias emocionales negativas del nuevo individualismo, especialmente por el consumismo exacerbado y la obsesión por la permanente reinención.

A lo dicho se añade otro rasgo de la identidad actual que es su capacidad de movimiento. Elliot y Urry (2010) utilizan el concepto de *mobile self* para describir como el incremento de la movilidad en diferentes ámbitos de la vida afecta a la relación entre lo personal y lo global, y entre el *self* y la sociedad. Cada vez más, las personas mantienen redes sociales, culturales y económicas que se expanden a lo largo y ancho del globo, lo que implica una creciente dependencia de los medios de transportes y de las tecnologías de la comunicación, además de una continua exposición a fuentes de información que indiquen notablemente en la redefinición de la identidad.

En resumen, la función integradora y de soporte externo que ofrecía el orden institucional y la tradición se ha visto asumida precariamente por el individuo en la tarea de la búsqueda de identidad. Se considera precaria porque la subjetividad se encuentra sometida a continuos cambios en las biografías personales y en las condiciones objetivas externas y porque ya no cuenta con un soporte comunitario. Puesto que el mundo se encuentra en constante mutación, está cada vez más globalizado e impone lógicas de individualización; y dado que las posiciones sociales son móviles o «líquidas», es difícil que estas tengan capacidad de identificar a las personas (Bauman, 2001; Giddens, 1997)

## **2.2.2 ¿Hacia una disolución del individuo?**

El panorama anteriormente descrito recoge las ideas de algunos autores que orientan su argumentación hacia una posible fragmentación del individuo ante la

imposibilidad de acceder a soportes sociales o comunitarios que le sirvan de referente para saber quién es. No obstante, otros han expuesto algunos argumentos cuestionando estas tesis partiendo por la idea de la «destradicionalización» y de «desinstitucionalización» de las sociedades y las conciencias de las personas. Martuccelli (2007) considera que no existen suficientes pruebas empíricas de la relación entre esos procesos y las crisis identitarias actuales. Además, aceptar sus presupuestos supone obviar la aparición en los últimos tiempos de nuevas formas de búsqueda de sentido y de significado –religiosidad no tradicional, nuevas sensibilidades espirituales–, a los que se podría añadir otros tipo de experiencias de pertenencia comunitaria como el caso de los nuevos movimientos sociales. Es más, esas tesis perfilan una identidad demasiado abierta, sin tener en cuenta la importancia “de las presiones situacionales y las definiciones impuestas y heredadas de la realidad social” (Martuccelli, 2007, p. 298) para la elaboración de la misma. En otras palabras, teniendo en cuenta el origen social del *self* y la identidad, resulta difícil defender que estos puedan emerger al margen de los referentes sociales.

Es más, como han puntualizado algunos autores, el mismo individualismo puede ser considerado como un producto social o histórico, en la medida en que ha sido el resultado de la desintegración de las certezas que proporcionaba la sociedad industrial, que ha llevado al individuo a reinventar otras formas de narrar sus biografías, para sí mismo y para los demás. (Beck, 1997; Elliot, 2013). En definitiva, se trataría de una nueva forma cultural que difumina las fronteras entre el individuo y la sociedad y que afecta de forma transversal a los diferentes ámbitos personales y sociales de la vida de los individuos.

Con respecto a la identidad narrativa, esta no nace de una reflexividad pura o de ejercicio exclusivo de la subjetividad de cada individuo. Precisamente, la característica de narrativa pone el acento en la necesidad de la interacción social para que emerja la autodefinición, puesto que la existencia de la identidad requiere que sea contada, mostrada, que otros la verifiquen. Lo que convierte al lenguaje en la herramienta fundamental que permite al individuo pensarse a sí mismo a partir de “gramáticas, conceptos y límites sociales” (Engelken, 2005, p. 119) y, a la vez, como expresión de lo que uno cuenta de sí a los otros, remitiendo a las representaciones sociales y a la pertenencia cultural en la que se desarrolla. Parte de la identidad narrativa tiende a buscar la unidad y coherencia, sea inventada o seleccionada de forma intencionada, pero

inevitablemente remite a no sólo al discurso de sí, sino a representaciones colectivas y culturales y a los mecanismos con los que se articula esa unidad.

Como objeción, Martuccelli (2007) advierte del riesgo sobrevalorar el análisis narrativo si se ignora que el objeto de estudio es una dimensión particular del individuo moderno, no una configuración que puede generalizarse a cualquier momento histórico o cualquier tipo de sociedad. En lo que se incide es en la consciencia de la limitación interpretativa puesto que incluso en las condiciones históricas y culturales actuales es difícil defender la idea de que todo es construcción, reelaboración permanente o fluidez en la definición de uno mismo. Además, aunque la vida social ha estado siempre conformada por las narraciones que las personas hacen de su propia vida, no resulta tan evidente como esas narraciones surgidas en la interacción acaban dotando a las personas de identidad (Brubaker y Cooper, 2000).

Otra de las líneas de argumentación en contra de la fragmentación o disolución del individuo se centra en las tesis de los autores de la posmodernidad sobre el impacto negativo de las transformaciones tecnológicas, económicas y socioculturales relacionadas con la globalización en la identidad de los individuos. Wagner (2001) se ha posicionado frente a los que sobrevaloran la homogeneización obviando la pervivencia de formas de acción, pertenencia e identidad colectiva que se están dando en la actualidad. Aunque es cierto que las pertenencias comunitarias tradicionales se han visto afectadas por los cambios sociales que han tenido lugar en las últimas décadas, esto no implica necesariamente que hayan desaparecido las identidades grupales o colectivas, sino que más bien han experimentado su propio proceso de transformación. Así, se observa que sus fronteras son cada vez más contingentes, abiertas, definidas y elegibles, más fundamentadas en los gustos personales que en las ideologías. Sus miembros, además, tienen capacidad de elección, de manera que las pertenencias se vuelven múltiples, puesto que “la unidad y la continuidad no puede ser ya encontrada en un grupo o modelo definido” (Gleizer, 1997, p. 25). Se da además el fenómeno de las «identidades de resistencia» que suponen un refugio frente a los flujos globales y el individualismo radical, basadas en valores tradicionales o bien en los movimientos sociales emergentes en las últimas décadas (Castells, 1997).

Bauman (2005), por su parte, pese a reconocer la amenaza que supone para el individuo la ausencia de referencias estables para definir su identidad, no pronostica su total disolución, sino que más bien lo que señala es el cambio fundamental que ha



experimentado su contenido cada vez más privatizado y la tarea que tiene el individuo actual de dilemas morales que nunca antes se le habían presentado.

Otros autores han destacado que pese a la incertidumbre y pluralidad del contexto actual la búsqueda de identidad se efectúa desde unos parámetros de estabilidad, coherencia y unidad. Según Martuccelli (2007) la organización de las sociedades occidentales se volvería muy compleja si no se asumiera una continuidad personal y los individuos fueran distintos a cada momento. Además, en la vida cotidiana se da, de alguna manera, un sentido de continuidad temporal, es decir la vivencia de ser la misma persona aunque se experimenten cambios en las circunstancias externas. De ahí que hayan aparecido autores que, sin dejar de reconocer la evolución que ha experimentado la identidad, cuestionen que su contenido sea tan fluido, efímero o evanescente. De hecho, hay quienes siguen valorando la profesión como uno de los recursos fundamentales para la planificación y definición personales (Agulló, 1997; Martuccelli, 2007), destacan la importancia de las relaciones íntimas, aunque haya variado su concepción (Giddens, 1997), o relativizan la influencia de los procesos de la globalización en la identidad (Wagner, 2001).

También pueden encontrarse otros autores (Elliot 2013) que se sitúan en un punto intermedio entre las tesis posmodernas más radicales, que vaticinan la desintegración del individuo, y quienes ignoran las amenazas que entraña la creciente individualización y subjetivación de la identidad. El autor propone una visión alternativa, que reconoce la riqueza que supone la pluralidad de discursos, prácticas, imágenes y representaciones que caracteriza al *self* posmoderno, a la vez que tiene en cuenta sus contradicciones y dificultades para el individuo. Lo explica afirmando que

en un mundo de una globalización generalizada y de alta tecnología mediática, las dimensiones personales o subjetivas de las relaciones sociales experimentan una gran transformación (...). Pero esto no se traduce necesariamente en el fin de la identidad moderna; puede indicar que el sentido moderno del *self* se ha radicalizado o ha sido llevado al extremo. Lo mismo puede decirse de la tesis posmodernista. Nuestro entorno cultural no genera sencillamente una dislocación o fragmentación *per se*. Al contrario, estamos viviendo un tiempo de emergencia de nuevas estrategias del *self* y nuevas formas de vida personal y pertenencia comunitaria (2013, pp. 152-153).

Lo que destaca este autor, por tanto, es la convivencia en la sociedad de formas tradicionales y «postradicionales», modernas y posmodernas, de construcción de la identidad.

Existen, además, otra serie de argumentos que destacan que la identidad, aún siendo sustancialmente diferente a como estaba definida en otras épocas, no se encuentra en proceso de desintegración. Revilla (2003) apunta a la existencia de cinco anclajes con los que la persona cuenta para que, a pesar de las transformaciones que puedan darse en el entorno, no diluirse como persona, que serían el cuerpo, el nombre, las demandas de interacción social, la autoconciencia y la memoria. Otros autores, como se verá, también han respaldado la importancia de estos aspectos vitales como pilares que favorecen la percepción de continuidad personal.

El primero de ellos, el cuerpo, aparte de ser el eje de coordenadas en el espacio y el tiempo; es un vehículo de la expresión de la identidad imprescindible para el desarrollo de reflexividad y para establecer relaciones humanas (Giddens, 1997; Jenkins, 2004; Revilla, 2003). De hecho, en la vida cotidiana pueden encontrarse numerosas manifestaciones de la relación entre cuerpo e identidad, desde la preocupación por la apariencia corporal o incluso el culto al cuerpo; al cuidado del porte, que es el modo en que se utiliza la imagen externa en los diferentes contextos sociales; la sensualidad, como forma de búsqueda o manipulación del placer sensorial; la preocupación por la salud, que se traduce en prácticas como las dietas alimentarias o el deporte ; o la visualización pública de la sexualidad (Engelken, 2005; Revilla, 2003).

Si bien la experiencia corporal es universal, su significado como referente o expresión identitaria cambia según el contexto sociocultural o el momento histórico. En la etapa anterior a la modernidad, el aspecto externo y el porte estaban fuertemente delimitados por criterios tradicionales e indicaban más fundamentalmente una identidad social. El estamento, la clase y los grupos de pertenencia eran más relevantes que la idiosincrasia personal. En contraposición, en la actualidad las manifestaciones de la identidad a través del cuerpo ya no vienen dados, sino que sus expresiones son susceptibles de elección y modelado, en función del estilo de vida y la planificación biográfica personales (Giddens, 1997). En definitiva, la experiencia de *self* o de identidad, la autoconciencia o las narraciones sobre uno mismo, están basados en su experiencia de ser un individuo encarnado –*embodied*– e inserto en una determinada realidad cultural y social (Engelken, 2005; Jenkins, 2004)

Otro de los anclajes de la identidad que menciona Revilla (2003) sería el nombre propio o la identificación administrativa que responder a la pregunta de quién es una persona y que se requiere para participar de la vida social. Esto incluye también una serie de atributos reconocidos oficialmente y asociados a poseer un nombre en particular: número del documento nacional de identidad, nacionalidad, progenitores, dirección postal, historial médico, declaración de la renta, antecedentes penales, experiencia laboral, etc. Además, muchos de esos datos o referencias personales mencionadas son difíciles de modificar en comparación con otros que tienen que ver con los gustos y el estilo de vida, y hacerlo puede suponer una crisis identitaria. Aunque es cierto que el nombre no va a desempeñar el mismo papel en la sociedad actual que en un contexto en el que prevalecen las identidades nominales y la definición del «yo» se basa en la genealogía (Dubar, 2002), parece que su importancia está lejos de difuminarse con la posmodernidad. Para la administración y la ley contemporáneas el individuo es siempre la misma persona, de manera que su forma de identificarla define su continuidad y coherencias temporales (Martuccelli, 2007).

Esta idea de la centralidad del nombre no es del todo novedosa. Los interaccionistas simbólicos de mediados del siglo pasado consideraron su asimilación como uno de los hitos para el desarrollo de la reflexividad. El aprendizaje durante la infancia de los fonemas asociados a las personas de su entorno y a sí mismo permite al niño concebirse como un objeto dentro del conjunto de objetos o, para ser más exactos, como un ser humano concreto de entre el conjunto de todos los seres humanos. Es decir, el individuo tiene capacidad de visualizarse como una realidad diferente respecto a lo que le rodea (Hewitt, 1984). Por tanto, el hecho de identificarse con un nombre es un signo de diferenciación de la persona, lo que constituye en sí un proceso para la construcción de la identidad.

Estos dos primeros factores, el cuerpo y el nombre propio, pertenecen a la naturaleza del ser humano, mientras que los que se desarrollan a continuación tienen que ver con el contexto actual. Así, el tercero y el cuarto de los elementos que vinculan al individuo con su identidad son la autoconciencia y la memoria, que estarían íntimamente relacionados, puesto que la primera es la que facilita la continuidad biográfica a través de los recuerdos (Revilla, 2003). De ahí la insistencia de diversos autores en que una de las características del contexto actual es el desarrollo de una identidad fundamentalmente narrativa (Dubar, 2002; Gergen, 1992)

Por último, se apunta a las demandas de interacción como el quinto de los anclajes de la identidad actual, puesto que es necesario cierto grado de coherencia y estabilidad acerca del conocimiento de quién es uno mismo y quiénes son los demás para poder establecer relaciones interpersonales. Como se explicó más arriba, la interacción social sería complicada, si no imposible, si a cada instante las personas fueran diferentes o si no supieran a qué atenerse con respecto a los demás y a sí mismos. A pesar de la fractura en el individuo, hay en él una estabilidad fundamental, una conciencia que solo es posible en la medida en la que somos algo más que una serie discontinua de acontecimientos (Martuccelli, 2007; Revilla, 2003).

Dados todos estos argumentos, podemos constatar que en las orientaciones teóricas actuales se cuestionan los discursos de la identidad de la modernidad que situaban la coherencia y la estabilidad como requisitos necesarios para poder desarrollar unas orientaciones significativas de la vida. En la actualidad como nunca antes, estos se vuelven problemáticos dada la incertidumbre que presentan el mundo social y las trayectorias personales. No obstante, que el individuo tenga la tarea de construir su identidad no significa que cese en su empeño por alcanzar esa coherencia y estabilidad en la definición de sí mismos, ni que no cuente con determinados anclajes o referentes que les permitan ser conscientes de quienes son en medios de tantos cambios. Aunque todas esas concepciones sobre la fluidez, la liquidez y la inestabilidad de la identidad se han vuelto especialmente populares en las últimas décadas, su laxitud hace difícil que puedan desarrollarse como un cuerpo teórico más amplio y que puedan ser aplicables a otros contextos distintos del occidental.

### **2.3 Conclusiones: opciones conceptuales de cara al objeto de estudio**

Una de las críticas de Wagner (2001) a los estudios sobre identidad es que con frecuencia no hacen referencia al objeto de estudio que están abordando, lo que podría ser una de las explicaciones de tanta ambigüedad del concepto en las ciencias sociales. Además, si se realiza una revisión teórica sobre el tema no es fácil notar la heterogeneidad conceptual y metodológica, la imprecisión e incluso una cierta incoherencia o reduccionismo (Agulló, 1997; Wagner, 2001). Además, no parece existir aún un consenso en torno a una definición universalmente reconocida; ni tampoco un

marco teórico más general que permita la convergencia de los estudios sobre el tema. Esto es así, en la medida en que aún no se ha generado en las ciencias sociales una *meta teoría* que reconozca y aúne tanto las raíces de la naturaleza humana, como sus rasgos de construcción y contingencia (Gleizer, 1997; Jenkins, 2004).

Asumiendo estas limitaciones, lo que se pretende en este último apartado es retomar algunas ideas que se han revisado hasta ahora y ofrecer algunas aclaraciones conceptuales que faciliten la comprensión y delimitación del objeto de estudio de la investigación realizada.

Durante décadas, una gran parte de los escritos e investigaciones sobre la personalidad o el «yo» enfatizaron la consistencia y la estabilidad de los rasgos individuales de las personas a lo largo del tiempo. Algunas aportaciones desde el campo del psicoanálisis incluso consideraban que durante la socialización temprana de la infancia los individuos desarrollan patrones de respuesta a los estímulos del mundo exterior que van a persistir a lo largo de toda la trayectoria vital de las personas (Hewitt, 1984). Por tanto, la finalidad de las investigaciones era tratar de acceder a esa realidad interna reguladora del comportamiento y modelada, principalmente, a través de las experiencias vitales tempranas. La principal limitación de este tipo de enfoques es que han ignorado o infravalorado la influencia de los contextos relacionales y socioculturales sobre la autopercepción del individuo (Dubar, 2002; Revilla, 2003; Wagner, 2001)

Tal y como se vio en el capítulo previo, el interaccionismo simbólico y las perspectivas afines, así como el constructivismo social o la teoría de la identidad social supusieron un giro hacia una concepción del *self* o de la identidad en términos más sociales, como proceso y resultado de las interacciones sociales y del contexto sociohistórico en el que se encuentra inmerso el individuo (Agulló, 1997; Hewitt, 1984; Jenkins, 2004; Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010).

En el estado actual de las revisiones teóricas y las investigaciones sobre identidad, parece estar superada la visión esencialista del *self* que la concebía como algo innato que garantiza la continuidad temporal de la persona; como entidad psíquica autónoma cuyos mecanismos hay que descubrir; o como de realidad objetiva o destino prefijado. Así, cada vez más las posturas predominantes respecto a la identidad son las que la conciben como tarea, construcción, proceso o incluso «bricolaje» (Martuccelli, 2007). Como se vio, esto no implica necesariamente que no sea real o que la contingencia haga imposible el acceso a ella. Como señala Revilla (2003), la identidad

es variable en función de la cultura, pero la construcción que se hace de ella se *reifica* convirtiéndose para los individuos en realidad objetiva.

### **2.3.1 Cuestiones de debate y dilemas en torno a la identidad**

A pesar de esta convergencia teórica, conviene destacar que aún pueden encontrarse antinomias o posiciones encontradas entre los académicos respecto a la conceptualización de la identidad. Un primer tema que está presente prácticamente desde los inicios del estudio de la identidad y del *self* es la distinción entre, la identidad personal, que se refiere al conjunto de rasgos asociados a la singularidad de uno mismo, a la experiencia de unicidad y consistencia a lo largo del tiempo; y la identidad social, que hace alusión a las identificaciones con los grupos de referencia y el sentido de pertenencia a los mismos (Deschamps y Devos, 1996; Dubar, 2002; Goffman, 1970; McCall y Simmon, 1966; Peris y Agut, 2007; Tajfel, 1984; Turner, 1989). Durante la socialización la persona va desarrollando el sentido de continuidad a través del establecimiento de conexiones de las vivencias de su historia personal, que son las que dan forma a su biografía. A su vez, es capaz de definir los grupos a los que pertenece, qué es lo que le une a ellos y que le distingue de otros grupos (Wagner, 2001). Incluso, puede ser categorizado por otros dentro de alguna categoría social sin que haya sido una opción personal o sin que haya una aceptación por parte del individuo.

Pese al amplio respaldo que tiene en las ciencias sociales esta distinción, han surgido también posturas que defienden el estudio de ambos tipos de identidad como dos caras interrelacionadas de un mismo proceso. Esta tesis se ha apoyado en dos tipos de argumentaciones. Por una parte, lo que habitualmente se considera como la parte personal de la identidad tiene un componente social, ya que las relaciones interpersonales proporcionan a al individuo una orientación vital, (Wagner, 2001) y como se ha señalado, son indispensable para el desarrollo de la reflexividad humana. Por otra parte, se ha defendido también que los significados y las categorías que forman parte del contenido de la identidad pertenecen al repertorio de intercambios discursivos y simbólicos de la realidad social y cultural concreta (Agulló, 1997; Dubar, 2002; Jenkins, 2004; Martuccelli, 2007).

Además, la línea divisoria entre las categorías personales y sociales se difumina cuando se considera, por ejemplo, la identidad colectiva que no solo emerge como un sentido compartido de pertenencia sino que, a su vez, genera un proceso de

interiorización en el individuo que la incorpora como parte de su definición personal. (Wagner, 2001). Y, al mismo tiempo, la forma en que los grupos interactúan en un contexto de identidades múltiples es un reflejo de los procesos de gestión de las estructuras de identidad del *self* de sus miembros (Owens, Robinson y Smith-Lovin, 2010). En definitiva, se hace necesario reconocer que la conformación de la identidad requiere de estructuras sociales de plausibilidad que la confirmen (Gleizer, 1997), ya sean las del contexto de interacción más cercano o las del marco sociocultural. En consecuencia, tiene sentido reconocer que la identidad es necesariamente social, en su contenido y en su emergencia (Brubaker y Cooper, 2000; Jenkins, 2004). Especialmente en la época actual en la que la multiplicidad y variedad de posibilidades de definición hacen que la identidad ya no sea un reflejo exclusivo de unos roles dados por unas determinadas pertenencias sociales, como enfatizó la teoría de identidad de rol o la teoría de la identidad; entre otras cosas, porque dichas pertenencias son cada vez más permeables y mutables.

Otra de las dicotomías en torno a las que ha girado la conceptualización de la identidad es el de la similitud y la diferencia. Si la pregunta más básica en este sentido es «quién soy yo», o si es un colectivo, «quiénes somos nosotros»; implícitamente se está reconociendo la existencia de elementos comunes y diferenciadores respecto a los demás. Esta dialéctica entre similitud y diferencia está en la base de los procesos de identificación puesto que definir el criterio de inclusión, pertenencia o semejanza dentro de una colectividad implica al mismo tiempo crear diferencias, fronteras, criterio de exclusión respecto a los de fuera. El reconocimiento de esa interacción entre ambos lados de una misma frontera ha sido una de las aportaciones de la teoría de la identidad social y de la autocategorización (Jenkins, 2004). En palabras de Martuccelli, “una identidad combina propiedades comunes a un grupo de actores, cuyas fronteras establece, y propiedades más individualizantes, dentro de esas mismas combinaciones” (2007, p. 297). La identidad se va construyendo a partir de las distintas identificaciones, que pueden incluso ser opuestas, en un trabajo de distanciarse e implicarse en los diversos marcos de significación en los que se mueve.

Uno de los aspectos implicados en los debates de la identidad, que ha aparecido de manera tangencial en algunos de los autores revisados, tiene que ver con el dilema sobre la unidad o continuidad identitaria, por un lado; y su fragmentación o discontinuidad por el otro. Como telón de fondo está la percepción de la contingencia del contenido de la identidad y, en consecuencia, la duda sobre qué es lo que

permanece, si es que hay algo que permanece, con el paso del tiempo y en los diferentes contextos en que se desenvuelve una misma persona. Para el individuo, que, como se ha visto, se enfrenta a un contexto pluralizado en cuanto a estilos de vida, significados, roles, lenguajes, expectativas, resulta una tarea compleja definir quién es y su trayectoria personal; más aún si se tienen en cuenta los múltiples cambios de orientación a los que ésta se puede ver sometida. Si casi cualquier posibilidad es asequible, y todo cambia continuamente, la percepción que se pueda tener de uno mismo carece de validez poco tiempo después.

Tal y como señalan Brubaker y Cooper (2000), el término identidad ha sido empleado desde dos concepciones diferentes, una fuerte o dura (*hard*) y otra débil o suave (*soft*). El primer caso, se asume lo el uso más común del término que alude a la permanencia de uno mismo a lo largo del tiempo y las semejanzas con las personas. Esto conlleva asumir que la identidad es algo que las personas y los grupos, al menos algunos, poseen o deberían poseer una y que, además, son conscientes de ella. Por el contrario, las visiones débiles o blandas de la identidad, destacan su fluidez, inestabilidad, multiplicidad o contingencia de manera que el individuo ha de realizar un continuo ejercicio de reflexión y de reelaboración de la misma. Desde perspectivas teóricas actuales esa tarea es asumida, como se ha visto, bien como una búsqueda de coherencia y unidad, en medio de tanta fluidez y transformación, como es el caso de los estudios sobre la identidad narrativa; bien como un intento de manipular diferentes posiciones y roles, que estaría abocado a generar una disolución del individuo, como han hecho autores de la órbita de la posmodernidad.

A lo dicho hasta ahora se suma la aportación de Wagner (2001) quien constata que, aún habría tres elementos en torno al concepto de identidad pendientes de consenso y que se plantean en forma de antinomias. El primer de ellos se refiere a la percepción de la identidad como una elección o como un destino, lo que además genera discusión en torno a la capacidad humana de agencia y el determinismo social. De aquí se deriva la segunda de las antinomias ya que si se concibe como destino, la identidad forma parte de la realidad objetiva; mientras que si se trata de una cuestión de elección, se configura como una construcción subjetiva. Finalmente, el tercer elemento que mencionaba Wagner concierne a la posibilidad de distanciarnos del contexto y de los demás. Así, para algunos autores la formación de la identidad requiere necesariamente un principio de autonomía; mientras que otros subrayan la idea de dominación y la constatación de que la conquista de esa autonomía por parte de unos ha sido posible creando relaciones



asimétricas, estableciendo fronteras y excluyendo a los otros –post-colonialismo, feminismo–.

### 2.3.2 *Self* e identidad: aclaraciones terminológicas

Después de la revisión teórica presentada, surge la necesidad de distinguir entre el *self*, social o interactivo, y lo que podría considerarse como identidad. La respuesta no es sencilla debido a la confusión conceptual y terminológica que acompaña a las investigaciones y reflexiones teóricas de la materia como ya se ha mencionado anteriormente. Owens, Robinson y Smith-Lovin (2010) dan cuenta de un nada despreciable número de teorías, con sus respectivas metodologías, áreas de interés, desarrollo conceptual, lo que lleva a concluir que no es extraño que la identidad haya sido un concepto caracterizado por la polisemia o la heterogeneidad. Parece, así mismo, poco factible poder pensar en un marco teórico integrador que pueda incorporar las distintas perspectivas, análisis, aspectos investigados, de forma articulada para ver de qué manera están relacionados. Dadas estas limitaciones, una posible alternativa sea acotar aquello que se pretende estudiar, siendo consciente de que no se abarca toda la realidad que implica la identidad de la persona.

Teniendo lo dicho, en este trabajo se parte de la propuesta teórica de Charon (1992) quien considera el *self* como un objeto hacia el cual el individuo dirige su comunicación simbólica, que emerge a partir de las interacciones y que le permite proyectarse en las diferentes situaciones y evaluar su conducta y la de los otros. Expresado en términos similares, se trata del sentido reflexivo que un individuo tiene sobre su particular identidad, constituido en relación con otros en términos de similitud y diferencia, y sin el cual no sabría quién es. Al tratarse a sí mismo como objeto puede elaborar planes de acción, ser consciente de su propia experiencia y elaborar una narrativa sobre sí mismo. En la medida en que la persona es capaz de percibir y asumir el punto de vista que los otros con los que interactúa tienen de sí mismo, se da la emergencia del *self* (Jenkins, 2004; Stets y Burke, 2003).

Esta percepción del *self* se aproxima a la idea de autoconcepto –*self-concept*– de Rosenberg, que aglutina el conjunto de pensamientos y sentimientos de una persona referidos a sí mismo como objeto. Desde la psicología se percibe como un componente de la cognición; desde la sociología como un producto o una fuerza social y desde el psicoanálisis como fuente de estrés y conflicto para la persona. Las identidades para este

autor serían componentes de la dimensión cognitiva del autoconcepto –pensamientos–, al igual que las creencias sobre la propia imagen corporal, los valores, las habilidades y los rasgos que le definen. La otra dimensión constitutiva del autoconcepto es la evaluativa que abarca los sentimientos, positivos o negativos, que le provocan esa imagen de tiene de sí mismo, y que el autor considera como el autoestima (Rosenberg, 1979). Aunque, como se ha argumentado, desde la teoría de la identidad social también se hizo alusión al autoconcepto, lo hizo en términos muy diferentes. Tajfel (1984) consideraba que era un fenómeno demasiado complejo para poder ser abordado directamente y para Turner (1989) tendría un contenido puramente cognitivo y lo definió como conjunto de representación cognitivas sobre uno mismo-.

Quizás, una de las aportaciones más integradoras de las diferentes visiones del *self* sea la de Hewitt (1984). Según él, de la utilización de este término por parte del interaccionismo simbólico se desprenden dos tipos de conceptualizaciones: como proceso y como resultado. La primera visión se ajusta a los estados de conciencia del *I* y del *me* medianos, que se alternan como parte del desarrollo de la conducta. Como se vio, el primero impulsaba la acción y el segundo le daba la dirección o inhibía dicho acto. Esto se consigue mediante la asunción de roles: las personas se ponen en el lugar de los otros y anticipan el transcurso de la interacción, consciente o inconscientemente, según la definición de la situación que se haya establecido entre los participantes. Cuando se concibe el *self* en estos términos, se corre el riesgo de caer en la reificación del concepto, convirtiéndolo en una estructura mental, en algo concreto y tangible y perdiendo su carácter procesual.

La otra concepción del *self* es la que lo concibe como el resultado de este proceso, y que supone que el individuo es objeto de su propia conducta. De esta forma, la persona se contempla a sí misma, no solo en términos físicos, sino también como conjunto de atributos y de los roles que ocupa. En este sentido, el *self* es situacional – *situated self*- y biográfico, puesto que la asunción de roles va a depender de las experiencias vitales y de que hayan sido reconocido por personas significativas para la persona. Desde esta concepción, el *self* como objeto creado en la interacción entre el *I* y el *me*, puede ser observable en el comportamiento (Hewitt, 1984).

En definitiva, el *self* puede ser visto como ejercicio de auto reflexividad y como el proceso por el que la persona se reconoce como única y diferente frente a las demás, que le permite identificar aquello que le vincula con otros; así como asumirse como el mismo sujeto con independencia de los cambios que pueda experimentar a lo largo de

su vida. Es una capacidad esencialmente humana que supone ser consciente de sí mismo, lo que requiere la referencia a los otros que constituyen su entorno social inmediato y en relación con el contexto sociocultural más amplio. Esto incluiría, los procesos cognitivos, afectivos o comunicativos que operan en el individuo y le hacen percibirse como el mismo en el espacio – en distintos contextos- y en el tiempo –en diferentes momentos de su trayectoria personal y en su proyección de futuro–. El acceso a ese nivel de conciencia no es directo puesto que se caracteriza por ser un fenómeno psicosocial con un alto nivel de abstracción de ahí que haya dado lugar a numerosas formas de abordarlo.

No obstante, lo que interesa de cara a este estudio empírico y sociológico no es tanto el *self* en sí como el contenido de una de sus expresiones como es la identidad. Siguiendo a Charon (1992) esta puede considerarse como el nombre o los nombres con los que uno se llama a sí mismo o etiqueta su *self*, es decir, quién dice la persona que es. Es el contenido o los significados que atribuye al *self* lo que incluiría la distintas identificaciones y narrativas de sí que elabora el individuo, que son fruto de las dialécticas internas, interaccionales y sociohistóricas a partir de las cuales la persona se responde a sí misma a la pregunta «quién soy» y cuyas manifestaciones pueden ser recogidas y analizadas de diferentes maneras. O, expresado en términos similares, sería la parte del *self* que incluye los significados que las personas vinculan con los múltiples roles que desempeñan en la sociedad actual (Stryker y Burke, 2000) y las percepciones que mantienen acerca de sus aspectos más idiosincráticos.

### **2.3.3 La identidad como resultado de las dialécticas individuales del *self***

Una vez realizado un intento de diferenciación terminológica, siempre sujeta a matices, como viene sucediendo con cualquiera de los intentos que ha habido de conceptualizar y operacionalizar la identidad; lo que procede es especificar la perspectiva desde la que se va abordar su estudio.

En primer lugar, ya se expuso previamente el debate sobre la existencia, o no, de una diferencia entre una identidad personal y otra social. Desde el planteamiento conceptual que se está proponiendo, tanto los rasgos idiosincráticos que una persona reconoce como propios e identificativos de sí mismo, como las categorías, roles y grupales de referencia, se considerarán como identidad social de la persona. Y además, su estudio es inseparable de la referencia al contexto sociocultural de referencia, debido

a la influencia que, como se ha visto, este ejerce en la forma en que las personas perciben a sí mismas. De esta forma, deliberadamente se ha reservado el concepto identidad personal para un acercamiento a esa realidad desde una perspectiva más psicológica, en términos del sentimiento subjetivo de que uno permanece siendo el mismo a través del tiempo y en los diferentes contextos interaccionales, que además es validado por los otros con los que interacciona. Es decir, se trata de la acepción de identidad como «sentimiento» (Escobar, 1987). Desde esta perspectiva, las líneas de investigación estarían más orientadas a cuestiones como, por ejemplo, los mecanismos cognitivos y afectivos que generan el reconocimiento de sí, lo que lleva a identificarse las personas con unos grupos sociales y no con otros, o la fuerza e influencia afectiva de las vinculaciones identitarias, entre otras.

Desde la posición adoptada en este trabajo ya no se plantea una distinción entre la identidad personal y social, sino que lo relevante es aclarar la perspectiva desde la cual se plantea la investigación o el objeto de estudio. Se asume el planteamiento de los tres órdenes de la identidad –individual, interaccional e institucional– que propone Jenkins (2004) porque facilita un acercamiento más propiamente sociológico al fenómeno de la identidad y porque ofrece una visión integradora respecto a otros desarrollos teóricos. Así, según el orden de identidad que se aborde y el tipo de sujeto de investigación, individual y colectivo, se llevaran a cabo unas determinadas opciones metodológicas y las conclusiones tendrán diferentes alcances.

Tal y como lo plantea Jenkins (2004) la dialéctica que entra en juego en el orden individual comprende definiciones internas y externas de sí mismo. En este proceso entran en juego la mente, con su capacidad reflexiva e interaccionalmente emergente, y el cuerpo, que es referente de la continuidad individual, herramienta de comunicación e indicativo de diferencias y similitudes. Así, una investigación focalizada desde este punto vista, se interesa por los factores sociales que hacen prevalecer unas identificaciones sobre otras en un determinado contexto y las descripciones que elaboran de sí mismas las personas.

También podría interesar a un investigador un aspecto identitario que tuviera que ver con la confrontación de la propia identidad en los encuentros o relaciones con los otros, lo que le llevaría a situarse desde el orden interaccional. Este sería el ámbito de las estrategias de gestión de las propias impresiones de Goffman, en el que tienen lugar las interacciones entre la imagen pública y la privada del individuo. En este orden pueden abordarse aquellas situaciones o contextos que supone la exposición o

presentación de uno mismo. Lo característico del momento histórico actual es que con el desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación se han abierto escenarios inéditos de exposición pública, generando innovadores recursos y herramientas para que la persona exprese y transmita quien es (Escobar y Roman, 2011).

Para completar la visión de la identidad, otra de las formas de abordar el tema es desde el orden institucional, de forma que el objeto de estudio no sería un «yo», sino un «nosotros». Este sería el caso, por ejemplo, de los estudios sobre los nuevos movimientos sociales<sup>3</sup>. En este caso, resulta conveniente hablar de identidad colectiva, concebida tanto como motor de la acción común de un grupo, como el sentimiento de un «nosotros» que marca unas fronteras con respecto a los «otros» y sirve de conexión con el resto de personas identificadas como miembros. Es el fruto de las dialécticas intragrupalas, intergrupales y contextuales y surge cuando un conjunto de personas genera un sentido significativo para sus identidades personales a partir de la misma colectividad (Wagner, 2001). Además, en esas dinámicas de identificación, los sujetos crean y negocian sus definiciones en diálogo con otros actores sociales –medios de comunicación, representantes políticos, opinión pública, etc.–. No obstante, el concepto de identidad colectiva va más allá del plano afectivo o emocional –sentirse vinculados, tener algo en común y de la definición de los límites de su inclusividad, porque “conciernen a las orientaciones de acción y al ámbito de oportunidades y restricciones en el que tiene lugar la acción” (Melucci, 1994, p. 172). Además, la identidad también permite definir las expectativas de costes y beneficios en torno a la misma.

Como conclusión, de cara al presente estudio el enfoque que se propone es fundamentalmente sociológico, centrado en el orden individual de la identidad, que se considera esencialmente social –en los términos planteados por Jenkins, no el sentido clásico del término– y en el que se toma como sujeto de estudio la persona, en concreto, el adolescente español. Los argumentos aportados hasta ahora sugieren, además que el desarrollo identitario es fundamentalmente procesual y dialéctico y, en el contexto de inicios del siglo XXI, predominantemente «para sí» y «societario». Lo que no parece tan claro es que esto vaya a suponer una fragmentación, puesto que, aunque se haya podido dar un proceso de subjetivización de la construcción del sentido de uno mismo,

---

<sup>3</sup> Esto no implica que los nuevos movimientos sociales estén institucionalizados, sino que la identidad en ellos se aborda desde un orden que Jenkins denomina institucional en cuanto que puede tener consecuencias para y estar influenciada por otros actores de la esfera social.

el carácter esencialmente social de la identidad hace poco probable que esta se desprenda de todos sus referentes sociales.

Se ha juzgado también importante mencionar que el aspecto de la identidad en el que se va a indagar se corresponde con los descriptores o definidores que las personas emplean para referirse a sí mismas. Por tanto, se dejan de lado otros posibles focos de interés como podrían ser los sentimientos, que se englobarían en un estudio del *self* o de la identidad personal; o la acepción de la identidad como asimilación, que implica procesos de equiparación con otros objetos sociales –objetos, individuos y grupos– o de comparación social (Escobar, 1987).

En definitiva, se intenta recoger la visión que las personas tienen de sí mismas a partir de sus respuestas a la pregunta «quién soy yo», en línea con la propuesta de Khun y McPartland (1954) aunque otorgándoles una interpretación diferente de la de estos autores y otros que posteriormente han operacionalizado el *self* de manera análoga a ellos (Manis y Meltzer, 1978; Triandis, 1989). En consecuencia, más que analizar los mecanismos psicológicos que condicionan la conducta, lo que interesa es descubrir la dialéctica entre lo social y lo individual, haciendo énfasis en lo que el sujeto expresa de sí mismo y en la influencia que los factores sociológicos o contextuales tienen en ella.

### 3 La investigación social sobre la realidad juvenil

A lo largo del presente capítulo se abordan diversas cuestiones teóricas que ofrecen una panorámica de la juventud como sujeto de estudio dentro de las ciencias sociales. En un primer apartado se reflexiona sobre dos de las dificultades que plantea su conceptualización. Una de ellas tiene que ver con el hecho de asumir la edad como criterio de inclusión en la categoría de la juventud y la otra con la oposición de enfoques que han abordado el tema. Como se verá, ciertas investigaciones han procurado comprender la juventud a partir del estudio de sus rasgos específicos, asumidos como universales; mientras que otras destacan por percibirla como un fenómeno socialmente construido, por lo que se han focalizado en cómo las condiciones históricas y culturales configuran la experiencia de ser joven.

Posteriormente, dado el interés de este trabajo por la identidad social, el foco de atención se pone en cómo ésta se convierte en una de las tareas fundamentales de las en la transición del estatus de niño al de joven. Aunque la configuración de la identidad es algo que se revisa a lo largo de toda la vida; las transformaciones físicas, psicológicas y sociales de la adolescencia son de tal magnitud que afectan significativamente a la orientación vital y las identificaciones centrales de las personas. Además, en esta etapa se proyecta de manera más evidente el *ethos* de la sociedad actual; es decir, los jóvenes reflejan o son especialmente susceptibles a los cambios incipientes en la realidad social.

Puesto que en esta investigación se asume el enfoque de la juventud como construcción sociohistórica, en el tercer apartado se rastrea el origen de la misma como categoría social y su evolución a tenor de las transformaciones ocurridas en las sociedades industrializadas desde hace más de dos siglos. Lo que se constata es que existe una relación entre las condiciones socioculturales, la forma en que se percibe a los jóvenes y la capacidad de estos para erigirse como protagonistas de los cambios sociales.

En el cuarto apartado, que constituye el grueso del capítulo, se entra de lleno en las distintas perspectivas sociológicas o próximas a la sociología que han estudiado el fenómeno juvenil, haciendo hincapié en los principales autores e ideas, en la imagen o discurso social que se tiene de los jóvenes y en algunas de las críticas u objeciones que se han hecho a esos planteamientos. Podrá comprobarse como el desarrollo de las

diferentes teorías se ha dado habitualmente en el marco de corrientes sociológicas más amplias y en consonancia con el momento histórico en el que se desarrollan.

La última parte de este capítulo, a modo de conclusión, recoge las ideas y reflexiones que sustentan la visión desde la cual se aborda el sujeto de estudio de esta tesis, esto es, los jóvenes.

### **3.1 Dificultades en la delimitación conceptual**

En las sociedades actuales es fácilmente constatable que no se duda de la existencia de la juventud, independientemente de cómo sea conceptualizada y analizada por los distintos discursos y perspectivas teóricas. En el imaginario colectivo, que incluye desde los medios de comunicación, las políticas públicas, las investigaciones sociales, o incluso el discurso cotidiano; se crean, reproducen y comparten una serie de significados o ideas en torno a la definición de lo que supone ser joven. Esta condición se percibe como una situación transitoria entre el estatus de niño y el de adulto en la que el ser humano se ve influenciado por diferentes procesos de transformación internos y externos que condicionan su vida y su proyección de futuro y en la que la persona enfrenta una serie de decisiones que configuran su trayectoria vital de forma significativa –aunque no necesariamente definitiva–.

No obstante, lo que no resulta tan evidente, y constituye una de las dificultades para la definición de la juventud, es la delimitación de sus fronteras; esto es, no existe un criterio universal sobre el momento en el que se accede y se abandona este estatus. Por una parte, las personas no evolucionan o maduran física, mental y afectivamente de la misma forma, ni al mismo ritmo, lo que dificulta fijar el momento en que se alcanza la madurez –siendo además un proceso que en realidad dura toda la vida–. Es más, el hecho de cumplir una determinada edad cronológica no garantiza que una persona sea lo suficientemente madura como para poder asumir las responsabilidades y derechos asociados a la condición de adulto (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008). Esto genera una tensión o incongruencia entre las posibilidades de realización de los hitos de adultez y el desarrollo madurativo, que generalmente no coinciden (Martín Serrano, 2002). El ejemplo más claro quizá sea que el cuerpo de una persona está capacitado para la reproducción biológica bastantes años antes de que se acepte



socialmente que la persona la ejerza (Firth, 1984). A esto se suma que el medio socioeconómico y cultural en el que se desarrolla la persona puede condicionar significativamente el desarrollo personal y el itinerario hacia la autonomía personal.

En cualquier caso, lo que se ha observado es que la duración de la etapa de la juventud ha tendido a ampliarse por ambos extremos. Así, se ha ido constando un inicio cada vez más precoz no solo de los cambios de la pubertad –físicos, hormonales, cognitivos, etc.– sino también de determinadas conductas asociadas a la juventud como el consumo de drogas, las relaciones sexuales o la autonomía en la gestión del tiempo libre y de los gastos personales (Serapio, 2006). A esto se suma un retraso generalizado en la asunción de los hitos de la vida adulta –salida del hogar familiar, independencia económica de los progenitores, creación de una familia propia- como consecuencia de una tardía incorporación al mercado laboral y una prolongación de la etapa formativa– (Coleman, 2011).

Pese a los inconvenientes de emplear al edad para definir las etapas etarias, en la mayoría de sociedades es un criterio para la operacionalización del concepto con propósitos demográficos y para categorizar a las personas y asignarles una serie de derechos y obligaciones, de la misma forma que sucede con la etnia, la religión, el lugar de residencia o la nacionalidad. Además, no solo se trata de una cuestión administrativa sino que repercute en la vida de las personas y en la configuración de su identidad social (Brunet y Pizzi, 2013; Villalón, 2007). En lo que se refiere a los jóvenes el momento de reconocer la mayoría de edad supone un cambio cualitativo puesto que indica que la persona está capacitada para responder de sus actos y tomar decisiones sobre diferentes aspectos vitales. Algunos ejemplos son el ejercicio del derecho a voto, la posibilidad de consumo legal de ciertas drogas, la libertad para abandonar o continuar en el sistema educativo, la opción de contraer matrimonio legal, viajar sin el consentimiento paterno, entre otras muchas situaciones.

No obstante, desde el punto de vista de las sociología, en el estudio de la juventud “la edad es una condición necesaria pero no suficiente” (Agulló, 1997, pp. 24-25) puesto que es necesario valorar también sus implicaciones psicológicas, legales, administrativas, sociales.

En otro orden de cosas, la definición de la juventud se ha visto condicionada también por la confusión entre sus aspectos biologicistas o esencialistas y aquellos que tienen más que ver con la evolución sociocultural o histórica (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008). En otras palabras, se ha mezclado “lo que se entiende

por juventud con los cambios en la misma derivados por el cambio social” (Casal y Merino, 2011, p. 1153). Sucede algo similar al debate visto en los capítulos previos entre las concepciones esencialistas y constructivistas de la identidad, cuyas visiones van a condicionar la forma en que se plantee el estudio del fenómeno social.

Desde un enfoque biologicista, como el de los psicólogos evolutivos o los psicoanalistas, se han abordado algunos de los mecanismos psicológicos internos y rasgos de la personalidad que se originan o tienen especial relevancia en la etapa de la adolescencia. Como algunos han destacado, es en este momento de la trayectoria vital cuando la identidad se convierte en central para la persona, en tanto que empieza a plantearse elecciones vitales que le situarán de una u otra manera en la fase adulta (Erikson, 1974; Kroger, 1989). Además, precisamente es en la adolescencia cuando más claramente pueden vislumbrarse los efectos de las transformaciones sociales en la evolución de las formas de vida sociales.

No obstante, existen numerosas críticas a este tipo de planteamientos, especialmente desde el ámbito de la antropología y la sociología. Un ejemplo sería el clásico estudio de M. Mead (1928) que ya en la década de los años veinte pudo comprobar lo diferente que era el paso de la infancia a la adultez según la cultura en que la persona se desarrollara. Otros autores han señalado que muchas de las diferencias que pueden encontrarse entre las personas adultas y los jóvenes, más que estar relacionadas con la edad en sí, se deben a los cambios generacionales asociados a la experiencia de determinados acontecimientos históricos (Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1996).

Por otra parte, hay perspectivas o autores que abordan el concepto de juventud teniendo en cuenta cómo aparece configurada por las estructuras sociales, tanto las del entorno de relaciones más cercano; como las del contexto sociohistórico en el que se desarrolla la persona. De esta forma, la constatación de la variabilidad histórica y cultural de la experiencia de ser joven pone en entredicho los intentos por establecer unos patrones o características universales de esta etapa. Quienes asumen esta visión, consideran que la biología y la psicología se han hecho importantes contribuciones a la comprensión de los cambios físicos, hormonales, cognitivos o emocionales que implica el paso de la niñez a la adultez; pero estos procesos no explican adecuadamente cómo en las distintas sociedades y épocas se construye un determinado concepto o idea de juventud.

De manera similar a lo que sucedió con la identidad, lo que se ha observado es una tendencia a contextualizar la juventud, a enfatizar su carácter socialmente

construido, en detrimento de su naturaleza esencial y universal. Más adelante se pondrá de manifiesto como esta tendencia ha estado presente en la evolución de la conceptualización y el estudio de la realidad juvenil por parte de las ciencias sociales.

### **3.2 El desarrollo identitario en la etapa adolescente**

Desde la orientación y los objetivos de este trabajo la identidad va a ser abordada fundamentalmente desde aproximaciones más sociológicas del concepto. Sin embargo, esto no es óbice para contemplar algunos de los procesos que, al menos en el contexto de las sociedades occidentales, están presentes en la etapa vital de la adolescencia y tienen mucho que ver con el desarrollo de los procesos de identificación. Al fin y al cabo, el cambio de estatus que plantea la adultez supone la adquisición de nuevas responsabilidades y derechos, la aparición de expectativas que condicionan como uno se ve a sí mismo y es visto por los demás. Además, los jóvenes han de hacer frente a una serie de dilemas –toma de decisiones autónomas, adopción de un estilo de vida, asunción de nuevos roles, replanteamiento de los valores, creencias e ideologías heredadas, etc.– que les hacen especialmente permeables a los efectos de las transformaciones sociales su contexto sociocultural. De ahí que diversos investigadores hayan situado en la adolescencia el dilema entre la adquisición de identidad (Erikson, 1974; Kroger, 1989; Marcia, 1966). Es más, algunos investigadores han constatado que es en la adolescencia, en mayor medida que en la niñez, cuando comienzan a ser observables las diferencias culturales en la experiencia del ciclo vital (Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1996).

Uno de los autores más conocidos en esta línea sería E. Erikson quien, influenciado por la antropología cultural, el psicoanálisis y la psicología evolutiva (Fierro, 1986) concibió el período de juventud como un tiempo de moratoria o de espera en el tránsito hacia la adultez. Según el autor, en esta etapa la persona experimenta el conflicto evolutivo de la búsqueda de la identidad que se resuelve satisfactoriamente cuando la persona alcanza una serie de objetivos como comprometerse con una visión ideológica del mundo, dedicar las energías vitales a una causa y elaborar una escala de valores básicos personales. Esto entraña, a su vez, algunos retos como el desarrollo de la capacidad de intimar con otros sin miedo a perder su singularidad; la elaboración de

proyecciones de futuro sobre su vida; la demora en la asunción de responsabilidades por no acceder al mundo laboral; o los conflictos con los roles socialmente asignados. El individuo conseguirá pasar de etapa si logra integrar la definición que tiene de sí mismo con los roles sociales que desempeña. Si no lo consiguiera, se produce una difusión de la identidad. Este proceso será decisivo para el desarrollo de la personas en etapas posteriores (Erikson, 1974).

Además, en la juventud tiene lugar el desarrollo de una serie de capacidades cognitivas más complejas, asociadas al pensamiento formal y abstracto, que son fundamentales para la evolución de la identidad. Por ejemplo, el razonamiento hipotético permite imaginar posibles alternativas futuras en su trayectoria vital; o el razonamiento probabilístico está relacionado con el diseño de diferentes escenarios en función de las decisiones que se tomen (Kroger, 2000). Asimismo, la capacidad de controlar variables y la lógica favorecen una mayor capacidad para resolver los problemas cotidianos, tomar decisiones vocacionales y asumir nuevos valores e ideas (Alexander, Roodin y Gorman, 1988). Estos procesos se ven fomentados por la pluralidad de valores y la laxitud normativa de las sociedades occidentales que además han institucionalizado el período de moratoria de responsabilidades adultas, lo que permite a los jóvenes explorar distintos aspectos de la identidad (Kroger, 2000).

J. Marcia (1966), que asumió en gran medida la propuesta teórica de Erikson, definió cuatro estatus de identidad según el compromiso con los roles sociales y las opciones ideológicas y vocacionales. En el primero, el estatus del «logro», estos han sido asumidos mediante una toma de decisiones autónoma, con una menor influencia de otros. Esto implica una personalidad flexible y un razonamiento no convencional y creativo. Un caso diferente se da cuando la internalización de las identificaciones externas ha sido completamente asumida sin un mayor cuestionamiento ni elaboración por parte de la persona. Entonces la identidad tiene el estatus de «hipotecada» – *foreclosure*–, lo que supone que el adolescente busca hacer lo que es calificado como correcto en términos sociales y comprometerse con valores ideológicos y vocacionales convencionales. Es un estilo de personalidad más rígido y estereotipado respecto a los anteriores.

Por otra parte, cuando el joven no asume los compromisos o los roles sociales adultos, la identidad puede situarse en dos estatus diferentes, de «moratoria» o de «difusión». Si se encuentra en el primero se experimenta dependencia de los padres, dificultad para asumir compromisos afectivos, se tienen altos niveles de razonamiento

moral y poca confianza en los juicios externos. Finalmente, la identidad difusa es la de personas despreocupadas o con alguna patología, incapaces de asumir compromisos o autonomía, sin relaciones íntimas y con bajo autoestima (Marcia, 1966). La lógica del modelo es que un desarrollo adecuado de una personas requiere que evolucione desde la difusión, a la identidad hipotecada, después a la etapa de moratoria y, finalmente, se alcanza el logro identitario.

En el primer capítulo ya se señaló que entre las principales debilidades de los modelos evolutivos, al menos en sus primeras versiones, está su carácter normativo, ya que se basan en un ideal sobre el desarrollo apropiado – modelo epigenético-. Además, pese a sus pretensiones universalistas, extrapolan las conclusiones de estudios donde las muestras son hombres jóvenes, de raza blanca, clase media, heterosexuales y comprometidos con los movimientos juveniles de finales de los 60 (Souto, 2007). Otros han cuestionado su planteamiento unidireccional e irreversible porque no permite interpretar adecuadamente la heterogeneidad de la realidad juvenil actual y que se la reduzca a de un tiempo de moratoria, preparación o tránsito hacia una meta donde se alcanza la plenitud (Agulló, 1997). Es decir no se trata de un período orientado a la búsqueda de algo que falta para ser adulto, sino que los adolescentes experimentan las mismas necesidades básicas humanas pero con sus propias condicionamientos y posibilidades de acuerdo a su momento vital (Dávila, 2005).

De hecho, psicólogos del desarrollo más actuales han revisado algunos de los presupuestos del modelo, como la idea de linealidad entre las distintas fases de evolución de las personas. Un ejemplo es el de la teoría focal de J. C. Coleman que rechaza la existencia de una secuencia fija de etapas vitales según la edad o el nivel de desarrollo de capacidades; así como la idea de que sea necesaria una resolución de un conflicto en cada una de ellas para poder pasar a la siguiente. Lo que sí reconoce el autor en sus investigaciones fue la preeminencia de determinados patrones de relación según el momento vital, pero no significa que no estén presentes en el resto de la trayectoria personal. De acuerdo con sus estudios, para que pueda darse una transición exitosa hacia la adultez la clave es que las personas sean capaces de abordar las diferentes demandas, presiones y dificultades del proceso de hacerse adulto de una en una, de forma progresiva. Por tanto, los conflictos, inadaptaciones o desviaciones aparecen cuando deben enfrentar muchas exigencias al mismo tiempo. Además, el autor reconoce la variabilidad cultural que puede darse en la secuencia de la transición y en el tipo de conflictos característicos que surgen durante la adolescencia (Coleman, 2011).

En el caso de los países industrializados uno de los principales factores que influye en el proceso de desarrollo de la identidad es el protagonismo que cobra la socialización secundaria en la adolescencia. Desde una edad temprana las personas se van capacitando para organizar su propia experiencia y responder de una u otra manera a las categorizaciones que el contexto les ofrece o les impone. En este primer momento se adquieren no solo las identificaciones más básicas –género, étnica, roles familiares, etc.–, que son las más estables puesto que una vez asimiladas son difíciles de modificar en la etapa adulta (Jenkins, 2004), sino también otros relacionados con el estilo de vida, los valores y actitudes, las aspiraciones de futuro, etc. Según pasan los años de niñez llega un momento en el que la persona empieza a experimentar cambios significativos en prácticamente todas las esferas de su vida. Uno de los más evidentes, que además constituye uno de los pilares de la identidad, es su propio cuerpo (Revilla, 2003), que hace visible para los demás y para sí mismo el momento de transición que se vive. Este progresivo cambio de estatus también se refleja socialmente en una modificación en los derechos y deberes asociados al hecho de haber alcanzado una determinada edad. Al mismo tiempo, aparecen nuevos roles e identificaciones fruto de la socialización secundaria de la escuela, el grupo de pares, los medios de comunicación, que se articulan y contrastan con los que se asumieron en la infancia en la esfera familiar.

En este punto conviene destacar la importancia de las relaciones de amistad, como un ámbito en el que el joven pone en escena diferentes aspectos de su identidad, roles y conductas y que le muestran una imagen reflejada de sí mismo que le permite autoevaluarse. Según Kroger (2000), las evidencias psicológicas muestran que la influencia de los iguales es incluso más relevante que el de la escuela, ya que esta ofrece pocas oportunidades para explorar diferentes alternativas. De hecho, existen estudios empíricos que muestran que el apoyo social que aportan los amigos es fundamental como facilitador de los procesos de formación de la identidad, no sólo en la esfera relacional, sino también en la académica (Zacarés, Iborra, Tomás y Serra, 2009).

Dentro de los cambios en el proceso de elaboración identitaria destaca la incidencia de la identificación juvenil, que supone de sentirse miembro de una categoría social con unas características específicas y además la experiencia de vivir un momento vital similar en una época concreta; o en otras palabras, una identificación generacional. En este punto de la trayectoria vital, se entra en contacto con un mundo simbólico diferente, con sus propias prácticas sociales, rituales, recursos culturales, valores y visiones del mundo que guían la conducta (Dávila, 2005; Revilla, 2001). Es

también oportunidad para empezar a proyectarse y tomar decisiones que afectarán a su futuro profesional, familiar, su posición social incluso su estilo de vida aunque, como señala Revilla, “la identidad personal seguirá sufriendo modificaciones y reelaboraciones a lo largo de la vida adulta de un modo distinto a lo que sucedió en el período juvenil (2001, p. 116).

En conclusión, la adolescencia, es el período vital en el que se sintetizan las identificaciones infantiles en una nueva configuración de manera que toma distancia de las antiguas afiliaciones en busca de nuevos intereses, intentando ajustarlos también con los de la realidad y el contexto social más amplio del que forma parte. De esta forma, y en contraposición con las posturas esencialistas, se asume una visión de la juventud como

una construcción social, histórica, cultural y relacional, que a través de las diferentes épocas y procesos históricos y sociales han ido adquiriendo denotaciones y delimitaciones diferentes” (Dávila, 2005, p 86)

Por tanto, la juventud se asume como un concepto “más deudor para su caracterización de la psicología que de la sociología, cuya aportación es fundamental, en cambio, para penetrar en el significado real de este término” (González- Anleo J. y González- Anleo J. M., 2008, p. 61). Con esta idea se pretende incidir en la asunción del enfoque histórico y social de la juventud, pero sin negar la relevancia que adquiere la tarea de construcción de la identidad en la etapa intermedia entre la niñez y la plena incorporación al mundo adulto.

### **3.3 Evolución de la categoría de «joven» en las sociedades occidentales**

El concepto de joven surge en las sociedades occidentales como consecuencia de los procesos asociados a la modernización, puesto que en la etapa preindustrial no había una delimitación clara de las fases del ciclo vital (Souto, 2007). De hecho, hasta el siglo XVIII los niños eran considerados como pequeños adultos y solo a partir de entonces empezó a reconocerse una etapa diferenciada de transición hacia la plena incorporación

a la vida adulta. Este tiempo, por lo general breve, se dedicaba en el caso de los varones a adquirir una instrucción asumiendo el rol de aprendices de un gremio, peones, estudiantes –en los estamentos más altos- o escuderos. Para las mujeres tenía la función de preparación para el matrimonio, rito que suponía culmen de la transición tanto para ellos como para ellas. En ningún caso implicaba que los jóvenes fueran considerados como un grupo o categoría social específica (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008; Urraco, 2007).

Entre las claves para entender la emergencia de la noción de juventud están las transformaciones que tuvieron lugar en las sociedades europeas como consecuencia de la aparición del estado moderno. Una de las que tendría mayor relevancia fue la creación de legislaciones, tribunales e instituciones destinadas a reconocer y defender los derechos de niños y adolescentes, a los que se confirió un estatus diferente respecto de los adultos. Entre las consecuencias más destacables de estos cambios estuvieron la regulación de las condiciones de trabajo y el establecimiento de la educación obligatoria, que a su vez favorecieron la extensión de la etapa de escolarización y el retraso en la incorporación al mercado laboral y la formación de nuevas familias (Feixa, 2006; López A., 2003; Souto, 2007). Este hecho afectaría también a los procesos de socialización, ya que si bien hasta entonces esta se reducía exclusivamente al ámbito familiar, a partir del siglo XVII la escuela comenzó a asumir la responsabilidad de transmitir de conocimientos y de la inserción social de las generaciones más jóvenes (López A., 2003). Pese a que la obligatoriedad y extensión de la educación son consideradas como una mejora social, no fueron medidas valoradas por igual en todos los estratos sociales. Para las clases medias y altas se consideraba una oportunidad de mejorar los conocimientos, asegurarse un futuro más estable y adquirir disciplina; pero para las familias más humildes, que eran la mayoría, suponía renunciar a una fuente de ingresos. De ahí que, entre estos jóvenes, se diera un elevado absentismo escolar o la necesidad de cumplir con la jornada laboral después del horario de clases (Souto, 2007).

Otro de los factores que contribuirían a la formación de la categoría de joven fue el demográfico. En otras épocas, como por ejemplo el Renacimiento, la tasa de mortalidad y la proliferación de las enfermedades en la niñez y la adolescencia eran muy elevadas; lo que hizo que se experimentara una urgencia por alcanzar la edad adulta (Urraco, 2007). Sin embargo, a partir del siglo XVIII y sobre todo del XIX se incrementa la esperanza de vida gracias a una mejora generalizada en las condiciones de



de higiene personal, de salubridad pública y de alimentación. Además, como señala Souto,

la modernización introdujo también cierta autodeterminación de la juventud en relación con el acceso a una casa o a un mercado de consumo, la configuración de un estilo de vida propio o una elección matrimonial independiente de la riqueza o de las propiedades, al igual que supuso la creación de espacios para los jóvenes en los núcleos urbanos (2007, p. 172)

Ahora bien, la industrialización decimonónica no solo facilitó el reconocimiento de la situación diferenciada de los jóvenes y la adquisición de una serie de derechos; en la mayoría de los casos tuvo como contrapartida una precarización de sus condiciones de vida. El proceso de urbanización y migración a las ciudades hizo que muchos se distanciaran de la economía tradicional familiar, que formaran nuevas redes de relaciones sociales y que gozaran de una mayor autonomía económica y tiempo para sí mismos. Pero eso no se tradujo en un mayor acceso a los recursos de ocio, que seguían siendo un lujo de los sectores más privilegiados. Al fin y al cabo, la mayoría de los jóvenes migrados acabaron siendo mano de obra sin cualificación ni formación intelectual y con escaso tiempo para otra dedicación que no fuera el trabajo (Urraco, 2007; Souto, 2007).

A lo largo del siglo XX, los jóvenes tuvieron un protagonismo sin precedentes<sup>4</sup> tanto en el desarrollo de los acontecimientos políticos y sociales, como en las políticas públicas, o en las grandes movilizaciones colectivas. Un primer hecho histórico que marcaría profundamente a toda una generación fue el estallido de la Primera Guerra Mundial, que reclamó la presencia de varones adultos en el frente de combate, dejando a jóvenes y adolescentes como cabezas de familia en los hogares (Souto, 2007). Al finalizar el conflicto, muchos de ellos asumieron también un papel relevante como agentes de la renovación y del proceso de recuperación y, por primera vez, pasaron a ser considerados como un sector con peso específico dentro de la esfera política.

De hecho, ante la crisis en el sistema de valores que generó la contienda mundial, la juventud se convirtió en el caldo de cultivo de las nuevas fuerzas políticas

---

<sup>4</sup> Souto (2007) cita alguna excepción en épocas anteriores como el caso de la Comuna de París (1870), el de los *charivaris* franceses o el de los grupos de aprendices gremiales de Londres de la etapa preindustrial; pero respecto a estos dos últimos ejemplos, la propia autora reconoce que no tuvieron mayores consecuencias para la estructura social del momento.

fascistas que iban ganando peso en la Europa de entreguerras. A esta situación también contribuirían los devastadores efectos económicos de la crisis del 29, que se tradujeron en un incremento del desempleo y en un recorte en presupuestos sociales, incluido el de educación. Muchos de estos jóvenes, además, se vieron obligados a abandonar los estudios y buscarse un trabajo asalariado para contribuir con la subsistencia familiar.

En esta situación y como novedad, la noción de joven adquiere tintes positivos. Se les ve como representantes del futuro, de lo que está aún por construir, frente al desastre que había supuesto el enfrentamiento bélico. En el caso de Alemania, por ejemplo, el Tercer Reich asumió roles familiares en la educación y socialización de las nuevas generaciones, con un marcado carácter militar y autoritario, hasta el punto de intentar que explotara “al máximo las tensiones familiares, creando conflictos intergeneracionales o aprovechándolos en el interior de las familias” (Urraco, 2007, p. 109).

Otra manifestación del peso social que fueron ganando los jóvenes de finales del XIX y primeras décadas del XX fue la proliferación de organizaciones y asociaciones de todo tipo, religiosas, laborales, culturales y educativas –Juventud Obrera Cristiana, *Boy's Scout* y *Girl Guides*, asociaciones sindicales y estudiantiles, etc.– que se extendieron rápidamente por Europa. Aunque, eso sí, no en todos los casos estas organizaciones eran fruto de la movilización de los propios jóvenes sino que algunas surgieron como herramienta educativa y de inculcación de valores por parte de los adultos.

Todos estos factores explican, sustancialmente, que la categoría de joven comenzara a ser foco de especial interés para los científicos sociales de la época. (Souto, 2007). Así, los estudios clásicos de la sociología y los de la ecología urbana evidenciaban la preocupación por los disturbios y comportamientos delictivos de grupos de jóvenes emigrados desde el ámbito rural a las ciudades. La carencia de trabajo y la pérdida de las referencias normativas familiares generaría en muchos una falta de respeto por las normas sociales (López, 2003).

Más adelante, la II Guerra Mundial también dejaría su huella en una sociedad occidental impactada y desencantada por la virulencia del conflicto, el genocidio y la amenaza nuclear. No obstante, la recuperación económica posterior dio paso a una situación de bonanza económica que ofrecía posibilidades laborales y de consumo para las nuevas generaciones. En la década de los 50, especialmente en los EE. UU., va emergiendo la sociedad de masas, se amplía el tiempo de escolarización y la juventud

comienza a adquirir rasgos culturales propios, con sus iconos –James Dean, Elvis Presley– preferencias musicales– *rock and roll*–, y unos patrones de consumo específico. De ahí que el mercado comience a fijarse en este sector de la población, en cuyas expresiones culturales y el estilo de vida encuentra un nicho para generar nuevos productos de consumo (Urraco, 2007). Los institutos de educación secundaria se convirtieron en influyentes agentes de socialización, no solo por la transmisión de conocimientos para la vida adulta, sino además, como espacios en los que toma forma la sociabilidad específica adolescente – por ejemplo a través de rituales como los bailes, o de la participación en clubs, las fraternidades, etc. – (Feixa, 2006).

En definitiva, como señala López (2003),

los años sesenta son, en los países más avanzados, unos años de afluencia económica y de desarrollo del bienestar social, condiciones ambas que permiten a los jóvenes de clases medias ensayar caminos alternativos de emancipación familiar, aprendizaje cultural e inserción laboral (p. 31).

Además, los jóvenes de esta generación, nacidos entre 1945 y 1955, eran significativamente más numerosos que las de períodos anteriores, en prácticamente todos los países occidentales.

En consecuencia, los años posteriores fueron testigos de un profundo cambio en la visión y posición de los jóvenes dentro de la sociedad, convirtiéndose en actores políticos capaces de influir en la agenda pública y liderar movimientos sociales que trastocarían los valores y las normas convencionales. Prueba de ello fue su protagonismo en las reivindicaciones por los derechos civiles, en las movilizaciones de «Mayo del 68», la propuesta contracultural del movimiento *hippy* o el rechazo al militarismo. Como señala Feixa “la juventud ya no era considerada como un conglomerado interclasista, sino como una nueva categoría social portadora de una misión emancipadora, incluso como una `nueva clase revolucionaria’” (2006, p. 10).

No obstante, esta oleada revolucionara e idealista, pronto se vería abocada a un profundo declive, especialmente por la crisis económica del 1973 y el incremento del desempleo de la década de los 80 en la mayor parte de los países occidentales. Son años de decadencia de las grandes cosmovisiones e ideologías, de desencanto y frustración por parte de varias generaciones de jóvenes, de un cierto relativismo y nihilismo y de polarización política entre la derecha y la izquierda. Este es el panorama en el que se

gestarían las nuevas subculturas o tribus urbanas –*skinheads, okupas, punks, etc.*– con diferentes estilos y con formas de resistencia características de la denominada «generación X» (Feixa, 2006, p. 12).

Con el cambio de siglo se evidenció una profunda transformación en la sociedad occidental que pasó de ser industrial a informacional o del conocimiento, afectando a todas las facetas vitales de las personas, incluida la forma de vivir y de entender la experiencia de ser joven (Dávila, 2005). Las nuevas generaciones son las de los nativos tecnológicos, habitantes de un mundo cada vez más globalizado, en el que se han traspasado los límites del espacio y tiempo de la comunicación y la sociedad de ser una estructura a configurarse como una red de relaciones. Las tecnologías del conocimiento y la información se han convertido en las principales herramientas de trabajo, diversión y sociabilidad; incluso de reivindicación, convocatoria y acción colectiva, especialmente entre los más jóvenes. Como señala Feixa,

no se trata sólo de que sean el grupo de edad con el acceso más grande a los ordenadores y a internet, ni de que la mayor parte de sus componentes vivan rodeados de bits, chats, e-mails y webs; lo esencial es el impacto cultural de estas nuevas tecnologías: desde que tienen uso de razón les han rodeado instrumentos electrónicos (de videojuegos a relojes digitales) que han configurado su visión de la vida y del mundo. (2006, p. 13)

Otro de los fenómenos característicos de la época actual es lo que se ha denominado «juvenilización» de la sociedad, que se sustenta en un discurso de mitifica esta etapa convirtiéndola en la mejor de la vida. Así, ser joven se ha pasado a ser un valor en sí mismo, tanto para aquellos que tratan de alargarla, como para los adultos que quieren recuperarla asimilando sus símbolos o su estilo de vida. Esto se ve más claramente en la esfera del consumo y del ocio y en la imagen que proyectan los medios de comunicación que utilizan lo juvenil como reclamo publicitario asociándolo al éxito y al disfrute de la vida. Sin embargo, estos significados, expectativas e imágenes mitificadas contrastan con la posición subordinada que los jóvenes ocupan en la sociedad, en donde se ven abocados a la precariedad laboral, a sufrir altas tasas de desempleo dificultando su emancipación familiar y su autonomía económica y prolongando su estatus de dependencia (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M.; Revilla, 2001),

Por lo que se refiere al caso español, las investigaciones sobre la juventud no se iniciarían hasta la década de los 60 del siglo pasado, con los estudios del Instituto de la Juventud de España, que si bien empezaron siendo una recopilación de datos de encuestas, en las últimas décadas han incorporado también análisis de tipo cualitativo (Revilla, 2001). En el siguiente capítulo de esta tesis se profundizará específicamente en diversos factores socioculturales que operan en la construcción de la identidad de los jóvenes españoles en este inicio del siglo XXI.

### **3.4 Principales perspectivas sociológicas en el estudio de la juventud**

En los primeros años del siglo XX, como ya se mencionó, es cuando el estudio de la juventud comienza a cobrar especial relevancia dentro de las ciencias sociales. En este sentido, la obra *Adolescence* del psicólogo S. Hall ha sido un referente como pionera en el uso del concepto de adolescencia y por su exhaustivo análisis de los conflictos emocionales que se afrontan en la transición a la adultez, fruto de la emancipación de la familia de origen, el desarrollo de una personalidad independiente y de los cambios físicos que se experimentan durante esos años. Al igual que Freud, su pensamiento estuvo influido por el evolucionismo y el determinismo biológico; además de compartir ambos la concepción de la juventud como un tiempo de angustia y rebeldía. Sin embargo, a diferencia del psicoanálisis, que puso el énfasis en la relevancia de la infancia en el desarrollo de la de las etapas posteriores; para Hall la adolescencia es clave por las transformaciones que se operan en el individuo a lo largo de esos años (Carretero, 1985).

Otra de las características del pensamiento Hall (1904) es que establece un paralelismo entre la evolución histórica de la humanidad y el crecimiento humano. Así, la etapa de la adolescencia es equiparable a la transición entre el estado natural, salvaje o instintivo de los grupos humanos, que sería la niñez; y la etapa de civilización o desarrollo de la socialización que representaría la adultez. Al igual que otros psicólogos el autor concebía esta etapa como conflictiva, estresante e intensa emocionalmente, en gran medida por las contradicciones y tensiones que vive el adolescente consigo mismo y con los demás. Además, su visión es esencialista ya que entiende que los patrones de comportamiento en las diferentes etapas vitales incluida la adolescencia, son

universales, comunes a todas las personas independientemente de la cultura o momento histórico.

Su obra *Adolescence* generó una visión más positiva de la juventud y tuvo un gran impacto en los educadores, padres y profesionales que trabajaban con jóvenes de la época (Feixa, 2006, pp. 4-5). De hecho, aún sigue estando extendida la asociación entre la adolescencia y la turbulencia y la agitación –*storm and stress*– pese que a los argumentos de Hall no han encontrado el suficiente apoyo empírico en posteriores investigaciones (Carretero, 1985). De ahí que desde diferentes disciplinas, fundamentalmente la sociología y la antropología, se haya destacado la influencia del entorno sociocultural e histórico de las personas en la forma en que se experimenta la adolescencia (Fierro, 1986). En esta línea, una de las críticas al trabajo de Hall es la de M. Mead (1928) que se posicionó claramente en contra de su concepción biologicista de la juventud. Incluso en el campo del psicoanálisis se llevaron a cabo revisiones, como la de Erikson, en línea de incluir factores contextuales en la comprensión de la adolescencia. (Agulló, 1997; Souto, 2007).

A partir del camino abierto por Hall en las ciencias sociales, surgirían diferentes aportaciones acerca del fenómeno juvenil bajo el paraguas de los paradigmas predominantes en cada momento histórico. A continuación se van a revisar las teorías de algunas de las principales perspectivas sobre el tema.

### **3.4.1 La teoría de las generaciones**

El punto de partida de los estudios más cercanos a la sociología lo encontramos en los años 20 del siglo pasado, con las teorías «generacionalistas» de Mannheim y Ortega y Gasset. Estos autores, más que concentrarse en aspectos individuales de las personas que se encuentran en la etapa juvenil, como había sido el caso de obras como la de Hall; parten del análisis de la estructura de generaciones que componen la sociedad (Dávila, 2005; Urraco, 2007). Por tanto, el concepto clave de esta perspectiva es precisamente el de «generación» que remite, no solamente al hecho de tener una edad similar, sino también al de experimentar una misma situación generacional, esto es, unas condiciones de vida similares y ser testigos o protagonistas de unos determinados acontecimientos históricos. Cuando se da una apropiación reflexiva de dicha situación, es decir, cuando esas personas se perciben como diferentes respecto a las generaciones anteriores, es cuando surge la «unidad generacional». De esta forma, a partir de la

interpretación compartida de los acontecimientos históricos y de las experiencias que les toca vivir emerge una conciencia de sí o una identidad generacional (Mannheim, 1993).

En una línea similar, Ortega y Gasset (1965) afirma que pertenecer a una generación, en su concepción más básica, implica “tener la misma edad y tener algún contacto vital” (p. 49). Además, las generaciones se caracterizan por la sucesión y el solapamiento. Esto significa que, en un momento dado, en la sociedad, coexisten varias generaciones a la vez y que los límites de cada una de ellas no se encuentran claramente delimitados. Asimismo, su noción de generación no se fundamenta exclusivamente en una vivencia personal subjetiva, sino en una construcción social que tiene una dimensión espacial; o lo que es lo mismo, está vinculada a los acontecimientos que influyen en la estructura social, en la “tonalidad histórica” (p. 73) que se ve modificada cada quince años.

Otro de los elementos de la teoría de las generaciones es el rol que se otorga a los jóvenes –o al menos a algunos de ellos- como protagonistas del cambio social (Casal, García, Merino y Quesada, 2006). En el período de la juventud el pensamiento adquiere una forma más definida y la vivencia que tiene una generación de su momento histórico y cultural puede cristalizar en una determinada interpretación compartida del mundo (Mannheim, 1993). En palabras de Ortega y Gasset,

durante una primera etapa, el hombre se entera del mundo en que ha caído, en que tiene que vivir –es la niñez y toda la porción de juventud corporal que corre hasta los treinta años-. A esta edad, el hombre comienza a reaccionar por cuenta propia frente al mundo que ha hallado, inventa nuevas ideas sobre los problemas del mundo –ciencia, técnica, religión, política, industria, arte, modos sociales-. (1965, p. 63).

Esto no implica necesariamente que todas las generaciones vayan a ser protagonistas de las transformaciones sociales. Desde esta teoría se reconoce que hay algunas que se acomodan más al *statu quo* y que son más conformistas; mientras que otras, más rebeldes o contestatarias que logran generar cambios en las estructuras y el funcionamiento de las sociedades. De hecho, normalmente es una minoría la que suscita los cambios generacionales (Revilla, 2001).

A pesar de que ambos autores señalan la relevancia histórica de la juventud, la visión de Ortega y Gasset es más negativa, ya que la ve, especialmente en sus años

iniciales, como una “etapa formidablemente egoísta de la vida” (1965, p. 63). El joven, según el filósofo, no se preocupa verdaderamente por los problemas colectivos sino que está volcado sobre sí mismo. Es a partir de los treinta cuando asume un papel central en el desarrollo histórico. Además, concibe la generación como una realidad homogénea y como un fenómeno universal y constante asumiendo que un determinado grupo por el hecho de tener en común la edad y establecer relaciones entre ellos van a compartir una visión subjetiva de los acontecimientos.

Mannheim (1993), por su parte, hizo hincapié en la relevancia de estudiar las diferentes situaciones que se dan dentro de una misma generación en función de su posición social y económica. El autor reconocía que la edad es un criterio necesario, pero no suficiente para categorizar las generaciones, destacando especialmente la relevancia de la clase social. Por otra parte, considera que el mero hecho de vivir durante la juventud unos mismos acontecimientos históricos no implica que vaya a surgir una unidad generacional que elabore conjuntamente soluciones a las situaciones que han de enfrentar. Esto requiere por parte de sus miembros percibirse como grupo diferente de otras generaciones, en base a esas vivencias comunes (Alvarado, Martínez y Muñoz, 2009; Souto, 2007).

En este mismo sentido, Bourdieu (2000) también señala la heterogeneidad de la condición juvenil, fruto de las desigualdades sociales en función de la clase, el género o la etnia, entre otros factores. Así, rechaza la consideración de los jóvenes como unidad social o “grupo constituido, dotado de intereses comunes” (p. 144) por el mero hecho de ser coetáneos. Es más, este autor considera que existen dos polos entre los cuales se situarían una variedad de situaciones actuales de la juventud: el del estudiante burgués, que puede permitirse prolongar ese estatus de ambigüedad entre adulto y niños, manejando ambas identidades según el momento; y el del joven obrero que ni si quiera tiene adolescencia. Por tanto, el concepto de generación está relacionado con la posición que ocupan los grupos sociales en los sistemas de producción y reproducción sociales, basados en un sistema de relaciones de dominación.

El autor también ha criticado la utilización de la edad como criterio exclusivo de categorización ya que considera que se trata de “un dato biológico socialmente manipulado y manipulable” (Bourdieu, 2000, p. 144) que se usa como estrategia para establecer relaciones diferenciadas de poder entre los etiquetados como jóvenes, que se encuentran en una situación de dependencia y subordinación; y los adultos, que se encuentran en una posición dominante.



Por otro lado, desde la perspectiva «generacionalista», los conflictos que surgen por la coexistencia de generaciones que tienen diferentes visiones de la realidad son concebidos como un equivalente a la lucha de clases (López A., 2003). De esta manera, los jóvenes, sustituyen al proletariado como los principales actores sociales en la transformación y la introducción de innovaciones en la estructura social –aunque más en términos culturales o sociales que económicos– (Revilla, 2001; Urraco, 2007) .

Por tanto, las personas que ocupan una misma clase y las que pertenecen a una misma generación, se agrupan en función de una condición –posición socioeconómica y edad, respectivamente- que limita

a los individuos a determinado terreno de juego dentro del acontecer posible y que les sugieren así una modalidad específica de vivencia y pensamiento, una modalidad específica de encajamiento en el proceso histórico (Mannheim, 1993).

En este mismo sentido, Gramsci consideró que el conflicto entre las generaciones más jóvenes y los adultos – inherente a la labor educativa-; puede llegar a convertirse en una contradicción histórica asociada a una motivación de clase o nacional, especialmente por el rol de liderazgo que pueden asumir ciertos jóvenes (Feixa, 2006; Souto, 2007).

Entre las críticas a la teoría de las generaciones, como se ha visto, está que concibe la generación como una realidad homogénea, obviando la variabilidad dentro de la misma; y también que se caracterice a los jóvenes como un grupo privilegiado que lidera las transformaciones sociales que después se extenderán a otras capas sociales (Alvarado, Martínez y Muñoz, 2009; Souto, 2007). Además, no explica cómo afecta a la vida adulta el hecho de haber vivido con mayor o menor protagonismo social en la juventud; ni la forma en que las diversas tendencias juveniles afectan, o no, al cambio social.

Aún con las reticencias que pueda generar el discurso de las generaciones, tal y como fue elaborado por estos autores, ha tenido una influencia significativa en posteriores desarrollos del análisis de la juventud. Así, algunos teóricos marxistas de los 60, centrados en el estudio de los movimientos sociales de la época, trataron de recuperar la centralidad de la clase social en la comprensión de la realidad juvenil y, al

igual que Ortega y Gasset y Mannheim, consideraron que el conflicto de generaciones sustituiría a la lucha de clases.

Una de las obras referentes en los estudios juveniles, que también recogería el concepto de generación fue *Introducción a la Sociología de la Juventud*, de Allerbeck y Rosenmayr quienes, además, consideraron que la juventud era una categoría sociohistórica y no psicológica o evolutiva. Estos autores la describen como un estatus incompleto de la persona, en la medida en que aún no han alcanzado una posición económica y social que permite ver reconocidos plenamente los derechos y deberes de los adultos (Agulló, 1997; Brunet y Pizzi, 2013; Revilla, 2001).

Para algunos autores que siguen la línea de los «generacionalistas» cualquier estudio de la realidad de juvenil es, en definitiva, un análisis de algún aspecto diferencial entre las generaciones que conviven en un determinado momento histórico (Ghiardo, 2004). Entre las revisiones más recientes de esta teoría están los estudios sobre el lapso generacional que se ha abierto con la generación de jóvenes socializados en el mundo de nuevas tecnologías y la sociedad en red y también los teóricos que se han centrado la idea de generación global (Leccardi y Feixa, 2011). Además, la visión de la juventud como grupo responsable de la transformación de la sociedad y al cual se le limita la capacidad de innovación a aspectos que no cuestionen su estructura dejaría su huella dentro y fuera de la academia (Revilla, 2001).

### **3.4.2 El enfoque estructural funcionalista del ciclo vital**

El funcionalismo, corriente sociológica surgida a mediados del siglo XX en EE.UU., ha sido una de las más influyentes dentro de las ciencias sociales contemporáneas. Parte de la idea de que la sociedad está constituida por instituciones que desempeñan unas determinadas funciones y que la historia puede analizarse de acuerdo a cómo éstas han ido especializándose y haciéndose más complejas.

En lo que respecta a la juventud, su visión estaría en línea con la teoría de los ciclos vitales, en tanto que la definen como una categoría social cuyos límites se basan en criterios demográficos (Brunet y Pizzi, 2013; Casal, García, Merino y Quesada, 2006). Para los funcionalistas, los grupos de edad son estables y homogéneos y la juventud es concebida como una etapa de la vida caracterizada por un estatus social y una serie de pautas orientadas a facilitar el tránsito de los individuos a la vida adulta mediante el aprendizaje de los roles que le hayan sido impuestos. Además desarrolla su

propia cultura, normas y valores, al margen de la de los adultos y frecuentemente en oposición y conflicto con ellos (Eisenstadt, 1956; Parsons, 1942). El foco de atención de los estudios sociales será, como consecuencia, la posición institucional compartida por los jóvenes, las prácticas que llevan a cabo y como estas dan sentido a su experiencia (Firth, 1984).

Esta etapa, de acuerdo con los funcionalistas, aparece caracterizada por una serie de problemas asociados al cambio de estatus de niño a adulto, dentro de la estructura social. Estos conflictos surgen por el desajuste entre la madurez fisiológica, puesto que se concluye la etapa de crecimiento y se desarrolla la capacidad reproductora; y la madurez social, que ve dificultada por las limitadas posibilidades sociales de obtener autonomía económica, familiar y laboral. Por tanto, aunque en algunos aspectos ya podrían tener un rol adulto –reproducción social–; en la práctica viven una etapa de moratoria de responsabilidades que acaba generando tensiones familiares. Estas se generan, en gran medida, debido al hedonismo y el carácter contestatario que caracterizan a la juventud, lo que hace que sea vista como una amenaza para el orden social establecido (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M. 2008).

Por otra parte, para los funcionalistas, esta etapa vital cumple su propia función social, en tanto que favorece la integración en la estructura ofreciendo a la persona un conjunto de valores, actitudes y normas que le permitan hacer frente a la falta de poder y a su posición de subordinación. Además, facilita la transición de la seguridad del ámbito familiar de la infancia a la plena incorporación a sus roles ocupacionales y matrimoniales. Así, independientemente de la forma que pueda adoptar la cultura juvenil, siempre permite afrontar las tensiones psicológicas que genera la separación de la esfera privada de la familia para incorporarse a la esfera pública del mundo de la escuela y del trabajo (Parsons, 1942). O dicho en términos similares, es una forma de resolver una situación problemática facilitando el proceso de ruptura de la dependencia de la familia de origen y la adaptación al sistema social más amplio. Además, se considera que a través de la participación en grupos de pares, los adolescentes se inician en los roles adultos y se promueve el desarrollo de la solidaridad grupal, necesarios para el desarrollo de la personalidad (Agulló, 1997).

Por tanto, la juventud, aunque aparentemente sea fuente de conflictos y tensiones no conlleva problemas o consecuencias irreversibles a largo plazo; estos solo aparecen cuando no se alcanzan las metas que garantizan la integración, fundamentalmente la creación de una familia propia y la inserción laboral. Según los funcionalistas, incluso

aunque surjan contraculturas que generen disturbios sociales, la sociedad industrial contemporánea consigue con éxito incorporar a sus nuevos miembros a la vida adulta (Firth, 1984; Souto, 2007). En este sentido, la clave para que se pueda dar esa integración en la vida adulta por parte del adolescente es una socialización familiar que favorezca la asimilación de la estructura y funcionamiento general de la sociedad (Eisenstadt, 1956).

La preocupación por la integración de los jóvenes y por el orden social de estos autores responde, en gran medida, a las inquietudes del contexto social, que también tendría su reflejo en la literatura y los medios de comunicación de la época. Ya se mencionó que durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX las ciudades, especialmente las norteamericanas y europeas, experimentaron un crecimiento muy acusado por la inmigración de jóvenes procedentes del medio rural. En muchos casos se encontraban sin el referente normativo de las familias de origen, con baja cualificación y condiciones laborales precarias. Tal y como recoge López (2003), los estudios sociales de la época dan cuenta de la corrupción, la delincuencia, las conductas desviadas o anómicas o las bandas juveniles de delincuentes que surgen en las ciudades fruto, en gran medida, de las dificultades para la inserción laboral y la “desaparición de los sistemas tradicionales de control informal” (p. 25).

Entre las principales críticas a esta perspectiva está que desarrolla una visión muy homogénea de la juventud, sin considerar la influencia de factores como el género, la nacionalidad, la raza o la clase social. De hecho, para los funcionalistas, las diferencias sociales se ven relativizadas en la adolescencia debido a la ampliación del tiempo de escolarización y al hecho de compartir estilos de ocio. Sin embargo, el estrato social de origen proporciona a los adolescentes diferentes experiencias que condicionan sus posibilidades de desarrollo, empezando por los bienes de consumo, los incentivos educacionales, las oportunidades de ocio, las expectativas laborales paternas o la distribución de responsabilidades y tareas en el hogar.

Esta perspectiva plantea también algunas limitaciones metodológicas ya que establece *a priori* el criterio de la edad para delimitar el tiempo de juventud pero no demuestra que, efectivamente, todos los individuos compartan una condición común, ni que esta sea diferente de la de personas de otras edades (Brunet y Pizzi, 2013). Además, de por sí, es difícil argumentar o demostrar empíricamente que todas las personas afronten de la misma manera la transición a la adultez (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008).

Cabe añadir, además, que algunos la consideran la teoría funcionalista como adultocrática ya que presenta su modelo de transición con un horizonte deseable para cualquier persona, que es ser un adulto socialmente integrados; a la vez que describe juventud como una etapa previa de carencias que es necesario resolver para alcanzar dicho estatus (Brunet y Pizzi, 2013). Esto supone que todo lo que se distancia del modelo es percibido como desajuste, como por ejemplo la ausencia de trabajo, la inestabilidad afectiva, las expresiones de rebeldía o el hedonismo (Casal y Merino, 2011). En otras palabras, lo que interesa desde el punto de vista social es que las personas adopten cuanto antes los hitos de la madurez correspondientes al modelo que exista en cada sociedad. Todo lo que se desvía de este objetivo será considerado como una desviación –asumiendo, eso sí, como normalidad la realidad de los adultos varones occidentales de clase media– (Alvarado, Martínez y Muñoz, 2009).

Respecto a la repercusión actual de la visión funcionalista, aún hoy puede encontrarse el discurso del narcisismo hedonista de los jóvenes en el énfasis que hacen algunas instituciones y parte de la opinión pública en los excesos de las conductas juveniles –consumismo, drogas, sexualidad irresponsable, etc. –, en sus dificultades para asumir responsabilidades, en su conformismo y en su falta de compromiso social y político. Todo ello pesar de que la propia sociedad no les ofrece demasiadas oportunidades para poder asumir las responsabilidades adultas que les exige (Revilla, 2001).

### **3.4.3 Los estudios culturalistas de la juventud**

Este enfoque surge en los años 50 a partir de una serie de investigaciones, fundamente de la Escuela de Chicago, que tratan de profundizar en las culturas contestatarias que surgen en la época como respuesta a un profundo descontento social con el sistema de valores y el orden social vigentes. En particular, cuestionaban la incoherencia entre el ideal de integración social vigente que, desde su punto de vista, promovía las injusticias y desigualdades existentes en la sociedad. Así, estos científicos sociales pondrían el foco de atención en los aspectos culturales compartidos por grupos de jóvenes, asociados con una determinada estética, valores, música, o incluso ídolos cinematográficos. La cultura juvenil es vista desde el discurso de esta perspectiva como un mecanismo de defensa de las generaciones más jóvenes ante las desigualdades que experimentan respecto al mundo de los adultos (Revilla, 2001).

Una de las primeras obras en plantear la existencia de una cultura juvenil fue *The Adolescent Society* de J. S. Coleman (1961), fruto de una investigación en centros de educación secundaria estadounidenses, en los que encontró que los estudiantes habían desarrollado su propio sistema de valores, normas sociales, castigos y recompensas sociales. Una de sus conclusiones fue que, pese a emerger y recrearse en una institución educativa, la cultura juvenil tenía un efecto disuasivo sobre el logro académico. Pudo comprobar cómo dentro de los institutos o *high schools* se crea un clima en el que muchos individuos con aspiraciones o capacidades superiores al resto se veían coaccionados para adaptarse a las expectativas de los grupos sociales imperantes en los que el éxito social se valoraba por encima de las capacidades intelectuales. Además, el autor destacó la capacidad homogeneizadora del consumo, hasta el punto de hacer más significativas las diferencias entre jóvenes y adultos, que las que se daban entre las clases sociales.

Por otra parte, al igual que los funcionalistas, los estudiosos de la subcultura juvenil entendían que ésta constituía un mecanismo que permitía a los jóvenes hacer frente al reto de su incorporación a la sociedad como adultos. Así, según estos autores, los jóvenes atraviesan una etapa caracterizada por el rechazo de las normas sociales y en la que su cultura constituye una expresión de su necesidad de autonomía. Sin embargo, la diferencia está en que, mientras que para el funcionalismo el rol de los adultos es el de ser guías de su proceso de transición; para los teóricos de las subculturas juveniles, esas interferencias son una forma de control social sobre la lucha de clases. Además, estos investigadores tienen en cuenta el contexto de procedencia de los jóvenes, aspecto que no contemplarían los funcionalistas (Firth, 1984).

Otros estudios dentro de la corriente apuntaban, no sólo a la existencia de una cultura juvenil específica, sino a un conjunto de diversas subculturas juveniles dentro la misma que representaban los diferentes modos que tienen los jóvenes de hacer frente al proceso de emancipación y transición a la vida adulta. Desde esta visión, ellos, conscientes de su escasez de recursos para mejorar sus dificultades –fracaso escolar, desempleo, falta de perspectivas de futuro–, emplean sus espacios de autonomía, los del ocio y el tiempo libre, para manifestarse en contra del contexto social en el que se encuentran inmersos. Al mismo tiempo, la subcultura les permite expresar simbólicamente su visión de la vida mediante estilos estéticos inconformistas o desviados de las normas socialmente aceptadas (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008).

Además de las consideraciones acerca de los aspectos más culturales del mundo juvenil, en muchos de los estudios de esta época subyacía un tipo de discurso que se centra en el carácter contestatario, rebelde e inconformista de los jóvenes. Así, planteaban la existencia de un corpus de valores específicos contrarios a los hegemónicos en la sociedad de los adultos que les resulta ajena y hostil; de ahí su rechazo y la búsqueda de otras alternativas sociales. Este discurso encajaba muy bien con el perfil de los jóvenes integrantes de los movimientos estudiantiles de los 60 y aún está lejos de haber desaparecido de la opinión pública. De hecho, en ocasiones se utiliza el argumento de la contestación juvenil para explicar conductas como la delincuencia o las actitudes violentas; en clara contraposición con quienes, por el contrario ven estos comportamientos un reflejo del hedonismo narcisista adolescente. (Revilla, 2001).

En opinión de Feixa (2006), a pesar de la popularización de los estudios culturales de la juventud de los años 60, sus intereses estuvieron más orientados a fenómenos particulares, que a situaciones habituales. Su foco de interés en la mayoría de los casos fueron grupos de adolescentes pertenecientes a las clases bajas y sus actividades de ocio y expresiones culturales. Otros autores como Coleman (2011) apuntan que la vivencia de la adolescencia no es desviada o conflictiva por definición, sino que lo habitual es pasar por ella sin mayores complicaciones o consecuencia para el futuro como adultos.

Además, esta perspectiva cuenta con la limitación de responder a un perfil de jóvenes característico de la cultura occidental de mediados y finales del siglo XX. Sin embargo, la realidad ha variado considerablemente y en muchos casos esas subculturas o contraculturas han quedado reducidas a estilos estéticos, más que estilos de vida. Eso se traduce en una forma de vestir, unas preferencias musicales o artísticas y unos símbolos identificativos; efímeros, susceptibles de reinención según las preferencias de cada momento. Además, en la época de la globalización y la popularización del ideal norteamericano de vida, se han tendido a homogeneizar las subculturas juveniles en torno a unos determinados objetos de consumo y marcas comerciales (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008).

Otra de las críticas hacia los estudios de subculturas es que se limitaron a describir la situación de la población masculina, generalizando posteriormente los resultados a la globalidad de los jóvenes. Esta ha sido una crítica recurrente de la teoría feminista a los estudios sobre subculturas juveniles y en general, a la mayoría de investigaciones sobre la temática.

Aún con todo, el interés por las culturas o “mundos de vida juveniles” (Alvarado, Martínez y Muñoz, 2009, p. 88) sus expresiones a través del consumo siguen estando presentes en las ciencias sociales en el estudio de las denominadas tribus urbanas (Feixa, 1998; 2002); ya no solo dentro de la sociológica europea o estadounidense, como había sido habitual, sino también en estudios de la realidad juvenil latinoamericana (Silva 2002, Molina 2000).

#### **3.4.4 La juventud como problema social**

Dentro de la perspectiva de la juventud como subcultura existe un número bastante amplio de estudios que se enfocaron especialmente a aquellos sectores que se encontraban en situación de marginalidad o de desviación social; es decir, analizaron más propiamente la subcultura de la delincuencia. Este enfoque, con el tiempo, acabaría trascendiendo su foco de interés inicial constituyendo el germen de una nueva área dentro de las ciencias sociales, el de la sociología de la desviación (Urraco, 2007).

A partir de los años 60 comenzó a extenderse una visión muy diferente de los jóvenes situándolos dentro de la clase social explotada, máxime a raíz de las protestas estudiantiles de «Mayo del 68» francés. Con una clara influencia de las ideas marxistas, del psicoanálisis y de la teoría del conflicto generacional, analizaron el sistema educativo de la sociedad patriarcal como una herramienta de alienación de los alumnos. Además, desde este enfoque, se sostiene un discurso en el que la juventud es un colectivo en situación de subordinación dentro de las dinámicas de unas relaciones de poder desiguales que sitúan a los adultos como agentes privilegiados que limitan el acceso a los recursos para los más jóvenes –laborales, económicos, de participación política y social, etc.–. Estos, por su parte, son lo que, para estos académicos, van a tomar el relevo a la clase obrera como líderes de la revolución social (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008; Revilla, 2001).

Una de las obras pioneras de este enfoque fue *The gang* (1972), en la que F. Thasher hizo un profundo análisis de las bandas de delincuentes –gangs– que poblaban las calles de Chicago a principios XX. En este estudio, el autor llevó a cabo una pormenorizada descripción, tanto de la cultura característica de este tipo de organizaciones sociales – sus normas, estructuras de poder, códigos de honor-, como del panorama de todas las existentes en aquella época.



Posteriormente, el desarrollo de esta perspectiva tuvo lugar fundamentalmente dentro del ámbito de la sociología norteamericana y de la británica, aunque con visiones muy diferentes. En EE. UU. los sujetos de estudio fueron principalmente adolescentes del estrato social más bajo y con dificultades para integrarse en un sistema educativo que socializaba en los valores predominantes de la clase media. Así, ese perfil de jóvenes presentaba dificultades para desarrollar la pauta de satisfacción demorada, el autocontrol, la racionalidad, los modales, la ética de la responsabilidad individual o la motivación por el logro escolar (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M.). El principal interés de estos estudios son las consecuencias inmediatas del comportamiento colectivo y la producción social de normas, aunque no prestaron atención al origen de dichas normas.

Por otra parte, la delincuencia juvenil fue vista por los sociólogos norteamericanos –Merton, Cohen, Mills, Matza, entre otros– como una desviación social que se explicaba por la reacción de algunos colectivos a la falta de recompensas sociales materiales e inmateriales que experimentan por el etiquetaje por parte de las autoridades e instituciones sociales; o a los valores dominantes de la clases media anteriormente mencionados (Firth, 1984).

En las investigaciones británicas, como las del *Centre for Contemporary Cultural Studies* de Birmingham, se adoptó una postura marxista, influenciada por las ideas de Gramsci, más radical y crítica con los postulados del funcionalismo estructural. Para estos autores el conflicto de las subculturas juveniles no es sino la puesta en escena de la lucha de clases. De hecho, consideran estas como una herramienta de la clase trabajadora para resistir frente a la falta de expectativas educativas, de trabajo y ocio a la que se ven sometidos sus jóvenes. Por tanto, sirven para que su marginalidad tenga un sentido y constituyen una amenaza real para la clase privilegiada y su hegemonía en la estructura social (Firth, 1984; López A., 2003; Urraco, 2007).

Esta visión ha generado un gran número de críticas porque resulta poco justificable, empírica y teóricamente, la emergencia de una identificación de clase que aglutine a personas exclusivamente en función de la edad. Esta no constituye una categoría social lo suficientemente homogénea y, además, es transitoria, ya que la persona acaba saliendo de ella en unos pocos años. En contraposición, en el caso de los obreros, la movilidad es más complicada y las condiciones de vida son similares incluso entre los de diferentes sectores productivos. Además, las posibilidades y las limitaciones de acceso a los recursos para tener mejores condiciones de vida, afecta por igual a

jóvenes y adultos, no es una cuestión de edad sino de posición socioeconómica (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008).

Otros señalan que, más que llevar a cabo estudios científicos sobre la realidad juvenil, lo que aportaban eran discursos que “aparecían como herramientas políticas al servicio de los combates sociales que los jóvenes habían de librar, legitimando la revuelta de la nueva generación” (Feixa, 2006, p. 10)

Entre las voces que han criticado estas ideas, está la de la teoría feminista, que, al igual que hace con otros enfoques, cuestiona que la mayoría de las investigaciones haya considerado exclusivamente a los hombres como sujetos de estudio. El abordaje de la problemática juvenil ha obviado las diferencias de género dentro de la clase trabajadora, incluso considerando en algunos casos que la existencia de mujeres jóvenes delincuentes se debía a una educación deficiente o algún tipo de situación anormal.

Cabe añadir también que los teóricos que han considerado la juventud como problema social han concedido un excesivo peso explicativo a la clase social de pertenencia frente a otros factores de diferenciación entre los jóvenes; y a su vez ignorando la posible existencia de similitudes. Para ellos las diferencias entre hacerse adulto siendo de clase baja o de clase media son mucho más relevantes que el hecho de que todos estén experimentando procesos comunes por la etapa vital en la que se encuentran (Firth, 1984).

### **3.4.5 Perspectiva biográfica o de la transición**

Este enfoque, relativamente reciente, aglutina a investigadores que intentan superar tanto la polarización entre los enfoques integracionistas –funcionalismo- y los conflictivistas; como las limitaciones de algunas de las perspectivas anteriores cuyas ideas se han quedado obsoletas ante las profundas transformaciones que han experimentado en contextos socioculturales en el que fueron planteadas. No obstante, su principal aportación es que, más que centrarse en los valores, actitudes y otros aspectos culturales o psicosociales de la juventud, lo que estudian son los diferentes itinerarios y transiciones a la vida adulta (Casal, García, Merino y Quesada, 2006; González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008).

Así, para estos académicos la juventud es entendida como un tramo de la vida en el que se experimenta una transición biográfica con un doble eje: la emancipación familiar plena, entendida como la disposición de domicilio propio; y la autonomía

económica, consecuencia de la incorporación al mercado laboral. Lo característico es que, en contraste con otros enfoques, no asume la formación de una familia convencional o lograra un trabajo estable como hitos imprescindibles de incorporación a la adultez; sino que tiene en cuenta el panorama actual en el que se han diversificado las estrategias familiares, formativas y laborales en torno al proceso de emancipación. En la sociedad española, por ejemplo, ha crecido el número de adultos jóvenes que no crean una familia aunque se independicen; que optan por no hacerlo para cuidar de sus padres, o que deciden trabajar un tiempo en el extranjero en posiciones de menor cualificación de la que han adquirido. Ambos procesos de emancipación, familiar y profesional, se dan en estructuras sociales que delimitan o posibilitan los diferentes itinerarios para realizarlas. Estos autores van más allá de las visiones psicológicas, centradas en la transición a la vida adulta; y las economicistas que se basan en la incorporación a la vida activa, y llevan su foco de atención en los aprendizajes e interiorizaciones de la socialización y el ascunción de una clase social, que es resultado de la posición social adquirida y las posibilidades de movilidad (Casal y Merino, 2011)

Tabla 2. Itinerarios de emancipación de los jóvenes españoles

		ÉXITO	FRACASO
T I E M P O  D E  T R A N S I C I Ó N	PRECOZ	<p><b>ÉXITO PRECOZ</b> Rápida adquisición de formación de máximo nivel Pronta incorporación profesional y emancipación familiar</p> <p><b>OBRERAS</b> Formación escolar y profesional cortas Rápida inserción laboral con techos profesionales muy definidos Emancipación familiar temprana</p>	<p><b>PRECARIEDAD</b> Formación alta y cualificación altas pero se asumen ajustes a la baja para poder acceder al mercado laboral. Inserción laboral y emancipación precarias</p>
	CON RETRASO	<p><b>APROXIMACIÓN SUCESIVA</b> Formación prolongada, orientada al éxito y por ello, retraso del momento de emancipación Ajustes continuos en el trabajo y estudios</p>	<p><b>ERRÁTICAS O DE BLOQUEO</b> Excluidos de los circuitos formativos y/o laborales durante períodos largos Economía sumergida, paro crónico, baja ocupacionalidad</p>

Fuente: Elaboración propia con las ideas de Casal, García, Merino y Quesada (2006)

Como ya se mencionó, el objeto de estudio de la perspectiva de las biografías son los distintos itinerarios que realizan los jóvenes en su proceso de transición a la vida

adulta, así como la influencia en los mismos de la estructura familiar, el entorno cultural o la clase social de adscripción (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008). Teniendo en cuenta el contexto de capitalismo informacional actual, han elaborado un modelo con dos ejes, uno referido a la duración de la transición, y el otro a si se cumplen satisfactoriamente o no las expectativas emancipadoras; a la vez que proponen la teoría de segmentación del trabajo para interpretarlos. El resultado del cruce de ambas dimensiones es una tipología de diferentes itinerarios cuyas principales características aparecen resumidas en la tabla 2. En ésta se describen cinco modelos de acuerdo a esas dos variables. Hay tres perfiles de jóvenes que consiguen emanciparse en las condiciones que aspiraban y dos que no lo logran. Dentro de los primeros están, por un lado, quienes adquieren una formación elevada en un tiempo breve y se insertan pronto en el mercado laboral –éxito precoz–; y, por el otro, quienes también se consiguen independizar pronto gracias a trabajos con menor cualificación pero que se ajustan a su nivel educativo –trayectorias obreras–. Otros invierten más tiempo y esfuerzo en la formación, tratando de adaptarse exitosamente al mercado laboral y por ello retrasan el momento de emanciparse –trayectorias de aproximación sucesiva–, y, de hecho, lo acaban consiguiendo en las condiciones que deseaban.

Respecto a los que no consiguen independizarse según sus expectativas también hay dos perfiles. Uno de ellos es el quienes cuentan con una elevada formación y logran un puesto de trabajo, pero este no se corresponde con su nivel de cualificación –trayectorias precarias–. Esto sucede porque se han visto en la necesidad de reducir sus aspiraciones profesionales con vistas a poder integrarse en el mercado laboral. Finalmente, hay un perfil de jóvenes en situación de mayor vulnerabilidad porque cuentan con un bajo nivel educativo y una reducida ocupacionalidad –trayectorias erráticas o de bloqueo–. De hecho, tienden a quedar relegados en puestos de la economía sumergida o a estar recurrentemente en situación de desempleo.

Como crítica a estos planteamientos se ha afirmado que, en última instancia, son visiones adultocráticas, en la medida en que el estatus de joven se ve como incompleto y se asume como período en el que es necesario alcanzar los objetivos señalados –autonomía económica, emancipación familiar– (Revilla, 2001). En otras palabras, este enfoque biográfico coincide con el funcionalismo en concebir la juventud como un período de carencias y de situar “la vida adulta en el centro de la estructura socioeconómica y de la plena ciudadanía social” (Brunet y Pizzi, 2013, p. 22). El principal riesgo de estas consideraciones es que se acaba asumiendo que la precariedad

–laboral, habitacional, familiar– y las desigualdades de poder respecto a los adultos son inherentes a la situación juvenil. En consecuencia, si esta situación es percibida como natural y transitoria no debiera ser objeto de especial preocupación o intervención por parte de las instituciones.

Otro de los cuestionamientos al modelo de transición es que, en algunos casos, se ha focalizado exclusivamente en jóvenes que tienen como horizonte vital la constitución de una familia heterosexual convencional. Tampoco ha tenido en cuenta ni la experiencia de la transición femenina, ni los aspectos culturales específicos de la juventud, ni los puntos de partida de los jóvenes al iniciar los distintos itinerarios. De ahí que algunos hayan considerado que este discurso necesita ser complementado por otros que aporten una visión más amplia de la misma (Revilla, 2001).

Quizás, la realidad de fuertes transformaciones de la esfera familiar y de convivencia que se siguen experimentando en la actualidad las sociedades –familias monoparentales y homoparentales, personas que optan por la soltería o *singles*, parejas sin hijos o parejas estables sin cohabitación, por citar algunos casos, haga que las trayectorias personales se vean condicionadas también por otro tipo de factores no relacionadas exclusivamente con el ámbito laboral o familiar.

### **3.5 Conclusiones de cara al sujeto de investigación**

En este último apartado se pretende, a tenor de la revisión teórica presentada, exponer algunas conclusiones de cara a los objetivos de esta tesis. En primer lugar, lo que se quiere poner de manifiesto es el interés por la juventud, no tanto como objeto de estudio en sí, sino como categoría social que permite especificar quienes serán los sujetos de la investigación. La mayor parte de obras e investigaciones revisadas han considerado la propia juventud como el objetivo de sus análisis y parece evidenciarse un consenso en torno a su carácter no universal o esencial; sino social, histórico y culturalmente contingente. No se pretende con esto negar que diversos elementos, relativos al proceso de maduración, condicionen la experiencia subjetiva de esta etapa y que será sin duda de interés de otras disciplinas como la psicología o las ciencias biomédicas. Sin embargo, la revisión de la historia permite constatar que, si bien naturalmente el ser humano no pasa de niño a adulto de un día para otro, este cambio no

ha sido siempre reconocido socialmente como una etapa específica ni se ha vivido como proceso. De hecho, ya se explicó que este fenómeno tuvo su origen en una época, el siglo XVIII, en el que se dio inicio a toda una serie de transformaciones sociales, económicas y culturales asociadas a la industrialización y la modernidad, que afectaría a todos los órdenes de las sociedades occidentales, incluyendo la vivencia de la trayectoria vital

Así, la evolución del contexto sociocultural no solo impone las condiciones a la categoría de joven –por ejemplo, estableciendo límites etarios a determinadas actividades, derechos y obligaciones–, sino que, además, influye en la vivencia subjetiva de las personas, en los discursos y en la imagen pública que se generan sobre la juventud. De hecho, el devenir histórico, los cambios productivos o culturales, las transformaciones de las estructuras sociales y de las formas de vida y de conciencia configuran la imagen que se tiene de los jóvenes y el protagonismo que se les concede o que pueden alcanzar. Esto supone que las aproximaciones teóricas y empíricas a la realidad juvenil han evolucionado ligadas a la situación histórica, al papel de los jóvenes en ella y a las teorías hegemónicas de las ciencias sociales en cada momento dado.

El foco de esta investigación, no obstante, no es tanto contribuir a la delimitación del concepto, tarea que como se vio presenta no pocas dificultades; como considerar el hecho de ser joven como una categoría social, con sus propios criterios de inclusión, que aglutina a un segmento de la población y resulta de especial interés por dos motivos. Uno de ellos es que constituye el caldo de cultivo de los cambios sociales incipientes, no solo porque sean los jóvenes los protagonicen o promuevan; sino también porque sus actitudes y conductas pueden ser reflejo de ellos. El otro es que resulta relevante para el estudio de la identidad social abordar su configuración durante los años en que se producen una serie de cambios y de tomas de decisiones vitales de especial calado en la experiencia de las personas.

Por su parte, asumir la juventud como categoría social y construida conlleva una serie de consideraciones. Más allá de que sea una forma de etiquetar o ser etiquetado, la vivencia subjetiva que de ella hagan los sujetos entra en la dialéctica de las identificaciones externas e internas que se construye en los procesos históricos de cada contexto social y que está influida por los procesos de socialización, primarios y secundarios. Además, puede llegar a ser asimilada por la persona como parte de su identidad social en los términos que se argumentaron en el capítulo previo.

No obstante, la pertenencia a una categoría social no implica necesariamente un reconocimiento por parte de la persona categorizada. Seguramente, si se le pregunta a alguien de 22 años si se considera joven –al menos en las sociedades occidentales– parece razonable pensar que conteste que sí, porque es consciente de que esa edad le sitúa dentro de dicha etiqueta. Sin embargo, otra cosa distinta sería que esta aparezca como relevante en su experiencia subjetiva y sea un elemento con el que identifique o defina su persona. Y más aún, como se verá más adelante, que lo viva con una conciencia de vinculación colectiva.

Si bien la edad no es un dato preciso como indicativo de la juventud de la persona, un análisis de la misma refiere siempre a un determinado margen etario, sea este más o menos amplio según las condiciones sociales e históricas. Aunque se haya adelantado el inicio de la pubertad, esta tendencia parece haberse frenado desde hace algunas décadas (Serapio, 2006) y, puesto que es un hito más biológico que social, no parece posible que pueda hacerlo ilimitadamente. Además, el retraso en el momento de abandonar el estatus de joven también presenta limitaciones. Así, aunque una persona siga permaneciendo en el hogar familiar, dependiendo económicamente de sus progenitores o asumiendo un estilo de vida con pocos compromisos adultos; a partir de cierta edad es cada vez menos probable que una persona pueda ser reconocida por los demás como joven. Por tanto, aunque no sirva para establecer las fronteras de la juventud, la edad es condición necesaria, aunque no suficiente, para ser incluido en una categoría que, en el contexto actual, está asociada también a elementos culturales específicos, a una serie de expectativas de conducta, una imagen social y unas limitaciones y oportunidades de participación en las diferentes esferas de la sociedad. Como señala Dávila (2005), más que la búsqueda de una homogeneidad en función del criterio etario, la edad permite establecer una delimitación básica que posibilita el análisis de la adolescencia y juventud (p. 91).

Además, es un elemento de diferenciación estructural que determina la forma participación en la sociedad a través de los distintos roles sociales que se va asumiendo en el tránsito hacia la adultez. Es más, la edad puede convertirse en una identificación social, en un grupo que funciona como actor social. Para que esto suceda es necesario que los miembros, objetivamente definidos como jóvenes, perciban la existencia de desigualdades estructurales en el acceso a los recursos económicos laborales y sociales en función de la edad, que les lleva a desarrollar una conciencia grupal. Así, tratarán de

movilizar dicha identidad etaria para conseguir una serie de intereses colectivos. (Villalón, 2007).

Esto nos lleva a la cuestión sobre qué otros criterios pueden establecerse para valorar que un sujeto es efectivamente un joven. Si la categoría es asumida como construcción histórica y social resulta infructuoso pretender llegar a un acuerdo sobre unos rasgos universalmente reconocibles en los jóvenes de cualquier sociedad o cultura, e independientemente de sus condiciones de vida. Se admite por tanto, como señala Souto (2007) que los jóvenes, no han constituido nunca un grupo homogéneo sino que por el contrario, reflejan “las divisiones económicas, sociales, políticas y culturales existentes en la sociedad” (p. 173). Esto resulta evidente si se piensa, por ejemplo, en el contraste en las condiciones de la transición a la adultez para jóvenes que se sitúan en los polos extremos de la escala socioeconómica. Así, los que han nacido en contextos vulnerables que ofrecen pocas oportunidades o motivación para el desarrollo formativo o profesional y en los que se ha de hacer frente a distintas dificultades del entorno social; y, por otro lado los de un grupo menor de personas que tiene acceso desde la infancia a todo tipo de recursos materiales, educativos, de ocio, de apoyo y refuerzo, redes sociales o contactos laborales, etc.

Es más, en las sociedades occidentales actuales no existe un modelo o camino únicos para llevar a cabo la transición hacia la vida adulta y las trayectorias vitales están afectadas por los procesos de individualización de las trayectorias vitales parece lógico asumir el discurso de la diversidad juvenil (Agulló, 1997; González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008; Revilla, 2001). Como se pudo constatar en el capítulo anterior, la posibilidad de elegir, no simplemente reproducir, los roles asignados como adulto, es algo característico de las sociedades modernas. Hoy en día, lo característico es la existencia de una pluralidad de mundos juveniles y de opciones para experimentar la experiencia de ser joven. Pero como se dijo, no se ha de perder de vista que estas vivencias están en gran medida sujetas a las desigualdades en las condiciones de vida.

Otra de las ideas que se ha querido destacar es que muchas de las observaciones acerca de las actitudes, valores, opiniones, conductas que se observan en los jóvenes, ponen de manifiesto ciertas tendencias incipientes en la sociedad más amplias. La diversidad juvenil anteriormente señalada no sólo refleja la propia pluralidad de trayectorias, estilos de vida o mundos sociales dentro de la esfera adulta; sino que también, es expresión de las desigualdades o divisiones sociales existentes. En este



sentido, se coincide con Agulló (1997) en que no se puede comprender la realidad juvenil al margen del marco histórico, puesto que

las transformaciones de la juventud son la expresión de los cambios de la sociedad de la cual forman parte integrante, por muy paradójica, ambigua y precaria que sea su posición social en la misma“ (p. 30)

Para concluir, se considera importante destacar la relevancia de lo acontecido en los años de juventud para la configuración de la identidad. El mencionado proceso de individualización de la vida en las sociedades occidentales hace que la tarea de elaborar la propia identidad pase a un primer plano en la vivencia de las personas. Es en esta etapa cuando empiezan a gestionar de forma consciente las identificaciones heredadas o fruto de la socialización primaria, con las nuevas que surgen de otros ámbitos y agente de socialización. Además, a la luz de esa dialéctica, toman decisiones de una forma más autónoma –aunque dentro de las posibilidades que ofrezca el entorno de cada joven-. Es un tiempo de búsqueda de sí mismos y de elaborar su propia autodefinición. Las identificaciones juveniles irán modificándose según el individuo pueda verse expuesto a otras nuevas –en cuanto a la ocupación principal, el rol que se ocupa en la familia, la participación en diversas esferas sociales, etc.—. Y otras, asociadas más a las subculturas pueden incluso mantenerse una vez alcanza la etapa adulta.



## **4 Identificaciones sociales de los jóvenes españoles**

Como se ha mencionado en distintos momentos, la identidad social se aborda como un proceso interaccional y dialéctico en el que se ponen en juego distintas identificaciones externa e internas que son las que el individuo incorpora a la definición de sí mismo. En el caso de los jóvenes españoles, que son el sujeto de investigación, cabe preguntarse precisamente por las categorías que sienten que más les definen. Precisamente, un estudio con jóvenes (Tezanos, Villalón, Díaz y Bravo, 2010) dio a conocer datos de una encuesta sobre diversas cuestiones de tipo social y político. Entre otras cosas, se pedía a los sujetos que valoraran con que grupos o categorías sociales se sentían más identificados dentro de una batería que se le ofrecía –clase social, religión, género, trabajo, región o nacionalidad, generación, municipio, ideología política, gustos y aficiones o con todos por igual–. Según sus resultados, los jóvenes destacaron, por orden de importancia, la identificación con los de la misma generación, con quienes comparten aficiones y gustos, y con las personas del mismo sexo. Otro de aspectos evaluados en esa investigación fue la intensidad de la vinculación grupal, apareciendo nuevamente el sexo y la generación en primera posición, seguidas, casi con la misma puntuación las personas con las que se comparten gustos y aficiones, o con la misma religión. Ésta última, a pesar de ser poco relevante para la mayoría de los encuestados, ocupa la cuarta posición en cuanto a intensidad de vinculación, lo que sugiere que se trata de una identificación que genera un importante compromiso. Lo que se concluye de esta investigación es que las identificaciones sociales que aparecían relevantes en la modernidad –clase social, trabajo, religión, nación, ideología- están en retroceso en las nuevas generaciones, en favor de otras como el género o los gustos y aficiones.

Otro análisis acerca de los referentes sociales de la juventud (Rodríguez, 2010) apunta en una línea parecida, mostrando como aspectos de carácter más hedonista como el tiempo libre, la estética y la sexualidad; así como las vinculaciones afectivas –familia y amigos- y el sustento material –disponer de dinero, fundamentalmente- han cobrado un carácter central en la experiencia vital de los jóvenes. Como contrapunto, según el estudio están en retroceso la importancia concedida a los valores colectivos y de participación, así como sus referentes ideológicos y espirituales.

Todos estos datos pueden interpretarse como evidencias del proceso de subjetivización o individualización de la identidad descrita en capítulos previos, con la

salvedad de la referencia grupal familiar y la identificación generacional. Aunque más que apreciarse en su aspecto institucional o colectivo, estos ámbitos se valoran, como se verá más adelante, como espacios de relaciones afectivas.

En los apartados siguientes lo que se pretende es ahondar en cómo esas referencias que los propios jóvenes destacaban como relevantes o de mayor intensidad, forman parte de las definiciones que elaboran de sí mismos. Así, se presenta una revisión de las identificaciones de acuerdo con el sexo, la posición religiosa -que aparece con poca frecuencia pero mucha intensidad- y el grupo de pares -identificación con la generación- y las referencias relacionadas con el tiempo libre -gustos y aficiones-

Además, se han considerado dos aspectos adicionales, la familia y la pertenencia territorial o nacional, de acuerdo a criterios de otra índole. El primero, el grupo familiar, no aparece como opción de identificación en el mencionado estudio (Tezanos, Villalón, Díaz y Bravo, 2010), pero se trata del aspecto de la vida que los jóvenes valoran como más importante, tendencia que se ha acentuado en España en los primeros años del siglo XXI (INJUVE, 2008a). La otra de las identidades consideradas es la nacional o territorial, que, si bien es muy reducido el número de jóvenes que la considera como primordial, el mismo grupo de investigación destaca que, junto con la religión, han sido pertenencias fundamentales en la modernidad española, ya que han dado forma a organizaciones ideológicamente fuertes y con un importante impacto en el contexto político y social español.

#### **4.1 Jóvenes e identidades de género**

El sexo biológico es una de las características de las personas que más se ha utilizado a lo largo de la historia y a través de las distintas culturas para establecer diferencias entre grupos de individuos en una sociedad (Moya, 1993) por lo que se trata de un aspecto ineludible para una investigación acerca de la identidad. Aunque son muchos los aspectos que se pueden abordar en referencia a esta temática, en esta tesis se va a indagar fundamentalmente en cómo este factor puede condicionar la visión que tienen de sí mismo los jóvenes españoles. De ahí que se hayan priorizado los estudios del contexto español sobre las disertaciones en torno al contenido del concepto de género, de los roles y estereotipos, o de la historia de las desigualdades entre hombres y mujeres, aunque en algún momento se haga alguna referencia tangencial a estas cuestiones. Además, se incluyen referencias, no a todos los aspectos que tienen que ver

con la vida de los jóvenes, sino aquellos en los que se han encontrado mayores desigualdades o diferencias entre los y las jóvenes y que tienen que ver más específicamente con la identidad.

En definitiva, la pregunta de fondo que se plantea es, si el sexo –o dimorfismo sexual, como se verá más adelante–, como variable, influye en la autodefinición de una persona; o en otras palabras, si existen argumentos para pensar que el hecho de ser mujer o ser hombre configura de distinta manera su identidad.

#### 4.1.1 Introducción a los estudios de género

Entre la primeras indagaciones sobre las diferencias entre hombres y mujeres en las ciencias sociales pueden encontrarse enfoques fundamentalmente de tipo biologicistas –psicoanálisis, teoría del aprendizaje social, sociobiología, estructuralismo, entre otros– para los que el hecho de pertenecer a uno u otro sexo predisponía naturalmente a unas determinadas conductas y actitudes. En otras palabras, para esas perspectivas la fisiología sexual determina el desarrollo psicológico o la evolución de la personalidad ya que el hecho de haber nacido hombre o mujer condiciona el despliegue de diferentes estrategias y capacidades. Además, conciben un proceso de identificación orientado a la búsqueda de estabilidad y unidad, lo que favorece que las personas tiendan a la conformidad y a la reproducción de los roles sexuales existentes. En consecuencia, cualquier intento de oposición a ellos o de búsqueda de alternativas son percibidas como desviaciones o perturbaciones del *statu quo* (Pastor, 1996; Rodríguez y Peña, 2005; Santrock, 2004).

No sería hasta los años 60 del siglo pasado cuando, de la mano de la teoría feminista, comenzaría a popularizarse el concepto de género, en referencia a las divisiones de roles y a los estereotipos asociados a las diferencias en el sexo biológico de las personas (Aguinaga, 2004)<sup>5</sup>. A partir de entonces, distintos enfoques, como la teoría de roles o la teoría de la identidad social, incorporaron el género en sus estudios sobre las dinámicas de grupos, las estructuras de roles, la relevancia de las interacciones, o la formación de estereotipos e identidades (García-Leiva, 2005).

En los años 70 y 80 se desarrollaron investigaciones, como las de Bem, Markus, Spence y Helmreich, que trataron de operacionalizar los estereotipos de género a partir

---

<sup>5</sup> Aunque el psiquiatra J. Money fue el primero en traspasar el concepto de la gramática a las ciencias de la salud unas décadas antes (Fernández, 2000)

de los atributos que los propios sujetos consideraban como masculinos o instrumentales; y femeninos o expresivos. Además analizaron en qué medida, tanto hombres y como mujeres se identificaban con ellos (Fernández, 1996; Vergara y Paéz, 1993). Una de las conclusiones a las que llegaron es que una socialización familiar orientada exclusivamente a interiorizar un modelo de valores y patrones de comportamiento, solo el masculino o solo el femenino, supone una limitación de la potencialidad de desarrollo de la persona (Pastor, 1996; Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1996).

En las últimas décadas han predominado visiones más constructivistas y postestructuralistas del género que destacan su carácter dinámico e interactivo, analizan su papel en la configuración de la identidad y tratan de incorporar otros elementos en la explicación de la conducta como el nivel educativo, la edad o la clase social. Además, se dado una deriva en el foco de interés de las diferencias biológicas y psicológicas; a los condicionantes culturales y sociales que intervienen en el proceso de emergencia, mantenimiento y modificación de los conceptos de hombre y mujer (Fernández, 1996; Rodríguez y Peña, 2005).

Entre las críticas a los modelos más esencialistas están la disparidad de resultados cuando se comparan capacidades o habilidades entre uno y otro sexo; el reduccionismo de las argumentaciones fundamentadas en diferencias de medias obtenidas al realizar una serie de test; y también la dificultad que presentan para establecer la causalidad de los factores biológicos, culturales y sociales en la interpretación de dichas diferencias según el sexo (Santrock, 2004; Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1996; Fernández, 1996). Además, a pesar de la tendencia de las personas a concebir a los miembros de una categoría como homogéneos entre sí y diferenciados respecto a los de la categoría opuesta; lo que se constata es que existe una mayor variabilidad interindividual que intersexual. Esto, en gran medida, ha hecho que persistan en la sociedad una serie de esquemas y prejuicios sociales sobre uno y otro sexo, que reflejan la necesidad de simplificar las expectativas de conducta, en este caso, en función de dicha característica (Barberá y Cala, 2008).

Algunos autores han elaborado modelos teóricos que cuestionan la oposición entre el género y el sexo planteada por las feministas de los 60 y que sigue presente, no solamente en mucha de la literatura académica, sino también en políticas sociales, e incluso en los medios de comunicación. Fernández (1996) ha sugerido la distinción entre el dimorfismo sexual aparente, es decir, aquellos rasgos que permiten en un primer vistazo clasificar a las personas como hombres o como mujeres; y el sexo, que incluiría

todo el conjunto de procesos biológicos, psicológicos y sociales que, a lo largo de todo el ciclo vital, dan lugar a seres sexuados. Además, tampoco es partidario de reducir la concepción del género a una categoría, sino que también la plantea como proceso.

Por lo que respecta al sexo, este ha sido abordado en las ciencias sociales como variable estímulo, como variable sujeto o como sexualidad. En el primer caso, se ha indagado en cómo las personas perciben, juzgan, evalúan a los otros con mayor o menor independencia de su dimorfismo sexual aparente; es decir, como el situarse ante hombres o mujeres condiciona la conducta de las personas. Otra forma de considerar el sexo es como variable sujeto, tratando de buscar las semejanzas y diferencias según el dimorfismo sexual, en actitudes, comportamientos, opiniones, capacidades cognitivas, etc. Se trata de clasificar a las personas según ese criterio para tratar de compararlas en función de otras variables. Finalmente, el sexo es concebido como sexualidad, cuando lo que interesan son las conductas, actitudes, opiniones de tipo sexual. Así, el autor, en los dos primeros casos, considera que el ámbito de estudio es la «generología», que aborda la construcción que hace la sociedad en torno a las diferencias morfológicas; mientras que en el caso de la sexualidad, sería dominio de la sexología tiene por objeto el estudio de los aspectos biológicos del y el desarrollo psicosexual. (Fernández, 1996; 2000).

Por otra parte, el autor define el género como “la reflexividad fundamentada en el dimorfismo sexual” (Fernández, 1996, p. 36). Este fenómeno se presenta tanto en la estructura social, que presenta una asimetría de roles, posiciones y expectativas en función de esa característica fisiológica; como en relación a los estereotipos o creencias colectivas y los constructos de masculinidad y feminidad con los que se justifican las diferencias entre hombres y mujeres. Se trata de un proceso de identificación que se construye a partir de las condiciones del contexto de interacción cotidiana y de la estructura social; pero también en la capacidad o la voluntad de la persona para asumir o resistir a los significados y roles de género que se imponen o se le ofrecen (Rodríguez y Peña, 2005).

En definitiva, lo que propone este autor es una perspectiva procesual que tiene un itinerario doble, de manera que a partir del dimorfismo sexual se desarrolla la identificación sexual, entendida como sexualidad; y una identificación de género que cada sociedad potencia como correspondiente a ser hombre o ser mujer (Fernández, 2000).

#### **4.1.2 Las diferencias según el sexo en el cuestionario de identidad TST**

Siguiendo el planteamiento teórico anterior, es posible encontrar diferentes formas de incorporar el sexo como variable a los estudios sobre la identidad. Un ejemplo es el de las investigaciones realizadas a partir de la aplicación del cuestionario *Twenty Statements Test*, que indaga en el tipo de respuestas que dan las personas a la pregunta “quién soy yo” (Kuhn y McPartland, 1954). Una de las constantes en la mayoría de estudios que han empleado esta metodología es el interés por la influencia del sexo en el tipo de enunciados predominante en las respuestas al cuestionario –sería, por tanto utilizada como variable sujeto–. Fundamentalmente, se han considerado dos formas de responder a la pregunta. Una de ellas sería empleando categorías socialmente reconocibles o que están asociadas a las relaciones que se mantienen con otros, de ahí que se denominen «consensuales» –o en estudios más actuales, interdependientes - La otra forma es empleando categorías que hacen referencias a la idiosincrasia personal o a la subjetividad de la persona–denominadas «subconsensuales» o independientes- (Kuhn, 1960; Watkins et al., 2003).

En uno de los primeros estudios de este tipo (Kuhn, 1960) se mostraba que las mujeres jóvenes, en especial las universitarias, son más proclives a las respuestas en términos consensuales, y que, hacen mayor alusión al género. Eso, según Kuhn, se explica por el efecto de percibirse como una minoría social; es decir, el hecho de que pertenecer a un grupo con menor poder hace que esa categoría tenga mayor preponderancia en la identidad de las personas. Autores posteriores, como Lorenzi-Cioldi [citado en Moya, (1993)] también han respaldado la idea de que las categorías de los grupos dominados son más salientes en las identidades de sus miembros, por lo que es previsible que para las mujeres la categoría de género sea más central que para los hombres, que tenderá a definirse en mayor medida a partir de sus características personales.

No obstante, esta argumentación ha sido rebatida desde la perspectiva de la teoría de la identidad social que afirma que lo esperable es que la categoría de identificación sea más relevante para los grupos dominantes, en tanto que son los que pertenecen a una identidad considerada como positiva, que es al fin y al cabo a lo que aspiran las personas y grupos sociales (Tajfel y Turner, 1986; Turner, 1989). Así, existen otros estudios (Mackie, 1983; Mulford y Salisbury, 1964) que han constatado una mayor prominencia de la categoría del género entre los hombres, bajo el supuesto



de que los status que gozan de buena valoración social serán predominantes en la estructura del *self* de la persona.

A parte de la identificación con el género, otro de los resultados que se ha destacado de la diferencia entre hombres y mujeres en las respuestas al TST es la tendencia a la consensualidad o la interdependencia, en el caso de las mujeres, que además mencionaría con mayor frecuencia a la familia y a las relaciones sociales. Complementariamente, ellos se definirían en términos más independientes o idiosincráticos (Madson y Tafinow, 2001; Moya, 1993) y se refieren en mayor medida a pertenencias grupales más amplias (Eaton y Louw, 2000). Una de las posibles explicaciones que se argumentaron fue que tradicionalmente se ha asociado a la mujer con el cuidado de la familia por entender que es un rol connatural a la experiencia de ser la que da a luz a los hijos. (Kuhn, 1960). Y también se ha apuntado a la socialización diferenciada de roles de género, que orienta a las mujeres a una autodefinición a partir de las relaciones cercanas y la interdependencia; mientras que en los hombres se fomenta la autonomía e independencia. (Madson y Tafinow, 2001).

En contraposición con todo lo visto hasta ahora, también hay investigaciones que encontraron pocas diferencias significativas en las autopercepciones de hombres y mujeres, ni en la mención del género, ni respecto a las categorías de familia y trabajo (Grace y Cramer, 2002; Mackie, 1983). En la investigación de Mackie, aunque el trabajo fuera de casa es más relevante entre los hombres que entre las mujeres que trabajan, la importancia que ambos conceden a la familia es similar. Mientras que las tareas del hogar tienen un importante impacto en la autoimagen de la mujer, apenas hay rastro de las mismas en la del hombre. Un dato interesante de este estudio es que comparó también a las mujeres que tenían un trabajo remunerado y a las que eran amas de casa y encontró diferencias significativas en algunos ítems. Las primeras mencionan algo menos a la familia que las segundas, pero ésta aparece con mayor prioridad que sus ocupaciones laborales y el trabajo fuera de casa está asociado con una menor relevancia de las labores del hogar. Las mujeres trabajadoras muestran mayor nivel de autoestima, posiblemente porque, según el autor, a diferencia del género, es un estatus adquirido.

Otro tipo de estudios sobre el TST son los análisis transculturales del *self*. Watkins (2003) critica la hipótesis de diferentes estudios que sostienen que es más probable que los hombres muestren un *self* más independiente o *idiocéntrico*, ya que socialmente se espera que sean más autónomos; mientras que las mujeres se mostrarían más interdependientes o *alocéntricas*. Lo que ha podido constatar comparando

resultados de investigaciones en distintos países es que esta premisa solo se cumple en culturas colectivistas, esto es, con una fuerte participación social e identidad vinculada a las pertenencias grupales. Por tanto, en las individualistas, en las que la identidad se define en términos de autonomía personal, el sexo influye menos en el tipo de respuesta a la pregunta del cuestionario. Además, en su investigación con alumnos de educación secundaria y estudiantes universitarios de países no occidentales, concluyó que la principal diferencia que se observaba entre hombres y mujeres es que estas se refieren más a los círculos cercanos de relación, mientras que ellos proferían más menciones a grupos o categorías amplias de pertenencia. La explicación que ofrece es que en los países en vías de desarrollo es más complicado para las mujeres participar en grupos sociales o de otro tipo más allá de familia extensa participar en grupos sociales o de otro tipo más allá de la familia extensa. En definitiva, las diferencias en la autopercepción según el sexo no pueden ser automáticamente extrapoladas al conjunto de culturas no occidentales.

#### **4.1.3 Evolución de los roles de género en España**

Entre las principales transformaciones que han experimentado las sociedades occidentales desde el último tercio del siglo XX se encuentra el cambio en el contenido de los roles que históricamente se han atribuido a hombres y mujeres. Tradicionalmente, éstas presentaban una marcada división sexual del trabajo, lo que significaba que existía una distribución de tareas, responsabilidades, expectativas diferenciadas en función del sexo del sexo. Esto se traducía en una separación entre la esfera privada y reproductiva, en la que ellas debían desarrollar sus actividades; y la pública y productiva, destinada a la presencia masculina (Fernández-Llebrez y Camas, 2010; Pastor, 1996). Dicho sistema ha variado a lo largo de la historia, en las diferentes culturas y según las etnias o grupos de edad; pero una constante que se observa es que las mujeres se han situado en una posición de subordinación y que, además, la maternidad ha sido entendida como esencia de la condición femenina, lo que explica que ella se haya encargado del cuidado familiar, las tareas domésticas y servicios no remunerados. De hecho, esta asunción sigue vigente en la mayoría de sociedades de la actualidad (Moya, 1993; Pastor, 1996).

En los países industrializados, no obstante, han tenido lugar algunos cambios que han erosionado la aceptación de esa estructura de roles sociales. Así, la posibilidad de desarrollar una carrera profesional, el acceso a los anticonceptivos, la progresiva

corresponsabilidad en las tareas del hogar y el cuidado de los hijos, la aceptación social de la situación de madres solteras o la legalización del divorcio; han supuesto una mayor autonomía de las mujeres respecto a los roles femeninos tradicionales. Aunque también es cierto que, tanto hombres como mujeres, se encuentran aún en un proceso de adaptación a esos cambios (Pastor, 1996).

En España, por su parte, con la llegada de la democracia comienza a cuestionarse el sistema de género tradicional gracias, fundamentalmente, a la incorporación de la mujer a todos los niveles del sistema educativo y al mercado de trabajo. Esto le ha ofrecido una mayor autonomía y responsabilidad sobre su vida, lo que, sin duda, ha afectado al sistema de organización y a las relaciones familiares. Además, paulatinamente se han logrado en materia de igualdad en las legislaciones y normativas existentes (Fernández-Llebrez y Camas, 2010), que ponen en tela de juicio las normas sociales existentes basadas en el sexo.

A pesar de todo, aún se observan importantes desigualdades en el ámbito laboral y en el uso del tiempo dedicado al trabajo productivo y al reproductivo. Con respecto al primero, son las mujeres las que presentan mayores tasas de paro, menor estabilidad laboral, salarios más bajos y menor acceso a los puestos de alta responsabilidad; todo ello pese al mayor nivel educativo que suelen alcanzar respecto a los hombres. Este contraste, como señala Aguinaga (2004) puede explicarse por la feminización de las ocupaciones de peor remuneradas y por la mayor dedicación de las mujeres a las tareas del hogar.

Por otra parte, la progresiva incorporación de la mujer al mercado laboral en los dos últimos siglos no ha ido pareja a una búsqueda de equilibrio entre el hombre y la mujer en el reparto de tareas domésticas y cuidado familiar. De hecho, la tendencia ha sido a que ellas a parte de desarrollar una actividad económica remunerada, acaben asumiendo una mayor peso del trabajo reproductivo, en detrimento de su ocio y de su carrera profesional (Callejo, Prieto y Ramos, 2008; Domínguez, 2012; Durán, 2010; INJUVE, 2008a; Instituto de la Mujer, 2010)

En definitiva, los datos de los estudios sobre la temática corroboran que, con independencia de la clase o el grupo de edad, en la práctica sigue prevaleciendo la norma social que establece que sean ellas las principales responsables de las tareas domésticas y el cuidado de los otros miembros del núcleo familiar (INJUVE, 2008a).

A esto se suma la prevalencia de algunos problemas sociales que manifiestan un camino aún por andar en la eliminación de las desigualdades por razón de sexo como

son la violencia de género, las desigualdades salariales en el desempeño de los mismos puestos de trabajo (Costa, 2007; Gutiérrez, 2007; Llopis, 2007) o la escasa presencia femenina en muchos ámbitos de poder y toma de decisiones de la sociedad (Fernández-Llebrez y Camas, 2010; Llopis, 2007) –por ejemplo, en cargos directivos de instituciones públicas y privadas–.

#### **4.1.4 Los jóvenes españoles y las desigualdades de género**

En los años de transición entre la niñez y la adultez se produce un cambio significativo en prácticamente todos los aspectos de la vida de la persona, entre ellos la identidad de género y la definición sexual. Las transformaciones más evidentes son, en primera instancia, de índole biológico ya que tiene lugar el proceso de maduración sexual, que hace que el adolescente tenga que asimilar toda la nueva información respecto al aspecto y al funcionamiento de su cuerpo. Al mismo tiempo, muchos de los roles, patrones de conducta, vivencias y expectativas heredados de la socialización primaria se revisan a la luz de nuevas influencias sociales y de la intensa tarea de construcción de la identidad que tiene lugar esos años gracias al desarrollo de la capacidad reflexiva y de abstracción (Alexander, Roodin y Gorman, 1988; Kroger, 1989). Aunque los roles de género han tendido a flexibilizarse a lo largo del tiempo, en la etapa de la adolescencia se acentúan la polaridad entre lo masculino y lo femenino y se experimenta una mayor presión social en torno a las actitudes y valores predominantes sobre ser hombre y ser mujer (Fernández, 1996; Fuertes, 1996).

Con el desarrollo de la pubertad se va configurando una forma de vivir la sexualidad y la identidad de género que se plasma en una orientación sexual y en una forma de vivir los roles y expectativas en función del sexo –reparto entre trabajo productivo y el doméstico; diferencias entre maternidad y paternidad, posibilidades laborales, etc.- (Fernández, 1996; Pastor, 1996). En este sentido, la familia es el ámbito primero en que se perciben las diferencias de roles. Para algunos autores (Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1996), la socialización de adolescentes, a pesar de ser cada vez menos estereotipada, continúa marcando distintos hitos en función del sexo. Así, por citar un ejemplo, mientras que para ellas los principales conflictos parentales se derivan de la negociación de la autonomía, sus relaciones o los trabajos domésticos; para ellos tienen más que ver con los estudios o determinados privilegios como el coche o la moto.

Por lo que se refiere a la juventud en España, una tendencia que se ha ido observado desde hace años es la prolongación del tiempo de escolarización, fenómeno que se encuentra acentuado en el caso de las mujeres. Si se considera el grueso de la población femenina, ellas presentan mayores tasas de analfabetismo y de educación básica, pero la tendencia es a un giro radical en el capital educativo que se traduce en una mayor presencia de mujeres en todos los niveles educativos. Es más, se constata que los varones presentan mayores tasas de fracaso escolar y de abandono. Aunque si se considera el grueso de ellas, se encuentra mayor incidencia de analfabetismo y de personas con educación básica. Si se tiene en cuenta solo las generaciones más jóvenes, se observa que ha aumentado la presencia femenina para todos los niveles del ciclo formativo –aunque aún es menor en la etapa de doctorado–. Además, se constata que entre los varones hay un mayor abandono escolar tras alcanzar la educación obligatoria o antes, sin intención de seguir formándose para acceder al mercado laboral (INJUVE, 2008a).

En conclusión, se puede afirmar que se está dando una mayor igualdad en cuanto al acceso a la educación y al mercado laboral en España, si bien aún no ha llegado a los estratos más altos. Aguinaga (2004) interpreta este hecho como una evidencia de la barrera invisible o el «techo de cristal» que encuentran muchas mujeres a la hora de acceder a las categorías profesionales y formativas más elevadas. Además, como argumento complementario, hay que tener en cuenta que esas oportunidades suelen presentarse en la etapa de formación de la propia familia. Si, como se ha visto, aún no se ha llegado a un pleno equilibrio en el reparto del trabajo doméstico y el remunerado en las parejas, siendo la mujer la que asume un mayor peso del primero, parece lógico pensar que puede verse condicionada para continuar con sus aspiraciones formativas o profesionales.

Precisamente, las expectativas de dedicación al trabajo doméstico y reproductivo son un factor que condiciona la socialización de las nuevas generaciones en materia de roles de género. Según los datos del *Sondeo de Opinión* sobre igualdad de género (INJUVE, 2008c) aún se observa que muchas familias favorecen que las niñas y las adolescentes asuman tareas tradicionalmente consideradas como femeninas. En principio, la mayoría de jóvenes considera que en las familias existe equidad entre los hijos de uno u otro sexo. Pero si se atiende a los que experimentan desigualdad, normalmente esta se traduce en una mayor exigencia hacia las mujeres en la colaboración con las tareas de casa, en comparación con sus pares varones. Esta

percepción de desigual reparto de responsabilidades se da sobre todo entre mujeres y, más aún cuanto más jóvenes son, lo que hace pensar que pueda estar relacionado con pautas que observan en el hogar familiar.

En cuanto a las expectativas laborales, los datos del citado informe reflejan una situación ambivalente. Por un lado, se observa que el modelo igualitario, en el que hombres y mujeres se dedican por igual al trabajo dentro y fuera de casa, es el más valorado por los jóvenes. Además, la perspectiva de ser ama de casa de manera exclusiva prácticamente ha desaparecido como aspiración femenina y los hombres, cuando se independizan, tienden a implicarse en mayor medida en las labores domésticas que las generaciones anteriores. No obstante, por otro lado las mujeres siguen prefiriendo repartir su tiempo por igual entre el hogar y la profesión; y para ellos es prioritario este último (INJUVE, 2008c). Además, en general, los jóvenes siguen optando por ocupaciones estereotipadas según su género y las mujeres valoran el trabajo remunerado como algo secundario y relativo a las necesidades del núcleo familiar; mientras que ellos consideran que el suyo es fundamental para el sostenimiento del hogar (Fuertes, 1996).

Una de las conclusiones que pueden extraerse a raíz de los hechos presentados es que pese a que el discurso y las políticas de igualdad se han ido incorporando a la educación y han ido erosionando el modelo tradicional de roles de género aún se constata una contradicción en la sociedad española. Así, en la realidad se constata que a pesar de que la mujer cuenta, en promedio; se encuentra con menos oportunidades de trabajo, peores condiciones laborales y la precariedad e inestabilidad laboral tienden, en muchos casos a convertirse en crónico. En contraste, para los hombres se trata de una situación transitoria ya que tienden a ganar estabilidad con el paso del tiempo (INJUVE, 2008c).

Otro de los aspectos de la igualdad de género se refiere a la experiencia o percepción que tienen los adolescentes españoles de ella. Aunque en general muchas consideran no haberse sentido discriminadas por el hecho de ser mujeres, esta percepción es diferente entre las cercanas en edad a la treintena, las que están trabajando y de las que se declaran ideológicamente de izquierdas, ya que son las que perciben una mayor desigualdad. En contraposición, los hombres son los que perciben una menor discriminación en contra de las mujeres, es decir, ven la realidad social en términos de mayor igualdad que ellas (INJUVE, 2008c).

Algunos autores han señalado que se ha avanzado lento en materia de igualdad laboral en comparación con las grandes transformaciones de la estructura de la sociedad y la progresiva erosión del patriarcado, el mayor nivel educativo de la población femenina y los cambios en los aspectos legislativos en este sentido (Aguinaga, 2004; Fernández-Llebrez y Camas, 2010). Por tanto, es lógico pensar que las experiencias vitales de la juventud, como el acceso a un trabajo remunerado, la emancipación habitacional, un mayor bagaje educativo, las relaciones de pareja adulta o la adopción de ciertas posturas ideológicas vayan creando una conciencia de la distancia entre el ideal de igualdad en el que han sido socializadas las mujeres en la infancia y adolescencia; y la desigualdad de facto que se encuentran al incorporarse al mundo adulto. De hecho, como señala Aguinaga (2004), con la edad aumenta los deseos de equiparación por parte de ellas, hasta el punto de que, a partir de los 30, el conflicto de intereses con los hombres se convierte en un aspecto identitario de las mujeres.

Finalmente, aunque algunas de las opiniones juveniles pueden resultar contradictorias, sí que parecen indicar una progresiva superación de los estereotipos heredados sobre los roles de género. La investigación de Moya (1993) muestra que, si bien es cierto que las personas tienden a definirse en sintonía con los estereotipos de género, esto no sucede de forma tan drástica y generalizada como cabría esperarse –más aún si se tienen en cuenta los primeros estudios sobre la feminidad y la masculinidad de los años 80-. Según el investigador, hay rasgos de uno y otro tipo que se atribuyen en igual proporción a hombres y mujeres; y, además, aparecen cruzados, es decir, algunas características típicamente masculinas han aparecido como predominantes entre las mujeres, y viceversa. Aunque es más probable lo primero que lo segundo, esto es, que en general, es más probable que una mujer se atribuya rasgos típicamente masculinos, que a la inversa. Una posible explicación es que los estereotipos y roles masculinos se encuentran más arraigados y que haya experimentado una menor transformación en comparación con los de las mujeres. De hecho, incluso en el terreno de las relaciones íntimas son las adolescentes las que cuestionan el rol atribuido y las que perciben más las desigualdades en comparación con los hombres (Megías, Rodríguez, Méndez y Pallarés, 2005)

Otro de los indicios en ese sentido es que las adolescentes cuyas madres desempeñan trabajos remunerados manifiestan roles menos estereotipados en comparación con aquellas cuyas madres trabajan exclusivamente dentro del hogar, por lo que cabe la posibilidad de que la situación pueda revertirse con las próximas

generaciones (Santrock, 2004). Además, puesto que la tendencia es que los hombres jóvenes vayan asumiendo más carga del trabajo reproductivo, esto quizá posibilite nuevos modelos de estructura familiar y pautas de socialización para las nuevas generaciones.

#### **4.1.5 Sexualidad y relaciones interpersonales entre los adolescentes**

La sexualidad y las relaciones interpersonales es una de las esferas de la vida de las personas en donde entran en juego las diferentes expectativas y roles en función del género. Si bien es cierto que la moral sexual en España ha tendido a flexibilizarse en el transcurso de las últimas décadas, favoreciendo una mayor aceptación de la igualdad y libertad en las conductas y actitudes sexuales, todavía se evidencian estereotipos y expectativas en torno a lo que se considera adecuado, inherente o natural, para uno y otro sexo. Así, la imagen del hombre en el discurso de los jóvenes es la de un conquistador que presume de sus relaciones, al que se le presupone un mayor deseo sexual, una tendencia a la infidelidad y a la inestabilidad afectiva; y que al que se le exige «dar la talla» en los encuentros sexuales. Por el contrario, ellas son las que tienen que poner los límites, ser recatadas y prudentes en los diálogos sobre sus relaciones, manifestar un menor impulso sexual y concebir la relación en términos más de vínculo afectivo y de estabilidad. Ante la frustración del ideal, algunas pueden optar por conductas más parecidas a las masculinas, con encuentros más fortuitos y una conducta sexual más explícita. (Megías, Rodríguez, Méndez y Pallarés, 2005).

En esta misma línea, otros autores (Fuertes, 1996; Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1996) han señalado que existe una mayor expectativa sobre las mujeres acerca de lo que se considera un comportamiento sexual apropiado. Además han observado que las adolescentes manifiestan una actitud de búsqueda de aprobación, la necesidad de crear vínculos afectivos y más presión para sentirse atractivas; mientras que ellos se preocuparían más por reforzar su imagen y su posición de dominio frente a otros. Además, las mujeres muestran puntuaciones más bajas en las escalas de autoestima, lo que se ha relacionado con la vivencia de la imagen corporal, que es especialmente relevante en esa etapa; y con el valor social que se le ha otorgado a la apariencia física en las sociedades contemporáneas.

Por tanto, en contraste con el ámbito educativo, laboral o político, donde cada vez es más patente el discurso de la igualdad de género –aunque con bastante reservas



en la praxis—, en la esfera íntima y de las relaciones de amistad parece seguir reproduciéndose la desigualdad en torno a las conductas y actitudes deseables o naturales según el sexo (Megías, Rodríguez, Méndez y Pallarés, 2005). Teniendo en cuenta la relevancia de la socialización entre los iguales en esta etapa vital, lo esperable es que muchos de los patrones que se asimilen, posteriormente se reflejen en las relaciones de pareja de la vida adulta; incluso en las familiares —si las hubiere—.

A modo de conclusión, cabe destacar que se ha comprobado como los adolescentes, por la etapa en que se encuentran, de revisión de los referentes identitarios heredados o asimilados en la infancia, son especialmente susceptibles a los roles de género. Es un momento clave porque tiene lugar la maduración sexual que supone importantes cambios físicos que acentúan las diferencias anatómicas entre el hombre y la mujer. No sólo hay algo diferente en ellos y lo pueden constatar, sino que la sociedad reformula también sus expectativas respecto a ellos, incluyendo las que se atribuyen a su ser hombre o ser mujer.

Además, en este terreno se ha constatado que existe una brecha entre, por lado la incorporación de valores finalistas en los jóvenes, tales como la igualdad entre hombre y mujer; y por el otro los comportamientos y actitudes que manifiestan que siguen reproduciendo, aunque en mucha menor medida que épocas anteriores, los tradicionales roles de género. La tendencia de la sociedad española ha sido hacia una mayor igualdad formal entre hombre y mujeres, que se traduce en una socialización que permite en mayor medida una flexibilización de los roles de género tradicionales, tanto en las familias como en la escuela. Aunque aún el mercado laboral refleja que la precarización tiene un marcado signo femenino y que parece que, cuanto más íntima es la esfera de relaciones, en mayor medida encontramos que se reproducen los estereotipos de género. De hecho, es la toma de decisiones familiares o de pareja uno de los ámbitos en los que entran en juego las expectativas de reparto del trabajo reproductivo y productivo, y donde se sigue observando que se reproducen los patrones tradicionales.

Si bien es cierto que, a diferencia de épocas anteriores, las mujeres jóvenes actuales han estado más expuestas al discurso a la igualdad, especialmente en las primeras etapas del ciclo vital, conforme entran en la edad de asumir hitos de la vida adulta, como acceder al mercado laboral, emanciparse o formar su propia familia, constatan que no se cumplen esos ideales de equiparación. Ellas consideran que, pese a su mayor nivel formativo, se encuentran desfavorecidas salarialmente en el desempeño de las mismas ocupaciones, predominan en las medias jornadas, acusan una mayor

discontinuidad y son minoría en los puestos de mayor responsabilidad. Esto explica por qué las adolescentes más jóvenes son las que perciben una menor discriminación, ya que siguen en el sistema educativo; y que la experiencia de sentirse discriminadas sea más elevada para las que trabajan y las más mayores. Además, a veces, el discurso de igualdad choca con lo que observan en sus hogares, en los que, si bien es cierto que muchas madres se han incorporado al mercado laboral, lo hacen asumiendo la mayor parte de las tareas domésticas, no en situación de reparto equitativo.

Con respecto a cómo el sexo puede condicionar la identidad de las personas, se ha podido comprobar que existen diferentes posturas. Se han cuestionado los primeros estudios del TST que encontraban que la mujer se definía más consensual, en términos familiares y de relación con otros; mientras que los hombres lo harían en términos de autonomía y de categorías o grupos más amplios. Pero también hay otras investigaciones que muestran que es necesario tener en cuenta el contexto sociocultural, ya que ese es un patrón específico de respuesta que se ha demostrado característico de las sociedades colectivistas y no para el caso de las individualistas.

La siguiente cuestión que esto plantea es qué cabría esperar en el caso de España. Según los criterios de Hofstede<sup>6</sup>, el país estaría situado en un punto intermedio entre colectivismo e individualismo, de manera que, si se compara con el resto de países europeos, su perfil es más colectivista; pero si se toman otras regiones, podría considerarse como individualista. Por tanto, no está claro qué cabría esperar en el tipo de respuesta a la pregunta sobre la identidad.

## **4.2 Los ámbitos de interacción social de los jóvenes**

La identidad, tal y como se ha defendido a lo largo de este trabajo, es concebida como esencialmente social y dialéctica, de manera que se construye a partir de las interacciones y de acuerdo a las posibilidades y restricciones del marco sociocultural más amplio. Entre los diferentes ámbitos de interrelación en los que se desenvuelve el ser humano, especialmente en el caso de los jóvenes, está el contexto de relaciones familiares y las dinámicas que se generan en sus grupos de pares. Precisamente, durante

---

<sup>6</sup> Clasificación de las culturas en función de una serie de dimensiones: distancia de poder, individualismo y colectivismo, masculinidad y feminidad, evasión de la incertidumbre y orientación al largo plazo frente orientación al corto plazo. Los datos actualizados de cada España pueden consultarse en *Hofstede Centre*, <http://geert-hofstede.com/spain.html>

la adolescencia la persona lleva a cabo un ajuste entre los valores, actitudes y pautas de comportamiento heredados de las figuras adultas de su entorno –fundamentalmente, sus progenitores y profesores- y otros nuevos que van surgiendo en la interacción con los iguales. A partir de esta experiencia van elaborando una imagen de sí mismos y proyectándose hacia el futuro mediante expectativas sobre cómo ser y vivir (Díaz, 1997).

En lo que se refiere a España, los mismos jóvenes consideran la familia y los amigos, junto con la salud, como los aspectos más relevantes de su vida y, además, esta tendencia se ha ido acentuando en los años del cambio de siglo<sup>7</sup>. Es más, ellos consideran que es en esos núcleos relacionales donde se dicen las cosas más relevantes para su vida; en detrimento de otras instancias como los medios de comunicación, los libros, los centros de enseñanza, las iglesias o los partidos políticos –citados en este orden de importancia–. Parece, por tanto, que las relaciones cercanas tienen una mayor capacidad de influenciar sus vidas que otros agentes de socialización de tipo institucional (Elzo, 2004).

A continuación se presenta una aproximación a la evolución que ha tenido la familia como institución en las últimas décadas; así como una revisión somera de su rol en los proceso de transición a la independencia por parte de los jóvenes. En un último epígrafe se hará referencia más específica a las relaciones que se dan en el seno familiar y como estas son vividas por parte de los jóvenes. Posteriormente, se abordarán las relaciones de amistad, su función dentro del desarrollo psicosocial de los adolescentes; así como los espacios en los principales ámbitos o plataformas en los que se crean y recrean este tipo de vínculos sociales: el ocio y las nuevas tecnologías.

#### **4.2.1 Evolución de la institución familiar en el cambio de siglo**

En la mayoría de las sociedades, la familia más cercana, independientemente de quienes o cuantos la conformen, constituye la primera instancia de contacto de una persona con el entorno humano que le rodea y uno de los pilares fundamentales de su socialización. Por familia se entiende un grupo de individuos vinculados por su consanguineidad, por matrimonio o por adopción, que forman una unidad económica y en la que los adultos se encargan de la crianza de los niños. Aunque han adoptado

---

<sup>7</sup> Se puede comprobar en los sondeos de opinión del INJUVE entre 1999 y 2008; en el estudio de Megías y Elzo (2002) para la Fundación de Ayuda contra la Drogadicción y también en los informes de la Fundación Santamaría *Jóvenes españoles 2005* y *Jóvenes españoles 2010*

diversas formas en su composición según las culturas y épocas históricas, la predominante en las sociedades occidentales actuales es la familia nuclear, que en ocasiones también puede mantener relaciones bastante cercanas o continuadas con parientes de la familia extensa (Giddens, 1991). Además, su rol es clave para el desarrollo de la identidad puesto que proveen muchos de los contenidos y recursos simbólicos necesarios para la definición de uno mismo –valores, creencias, estilos de vida, etc.–, que se derivan de la identificación con algunas categorías sociales el género, la etnia o la clase social (Revilla, 1998). Además, la función de la familia no se limita a la reproducción cultural o de unas actitudes o comportamientos individuales, sino que también transmite una posición dentro de la estructura social. En este sentido, la función de la institución familiar, no es la reproducción de la cultura o de una serie de rasgos individuales, sino como transmisora de una posición dentro de la estructura social. No se puede negar que algunos individuos consiguen superar los condicionamientos del estrato socioeconómico familiar y que, además, en determinados momentos históricos han surgido pautas culturales que han transformado la estructura social pero, en términos generales, los hijos tienden a ocupar posiciones equivalentes a las de sus padres (Barbeito, 2002).

En cualquier caso, la elaboración de las autodefiniciones personales tiene lugar en y a través de las distintas interacciones sociales, dentro de la cuáles la familia ocupa una posición predominante (Hockey y James, 2003). A su vez, está condicionada por las posibilidades y restricciones que ofrece el marco cultural más amplio, los eventos históricos y las características de la posición socioeconómica que ocupa el núcleo familiar (López A., 2006; Sandtrock, 2004). Así, “los jóvenes reproducen con un alto grado de probabilidad las pautas generales de conocimientos, valores, actitudes e intereses que definen los universos políticos, las identidades colectivas y el grado de implicación pública o política de las familias de origen” (Barbeito, 2002, p. 4).

Por lo que se refiere a las sociedades occidentales la forma en que se constituye la familia, el rol de los distintos miembros y sus funciones en la estructura social han ido evolucionando a tenor de otro tipo de fenómenos y procesos que han ido teniendo lugar. En primer lugar, se han visto afectadas por los cambios económicos de las últimas décadas y sus consecuencias para el mercado laboral que se ha polarizado entre, por un lado, puestos de trabajo especializados –cada vez menos– que requieren una extensión del período formativo pero ofrecen una alta remuneración y estabilidad; y por el otro, empleos más precarios en cuanto a salario, temporalidad y cualificación. Esto ha

ido acompañado de un proceso de flexibilización de los puestos laborales, una sobrecualificación en trabajadores que no encuentran trabajo acorde con su formación y de una necesidad de actualización continua de los conocimientos que se van quedando obsoletos ante las nuevas exigencias empresariales (Aristu, 2002).

En este contexto, las familias van a experimentar una mayor dificultad para transmitir el estatus profesional, el capital social y el capital simbólico a sus hijos, quienes, por su parte, tienen la tarea de elaborar sus biografías desarrollando sus propios recursos (Gil Calvo, 2002). Aunque, como han señalado Brunet y Pizzi (2013), este fenómeno no afecta por igual a todas las clases sociales, sino que se trataría especialmente de las familias profesionales urbanas. En las clases altas, las familias cuentan con un patrimonio material y simbólico que les permite mantenerse al margen de la desestructuración del mercado laboral. Y en las más bajas, si no ha habido un buen desempeño escolar, hay muchas posibilidades de depender de las redes familiares para poder encontrar algún trabajo y tener una posición social.

Otra de las transformaciones sociales de mayor calado en las familias occidentales ha sido la progresiva evolución del rol que tradicionalmente se otorgaba a la mujer en la sociedad, gracias en gran medida a la labor llevada a cabo por los movimientos feministas. En los diferentes ámbitos de la vida, político, doméstico, educativo, laboral o legislativo, se ha tendido hacia una mayor igualdad; incrementándose la presencia femenina en todos los niveles formativos y en el mercado laboral, lo que ha implicado una percepción de las mujeres como parte del tejido productivo, tendiendo a extenderse la corresponsabilidad en las tareas domésticas. Aunque como se mostró en el apartado de identidad de género, aún no se puede hablar de responsabilidad compartida plena de las funciones y las tareas, estos cambios han cuestionado los roles tradicionales de género y el modelo familiar patriarcal, generando unas dinámicas más igualitaristas y democráticas (Callejo, 2002; González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008).

Un tercer factor que incide en el papel de las familias es que, pese a ser muy valoradas por los jóvenes, ha ido cediendo parte de su protagonismo de la socialización, a favor de otros agentes como los medios de comunicación o el grupo de iguales. Además las tecnologías de la información y la comunicación se han convertido en una fuente fundamental de aprendizaje social al ser parte fundamental de la sociabilidad actual y como vía de acceso a múltiples posibilidades de estilos de vida, de definiciones personales, de experiencias. No obstante, aunque la familia haya perdido parte de la

capacidad normativa, sigue siendo la principal instancia de socialización en tanto que es una referencia para la vida de los jóvenes (Moreno, 2002).

Un elemento también destacable en los cambios que ha afrontado la familia actual está relacionado con la vivencia de las relaciones íntimas. Tradicionalmente, en la sociedad española el modelo familiar más extendido había sido el nuclear –a veces con la presencia de algún pariente de la extensa–, heterosexual, con hijos y padres unidos por el matrimonio religioso. No obstante, la desregulación o desinstitucionalización de la vida de las parejas y la flexibilización de las normas sociales han supuesto una evolución en las actitudes y conductas sexuales y matrimoniales. Esto tendría diferentes consecuencias en la vida de los individuos desde la posibilidad de la divorciarse, a la aceptación social de la cohabitación prematrimonial, pasando por un mayor conocimiento y acceso a los medios de control de la natalidad, la aparición de nuevas formas de familia o el reconocimiento social de situaciones familiares antes reprobadas –familias unipersonales, monoparentales u homoparentales; parejas sin hijos, de hecho, que no comparten todos sus bienes; hijos fuera del matrimonio, etc.–. De hecho, aunque el matrimonio religioso sigue siendo la opción mayoritaria, en el cambio de siglo comienza a perder peso en favor de otro tipo de uniones. Y la cohabitación es cada vez más frecuente entre los jóvenes aunque, más que como alternativa al matrimonio, como fase previa al mismo (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008; Callejo, 2002). No sólo se está produciendo una transición en la composición de la familia sino también de los significados que se le atribuyen. Un ejemplo son los datos sobre nacimientos del INE, que muestran que entre 1996 y 2002 el número de hijos que nacían fuera del matrimonio pasó de ser un 11,7% a un 21,4%. Esto implica una ruptura de la tradicional asociación entre la procreación y el matrimonio (Elzo, 2006).

Otra consecuencia de estos cambios es que los jóvenes desvinculan cada vez más su comportamiento de los preceptos morales tradicionales y de los controles paternos y del entorno social (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008). La satisfacción sexual y emocional, así como el desarrollo personal son señalados por ellos como los aspectos más relevantes en una relación de pareja, por encima de tener hijos y de la fidelidad. Además, aceptan mayoritariamente el divorcio, lo que supone reconocer la posibilidad de un fracaso matrimonial o, en otras palabras, que la ruptura está legitimada socialmente (Callejo, 2002).

En suma, todos estos cambios han supuesto un cuestionamiento al modelo de familia nuclear patriarcal característico de la modernidad y la industrialización, en el

que la figura paterna era la del sustentador económico y autoridad en la toma de decisiones de los demás miembros; mientras que la madre proveía de los cuidados domésticos y afectivos. En contraposición, en los nuevos modelos de familia hay una mayor equidad en el reparto de funciones y tareas, menor presión de las prescripciones sociales y la afectividad, la sexualidad y la realización personal cobran relevancia sobre las funciones reproductivas.

Fruto de todas estas transformaciones, las trayectorias personales con cada vez más abiertas, flexibles, variables y las instituciones sociales han perdido capacidad para imponer a los individuos decisiones vitales –laborales, familiares, de relación-. Antes la juventud era un tiempo de preparación para la asunción de roles que venían dados por la profesión del padre, el género o la clase social. La transición a la vida adulta implicaba una cierta linealidad que traigo consigo la superación de una serie de hitos: finalizar la etapa formativa, incorporarse a un puesto de trabajo, la emancipación habitacional, la formalización de la relación de pareja y la maternidad y paternidad. Aunque estas metas siguen formando parte del camino a la adultez, no necesariamente se alcanzan de manera consecutiva ni de forma irreversible, lo que se ha traducido en una prolongación de la dependencia parental y un retraso en la formación de nuevas familias. Por tanto, las personas disponen de una mayor autonomía y capacidad de elección y tienen menor peso las prescripciones y normas sociales (Leccardi, 2010; Requena, 2002). En estas circunstancias, la familia, más que diseñar un futuro para sus hijos, la función que desempeñan es la de acompañar las tomas de decisiones y facilitar el acceso a recursos para construir la propia trayectoria vital.

#### **4.2.2 La dependencia/ independencia de la familia de origen**

En la adolescencia, una de las principales transiciones que afrontan la persona para asumir el rol de adulto es el paso de una situación de dependencia de la familia de origen, a otra en la que se configura como individuo autónomo capaz de gestionar la propia vida –toma de decisiones, economía personal, incorporación al sistema productivo, ocio y estilo de vida, etc.- (Firth, 1984).

En la mayor parte de países europeos, la emancipación está relacionada con la mayoría de edad, de manera que cuando un joven cumple 18 años lo habitual es independizarse, en pocos años más convivir con la pareja y tener hijos antes de casarse, apoyados, además, por políticas sociales que facilitan todo el proceso. Es más, se

considera que los hijos son sólo responsabilidad de los padres hasta que estos se convierten en ciudadanos de pleno derecho, de manera que es el Estado el que responsabiliza de las situaciones de precariedad o vulnerabilidad (Flaquer, 1997).

No obstante, en las sociedades mediterráneas el patrón de emancipación es diferente y por lo general esta se asocia al matrimonio y al disfrute de unas condiciones laborales y económicas que permitan crear y sostener una familia. A esto se suma que en estos países el estado de bienestar cuenta con un menor grado de cobertura social, lo que supone que la estructura familiar es la que sostiene las situaciones de especial protección, entre ellas, la de los jóvenes con dificultades para emanciparse. Como consecuencia, los jóvenes han ido prolongando el tiempo de permanencia en el hogar de los progenitores, con el consecuente retraso de la natalidad y de la nupcialidad (Flaquer, 1997; López, 2006; Moreno L., 2000; Moreno A., 2002; Magliavacca, 2010). Además, muchos padres, una vez que los jóvenes consiguen independizarse siguen ofreciendo diversos tipos de apoyo –económico, cuidado de hijos, compras, adquisición de vivienda, etc.- (Barbeito, 2002; Flaquer, 1997). Algún autor (Gil Calvo, 2002) relaciona esta tendencia con la herencia histórica de un estado diseñado por gobiernos dictatoriales que fomentaban la dependencia del cabeza familia penalizando el trabajo femenino y juvenil. De esta forma, los hombres no se arriesgan a casarse hasta que pueden garantizar la provisión necesaria de servicios y bienes a su futura familia; mientras que las mujeres no se atreven a emanciparse y tener hijos sin la seguridad de un marido.

En lo que se refiere a la situación española, diversos factores influyen en la emancipación juvenil: unos de tipo económico, que tienen que ver con disponer de los medios para asumir ese cambio; y otros culturales, que influyen en las motivaciones para decidirse a salir de la casa familiar. Desde el punto de vista socioeconómico, diversos estudios sobre emancipación muestran la relación de esta con la evolución del mercado laboral. En términos generales, la tendencia que se observa es la precarización de las condiciones laborales de los jóvenes, las elevadas tasas de paro y de temporalidad generan incertidumbre respecto al futuro, y, en definitiva, retrasan la decisión de salir de hogar familiar (Gil Calvo, 2002; Moreno L., 2000; Moreno A., 2002). Precisamente, Requena (2002) llevó a cabo una revisión de los ciclos económicos de las últimas décadas del siglo XX y las pautas emancipadoras de los jóvenes españoles encontrando que, efectivamente, suelen evolucionar de forma pareja. Si se tienen en cuenta los primeros años del siglo XXI –tabla 3–, el desempleo fue disminuyendo al tiempo que



se incrementaba la autonomía económica y el número de jóvenes independizados del hogar familiar. El punto de inflexión ha sido el año 2008, que daría inicio a la crisis económica que dispararía en los años siguientes los niveles de desempleo juvenil<sup>8</sup> y en los la tendencia emancipadora se vea radicalmente interrumpida. En cualquier caso, se deduce que se mantiene la pauta de asociación señalada por Requena.

**Tabla 3. Indicadores laborales y de autonomía de los jóvenes españoles menores de 30 años**

	Independizados	Autonomía económica*	Tasa desempleo juvenil
<b>2000</b>	23	37	17***
<b>2004</b>	32	45	17
<b>2008</b>	37	51	26
<b>2012</b>	8**	45**	40

Fuente: Elaboración propia con datos de la EPA y el INJUVE.

\*Jóvenes que viven exclusiva o fundamentalmente de sus propios recursos económicos.

\*\*Población de 16 a 24 años

\*\*\*Año 2001

A lo dicho habría que añadir que España, no solo hace frente a las tasas más elevadas de desempleo juvenil de la Unión Europea, sino que también es líder en temporalidad. Así, en el año 2012, entre los menores de 25 años ocupados, el 61,4% trabajaba en puestos temporales (INJUVE, 2012). Y por otro lado, tampoco favorece la emancipación el precio de la vivienda que, en términos generales, ha tendido a incrementarse en los últimos años y la existencia de un mercado de alquiler muy reducido en comparación con otros países (Requena, 2002)<sup>9</sup>.

En consecuencia, lo que ha estado sucediendo durante las últimas décadas es una progresiva erosión del «pacto generacional» del estado de bienestar según el cual se aseguraba a los más jóvenes un puesto de reemplazo en la estructura socioeconómica; a la vez que el trabajo de las nuevas generaciones garantizaba las pensiones de jubilación de los más mayores (Aristu, 2002). Y las familias han desempeñado un rol fundamental como colchón o prevención ante exclusión a las que se verían abocados un amplio número de jóvenes desempleados o trabajadores precarios.

No obstante, si bien es cierto que los factores económicos influyen decisivamente en la emancipación juvenil, no son los únicos. Si así fuera, cabría esperar que, ante la falta de oportunidades laborales se diera una mayor movilidad geográfica de

<sup>8</sup> Según la EPA, en el segundo trimestre de 2014 se alcanzó una tasa de desempleo del 53,1% para la población de 16 a 24 años.

<sup>9</sup> Según los datos de Requena (2002), procedentes de la Sociedad de Tasaciones, el precio por metro cuadrado se incrementó un 87% y el alquiler un 97% en los años 1988 y 2000)

los jóvenes hacia regiones con menores tasas de desempleo. Sin embargo, como señala Gil Calvo (2002), en España existe una resistencia al desplazamiento para la búsqueda de empleo que apunta a otro tipo de factores de tipo más cultural. Además, las clases más acomodadas que disponen de mejores condiciones para emanciparse, son los que tienden a retrasar en mayor medida esta decisión (Moreno, 2002). Una de las explicaciones que se han ofrecido de este fenómeno es que si la independencia supone una pérdida de calidad vida respecto al hogar paterno –por ejemplo, si el empleo que se consigue no permite mantener el mismo nivel de consumo– existen incentivos para salir de él (Iglesias, 1997).

Uno de los factores culturales que más ha condicionado que los jóvenes asuman el riesgo de emanciparse es la evolución que ha experimentado el clima familiar. Así, los padres de los adolescentes y jóvenes actuales buscaban cuanto antes la independencia económica y habitacional poder gestionar sus propios recursos, tener capacidad de tomar decisiones sobre su vida y libertad frente al autoritarismo de la familia patriarcal de procedencia. En la actualidad, los hijos de esa generación, si bien afrontan muchas dificultades para acceder a un puesto de trabajo y una vivienda que les permitan independizarse, también cuentan con unos progenitores que cubren sus necesidades y la mayoría de sus gastos personales, y de hecho, frecuentemente disponen de una importante capacidad de consumo. Esto ha generado ambigüedad en la vivencia de oposición entre autonomía y dependencia, característica de la juventud (Torregrosa, 1972), ya que, aún teniendo el deseo de emanciparse, en su hogar familiar se les ofrece una amplio margen de libertad en el uso del tiempo, el dinero y de configuración de un estilo propio personal, al tiempo que no se les exige contribuir con los gastos familiares (Requena, 2002; Revilla, 1998). Por tanto, ante la posibilidad de independizarse o no, surgen otras alternativas que facilitan procesos de emancipación parcial, de manera que la autonomía se consigue de forma progresiva.

A esto se podría añadir el tipo de socialización predominante en muchas familias españolas que no favorece la emancipación juvenil sino que la dificulta ya se porque o el *statu quo* estimula para la salida del hogar familiar; o porque los hijos carecen de las habilidades o recursos necesarios para desenvolverse más allá de la red protectora de los progenitores (Megías et al., 2002).

Otro de los factores que contribuye a prolongar la dependencia familiar es la extensión de los períodos formativos. Desde los años 70 se ha ido incrementando el número de estudiantes universitarios que, en la mayoría de casos, dependen total o

fundamentalmente de los padres, puesto que el mercado laboral no ofrece puestos compatibles con el estudio y por tanto es más difícil la independencia (Iglesias, 1997). Una de las explicaciones para este fenómeno es que se trata de una respuesta adaptativa a los cambios producidos en la economía postindustrial. Muchos progenitores no pueden transmitir a sus hijos sus posiciones sociales, puesto que sus ocupaciones se están viendo devaluadas o extinguidas fruto de la reconversión tecnológica, lo mismo que sucede con sus redes de relaciones y de información. En estos casos la inversión de esfuerzos ya no es que reproduzcan sus posiciones sino que accedan a la educación que les permita tener una en la sociedad de la tecnología y la información (Brunet y Pizzi, 2013; Gil Calvo, 2002).

La otra de las razones que puede explicar la extensión de la etapa educativa es estratégica, esto es, se dedica más tiempo a la formación en espera de tener una ventaja comparativa en el currículum cuando la situación laboral mejore. No obstante, aunque, como señala Aristu (2002), la generación actual sea una de las mejor formadas, su preparación no se corresponde con las oportunidades laborales que se les brindan al finalizar sus estudios con la consecuente vivencia de frustración por haber invertido en una educación que no va a cubrir sus aspiraciones laborales, sociales y económicas.

Se puede añadir además un factor de género, relacionado con la expectativa de de constitución de un hogar propio. Para algunos jóvenes, especialmente en el caso de las mujeres, la idea de formar un núcleo familiar está condicionada a la obtención de una estabilidad profesional y una seguridad económica por lo que no es de extrañar que se retrase hasta pasado los 30 años. Justo al contrario sucedía en la generación de sus madres o abuelas que, en no pocos casos, aún teniendo estudios o formación profesional cualificada, renunciaron a la promoción profesional para dedicarse fundamentalmente al cuidado de los hijos (Gil Calvo, 2002).

### **4.2.3 Los jóvenes españoles y sus relaciones familiares**

La etapa de la adolescencia y la juventud es un período en el que, entre otros fenómenos, tiene lugar un cambio en las relaciones familiares debido a la progresiva adquisición de autonomía personal por parte de los hijos. Es además el momento en que revisan el marco normativo y valorativo heredado de la familia, en contraste con nuevas informaciones que les llegan de los amigos, el centro de estudios, los medios de comunicación, etc.; y en el que tratan de ganar autonomía personal y elaborar una

imagen de sí mismo. Esto ha hecho que se haya extendido, tanto entre los padres como entre la sociedad en general, la idea de que existe una tendencia por parte de los jóvenes al conflicto con sus progenitores y que se establece entre ellos una distancia en cuanto a valores y actitudes. Es lo que se ha denominado la brecha generacional –*generation gap*–. Sin embargo, las investigaciones empíricas por parte de las ciencias sociales han encontrado evidencias de precisamente lo contrario, esto es, de que en términos globales, las relaciones familiares son buenas y que los adolescente consideran a sus padres como una referencia y apoyo. Tampoco parecen existir muchas diferencias entre padres e hijos con respecto a la orientación profesional, las actitudes morales y el valor del trabajo. Incluso se tiende a coincidir en ideas políticas, creencias y actitudes vitales (Aguinaga, 2000; Barbeito, 2002; Coleman y Hendry, 1999; Iglesias, 1997; Sandtrock, 2004). Además, más que el acuerdo en torno a unos valores, opiniones o una visión del mundo, lo que se valora es la comprensión, el afecto y las buenas relaciones interpersonales (Iglesias, 1997). De esta manera, los conflictos entre padres e hijos suelen estar relacionados con cuestiones de la vida cotidiana y de su autonomía personal – el orden, los horarios, los estudios, las tareas domésticas, etc.- (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008) pero no suelen ser un motivo de ruptura de la relación entre los progenitores y los hijos.

Aunque parece que el clima en los hogares es menos hostil, más democrático y permisivo que en otras épocas, esto no es óbice para que efectivamente haya más discusiones en la casa cuando los hijos son adolescentes que cuando eran niños. En el discurso de los jóvenes los motivos más frecuente de discusión son el excesivo autoritarismo de uno o ambos padres o bien algunas de las limitaciones a determinadas conductas que consideran intolerables o peligrosas (Revilla, 1998). Incluso, en algunos casos, se llega a un grado elevado de conflictividad tal que provoque conductas peligrosas por parte de los hijos –escaparse de casa, sectas, matrimonios precoces, delincuencia, abandono de estudios, etc.- (Sandtrock, 2004). Pero este no suele ser el caso más frecuente, sino más bien la excepción.

Por otra parte, las familias españolas presentan unas características que condicionan el tipo de relaciones entre sus miembros. Como se destacó previamente, diversos factores han contribuido a alargar el tiempo de permanencia de los hijos en el hogar familiar, generando la necesidad de replantear las dinámicas de convivencia y el papel educador de los padres, más allá del apoyo material o la imposición de límites. Esto se ha traducido en la necesidad de desarrollar la capacidad negociadora,

especialmente cuando los hijos son más mayores, lo que obliga a ser más permisivos para que no vean amenazada su autonomía personal y su identidad (Leccardi, 2010). En algunos casos, como señala López (2006) conforme avanzan en edad los hijos deja de haber tensiones respecto a temas de autonomía fundamentalmente porque unos y otros hacen su vida y tratan de mantener la armonía aún a costa de tener poca relación ente sí.

Finalmente cabe recordar que la institución familiar es altamente valorada, y que además, ha sabido adaptarse a las demandas del cambiante contexto actual. Las crisis económicas no han erosionado los vínculos familiares, sino que estos se han visto fortalecidas suscitando el apoyo mutuo y la solidaridad intergeneracional. Es más, la percepción de estas relaciones es muy positiva (Iglesias, 1997; Díaz, 1997). Por citar unos datos, el estudio de jóvenes de la Fundación Santamaría del año 2005 mostraba que se valoraba mayoritariamente como buenas o muy buenas las relaciones afectivas - 90%-, el apoyo material brindado por los padres -89%-, la comunicación intrafamiliar - 83%- y la estabilidad y seguridad en el hogar paterno -89%- (González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008)

Como conclusión, cabe señalar que, a pesar de la aparente crisis de la familia española actual, lo que se ha constatado es que se trata más bien de un proceso de adaptación a las transformaciones del entorno, en la búsqueda del mayor bienestar de sus integrantes de la pareja y de los hijos, en el que ha ganado capacidad de negociación frente al modelo autoritario tradicional y en pluralidad en su composición –quizá sea más apropiado hablar de «familias» en lugar de «familia»-. Aún y con todo, en España las tasas de divorcio, de cohabitación y de hijos fuera del matrimonio siguen siendo bajas en comparación con otros países europeos (Pérez, Chuliá y Valiente, 2000) y la familia nuclear tradicional también sigue siendo el modelo mayoritario y el más valorado por los jóvenes españoles (Díaz, 1997; Elzo, 2006; Iglesias, 1997).

Por tanto, en el caso español, la teoría de la desintitucionalización e individualización de las biografías se ven en cierta medida cuestionadas por la experiencia positiva de los jóvenes respecto a su vida familiar y por el apoyo que estas prestan a los individuos para garantizar sus derechos (Barbeito, 2002). Las trayectorias y variaciones en la composición de los núcleos familiares no se han traducido en una pérdida de relevancia de estas en la definición de uno mismo y la toma de decisiones vitales. Por el contrario, son valoradas por su función de apoyo ante las dificultades para emanciparse y también por la calidad de relaciones que se han generado. La única

diferencia es que en la sociedad posmoderna se han diversificado los itinerarios y formas de crear lazos con la pareja, los hijos y la familia de origen.

#### **4.2.4 Relevancia de la amistad en la vida de los adolescentes españoles**

Como se señaló previamente, junto con la familia, las relaciones con los grupos de iguales constituyen los principales círculos de interacción de los jóvenes españoles, además de ser uno de los aspectos de su vida mejor valorados. Además, numerosos estudios muestran que el nivel de satisfacción y de estabilidad de sus amistades es muy elevada (Leal, Ramos y Moreno, 2012).

Desde la infancia, la mayoría de las personas está en contacto con otras de su misma o cercana edad con las que relacionarse. Estos primeros grupos de amistad tienden a estar conformados por personas del mismo sexo, a tener fronteras más difusas y a ser heterogéneos. Es a partir de la adolescencia cuando los iguales adoptan un rol protagónico en la vida de las personas y comienzan a configurarse distintos grupos según el tipo de relación que se mantiene. De hecho, los mismos jóvenes son conscientes de que hay una notable diferencia entre formar parte de un grupo grande conocidos, compañeros y amigos, con los que se comparten algunas actividades –en especial el ocio nocturno- y las personas más cercanas con quienes mantiene una relación de amistad más íntima (Revilla, 1998).

Durante la adolescencia el grupo más grande o pandilla, en general, tiende a congregarse a jóvenes que comparten gustos musicales, de ocio, estilos de vestir, actitudes respecto a los estudios, las drogas, la sexualidad, etc.; y las interacciones giran en torno a actividades comunes, fundamentalmente durante el fin de semana. Las interacciones y conversaciones giran en torno a temáticas relacionadas con las subculturas juveniles –moda, música, información de interés, etc.- (Coleman y Hendry, 1999; Revilla, 1998; Sandtrock, 2004). Algunos autores (Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1995) han señalado que la clase social juega un papel más relevante en la conformación de los grupos de amistades que el factor generacional. Es decir, desde el punto de vista cultural, aunque los jóvenes compartan vivencias y concepciones comunes, prevalece el nivel socioeconómico familiar como factor homogeneizador del grupo sobre el mero factor generacional.

Por su parte, el grupo de amigos más cercanos es más reducido y restrictivo, caracterizándose por unas relaciones de confianza y apoyo mutuo, especialmente

cuando se viven problemas (Coleman y Hendry, 1999; Revilla, 1998; Sandtrock, 2004). Conforme se avanza en edad, este tipo de amistades cobran mayor relevancia, de forma que el grupo grande pierde fuerza en favor de los amigos íntimos, tienden a ser más selectivos a la hora de crear nuevas relaciones íntimas y los grupos con los que se vinculan están formados tanto por hombres como por mujeres.

En este punto cabe señalar que la experiencia que tienen los jóvenes de la amistad es diferente en función del sexo, aunque para unos y para otras es altamente valorada. En los grupos exclusivamente de mujeres jóvenes, el número de miembros es más reducido, se valora mucho la comunicación y es habitual que surjan diadas de mejores amigas que comparten sentimientos y mucha confianza. Entre los amigos varones, esa intimidad no es tan frecuente y se valora sobre todo la lealtad. En este caso, las relaciones, más que basarse en aspectos emocionales, se establecen en función de intereses o actividades compartidas, es decir, son más instrumentales (Coleman y Hendry, 1999; Revilla, 1998). Además, también difieren uno y otro sexo en los aspectos que más valoran de la amistad: mientras que las mujeres las evalúan “en términos de apoyo recibido, igualdad, confianza mutua, empatía, interdependencia y necesidad de cuidado, los chicos se centrarían en la compañía, las actividades, la competición o el control” (Leal, Ramos y Moreno, 2012, p. 324). En cierta medida, esto no deja de ser reflejo o evidencia de la dicotomía existen entre los rasgos instrumentales, asociados a lo masculino; y las expresivas, que se tienden a considerar como femeninas.

En otro orden de cosas, la relevancia de la amistad en la juventud no sólo tiene que ver con la valoración que hacen de ella los jóvenes o con cómo se configuran sus relaciones, sino que constituye una herramienta fundamental de socialización que genera dinámicas de aprendizaje social diferente a las que se da en el entorno familiar. Quizá lo más evidente es el hecho de que la amistad entre los adolescentes crea unos vínculos más simétricos en los que la autoridad no está tan marcada como en el caso de los familiares (Coleman y Hendry, 1999; Sandtrock, 2004). De ahí que sea también un espacio donde poder experimentar una mayor autonomía personal y donde se pueden abordar temas que resultan conflictivos para los padres (Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1995).

Otro de los aportes de la amistad es que ofrece a los jóvenes un contexto en el que las normas, valores, conductas, símbolos y rituales se definen conjuntamente, en el que se intercambian ideas y conocimientos con el que elaborar su propia visión de la realidad (Coleman y Hendry, 1999). Además, a diferencia de lo que sucede en la

familia, este marco de relaciones está poco institucionalizado o normativizado y se basa en la participación de experiencia o vivencias comunes (Elzo, 2004), les ofrece una nueva forma de situarse en el mundo y les capacidad para desenvolverse en la vida social (Firth, 1984).

Desde el punto de vista del desarrollo, la relación con los grupos de pares permite el despliegue de las capacidades sociales, en la medida en que las personas “aprenden a formular y a defender sus opiniones, a tener en cuenta la perspectiva de los demás, a negociar cooperativamente soluciones a posibles desacuerdos y a desarrollar estándares de conducta que sean mutuamente aceptables” (Sandrock, 2004, p. 153). Y disfrutar de unas relaciones de calidad es clave para el desarrollo de la autoestima, de una estabilidad psicoafectiva y de la experiencia de pertenencia grupal (Moral, 2004).

No obstante, algunos autores han señalado también los posibles efectos negativos de la pertenencia al grupo como es la presión que este puede ejercer para que sus miembros adopten determinadas conductas o actitudes de conformidad con lo acordado, bajo pena de quedar excluido. Además, la experiencia grupal supone enfrentarse a algunos de los aspectos negativos de la vida social adulta como son los mecanismos de exclusión y la discriminación en función del origen social o la reproducción de los estereotipos y roles de género (Coleman y Hendry, 1999; Rodríguez, 2010; Silvestre, Solé, Pérez, y Jodar, 1995).

En lo que a construcción de la identidad se refiere, la interacción con los amigos implica una puesta en escena y una exploración de diferentes roles y comportamientos. Así, los pares sirven de espejo en el que poder ver reflejada la propia imagen, contrastar las diferencias y similitudes con los otros y modular sus conductas y actitudes en función de las interacciones con los demás. Además, dentro de un contexto social de fluidez, la red de amistad cumple la función de canalizar la búsqueda de identificaciones o definiciones de sí mismos y es un ámbito que les proporciona un anclaje social que les sirven de orientación vital –valores, normas, símbolos, estilos de vida– (González-Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008; Jenkins, 2004; Moral, 2004; Revilla, 1998).

#### **4.2.5 Espacios de creación y recreación de las relaciones entre iguales: ocio, estilo de vida y nuevas tecnologías**

Las relaciones con los grupos de iguales se dan fundamentalmente a través de dos tipos de contextos de interacción: el formativo y el del ocio (Revilla, 1998). No



obstante, pese a que los jóvenes pasan gran parte de su vida cotidiana en las instituciones educativas; es a través de las actividades de ocio donde encuentran una mayor afinidad o identificación con otros y donde tienen un mayor margen para decidir con quienes se relacionan. Tal y como se mencionó al inicio del capítulo, los jóvenes españoles consideran que con quienes más se identifican es con aquellas personas que comparten sus gustos y aficiones (Tezanos, Villalón, Díaz, y Bravo, 2010). Esto supone que la socialización entre iguales se adquiere fundamentalmente a través del tiempo libre (Pallarés y Feixa, 2000). Además, tal y como mostró Moral (2004) en su estudio sobre las redes sociales de la juventud, los vínculos que se favorecen entre los compañeros de clase tienen una perspectiva individualista, utilitarista y competitiva, por lo que no se suelen potenciar las dinámicas de cooperación. De ahí, que de cara al análisis de la construcción de la identidad en las relaciones de amistad, se haga énfasis en aquello que tiene que ver con el tiempo libre, es decir, con actividades o tareas de índole diferente a las que tienen que ver con el trabajo productivo o el estudio.

En la actualidad, dentro del tiempo del que dispone una persona, hay una parte que destina a aquellas actividades que no tienen que ver con sus compromisos profesionales, familiares o sociales, ni con la subsistencia –comer, dormir– y que es lo que se conoce como «ocio»<sup>10</sup>. Este surge en las sociedades modernas fruto del ajuste de las jornadas de trabajo, la mayor disponibilidad de tiempo libre y el aumento de la capacidad adquisitiva, pasando de ser inicialmente un privilegio de las clases más pudientes a ser considerado como un derecho de la persona (Cuenca, 2000). De hecho, al igual que sucede con otros aspectos de la vida de las personas, la vivencia del ocio se ha transformado a tenor de los cambios que ha experimentado la sociedad. Aunque hay formas de ocio que pueden ser perniciosas para el individuo o para la colectividad, en general se entiende que es un elemento beneficioso e indispensable para disfrutar de una buena calidad de vida y que es un espacio más de socialización (Cuenca, 2000; González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008).

En lo que se refiere a los jóvenes, una de las características de su forma de vivir el ocio es que la familia tiene un menor protagonismo y va perdiendo su función recreativa en favor de los grupos de iguales. Aunque los padres se muestran partidarios de realizar este tipo de actividades con los hijos (Aguinaga, 2000; Serapio, 2006), los sondeos de opinión del INJUVE muestran que pasar tiempo en familia no forma parte

---

<sup>10</sup> El tiempo libre que es un concepto más amplio que se refiere a todo aquello que no es actividad laboral, sea ocio o sean tareas de compromisos y obligaciones de otra índole (Aguinaga, 2000; Cuenca, 2000).

de las preferencias de ocio de los jóvenes desde hace varias décadas, a excepción del año 1992 –se puede comprobar en los datos de la tabla 4–.

Otra característica del ocio actual es que se ha convertido en un producto más de consumo lo que concede una gran influencia a las empresas de bienes y servicios del sector que ejercen fundamentalmente a través de la publicidad en los medios de comunicación de masas. En los jóvenes el consumo está especialmente asociado a los procesos de construcción de la identidad, en la medida en que precisamente disponer de unos determinados productos –estéticos, musicales, de entretenimiento- son símbolos de la pertenencia grupal y les permiten marcar las diferencias con el mundo de los adultos (Berríos, 2007). Además, el proceso de individualización de las sociedades occidentales ha favorecido que los jóvenes busquen en la elaboración de un estilo e imagen personales, en la forma en que gastan su tiempo y dinero una forma de definición y realización personales (Coleman y Hendry, 1999).

**Tabla 4. Orden de preferencias de actividades de ocio de los jóvenes españoles**

	1982	1992	1995	2000	2004	2007	2012
1	Amigos	Amigos	Amigos	Amigos	Música	Música	Ordenador
2	TV	TV	TV	TV	Amigos	Amigos	Amigos
3	Cine	Radio	Deporte	Música	TV	TV	Música
4	Música	Familia	Libros	Deporte	Radio	Ordenador	TV
5	Discoteca	Discoteca	Música	Cine	Cine	Radio	Descansar
6	Libros	Periódicos	Excursión	Libros	Descansar	Prensa	Prensa
7	Radio	Fumar	Dormir	Descansar	Prensa	Descansar	Radio
8	Deporte	Revistas	Hobbies	Hacer nada	Copas	Cine	Libros
9	Excursión	Deporte	Cine teatro	Viajar	Bailar	Deporte	Deporte

Fuente: Informe Juventud 2012 (INJUVE)

Nota: Prensa incluye revistas y periódicos

Un tercer rasgo del ocio juvenil es que está condicionado por la diferencia entre el tiempo que transcurre, habitualmente de lunes a viernes noche –en el caso de los , dedicado fundamentalmente al estudios, las responsabilidades y con algunos momentos para el ocio individual; y el fin de semana, incluida la noche del viernes, en donde cobran especial protagonismo las actividades recreativas con los amigos (Pallarés y Feixa, 2000; Rodríguez y Megías, 2001).

Entre las actividades prioritarias en el tiempo libre de los jóvenes están aquellas de tipo relacional, tecnológico y audiovisual –quedar con los amigos, usar el ordenador, ver la televisión, escuchar música- junto con un importante número que señala el descanso –lo que incluye literalmente no hacer nada- (INJUVE, 2012). Un vistazo a la tabla 4 permite observar que se mantiene la relevancia de pasar tiempo con los amigos,

escuchar música, y ver la televisión, que prácticamente casi todos los años se encuentran en los primeros puestos. Por su parte, las actividades culturales –cine, teatro, lectura- y los deportes están en claro retroceso, mientras que se incorpora con fuerza a la lista el ordenador en 2007 directamente al cuarto lugar, pasando al primer puesto tan solo cinco años más tarde <sup>11</sup>.

Con respecto al ordenador, no se trata tanto de que haya sustituido a otras actividades, sino que más bien actúa como un herramienta al servicios de otros aspectos a los que también dedican mucho de su tiempo –amigos, música, televisión- (Pinilla, 2011). Como se verá más adelante, las nuevas tecnologías han modificado la forma en que los jóvenes disfrutan del ocio y se relacionan con los demás, de manera que el ámbito virtual va ganando terreno al físico, hasta el punto de llegar a convertirse una extensión de este.

Por otra parte, el ocio, aparte de satisfacer la necesidad de distensión y recreación, también incide en el aprendizaje social, favorece el desarrollo afectivo y cognitivo (Cuenca, 2000) permite a los jóvenes compartir y expresar más abiertamente los rasgos característicos de la subcultura juvenil y del propio estilo personal o grupal – música, forma de vestir, tipo de actividades que se realizan, etc.–. Es un ámbito en el que, en definitiva, entran en juego sus definiciones individuales y colectivas (González-Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008)

Respecto a las actividades realizadas por los jóvenes en los espacios de ocio, cabe destacar las que transcurren en horario nocturno, que es lo que se identifica comúnmente con «salir de marcha» o «salir de fiesta» porque concentra muchas de las dinámicas de relaciones entre iguales a partir de las cuales configura su identidad. A pesar de que existe una amplia diversidad en cuanto a formas de vivir «la fiesta», incluida la no participación en este tipo de ocio (Laespada y Pallares, 2001), hay algunas características que permiten entender mejor la relevancia que tiene para la vida de los jóvenes. El ocio nocturno es un ámbito del que se apropian con una cierta garantía de exclusividad, autonomía, incluso poder, frente al mundo de los adultos (Laespada y Pallares, 2001). Otro de sus aspectos relevantes es que cobra mucha fuerza el sentido grupal y el aprendizaje entre iguales, precisamente por la ausencia de autoridades adultas que impongan normas o pautas de comportamientos. Lo apropiado, lo que garantiza la integración social, sigue una lógica diferente a la de otros espacios de

---

<sup>11</sup> Los datos del Informe Jóvenes 2005 de la Fundación Santamaría también confirman esta tendencia.

socialización como la familia o la escuela. Además, un elemento característico de la «fiesta» es que genera contextos de exhibición y recreación de las identificaciones y sentidos compartidos a través de símbolos y signos asociados al imaginario cultural juvenil o a las distintas subculturas juveniles –o tribus urbanas- (Laespada y Pallares, 2001; Rodríguez y Megías, 2001). La noche, como ámbito de actividades de diversión por parte de los jóvenes, tiene un papel muy relevante como espacio de escenificación y confirmación de las identificaciones juveniles.

Este apartado sobre las relaciones de amistad y el ocio se hace necesaria la mención a una de sus más relevantes intermediaciones, como son las tecnologías de la información y la comunicación –en adelante, TIC–. En este contexto que se está analizando, por TIC se entienden a todas las herramientas, aplicaciones, dispositivos de uso cotidiano en la vida de las personas que tienen una orientación a la gestión de la información y las relaciones entre ellas y que, como puede comprobarse en el gráfico 2, han tenido una creciente implantación en la sociedad española. Aunque poco más de una cuarta parte de la población parece estar dispuesta a comprar a través de medios electrónicos, en torno a 75% de los españoles usan el ordenador, Internet y se conectan frecuentemente. Además la práctica totalidad de la población dispone de un teléfono móvil. Todos estos datos parecen indicar que la TIC han pasado a formar parte de la cotidianeidad de la vida de las personas (Andauiza, Cantijoch, Gallego y Salcedo, 2010) y, aunque el ritmo de crecimiento en los usos de las mismas se haya reducido, todo parece indicar a una tendencia a la universalización.

No obstante lo dicho, es necesario tener en cuenta que la edad es un factor fundamental en el manejo de los recursos tecnológicos. A diferencia de otras generaciones jóvenes, la actual ha nacido y se ha socializado incorporando con naturalidad estos elementos digitales como parte de su realidad cotidiana. De hecho, muestran cifras aún más elevadas de uso y acceso a las nuevas tecnologías: la práctica totalidad de los adolescentes españoles accede a Internet y dispone de teléfono móvil, más de la mitad con regularidad –53% una hora diaria– y un 13,6% afirma estar permanentemente conectado (Sánchez-Navarro y Aranda, 2011; Taberner, Aranda y Sánchez-Navarro, 2010). Si se tienen en cuenta las redes sociales –fundamentalmente Facebook, Tuenti y Twitter- el uso por parte de los jóvenes ha tendido a ser universal, pasando de ser usadas por un 60% en 2008 a un 90% tan solo dos años más tarde.

Dados estos datos, es comprensible que se haya extendido en las ciencias sociales el uso del apelativo «nativos digitales» para referirse a los nacidos a partir de

los años 90; frente a los adultos que son considerados como «inmigrantes digitales», ya que han tenido que ir adaptándose con más o menos facilidad a la aparición de las diferentes herramientas tecnológicas adecuando permanentemente sus capacidades y conocimientos *ad hoc* (Prensky, 2001). Esto ha implicado que se inviertan los roles con respecto al conocimiento, es decir, que ya no son los mayores los que muestran a más jóvenes a desarrollar sus competencias y adquirir conocimientos para incorporarse al mundo; sino que son estos los que parecen estar accediendo con mayor facilidad y los que van abriendo nuevos caminos al desarrollo tecnológico (Galán, 2011; Rubio, 2010). Además, ha supuesto toda una revolución en las formas de aprendizaje más secuencial, interactivo, interdisciplinar, multimedia y con múltiples posibilidades de acceso a la información y trabajo en red (Rubio, 2010).

No obstante, los jóvenes no consideran las posibilidades de formación y el aprendizaje de nuevas capacidades como el principal atractivo de las TIC, sino que su interés reside fundamentalmente en las posibilidades de interacción con sus iguales y el entretenimiento. Aunque también se dan otros usos como la búsqueda de información para las tareas escolares (Sánchez-Navarro y Aranda, 2011; Tabernero, Aranda y Sánchez-Navarro, 2010) y en menor medida las compras y gestiones personales.

Precisamente una de las transformaciones más importantes asociadas al desarrollo tecnológico es el de la sociabilidad que se gestiona de manera diferente a como sucede cara a cara o a través de otros medios de comunicación (Gálvez, 2005; Thompson, 2003). En general se considera que las plataformas digitales y aplicaciones como las redes sociales o la mensajería instantánea no han sustituido a otras formas de interaccionar, sino que más bien son un complemento o extensión de las mismas (Sarena, 2007; Tabernero, Aranda y Sánchez-Navarro, 2010). En otras palabras, el mundo online ha contribuido a reforzar vínculos ya existentes y ha permitido el acceso a relaciones nuevas con personas con las que se comparten algún interés o inquietud (Bernete, 2010; Cáceres, Brandle y Ruiz, 2013).

Otro de los elementos de la interacción digital que resulta especialmente atractiva para los jóvenes, es que ofrece a los usuarios una sensación de anonimato, es decir, por la capacidad que ofrece de mostrar u ocultar información personal según se considere, en contraste con la interacción cara a cara en la que entran otros elementos en juego como la apariencia física, la forma de hablar o la comunicación no verbal. No obstante, no deja de ser una percepción falsa, en la medida en que la navegación por Internet va dejando el rastro de la dirección IP en los diferentes servidores de las

páginas ver que se visitan (San Cornelio, 2002). En los jóvenes, ya se señaló que las experiencias de privacidad, anonimato y autonomía frente a los adultos cobran una especial relevancia, lo que hace a las formas de comunicación y ocio digitales un medio privilegiado para cubrir esta necesidad. Además, aunque se ve multiplicada su red de contactos, estos se vuelven más efímeros, están sujetos a menos riesgos o a una menor exposición de lo que son (Cáceres, Ruiz y Brändle, 2009; Solé Blanch, 2007).

Cabe añadir que otra de las dimensiones humanas a las que afecta el uso de las TIC, especialmente Internet, es la cultura. Los medios de de comunicación digitales se han convertido en herramientas creadoras de símbolos y sentido de pertenencia y de identidad, es decir, de realidad social (Ursua, 2008). A través de las distintas herramientas de compartir, crear y evaluar contenidos, expresar vivencias y emociones, los jóvenes, como cualquier otro grupo social, marcan tendencias, definen valores, ponen en juego rituales y ponen en juego identidades sociales y colectivas. Estos espacios han facilitado el desarrollo de “procesos de enculturación propias al margen de las instituciones primarias de socialización” (Solé Blanch, 2007, p. 154) y en unas condiciones más horizontales, democráticas y globales.

Llegados a este punto conviene advertir que, si bien es cierto que en gran medida los jóvenes suponen la vanguardia en el desarrollo y la incorporación de los avances tecnológicos como parte integrada de sus vidas; también se ha comprobado que son el grupo social más expuesto a sus riesgos, puesto que disponen de facilidad de acceso, en cuanto a medios y capacidades y poco control parental en su uso. De hecho, tan solo un tercio afirma tener algún tipo de norma impuesta por sus padres acerca del acceso a Internet (Tabernero, Aranda y Sánchez-Navarro, 2010). Entre las principales amenazas que se han detectado están la precocidad en el acceso a contenidos destinados al público adulto, las adicciones al uso de dispositivos tecnológicos, la vulnerabilidad frente a los pedófilos y los abusadores, el acoso digital –*ciberbullying*–, el aislamiento y el sedentarismo, etc. (Serapio, 2006) <sup>12</sup>.

Aunque en este terreno los resultados de las investigaciones han sido dispares. Algunos han encontrado que, si bien es cierto que dan casos de adicciones, su incidencia tiende a disminuir con la edad, a medida que el uso de las tecnologías se vuelve más profesional y menos lúdico (Beranuy, Chamarro, Graner y Carbonell, 2009). Además,

---

<sup>12</sup> Por citar un ejemplo, según estudio reciente (Buelga, Cava y Musiti, 2010) casi una cuarta parte de los adolescentes ha experimentado algún tipo de acoso por el móvil. La cifra aumenta hasta un 30% en el caso de Internet. En otro artículo del mismo año se destacaba que el 23% de los encuestados eran a la vez agresores y víctimas (Estévez, Villardón, Calvete y Padilla, 2010).

en contra de lo que pudiera parecer, se comprobado que elementos como los videojuegos inciden positivamente en el rendimiento escolar. (Bringas, Rodríguez Díaz y Herrero, 2008). Por tanto, la valoración sobre los efectos de las herramientas tecnológicas no pasa necesariamente por hacer un juicio sobre sus pros y sus contras, sino que tiene que ver con cómo se educa para que las nuevas generaciones las utilicen de un modo apropiado o beneficioso para sí mismos y para los demás y con conciencia de los riesgos que implican.

Uno de los aspectos también de debate acerca de los recursos tecnológicos tiene que ver con lo que se ha denominado «brecha digital», es decir, con el desigual acceso a los mismos según las características personales o las condiciones socioeconómicas y culturales de las personas. Una de estas variables que ya se ha comentado es la de la edad. Si bien es cierto que a día de hoy los jóvenes parecen estar más capacitados y acceden en mayor medida a las aplicaciones y herramientas digitales<sup>13</sup>, todo parece indicar que conforme pase el tiempo los nativos irán sustituyendo a los inmigrantes digitales y esta diferencia tenderá a ser cada vez menor. Algo similar sucede con el sexo, ya que si bien parece que hay algunos estudios que muestran que en algunas franjas de edad las mujeres son menos propensas al uso de internet, lo cierto es que las diferencias en función de este factor están dejando de ser significativas (Andauiza, Cantijoch, Gallego y Salcedo, 2010; Taberero et al. 2010). De hecho, si se tiene en cuenta la población general son ellas las que en mayor medida utilizan las redes sociales.

En contraposición, los factores que más condicionan el acceso a las nuevas tecnologías son el nivel socioeconómico y el cultural. Esto supone que cuanto menor es el logro educativo y el sustrato socioeconómico de una persona o de su entorno familiar, menor tendencia al uso de Internet y los dispositivos digitales (Andauiza et al., 2010; INJUVE, 2012). En lo que a la juventud no «estar conectado» supone limitación en el acceso a la formación y las oportunidades laborales –pérdida de competitividad, falta de información, menor posibilidad de aprovechar las redes personales, etc.- (Bernete, 2010; Gordo, 2006),

Finalmente como conclusión de este apartado, se pretende hacer referencia al modo en que la incursión de las nuevas tecnologías en la vida de los jóvenes a influido

---

<sup>13</sup> En el estudio reciente (Andauiza, Cantijoch, Gallego y Salcedo, 2010) se encontró que mientras que los jóvenes acceden a Internet en un 85% de los casos, esta cifra se reduce a la mitad de los adultos entre 50 y 69 años y a partir de los 60 se reduce a un cuarto.

en la construcción de la identidad, proporcionando nuevas posibilidades y límites (Miller y Arnold, 2003). La identidad, al ser eminentemente social, aparece condicionada por las formas y los contextos de interacción. Precisamente, algunos espacios o plataformas de internet sirven como escenario en que expresar y contrastar las imágenes que proyectan de sí mismas las personas y para poder encontrarse sin el compromiso o las consecuencias que se dan en otros contextos como por ejemplo la relación cara a cara (Solé Blanch, 2007). La comunicación a través de Internet, aunque prescinde de muchos de los elementos que entran en juego cuando se da cara a cara, requiere también el ejercicio de elaborar una presentación de sí mismo (Ursua, 2008), ya sea para los conocidos, por ejemplo en redes sociales, o para una audiencia más amplia como sería el caso de los *blogs* (Escobar y Roman, 2011). Es más, lo habitual es que según el grado de intimidad que se requiera para poder interactuar se muestre una mayor o menor información identitaria (Escobar, 2007) Por tanto,

la persona online es la identidad que asume el sujeto dentro la comunidad virtual, concebida tanto como una máscara que representa al usuario dentro del medio, como la categoría básica que lo designa como individuo miembro de ésta y, por consiguiente, lo somete a sus valores, normas y preceptos (San Cornelio, 2002, p. 274).

En este punto se da una ambivalencia entre, por lado, las creación de identidades simplemente por la experiencia de jugar a ser otra persona, o bien por la necesidad de ser aceptado; y el hecho de que los mismos jóvenes son conscientes de que no siempre la forma en que la gente se presenta es auténtica y esto se acepta con cierta normalidad (Cáceres, Ruiz y Brändle, 2009). Al fin y al cabo, en la vida «real» también las persona enmascaran la información de sí misma por muy diferentes motivos y la imagen que los jóvenes construyen ante los demás es imprescindible para su definición, tan imprescindible que necesita, en muchos casos, ser falseada para ganar visitas –esto es, la aceptación de los demás–.



### **4.3 La identificación nacional-territorial de los jóvenes españoles**

En la vida política de los españoles, tanto en la esfera política como en las tertulias cotidianas, una de las cuestiones de mayor relevancia ha sido y sigue siendo el fenómeno nacionalista. Lejos de ser un tema novedoso, desde hace décadas las ciencias sociales se han interesado por este fenómeno, siendo abordado por prácticamente todas las disciplinas sociales desde la antropología, la historia, la sociología, incluso la psicología.

El objetivo de este apartado no se centra en exponer las justificaciones históricas de las diferentes posturas o discursos que se han elaborado en torno a este tema, ni en plantear una revisión de las distintas tipologías existentes o de su evolución a lo largo de la historia. Más bien, dados los propósitos de esta tesis la idea es ofrecer un marco de comprensión de la influencia y la relevancia de la identificación nacional para los jóvenes españoles actuales.

#### **4.3.1 Etnicidad y nacionalismo**

Previo a la consideración del proceso de identificación étnica y nacional, es necesario hacer referencia al contenido de algunos de los conceptos e ideas que se encuentran referidos al mismo y algunos presupuestos acerca de su aparición como fenómenos social. Así, se parte de una comprensión del nacionalismo europeo dentro del marco de las transformaciones políticas, económicas y sociales que han tenido lugar en los últimos dos siglos en las sociedades occidentales. Asimismo, se considera que es esencialmente la expresión de unas opciones y estrategias por parte de colectividades que reconocen una pertenencia grupal común en función de unos atributos étnicos y convierten esta en una ideología de contenido político.

Cuando se apunta al contexto histórico como factor clave para la comprensión de los movimientos nacionalistas, fundamentalmente se hace alusión a las implicaciones que tuvo para las sociedades europeas de finales del siglo XIX la aparición de los modernos estados- nación. Estos trataron de imponer una idea de nación común a todos los miembros de sus territorios mediante distintas políticas de homogeneización, especialmente en el ámbito educativo y cultural. Esta estrategia se llevó a cabo en la mayoría de los casos, a costa de obviar la existencia de una pluralidad de colectividades

étnicas preexistentes en la mayoría de regiones de Europa, algunas de las cuales comenzaron a organizarse en movimientos y desde entonces reclaman, en mayor o menor medida su derecho a la soberanía nacional –o al menos a algunos derechos orientados a la misma–. Aún en la actualidad, a pesar de la variabilidad cultural que puede encontrarse en la mayoría de estados internacionalmente reconocidos, estos frecuentemente inculcan a sus ciudadanos la pertenencia una comunidad nacional común por encima de las diferencias (Barfield, 2001; Gellner, 1983; López J. D., 2004; Pérez-Agote, 1986; Ramírez, 1991). Sin embargo, la legitimidad de los estados sigue siendo cuestionada por las reivindicaciones otros órdenes de legitimación que pretenden alcanzar una objetivación política de su definición de la realidad nacional (Pérez-Agote, 1986, p. 23).

No sólo los inicios de la modernidad y los cambios políticos que ésta impuso fueron el caldo de cultivo de los movimientos nacionalistas europeos; más recientemente se han dado condiciones que han contribuido a promover sus demandas. Así, “las multinacionales –en el ámbito económico-, la Unión Europea –en el ámbito político- y la globalización –en el ámbito cultural- ponen en crisis el estado- nación y su principio de soberanía económica, política y cultural” (Rodrigo y Medina, 2006, p. 139). Ante el debilitamiento de los estados, las identidades nacionales encuentran la oportunidad de elevar sus reivindicaciones. Dada la complejidad, pluralidad e incertidumbre características de la modernidad, la concepción de identidades nacionales exclusivas y excluyentes no se corresponde con la realidad de identidades múltiples y de distintas visiones de la realidad. Aún así, los referentes estatales siguen teniendo mucha fuerza en la construcción identitaria, reforzada por los medios de comunicación que no se limitan a reproducir las culturas hegemónicas sino que son también un instrumento de difusión de otro tipo de representaciones.

Desde la exposición anterior se deja entrever que el nacionalismo ha tenido dos tipos de desarrollos, con sus correspondientes concepciones de nación y de identidad nacional. Una es la que se corresponde con el discurso de los estados modernos que se sirven de la idea de unidad nacional para consolidar su dominio en la producción, el comercio, la orientación de la educación, las políticas lingüísticas y la administración, fundamentalmente al servicio de determinados grupos socioeconómicos (Pérez-Agote, 1986; Ramírez, 1991). El sistema educativo es la herramienta clave para socializar en la lengua y la historia nacionales y para transmitir la identificación con una comunidad civil (Giner, Lamo y Torres, 1998)

La otra versión del nacionalismo tiene que ver con los grupos minoritarios que persiguen, en distintos grados, el reconocimiento de su entidad diferenciada respecto a dichos estados y, por extensión, el reconocimiento de su derecho a la autonomía. La idea de nación que subyace se confronta a la de los estados establecidos, que se ven como una amenaza (Pérez-Agote, 1986). Este tipo de nacionalismo engloba, entre otros y salvando las diferencias, tanto a los movimientos corte nacionalista en países occidentales, como los movimientos indigenistas aparecidos tras la desaparición de los imperios coloniales y el surgimiento de los nuevos estados independientes. El contexto histórico, social, político y económico de cada situación es tan variable que resulta casi imposible establecer un modelo universal de surgimiento y evolución de los movimientos nacionalistas o establecer un patrón acerca de sus demandas. Estas pueden variar desde la independencia territorial y el reconocimiento de un nuevo estado, al acceso a los recursos económicos y políticos en igualdad de condiciones o el respeto o fomento de algunos de sus elementos identitarios –leyes, tradiciones, idioma, religión, costumbres–, entre muchas otras. De ahí que, en la práctica, se encuentren particularidades en cuanto al nivel de organización, a la fuerza del componente ideológico, a las metas políticas y a las estrategias prácticas para la consecución de las mismas. Lo que sí que aparece común a todos ellos es la conciencia que asumen las personas de la existencia del nacionalismo como tal (Jenkins, 2008).

Por otra parte, pese a que el nacionalismo parece moverse más en el terreno de la política, su sustrato último tiene una justificación cultural, es decir, se sustenta en una etnicidad. De hecho, como señala Jenkins (2008), todos los nacionalismos son étnicos de una u otra forma porque, o bien tratan de reclamar una soberanía y un territorio sobre una supuesta etnicidad común; o bien intentan construir esa etnicidad dentro del territorio que ocupan. Según el autor, los nacionalismos son ideologías de la etnicidad características de las sociedades complejas históricamente variables, es decir, condicionadas por el contexto en el que surgen y que se definen y redefinen en las negociaciones y transiciones sociales. Otra de sus características es que aplican criterios culturales de pertenencia y participación políticas reivindicando a su vez una historia y un destino comunes a todos sus miembros. Además, dicha ideología está orientada a unos determinados fines políticos, que tienen ver con la justificación de la existencia de un estado nacional o la creación de uno nuevo aglutinando una población determinada y estableciendo la relación de los individuos con el mismo (Kelman, 1983).

Sobre la etnicidad se han manejado en las ciencias sociales dos tipos de visiones enfrentadas, unas más esencialistas y otras más contextuales –*primordialism* vs. *situationalism*- (Liebking, 1992). La primera concepción asume la etnicidad como un fenómeno irracional y como un vínculo humano profundamente enraizado en los lazos familiares, el territorio o la religión que permite establecer relaciones de solidaridad y compromiso por encima de las diferencias interpersonales.

Una de las primeras obras en cuestionar los postulados esencialistas sería *Los grupos étnicos y sus fronteras* (1976) de F. Barth, quien puso en tela de juicio la existencia de grupos humanos que pudieran ser claramente identificables en función de una serie de atributos culturales compartidos. Estos planteamientos se sitúan dentro de la visión contextual de la etnicidad, desde la cual tendría un carácter más pragmático, en el sentido de que es utilizada por determinados grupos en función de sus intereses. Se destaca por tanto su instrumentalización, su variabilidad y el carácter racional de su construcción y mantenimiento (Liebking, 1992). Para Barth la clave está en cómo determinados rasgos culturales son utilizados para crear y mantener las fronteras con otras colectividades a través de la competición por unos determinados recursos. Lo que le interesa no es tanto el contenido de la etnicidad como los procesos de generación de colectividades, el establecimiento de criterios de inclusión y exclusión y las relaciones interétnicas. Para el autor, es la construcción de las diferencias exgrupales las que generan o potencian las similitudes internas.

Entre las críticas a este planteamiento están su carácter funcionalista y sus limitaciones para poder abordar el grado de conflictividad étnica que sigue existiendo en la actualidad (Barfield, 2001). Jenkins (2004) objeta que la concepción de «frontera» corre el riesgo de acabar cosificando la etnicidad, además de que resulta difícil en algunos casos establecer donde empiezan y acaban los límites étnicos. El autor, por su parte, concibe los procesos de identificación como hitos de referencia variables o construcciones sociales, más que como unos límites claramente definidos.

Actualmente, frente a las visiones esencialistas y las contextuales se aboga por posturas menos polarizadas que reconocen que, si bien la etnicidad puede ser construida e instrumentalizada para determinados fines, no es algo que contextualmente se inventa partiendo de la nada. Algunos autores han descrito cómo los grupos étnicos, o más bien ciertas personas dentro de ellos, seleccionan determinados atributos diferenciales – lengua, costumbres, rasgos físicos, religión, tradiciones- para enfatizar las similitudes intragrupalas y las diferencias exgrupales. Con el paso del tiempo, esos rasgos pasan a

formar parte de la definición del grupo, se objetivan y acaban incorporándose a la identidad colectiva. Para intentar mantener y reproducir dicha identidad, lo habitual es que se elabore un discurso que fomente la percepción de la objetividad, naturalidad o lógica de los criterios de adscripción a la misma, relativizando así su arbitrariedad original (Liebking, 1992; Pérez-Agote, 1986; Ramírez, 1991).

No obstante, el hecho de que sean construcciones históricas no significa que carezcan de valor, ni que sean falsedades, meras invenciones o completamente contingentes. Lo fundamental es la conciencia de los miembros de su pertenencia colectiva y la autodefinición que hacen del grupo, puesto que son ellos los que dan a los rasgos culturales la significación que permite crear lazos que les vinculan (Gatti, 2003; Giner, Lamo y Torres, 1998; Pérez-Agote, 1986; Ramírez, 1991). Además, dicha conciencia tiene consecuencias que son reales para la vida de los miembros, para ellos se trata de una realidad objetiva que les permite identificarse con unas personas y distanciarse de otras (Rodrigo y Medina, 2006).

Por tanto, la etnicidad puede describirse como el resultado de un proceso de diferenciación cultural que conforma una colectividad, cuyos miembros comparten unos significados que se crean y se recrean en las interacciones cotidianas, en el contexto de las relaciones con otras colectividades. Además, no sólo se exterioriza y se pone en escena en las interacciones y a través de la categorización de otros; sino que se internaliza como parte de la identificación de los miembros; es decir, es el resultado de una dialéctica entre procesos individuales y colectivos, internos y externos (Jenkins, 2008). Tal y como señala Liebking (1992) la identidad étnica sería el resultado de las negociaciones entre sus dimensiones objetiva, que es aquello definido y percibido por otros; y la dimensión subjetiva que abarca las autodefiniciones y las auto-percepciones – ya sean grupales o personales–.

En resumen, la etnicidad, puede ser vista, como una

categoría que intenta explicar la construcción social de las identificaciones y diferenciaciones colectivas que aparecen en el seno de estado moderno bajo concretas circunstancias sociohistóricas de cambio que exigen una redefinición de la realidad y su orden simbólico, construcción que se realiza por medio de la objetivización y selección arbitraria de una serie de atributos y prácticas que, bajo la forma de un sistema más o menos integrado y coherente, simbolizan

contextual y estratégicamente dichas identificaciones y diferencias (Ramírez, 1991, p. 12).

Ahora bien, lo que interesa es cómo la etnicidad toma la forma de nacionalismo y esto sucede cuando los recursos de identificación, que establecen las diferencias con los de fuera y las similitudes con los de dentro, se ideologizan y sirven para crear una identificación colectiva que va más allá del grupo cercano y que supone considerarse acreedores de una serie de derechos y deberes en virtud de su identidad. El grupo adquiere entonces una proyección política que le lleva a desarrollar nuevas formas organizativas, acuerdos sociales, relaciones económicas y productos culturales (Kelman, 1983). Puede incluso llegar a considerarse como una nación y aspirar a constituirse como estado, dando lugar a un movimiento nacionalista (Giner, Lamo y Torres (Eds.), 1998; Kelman, 1983). En términos identitarios, la identidad nacional aparece cuando un grupo étnico asume la “identificación con un proyecto político que tiene a la nación como imagen de la colectiva” (Ramírez, 1991, p. 188) y como vínculo de pertenencia. Históricamente, como se vio, este proceso se vería facilitado por la aparición de los estados-nación que convertían a la persona en ciudadano con derechos y deberes en virtud de su pertenencia nacional –territorial- (Rodrigo y Medina, 2006).

Algunos han criticado la utilización de la identidad colectiva y la diferenciación cultural o étnica como fundamento para explicar la aparición de los nacionalismos; puesto que estas no explican *per se* porque fue precisamente en la modernidad cuando se convirtieron en movimientos por la soberanía nacional (Gayo, 2010). Sin embargo, la respuesta a esa cuestión pasa por la comprensión no de las dinámicas y estrategias étnicas que derivan en una identidad colectiva nacional, sino también de las restricciones y posibilidades que ofreció ese contexto para que acabarán derivando en movimientos políticos –algunas de las cuáles se han mencionado pero en las que no se profundizará porque se exceden las pretensiones de este apartado–.

#### **4.3.2 Identificación étnico-nacionalista en la definición de sí mismo**

Uno de los aspectos que se han señalado de los nacionalismos y la etnicidad es que, igual que sucede con otro tipo de identificaciones colectivas, sus representaciones e imágenes pueden pasar a formar parte de la definición que la persona hace de sí misma (Pérez-Agote, 1986). Es en la socialización primaria cuando comienzan a operar los procesos de socialización étnico- nacionales en un dialéctica tanto interna como externa,

es decir, entre la atribución de un categoría –identidad nominal- la vivencia que las personas que tienen de la misma –identidad virtual- (Jenkins, 2004).

Respecto a cómo se incorpora la identificación nacional –por extensión, también la étnica-, a la personal, Kelman (1983) señala que la visión que tienen las personas del mundo y de su lugar que él se va gestando a medida que se comparten eventos históricos, creencias, tradiciones, valores, formas de relacionarse o patrones de conducta. En este proceso se combinan conocimientos, afecto y acción, es decir, la persona va incorporando información acerca del contexto histórico y cultural y de las creencias y valores que son significativos en la colectividad a la que pertenece y que se traducen en unas prácticas cotidianas. Progresivamente se suele dar una adhesión o compromiso con la idea de nación común que responde a dos necesidades: autoprotección y autotrascendencia; esto es, se trata de un punto intermedio entre la seguridad de la familia y la conciencia de pertenencia a la humanidad. La identidad nacional o étnica permite ir más allá de las relaciones cotidianas para poder identificarse con una población de un territorio más amplio<sup>14</sup> y al mismo tiempo ofrecer al individuo una mayor seguridad y vinculación concreta que el hecho de sentirse ser humano.

Esto implica que la persona no es una mera receptora pasiva de la categorización, de sus significados y prescripciones, sino que también tiene la capacidad de adaptarla, reinterpretarla o vivirla con diferentes grados de adhesión. Incluso, algunos autores (Pérez-Agote, 1986) han apuntado que es posible mantener identificaciones múltiples o que, según la situación una persona, se adhiera a identidades que puedan resultar incluso contradictorias.

### **4.3.3 Nacionalismo estatal y nacionalismos periféricos**

No hay espacio en un trabajo como este para detallar como se han configurado las distintas identidades étnico-nacionales en el estado español, pero sí se han querido destacar algunos elementos que pueden contribuir a comprender como este es un elementos muy presente en la vida cotidiana y en las autodefiniciones de buena parte de los españoles en los albores del siglo XXI.

En España, en tanto que estado- nación moderno, se ha construido una identidad nacional vinculada al territorio reconocido como propio de su estado. Este nacionalismo

---

<sup>14</sup> Incluso con personas dispersadas en diferentes países de mundo, como en el caso de los judíos.

español o españolismo, si bien presenta algunos antecedentes como la concepción de Castilla como símbolo de unidad de gobierno o de la herencia histórica compartida – estado, religión, derecho, literatura- (Fusi, 2000); no es hasta el siglo XIX cuando adquirió la forma de doctrina ideológica, especialmente con la aparición del estado liberal tras victoria de la Guerra de la Independencia (Ramírez, 1991). Desde entonces, cuanto más se han acentuado las tendencias centristas o españolistas, mayor ha sido la respuesta por parte de quienes no se identifican con el estado.

En la etapa de la historia más reciente, la dictadura Franco, partiendo de las ideas de Maeztu y de Primo de Rivera, versión española del fascismo, convirtió el nacionalismo españolista en una de sus banderas ideológicas. (Giner, Lamo y Torres, 1998). Así, el franquismo, trató de proyectar su propia imagen de identidad nacional, enraizada en un pasado católico e imperial, con un marcado carácter represivo y de oposición al ateísmo, el comunismo y cualquier expresión nacionalista que pudiera cuestionar la idea de unidad. Esta ha sido una de las explicaciones que se ha dado a las dificultades para una posterior adhesión a la identidad española durante la democracia (Fusi, 2000; Ramírez, 1991). No obstante, este nacionalismo reaccionario, incluso fascista, es diferente de un simple apego a aspectos culturales españoles (Giner, Lamo y Torres, 1998) o la identificación con el concepto de español.

Junto con esta identificación, también se fueron gestando otras fruto de la pluralidad étnica existente en la península ibérica que reflejaba en las “particularidades lingüísticas, culturales e institucionales que crearon en algunos territorios identidades separadas traducidas en algunos casos –aunque no siempre ni necesariamente- en nacionalismos políticos” (Fusi, 2000, p. 280). En algunas regiones del territorio español se compartía una cultura, y sobre todo una lengua, que les hizo reconocerse como colectividad. Dicha diferenciación se vería acentuada en los siglos XVIII y XIX con la consolidación del estado centrista de los Borbones. Además, las profundas transformaciones socioeconómicas de la modernización –industrialización, migración interior, cambios en la estructura social– no harían sino incentivar la aparición de movimientos culturales que reivindicaban las identidades étnicas tradicionales propias y que, en algunos casos, tomarían forma de movimientos políticos nacionalistas – creación de los primeros partidos, asociaciones culturales, medios de comunicación en las lenguas propias, etc– (Díez, 1999; Fusi, 2006). Es entonces, hacia finales del siglo XIX, cuando los fundadores e ideólogos nacionalistas inician la construcción de un corpus ideológico, una revisión de la historia desde la perspectiva de sus regiones y se



crean símbolos que se convertirían en referente esencial de la identidad nacional; al tiempo que hicieron hincapié en la recuperación de la lengua que se había visto ampliamente desplazada por el castellano. Dichos nacionalismos, denominados «periféricos» se han proyectado contra la unidad e identidad estatales y se han organizado como movimientos a favor del reconocimiento de su soberanía y, en algunos casos, con el objetivo último de instituirse como estados independientes<sup>15</sup>.

Como todo movimiento nacionalista, el vasco y el catalán ha evolucionado de acuerdo a las posibilidades y constricciones del contexto sociopolítico e histórico, a los distintos modelos de desarrollo económico y a las negociaciones y transacciones de los grupos sociales implicados, en especial por el rol de los distintos grupos de la burguesía y el apoyo que daban a ellos las clases medias y bajas (Balfour, 2007; Díez, 1999). Estos y otros factores específicos en cada región<sup>16</sup>, han ido configurando la evolución de los movimientos nacionalistas periféricos, que más que definirse como estrategias políticas, son “realidades históricas resultado de largos procesos de consolidación y vertebración de la propia personalidad o identidad cultural diferenciada” (Fusi, 2000, p. 26)

En el siglo XX, aunque hubo algunos intentos por instaurar una estructura federal del estado –descentralización de competencias y aprobación de estatutos de autonomía durante la II República, los nacionalismos y sus instituciones se verían reprimidos durante la dictadura de Primo de Rivera y aún con mayor dureza con la de Franco. Esto traería como consecuencia, no sólo un intento de eliminar la idiosincrasia étnica y las demandas nacionalistas no estatales, sino la deriva violenta de su defensa – *Euskadi Ta Askatasuna, Terra Lliure*–, así como el exilio de sus principales representantes e instituciones políticas (Balfour, 2007; Fusi, 2000; 2006).

Con llegada de la democracia, a pesar de la configuración de un estado autonómico descentralizado y de la aprobación de los estatutos catalán y vasco, la situación, lejos de ofrecer una salida satisfactoria para las partes implicadas, no ha cumplido las expectativas de los implicados, de manera que la cuestión nacionalista ha sido un tema recurrente de la agenda política, atravesando muchos de los aspectos de la

---

<sup>15</sup> En este caso, se va a hacer referencia fundamentalmente a los casos catalán y vasco puesto que son los que cuentan con un mayor apoyo social (Balfour, 2007) y sus partidos políticos han sido una fuerza fundamental en los gobiernos regionales y para formar coaliciones en algunos estatales.

<sup>16</sup> Por citar algunos ejemplos, en el País Vasco la derrota del carlismo y la abolición de los fueros y la llegada masiva de inmigrantes de otras regiones; y en Cataluña la crisis del 98 que, además de suponer una crisis para la identidad nacional española, perjudicaría a la alta burguesía catalana con intereses en ultramar que, como consecuencia, dejó de apoyar a la monarquía (Balfour, 2007; Díez, 1999; Fusi, 2000; 2006).

vida cotidiana de las personas –la educación, los impuestos, el uso de la lengua, la duplicidad de algunas instituciones, etc.-. En palabras de Fusi (2000), “cuarenta años de dictadura centrista y autoritaria no habían logrado, al contrario, que desapareciese el viejo pleito histórico de los nacionalismos vasco y catalán con demandas de autogobierno para sus respectivos territorios” (p. 260). Otra prueba de ello ha sido la dificultad para poner fin a la violencia de la organización terrorista ETA. Díez (1999) explica la continuidad del apoyo a la banda y sus organizaciones políticas, aún en la democracia, por los procesos de socialización secundaria entre sus simpatizantes y por el capital político acumulado entre los 60 y 70 cuando eran el principal grupo de oposición franquista.

Desde los años 80 la población vasca y la catalana han sido testigos y protagonistas de una revitalizada difusión de las identidades nacionales. Los gobiernos autonómicos han dedicado amplios esfuerzos a la difusión de sus símbolos culturales e ideológicos, valiéndose para ello de la creación de medios de comunicación, escuelas e instituciones destinadas a ese fin. Balfour (2007) señala que no se han cumplido las expectativas que sostenían las élites políticas de generar identidades exclusivas sino que la tendencia ha sido la de la dualidad, principalmente porque muchos vascos y catalanes que no se identificaban con la región empezaron a hacerlo. Y en ambas regiones ha habido reacciones frente a algunas de las políticas nacionalistas, por ejemplo, respecto a la cuestión lingüística por parte de sectores que consideran que se está marginando el castellano de los centros educativos y de la administración. Además, también por el uso de las banderas y del himno español, la creación de selecciones de fútbol vasca y catalana o las llamadas a boicot de productos de procedencia catalana –a raíz de la reforma del Estatuto catalán–, entre otros ejemplos. En este sentido, Díez (1999) ha destacado que, comparado con el alto apoyo con que cuentan los partidos nacionalistas son menos los que se muestran a favor de la total independencia del estado español. El autor explica que:

el hecho de que el País Vasco y Cataluña muestren mayores grados de desarrollo que el resto de España y que al mismo tiempo sus economías dependan en gran medida del mercado español hace que se observe un elevado apoyo a organizaciones nacionalistas pero bajos niveles de apoyo a la independencia y a los partidos que la defienden (p. 221)

En un estudio acerca de la experiencia nacional en el País Vasco y Cataluña, se descubrió la existencia de diferentes discursos que variaban entre dos tipos de modelo nacionalismo: el étnico y el cívico- territorial (Serrano, 1998). Desde la perspectiva étnica se concibe la nación como comunidad de nacimiento, se hace hincapié en la cultura nativa y en la existencia de una supuesta familia en función de una ascendencia común. En el nacionalismo cívico- territorial la nación sería más bien una comunidad de convivencia vinculada a un territorio, en una cultura e ideología cívica común, con sus tradiciones, lengua e historia compartidas. Lo que muestran sus resultados es que, más que una polarización entre posturas nacionalistas periféricas o estatales, lo que se da es una adaptación a las mismas en función de otro tipo de variables como la ocupación profesional, la edad y la procedencia geográfica. Además, dichos perfiles muestran distinta adhesión a las dimensiones prácticas y étnicas de los discursos y se corresponden con determinadas opciones políticas. En palabras del autor, “conviviendo con los discursos `hegemónicos´ y en el seno de ellos encontramos posicionamientos en el eje de articulación de la tensión entre ambos polos de construcción del discurso nacional –polo cívico- territorial y polo étnico-” (Serrano, 1998).

Después de esta exposición queda la duda de cómo es la identificación etnoterritorial en otras regiones, pese a tener rasgos idiosincráticos, no se ha gestado una conciencia nacional propia diferenciada del estado español. Fusi (2000) señala que aún hoy el españolismo está vinculado a la tradición centrista, conservadora y religiosa heredada del franquismo y que la identidad española aparece más bien como una reacción frente a las reivindicaciones de los nacionalismos periféricos. En este sentido algunos autores han destacado el papel desempeñado por los medios de comunicación que los han presentado frecuentemente como movimientos “antidemocráticos, retrógrados y etnicistas” (Balfour, 2007, p. 266).

#### **4.3.4 Identificación político- territorial de los jóvenes españoles**

En España se han llevado a cabo algunas investigaciones en las que se preguntaba directamente sobre el ámbito territorial que los jóvenes consideran más relevante o con el que se sienten más identificados. En la tabla 5 pueden observarse los resultados de las respuestas en distintos momentos a los largo de 12 años. Se constata que en el último lustro del siglo XX las vinculaciones de los jóvenes han sido ampliamente localistas, es decir, referidas a los ámbitos de pertenencia más cercanos: el

pueblo, la ciudad o la provincia, en detrimento de la identificación con España y con el mundo. Este hecho ha sido interpretado como una confirmación de la hipótesis de fortalecimiento de los lazos locales frente a los retos que plantea la sociedad globalizada (Tezanos, Villalón y Díaz, 2008, p. 30). Así, en un mundo en el que los estados-nación ven relativizado su poder en favor de entidades supranacionales, alejadas de la vida cotidiana de los individuos, estos tienden a refugiarse en los ámbitos cercanos en donde encuentran una identidad más sólida y pueden tener la experiencia de comunidad. Por tanto, las identidades nacionales estarían dejando de ser la principal fuente de adhesión y sentido sociales (Balfour, 2007; López J. D., 2004)

**Tabla 5 Identificación territorial de los jóvenes españoles\***

	1996	2000	2008
<b>Pueblo, ciudad o provincia</b>	51	60	15
<b>CC. AA.</b>	12	10	24
<b>España</b>	20	14	40
<b>Europa</b>	2	2	5
<b>Mundo</b>	11	8	13
<b>Ningún lugar</b>	3	5	2

Fuentes: Informe Juventud 2010 y Tezanos, Villalón, Díaz y Bravo (2010)

\*% jóvenes que señalan cada ámbito como el más importante

No obstante, en el 2008 se observa una importante variación respecto a la tendencia anterior de manera que las identidades estatal, regional y mundial se verían reforzadas, frente a todas las demás, aunque no está claro si se trata de algo puntual o si ha empezado un cambio en la forma de identificarse más estable. Por otra parte, llama la atención el reducido de número de jóvenes que no se sienten vinculados a ningún lugar en particular.

La principal dificultad a la hora de interpretar estos datos es que existen argumentos para pensar que la experiencia de vinculación territorial presenta matices muy diferentes de acuerdo con la comunidad autónoma especialmente en referencia a las identificaciones nacionales estatales y periféricas. Teniendo en cuenta los datos de 2010 que aparecen reflejados en la tabla 6, se pueden observar notables diferencias en este sentido. Se aprecia que las comunidades en las que predomina la identificación autonómica coinciden con las denominadas «históricas» y que son País Vasco, Cataluña y Galicia. Por el contrario, las que se muestran más proclives a la identidad española son los jóvenes de ambas castillas, los valencianos y los madrileños.

Un par de estudios financiados por el INJUVE (Moral y Mateos, 1999; INJUVE, 2010) precisamente indagaron en el sentimiento de pertenencia a las regiones y al país.

En concreto, se preguntaba a los jóvenes con qué opción se sentían más identificados: ser español, más español que de la comunidad autónoma, tan español como de la comunidad autónoma y sólo de la comunidad autónoma. Los resultados muestran que la opción más popular es la identificación dual ya que la mitad de los encuestados optaron por este ítem de respuesta. Además, tiende a aglutinar sobre todo a los que se sitúan ideológicamente en el centro o centro derecha y a habitantes de País Vasco, Cataluña, Galicia y Andalucía.

**Tabla 6. Identificación territorial de los jóvenes por comunidad autónoma**

	Región	España
ANDALUCÍA	7	10
CANARIAS	10	9
CASTILLA LA MANCHA	1	19
CASTILLA LEÓN	2	19
CATALUÑA	17	13
VALENCIA	5	17
EXTREMADURA	3	11
GALICIA	13	10
MADRID	7	24
MURCIA	1	10
NAVARRA	9	8
PAÍS VASCO	31	5
ARAGÓN	7	11
ASTURIAS	11	14
BALEARES	9	19
CANTABRIA	13	11
LA RIOJA	7	13
VALOR MEDIO	10%	14%

Fuente: Informe Juventud 2010

La identificación como españoles –exclusiva o predominante- es bastante más reducida, aunque se incrementa considerablemente en Castilla y León, Madrid y la Comunidad Valenciana, siendo más acentuada en la primera de ellas –esta es la opción minoritaria en las comunidades históricas-. En el 2010, los que han mostrado más una tendencia españolista han sido los murcianos, valencianos y baleares.

Por lo que se refiere al polo autonómico, es más preponderante entre personas ideológicamente de izquierdas; existe una correspondencia entre ambas variables: cuanto más a la derecha se sitúa el joven, más se incrementan las posturas españolistas en detrimento de las regionales; y viceversa. La mayor tendencia hacia la identificación con la Comunidad Autónoma la encontramos entre los vascos; tendencia que se mantiene en el 2010, junto con Navarra, Galicia y Canarias-

Estos datos están en consonancia con los obtenidos cuando se pregunta acerca del orgullo nacional o el orgullo por la comunidad autónoma. En Andalucía ambos

estarían equilibrados y es donde presentan los mayores porcentajes de respuesta. Entre los jóvenes de la Comunidad Valenciana, Madrid y Castilla y León predomina el orgullo nacional sobre el regional; sucediendo justo al revés en el caso de Cataluña, País Vasco –en esta región la diferencia es muy acentuada–.

Otro de los aspectos que resulta interesante mencionar es qué tipo de percepción tienen los jóvenes acerca de lo que supone la pertenencia territorial. De acuerdo con Moral y Mateos (1999), pueden distinguirse cuatro tipos de respuestas. La primera, la pragmática, es la que implica sencillamente vivir en un territorio y, a pesar de ser minoritaria, predomina entre los madrileños y castellanos leoneses, que son quienes perciben a su comunidad autónoma como una región. Otra de las concepciones de la pertenencia la subjetiva, que es la mayoritaria con 42% de respuestas y en la que predominan los vascos, catalanes y andaluces y los que consideran su región como nación. La segunda de las definiciones que tendrían un mayor respaldo entre los jóvenes (un 34%) es la concienciada; es decir, la que considera que se necesita tanto vivir en un territorio como sentirse parte de él para poder considerarse como perteneciente al mismo. Esta es la opción de los más jóvenes de la muestra y de los que se sitúan ideológicamente en los extremos tanto en la derecha como en la izquierda. Finalmente, los que elaboran definiciones más étnicas de la vinculación a un territorio, destacando factores culturales o genéticos, es una opción minoritaria entre los jóvenes (9%) aunque algo más elevada entre los valencianos y apenas anecdótica entre los vascos (1%).

En conclusión, hoy en día existen argumentos para pensar que las identificaciones nacionales, tanto la estatal como periférica, son un referente para la visión del mundo de los jóvenes. Aunque parece que la tendencia es a una identificación dual se encuentran importantes diferencias según las comunidades autónomas, especialmente en los que respecta a las históricas –vascos, catalanes, gallegos– que manifiestan un mayor sentimiento autonómico, orgullo por su comunidad y percepción de la misma como una nación, y la pertenencia territorial subjetiva. En contraposición, los más identificados con España son fundamentalmente castellanoleoneses, madrileños y valencianos, que perciben su comunidad autónoma como región y sienten un mayor orgullo nacional y mantienen una visión pragmática de la pertenencia territorial.

Por otra parte, a pesar de la utilidad de este tipo de estudios para obtener una aproximación a las tendencias en las identificaciones nacionales o territoriales, se reconoce también que han establecido unas categorías predeterminadas de elección, y que, dada la naturaleza interaccional y contextual de la identidad, esta pueda incorporar

unos u otros recursos según la situación dada. Los cuestionarios no tienen en cuenta que las personas mantienen identidades colectivas contradictorias, ambivalentes y con distinta intensidad de adhesión según el contexto en que se encuentra, si no que fuerzan a los individuos y grupos a categorizarse a sí mismos en una tipología estática y previamente definida. (Pérez-Agote, 1986).

## **4.4 La dimensión religiosa en los jóvenes españoles**

### **4.4.1 La secularización de las sociedades europeas**

Cuando se habla de la religiosidad contemporánea de las sociedades occidentales, el principal proceso que describe la literatura académica es el de secularización. La idea de fondo es que las grandes tradiciones religiosas, principalmente cristianas, han ido perdiendo su monopolio como cosmovisiones para entender el mundo y en consecuencia, su influencia e importancia en la vida de las personas. Así, progresivamente la realidad ha ido perdiendo su sacralidad lo que ha afectado no sólo a la sociedad y la cultura sino también a la conciencia de las personas que dejan de interpretar su experiencia en términos religiosos (Berger, 1969)

Los primeros trabajos dentro de la teoría de la secularización, inspirados en las obras sobre religión de Durkheim (1982) y Weber (1998), la consideraban una consecuencia inevitable de la modernización de las sociedades occidentales. Así, la diferenciación funcional de las distintas esferas de la sociedad, la instauración de procesos de racionalización y burocratización, el individualismo, la democratización y el desarrollo industrial, irían relegando la religión al terreno más personal a la par que se iría consolidando la separación institucional entre Iglesia y Estado (Berger, 1969).

No obstante, en la actualidad, la mayoría de estudios sobre este fenómeno han cuestionado, o cuando menos matizado, algunos de los planteamientos iniciales de dicha teoría (Bericat, 2008; Canteras, 2008; Esteban, 2008; Luckmann, 2008; Ruano, 2008). No sólo porque existen países altamente modernizados como Japón y EE.UU donde se da una elevada creencia y práctica religiosa (Esteban, 2008), sino porque en algunos se ha generado una especie de mercado de creencias gracias a la pluralidad confesional

favorecida por los flujos migratorios y de una larga tradición de libertad religiosa (Callejo, 2010; Pérez-Agote y Santiago, 2005).

Sin embargo, esta no sería la situación de Europa que se ha caracterizado por el predominio o monopolio prolongado de determinadas confesiones cristianas que contaban con una notable capacidad impositiva. En estos casos, al contrario de lo que sucedió en otros países como EE. UU., fue necesario que se diera un proceso de diferenciación secular que culminara en una separación entre iglesia y estado (Esteban, 2008; Luckmann, 2008).

A todo lo dicho se suma, que tanto el nivel de creencia como el número de personas que se identifican como religiosas siguen siendo sorprendentemente elevado, para lo que cabría esperarse según los postulados de la teoría de la secularización (Bericat, 2008; Esteban, 2008). Una explicación que se ha dado es que el racionalismo y cientifismo inherente a las tendencias modernizantes ha dado lugar también a contradicciones y descontentos. Así, el progreso económico y cultural ha generado nuevas desigualdades sociales y la mercantilización de las relaciones sociales y el consumismo han derivado en narcisismo y aislamiento sociales. De ahí que haya emergido la reivindicación de un desarrollo más equitativo y de la recuperación de los elementos simbólicos, afectivos o trascendentes de la vida (Bericat, 2008; Steingress, 2008). También es destacable, en este sentido la expansión que están teniendo en determinados países corrientes religiosas conservadoras, tradicionalistas, incluso fundamentalistas, contrarias a la modernidad –tanto musulmanas como cristianas–; y también la expansión de iglesias en las que sucede todo lo contrario –rechazo a las estructuras jerárquicas, aceptación del liderazgo femenino, etc.– (Dobbelaere, 2008).

En resumen, aunque en el caso de Europa se ha dado un desarrollo paralelo entre la modernización y la secularización, las excepciones que se encuentran en otros países cuestionan la inicial tesis que relacionaba unívocamente ambos procesos. Además, ni siquiera en los países europeos se han cumplido plenamente los pronósticos de la teoría de la secularización que vaticinaban un declive del monopolio del cristianismo como cosmovisión y una transformación en la vivencia de la religiosidad.

Por otra parte, una de las dificultades que han surgido respecto al estudio de la secularización es que se ha utilizado dicho concepto para referirse a distintos fenómenos y se han elaborado generalizaciones sin tener en cuenta las diferentes dimensiones que abarca (Santiago, 2008). Una forma de comprender este proceso es la propuesta de Dobbelaere (2008) que describe tres niveles interrelacionados en los que puede ser



abordado: el «macro» o institucional, el «meso» u organizacional y el «micro» o individual. El primer nivel hace referencia a la progresiva diferenciación de la religión respecto a otros subsistemas seculares como el legislativo, el político, el cultural o el económico, como consecuencia de la especialización de las diferentes esferas sociales (Luckmann, 2008). Su manifestación más evidente es la separación entre iglesia y estado, que se vio acelerada por la democratización de las sociedades europeas y el reconocimiento de la libertad religiosa y la laicidad del estado. Así, las grandes religiones tradicionales fueron perdiendo el monopolio como cosmovisiones, puesto que no gozaban del apoyo político necesario para imponer la adscripción religiosa. Como consecuencia, cada religión ha pasado a convertirse en una oferta más dentro de un mercado en el que compite, no sólo con otras confesiones, sino también con un abanico de opciones éticas, ideologías, respuestas de sentido vital o rituales que ofrecen otros agentes como los medios de comunicación, el ámbito del ocio y el consumo u otras influencias espirituales –esoterismo, prácticas orientales, astrología, terapias de autoayuda, *New Age*, etc. – (Díaz- Salazar, 2008; Luckmann, 2008).

El nivel «meso» de la secularización se refiere a diferentes organizaciones y asociaciones de la sociedad, como las que se inscriben en el ámbito de la educación y la sanidad, en donde históricamente han proliferado las entidades confesionales como proveedoras de servicios. No obstante, el desarrollo de las políticas sociales públicas ha hecho que en la mayoría de países europeos el estado haya asumido el protagonismo en la oferta de atención escolar y de salud. Además, la falta de vocaciones y las exigencias de profesionalización de los servicios han reducido la presencia de miembros de las instituciones religiosas en esos ámbitos, lo que ha constituido un factor más de secularización. Como también lo son en este nivel, la erosión de la organización social basada una racionalización funcional que relativiza los contenidos humanistas y religiosos (Dobbelaere, 2008).

El último de los niveles de secularización es el que atañe a la vida personal del individuo y se ha descrito como una individualización o privatización de las creencias y las practicas, de manera que la vivencia de la fe es cada vez más personalizada o «a la carta», mezclando elementos religiosos tradicionales, de otras confesiones, de la superstición o de la religiosidad popular. Así, cada vez menos la persona acepta estructuras credenciales fijas, universales, atemporales; y optan por elaborar la suya propia según sus necesidades, su forma de sentir y concebir el mundo. (Callejo, 2010; Canteras, 2001; Dobbelaere, 2008)

Finalmente, cabe añadir que este nivel de la secularización ha visto influido por distintas transformaciones socioculturales que han experimentado las sociedades occidentales. Tal es el caso de la globalización cultural propiciada por la inmigración, los avances en la tecnología de la comunicación y el transporte que han generado un mayor intercambio de ideas, estilos de vida, formas de entender el mundo. Así, se han ido constituyendo sociedades más plurales en las que las religiones tradicionales han de hacer frente al relativismo cultural y religioso (Berger, 1969; Díaz- Salazar, 2008) perdiendo su autoridad exclusiva como estructuras cognitivas y normativas. En consecuencia, la religiosidad ya no se fundamenta tanto en una estructura de creencias rígidas e incuestionables, inculcadas como herencia a través de una socialización lineal, sino que es más bien una cuestión de la conciencia individual, de una construcción personal en la que entran en juego elementos de diferentes sensibilidades espirituales o ideológicas. (Berger, P. L., Berger B. y Kellner, 1979; Callejo, 2010; Canteras, 2008; Ruano, 2008)

#### **4.4.2 La religiosidad en la España democrática**

En la sociedad española, al igual que en otros países del sur de Europa, la secularización tendría lugar de forma más reciente y abrupta (Pérez-Agote y Santiago, 2005). Pérez- Agote (2008b) describe tres oleadas diferentes a partir de las cuáles se ha ido desarrollando este proceso. La primera de ellas duró desde finales del siglo XIX hasta después de la Guerra Civil y fue protagonizada por intelectuales ateos, ideológicamente de izquierdas, que mantenían un discurso anticlerical y que fueron duramente represaliados durante la dictadura. Tras el conflicto bélico, la Iglesia Católica se alineó con la dictadura franquista, instaurando el nacional catolicismo; de manera que a la institución religiosa se le ofrecieron toda una serie de beneficios y exclusividades – económicos, políticos, legislativos, educativos, etc.- a cambio de servir de justificación ideológica y cultural del régimen político (García y Roca, 2003).

En los años 60 se produce una segunda secularización, de mayor relevancia que la anterior, que se tradujo en una pérdida de control de la Iglesia sobre la vida de las personas. Por un lado, la apertura económica, social y cultural del régimen de Franco, que favoreció el acceso a nuevas ideas, influencias culturales y estilos de vida (Callejo, 2010; García y Roca, 2003). Además, el consumo de masas fue desplazando el interés de las personas de los temas espirituales a cuestiones más mundanas o materialistas

(Pérez-Agote, 2008b). Por el otro lado, al interno de la propia institución eclesial se produjo un profundo cambio de orientación fruto del Concilio Vaticano II. Este daría inicio a un proceso de renovación en el que, entre otras cosas, se reconoce la libertad religiosa y la separación de la Iglesia Católica respecto a los gobiernos de los estados. Esto debilitó los lazos entre el régimen franquista y la jerarquía eclesial española, lo que tendría su reflejo en un descenso del número de católicos practicantes y en la asistencia a ritos religiosos (García y Roca, 2003; Pérez-Agote, 2008b)

En la tercera oleada, que tiene lugar en un contexto de democracia, el principal mecanismo de secularización es la renovación generacional y se manifiesta, ya no como anticlericalismo –primera oleada–, ni como distanciamiento institucional –segunda oleada–, sino por un desinterés, desconocimiento o «exculturación». Este proceso supone que los elementos culturales de la tradición católica van siendo desplazados de la sociedad siendo reemplazados por otro tipo de símbolos, significados o experiencias.

En la actualidad, se puede sintetizar el panorama religioso español en una serie de rasgos característicos. El primero de ellos, siguiendo la conceptualización de Dobbelaere (2008) es que, si bien se ha dado una secularización «macro» desde la transición a la democracia, hay evidencias de que la esfera religiosa y la política de la sociedad española aún no tienen completa independencia. Algunos ejemplos serían la prevalencia del Concordato con la Santa Sede (Pérez-Agote y Santiago, 2005), la configuración de la Conferencia Episcopal Española grupo de presión política focalizado en demandas sobre la familia, la educación y temas de bioética (Pérez-Agote, 2010) o el alineamiento que se ha dado entre los programas de los partidos de derechas y las demandas de la institución eclesial. Además, se ha comprobado que son los militantes de izquierda quienes manifiestan una mayor irreligiosidad y anticlericalismo y que también sucede a la inversa, es decir, cuanto más hacia la derecha de la escala ideológica se sitúa la persona, mayor probabilidad de que se defina como religiosa y mayor es la intensidad de esa identificación (Callejo, 2010; Pérez-Agote y Santiago, 2005).

Por lo que se refiere al nivel «meso» de secularización, es sobre todo en el ámbito de las entidades educativas donde aún la religión sigue estando presente con mayor fuerza, ya que sus centros aglutinan a 1/3 del alumnado español (Enguita, 2008). De hecho, la religión sigue siendo considerada como un aspecto muy importante en la educación de los hijos para más de la mitad de los españoles (Fundación Bertelsmann, 2008; Pérez-Agote y Santiago, 2005), aunque esta postura se da sobre todo entre los

mayores de 45 años y con menor nivel cultural, por lo que cabe esperar que con las nuevas generaciones esta valoración sea diferente. Entre las explicaciones que se han ofrecido a la relevancia de la religión y de los centros educativos religiosos está que no existe aún un “código ético alternativo e institucionalizados que pueda ser fácilmente transmitido; o bien una percepción negativa de la educación pública” (Pérez-Agote, 2008b; Pérez-Agote y Santiago, 2005)

Siguiendo con las dimensiones de la secularización, la última se refería a los aspectos más personales de la vivencia de la religiosidad y en España lo que se aprecia es un declive en las creencias y las prácticas en las última décadas. No obstante, ambos aspectos han evolucionado de diferente manera. A pesar de que se observa una escasa confianza en las instituciones eclesiales y una baja participación en la vida de las comunidades locales –asistencia a misa, apoyo a actividades sociales y religiosas, etc.-, todavía se mantiene una alta definición de los españoles como católicos (Callejo, 2010; Elzo, 2008).

No obstante, dentro de esa identificación como católicos, el mayor porcentaje es el de no practicantes, que se ha ido incrementando desde el inicio de la democracia. Esto podría interpretarse como una revalorización de la catolicidad o también como una religiosidad asociada exclusivamente a la práctica (Pérez-Agote y Santiago, 2005). En cualquier caso, estos datos son signos de la segunda oleada de secularización y es esperable que la tercera se produzca por el efecto de la renovación generacional. De hecho, la intensidad de la autoidentificación disminuye con la edad: entre los mayores de 60 años el porcentaje de los altamente religiosos llega al 49% mientras que entre los de 18 y 29 es solo del 11% . (Fundación Bertelsmann, 2008).

Por otra parte, aunque España sea un país con una identificación religiosa muy elevada en comparación con otros países europeos, la práctica es muy inferior a la que se da en otros de tradición católica como Italia o Polonia (Fundación Bertelsmann, 2008). En el caso de asistencia a la misa dominical, existe una gran heterogeneidad en la práctica, desde los que participan semanalmente (un 25%) los que asisten varias veces al año (25%); los que no lo hacen nunca (25%)y el menor porcentaje es el de los que acuden entre una y 3 veces al mes (15%). Además, dentro de los católicos, hay una escasa participación en otras actividades eclesiales que no sean la eucaristía (Pérez-Agote y Santiago, 2005). El informe *Monitoreo religioso* de la Fundación Betelsman (2008) ofrece datos similares y además agrega que la edad es un factor clave, ya que

por primera vez entre la generación más joven el número de los que no va nunca a algún servicio religioso supera a los que asisten regularmente.

Es destacable, no obstante, que algunas de las celebraciones y eventos se mantienen muy arraigados en la cultura española. Este sería el caso de los sacramentos cristianos puesto que una amplia mayoría de españoles bautiza a sus hijos, celebra su primera comunión, se casa por el rito católico y opta por un funeral religioso (Ariño, 2008). No obstante, aunque estos eventos tienen un origen religioso, su ritualización se ha extendido más allá de la esfera puramente eclesiástico –despedidas de solteros, banquetes, vestidos, recordatorios, grabaciones, etc. –mostrando una cierta autonomía respecto a los criterios y cauces institucionales. Además, las personas le conceden un sentido más de costumbre social que de precepto religioso (Pérez-Agote y Santiago, 2005).

Algo similar sucede con lo que se ha denominado religiosidad popular –romerías, peregrinaciones, fiestas patronales–, que pese a estar experimentando una revitalización en las últimas décadas, su contenido ha trascendido el control eclesiástico y son vividas como un referente cultural o de identidad común; incluso como estrategia de desarrollo local y atractivo turístico. Otro ejemplo sería el de la Navidad, que ya no se centra en la vida de una comunidad que celebra el acontecimiento religioso; sino que gira en torno a la familia, el consumo, las tradiciones y las actividades lúdicas (Ariño, 2008).

Además, los datos indican que la secularización se está dando, no solo en las creencias y las prácticas, sino también en la dimensión consecencial de la religión, es decir, en el alcance de la repercusión que tiene en la vida de las personas. Aunque la mayoría de los españoles considera que es algo importante en términos generales, reconocen que apenas influye en sus opciones electorales y la mayoría considera que no debería tratar de influir en el voto, en las decisiones de gobierno, ni tampoco en otras esferas como la sexualidad. En el único aspecto en el que se cuenta con la religión como orientación es en las crisis vitales, ante las preguntas sobre el sentido de la vida, la educación de los hijos y los acontecimientos familiares. (Fundación Bertelsmann, 2008).

A estas particularidades de la secularización española se suma también que, a diferencia de otros países, en el caso español no se ha dado un pluralismo real de ofertas religiosas debido al prolongado monopolio de la Iglesia Católica y a que aún es reducido el efecto de la presencia de personas inmigrantes que pertenecen a otras

confesiones religiosas en la sociedad (González-Anleo J., 2008)<sup>17</sup>. Más bien lo que ha sucedido es que los contenidos, rituales y creencias de la tradición católica se han reelaborado de acuerdo a las preferencias personales y en combinación con otros elementos que dotan de sentido la vida de las personas –el consumismo, la tecnología, la ecología, el culto al cuerpo, etc– (González-Anleo, J., 2008; Pérez-Agote y Santiago, 2005)

En este escenario, cabe finalmente preguntarse por el perfil de los que se consideran creyentes. Algunos autores han destacado la existencia de una división interna entre los fieles católicos progresistas y los conservadores (González-Anleo J., 2008). Los primeros son los que se han alineado con las posturas de la jerarquía, haciéndose eco de sus campañas y tratando de recuperar el espacio público de la Iglesia en la sociedad española. Los progresistas son grupos de base y congregaciones que se dedican más a temas relacionados con la justicia, la paz o la pobreza y que se muestran reacios a la estrategia de las autoridades eclesiales. Se trata de movimientos religiosos más aperturistas, que aceptan la modernidad y la pluralidad de universos simbólicos (Díaz- Salazar, 2008; Pérez-Agote, 2008a).

En conclusión, lo que se evidencia es un distanciamiento generalizado de los contenidos de la fe católica –aunque no necesariamente de sus símbolos y determinados rituales- y más aún de la jerarquía eclesiástica –desinstitucionalización de la religiosidad-. De ahí que la identificación con el catolicismo no se corresponda con el nivel de prácticas, que cada vez se le conceda menor confianza a la Iglesia Católica y que ya no se valoren sus posturas y planteamientos como verdad absoluta incuestionable o como respuesta a los problemas morales y las necesidades de las personas (Elzo, 2008; Pérez-Agote y Santiago, 2005). Como señala González-Anleo J., (2008), la religiosidad española se mueve entre la indiferencia, el agnosticismo y la pervivencia de rituales y tradiciones católicas, un creciente número de personas inmigrantes que profesan otras religiones; y unos católicos divididos entre los que apoya las posturas más institucionales y lo que se encuentran más abiertos al cambio y el diálogo con el resto de posturas.

---

<sup>17</sup> Aunque existe, eso sí, una tendencia al alza en el número de creyentes no católicos, especialmente entre las nuevas generaciones que ha pasado de ser un 3% a un 8% entre 2004 y 2008 (INJUVE, 2008a)

### **4.4.3 Jóvenes españoles y religión**

Como se ha resaltado en el apartado anterior, la edad es un factor clave para explicar secularización en España, puesto que, con las nuevas generaciones, el proceso ha tendido a acentuarse. Así, el porcentaje de personas que se definen como católicas, desciende desde un 93,3% de los mayores de 65 años, hasta un 65,5% entre los que tienen entre 18 y 24 años (Fundación Bertelsmann, 2008). Además, cada vez hay menos jóvenes que se identifican como católicos practicantes, pasando de ser un 19% en 1976 a un 10% en 2005 (Pérez-Agote, 2010; Tezanos, Villalón y Díaz, 2008). No obstante, en los últimos años parece haberse frenado el proceso de secularización, manteniéndose estable la cifra de creyentes –aunque sigue disminuyendo practicantes– ente otros factores por el incremento de la población juvenil extranjera (INJUVE, 2008a)

Dentro del grupo de jóvenes, no obstante, son los de menor de edad los que muestran una mayor identificación religiosa, hecho que podría deberse a que aún se encuentran bajo la influencia de las instituciones de socialización (Callejo, 2010; González- Anleo J., González, Elzo y Carmona, 2004; INJUVE, 2008a). Además, las mujeres tienden a mostrar mayor religiosidad, si bien es cierto que esta diferencia ha ido disminuyéndose a lo largo de las décadas con las nuevas generaciones; lo que algunos autores han asociado al incremento del nivel educativo y la inserción laboral femeninas (Pérez-Agote y Santiago, 2005).

Por otra parte, la religiosidad puede ser evaluada principalmente en función de diferentes manifestaciones: las creencias, la práctica, las repercusiones para la vida cotidiana. Con respecto a las creencias, el número de jóvenes que acepta la existencia de Dios es de un 60%, aunque esta cifra se ha visto reducida en las últimas décadas. Y de hecho, iguala a la de los que creen en algún tipo de contenido esotérico –destino, extraterrestres, espíritus, horóscopos, etc.-. Además, el 71% de los jóvenes cree más en las explicaciones científicas que en los dogmas religiosos (Canteras A. , 2003).

En las prácticas religiosas el declive es aún más evidente que en las creencias. Por citar algún ejemplo, a principios de siglo, asisten a misa todos los domingos un 12% de los jóvenes, la mayoría mujeres; una al mes el 6%; sólo en fiestas o celebraciones significativas el 27%; y nunca o prácticamente nunca el 58%. Además, más de la mitad de los jóvenes no reza casi nunca y la mayor parte no participa ni colabora con ninguna entidad religiosa (González- Anleo J: et al., 2004).

Las cifras que se mantienen estables son las que se refieren a la celebración de algunos de los sacramentos. Así, entre los jóvenes se sigue prefiriendo el matrimonio religioso a otras formas de relación, a excepción del grupo de menor edad que preferiría vivir en pareja sin casarse. Junto con esto, cabe decir que el número de celebraciones civiles sigue creciendo, lo mismo que la convivencia en pareja y los hijos nacidos fuera del matrimonio. Por tanto, las generaciones más jóvenes están optando por modelos de pareja y familia que se alejan de las propuestas por la Iglesia (Pérez-Agote, 2010).

El tercer indicador señalado de la religiosidad tiene que ver con la dimensión consecucional. En el caso de los jóvenes, los datos del INJUVE y de la Fundación Santamaría constatan que en las últimas décadas se ha venido cumpliendo una de las tesis de la privatización de la religión, que es su pérdida de influencia en otros aspectos de su vida –política, economía, ocio, relaciones personales-. Por citar un ejemplo, solo un 10% de los jóvenes que se declara católico practicante cree que las ideas y valores de la Iglesia sirven de orientación vital en la vida (González- Anleo et al., 2004). Sin embargo, al igual que sucediera con la población general, la religión constituye un referente en momentos significativos de la vida, de dolor o de alegría, cumpliendo la función de ser fuente de sentido y de justificación última. Incluso teniendo en cuenta que tiene que competir con otros agentes sociales en el desarrollo de esa función: la familia, los amigos, los medios de comunicación, el consumo y el tiempo libre (Callejo, 2010; Canteras, 2008; Elzo, 2001; INJUVE, 2008b).

No obstante, la imagen que se tiene de Iglesia Católica no es tan negativa como los datos sobre la confianza en ella podrían hacer pensar. Los resultados del estudio *Jóvenes 2000 y religión* (González- Anleo et al., 2004) revelan que la proyección social de ella tiene algunos elementos positivos, en tanto que se la asocia con la defensa de los valores y la tradición, la ayuda a las personas necesitadas, o una educación buena para los niños y jóvenes. Además, algunos autores consideran que la pérdida de interés por las instituciones religiosas es parte de un clima generalizado de falta de confianza institucional en la población española –solo se salvan las organizaciones no gubernamentales– (Canteras, 2003).

En este proceso es importante destacar que la comunidad autónoma aparece como una variable relevante sobre el nivel de secularización. Si se tiene en cuenta la autoidentificación religiosa, las prácticas y las creencias, entre las más religiosas estarían Aragón, Castilla y León, Castilla la Mancha, Navarra y Baleares. En un nivel intermedio estarían Andalucía y Extremadura y entre las más secularizadas País Vasco,



Madrid, Cataluña y Asturias. Además, en general, las regiones que muestran una mayor religiosidad son aquellos en los que el proceso de modernización ha sido más tardío, (Callejo, 2010) y no todas se encuentran en la misma fase del proceso de secularización. Así, en la mayoría de comunidades autónomas: predomina la segunda oleada -aumento de los no practicantes-, a excepción de Cataluña, País Vasco y Madrid donde predominan los que se declaran agnósticos, indiferentes o ateos - la pauta de la tercera oleada-.

El panorama descrito hasta ahora ofrece un cuadro general de la religiosidad pero dentro del mismo algunos autores han definido distintos perfiles de acuerdo a sus creencias y valores, sus prácticas y relación con las instituciones religiosas<sup>18</sup>. Uno de ellos se corresponde con jóvenes católicos practicantes, entre los que, a su vez, cabe distinguir dos tipos. Unos serían los que sintonizan con el núcleo de creencias católicas, que buscan una estructura estable de sentido y se vinculan a alguna institución u organización religiosa que les ofrece seguridad o coherencia (Canteras, 2001). Además, se identifican con los principios morales sobre sexualidad y familia que establece la Iglesia Católica y participan en actividades formales e institucionales en las que la identidad religiosa aparece en primer término y que tratan de reforzar la ortodoxia aunque esto suponga separarse de una gran parte de la sociedad. El otro perfil sería el de jóvenes vinculados a comunidades de base con las que están comprometidos, pero que no encajan en el anterior perfil ya que muestran una apertura con la sociedad en la que viven. Aunque aún no hay demasiados datos, seguramente se trata de jóvenes con una identidad social más laxa pero valorada en los contextos en los que se mueven (Callejo, 2010; Elzo, 2001).

El segundo de los perfiles es el de los que se consideran no practicantes y que se encuentran alejados de la institución eclesial, de su moral, sus prácticas pero creen en Dios en el mismo porcentaje que los practicantes y respaldan en gran medida el credo

---

<sup>18</sup> Otra posible clasificación a la que aquí se propone es la de Canteras (2003) que distingue una serie de sensibilidades sociales o estructuras de sentido religioso: religiosa (18%), social (19%), esotérica (16%), agnóstica (12%) y pro-cientista (16%). Dentro de la primera predominan las mujeres, jóvenes de derechas, con preocupación por los temas sociales y participación en voluntariados, actitud favorable a la institucionalidad y mayor nivel de oración que el resto. Los que tienen un perfil de sensibilidad social, tiene un nivel educativo más elevado, se muestran indiferentes a las creencias religiosas y con bastante confianza en las instituciones. Los favorables a las creencias esotéricas, son los más jóvenes, de zonas urbanas, con una alta tendencia al voluntariado, índices medios y altos de oración. Entre los agnósticos se incluyen jóvenes principalmente de izquierdas, con escasa religiosidad e institucionalidad, que han recibido una educación laica y con niveles de oración bajos. Finalmente, la sensibilidad pro-cientista corresponde con jóvenes que muestran poca preocupación por los temas sociales, muy baja participación social y confianza en las instituciones.

católico pero interpretado con libertad e incorporando orientaciones y principios de otros agentes de sentido (Canteras, 2001). Aunque su asistencia a misa es muy reducida, sí que participan en bautizos, bodas, comuniones y celebraciones religiosas populares, manteniendo viva la dimensión social y comunitaria de la religión –aunque sea en momentos puntuales- (Callejo, 2010)

La tercera de las categorías la conforman jóvenes no creyentes con un perfil sociológico similar a los practicantes, clases medias y medias altas, y con participación política y social pero ideológicamente de izquierdas y laicistas; o indiferentes. En cierta medida son parecidos a los no practicantes social e ideológicamente pero carecen del plus de sociabilidad privada que ofrece la religión (Callejo, 2010). Estos jóvenes elaboran sus propios esquemas creenciales sin una vinculación a un credo específico, son «cientifistas» y aunque puedan desarrollar valores humanistas no muestran ningún interés en las instituciones (Canteras, 2001).

En este contexto, los jóvenes son los que más están acusando los efectos de la secularización, tanto en sus creencias, como en las prácticas y en sus opciones y posturas respecto a distintos aspectos de su vida. Parecen intuirse algunos signos de la tercera oleada de la secularización que describió Pérez-Agote (2010), que supone que un descenso de los creyentes, practicantes o no, en favor de un incremento de los agnósticos, ateos e indiferentes; lo que en definitiva acabará incidiendo en la «exculturación» del catolicismo español. Aunque es importante destacar que, pese a que la Iglesia haya dejado de ser un referente en sus vidas, la mayoritaria identificación de los jóvenes como creyentes y la elevada creencia en Dios, pueden ser interpretadas como un religiosidad que se está desarrollando al margen de las instituciones religiosas tradicionales.

Para cerrar este apartado, también conviene mencionar la postura de otros autores que si bien reconocen el alejamiento de la juventud de los cauces institucionales de religiosidad, también han señalado que esta, lejos de desaparecer, está experimentando una mutación al margen de la ortodoxia y el control de las autoridades eclesásticas (Canteras, 2001). A diferencia de otros países europeos, la religiosidad de los jóvenes españoles no se ha convertido en una amalgama de creencias místicas, ni se caracteriza por el relativismo moral y la total subjetivización. Por el contrario, se mantienen formas de religiosidad que se expresan socialmente a partir de una reelaboración de elementos católicos tradicionales o se interpreta el sistema de creencias

tradicional con libertad asimilando unos contenidos y otros no, sin que esto suponga un problema de coherencia. En esta línea, Callejo (2010) afirma que

no está claro todavía, que el alejamiento del sistema de creencias de los jóvenes españoles de la ortodoxia oficial responda efectivamente a un proceso de individualización y ruptura de los vínculos sociales y comunitarios. La expresión y vivencia de las nuevas formas de religiosidad que aparecen en la sociedad española en la actualidad, es probablemente más compleja que el resultado de una simple elección personal (p. 45)

En conclusión, existen diferentes posturas respecto a cómo evolucionará la secularización en las nuevas generaciones pero por el momento permanecen elementos de identificación con el catolicismo, tanto sociales como personales, pero reinterpretados, adaptados e incorporando elementos de otras fuentes de sentido; a la par que crecen los que se mantienen alejados de toda referencia religiosa, ya sea por opción o por desconocimiento.

En resumen, en el contexto religioso español actual, que J. González-Anleo (2008) denomina de «postcatolicismo», se han podido observar los efectos de la secularización pero con algunas peculiaridades o limitaciones específicas. Aunque crece el número de jóvenes que se mantienen alejados de cualquier referente religioso, ya sea por opción o por desconocimiento, no se puede concluir que las creencias se hayan visto completamente privatizadas, ni que la Iglesia Católica se encuentre totalmente separada de otras esferas e instituciones. Así mismo, si bien se está dando un proceso de «exculturación» del catolicismo, es decir, la cultura española está perdiendo sus raíces católicas, de manera que las nuevas generaciones, especialmente las urbanas, apenas se definen en términos religiosos (Pérez-Agote, 2008b; Santiago, 2008); aún están presentes muchos de sus símbolos, formas de entender el mundo, rituales y celebraciones a los que además se han incorporado otras fuentes de sentido.



# **INVESTIGACIÓN EMPÍRICA**

---



## 5 Metodología de la investigación

Este capítulo tiene por objetivo explicar la metodología empleada y las decisiones que se tomaron para llevar a cabo la labor investigadora. En primer lugar, se describe el objeto de estudio, los objetivos de investigación, el tipo de enfoque metodológico, las hipótesis de trabajo y las dimensiones del análisis, variables e indicadores utilizados. En un segundo apartado, se presenta el instrumento de recogida de los datos, el *Twenty Statements Test*; lo que incluye el sistema de codificación a partir del cual han analizado las respuestas. Finalmente, se ha destinado el último apartado del capítulo a concretar cómo ha sido el proceso de selección muestral y de recopilación de la información necesaria para la investigación empírica.

### 5.1 Diseño general de la investigación

#### 5.1.1 Objeto de estudio: la identidad social

Previo a la presentación de la metodología conviene no pasar por alto algunas consideraciones respecto al objeto de estudio, que no es otro que la identidad. Dada la complejidad y grado de abstracción del fenómeno, se ha querido distinguirlo del concepto de *self*, que se reserva, como ya se explicó, para el ejercicio de reflexividad por el que la persona se reconoce como única y diferente frente a las demás y, a la vez, vinculada a otros de acuerdo a una serie de rasgos compartidos. Además, este proceso les permite ser consciente de su permanencia a través de los diferentes cambios que experimenta en su trayectoria vital.

A diferencia de los propósitos de otras investigaciones, especialmente de los de los interaccionistas y de los teóricos de la identidad social, este trabajo empírico no se destina a la comprensión o la predicción de la conducta humana. Tampoco interesan las dinámicas de relaciones intra o intergrupales en la elaboración de la identidad, ni la incidencia de determinados factores estructurales en dichas dinámicas. El foco de interés será el contenido de la identidad y cómo esta varía en función de las características de las personas, tratando de situar las interpretaciones desde el contexto sociocultural más amplio.

En definitiva, el objeto de estudio es la identidad social entendida como las afirmaciones que las personas emplean para referirse a sí mismas cuando se preguntan «quién soy yo». Esos enunciados son el resultado de una dialéctica entre identificaciones internas y externas condicionada por sus interacciones, así como por el marco sociohistórico más amplio en el que se desenvuelven las personas.

### **5.1.2 Objetivos de la investigación**

En los capítulos precedentes, se ha presentado una revisión teórica del estudio de la identidad y de la juventud en las ciencias sociales y se han ofrecido algunos datos e ideas acerca de algunos factores de identificación especialmente relevantes para el caso español. Teniendo esto en cuenta, el objetivo general que se propone es analizar la identidad social de adolescentes españoles a principios del siglo XX a partir de la incidencia de algunos factores sociodemográficos en el contenido de la definición que hacen de sí mismos. Este propósito se concreta en los siguientes objetivos específicos:

1. Describir cómo se configura la identidad social de los adolescentes de acuerdo a las definiciones que utilizan para referirse a sí mismos
2. Caracterizar los diferentes perfiles que aglutinan a los jóvenes de acuerdo a esas autodefiniciones
3. Explicar la influencia de determinados factores sociodemográficos y del contexto socioeducativo familiar en la configuración de su identidad
4. Analizar el grado de persistencia de los referentes tradicionales de la identidad – nación, ideología, religión, clase social, trabajo, etc.– en la identidad de los jóvenes actuales
5. Analizar en qué medida han incorporado elementos característicos de una biografía personal individualizada – estilo de vida, rasgos personales, estética, ocio, etc.– a las definiciones que hacen de sí mismos
6. Investigar la posible incidencia de rasgos del contexto sociocultural actual – nuevas tecnologías, música, ídolos mediáticos– en la configuración de la identidad social



### **5.1.3 Tipo de investigación y enfoque metodológico**

Como se ha indicado anteriormente, la opción de este estudio es un acercamiento al orden individual de la identidad lo que implica analizar las identificaciones tanto externas como internas con las que las personas se refieren a sí mismas. Esto supone que tanto la unidad de análisis como la unidad de observación es el individuo, en este caso el adolescente español.

Respecto la naturaleza de sus objetivos, esta investigación es descriptiva, en la medida en que recoge información sobre un fenómeno, la identidad social, para su medición y posterior informe; y también explicativa, puesto que busca ir más allá y analizar que condicionantes o factores sociodemográficos que provocan determinados efectos en dicho fenómeno y las implicaciones que tienen en las autodefiniciones de los jóvenes. (Babbie, 2000).

Cabe añadir que, desde una perspectiva temporal el estudio es transversal, es decir, recaba información en un determinado momento. Por tanto, no se estudia la evolución en la construcción de la identidad, sino que se trata más bien de obtener las autodefiniciones de una muestra de adolescentes de principios del siglo XXI. La principal limitación de este tipo de análisis en comparación con los estudios longitudinales es que no son los más apropiados si el objetivo principal es la generalización de las conclusiones (Babbie, 2000). Esto será en cierta medida subsanado comparando los resultados con otros de investigaciones similares, si bien deja abierta la puerta a la realización de posteriores estudios que permitan hablar en términos de tendencias o de evolución en la configuración de la identidad.

En el ámbito de los estudios de la identidad, que como se vio tienen una larga trayectoria, se han empleado diversas metodologías de análisis tanto desde un enfoque cualitativo como cuantitativo. En esta investigación se optará por el segundo en tanto que se pretende ver la incidencia de determinadas variables el tipo de identificaciones que utilizan los sujetos para referirse a sí mismos.

### **5.1.4 Hipótesis de investigación**

A continuación se presentan una serie de “explicaciones tentativas del fenómeno investigado formuladas de manera de proposiciones” (Sampieri, Collado y Baptista,

1998, p. 140). Esto es lo que se conoce como hipótesis, que constituyen el principal nexo entre la teoría y los datos (Anduiza, Crespo y Méndez, 2011), orientan el proceso de investigación (Sierra, 1988) y proporcionan una serie argumentos para poder interpretar las conexiones entre los hechos (Manheim y Richard, 1986)

En un primer momento se abordan las hipótesis descriptivas, que se basan en supuestos sobre la presencia de ciertas características en la población objeto de estudio de acuerdo a un indicador o variable (Rojas, 1991) o establecen un determinado patrón en los datos. También incluye una hipótesis correlacional que establece una asociación entre dos variables sin especificar la dirección de la relación causal (Sampieri, Collado y Baptista, 1998). Si bien este tipo de proposiciones no son el núcleo fundamental de la tarea investigadora de este trabajo, puesto que no permiten hacer estimaciones precisas ni tienen pretensiones explicativas; cumplen con la función de ofrecer una panorámica de la identidad en la muestra seleccionada y de detallar algunos aspectos destacados en el marco teórico como la existencia de una pluralidad de perfiles de juventud o la coincidencia entre sus preocupaciones de los jóvenes y el tipo de referencias que mencionan cuando se definen.

Posteriormente se detallan las hipótesis causales o explicativas referidas a distintos factores que se prevé que influyan en las dimensiones de la identidad social consideradas. Este tipo de proposiciones dan cuenta de una relación causal entre variables. Típicamente se entiende que la causalidad puede darse porque un determinado suceso o característica requiere de una determinada causa que es la que lo produce –condición suficiente–; o también porque siempre que se da dicha causa, se observa un efecto concreto –condición necesaria– (Anduiza, Crespo y Méndez, 2011). En las ciencias sociales es difícil encontrar causas suficientes y necesarias por la complejidad intrínseca a los fenómenos que estudia. En la mayoría de las situaciones la conducta humana no se rige por un solo factor ni tiene una o un número limitado de consecuencias (Manheim y Richard, 1986). Por eso se suele hablar de condición facilitadora, es decir, de la capacidad de una variable independiente –causa– para posibilitar o favorecer un cambio en la dependiente –efecto–. Así, las herramientas de investigación lo que tratan de contrastar es una determinada tendencia probabilística de causa-efecto para un conjunto de datos. (Anduiza, Crespo y Méndez, 2011).

No obstante, aún reconociendo la limitación a la hora de generalizar y la posibilidad de que existan explicaciones alternativas a las que se propongan en este estudio, igualmente es posible garantizar las condiciones básicas de la causalidad. Por

ejemplo, que causa y efecto varíen juntos, que la causa preceda al efecto, que se pueda establecer el proceso por el que los cambios en un factor generan cambios en otro y que la relación entre uno y otro no se deba a un tercer factor (relación espuria) (Manheim y Richard, 1986).

#### 5.1.4.1 *Hipótesis descriptivas y correlacionales*

Las hipótesis empleadas en esta investigación aparecen formuladas en primer término de manera general pero después se han concretado en hipótesis de trabajo (Sierra, 1988) referidas específicamente a los sujetos de estudio y las variables e indicadores considerados.

**Hipótesis 1:** *Dado el proceso de individualización que están experimentando las sociedades occidentales, es esperable que predominen las autodefiniciones actitudinales y las referencias asociadas a las idiosincrasias de las personas y su estilo de vida, en mayor medida que las autodefiniciones consensuales y las referencias a identificaciones colectivas y sociales.*

El proceso de individualización de las sociedades occidentales ha dado lugar a una configuración de las biografías personales más subjetiva y personalizada, de manera que la identidad que ha pasado de estar predominantemente referida a grupos o roles sociales, a aspectos más idiosincráticos de los individuos (Rodríguez y Peña, 2005). El acceso a una amplia variedad de sentidos y significados para orientar la vida ha restado relevancia a las grandes cosmovisiones e instituciones -religión, ideología, nación, clase- en favor de los estilos de vida asociados al consumo de determinados productos culturales - personajes públicos, ocio y tiempo libre, estética, etc.-. Como consecuencia, ha entrado en crisis la conceptualización de la identidad como realidad estática, homogénea y referida a estructuras sociales, culturales y políticas tradicionales. Es más, la identidad, especialmente en el caso de los jóvenes es cada vez más abierta, en el sentido de que se construye desde parámetros de pluralidad y elección personal y menos a partir de las normas o prescripciones sociales (Bauman y Vecchi, 2005). Todo parece indicar que, de manera incluso más pronunciada que en los adultos, las autodefiniciones de los adolescentes van a focalizarse más en sus propias actitudes, preferencias, creencias, sentimientos o aficiones que en referencias de contenido más social o consensual (Grace y Cramer, 2002). Más aún cuanto menor es la edad de los sujetos,

puesto que las personas comienzan a vincularse a grupos, roles y compromisos sociales en la medida en que se van alcanzando los diferentes hitos de la adultez (Kuhn, 1960).

**Hipótesis 2:** *Los adolescentes españoles, lejos de poder ser encasillados dentro de una identidad juvenil común, presentan diferentes patrones de autodefinición*

En capítulos previos ya se explicó la conveniencia de hablar de jóvenes más que de juventud, debido a la heterogeneidad que caracteriza a dicha condición social. Si bien es cierto que se encuentran influidos por un entorno sociocultural e histórico similar y que por ello comparten algunas similitudes o tendencias en sus actitudes, comportamientos y formas de entender la vida o de relacionarse, esto no significa que todos los jóvenes se ajusten a un único modelo de patrón de pensamientos o de comportamiento (Elzo, 2006; González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M., 2008; Revilla, 1998). Por extensión, se asume que se encontraran diferentes patrones de identificación en los sujetos de estudios, tanto en función del sentido predominante de su identidad social como el tipo de referencias que menciona.

**Hipótesis 3:** *Aquellos aspectos de la vida e identificaciones que los adolescentes consideran más importantes aparecerán con mayor relevancia y frecuencia en sus definiciones personales.*

Aunque la relación entre ambas cuestiones pudiera parecer evidente, se quiere comprobar en qué medida lo que valoran los jóvenes como más importante para sus vidas tiene su reflejo en quienes afirman ser. En este sentido, los datos recogidos por el INJUVE (2008) muestran que, desde hace años, la familia, la salud y los amigos son valorados como prioritarios; mientras que la cifra de los que consideran la política y la religión como realidades importantes de su vida ha tendido a reducirse paulatinamente.

Además, se ha podido comprobar que los jóvenes aseguran sentirse más vinculados con las personas de su sexo, los de su generación y aquellos con quienes comparten gustos y aficiones. A estos se añadía que la identificación con el grupo religión pese a ser de las menos frecuentes es una identificación que genera una intensa vinculación por parte de quienes la mencionan (Tezanos, Villalón y Díaz, 2008). En este estudio se asume que, al plantear la pregunta «quién soy yo» de manera abierta, se va a dar una correspondencia entre las identificaciones con las que se sienten más vinculados y las que aparecen de manera espontánea en sus autodefiniciones.

#### 5.1.4.2 *Hipótesis referidas a distintos factores condicionantes del proceso de identificación*

**Hipótesis 4:** *El sexo influye en la forma en que las personas se definen a sí mismas tanto en relación al tipo categorías grupales con las que se identifican, como en al sentido de sus autodefiniciones*

*4.1 En sus autodefiniciones las mujeres jóvenes se referirán más a su círculo de relaciones próximas -familia y amigos- que los varones quienes, por su parte, emplearán en mayor medida que ellas categorías colectivas más amplias para definirse a sí mismos.*

Diversas investigaciones sobre la influencia del género en las autodefiniciones sugieren que lo habitual es que las mujeres expresen un mayor apego familiar y que la amistad tenga un mayor valor afectivo e influencia en su autoconcepto, lo que explica que tiendan a mencionar en mayor medida a sus grupos de interacción más cercanos cuando piensan en sí misma. Los hombres, por su parte, parecen ser más proclives a mencionar la vinculación a grupos de pertenencia o categorías sociales más amplias – roles laborales, clase social, identificación nacional, etc. – (Eaton y Louw, 2000; Kuhn y McPartland, 1954; Madson y Trafimow, 2001).

No obstante, algunos estudios han revelado que o bien estos presupuestos solo se cumplían para el caso de los países considerados como colectivistas (Watkins et al., 2003) o el sexo no aparecía como factor significativo para el tipo de identificaciones predominantes en la visión que las personas tienen de sí mismas (Bond y Cheung, 1983; Grace y Cramer, 2002; Trafimow, Silverman, Fan y Law, 1997; Wang, 2001)

En el caso de España es difícil de estimar el efecto del sexo porque, como se vio, se encuentra en un término medio entre colectivismo e individualismo. Aun así, la revisión de las investigaciones de género en la sociedad española parece indicar que sigue manteniéndose la tendencia a una feminización del cuidado familiar y una mayor dedicación por parte de los hombres a la esfera laboral, lo que supone una exposición diferenciada a los distintos tipos de referentes sociales. De ahí que se considere que lo esperable es que sean las mujeres las que mencionen mayor probabilidad sus de relaciones próximas, mientras que en el caso de ellos predominarán los grupos o categorías grupales más amplias.

*4.2 Las mujeres jóvenes, en mayor medida que los hombres, se definirán a partir de enunciados actitudinales y se identificarán más con su género que ellos.*

Como se pudo comprobar en el capítulo anterior, las adolescentes actuales se han encontrado con una ambivalencia entre, por un lado, un entorno social que promueve un discurso igualitarista y en el que se han llevado a cabo numerosas iniciativas a favor de la equiparación de sexos; y por el otro lado, situaciones, actitudes y conductas que perpetúan de algunos de los rasgos de los roles tradicionales de género en el hogar, el ámbito laboral y el de las relaciones íntimas. Por eso, se postula que precisamente, fruto de esta doble vivencia, las mujeres jóvenes tienen incentivos para salirse de los roles y categorías sociales y tratar de buscar aspectos más personales en la definición de sí mismas,

Por otra parte, aunque en algunos de los primeros estudios del *self* la tendencia predominante en las mujeres era la de una mayor consensualidad en comparación con los varones (Kuhn, 1960), las investigaciones más recientes ponen de manifiesto que este efecto de género solo aparece como significativo en sociedades colectivistas (Wang, 2001; Trafimow, Triandis y Goto, 1991; Bond y Cheung, 1983).

Así mismo, se defiende que son las mujeres las que se definen a partir de referentes asociados al género, en la medida en que este es un aspecto más saliente, tanto por el efecto de ser minoría social (Kuhn y McPartland, 1954) como por el efecto mencionado del contraste entre la igualdad teórica y la perpetuación de los roles de género en algunas dimensiones de la vida que les a tener que elaborar de manera más personalizada sus autodefiniciones.

**Hipótesis 5:** *Algunas características del entorno de socialización como el nivel educativo y la situación laboral de los padres o el tipo de centro educativo al que se asiste, influyen en el sentido predominante de la identidad social de los jóvenes. Así, es previsible que quienes asisten a institutos públicos, tienen unos padres con un bajo nivel educativo o que se encuentran desocupados se definirán con mayor probabilidad en términos de categorías y roles sociales; mientras que aquellos jóvenes cuyos progenitores poseen estudios superiores, están desempeñando un trabajo remunerado y asisten a centro privados y concertados lo harán en términos más actitudinales.*

Un estudio previo con población española desempleada (Escobar, 1987) comprobó que aquellos que habían abandonado con anterioridad los estudios eran quienes se mostraban más propensos a definirse a partir de los grupos y categorías

sociales de pertenencia; lo mismo que quienes habían perdido el empleo o llevaban más tiempo desempleados. Por extensión, y dada la influencia del contexto de socialización en la construcción identitaria, se considera que una situación de ocupación y elevado nivel educativo en los progenitores está relacionado con un mayor disponibilidad de diferentes y variados recursos de identificación –estilos de vida, puntos de vista, concepciones vitales, etc.–, incluido el acceso a las nuevas tecnologías, con todo lo que ello supone de disponibilidad de información, de creación de redes sociales, de intercambio cultural o de exploración identitaria. De otra forma es más fácil que prevalezcan las categorías más tradicionales como los roles familiar, la categoría profesional, la clase social, la religión o la nacionalidad.

Asimismo, tal y como señala Enguita (2008) aunque en España la proporción de alumnos que asisten a escuelas estatales es superior a la de quienes asisten a centros privados y concertados, este último factor sigue siendo en cierta medida un elemento de diferenciación de la posición sociocultural. De hecho, las regiones con un mayor desarrollo económico son las que cuentan con una mayor cifra de establecimientos no públicos, especialmente en el País Vasco, Cataluña, Madrid e Islas Baleares.

Por tanto, se presupone que asistir a centro de titularidad privada y contar con un padre y una madre ocupados y con título universitario predispone en mayor medida a definirse en términos idiosincráticos. Por el contrario, si acuden a institutos públicos, sus padres solo poseen estudios primarios y no están ocupados, será más probable encontrar autodefiniciones consensuales.

**Hipótesis 6:** *Una mayor exposición o vinculación con identificaciones étnico-territoriales afecta a la forma en que las personas se definen de manera que residir en «comunidades históricas» –en especial País Vasco y Cataluña–, tener una intención del voto por partidos nacionalistas o preferir el idioma cooficial para hablar de uno mismo son factores que favorecerán una expresión de la identidad en términos consensuales, con referentes territoriales y con un mayor anclaje social.*

Algunas condiciones del contexto sociopolítico o preferencias personales pueden favorecer una mayor predisposición a una configuración identitaria predominantemente consensual y la vinculación con determinadas pertenencias colectivas. En concreto, el hecho de que en algunas regiones españolas sea tan relevante social y políticamente el contraste entre la identidad nacional estatal y la «periférica» influye en una mayor exposición o acceso a determinadas referencias etno- territoriales como recursos para la

construcción de la identidad en comparación con otras comunidades autónomas donde se da esta dualidad.

Por su parte, el uso de un idioma u otro para comunicarse no es una cuestión menor ya que está asociado a un elenco de elementos compartidos entre las personas que lo hablan como es una determinada visión del mundo, unos sentimientos y creencias o unas expectativas respecto a la conducta mutua (Triandis, 1989). En España conviven el castellano y otras lenguas que son cooficiales en determinadas regiones y que constituyen uno de los símbolos de la identidad nacionalista y de las reivindicaciones de autonomía o soberanía. Es más, un estudio del CIS (Moral y Mateos, 1999) mostró que existe una relación entre la lengua materna y el tipo de identificación nacional de manera que si se trata de la regional, una amplia mayoría de personas se sienten exclusivamente vascas o catalanas. Por el contrario, si se trata del castellano, la identificación es a partes iguales exclusivamente regional y dual –se sienten tanto españolas como catalanas o vascas–.

Salvando las distancias, un estudio sobre la influencia de la lengua en personas con identidad dual –norteamericanos de origen chino– (Hong, Ip, Chiu, Morris y Menon, 2001) mostró como la opción por uno u otro idioma a la hora de responder el cuestionario sobre identidad condiciona el tipo de respuestas que se ofrece.

Por tanto, en España la opción preferente por la lengua cooficial de las regiones históricas también se considera como un factor de predisposición a la consensualidad y al uso de referentes sociales y territoriales en la definición identitaria.

**Hipótesis 7.** *La identificación explícita con categorías, roles o grupos sociales hace más probable que estos aparezcan como parte de la definición personal y que la identidad social sea más propensa a la consensualidad. De esta manera, los creyentes practicantes serán más propensos a definirse en términos de categorías grupales y colectivas y a mencionar los referentes religiosos como parte de su identidad social. Por el contrario, quienes se definen como ateos o no practicantes se mostrarán más proclives a emplear autodefiniciones actitudinales y menos a mencionar referentes de tipo grupal y colectivo, en especial religiosos.*

Kuhn y McPartland (1954) comprobaron que las personas que destacaron la relevancia de la afiliación religiosa para sus vidas –especialmente en grupos minoritarios– tendían a mostrar un mayor anclaje social en sus autodefiniciones. De ahí que se asuma que esta tendencia se mantendrá para el caso de los jóvenes españoles



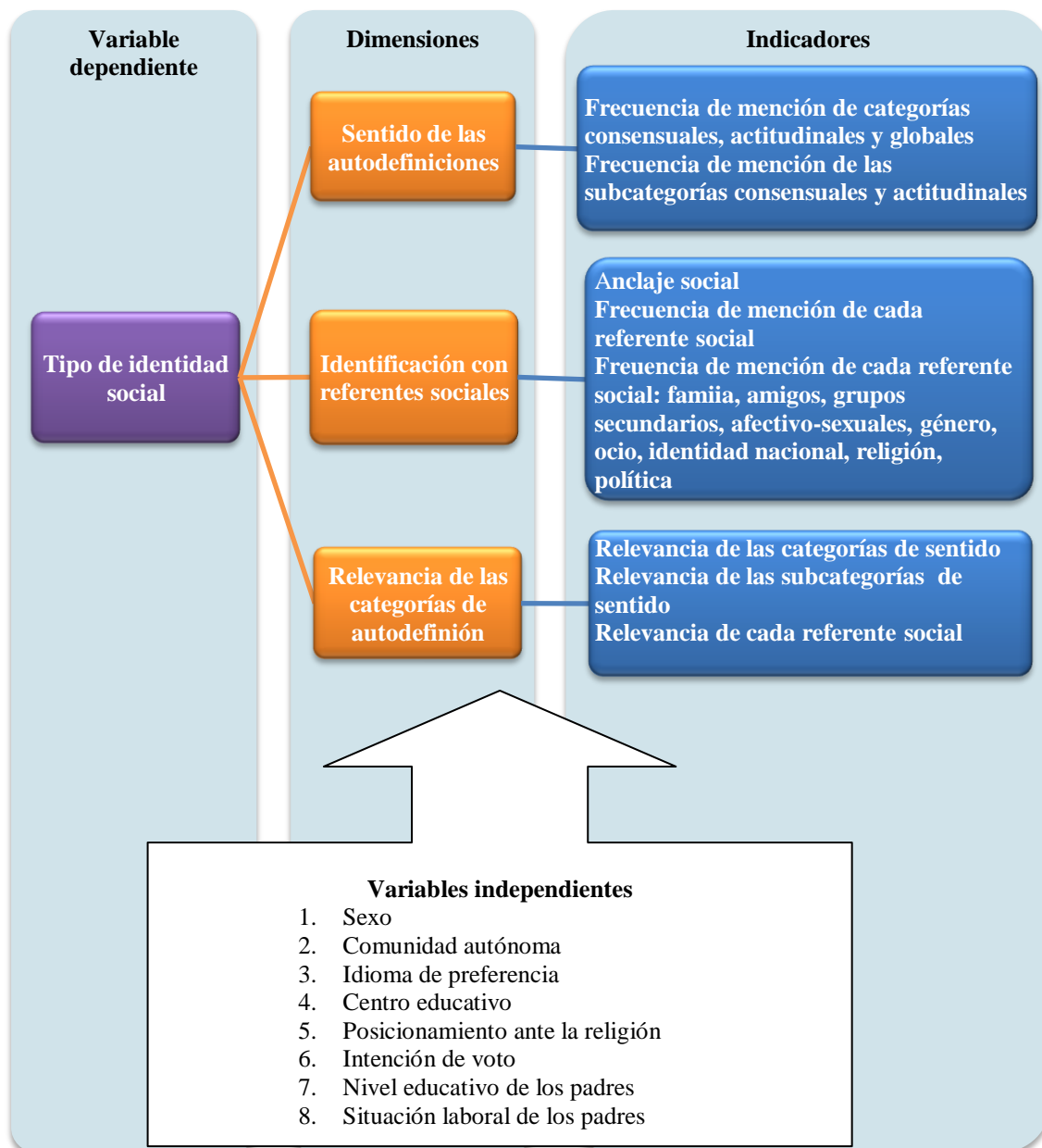
actuales que se definen como creyentes practicantes en la medida en que como fruto del proceso de secularización se trata de una postura religiosa minoritaria entre ellos (Pérez-Agote, 2008b). Además, como ya se mencionó, aunque son escasos los jóvenes españoles que valoran la religión como un aspecto importante en su vida; estos muestran una alta vinculación con esa identificación. Esto hace pensar que seguramente los creyentes practicantes sean más propensos a mencionar a referentes religiosos en sus autodefiniciones que aquellos que se definen como ateos o como no practicantes.

### **5.1.5 Dimensiones, variables e indicadores**

Una de las principales tareas de una investigación consiste en especificar los conceptos que se investigan y operacionalizarlos en dimensiones, variables e indicadores que permitan medirlo (Babbie, 2000). La identidad social resulta un concepto demasiado abstracto para una observación directa, por lo que se aborda a partir de las autodefiniciones con las que las personas se refieren a sí mismas. Estas, a su vez, son analizadas en función de tres dimensiones que son las que se muestran en el gráfico 2: el sentido de las respuestas a las pregunta «quién soy yo», la identificación con referentes sociales y la relevancia que tienen los distintos tipos de categorías. Conviene tener presente que la explicación detallada de algunos de los términos que se manejan se ofrecerá más adelante en el apartado 5.2.4 de codificación de las autodefiniciones.

La primera de las dimensiones de la identidad social, la que se refiere al sentido de las autodefiniciones, se operacionaliza en tres indicadores de acuerdo a la frecuencia de mención de enunciados con sentido consensual –roles, categorías, grupos sociales, características objetivas del individuo–, actitudinal –su significado depende de la interpretación del sujeto– o indefinido –aportan una información vaga sobre el individuo–. Además se han considerado como indicadores la mención de cada una de las subcategorías que engloban las dos primeras. En el caso de las consensuales serán los enunciados físicos, colectivos, actividades, posesiones; mientras que las actitudinales engloban preferencias, autoevaluaciones, autoestima, aspiraciones y creencias –actitudinales-. No se tendrán en cuenta las subcategorías de las indefiniciones porque no proporcionan información relevante para los objetivos de la investigación.

Gráfico 2. Variables, dimensiones e indicadores



Fuente: Elaboración propia

La segunda de las dimensiones de la identidad social que se aborda es la identificación con referentes sociales. Los indicadores propuestos miden el anclaje social y la frecuencia con que se mencionan las referencias familiares, los amigos, los grupos secundarios, el ocio y el tiempo libre, la identificación nacional, las referencias afectivo-sexuales, la identificación religiosa y las menciones políticas e ideológicas.

La última dimensión se refiere a la relevancia que una determinada categoría tiene en la autodefinición de la persona. Para evaluarla se ha tenido en cuenta, no solo la frecuencia de aparición, sino también el orden en que se menciona dentro del cuestionario, es decir, lo que se ha denominado «saliencia» –*salience*–. Esta medida se

interpreta como la accesibilidad que cada tipo de categoría de identificación presenta para cada persona a la hora de definirse o como la relativa espontaneidad con la que una determinada actitud va a ser usada como orientación en la organización del comportamiento (Kuhn y McPartland, 1954). Según Bochner (1994), cuando las personas se describen a sí mismas es probable que mencionen en primer lugar aquellos aspectos que se consideran más importantes en general o en el contexto en el que se formula la pregunta sobre la identidad. La valoración de este tipo de indicador, independientemente de cómo se calcule, difiere en unas u otras investigaciones. Hay quienes han señalado que el hecho de que un tipo de respuesta aparezca antes no implica que necesariamente sea más importante (Escobar, 1987). Pero también pueden encontrarse estudios que prueban precisamente lo contrario, es decir, que existe una correspondencia entre el orden de mención y la valoración que la persona hace de la categoría de autodefinición [Gordon (citado en (Mackie, 1983))]. En cualquier caso, el indicador de relevancia se concibe como una ponderación de la «saliencia» o accesibilidad de una categoría acuerdo al número de veces que es mencionada.

Finalmente, en la tabla 7 se detallan las variables que se estima que influyen en las dimensiones de la identidad consideradas –se pueden revisar las preguntas en el apartado de anexos–. Se va a indagar en la incidencia de ser hombre o mujer, el contexto sociocultural de socialización -nivel formativo y situación laboral de los padres, tipo de centro educativo-, las preferencias políticas y religiosas y la exposición a la identidad nacionalista –comunidad autónoma donde se estudia e idioma de preferencia-.

Tabla 7. Características de las variables independientes

VARIABLES INDEPENDIENTES	TIPO DE MEDICIÓN	VALORES
Sexo	Nominal	Mujer Hombre
Comunidad autónoma donde se estudia	Nominal	Castilla y León País Vasco Cataluña
Tipo de centro educativo	Nominal	Titularidad pública Titularidad privada
Nivel educativo del padre	Ordinal	Educación General Básica (básicos) Bachillerato o FP (secundarios) Estudios Universitarios (superiores)
Nivel educativo de la madre	Ordinal	Educación General Básica (básicos) Bachillerato o FP (secundarios) Estudios Universitarios (superiores)
Situación laboral de la madre	Nominal	Ocupada No ocupada
Situación laboral del padre	Nominal	Ocupado No ocupado
Intención de voto	Nominal	Partido Popular (PP) Partido Socialista Obrero Español (PSOE) Izquierda Unida (IU), Nacionalismo de izquierda <sup>19</sup> Nacionalismo de derecha <sup>20</sup> Otro <sup>21</sup> Blanco
Postura religiosa	Nominal	Creyente y practicante Creyente no practicante No creyente
Idioma de preferencia	Nominal	Castellano Vasco Catalán

Fuente: Elaboración propia

## 5.2 Técnica de investigación

### 5.2.1 Descripción del cuestionario *Twenty Statements Test*

El principal instrumento de recogida de información ha sido el *Twenty Statements Test*, –en adelante, TST– o test de los veinte enunciados, un cuestionario que permite obtener un listado de autodefiniciones de los sujetos expresadas con sus propias palabras. Desde su creación en la década de los 50 por parte de los interaccionistas de la

<sup>19</sup> *Convergencia i Unió*, Partido Nacionalista Vasco

<sup>20</sup> *Esquerra Republicana de Catalunya*, Acción Nacionalista Vasca, *Euskal Herrialdeetako Alderdi Komunista* (Partido Comunista de las Tierras Vascas)

<sup>21</sup> Partidos políticos minoritarios: Partido Animalista Contra el Maltrato Animal, Los Verdes, Partido Cannabis por la Legalización y la Normalización, etc.

Escuela de Iowa ha sido aplicado en una vasta colección de estudios de las ciencias sociales. Es más, apenas ocho años después de su creación, contaba con el suficiente respaldo académico como para asignarle su propia sección dentro de la *American Sociological Society* (Codina, 1998) y un área dentro de la mencionada escuela (Manis y Meltzer, 1978). El interés de estos investigadores fue convertir algunos de los conceptos teóricos del interaccionismo simbólico en variables susceptibles de ser analizadas empíricamente, como es el caso del *self*. Puesto que el mundo interior del ser humano, donde residen sus planes acción, resultan inaccesibles para una observación directa, lo que buscaron fue obtener las actitudes que la personas tienen hacia sí mismas (*self-attitudes*); entendiéndose que éstas son las que organizan y orientan su comportamiento (Kuhn y McPartland, 1954).

Dentro de la evolución del cuestionario, éste ha cobrado un impulso notable a partir de los años 80 cuando aparecen estudios que, desde unas posturas constructivistas, han indagado en como el tipo de sociedad o cultura incide en las definiciones el *self*. Cabe destacar especialmente las investigaciones iniciadas por autores como Markus, Kitiyama, Matsumoto y otros autores que seguirían su estela dentro de los estudios transculturales del *self*. Aunque se han recogido una gran cantidad de datos de sociedades muy diferentes, los resultados y conclusiones presentan una amplia variabilidad, en gran medida por las distintas codificaciones utilizadas (Watkins, Yau, Dahlin y Wondimu, 1997). Lo que sí que parece común a todos ellos es que reconocen que “las culturas tienen distintas concepciones de la persona y que éstas inciden en determinadas dimensiones de la autopercepción. De esta manera se observa que en las autodescripciones hay aspectos basados en la sociedad y aspectos basados en la individualidad” (Codina, 1998, p. 32)

Dicho esto, lo que propusieron inicialmente Kuhn y McPartland (1954) fue plantear a los sujetos una sola pregunta en formato abierto, «quién soy yo», e invitándoles a responder como si se la hicieran a sí mismos. Debajo se ofrecen 20 líneas numeradas para que responda con un enunciado en cada una de ellas. El resultado que se obtiene es un listado de afirmaciones o autodefiniciones que los sujetos asocian a sí mismos. Además, es un test que se puede administrar tanto individual como grupalmente, pudiendo ser autocompletado por las personas o rellenado por un administrador que escucha las respuesta. En cualquier caso, tanto el contenido como la extensión no parecen estar afectados por la adopción de una u otra forma de administración (Escobar, 1987).

Entre las principales ventajas que se han destacado del TST está su flexibilidad, ya que al contrario que otro tipo de cuestionarios, no impone u orienta la dirección de las respuestas (Codina, 1998; Watkins et al., 1997) y resulta menos tendencioso culturalmente que otro tipo de instrumentos más estructurados. Es más, la pregunta de partida es aplicable a prácticamente cualquier contexto y facilita que las personas se refieran a sí mismo como objeto (Escobar, 1987), describiéndose con sus propias palabras y en los términos que resulten más relevantes o accesibles para ellos (Prado del et al., 2007).

Junto con lo anterior, se han señalado una serie de limitaciones del TST relacionados con la forma de codificar los datos. Así, algunos autores han subrayado la incoherencia entre el tipo de información que se recoge, abierta y con respuestas concretas y el tratamiento que se le da posteriormente al imponer un esquema predeterminado de codificación. Las categorías en muchos casos son escasas, reflejan un elevado nivel de abstracción, están basadas en los criterios y significados que el investigador considera relevantes (Tucker, 1966; Escobar, 1987). Algunos intentos de afrontar esta limitación han sido hacer que los propios sujetos categoricen las respuestas, para posteriormente solicitarles que valoren la importancia de sus identificaciones o que valoren el grado de acuerdo con las respuestas un tiempo después de haberlas expresado (Codina, 1998).

Otra de las debilidades relacionadas con la clasificación de respuestas se encuentra en que el elevado número de variaciones que se han hecho del formato original dificulta la comparación de los datos entre estudios. No obstante, como contraargumentos puede señalarse que la mayoría de esquemas que se utilizan se basan en la distinción entre categorías que recogen los aspectos más individuales o idiosincráticos de la definición del individuo y otras que responden a las diferentes vinculaciones y pertenencias grupales del mismo.

Uno de los riesgos de la utilización del TST tiene que ver con la subjetividad del investigador, o más bien del codificador que después de recogida la información categoriza las respuestas (Prado del et al., 2007). De ahí que sea frecuente contar con la participación de codificadores ajenos a las hipótesis de investigación y cuyos resultados posteriormente se contrastan para valorar el nivel de coincidencia (Watkins et al., 2003; Codina, 1998). A lo dicho se suma que a la hora de seleccionar la muestra de estudio mayoritariamente se ha optado por estudiantes universitarios, incluso por alumnos de la carrera de psicología, que se mueven en contextos en los que se predispone hacia

actitudes individualistas como la competitividad, el esfuerzo individual y el potencial personal (Eaton y Louw, 2000; Prado del et al., 2007). El riesgo de sesgo en la aplicación del TST exclusivamente con universitarios se incrementa aún más en sociedades en las que el acceso a estos estudios está claramente condicionado por el estrato socioeconómico. Así, en muchas culturas colectivistas el hecho de seleccionar estudiantes universitarios limita la visión de la identidad a un grupo reducido de élites intelectuales y económicas y acentúa la influencia de la clase social en los resultados obtenidos (Wang, 2001).

Respecto a las críticas más teóricas, los precursores del cuestionario, y los posteriores herederos de sus ideas, interpretaron la información obtenida de forma determinista, ya que asumieron que las actitudes que las personas tienen a sí mismas están condicionadas por la internalización de las posiciones que ocupan en la sociedad. Por tanto, esta concepción responde más a la idea de estructura que a la de proceso (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975). Es más, Kuhn y sus colaboradores presuponen una estabilidad y consistencia de dicha estructura en las diferentes situaciones en las que se desenvuelve el individuo –de ahí que permita predecir la conducta- (Escobar, 1987; Meltzer, Petras y Reynolds, 1975) lo que no deja de ser una contradicción con la concepción de un *self* que emerge de la interacción social

Todo lo dicho no es impedimento para la utilización del cuestionario como herramienta para el análisis de la identidad. Como señala Codina, “las investigaciones que utilizan el TST parecen sugerir que las posibilidades del instrumento dependen fundamentalmente de la coherencia que se establece entre las características de la tarea planteada, el análisis de las respuestas y el objetivo de la investigación” (Codina, 1998, p. 34). Así mismo, el marco teórico de partida es diferente del propuesto por los creadores del instrumento. No se asume que las autodefiniciones recojan todo el *self* de la persona, ni tampoco que estas se mantengan inalterables a lo largo del tiempo. Más bien lo que se propone es que reflejan la dialéctica entre las identificaciones internas y externas con las que se define la identidad social en un contexto social y cultural dado.

### **5.2.2 Modificaciones al formato inicial**

Desde la creación en los años 50 del TST se han aplicado algunas modificaciones al planteamiento inicial de los académicos de Iowa para ajustarse a diferentes objetivos de investigación. Una de ellas atañe al número de espacios que se

ofrecen para responder. En la mayoría de los estudios recientes, que son los que estudian la relación entre el *self* y la cultura (Bochner, 1994; Hong et al., 2001; Markus y Kitayama, 1991; Triandis, 1989; Wang, 2001; Lalwani y Shavitt, 2009), se han reducido a 10 argumentado que en las sociedades colectivistas la preocupación por uno mismo es menos relevante y difícilmente completarían 20 enunciados (Watkins et al., 1997). Además consideran que a partir de la décima respuesta las personas comienzan a repetirse o a dar información trivial. Algunos, incluso, plantean estudiar únicamente las 7 primeras respuestas (Bochner, 1994; Wang, 2001). No obstante, tal y como probaron Watkins y sus colaboradores (1997), no existen suficientes pruebas de que el número de espacios disponibles afecte a la frecuencia de aparición de cada categoría. Por el contrario, lo que parece influir más en este sentido es el tipo de codificación que se emplee.

Otro de los cambios que se han aplicado al cuestionario tiene que ver con la formulación de la pregunta inicial. Así, en algunas investigaciones se planteaba a los sujetos la pregunta «quién eres tú», o se les pedía que se describieran (Bochner, 1994; Rhee, Uleman, Roman y Lee, 1995). Estas formulaciones permiten obtener información de cómo se ve la persona pero pueden condicionar sus respuestas al restringir los términos en que se define y favorecer la mención de autoevaluaciones. Lo mismo sucede cuando los renglones que se ofrecen para expresar las respuestas se comienzan con «yo» (Hong et al., 2001) o «yo soy» (Kanawaga, Cross y Markus, 2001; Lalwani y Shavitt, 2009; Prado del et al., 2007; Rhee et al., 1995; Trafimow et al., 1991), en lugar de dejar el espacio completamente en blanco.

En lo que se refiere a esta investigación, se ha optado por mantener el formato original planteando el interrogante «quién soy yo» y pidiéndoles a los jóvenes que contesten a la misma como sí se hicieran la pregunta a sí mismos. Así, se favorece una mayor espontaneidad y reflexividad en la respuesta. También se mantienen los 20 espacios numerados ya que existen investigaciones en las que la media de respuestas estuvo en torno a las 15, incluso se superaba esa cifra (Escobar, 1987).

### **5.2.3 Fiabilidad y validez del instrumento de medida**

Cuando se emplea una técnica de investigación es necesario que ésta pueda caracterizarse como fiable y válida para asegurar una buena medición de lo que se está



investigando. Los errores suelen aparecer cuando las diferencias de los valores asignados a los casos de estudios son atribuibles a algo distintos de los factores considerados. La fiabilidad implica que al repetirse la medición de una variable se obtienen los mismos resultados; mientras que la validez se refiere al grado en que el instrumento refleja los significados que se han atribuido a los conceptos que se pretenden medir (Babbie, 2000).

Como ya señalara en su momento Escobar (1987), la medida de fiabilidad es difícil de valorar para las mediciones del TST porque se parte de la idea de que el self o la identidad social no son estructuras estables cuyas características puedan ser definidas invariablemente. Lo que se ha buscado es garantizar las condiciones que aseguren la mayor fiabilidad posible.

Entre las fuentes más comunes de error están algunas que tienen que ver con las características de los individuos, con sus habilidades para entender el cuestionario o su capacidad para facilitar la información que se les solicita, así como con factores individuales temporales y con aspectos relacionados con la administración de la prueba (Salkind, 1999). Los sujetos de estudio en este caso, han alcanzado el suficiente nivel educativo –4º de la ESO y 1º de Bachillerato– como para poder entender el cuestionario y, además, se les ha posibilitado responder en el idioma de su preferencia, ya sea el castellano o los cooficiales en el caso del País Vasco y Cataluña.

Además, el hecho de ser este un estudio transversal genera la duda de si las respuestas al TST podrían estar sujetas a factores situacionales o personales que afectaran a los jóvenes en el momento de rellenar el cuestionario como, por ejemplo, lo sucedido en la hora anterior a la realización del test, lo que sucederá en la siguiente, el estado de ánimo o la relación con el profesor cuya clase se utiliza para administrarlo. No obstante, el tamaño de la muestra hace prever que se compensen con dichos efectos. Así mismo, se ha tratado de reducir la influencia del entorno garantizando el anonimato en las instrucciones y recurriendo a personal ajeno a al centro educativo para la administración del TST.

En otro orden de cosas, aunque se ha comprobado que la aplicación de estímulos o condicionantes en las respuestas afectan al sentido de las respuestas –predominio de rasgos personales o de las pertenencias sociales–, este efecto depende del tipo de cultura de la persona. Se ha mostrado que quienes pertenecen a culturas colectivistas son más susceptibles a los factores situacionales que los que pertenecen a individualistas, por lo

general, occidentales (Kanawaga et al., 2001). Por tanto este efecto no resulta tan relevante como para cuestionar la fiabilidad del cuestionario.

Otra de los aspectos a tener en cuenta para garantizar la fiabilidad concierne a la recogida de datos y su posterior codificación. La propia naturaleza del TST hace difícil que haya un problema de mala interpretación por parte del sujeto o de una influencia del administrador en las respuestas en tanto que se trata de una sola instrucción y la forma de rellenarlo es abierta. Respecto a la forma de codificar el TST existe el riesgo de interferencia por parte de la interpretación subjetiva por parte del investigador, pero este factor ha tratado de reducirse empleando varios codificadores a la hora de clasificar las respuestas. Existen además evidencias empíricas de que se da una considerable coincidencia cuando se comparan las codificaciones llevadas a cabo por distintos evaluadores (Alm, Carroll y Welty, 1972; Grace y Cramer, 2002).

La otra cualidad de un buen instrumento de medición es la validez, que garantiza que la herramienta utilizada mide aquello para lo cual se diseñó (Salkind, 1999). Aunque no existen demasiadas evidencias empíricas de su validez del TST como herramienta de la psicometría, cuando se ha comparado con otros test de personalidad ha mostrado una alta correlación (Grace y Cramer, 2002).

Originariamente el TST fue diseñado para estudiar la estructura de actitudes del *self* (Kuhn y McPartland, 1954) pero como ya se explicó, presenta algunas incoherencias con la visión interaccionista del mismo, dado que pretenden recoger rasgos estables que expliquen el comportamiento, lo que entra en contradicción con la visión del *self* como producto de la interacción social (Meltzer, Petras y Reynolds, 1975). No obstante, lo que mide el cuestionario no se interpreta en este caso como el *self* en sí, sino como las autodefiniciones o identificaciones con las que la persona se refiere a sí misma, es decir, su identidad (Charon, 1992).

Como se ha ido mostrando a lo largo de este texto, existe abundante literatura empleando el TST que corrobora la existencia de dos tipos básicos de identificaciones en la forma de expresar el *self* o la identidad: con un contenido socialmente consensuado y con otro que refiere más a la subjetividad del individuo. Además, se ha podido observar que la preeminencia de una u otra y del uso de uno u otro tipo de referentes sociales, varía función de distintos factores –sexo, afiliación religiosa, tipo de cultura, etc.- y según el momento histórico.

#### 5.2.4 Codificación de las respuestas

Tal y como señalaron Kuhn y McPartland (1954), existen múltiples formas de abordar la información recogida a través de los enunciados del TST y los objetivos de cada investigación marcan en gran medida como luego esta será codificada. En un primer momento la codificación que se utilizó categorizaba el tipo de respuestas por un lado, en consensuales, que hacen referencia a las pertenencias y categorías sociales con las que se identifican las personas; y subconsensuales que engloban enunciados cuyo contenido es más idiosincrático y, por tanto, su sentido depende de los significados que les atribuya la persona. Como ya se ha mencionado, estos autores se centraron especialmente en el primer tipo de respuestas que interpretaron como el anclaje social de la persona. Esta postura ha sido criticada porque se asume que los aspectos más importantes del *self* son los que se corresponden con la consensualidad dejando de lado, en cierta medida, las interpretaciones del otro tipo de respuestas. Es más, al plantear un sistema dicotómico en términos tan abstractos algunas respuestas plantean dificultades a la hora de decidir si son consensuales o subconsensuales puesto que la consensualidad depende del contexto (Codina, 1998).

Esta clasificación pronto sería ampliada con subcategorías dentro de las subconsensuales, como las creencias ideológicas, las aspiraciones, las preferencias o intereses y las autoevaluaciones (Kuhn, 1960; Schiwirian, 1964); y también dentro de las consensuales que se subdividieron en aspectos físicos, posiciones sociales, roles y estatus (McPartland, 1971). Otra de las categorizaciones bastante utilizada en la literatura del TST es la de Cousins (1989) que, además de las anteriores categorías o similares, incluye las referencias a uno mismo en términos individualizadores –nombre, categorías como ser humano–, juicios de los otros, situaciones inmediatas y posesiones.

Un tipo diferente de aportaciones surgieron a partir de las investigaciones transculturales del *self* de los años 80 que, pese a utilizar una terminología diferente, se basan en una idea similar a la de las primeras clasificaciones de las respuestas del TST. Así, reconocen la existencia dos tipos de constructos del *self*, uno independiente, que es característico de las sociedades en las que el individuo da sentido y organiza su conducta de acuerdo a su propio repertorio interno de pensamientos, sentimientos y acciones; y el otro interdependiente, en el que la persona trata de regular su

comportamiento a lo que resulta apropiado en cada contexto y relación social (Markus y Kitayama, 1991).

Según el tipo de constructo que predomina en una sociedad tenderán a activarse distintos tipos de categorías de definición de las personas: las *idiocéntricas* o privadas, las colectivas y las *alocéntricas* o públicas, entendiendo que las dos primeras son interdependientes y las otras interdependientes (Bochner, 1994; Trafimow et al., 1991; Wang, 2001; Madson y Trafimow, 2001; Santamaría, Mata de la, Hansen, y Ruiz, 2010; Somech, 2000; Trafimow et al., 1997; Triandis, 1989). Las *idiocéntricas* incluyen actitudes, creencias, conductas estados con los que las personas se refieren a sí mismas, por lo que serían equivalentes a las subconsensuales. La categoría de colectivas, que son semejantes a las consensuales, está referida a la pertenencia a grupos sociales, categorías demográficas o grupos con los que se comparte la vivencia de un destino común. Adicionalmente algunos autores (Watkins et al., 2003) han subdividido esta categoría en dos componentes: el grupo pequeño de relaciones más cercanas, y el grupo amplio, que incluye pertenencias grupales y categorías sociales. Finalmente, son clasificadas como *alocéntricas* aquellas cualidades relacionadas con la interdependencia, la amistad, la responsabilidad por los otros, la opinión de los demás, etc.; es decir, lo que en otras clasificaciones, como la usada en este trabajo, se considera autoevaluaciones sociales.

De acuerdo con Triandis (1989) según el tipo de cultura y el grado de complejidad de la sociedad predominará uno u otro tipo del *self*. Así, el *idiocéntrico*, que es más propio de las sociedades complejas, individualistas y flexibles, mientras que el colectivo caracteriza a sociedades en las que las personas se definen y comportan de acuerdo a las normas, los roles y los valores de los grupos de pertenencia.

Investigaciones más recientes (Santamaría et al., 2010) han objetado que existe escasa evidencia de que algunas sociedades, por ejemplo la española o la mexicana, encajen en las categorías de independencia/individualismo o de interdependencia/colectivismo. Además entienden que se trata de dimensiones complejas que funcionan más como un continuo o gradación que como categorías excluyentes (Somech, 2000).

Sería demasiado extenso ahondar en todas las variaciones que se han dado de las primeras codificaciones, ya que se han ido añadiendo matices, como por ejemplo distintos rasgos psicológicos, estados emocionales o circunstanciales (Prado del et al., 2007); y otras dimensiones como la positividad, negatividad o neutralidad de las respuestas (Escobar, 1987; Prado del et al., 2007; Santamaría at al., 2010; Wang, 2001)

En el caso de esta investigación se ha partido de la propuesta de categorización utilizada por Escobar (1987) con algunas modificaciones. De esta manera, las respuestas son examinadas de acuerdo a dos criterios: el sentido de las respuestas y la presencia de referencias sociales en el enunciado de las mismas. A continuación se presenta una descripción pormenorizada de las categorías acompañadas de algunos ejemplos y aclaraciones sobre dudas que surgieron en el proceso de codificación.

#### 5.2.4.1 *Clasificación de categorías en función del sentido de la respuesta*

La primera de las dimensiones analizadas para clasificar la información es el sentido de cada enunciado proferido como respuesta al TST. Pudiera suceder que en un mismo espacio o línea se formulen dos respuestas diferentes, en cuyo caso se considerarán como enunciados distintos y se categorizarán con sendos códigos de acuerdo al sentido que tenga cada uno. Así, un ejemplo es el un joven que en uno de los espacios respondió «adoro las motos y me gustaría tener una». En este caso, está expresando una preferencia –«amo las motos»– y una aspiración –«me gustaría tener una»–. Aunque el entrevistado emplee una sola frase, en realidad transmite dos informaciones con diferente sentido.

Dicho esto, la primera de las categorías de sentido consideradas la que se ha denominado subconsensual o actitudinal que se refiere a enunciados que implican un posicionamiento o valoración respecto a aspectos referidos a uno mismo. Por tanto, contienen en su formulación un componente subjetivo explícito. Es similar a la mencionada categoría *idiocéntrica*, con la salvedad de que las actitudinales incluyen las autoevaluaciones sociales; contenido que es considerado dentro de otras clasificaciones como una categoría aparte –*alocéntrica*–.

Las categorías actitudinales pueden ser desglosadas en una serie de subcategorías:

**Aspiraciones:** Respuestas que se refieren a lo que el sujeto espera hacer, ser o que le suceda. Suelen ser deseos, sueños o metas personales formulados con referencia al futuro («me gustaría trabajar», «quisiera tener un futuro más seguro», «alguien que se quiere realizar», «con expectativas de ir a la universidad», «mi mayor ilusión es ser biólogo»).

**Autoestima:** Enunciados en los que el sujeto señala su simpatía para consigo mismo y el grado de satisfacción con su vida en términos generales («contento conmigo

mismo», «no me agrada mi forma de ser», «afortunado», «molo mucho», «me encanta mi vida», «soy feliz», «soy una persona sin autoestima»).

**Autoevaluaciones:** Enunciados evaluativos referidos a distintas dimensiones de la persona.

- **Autoevaluaciones de carácter y morales:** se refieren a la personalidad psicológica y a evaluaciones morales de alcance predominantemente individual («soy bueno, educado, especial», «soy madura aunque a veces miento», «fiel a los compromisos, a mis principios», «golosa, dormilona» «alegre»). Estas autoevaluaciones pueden aparecer en ocasiones bajo la fórmula «me gusta» o similares («me gusta reírme», «no me gusta mentir») pero a diferencia de las preferencias, se refieren a rasgos de la personalidad o morales.
- **Autoevaluaciones estéticas:** califican aspectos físicos o estéticos de uno mismo («soy guapo», «soy delgado», «me gusta vestir bien», «soy presumida, elegante, limpia», «soy bastante fornido»)
- **Autoevaluaciones intelectuales:** referidas a las capacidades cognitivas o conocimientos que se poseen («soy un gran pensador», «soy inteligente», «soy bilingüe», «tengo ideas que a otros no se ocurren», «soy culta») y evaluaciones sobre los estudios y la actitud y el rendimiento académico («soy muy estudiosa», «voy bien en el instituto», «me cuesta concentrarme», «me preocupan mis notas», «se me dan muy mal las matemáticas»).
- **Autoevaluaciones prácticas:** hacen referencia a la habilidad o torpeza del individuo para realizar una serie de tareas o actividades («sé hacer muchas cosas», «soy un buen músico», «procuro hacer las cosas bien», «no soy aplicada en las tareas»). También comprende valoraciones sobre su situación económica («mis recursos son limitados», «pobre», «soy ahorradora») y las virtudes y defectos en el desempeño de actividades prácticas o tareas («soy puntual», «soy desordenada», «me organizo bien», «me gusta tener las cosas a punto», «soy previsor») )
- **Autoevaluaciones sociales:** incluyen habilidades sociales y evaluaciones referidas al trato y las relaciones con los demás («soy extrovertido y tolerante con la gente», «alguien que teme la soledad», «se puede contar conmigo», «confío en mis amigos», «me gusta amar y ser amada», «soy

generosa», «estoy muy unido a mis familia»). En esta categoría se incluye la expresión «amigo de mis amigos» porque se refiere a la cualidad de ser un buen amigo.

**Creencias:** Expresiones de tono místico, creencias religiosas, supuestos filosóficos o sobre la naturaleza general de la moral y la ética («persona inconforme con la vida actual», «alguien que piensa que el mundo puede cambia», «la gente se ocupa mucho de lo material»). Incluye también la opinión sobre temas políticos, sociales, de actualidad, etc. («en cuanto a mi región, estoy totalmente de acuerdo con su funcionamiento», «creo que la figura del Rey es necesaria», «indignada con la época que vivimos», «la marihuana no debería estar prohibida»); así como valoraciones éticas o sobre cosas intangibles que estén expresadas de manera global o general no como autoevaluaciones de tipo moral («odio la guerras», «no me gusta que se metan con la gente por su físico», «creo en la igualdad», «respeto mucho la homosexualidad», «opino que el amor verdadero existe», «me gusta que se diga la gente diga la verdad»). Cuando se hace alusión a la pertenencia a un grupo que comparte ideas o valores como «cristiano», «socialista» o «ecologista» entonces la respuesta es considerada colectiva.

**Preferencias:** Enunciados en los que se hacen explícitos los gustos y preferencias del individuo («soy amante del campo», «apasionado de las motos», «leer es una de mis aficiones favoritas», «soy anti-informática»). No obstante, si lo que se expresa es una preferencia por cosas espirituales e intangibles o valores, serán consideradas como creencias («no me gusta la hipocresía», «no me parece mal fumar»). Tampoco serán consideradas como preferencias las predisposiciones personales que encajan en el grupo de autoevaluaciones de carácter («suelo dormir demasiado», «necesito el móvil conmigo», «adicta a ir de compras»). Además, si las preferencias están referidas a relaciones sociales o personas serían consideradas como autoevaluaciones sociales («me gusta hablar con mis amigos», «me gusta cuidar niños pequeños», «quiero que me escuchen», «me encanta ligar»). Si se trata de capacidades cognitivas que no se cataloguen como aficiones, serán consideradas como autoevaluaciones intelectuales («me gusta aprender», «me gusta conocer cosas nuevas»)

El segundo tipo de categorías de sentido es el de las consensuales, es decir, aquellas referidas a aspectos de la vida de la persona que cuyo contenido, significado o expectativas de comportamiento está consensuado socialmente. Es lo que Kuhn consideraba el grado de anclaje del sujeto en cuanto a miembro de una sociedad o *locus score*. Esta categoría es similar a lo que en las investigaciones culturales del *self* se

denomina colectivas. Como principal diferencia respecto a la clasificación de referencia (Escobar, 1987), se han incluido dos nuevas categorías, «actividad» y «propiedad», para poder clasificar cierto tipo de expresiones que no encajan como autoevaluaciones o preferencias porque están formuladas de manera objetiva o descriptiva. Otro de los cambios en las subcategorías concierne al código de creencias, que previamente se incluían como parte del *locus score* pero, dada la interpretación o justificación que suelen elaborar las personas sobre este tipo de enunciados, resultaba más apropiado considerarlas como actitudinales.

Dicho esto, a continuación se describen las correspondientes subcategorías dentro de la tipología consensual.

**Actividades:** Enunciados que reflejan alguna actividad o hábito por el que el sujeto se define, siempre y cuando no aparezcan expresados como autoevaluaciones.

Incluye:

- Adicciones, hábitos o costumbres («soy fumador», «muchos días duermo la siesta», «tengo la costumbre de depilarme»)
- Actividades que expresadas sin hacer ninguna valoración sobre las mismas porque si no serían preferencias o autoevaluaciones («deportista», «juego al tute», «los fines salgo de fiesta» «soy motorista», «lector de periódicos», «he visitado París», «hablo inglés»)

No se consideran actividades expresiones del tipo «el Messenger es mi vicio», «compradora compulsiva», «adicta al rosa» o «dependiente del teléfono» porque se trataría en realidad de autoevaluaciones de carácter o preferencias.

**Colectivas:** Respuestas en las que se explicitan roles o estatus sociales, pertenencias grupales y categorías reconocibles socialmente. Incluye:

- Participación en equipos de fútbol, asociaciones, clubs y los roles asociados a ellos («soy del FCB», «soy entrenador», «mi peña se llama Jaleo» «soy scout»). Conviene tener en cuenta la formulación, ya que no es lo mismo decir que uno es jugador de futbol, que se clasificaría como «actividad» que decir que uno es jugador de un equipo, en donde la referencia es «grupal».
- Pertenencia o permanencia en lugares y referencia a la nacionalidad («soy de pueblo», «nacé en Salamanca», «soy ecuatoriano», «vivía en la calle X» «ahora resido en Madrid»).



- Roles de trabajo y de los estudios («alumna del instituto», «repetidor», «estudiante de ESO», «soy camarero», «delegado de mi clase»).
- Identidades culturales, ideológicas, religiosas, de tribus urbanas o estéticas («soy católico», «de izquierdas», «ecologista», «pacifista», «soy heavy», «soy b-boy»).
- Roles de género o sexuales («soy un chico», «una tía», «de sexo femenino», «soy hombre», «no soy gay», «estoy soltero», «tengo pareja estable»).
- Roles familiares y de amistad («soy amiga de Ana», «hijo mayor», «tengo dos hermanos», «vivo con mis padres»).

Dentro de la categoría de colectivas hay expresiones que fácilmente son objeto de duda por parte de los codificadores, por lo que conviene hacer algunas aclaraciones. En primer lugar, respuestas del tipo «soy estudiante de bachillerato» se clasifica dentro de la categoría colectiva; pero si se trata de «soy estudioso» o «me gusta estudiar», se incluirán en las autoevaluaciones intelectuales; mientras que otras como «estudio música» se codificarían como actividades. En segundo lugar, cuando el individuo expresa «soy aficionado/fan de Real Madrid» se cataloga como colectiva porque hace una mención a una pertenencia grupal. Por el contrario, afirmación «soy aficionado/ fan de los toros (grupo de música, moda, cine, etc.)» se codifica como preferencia. Finalmente, «tengo amigos» es considerada colectiva, mientras que «tengo muchos amigos» y «soy amigo de mis amigos» sería autoevaluación social se refieren a una cualidad personal o a la capacidad de relación de la persona.

**Físicas:** Engloban respuestas que hacen alusión a aspectos físicos o de salud expresados en términos objetivos o descriptivos. Incluye

- Atributos físicos siempre que no se haga una valoración de los mismos: («de altura 1,90», «calzo un 37», «tengo los ojos marrones»)
- Edad, expresada en años («tengo 22 años», «nací el 23 de enero») pero no como grupo de edad («soy adolescente»), ya que en este caso sería grupal;
- Nombre, apellidos, apodo o similares.
- Enfermedades, prótesis, estados físicos («uso gafas», «soy asmático», «tengo vértigo», «llevo pendientes», «me duele una muela»)

**Globales consensuales:** Respuestas mencionadas en forma abstracta y aplicable a todo el género humano («un trozo de materia», «miembro de una sociedad» «habitante», «moriré algún día», «persona con sentimientos»). Este tipo de expresiones

no conllevan matices subjetivos ni calificativos, por lo que otras como «soy único» o «especial» se clasificarían como autoevaluaciones.

**Propiedad:** Enunciados que se refieren a la posesión de algún objeto («tengo perro», «tengo bastante ropa color rosa», «tengo una casa en la playa», «llevo encima mi MP3»).

El último tipo de categorías consideradas es la de indefiniciones que comprende enunciados tan vagos que no implican ninguna expectativa concreta sobre la conducta, pudiendo asumir diferentes fórmulas de enunciación que se detallan a continuación:

**Dudas o desconocimiento de sí mismo:** Respuestas que aluden directamente a la ignorancia que el individuo tiene respecto de sí mismo («no sé», «soy desconocido para mí», «no sé que más poner»).

**Enunciados sobre otros objetos sociales o personas:** Respuestas cuyo sujeto son personas u objetos distintos del que responde («mi padre es obeso», «mi perro se llama Bobby», «mi padre es profesor», «hace buen tiempo»).

**Evasión del test:** Enunciados que se limitan a criticar o burlarse del cuestionario o de los entrevistadores o que se utilizan para rellenar las líneas que faltan para completar las 20 («¿qué hora es?», «me falta una para acabar», «por culpa de esto me tengo que quedar una hora más», «en vez de hacer cosas como ésta, podríais ver la tele» «pringados»).

**Indefinición:** Expresiones en tono nihilista o muy vago y que no aportan información acerca de la persona que contesta («uno más», «no soy nadie», «soy insignificante en un mundo muy grande», «soy algo», «soy nadie»).

**Simbólico-metafóricas:** Enunciados expresados indirectamente a través de una imagen no admitida usualmente en el lenguaje coloquial («soy futuro», «la figura de mi sombra», «soy portavoz de mi conciencia», «soy el tiempo que me ha tocado vivir»). Algunas de estas respuestas pueden incluso tener un contenido absurdo o tono de burla («soy sexador de pollos», «veo un duende que me dice cosas», «soy un trípode», «soy la Reina de Inglaterra»).

#### **5.2.4.2 Clasificación de categorías según las referencias sociales**

Una vez clasificados según el sentido los enunciados del al TST, se han codificado los referentes sociales que aparecen en los mismos. Es importante hacer notar que, mientras que en la clasificación anterior la unidad de codificación era el

enunciado; en este caso es el sintagma, lo que incluye tanto el nombre como los calificativos que lo acompañan. Además, puede suceder que en un solo enunciado aparezcan varias referencias, en cuyo caso, cada uno es codificado individualmente. La única salvedad son expresiones del tipo «hijo de mis padres», «nieta de mi abuelo» o «amigo de mis amigos» en las que solo se asignaría un código puesto que la expresión se refiere en realidad a la una misma referencia.

El sistema de clasificación de referencias es similar al de Escobar (1987) pero se han realizado algunas modificaciones e incorporaciones como resultado del trabajo de campo. En primer lugar, se ha sustituido el término «sexo» por «género» porque facilitaba la diferencia con respecto a la «orientación sexual» y a la variable independiente del sexo que será utilizada en el análisis de datos. En segundo lugar, se incluyó la categoría de «identidad supranacional» para recoger aquellos conceptos que identifican a las personas más allá de las fronteras nacionales. Adicionalmente, se ha distinguido la identidad estatal, referida a ser español; de la intermedia que se corresponde con la identificación con la comunidad autónoma. Se ha eliminado la identidad nacional porque en el caso español el concepto de nación para unas personas es España pero para otras a su región, en especial en las «comunidades históricas». Además, bajo la etiqueta de identidad local se codificaron las referencias a la provincia, la comarca, la ciudad y el pueblo. .

Habiendo hecho estas aclaraciones el primer tipo de referentes es el de biosociales que agrupa:

- **Nombre:** Guille, Jacobo, Sánchez (se incluyen apellidos y apodos)
- **Género:** chico, hombre, varón, sexo masculino, tío (cuando aparece referido a uno mismo).
- **Edad:** X años, edad, mayor de edad, adolescente, joven, niño, adulto, crío (expresada numéricamente, o como grupo de edad).
- **Características físicas** X m. de altura, X de pie, alto, gordo, con pecas, barbudo, rapado, diestro, con gafas, piercing, pelo castaño, ojos claros.

El siguiente grupo es el correspondiente a las referencias familiares que serían:

- **Matrimoniales y de la pareja:** novio, esposo, pareja estable, marido o mujer, mi chico, mi rollo, casarme, amante, enamorada, amor verdadero
- **Familia nuclear:** padre, hermano, hijo, parientes, familiares, primogénito, familia (cuando no especifica los consideramos como nuclear), familiar.

- **Familia extensa:** abuela, tíos, sobrinos, primos, demás familia
- **Casa/hogar:** casa, interno, piso, residencia, chalet

La tercera de las categorías consideradas es la de grupales, que engloba:

- **Grupos primarios no familiares:** amigos, compañeros, colegas, vecinos, enemigos, conocidos
- **Grupos secundarios:** Atlético de Madrid, equipo, scout, instituto, conservatorio, Escuela Oficial de Idiomas, academia, peña, voluntario, escuela de tauromaquia, orquesta, grupo de rock, hippie, emo. (asociaciones, culturales, de ocio, deportivas, solidarias; grupos deportivos, tribus urbanas, etc.)
- **Otro generalizado:** alguien, gente, mayoría, personas, algunos, todos, niños pequeños, tercera edad, los que me rodean, los que quiero, ser humano, todo aquel, todo el mundo, semejantes, otros.

En el caso de la categoría de otro generalizado se considera como tal siempre y cuando la expresión no esté referida al propio sujeto. Por ejemplo, en el enunciado «soy un ser humano», «ser humano» se codificaría como definición universal. Sin embargo se etiquetaría «otro generalizado» si la expresión fuera «creo en el ser humano».

El siguiente grupo de referencias es el de las activas que incluye menciones al trabajo, los estudios y el ocio y, a su vez se dividen en:

- **Denominación específica del trabajo:** actor, árbitro, arqueóloga, biólogo marino, futbolista profesional, profesor de historia, vendedora de flores.
- **Roles referidos al trabajo:** buen trabajo, currante, empleo, trabajador (si se usa como sustantivo y no como adjetivo calificativo)
- **Roles o referencias a la carencia de trabajo:** parado, desempleado, desocupado, paro.
- **Actividades complementarias:** baloncesto, cine, tute, atleta, beber, caza, conocer gente, consumidor de drogas, dar masajes, decorar mi habitación, dibujante, ejercicio, el mundo del motor, ordenador, el piano, escribir, ir de compras, conciertos, música tecno, nuevas tecnologías, las sevillanas, ligar, relajarme, salir con los amigos, tocar la batería, ver películas de acción.
- **Roles o estatus educativo:** Bachillerato, alumna, Ciencias de la Naturaleza y de la Salud, estudio, asignatura, estudiante, notas, calificaciones, curso, monitora, profesor, tutor, clase

Las actividades complementarias suelen generar en ocasiones dudas. Se proponen un par de ejemplos para facilitar su codificación. Si una persona expresa que es «fan del hip hop» se identifica colectivamente, por lo tanto la categoría apropiada sería grupal. En el enunciado «me gustan los toros»; «toros» sería una actividad complementaria. Sin embargo, si se expresa como «soy anti taurino»; «anti taurino» es considerado como grupo secundario.

La quinta clasificación de referencias es el de las denominadas sociales, que está desglosada en un amplio número de subcategorías:

- **Identidad supranacional:** europeo, humanidad, africano, ciudadano del mundo.
- **Identidad estatal:** Colombia, español, mi país, españolista.
- **Identidades intermedias:** castellano-leonés, Cataluña, vasco, nacionalista.
- **Identidades locales:** provincia de Salamanca, Cabrillas, pueblo, serrano, Tierra del Pan.
- **Identidad étnica:** afroamericano, latino, gitano, aimara, zulú
- **Clase social:** clase alta, baja, aristócrata
- **Referencias políticas:** anarquista, regímenes comunistas, ecologista, feminista, extrema derecha, Rey, PSOE, marxismo, republica, xenofobia, racistas, igualdad, manipulación política
- **Identidad religiosa:** agnóstico, creyente, cristiano, religiosa, Dios, Virgen, Iglesia, mezquita, misa, monaguillo, misionero, creencia, creer, el más allá
- **Identidades marginales:** ludópata, toxicómano, SIDA, ex presidiario, discapacitado, inmigrante.
- **Orientación sexual:** chica, heterosexualidad, gay, hombres, tías, las feas, ligues, follar, sexo, hacer el amor, estar con chicas
- **Identidades mediáticas:** Sabina, Camarón, Federer, Pignoise, NBA, House, Reina de Inglaterra, El Canto del Loco, Crepúsculo.

En el caso de España pueden encontrarse expresiones en las que se solapan las categorías territoriales. Por ejemplo, «asturiano» se refiere tanto a la comunidad autónoma –identidad intermedia– como a la provincia –identidad local–. En estos casos, se opta por la de nivel superior de abstracción, es decir, el de la región.

Algún sintagma puede generar dudas sobre su carácter educativo o laboral, lo que hace necesario considerar el enunciado completo para valorar el código que le

corresponde. Por ejemplo, la expresión «quiero ser arquitecto» está haciendo referencia al trabajo; mientras que «me gustaría estudiar arquitectura» se refiere a la carrera universitaria.

Bajo la denominación de identidades marginales se ha querido incluir la mención a grupos sociales que se encuentran *de facto* o potencialmente en situación de riesgo social o de exclusión.

Asimismo, los términos incluidos en la orientación sexual son tales en la medida en que se refieran a las relaciones o intereses afectivo- sexuales de la persona. Así, el término «chica» puede considerarse como orientación sexual, si se utiliza en expresiones como «me gusta una chica»; pero no cuando se expresa como «soy una chica que...», que se considera una referencia de género.

Como novedad, se ha incluido en la clasificación la categoría de identidades mediáticas. Se trata de personajes famosos reales o de ficción, series, grupos, películas, etc. Normalmente están asociados a las preferencias y se codifica todo el nombre no solo una palabra.

Finalmente, el sexto grupo de categorías con las genéricas, más frecuentes dentro de las genéricas y comprende las siguientes referencias:

- **Definiciones universales:** alguien, habitante, humano, individuo, persona, ser vivo, soy ese, yo
- **Partitivos materiales:** cuerpo, objeto de la creación, partícula libre
- **Partitivos sociales:** alma, parte de la sociedad, ciudadano, ser vivo, mundo

En este punto la confusión que puede darse es que algunas referencias pudieran adjudicarse a otras categorías, para lo cual, la clave es la formulación de la respuesta, Por ejemplo, en la expresión «vivo en un mundo extraño» y «quiero a todo el mundo» el término «mundo» en el primer caso se considera partitivo material y en el segundo otro generalizado.

Para concluir este apartado, en la tabla 8 se ofrece un resumen de todas las categorías de sentido, las referencias y sus correspondientes subcategorías.

**Tabla 8. Esquema de categorías para la clasificación de respuestas del TST**

SEGÚN EL SENTIDO	SEGÚN LAS REFERENCIAS SOCIALES	
<p><b>ACTITUDINALES</b> Aspiración Autoestima Autoevaluación de carácter y moral Autoevaluación estética Autoevaluación intelectual Autoevaluación práctica Autoevaluación social Creencias Preferencia</p> <p><b>CONSENSUALES</b> Actividad Colectiva Física Global consensual Propiedad</p> <p><b>INDEFINICIONES</b> Duda o desconocimiento Enunciados sobre otros Evasión del test Indefinición Simbólico-metafórica</p>	<p><b>ACTIVAS</b> Actividad complementaria Carencia de trabajo Denominación del trabajo Rol o status educativo Rol laboral</p> <p><b>BIOSOCIALES</b> Característica física Edad Género Nombre,</p> <p><b>FAMILIARES</b> Casa/hogar Familia nuclear Familia extensa Matrimonial y de la pareja</p> <p><b>GENÉRICOS</b> Definición universal Partitivo material Partitivo social</p>	<p><b>GRUPALES</b> Grupo primario no familiar Grupo secundario Otro generalizado</p> <p><b>SOCIALES</b> Clase social Identidad estatal Identidad étnica Identidad intermedia Identidad local Identidad marginal Identidad mediática Identidad religiosa Identidad supranacional Orientación Sexual Política e ideológica</p>

Fuente: Elaboración propia

### 5.3 Población y muestra

#### 5.3.1 Los jóvenes como sujeto de estudio

Desde el inicio de esta investigación se ha hecho hincapié en el interés por conocer cómo se da en los jóvenes la construcción de la identidad, más en concreto, cómo se definen a sí mismos. A este respecto, se están empleando indistintamente los términos adolescencia y juventud porque ya se vio que son conceptos de difícil delimitación cronológica. De hecho es frecuente que ambos aparezcan usados de forma análoga (Dávila, 2005), o bien que se use uno en detrimento de otro o que sean conceptualizados como etapas consecutivas del desarrollo humano más o menos diferenciadas (Agulló, 1997)

Las aportaciones por parte de la psicología sugieren que una edad oportuna para el estudio de la identidad en la juventud puede ser la de sujetos en torno a los 16. La Organización Mundial de la Salud considera que la adolescencia abarca desde los 10 a los 19 años, mientras que la juventud entre los 15 y los 24 por lo que, desde este punto de vista, los sujetos de estudio estarían justo en medio de ambas categorías. Precisamente es en la mitad de la adolescencia, cuando, en comparación con los años previos, se modera la incidencia de cambios físicos y cuando tiene lugar el culmen de la confusión identitaria (Kroger, 2000). Además, alrededor de los 16 los adolescentes comienzan a renegociar las relaciones familiares y se focalizan en el grupo de amigos, las relaciones afectivo-sexuales, sus potenciales perspectivas vocacionales y comienzan a participar en roles comunitarios más amplios. Es un momento de evaluar las propias capacidades, desarrollar una conciencia moral autónoma, fijarse unas metas y explorar estilos de vida, valores, orientaciones espirituales y relaciones afectivas, además, del desarrollo de una conciencia moral autónoma. Todo ello sería parte de las bases que permiten la elaboración del concepto que la persona tiene de sí misma (Fierro, 1986), de ahí el interés por estudiar la identidad entorno a la edad de 16.

### **5.3.2 Proceso de recogida de información**

Los datos que han permitido el desarrollo de este trabajo proceden de proyecto I+D+I, *La identidad social: Nuevos enfoques y metodologías*, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación entre los años 2008 y 2011. El objetivo que se planteaba en el mismo era doble: tanto indagar teóricamente en la identidad planteando nuevas ideas y conceptos acerca de la misma y de su relación con la sociedad; como complementar esta labor con un contraste empírico empleando algunos instrumentos ya conocidos dentro de estudio de esta temática como el *Twenty Statements Test* y otros que analizar las nuevas formas de presentación uno mismo –por ejemplo a través de Internet-.

Dentro de los diferentes estudios de campo que se llevaron a cabo se recogió información de estudiantes vascos, catalanes y castellanoleoneses con el propósito de aplicar esta metodología de manera que se tuviera acceso a un perfil que ha sido poco abordado. El tipo de muestreo fue no probabilístico, en la medida en que estaba condicionado por los plazos de realización del trabajo de campo, la disposición presupuestaria, la respuesta de los centros para poder administrar los cuestionarios y los



propósitos de la investigación (Babbie, 2000). Este método se caracteriza por “seleccionar los elementos de la muestra entre los que están más disponibles o resultan más convenientes para el investigador –menor costo, tiempo, etc. –” (Hernández, 2004, p. 21).

El principal inconveniente que plantea esta opción es la menor representatividad por lo que los resultados no pueden extrapolarse directamente a toda la población de estudio sino que se limitan a los datos de la muestra considerada –cautiva– (Salkind, 1999). En consecuencia, los resultados tienen un carácter orientativo, más que definitivo ya que no es posible calcular el error de muestreo (Grande y Abascal, 2005). Por tanto, lo que se va a conseguir con este estudio es una aproximación de la configuración de la identidad que ofrezca algunas pistas para el diseño de futuras investigaciones y para la consideración de una serie de variables propuestas.

No obstante lo dicho, este tipo de muestreos son habituales en estudios con el TST. De hecho, si se revisan los artículos sobre investigaciones de este tipo que se citan a lo largo del presente trabajo se comprobará que no se emplean muestreos probabilísticos, por citar algunos ejemplos, Eaton y Louw (2000), Grace y Cramer (2002); Rhee et al. (1995) o Wang (2001), entre otros. Además el hecho de que se ajusten a las posibilidades de recolección de información no implica que esta se realice de manera arbitraria.

Como ventaja, el muestreo no probabilístico permite ajustarse a las posibilidades del trabajo de campo y abordar las comparaciones y los objetivos propuestos. Así, entre los criterios por los que se partió estuvo llegar a los 1000 jóvenes analizados y acceder como mínimo a 24 establecimientos educativos de tres comunidades autónomas distintas. Siguiendo a Casas y Merino (2011), para comprender al juventud actual española resulta clave el enfoque sociohistórico lo que supone asumir la existencia una pluralidad de contextos sociales «nacionales» con sus respectivas estructuras sociales. Por lo tanto se escogió País Vasco, Cataluña y Castilla y León para poder comparar las diferencias en función de las identificaciones etno- territoriales.

Otro de los criterios aplicados es que se solicitó a los centros que se recogieran información exclusivamente de estudiantes de los cursos de 4º de la Educación Secundaria Obligatoria y de 1º de Bachillerato que son los que aglutinan el mayor número de adolescentes de 16 años. La administración de los cuestionarios tuvo lugar durante el segundo y el cuarto trimestre del año 2008 en aulas de los centros educativos y fue llevado a cabo por personas ajenas a las hipótesis de la investigación. En el caso

de Cataluña y el País Vasco se ofreció a los jóvenes la posibilidad de responder en castellano o en catalán y vasco, respectivamente, según su preferencia<sup>22</sup>. En una primera parte respondieron al TST y después se les pidió que completaran un cuestionario de preguntas sociodemográficas. El resultado del trabajo de campo fueron 1112 cuestionarios procedentes de 24 centros de educación secundaria.

En la tabla 9 se muestra que, además, se ha dado un mayor peso a la enseñanza pública, puesto que es mayoritaria en España, pero con un centro más a favor de la privada en el País Vasco y Cataluña –tres en lugar de dos- porque son dos de las regiones donde existe una mayor concentración de alumnado de este tipo (Enguita M. , 2008). Además, se trató de que la muestra no fuera exclusivamente urbana, incluyendo en cada ámbito autonómico algún centro público para que fuera una muestra más variada en su composición.

**Tabla 9. Características de los centros educativos**

CC. AA. (Nº de sujetos)	Hábitat	Titularidad	
		Público	Privada
<b>Castilla y León</b> (346)	Capital	3	2
	Provincia	3	0
<b>País Vasco</b> (356)	Capital	2	3
	Provincia	3	0
<b>Cataluña</b> (410)	Capital	2	3
	Provincia	3	0

Fuente: Elaboración propia

Una vez realizado el trabajo de campo el siguiente paso fue la digitalización de las respuestas de los cuestionarios y su traducción en el caso de los que fueron respondidos en los idiomas cooficiales. Para esta tarea se contó con la colaboración alumnos del último año del Grado de Sociología para quienes el catalán o el vasco era su lengua materna.

En tercer lugar, se codificaron las respuestas del TST con el programa informático Atlas.ti<sup>23</sup> para lo cual se contó con el apoyo de estudiantes universitarios de sociología en prácticas participaron en jornadas de formación sobre el manejo del mismo, aunque se mantuvieron ajenos a las hipótesis de la investigación. Cada una de las 3 submuestras, vasca, catalana y castellanoleonesa, fue codificada por una pareja de

<sup>22</sup> En los anexos se pueden ver los modelos de cada uno de los cuestionarios.

<sup>23</sup> El Atlas.ti es uno de los denominados *Computer-assisted Qualitative Data Analysis Software* (CAQDAS) es decir, programas informáticos para el análisis de datos cualitativos asistido, que como principal ventaja cuenta con la capacidad de analizar grandes volúmenes de información (Carvajal, 2001).

alumnos. Posteriormente se contrastaron los resultados para revisar las discrepancias y dudas. De esta manera, se trató de reducir el efecto de la subjetividad del investigador sobre la asignación de códigos a los enunciados y referentes.

Una vez categorizadas las respuestas, se creó una base de datos con las frecuencias de los códigos aplicados a las respuestas y los datos sociodemográficos. La herramienta utilizada para esta tarea fue el SPSS, programa estadístico que permite realizar un gran número de técnicas de análisis de datos cuantitativos, a lo que se sumó también la utilización de hojas de cálculo en la elaboración de tablas y gráficos. Una vez se dispuso de toda la información, adecuadamente preparada, se procedió al análisis de datos, que será descrito en mayor detalle y con resultados en el siguiente capítulo.

### 5.3.3 Descripción de la muestra

Como se señaló, los datos que se analizan corresponden a la población de estudiantes de 4º de la ESO y de 1º de Bachillerato matriculada en centros educativos de titularidad privada y pública durante el año 2008. En la tabla 10, se observa que la muestra contiene un porcentaje superior de alumnos del sistema público (68%) en comparación con la población considerada (59%), lo que en parte se debe al que proceso de selección muestral no tuvo en cuenta el número de estudiantes seleccionados por aula.

**Tabla 10. Tipo de centro educativo al que asisten los sujetos**

	Muestra	%muestra	Población	%población
<b>Centros públicos</b>	757	68	104041	59
<b>Centros privados</b>	355	32	71080	41
<b>Total</b>	1112	100	175121	100

Fuente: Elaboración propia

Además, en cuanto al sexo, se comprueba que se obtuvo una mayor de mujeres (53%) que de hombres (47%) –tabla 11–. Aunque la diferencia no es muy amplia, estos datos difieren a los de la población española de 15 a 19 años en la que los hombres alcanzaron un 51,5% frente a un 48,5% de ellas<sup>24</sup>.

<sup>24</sup> Se pueden consultar los datos en el Censo de Población y Viviendas 2011 <http://www.ine.es/jaxi/menu.do?type=pcaxisypath=/t20/e244/avance/p01/yfile=pcaxis>.

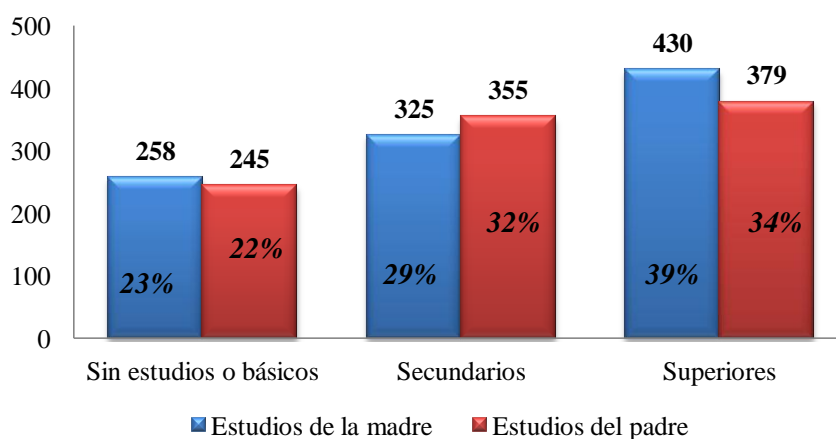
**Tabla 11. Sexo de los sujetos**

	Frecuencia	Porcentaje
<b>Hombre</b>	518	46,6
<b>Mujer</b>	594	53,4
<b>Total</b>	1112	100

Fuente: Elaboración propia

Otra de las variables consideradas es el nivel educativo alcanzado por los progenitores de los sujetos de estudio –gráfico 3–.

**Gráfico 3. Nivel educativo de los progenitores**



Fuente: Elaboración propia

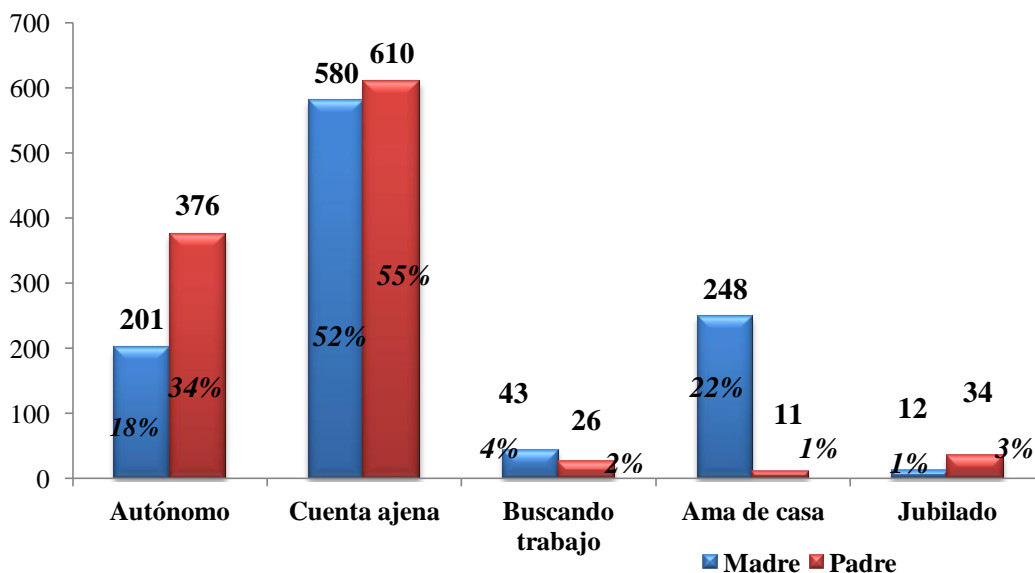
En la primera categoría se sitúan los que afirman que sus padres sólo han finalizado la antigua Educación General Básica que suponen algo más del 1/5 parte de los casos. La opción mayoritaria es la de quienes cuentan con estudios universitarios, especialmente las madres que alcanzan casi el 40%. La categoría intermedia es la de estudios secundarios, es decir, quienes superaron la Formación Profesional o el antiguo BUP y COU<sup>25</sup>, y que suponen el 29% de los padres y el 32% de las madres. Los porcentajes restantes son de los que no saben o no han respondido a la pregunta. Se trata de una muestra con un nivel educativo más elevado que el de la población general, puesto que en los últimos años se ha comprobado que sólo entre un 30% y un 35% de las personas ente 23 y 64 años han completado la enseñanza universitaria. Además, algo

<sup>25</sup> Bachillerato Unificado Polivalente y el Curso de Orientación Universitaria

menos de la mitad sólo cuenta con estudios básicos y en torno a 1/5 parte llegó a terminar los secundarios<sup>26</sup>.

Con respecto a los progenitores también interesa la influencia de su situación laboral, en especial si se encuentran o no trabajando. En el gráfico 4 se detallan las respuestas proferidas por los sujetos –no se han reflejado los casos en los que no respondían o cuyos padres habían fallecido-. Más de la mitad de los padres y madres se encuentra trabajando por cuenta ajena. Es minoritario el caso de las personas jubiladas, buscando trabajo y el de los hombres dedicados a las labores del hogar que no superan en ningún caso el 5%. De hecho, es notable el contraste entre el 22% de madres amas de casa; mientras que en el caso de ellos supone solo el 1% de la muestra. Además, hay más mujeres en situación de desempleo y la cifra de hombres trabajando como autónomos casi dobla a la de ellas.

Gráfico 4. Situación laboral de los progenitores



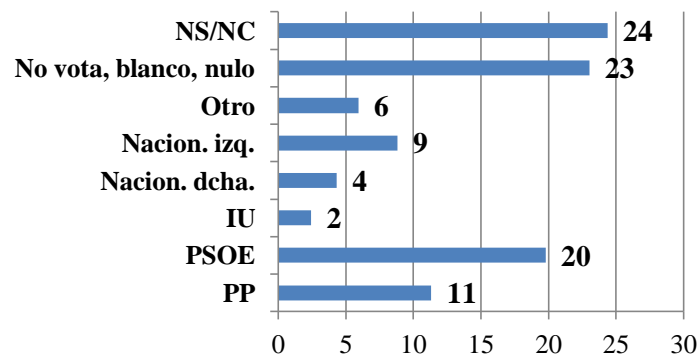
Fuente: Elaboración propia

Otra de las variables consideradas es la intención del voto de los jóvenes y sus frecuencias aparecen reflejadas en el gráfico 5. El dato más llamativo es que casi un 50% de la muestra no tiene una opción definida o prefiere no votar –dos primeras categorías-. Del resto de partidos, el de mayor preferencia es el PSOE (20%), a notable

<sup>26</sup> Datos del INE sobre el nivel de formación de la población adulta [http://www.ine.es/ss/Satellite?L=es\\_ESyc=INSEccion\\_Cycid=1259925481659yp=1254735110672ypagename=ProductosYServicios%2FPYSLayoutyparam3=1259924822888](http://www.ine.es/ss/Satellite?L=es_ESyc=INSEccion_Cycid=1259925481659yp=1254735110672ypagename=ProductosYServicios%2FPYSLayoutyparam3=1259924822888).

distancia de los siguientes en el orden que son el Partido Popular (11%) y partidos nacionalistas de izquierda (9%).

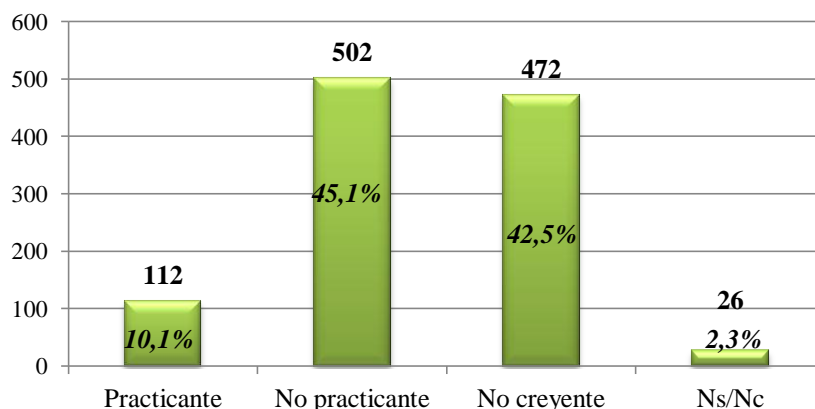
Gráfico 5. Intención de voto (%)



Fuente: Elaboración propia

En lo que respecta a la posición ante la religión una amplia mayoría se sitúa como no creyente (45%) o no practicante (42%). Los creyentes practicantes, es decir, los que se reconocen como miembros de una religión y cumplen con sus preceptos, apenas llegan al 10%. Se trata por tanto de una muestra que se ajusta bastante a la segunda ola de secularización que como se vio caracteriza a España (Pérez-Agote, 2008b), incluso apuntando a la tercera que implica un elevado número de jóvenes no creyentes. Asimismo, es llamativo que tan solo un 2% de los jóvenes no se sitúan en ninguna de las opciones propuestas, lo que contrasta con sus respuestas frente al voto que, como se vio en el gráfico 5, es la respuesta del 25% de la muestra.

Gráfico 6. Posición ante la religión



Fuente: Elaboración propia

Finalmente, como ya se comentó, a los sujetos del País Vasco y Cataluña se les ofreció la posibilidad de escoger el idioma de respuesta del cuestionario. Como se puede comprobar por los datos de la tabla 12 en estas regiones se prefiere prioritariamente la lengua cooficial y que la tendencia es más acusada en el caso de los estudiantes catalanes –un 86% frente al 59% que escoge vasco–.

**Tabla 12. Idioma de respuesta del cuestionario**

	Cataluña		País Vasco	
<b>Castellano</b>	58	14%	147	41%
<b>Cooficial</b>	352	<b>86%</b>	209	<b>59%</b>
<b>Total</b>	410		356	

Fuente: Elaboración propia





## 6 Análisis de datos

Este capítulo aborda el análisis de los datos obtenidos en la administración del cuestionario TST, incluidas las preguntas de datos sociodemográficos. La estructura del contenido comienza con la descripción de las categorías de respuesta y de los referentes sociales que aparecen en los enunciados. Para ello la unidad de análisis que se ha considerado no es cada sujeto sino cada código, ya sea categoría o referencia. Así, los datos que se observan en las tablas descriptivas se corresponden con la frecuencia de cada una de ellas en el total de enunciados de la muestra.

Posteriormente se ha caracterizado a los jóvenes de acuerdo a diferentes perfiles de identidad que se pueden encontrar según la mayor o menor prevalencia de unos u otros códigos de identidad. Como se explicará, esto se ha realizado a partir del análisis de conglomerados que permite la agrupación de casos en función de la similitud de valores en las variables seleccionadas.

En el tercer del apartado se presentan los resultados de la aplicación de la regresión logística para analizar la influencia de los factores explicativos en la forma en que los sujetos de la muestra se definen. Aquí la unidad de análisis ya no son categorías y referencias, sino el sujeto, puesto que se estudia cómo el hecho de tener unas determinadas características condiciona o no la respuesta que da cada joven al TST. En los diferentes subapartados se aborda este estudio respecto a las categorías de sentido, las subcategorías actitudinales y consensuales, los referentes utilizados en los enunciados y la pertenencia a uno u otro de los perfiles de identidad descritos por análisis de conglomerados.

### 6.1 Análisis descriptivo

En este primer apartado se han muestran los datos descriptivos de las distintas categorías y referencias empleadas por la muestra de jóvenes analizada. Si se observa la tabla 13, el primer dato destacable es que se han obtenido un total de 19.573 enunciados, lo que supone una media de 17,6 por cuestionario –con una desviación de 4,14–, una cifra similar a la obtenida en otros estudios que aplicaban la versión original del TST, esto es, con la pregunta «quién soy yo» y ofreciendo 20 espacios numerados

para responder (Brooks, 1969; Escobar, 1983; Kuhn y McPartland, 1954; Schiriwian, 1964).

### **6.1.1 Descripción de acuerdo al sentido de los enunciados**

En lo que se refiere a las categorías de sentido, se observa en la tabla 13 un claro predominio de las actitudinales, ya que suponen más de las  $\frac{3}{4}$  partes del total de enunciados proferidos con una media de 13,6 por cuestionario y una desviación típica de casi 5 enunciados, lo que implica una considerable variabilidad en el número de menciones de este tipo. Esto contrasta con el poco más del 2% de indefiniciones y el 21,3% de consensuales (0,3 y 3,35 de media, respectivamente) y refuerza la tendencia que se ha observado a una subjetivización o personalización de las respuestas al TST que se ha registrado en las últimas décadas, en contra de los datos del primer estudio en los que predominaba la consensualidad (Kuhn y McPartland, 1954). Es decir, parece que la tendencia es a desplazar la identificación del sujeto de los roles, estatus o categorías sociales de pertenencia hacia aspectos más idiosincráticos de sí mismos.

Dentro de las subcategorías, las autoevaluaciones de carácter y sociales son las más numerosas suponiendo un 23,8% y un 23,25%, respectivamente, del total de respuestas, respectivamente. La siguiente categoría en orden de frecuencia está también dentro de las actitudinales y se corresponde con las preferencias, aunque la cifra desciende hasta un 12,1%. En cuarto lugar, estaría la categoría de colectivas que con una media de aparición de 2 enunciados por cuestionario (10% del total) es la más numerosa del grupo de consensuales. No se puede dejar de mencionar que estas subcategorías, pese a que suponen más del 50% del total de enunciados, presentan las mayores desviaciones típicas, por lo que es esperable encontrar cuestionarios donde la frecuencia es bastante menor, incluso donde quizá no se expresen este tipo de enunciados.

Con respecto a la frecuencia del resto de subcategorías, se puede comprobar que todas se encuentran por debajo del 5% del total de enunciados y presentan una media por cuestionario inferior a la unidad. De hecho, salvo las autoevaluaciones prácticas e intelectuales, que están cercanas a estas cifras, el resto presentan cifras considerablemente inferiores.

Puesto que la categoría de indefiniciones tiene una frecuencia muy reducida, no sorprende que la mayoría de sus subcategorías sean las de menor porcentaje de

aparición –junto con la propiedad, que es consensual y solo cuenta con 35 menciones–. De hecho, la de mayor frecuencia, que es la de metáforas, apenas alcanza un 0,7 % de apariciones.

**Tabla 13. Frecuencias e índice de relevancia de las categorías de sentido**

Tipo de enunciado	Suma	Media	%	Desv. típica	Puntaje saliencia	Índice relevancia
<b>ACTITUDINALES</b>	<b>15106</b>	<b>13,58</b>	<b>77,18</b>	<b>4,80</b>	<b>163342</b>	<b>10,81</b>
Aspiración	303	0,27	1,55	0,72	2823	9,32
Autoestima	397	0,36	2,03	0,63	4117	10,37
Autoev. carácter	<b>4651</b>	<b>4,18</b>	<b>23,76</b>	2,84	51360	11,04
Autoev. estética	602	0,54	3,08	0,81	7107	<b>11,81</b>
Autoev. intelectual	825	0,74	4,21	0,86	9233	11,19
Autoev. práctica	1059	0,95	5,41	1,09	11291	10,66
Autoev. social	<b>4550</b>	<b>4,09</b>	<b>23,25</b>	2,48	52128	<b>11,46</b>
Creencia	343	0,31	1,75	0,79	2952	8,61
Preferencia	<b>2376</b>	<b>2,14</b>	<b>12,14</b>	2,55	22331	9,4
<b>CONSENSUALES</b>	<b>4167</b>	<b>3,75</b>	<b>21,29</b>	<b>3,20</b>	<b>55946</b>	<b>13,43</b>
Actividad	743	0,67	3,8	1,03	7784	10,48
Colectiva	<b>2108</b>	<b>1,9</b>	<b>10,77</b>	2,04	29646	<b>14,06</b>
Física	756	0,68	3,86	0,99	10726	<b>14,19</b>
Global consensual	525	0,47	2,68	1,10	7516	<b>14,32</b>
Propiedad	35	0,03	0,18	0,23	274	7,83
<b>INDEFINICIONES</b>	<b>300</b>	<b>0,3</b>	<b>1,53</b>	<b>0,97</b>	<b>2741</b>	<b>9,14</b>
Duda o desconocim.	22	0,02	0,11	0,15	268	<b>12,18</b>
Enunciado de otros	27	0,02	0,14	0,2	232	8,59
Evasión	84	0,08	0,43	0,59	532	6,33
Indefinición	33	0,03	0,17	0,17	283	8,58
Metáfora	<b>134</b>	<b>0,12</b>	<b>0,68</b>	0,56	1426	<b>10,64</b>
<b>TOTAL</b>	<b>19573</b>	<b>17,6</b>	<b>100</b>			

Fuente: Elaboración propia

Otro de los datos que ofrece en tabla 13 hace alusión al índice de relevancia de la categoría que se elabora teniendo en cuenta, no solamente la «saliencia» u orden de aparición sino también la frecuencia con que es mencionada. Para calcular este índice, se ha partido de la propuesta original de Bochner (1994) pero aplicando algunas modificaciones<sup>27</sup>. Así, según el orden de aparición en el cuestionario a cada enunciado se da la una puntuación de más a menos de manera que el primero obtendría punto 20; el segundo, 19; el tercero, 18; y así sucesivamente hasta la última línea en la que se

<sup>27</sup> Este autor aplica el TST ofreciendo 10 espacios de respuesta en lugar de 20 y analiza tan solo los 7 primeros enunciados.

obtendría 1 punto. De esta manera, la variable ordinal de línea de aparición, o en términos del Atlas.ti, *Start Line*, se convierte en otra cuantitativa que expresa el valor que otorgado a dicha posición y que será más mayor cuanto antes aparezca en el listado de enunciados. Después, para cada sujeto, se suman los puntos que obtiene una categoría según las posiciones que haya ocupado. Por ejemplo, si una persona responde con respuestas consensuales en las líneas segunda (que vale 19 puntos), tercera (18), undécima (10) y veinteava (1) esta categoría obtendría una puntuación de relevancia de 48 puntos para ese sujeto en concreto. Una vez realizados estos cálculos para el total de la muestra, el índice se construye dividiendo la media de puntuación de «saliencia» por individuo de cada categoría entre la frecuencia de mención de la misma. O expresado en una fórmula:

$$\text{Índice de relevancia} = \text{Media de puntaje de «saliencia»} / \text{Frecuencia}$$

Esto significa que el orden aparición se valora de acuerdo a las veces con que se menciona el código. Por tanto, si una categoría que aparece en la gran mayoría de los cuestionarios ocupando siempre las últimas posiciones en el cuestionario, podría tener un índice de relevancia superior a otro que siempre aparece en los primeros puestos pero es citado por un número más reducido de individuos.

Una vez hechas las aclaraciones, para el caso de los códigos de sentido se constata que las consensuales, pese a aparecer con una notable menor frecuencia, presentan una mayor relevancia lo que indica que bastantes tenderán a aparecer en los primeros lugares del cuestionario. Además, las globales, colectivas y físicas, por este orden, son las que presentan los mayores índices respecto al resto de subcategorías (todas con cifras entre 14 y 15, es decir suelen aparecer de media entre el 5º y el 6º enunciado).

Dentro de las actitudinales dos resultados llaman especialmente la atención. En primer lugar, que la autoevaluación estética, pese a presentar una frecuencia bastante modesta (3% de los enunciados) alcanza el índice más elevado de relevancia dentro de su categoría. Lo cual indica que si bien los jóvenes no se evalúan mucho estéticamente, y los que lo hacen tienden a usar estos descriptores antes en comparación con el resto. Justo el efecto contrario puede observarse en las preferencias que son muy numerosas pero tienden a situarse de la parte inferior del cuestionario (índice del 9,4). Por tanto, los

sujetos mencionan sus gustos cuando ya han hecho referencia a otro tipo de identificaciones.

Con respecto a las indefiniciones, cabe hacer algunos comentarios. Si bien se había señalado la exigua frecuencia de sus subcategorías, las dudas y las metáforas presentan un elevado índice de relevancia en comparación con el resto (12,1% y 10,6%, respectivamente), por lo que estas cuando aparecen tienden a aparecer en las primeras 10 respuestas del cuestionario. Quizá puede ser porque hay jóvenes que al comenzar a pensar en sí mismos se muestran más dubitativos o les resulta más fácil recurrir a expresiones de tipo simbólico y posteriormente comienzan a emplear enunciados más específicos. O bien, otra explicación posible es que algunos están desmotivados para llevar a cabo la tarea de pensar en sí mismos o que tienen muy poco conocimiento sobre quiénes son. En cualquier caso, se requería un análisis más en detalle para poder interpretar adecuadamente qué hay detrás de este tipo de respuesta.

### **6.1.2 Descripción de acuerdo a las referencias sociales**

El otro tipo de análisis descriptivo que se ha llevado a cabo concierne a las referencias utilizadas por los jóvenes en sus autodefiniciones y sus resultados aparecen reflejados. Un primer dato que se observa en la tabla 14 es que las referencias empleadas con mayor frecuencia son las actividades complementarias (21% del total de referencias y una media de 2,5 apariciones) y a una cierta distancia las definiciones universales (casi un 16% y 2 menciones de media).

Después, pueden encontrarse una serie de referencias que aparecen con una frecuencia en torno a 1000, o una media cercana a la unidad que son el género, los roles educativos, las características físicas y los amigos (grupo primario no familiar). El resto de referencias presentan frecuencias considerablemente más bajas y no llega ni al 0,5 de media (una mención por cada dos sujetos) con la excepción del otro generalizado que alcanza un 0,65. A cierta distancia se encuentran ciertas referencias que suponen el 2% y el 3% del total que son la edad (con una frecuencia de 423), los grupos secundarios (345), la identidad local (328) y la orientación sexual (283).

Tabla 14. Frecuencias e índice de relevancia de cada tipo de referencia

	Suma	Media	%	Desv. Típica	Puntaje saliencia	Índice relevancia
<b>ACTIVAS</b>	<b>3924</b>	<b>3,53</b>	<b>29,94</b>	<b>2,93</b>	<b>42964</b>	<b>10,95</b>
Actividad complementaria	2758	2,48	21,04	2,42	28372	10,29
Denominación del trabajo	78	,07	0,60	0,33	821	10,53
Rol referido al trabajo	43	,04	0,33	0,2	409	9,51
Rol o status educativo	1045	,94	7,97	1,06	13362	12,79
<b>BIOSOCIALES</b>	<b>2609</b>	<b>2,35</b>	<b>19,91</b>	<b>2,80</b>	<b>36553</b>	<b>14,01</b>
Característica física	1035	,93	7,90	1,39	13149	12,7
Edad	423	,38	3,23	0,62	6924	16,37
Género	1061	,95	8,09	2,12	15189	14,32
Nombre	90	,08	0,69	0,3	1291	14,34
<b>FAMILIARES</b>	<b>838</b>	<b>,75</b>	<b>6,39</b>	<b>1,27</b>	<b>9058</b>	<b>10,81</b>
Casa	46	,04	0,35	0,21	384	8,35
Familia extensa	69	,06	0,53	0,33	844	12,23
Familia nuclear	606	,54	4,62	0,86	6743	11,13
Pareja	117	,11	0,89	0,69	1087	9,29
<b>GENÉRICOS</b>	<b>2244</b>	<b>2,02</b>	<b>17,12</b>	<b>3,271</b>	<b>27193</b>	<b>12,12</b>
Definición universal	2079	1,87	15,86	3,16	25109	12,08
Partitivo material	88	,08	0,67	0,33	1182	13,43
Partitivo social	77	,07	0,59	0,34	902	11,71
<b>GRUPALES</b>	<b>2097</b>	<b>1,89</b>	<b>16,00</b>	<b>1,79</b>	<b>23125</b>	<b>11,03</b>
Grupo primario no familiar	1032	,93	7,87	0,93	12055	11,68
Grupo secundario	345	,31	2,63	0,66	3820	11,07
Otro generalizado	720	,65	5,49	1,24	7250	10,07
<b>SOCIALES</b>	<b>1395</b>	<b>1,24</b>	<b>10,64</b>	<b>1,60</b>	<b>15829</b>	<b>11,35</b>
Clase social	8	,01	0,06	0,09	62	7,75
Identidad estatal	154	,14	1,17	0,44	1950	12,66
Identidad étnica	3	,00	0,02	0,07	17	5,67
Identidad intermedia	150	,13	1,14	0,38	1873	12,49
Identidad local	328	,29	2,50	0,64	4550	13,87
Identidad marginal	16	,01	0,12	0,17	155	9,69
Identidad mediática	102	,09	0,78	0,42	946	9,27
Identidad religiosa	105	,09	0,80	0,35	1059	10,09
Identidad supranacional	38	,03	0,29	0,23	470	12,37
Orientación sexual	283	,25	2,16	0,64	2859	10,10
Referencia política	208	,19	1,59	0,66	1888	9,08
<b>TOTAL</b>	<b>13107</b>	<b>11,77</b>	<b>100</b>		<b>13107</b>	<b>11,79</b>

Fuente: Elaboración propia

Resulta interesante comparar estos resultados de un estudio previo con jóvenes españoles (INJUVE, 2008b) en el que se les preguntaba cuáles eran aspectos de su vida consideraban como muy importantes (tabla 15) y las puntuaciones de relevancia y frecuencia obtenidos por esos ítems en el cuestionario TST.

**Tabla 15. Comparación aspectos importantes de la vida y resultados del TST**

	Muy importantes	Nº menciones	Índice relevancia
<b>Familia</b>	<b>81 (1)</b>	<b>606 (4)</b>	<b>11.13 (3)</b>
<b>Salud</b>	<b>75 (2)</b>	–	–
<b>Amistad</b>	<b>63 (3)</b>	<b>1032 (3)</b>	<b>11.68 (2)</b>
<b>Trabajo</b>	<b>58 (4)</b>	78 (8)	<b>10.53 (4)</b>
<b>Dinero</b>	49 (5)	–	–
<b>Ocio</b>	47 (6)	<b>2758 (1)</b>	10.29 (5)
<b>Sexualidad</b>	41 (7)	283 (5)	10.10 (6)
<b>Estudios</b>	40 (8)	<b>1045 (2)</b>	<b>12.79 (1)</b>
<b>Religión</b>	8 (9)	105 (7)	10.09 (7)
<b>Política</b>	7 (10)	208 (6)	9.08 (8)

Fuente: Sondeo de Opinión del INUVE sobre valores e identidades (2008) y resultados del análisis de datos

Se puede comprobar que se da una cierta correspondencia en la alta valoración de la familia y los amigos y la escasa puntuación que obtienen la religión y la política. El contraste se observa en los estudios y el ocio, que menos de la mitad de los jóvenes valoraron como muy importantes, y sin embargo se trata de referentes muy presentes y relevantes en su autodefinición personal. En este caso se presenta una discrepancia entre la valoración que hacen de estos ámbito a los que dedican la mayor parte de su tiempo y cómo influyen en la visión que tienen de sí mismos.

Cabe destacar que hay una serie subcategorías que apenas son mencionadas, tal es el caso de la carencia de trabajo (ninguna mención), la identidad étnica (3 menciones), la clase social (8), la identidad marginal (16) o la supranacional (38). Estos datos es posible interpretarlos desde el contexto socioeconómico y cultural en que se ha desarrollado el estudio. Parece comprensible que las referencias étnicas no sean parte aún de las identificaciones internas de los jóvenes en tanto que España no es un país de larga tradición migratoria como es el caso, por ejemplo, de Reino Unido y EE: UU. en donde la población está más diferenciada en función de la etnia.

Respecto a la escasa mención de la carencia de trabajo y de la identificación marginal puede barajarse como explicación el hecho de que la mayoría de los padres de los jóvenes encuestados está trabajando y cuenta con estudios universitarios por lo que es menos probable que se vean afectados por situaciones como el desempleo u otro factores de riesgo de exclusión social. Quizá el inicio de la crisis económica, que a partir de 2008 afectaría drásticamente a la economía y mercado laboral españoles, haya

podido incidir en la autodefinición de los jóvenes españoles en este sentido. No obstante, esto se produjo en una etapa posterior al trabajo de campo realizado, por lo que sería una línea de investigación por explorar.

Por su parte, las pocas referencias a la identidad supranacional y a la clase social están en línea con los resultados de un estudio sobre los cambios en la identificación de los jóvenes españoles (Tezanos, Villalón, y Díaz, 2008). En este, se encontró que ser ciudadano del mundo o europeo, en comparación con otras categorías, son las referencias que menor identificación generan. Una posible explicación es que la lejanía en la experiencia de ese tipo de identidad supone una dificultad para incorporarla como parte de la definición personal en tanto que requieren un grado mayor de abstracción por parte de la persona.

Con respecto a la identificación de clase, el estudio mencionado constató una tendencia a la «mesocratización» en la experiencia subjetiva del estrato social de pertenencia. Esto significa que se ha dado una creciente autopercepción como miembro de la clase media, lo que supone que hay una imagen menos polarizada de la estructura de posiciones sociales (Tezanos, Villalón y Díaz, 2008). Esto podría restar importancia a la clase como elemento de diferenciación entre las personas y, por extensión, como categoría social de referencia del «yo». Además, este hecho puede interpretarse desde de la tendencia general a la erosión de los pilares modernos de la identidad –familia, nación, trabajo, religión–.

Al igual que se ha hecho con las categorías de sentido, se ha calculado el índice de relevancia de cada tipo de referencia, aplicando el mismo criterio de cálculo. La tabla 14 muestra que las cifras más elevadas se corresponden con las subcategorías biosociales, destacando especialmente la edad, que pese a tener una frecuencia más bien reducida (3,2%), tiende a aparecer predominantemente en las primeras posiciones del cuestionario (índice de 16,4). Los siguientes en orden de relevancia serían el género y el nombre con poco más 14 de puntuación, aunque en el caso del primero se trata además de una de las categorías más numerosas. Por tanto, estas referencias tienden a mencionarse entre la quinta y la séptima posición del cuestionario (puntuaciones entre 16 y 14, respectivamente), lo cual está entre 3 y 5 puntos por encima de la media (11,8 o casi 12, es decir, la novena línea de respuesta).

Llama la atención el caso de las identidades territoriales –especialmente la supranacional– que, pese al modesto el número de menciones que se hace de ellas (entre 0,4 y 2% del total de referencias), muestran unos índices de relevancia de los más



elevados (entre 12,4 y 13,9) lo que indica que aquellos jóvenes que se identifican con ellas tienden a priorizarlas a la hora de describir quienes son en comparación con otras categorías de identificación. Como contraposición, las actividades complementarias aunque son recurrentemente mencionadas por los jóvenes, suelen aparecer hacia la mitad del cuestionario (relevancia de 10,3). Otras de las referencias con un índice de relevancia bastante elevado son las de roles y estatus educativos (12,8) y la familia (aunque más la extensa que la nuclear -12,2 y 11,1, respectivamente), a lo que habría que añadir el caso del partitivo material -13,4.

Otro dato relevante respecto a los referentes territoriales es que presentan notables diferencias según el lugar la comunidad autónoma donde estudian los jóvenes (tabla 16). Los vascos son los que más menciones hacen a su región y menos al conjunto de España. En el caso de los catalanes, se observa una postura de «identidad dual» -la identificación estatal y la regional tienen el mismo peso- y en el de los castellanoleonés, de preponderancia de la identidad local y, en menor medida española -2/3 y 1/3, respectivamente-. Aunque entre los catalanes y los vascos también se observa una mayor mención de identificaciones locales, estas tienen un menor peso en comparación con los estudiantes de Castilla y León. Estos resultados son similares a los del estudio sobre identificaciones preferencias de los jóvenes españoles de Tezanos, Villalón y Díaz (2008)

**Tabla 16. Referencias territoriales según la comunidad autónoma**

	Castilla y León		Cataluña		País Vasco		TOTAL
	Suma	%	Suma	%	Suma	%	
<b>Local</b>	149	<b>63</b>	73	38	106	44	328
<b>Intermedia</b>	8	3	55	28	87	<b>36</b>	150
<b>Estatal</b>	72	<b>31</b>	59	<b>30</b>	23	10	154
<b>Supranacional</b>	6	3	7	4	25	<b>10</b>	38
<b>TOTAL</b>	235	100	194	100	241	100	670

Fuente: Elaboración propia

Un último apunte cabe hacer respecto a las referencias que las que se citan más tardíamente en comparación con la media, son: la identidad étnica, con una relevancia del 5,7 (en torno a línea 15 del cuestionario); la clase social con 7,8 (línea 13) y la casa con 8,3 (entre líneas 12 y 13). En el caso de la primera, se refuerzan los argumentos ya expuestos sobre la experiencia relativamente reciente de ser país receptor de migrantes y

sobre la pluralidad cultural limitada que no ha generado aún unas identidades étnicas definidas que sean elementos de diferenciación social. Igualmente, en referencia a la clase social se encuentra una evidencia más de la pérdida de peso de este pilar identitario debido, en gran medida a la «mesocratización» de las sociedades y a una menor relevancia del estrato social de pertenencia como criterio de identificación social.

## **6.2 Tipología de identidades adolescentes**

Uno de los objetivos de la investigación era descubrir si existían perfiles diferenciados de jóvenes en función de la forma en que se describen a sí mismos y, si era el caso, analizar sus características y los factores que inciden en la pertenencia a unos u otros. Esta pretensión se asumió desde la idea defendida por algunos investigadores sobre la pluralidad existente dentro de la realidad juvenil que, como se justificó en el capítulo tercero, hace necesario considerar no tanto a la juventud como a los jóvenes. De este modo, el interés de este apartado es reconocer la presencia de perfiles identitarios en función del tipo de categorías y referencias predominantes en sus autodefiniciones y describir sus principales características de acuerdo con las variables consideradas.

Para ello se ha buscado una técnica de análisis que permita agrupar y analizar, de manera exploratoria más que deductiva, los casos de la muestra de acuerdo a la similitud entre ellos en determinadas variables, en este caso las categorías de respuesta del TST. Así, se ha seleccionado el análisis de conglomerados ya que permite establecer grupos –*clusters* o conglomerados– de sujetos internamente homogéneos respecto a uno o varios factores considerados y que sean heterogéneos entre sí. En particular, se ha aplicado el denominado análisis de conglomerados K-medias, un método de tipo no jerárquico de clasificación aplicable a variables cuantitativas, para encontrar conjuntos de jóvenes lo suficientemente similares entre sí en cuanto a sus definiciones identitarias como para poder estudiar de forma separada el efecto de las variables independientes sobre la probabilidad de pertenecer a uno u otro grupo. En este caso se han considerado las dos formas de clasificación del contenido de las respuestas del TST, de manera que por un lado se han obtenido los conglomerados del sentido de las respuestas y por el otro el de las referencias.

Para configurar los grupos el investigador establece un número inicial y toma como punto de partida los valores de los casos más distantes entre sí en las variables consideradas. En un proceso iterativo, se va distribuyendo cada caso en el conglomerado cuyo centroide (media) se encuentre a una menor distancia. Cada vez que se hace una asignación se recalculan los valores de los centroides y las distancias respecto a los conglomerados para el siguiente caso que se pretende distribuir. Este procedimiento se continúa hasta que no se dan variaciones en los grupos definidos<sup>28</sup>.

### 6.2.1 Perfiles de identidad de acuerdo al sentido de sus autodefiniciones

Partiendo de la clasificación de sujetos respecto al sentido predominante en sus autodefiniciones, una primera decisión ha sido establecer un número de grupos que no fuera ni demasiado elevado como para complejizar la interpretación, ni demasiado bajo, de manera que se obviara algún perfil con características notoriamente diferentes al resto. Después de llevar a cabo algunas pruebas, se comprobó que con tres grupos la información resultaba un tanto pobre y más de cinco resultaba poco ilustrativa ya que las fronteras grupales resultaban un tanto ambiguas<sup>29</sup>. Por tanto se optó por realizar una clasificación de respuestas en 4 conglomerados que son los que se muestran en la tabla 17.

**Tabla 17. Perfiles de respuesta según sentido del enunciado**

	<b>1 Consensual</b>	<b>2 Mixto</b>	<b>3 Pocos</b>	<b>4 Actitudinal</b>
<b>CONSENSUALES</b>	10,52	4,69	2,86	1,7
<b>ACTITUDINALES</b>	7,55	13,13	6,39	17,97
<b>INDEFINICIONES</b>	,43	,32	,57	,08
<b>Media de enunciados</b>	18,49	18,14	9,83	19,76
<b>Nº de casos</b>	110	371	167	464

Fuente: Elaboración propia

Una vez descritos los conglomerados, la tabla 18 muestra la incidencia de las variables independientes en el modo que tienen de definirse los adolescentes.

<sup>28</sup> Para más detalles sobre el procedimiento de cálculo k-medias se puede consultar el capítulo 10 del manual de análisis de datos de Levy y Varela (2003)

<sup>29</sup> En los anexos se adjuntan las pruebas realizadas con diferentes números de conglomerados tanto para las categorías de sentido como para los distintos tipos de referentes.

Tabla 18. Características de los distintos perfiles según las categorías de sentido

		CONSENSUAL		MIXTO		POCOS		ACTITUDINAL	
Sexo	Hombre	74	67,3%	189	50,9%	102	61,1%	153	33%
	Mujer	36	32,7%	182	49,1%	65	38,9%	311	67%
Centro educativo	Privado	43	39,1%	119	32,1%	52	31,1%	141	30,4%
	Público	67	60,9%	252	67,9%	115	68,9%	323	69,6%
CCAA residencia	Castilla y León	26	23,6%	126	34,0%	9	5,4%	185	39,9%
	Cataluña	36	32,7%	131	35,3%	58	34,7%	185	39,9%
	País Vasco	48	43,6%	114	30,7%	100	59,9%	94	20,3%
Religión	Practicante	14	12,7%	39	10,5%	10	6%	49	10,6%
	No pract,	40	36,4%	183	49,3%	63	37,7%	216	46,6%
	No creyente	53	48,2%	139	37,5%	89	53,3%	191	41,2%
Intención de voto	PP	14	16,5%	38	13,8%	10	8,7%	64	17,5%
	PSOE	17	20%	59	21,5%	25	21,7%	119	32,5%
	IU	3	3,5%	8	2,9%	4	3,5%	12	3,3%
	Nac, dcha.	6	7,1%	25	9,1%	5	4,3%	12	3,3%
	Nac, Izq.	20	23,5%	31	11,3%	19	16,5%	28	7,7%
	Otro	4	4,7%	28	10,2%	12	10,4%	22	6,0%
	Ns/Nc, blanco	21	24,7%	86	31,3%	40	34,8%	109	29,8%
Nivel de estudios madre	Básicos	17	15,5%	84	22,6%	29	17,4%	128	27,6%
	Secundarios	24	21,8%	109	29,4%	48	28,7%	144	31%
	Universitarios	52	47,3%	147	39,6%	68	40,7%	163	35,1%
Nivel de estudios padre	Básicos	16	14,5%	90	24,3%	32	19,2%	107	23,1%
	Secundarios	34	30,9%	104	28%	51	30,5%	166	35,8%
	Superiores	40	36,4%	136	36,7%	54	32,3%	149	32,1%
Situación laboral de la madre	Ocupada	75	71,4%	271	74,6%	115	72,3%	320	70%
	No ocupada	30	23,8%	92	25,3%	44	25,7%	132	30%
Situación laboral del padre	Ocupado	96	96%	331	93,8	121	92,1%	419	92,4%
	No ocupado	4	4%	22	6,2	11	7,2%	34	7,6%
Idioma escogido en Cataluña	Castellano	5	13,9%	21	16%	9	15,5%	23	12,4%
	Catalán	31	86,1%	110	84%	49	84,5%	162	87,6%
Idioma escogido en País Vasco	Castellano	18	37,5%	49	43%	44	44%	36	38,3%
	Vasco	30	62,5%	65	57%	56	56%	58	61,7%

Fuente: Elaboración propia

En primer lugar, los hombres predominan ampliamente en el grupo de consensuales hasta el punto de suponer más del doble (67,3%) que el número de mujeres (32,7%). Estos mismos porcentajes pero en sentido inverso, es decir, a favor de las mujeres, se encuentran entre quienes definen casi en su totalidad en términos actitudinales, aunque es el único de los grupos en lo que ellas son mayoría (67%). Otro

de los perfiles en los que son mayoría los varones es el de pocos enunciados, pero en este caso la diferencia no es tan amplia (algo más del 61% de varones, frente a casi un 40% de mujeres). En el caso del grupo mixto las proporciones de uno y otro sexo son muy similares, cercanas al 50%.

La siguiente de las variables consideradas es el tipo de centro educativo en el que estudian los jóvenes y si se observa la tabla 18 se comprueba que en todos destaca la asistencia a institutos públicos que está entre el 61% del grupo consensual y el 69,6% de los actitudinales. En los otros dos grupos, el mixto y el de pocas respuestas el porcentaje de concertados y públicos está en torno a un 68%.

Con respecto a la comunidad autónoma de residencia, un primer dato llamativo es que el perfil de quienes emiten pocos enunciados sobre sí mismo está notablemente nutrido de alumnos vascos (60%) y, al mismo tiempo, apenas se encuentran castellanoleoneses (5,4%). Un caso diferente es el del grupo de mixto en el que los porcentajes de cada categoría están entre el 30% y el 35%; luego hay una proporción de personas de cada comunidad autónoma bastante pareja. Este sería además el único grupo donde los catalanes son mayoría, aunque a poca distancia de los demás. Con respecto a los otros conglomerados, en el consensual predominan los vascos (43,6%), que de hecho son algo menos del doble que los castellanos. En el de actitudinales es en el que se da el menor número de alumnos del País Vasco y el mayor de Cataluña y Castilla y León (en ambos casos, un 40%).

En lo que se refiere a la postura ante la religión, la tendencia general es la de situarse como no creyente o no practicante y de hecho no hay ningún perfil de identidad donde los que se definen como creyentes practicantes superen el 13%. Esta cifra es aún menor cuando los que responden se trata del grupo de pocas respuestas (6%). Los que son ateos, por su parte, suponen prácticamente la mitad de este grupo (48,2%) y de los del perfil consensual (53,3%); mientras que los no practicantes son mayoría dentro del grupo mixto (49,3%) y en el actitudinal (46,6%).

Otra de las cuestiones que se preguntó a los jóvenes fue su intención de voto y el primer dato llamativo es que en todos los casos aparece como opción preferente no votar, hacerlo en blanco o no tener una postura definida –porque no se sabe o no se contesta a la pregunta–, aunque con algunas diferencias según el grupo. La cifra es algo más reducida en el de consensuales, siendo  $\frac{1}{4}$  parte de todos sus miembros; mientras que en el actitudinales y en el grupo mixto la cifra está en torno al 30% y en el de pocas respuestas el número se eleva hasta casi un 35%. Por tanto, dentro de la escasa

definición electoral que muestran los jóvenes, esta tiende a ser especialmente marcada cuando muestran una menor elaboración de la imagen que tienen de sí mismos.

El Partido Popular, aunque con unos porcentajes modestos, es preferido en mayor medida entre los de perfil actitudinal (17,3%) y consensual (16,5%). Por su parte, aproximadamente 1/5 parte de los sujetos de todos los grupos votarían al Partido Socialista Obrero Español, con la excepción del perfil de actitudinales donde esta cifra alcanza el 32,3%. El voto a Izquierda Unida es el más reducido de todos, puesto que no supera en ningún caso el 3%. Igualmente, son pocos los jóvenes que optarían por el nacionalismo derecha, aunque el número de jóvenes es algo más elevada en el grupo mixto (9%). Una situación muy diferente es la de los partidos nacionalista de izquierda, cuyos partidarios se encuentran distribuidos de forma muy desigual entre los conglomerados. Así, en el grupo de consensuales es la segunda opción política con un 25% mientras que dentro de los actitudinales esta cifra estaría cercana al 8%. En ambos conglomerados se encuentran además pocos votantes de partidos minoritarios (en torno al 5%) y una cifra un poco más elevada en los grupos mixto y de pocas respuestas (10%).

Los siguientes factores descritos conciernen a los progenitores de los adolescentes, en concreto a su nivel educativo y su situación laboral y como se puede comprobar, se da un diferente resultado si se trata del padre o de la madre. En el caso de ellas, el mayor número de las que solo alcanzaron la educación está en el grupo de los actitudinales (27,6%); las que finalizaron el nivel secundario rondan el 30% salvo en el caso del grupo de consensuales que se reduce hasta un 21,8% al tiempo que concentra la cifra más elevada de universitarias (47,3%). Respecto a su situación laboral, los porcentajes son muy similares, entre el 70% y el 75% de las madres de los adolescentes desempeña una actividad remunerada.

Con respecto a los padres, los de mayor formación son los de adolescentes del grupo mixto y consensual (en torno a 36,5% cuentan con estudios universitarios en ambos casos). Por su parte, el número de padres que solo finalizaron los estudios básicos es más elevado entre los jóvenes del mixto (24,3%) y el de secundarios entre los actitudinales (35,1%). En la esfera laboral, el número de ocupados supera al de las madres, más del 90% en todos los casos y llegando hasta el 96% del grupo consensual.

Finalmente las últimas filas de la tabla 18 reflejan, para cada conglomerado, los porcentajes de adolescentes de acuerdo al idioma en el que prefirieron responder al TST. Aunque predominan los cooficiales, esta tendencia es más fuerte en Cataluña

(entre el 84% y el 88%) que en el País Vasco (entre el 57% y el 62%). Dentro de los grupos, el menor número de los que prefirieron el castellano se encuentra entre los catalanes del grupo de actitudinales (38,3%) y los vascos con perfil consensual (37,5%)

Vistos los datos presentados, resulta interesante poder destacar algunos de los contrastes que se dan entre unos y otros grupos. Se ha comprobado que el tipo de centro de estudio, la ocupación de los progenitores y el idioma de elección no presenta grandes diferencias entre unos y otros. Además, aparece un marcado contraste entre los perfiles de los jóvenes que se definen casi exclusivamente de manera actitudinal y los que tienen una percepción de sí mismos en términos más consensuales o sociales. Esto es así especialmente en relación al sexo, la comunidad autónoma de residencia, algunas opciones de voto y el nivel de estudios de los progenitores. Así, en comparación con otros perfiles, los jóvenes que tienen una imagen de sí mismos más consensual son en mayor medida hombres, vascos, ideológicamente nacionalistas de izquierda, con padres universitarios y que se definen en vasco. En contraste, en el grupo de actitudinales es más probable encontrar a mujeres, que optan por el PSOE en mayor porcentaje y cuyos padres alcanzaron menores niveles educativos. Estos resultados ofrecen algunos argumentos a favor de la subjetivización de la identidad femenina y relativizan el peso del entorno sociocultural familiar en el sentido de la autodefinición de los jóvenes.

Los otros dos conglomerados presentan características similares a la de la muestra total aunque más el mixto que el de pocas respuestas. En comparación con los datos totales en este grupo se aprecia una mayor presencia de hombres y de jóvenes que se describen como no creyentes.

Se puede concluir que, pese a que no se pueden establecer vínculos causales con datos descriptivos, parece intuirse la presencia de variables que afectan a la probabilidad de responder mayoritariamente con uno y otro tipo de enunciados. Esto será precisamente lo que se contrastará más adelante mediante la utilización de la técnica de regresión.

## **6.2.2 Perfiles de identidad de acuerdo a los referentes sociales**

El otro aspecto identitario considerado para clasificar a los sujetos de la muestra es el tipo de referentes utilizados en las respuestas al TST. Siguiendo el criterio descrito más arriba para la determinación del número de conglomerados, se han considerado un total de 4 grupos, que son los que se presentan en la tabla 19.

Tabla 19. Perfiles de respuesta según las referencias mencionadas

	<b>1 Genéricas</b>	<b>2 Pocas</b>	<b>3 Activas</b>	<b>4 Biosociales</b>
<b>ACTIVA</b>	2,74	1,73	<b>7,05</b>	4,73
<b>BIOSOCIALES</b>	1,66	1,77	2,13	<b>10,45</b>
<b>FAMILIARES</b>	,88	,64	,87	1,06
<b>GENERICAS</b>	<b>10,16</b>	1,06	1,03	1,81
<b>GRUPALES</b>	2,23	1,41	2,65	2,05
<b>SOCIAL</b>	1,52	1,02	1,42	1,95
<i>Media de referencias</i>	<i>19,20</i>	<i>7,63</i>	<i>15,15</i>	<i>22,05</i>
<i>Nº de casos</i>	<i>113</i>	<i>617</i>	<i>320</i>	<i>62</i>

Fuente: Elaboración propia

Como se puede observar, el conglomerado más nutrido de sujetos es el número 2 –pocas–, en el que se integra un 55% de los jóvenes encuestados (617 de un total 1112) y que, al mismo tiempo son quienes menos referencias profieren de media, lo que está relacionado con el hecho de que presenten cifras muy bajas de mención en todas las categorías. El caso opuesto sería el del grupo 4 –biosociales– que sólo aglutina a un 5,5% de los jóvenes (62) quienes mencionan 22 referencias en promedio, La única coincidencia es que en ambos conglomerados la categoría más numerosa es la de biosociales –nombre, edad, características físicas, género–, aunque en el grupo 2 con una media de 1,77, mientras que en el 4 alcanza la cifra de 10,5. Entre estos dos polos de la clasificación están los grupos 1 y 3. En el primero –genéricas–, conformado por 113 sujetos y un promedio de 19,2 referencias, predominando las genéricas; mientras que en el tercero –activas–, hay 320 jóvenes, una media de poco más de 15, y las referencias más frecuentes son las activas.

En resumen, los criterios que permiten diferenciar perfiles de identidad en función de las referencias son el uso de un gran número de expresiones abstractas –genéricas–, la mención de actividades y roles relacionados con el ocio, los estudios o el trabajo –activas–; o a aspectos de la persona sobre los que tiene una menor capacidad de elección –biosociales, que incluye el nombre, género, edad y características físicas–. Asimismo, hay un grupo que se distingue por mencionar pocas referencias en sus autodefiniciones. Cabe añadir que los referentes relacionales y de pertenencia grupal presentan frecuencias similares entre los jóvenes de la muestra. O por lo menos las diferencias no son lo suficientemente grandes como para convertirse en criterio de agrupación para formar perfiles de identidad.



Tabla 20. Características de los distintos perfiles según las referencias

		GENÉRICAS		POCAS		ACTIVAS		BIOSOC.	
<b>Sexo</b>	<i>Hombre</i>	53	46,9%	258	41,8%	175	<b>54,7%</b>	32	51,6%
	<i>Mujer</i>	60	53,1%	359	<b>58,2%</b>	145	45,3%	30	48,4%
<b>Centro educativo</b>	<i>Privado</i>	60	<b>53,1%</b>	181	29,3%	92	28,8%	22	35,5%
	<i>Público</i>	53	46,9%	436	70,7%	228	71,3%	40	64,5%
<b>CCAA residencia</b>	<i>Castilla y León</i>	17	15,0%	128	20,7%	181	<b>56,6%</b>	20	32,3%
	<i>Cataluña</i>	50	<b>44,2%</b>	273	<b>44,2%</b>	68	21,3%	19	30,6%
	<i>País Vasco</i>	46	40,7%	216	35,0%	71	22,2%	23	<b>37,1%</b>
<b>Religión</b>	<i>Practicante</i>	16	<b>14,5%</b>	52	8,6%	39	12,6%	5	8,3%
	<i>No pract,</i>	52	47,3%	281	46,3%	140	45,3%	29	<b>48,3%</b>
	<i>No creyente</i>	42	38,2%	274	<b>45,1%</b>	130	42,1%	26	43,3%
<b>Intención de voto</b>	<i>PP</i>	11	9,7%	61	9,9%	44	13,8%	10	<b>16,1%</b>
	<i>PSOE</i>	17	15%	133	<b>21,6%</b>	62	19,4%	8	12,9%
	<i>IU</i>	3	2,7%	14	2,3%	8	2,5%	2	<b>3,2%</b>
	<i>Nac, dcha.</i>	8	<b>7,1%</b>	26	4,2%	11	3,4%	3	4,8%
	<i>Nac, izq.</i>	9	8,0%	60	9,7%	20	6,3%	9	<b>14,5%</b>
	<i>Otro</i>	4	3,5%	32	5,2%	26	<b>8,1%</b>	4	6,5%
	<i>Ns/ Nc, blanco</i>	61	<b>54%</b>	191	47,2%	149	46,5%	26	41,9%
<b>Nivel de estudios madre</b>	<i>Básicos</i>	22	20,4%	161	<b>28,7%</b>	62	21,5%	13	23,2%
	<i>Secundarios</i>	37	34,3%	173	30,8%	94	32,6%	21	37,5%
	<i>Universitarios</i>	49	<b>45,4%</b>	227	40,5%	132	45,8%	22	39,3%
<b>Nivel de estudios padre</b>	<i>Básicos</i>	16	15,4%	146	27,2%	67	23,8%	16	<b>28,6%</b>
	<i>Secundarios</i>	44	<b>42,3%</b>	190	35,4%	102	36,2%	19	33,9%
	<i>Superiores</i>	44	<b>42,3%</b>	201	37,4%	113	40,1%	21	37,5%
<b>Situación laboral de la madre</b>	<i>Ocupada</i>	84	77,8%	425	71,0%	222	70,5%	50	<b>80,6%</b>
	<i>No ocupada</i>	24	22,2%	174	29%	93	<b>29,5%</b>	12	19,4%
<b>Situación laboral del padre</b>	<i>Ocupado</i>	103	<b>98,1%</b>	535	91,6%	293	95,1%	55	91,7%
	<i>No ocupado</i>	2	1,9%	49	<b>8,4%</b>	15	4,9%	5	8,3%
<b>Idioma escogido en Cataluña</b>	<i>Castellano</i>	5	10%	40	14,7%	10	14,7%	3	<b>15,8%</b>
	<i>Catalán</i>	45	<b>90%</b>	233	85,3%	58	85,3%	16	84,2%
<b>Idioma escogido en País Vasco</b>	<i>Castellano</i>	23	<b>50%</b>	106	<b>49,1%</b>	10	14,1%	8	34,8%
	<i>Vasco</i>	23	<b>50%</b>	110	<b>50,9%</b>	61	<b>85,9%</b>	15	65,2%

Fuente: Elaboración propia

Al igual que se ha hecho con las categorías de sentido, se han caracterizado los distintos conglomerados de referencias de acuerdo a las variables independientes seleccionadas para este estudio y el resultado aparece reflejado en la tabla 20. Con respecto al sexo, el resultado destacable es que hay dos grupos con una mayor presencia femenina que son el de genéricas y el de pocas (un 53,1% y 58,2%, respectivamente) y

otro donde predominan los hombres que son el de activas (54,7%) y el de biosociales (51,6%). El primer de ellos, además, cuenta con la peculiaridad de ser el único en el que hay más alumnos de la enseñanza concertada que de la pública (53,1% mientras que en el resto no superan el 36%).

Por otra parte, en los dos primeros grupos tienden a predominar los alumnos catalanes, con poco más de un 44% en ambos casos, y los vascos, con un 40,7% en genéricas y un 35% en pocas referencias; mientras que más de la mitad de los que emplean numerosas activas residen en Castilla y León. En el grupo de biosociales las proporciones de unos y otros son bastante similares en comparación con el resto.

En cuanto a la postura religiosa de los jóvenes de la muestra no hay grandes diferencias en las proporciones correspondientes a las distintas opciones entre los grupos que además son bastante similares a las de la muestra total. La excepción la encontramos dentro del grupo de genéricas que presenta una cifra más elevada de practicantes (14,5%) en detrimento de los no creyentes (36,2%, un 10% menos que el total). Este último conglomerado presenta también algunas peculiaridades en cuanto a la intención de voto. Ya se comentó que la tendencia tiende a ser no definirse, es decir, no votar por ninguna de las opciones electorales que hay, por uno u otro motivo. Para el grupo de genéricas el número de jóvenes que adoptan esta postura supera el 50% del total de sus integrantes.

Si se consideran los distintos partidos, se observa que el porcentaje de votantes del PP es bastante reducido en los grupos de genéricas y de pocas referencias (menos del 10%) y algo más elevado en el perfil de activas (13,8%) y en el de biosociales (16,1%). El PSOE sería la segunda fuerza más votada (entre el 15% y el 20%) a excepción del conglomerado de biosociales en el que se situaría por detrás del PP (16,1%) y del nacionalismo de izquierda (14,5%). El partido IU es la opción con menos partidarios y apenas supera el 3% en el grupo de biosociales. Algo más de apoyo tiene el nacionalismo de derecha, rondando el 4% y llegando a un 7% en el de genéricas. Por su parte, el nacionalismo de izquierda, es una opción bastante popular en comparación con el resto entre los que tienen un perfil de biosociales y de pocas referencias. Finalmente, los partidarios de agrupaciones políticas minoritarias son más numerosos entre quienes se definen con mayor número de activas.

Siguiendo la tabla 20, los datos de las variables referidas a los progenitores muestran que no existen grandes diferencias en la distribución de porcentajes entre el grupo de activas y el de biosociales. En el primero, el de genéricas, se observa que tanto

la madre como el padre parecen gozar de mayores niveles educativos ya que el porcentaje de los que solo cuentan con educación básica es la más reducida en ambos casos, un 20,4% para la madre y un 15,4% para el padre. Justo lo contrario sucede en el caso de las madres de jóvenes con perfil de pocas referencias que son las que tienen una menor formación (28,7%, cifra más alta en comparación con los otros tres). En los padres esta tendencia la encontramos en el grupo de biosociales con un porcentaje del 28,6%

Un último apunte que se aporta concierne al idioma de cumplimentación del cuestionario. En primer lugar, entre los alumnos catalanes del perfil de genéricas el uso de la lengua cooficial para autodefinirse es abrumadoramente mayoritaria (90%), aunque es muy elevada en general (aproximadamente 85/15 a favor del catalán). En el caso del País Vasco las cifras son algo más dispares. Por un lado, en los dos primeros grupos hay la misma proporción de personas que escogen castellano y vasco; mientras que en el perfil biosocial (65,2%) y aún más en el de activas (85,9%), se decantan principalmente por esta última lengua.

A la luz de los resultados presentados cabe destacar que casi todos los conglomerados presentan alguna peculiaridad en su composición o en las características de los jóvenes que aglutinan, siendo el grupo de genéricas el que se caracteriza por unos rasgos más diferenciados. La relevancia de este tipo de referencias, que se corresponden con expresiones del nivel más alto de abstracción del «yo» (Turner, 1989) podría estar relacionada con que tengan el contexto socioeducativo de mayor nivel y con que sean jóvenes que no se adscriben a las categorías políticas o electorales dadas.

### **6.3 Factores explicativos de las respuestas al TST**

Uno de los objetivos que se ha considerado para esta investigación es analizar la influencia de las variables independientes seleccionadas en la forma de definirse de los jóvenes. Para ello se juzgó adecuado aplicar las técnicas de regresión, que permiten, no solo establecer si existe una relación entre las categorías de respuesta del TST, consideradas como variables dependientes, y determinados factores sociodemográficos, que serían los predictores o variables independientes-, sino que además posibilita evaluar la magnitud de dicha relación.

Así, dada la naturaleza de las variables dependientes, que están medidas como la frecuencia de mención de las diferentes categorías de sentido y de referencias –escala de razón–, se partió aplicando la regresión lineal múltiple. No obstante, tras las pruebas preliminares esta técnica fue descartada porque ninguno de los modelos calculados –uno por categoría de identidad– satisfacía todos los supuestos básicos de la regresión múltiple, especialmente por el incumplimiento de normalidad, de homocedasticidad, o de ambos<sup>30</sup>. Por tanto, la siguiente opción fue la de aplicar la regresión logística o *logit*<sup>31</sup>, que mantiene la misma idea de ponderar la influencia de unos determinados predictores sobre un evento que se pretende explicar, pero no considera la media de frecuencia de aparición de las categorías; sino la probabilidad de mención de las mismas en función de que las variables independientes adopten unos u otros valores. Además, a diferencia de la regresión lineal múltiple, la logística, al tomar una variable dependiente dicotómica y no de razón, no ha de ajustarse al criterio de linealidad respecto a las variables predictoras. Tampoco requiere el cumplimiento del criterio de normalidad y admite que los datos presenten heterocedasticidad, como es el caso de los de la muestra seleccionada.

No obstante, esta técnica también plantea otros supuestos que deben ser tenidos en cuenta para su correcta aplicación. Siguiendo a Cea (2002), el primero de ellos es que la muestra tenga un tamaño elevado, lo que supone que como mínimo el número de casos sea 15 veces el de variables independientes, aunque otros autores han establecido cifras entre 10 y 20 (Silva y Barroso, 2004). En cualquier caso, puesto que se analizan 1112 sujetos y se cuenta con un total de 8 variables independientes, se supera con creces el requisito,

Otras de las condiciones de la regresión logística están referidas a las variables independientes introducidas en el modelo. En concreto, se requiere que resulten relevantes para la predicción del fenómeno estudiado; que sean continuas o discretas –también dicotómicas– y que no presenten colinealidad unas con otras. Respecto al primero de los supuestos, las variables seleccionadas están en línea con lo que, desde la revisión teórica presentada, se han considerado factores condicionantes de la

---

<sup>30</sup> En los anexos se han incorporado las pruebas que evidencian dicho incumplimiento. La normalidad supone que los datos tanto para la variable dependiente como para las independientes, siguen una pauta de distribución normal. La homocedasticidad, por su parte, es “la igualdad de las varianzas de los términos de error residual en la serie de variables independientes” (Cea, 2002, p. 38).

<sup>31</sup> Para llevar a cabo los análisis propuestos en este apartado, incluida la revisión de los supuestos de la regresión logística, se han seguido principalmente los siguientes manuales: Cea (2002), Levy y Varela (2003) y Silva y Barroso (2004).

configuración de la identidad en los jóvenes. Estos abarcan el sexo, el contexto de socialización, la comunidad autónoma de residencia, el idioma de preferencia, y las posturas políticas y religiosas.

Con respecto al nivel de medida de las variables independiente, todas son discretas o categóricas por lo que se ha aplicado una transformación para que adoptaran la forma dicotómica y poder ser incluidas en el modelo logístico. El resultado aparece en el listado que se presenta a continuación, en el que, además, se especifica el valor de la variable que será considerado como 1 para realizar el análisis.

- 1 Sexo: ser mujer
- 2 Castilla: residir en Castilla y León
- 3 Idioma de respuesta del cuestionario:
  - a. Catalán: ser alumno de un centro educativo de Cataluña y responder en catalán al TST,
  - b. Vasco: ser alumno de un centro educativo del País Vasco y responder en vasco al TST,
- 4 Centro privado: acudir a un colegio de titularidad privada
- 5 Religión:
  - a. Practicante: declararse como creyente practicante
  - b. No creyente: declararse no creyente o ateo,
- 6 Intención de voto:
  - a. PP: votaría al Partido Popular
  - b. PSOE: votaría al Partido Socialista Obrero Español
  - c. IU: votaría a Izquierda Unida
  - d. Nacionalismo de derecha: votaría a un partido nacionalista ideológicamente de derecha
  - e. Nacionalismo de izquierda: votaría a un partido nacionalista ideológicamente de izquierda
  - f. Otro: votaría a partidos minoritarios
  - g. Blanco: votaría en blanco, nulo, no votaría o indeciso
- 7 Estudios de los padres (del padre y de la madre):
  - a. Básicos madre: madre con estudios básicos o menos
  - b. Secundarios madre: madre con Bachillerato, COU o Formación Profesional
  - c. Básicos padre: padre con estudios básicos o menos

- d. Secundarios padre: padre con Bachillerato, COU o Formación Profesional
- 8 Situación laboral de los padres:
- a. Madre no ocupada: madre que está buscando trabajo, es ama de casa o está jubilada
  - b. Padre no ocupado: padre que está buscando trabajo, es ama de casa o está jubilada

Teniendo en cuenta esta codificación de las variables, la base de análisis describe el siguiente perfil: un hombre catalán o vasco, que asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que emite un voto nulo, en blanco, no vota o está indeciso. Estas son, además, las categorías que presentan frecuencias más prominentes. Esto significa que cualquier afirmación acerca de los incrementos de la probabilidad de mención de las categorías siempre se hace en comparación con el perfil descrito por dicha base.

**Tabla 21, Pruebas de detección de multicolinealidad**

	<b>Tolerancia</b>	<b>FIV</b>
<b>Sexo</b>	,941	1,062
<b>Castilla y León</b>	,449	2,229
<b>Vasco dico</b>	,438	2,282
<b>Catalán dico</b>	,486	2,060
<b>Centro privado</b>	,701	1,427
<b>Creyente practicante</b>	,873	1,145
<b>No creyente</b>	,825	1,212
<b>Voto a PP</b>	,815	1,227
<b>Voto a PSOE</b>	,772	1,295
<b>Voto a IU</b>	,946	1,057
<b>Voto nacionalismo de dcha</b>	,906	1,104
<b>Voto nacionalismo de izq.</b>	,853	1,172
<b>Voto a otro partido</b>	,932	1,073
<b>Voto en blanco</b>	,889	1,124
<b>Estudios básicos madre</b>	,556	1,799
<b>Estudios secundarios madre</b>	,645	1,550
<b>Estudios básicos padre</b>	,573	1,745
<b>Estudios secundarios padre</b>	,649	1,540
<b>No ocupado madre</b>	,914	1,095
<b>No ocupado padre</b>	,959	1,043

Fuente: Elaboración propia

El tercero de los supuestos que se refiere al hecho de que cada predictor ha de tener un efecto sobre la variable dependiente que no dependa o esté influenciado por los valores que tome el resto de predictores, O en otras palabras, las variables independientes no deben correlacionar entre sí. Esto se ha evaluado mediante el cálculo de los estadísticos de tolerancia y el factor de inflación de la varianza (FIV) cuyos resultados aparecen en la tabla 21. Estas pruebas ponen de manifiesto que la mayoría de las variables presenta unos niveles muy bajos de colinealidad, es decir una tolerancia y un FIV con valores cercanos a la unidad. Incluso las variables que resultaron con la tolerancia más baja y el FIV más alto, como las referidas a la comunidad autónoma de residencia, el idioma de preferencia y el nivel de estudios de los progenitores, no superan los límites o el punto de corte que requerirían tomar medidas para poder corregirlo –generalmente, 0,1 para la tolerancia y 10 para el FIV–.

Otro de los criterios de la regresión logística que se han valorando es la existencia de celdillas cero; lo que significa que hay valores de alguna de las variables independientes que no afectan a la dependiente. Esto supondría un problema ya que al calcular la *odds ratio*, que es un cociente de razones, si el denominador o el numerador es igual a 0 –no hay ningún caso para una determinada combinación de valores de las variables dependientes y un predictor–, se obtiene el valor infinito como resultado y no se puede obtener el dato (Menard, 2010). En ninguna de las regresiones aplicadas, como se podrá comprobar en las tablas que se presentan en los siguientes apartados, se obtuvieron coeficientes anómalos, el programa informático no indicó la existencia de errores y la muestra es lo suficientemente grande como para que sea poco probable que suceda; más aún teniendo en cuenta que las independientes incluidas en el modelo son dicotómicas.

Por tanto, dado el cumplimiento de los supuestos mínimos de la regresión logística y teniendo en cuenta las hipótesis planteadas, en esta investigación se han realizado un total de 26 análisis, considerando un modelo por cada categoría de identidad –de sentido y de referentes–. A estas se suman otras 8 correspondientes a los conglomerados establecidos en el anterior apartado, puesto que también interesa para los objetivos ver como la pertenencia a unos u otros se ve afectada por los factores sociodemográficos considerados. De esta manera, las regresiones serían las siguientes:

1. Categorías referidas al sentido del enunciado de respuesta: 16
  - Categorías principales: actitudinales, consensuales e indefiniciones

- Subcategorías: física, actividad, colectiva y global consensual (consensuales); aspiraciones, autoestima, autoevaluaciones (de carácter, estética, intelectual, práctica y social), creencias y preferencias (actitudinales),
2. Categorías de las referencias mencionadas: 10 indicadores que aglutinan uno o varios tipos de referencias
- Anclaje social: familiares, grupales, sociales y activas
  - Familia: familia nuclear y extensa
  - Amistad: grupo primario no familiar
  - Grupos secundarios
  - Ocio y tiempo libre: identidad mediática y actividad complementaria
  - Identidades territorial: identidad estatal e identidad intermedia (regional)
  - Identidad de género: género
  - Afectivo- sexual: orientación sexual y matrimonial o de la pareja
  - Religión: identidad religiosa
  - Política: política e ideológica
3. Conglomerados correspondientes a los distintos perfiles de identidad: 8
- Grupos con las categorías de sentido: consensual, mixto, pocas actitudinal
  - Grupos con los indicadores de referentes: genéricas, pocas, activas, biosociales

Conviene aclarar que han quedado excluidas del análisis de regresión logística las indefiniciones y algunas de las subcategorías consensuales y actitudinales que presentan frecuencias excepcionalmente bajas –ver tabla descriptiva 13– como es el caso de la propiedad (35) la duda o desconocimiento de sí (22), enunciados sobre otros (24), indefinición (33), metáfora (134), clase social (8), la identidad étnica (3) y la marginal (16), Además de tener una frecuencia reducida en comparación con otros códigos, las subcategorías de las indefiniciones no aportan información relevante para los objetivos del estudio.

Por otra parte, para poder llevar a cabo el análisis de regresión logística ha sido necesario recodificar las variables dependientes, que originariamente tienen una medida de escala, en otras que dan cuenta de la presencia o no de la categoría en el cuestionario –independientemente del número de veces que se mencione–. Es otras palabras, se han dicotomizado.



No obstante, con algunas de ellas, en concreto las actitudinales y el anclaje social (suma de las referencias sociales, grupales, familiares y activas) se ha procedido de manera distinta ya que prácticamente todos los sujetos de la muestra incluyen códigos de este tipo en sus autodefiniciones, es decir, la probabilidad de mención es del 100%. Como alternativa, lo que se analiza es la probabilidad de que la frecuencia de aparición de estas categorías esté por encima de la medida (13,6 para las actitudinales y 7,4 para el anclaje social) del total de la muestra.

Una vez transformadas las variables para adecuarlas al análisis seleccionado, se han calculado los coeficientes de la ecuación de regresión que está definida de la siguiente manera:

$$\ln \frac{P(Y = 1)}{P(Y \neq 1)} = b_0 + b_1X_1 + b_2X_2 + \dots + b_kX_k$$

o lo que es lo mismo,

$$\frac{P(Y = 1)}{P(Y \neq 1)} = e^{b_0} e^{b_1X_1} e^{b_2X_2} \dots e^{b_kX_k}$$

Donde,  $P(Y=1)$  es la probabilidad de ocurrencia de la variable dependiente, es decir de mencionar la categoría correspondiente;  $B_0$  es el valor logístico o *logit*<sup>32</sup> cuando todas las independientes toman el valor 0, es decir, cuando se consideran las características de la base de referencia;  $B_1, B_2, B_3, \dots, B_k$  son los coeficientes de regresión parcial que indican lo que aumenta el *logit* de la dependiente por cada unidad que se incrementa dicha independiente.

Como se dijo anteriormente, lo que interesa principalmente son las variables que resultan estadísticamente significativas y la aportación que hace cada una a la probabilidad de la mención de las categorías. Este último propósito resulta un poco complejo de abordar partiendo de los coeficientes de regresión porque expresan los incrementos en un logaritmo neperiano. Tampoco se ajusta a la información que ofrecen los *odds ratio* porque no permite valorar el efecto de una variable de manera

---

<sup>32</sup> El *logit* es el logaritmo neperiano del cociente de razones –*odds ratio*– entre la probabilidad de ocurrencia de la variable dependiente y la probabilidad de no ocurrencia; es decir, de mencionar la categoría y no mencionarla; en función de los valores que adopta la variable dependiente.

individual<sup>33</sup>. Por ello, siguiendo a Cea (2002, p. 159), se ha recurrido al cálculo de los incrementos de probabilidad que se obtienen multiplicando la media de la variable (X) por su coeficiente (B), calculando después su exponente y aplicando la siguiente fórmula:

$$\Delta P(Y = 1) = \frac{e^{b\bar{X}}}{(1 + e^{b\bar{X}})^2} b$$

Este cálculo se aplica a cada variable multiplicando el resultado por 100 de manera que esté expresada en términos porcentuales. Lo que nos indica esta cifra es el incremento de la probabilidad de mencionar la variable dependiente que provoca un determinado valor de la independiente. Así, se pueden comparar los resultados comprobando cuál es la que está más relacionada con la probabilidad de mención de la categoría seleccionada como dependiente,

Además, de los coeficientes de la regresión y los incrementos de probabilidad, en las tablas de resultados se ha incluido el estadístico de ajuste del modelo R<sup>2</sup> de Nagelkerke que indica el porcentaje de variación de la probabilidad de ocurrencia de la variable dependiente, en este caso, la mención de una categoría, que puede ser explicada por las variables incluidas en la ecuación de la regresión, es decir, las que han resultado significativas.

### **6.3.1 Análisis de la relación entre las categorías de sentido y los factores explicativos**

Una vez descrito el procedimiento, los primeros análisis que se presentan corresponden a las categorías de sentido (tabla 22). Puede comprobarse que el conjunto de variables seleccionadas tiene una mayor capacidad predictiva en el caso de las actitudinales que en el de las consensuales y las indefiniciones (un R<sup>2</sup> de 17,8 frente 0,5 y el 0,45, respectivamente). Pero en este caso lo que interesa fundamentalmente es ver qué efecto tienen las variables independientes, más que emplear la ecuación de

---

<sup>33</sup> Puesto que el coeficiente es el logaritmo neperiano de un número, basta con despejar elevando el número e a dicho número y se obtiene la *odds ratio*. Después se puede convertir esa razón en porcentaje. No obstante, este mide el efecto de la variable cuando todas las demás tienen valor 0 que, en este caso, no significa que se excluye a todas las demás para ver el efecto individual de una de ellas, sino que se asume que el resto toma los valores de la base. Por tanto, el cálculo de incremento de probabilidad que se propone resulta más adecuado para ver cómo afecta de manera individual cada variable independiente.

regresión para hacer pronósticos acerca de la incidencia en las probabilidades de ocurrencia.

**Tabla 22. Resultados de la regresión *logit* de las categorías de sentido**

Variables Independientes	ACTITUDINAL		CONSENSUAL		INDEFINICIÓN	
	<i>B</i> ( <i>E,T</i> )	%	<i>B</i> ( <i>E,T</i> )	%	<i>B</i> ( <i>E,T</i> )	%
Sexo	<b>1,16 ***</b> (,135)	<b>26,33</b>	<b>-,618 **</b> (,185)	<b>-15,03</b>	<b>-,364 *</b> (,172)	<b>-9,01</b>
Castilla	<b>1,21 ***</b> (,165)	<b>29,20</b>				
Catalán	<b>,699 ***</b> (,156)	<b>17,26</b>				
Vasco			<b>,679 *</b> (,266)	<b>16,9</b>	<b>,803 ***</b> (,191)	<b>19,96</b>
Centro privado						
Practicante						
No creyente						
Votar al PP						
Votar al PSOE						
Vota a IU						
Nacionalismo dcha.			<b>1,484 *</b> (,729)	<b>37,05</b>		
Nacionalismo, izq.						
Otro					<b>,810 **</b> (,297)	<b>20,23</b>
Blanco	<b>,682 *</b> (,285)	<b>17,04</b>				
Básicos madre						
Secundarios madre						
Básicos padre	<b>,339 *</b> (,172)	<b>8,47</b>				
Secundarios padre	<b>,442 **</b> (,151)	<b>10,99</b>				
Madre no ocupada						
Padre no ocupado			<b>-,604*</b> (,249)	<b>-15,1</b>		
Constante	<b>-1,14 ***</b> (,146)		<b>2,13 ***</b> (,156)	<b>-15,03</b>	<b>-1,8 ***</b> (,133)	<b>-9,01</b>
R2		<b>17,8</b>		<b>,05</b>		<b>,045</b>

Fuente: Elaboración propia

\*Sig. ,05, \*\* Sig. ,01 \*\*\*Sig. ,000

Base: Hombre catalán o vasco, que responde en castellano y asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que vota nulo, en blanco, no vota o está indeciso

Mirando la tabla 22 se constata que el sexo aparece significativo para todas las categorías, especialmente en el caso de las respuestas actitudinales. Así, ser mujer incrementa las probabilidades de proferir respuestas idiosincráticas por encima de la media en un 26,3% y reduce un 15,3% y un 9% las de utilizar enunciados consensuales

e indefiniciones. Estos datos indican un cambio en la tendencia que se observaba en otra investigación (Madson y Trafimow, 2001) que encontraron una propensión en los hombres a definirse en términos idiosincráticos y las mujeres más en función de relaciones y categorías sociales. Una de las explicaciones que se ofreció de esa diferencia fue la socialización diferenciada que hace accesibles diferentes contenidos del *self* a uno u otro sexo y un mayor desarrollo de las capacidades relacionales en el caso de las mujeres. En este caso, la mayor subconsensualidad entre las mujeres puede verse como un cambio también en el contenido de la identidad de género en la que los jóvenes son socializados.

Por su parte, la categoría de indefiniciones, que no siempre ha sido considerada en los estudios del TST, funciona como un «cajón desastre» en el que se incluyen expresiones que no aportan información específica sobre la imagen que los sujetos tienen de sí mismos, ni de las expectativas de conducta que cabría esperar. En los datos se ve que tiene una escasa prevalencia entre los adolescentes de la muestra, lo que se puede interpretar como una evidencia de la capacidad que tienen para definirse a sí mismos y más aún si se tiene en cuenta el elevado número de enunciados que formulan.

En lo que se refiere a la comunidad autónoma, estudiar en Castilla y León, frente a hacerlo en el País Vasco o Cataluña está relacionado con un incremento del 29,2% de las posibilidades de proferir actitudinales por encima de la media. También influye en el mismo sentido haber contestado en catalán al cuestionario, solo que en menor medida (un 17,6%); mientras que autodefinirse en vasco incrementa en un 17% las probabilidades de definirse en términos consensuales y un 18% con indefiniciones. En otras palabras, se evidencia que la pertenencia a las comunidades autónomas no periféricas, en concreto a Castilla y León predispone a la identificación en términos actitudinales, a los que se suman los catalanes que escogieron el idioma cooficial para responder al TST que se expresan. Estos datos permiten afirmar que, al menos para los jóvenes analizados, la lengua que eligen para definirse está asociada a un determinado contenido identitario. Esto está en línea con otro estudio con el TST que, salvando las distancias, mostró cómo el hecho de utilizar un lenguaje u otro en comunidades bilingües condicionaba la recuperación de distintos tipos de cogniciones con los que se elabora el *self* (Triandis, McCusker, y Hui, 1990).

En cuanto a la intención del voto, se observan diferentes efectos según la preferencia electoral –aunque solo tres salen significativos– de manera que hay un 17,4% más de probabilidad de utilizar actitudinales si se vota en blanco; un 37% más de

emitir consensuales entre los que optarían por un partido nacionalista de derecha y un incremento de un 20,3% en la probabilidad de proferir indefiniciones entre quienes prefieren partidos minoritarios. Aunque la influencia del voto es limitada, ofrece unos datos de interés, como se argumentará más adelante, desde el punto de las hipótesis planteadas.

Respecto a la situación socioeducativa de la familia lo que más influye en la definición de la identidad son las características del padre. Así, en comparación con los que son universitarios, cuando este tiene estudios básicos o secundarios, existe una mayor probabilidad (8,5 y 11%, respectivamente) de definirse con un elevado número de actitudinales. Parece que el ambiente educativo de socialización afecta solo parcialmente a la autodefinición de los jóvenes y que además lo hace en el sentido contrario al que se había presupuesto en las hipótesis. Es decir, no se cumple la premisa de que un mayor nivel educativo de los padres favorece la construcción de la identidad en términos más subjetivos.

Además, se observa que el hecho de que el padre no se encuentre trabajando influye negativamente en la probabilidad de expresarse con enunciados consensuales (una reducción del 15%). Un efecto similar ya se hizo evidente en el estudio con parados argumentando cómo la situación de desempleo rompe algunos lazos sociales y supone la pérdida de uno de los pilares más relevantes de la identidad social adulta como es el trabajo (Escobar, 1987). Lo que parece comprobarse ahora es que este evento de la vida familiar, que el padre se encuentre desempleado, tiene un efecto similar los padres, esto es, de debilitamiento del componente social de su identidad.

Si se compara la influencia de los distintos factores analizadas hasta ahora, se observa que en las actitudinales lo que más peso tiene en proferir estas respuestas son el sexo (29,2%) y vivir en Castilla y León (26,3%); en las consensuales votar al nacionalismo de derecha (37%) y en las indefiniciones votar a partidos pequeños y responder al cuestionario en vasco (ambas en torno al 20%).

### **6.3.2 Análisis de la relación entre las subcategorías de sentido y los factores explicativos**

Al igual que en el apartado anterior se han calculado regresiones logísticas con las subcategorías que engloban los enunciados actitudinales y consensuales. Con respecto a las primeras, cuyos resultados aparecen en las tablas 23 y 24, los modelos

tienen una baja capacidad predictiva puesto que su bondad de ajuste inferior al 6% en todas las subcategorías, a excepción de las autoevaluaciones de carácter y las preferencias en las que la regresión explica el 11,6% y el 25% de la variación en la probabilidad de describirse con este tipo de enunciados.

**Tabla 23. Resultados de la regresión *logit* de las subcategorías actitudinales (I)**

Independientes	ASPIRACION		AUTOESTIMA		CARACTER		ESTETICA		INTELECT,	
	B (E,T.)	%	B (E,T.)	%	B (E,T.)	%	B (E,T.)	%	B (E,T.)	%
Sexo					<b>,695**</b> (,238)	<b>16,78</b>			<b>-,305*</b> (,122)	<b>-7,57</b>
Castilla			<b>-,79***</b> (,161)	<b>-19,35</b>			<b>1,04***</b> (,158)	<b>25,39</b>		
Catalán					<b>1,16**</b> (,374)	<b>27,98</b>	<b>,739***</b> (,158)	<b>18,23</b>		
Vasco					<b>-,702**</b> (,250)	<b>-17,47</b>				
Centro privado	<b>,458**</b> (,162)	<b>11,4</b>	<b>,498***</b> (,143)	<b>12,38</b>						
Practicante										
No creyente										
PP										
PSOE										
IU										
Nacion. dcha.			<b>-,715*</b> (,343)	<b>-17,87</b>						
Nacion. izq.										
Otro										
Blanco										
Básicos ma					<b>1,315**</b> (,433)	<b>32,11</b>	<b>306*</b> (,148)	<b>7,63</b>		
Secundarios ma									<b>,363**</b> (,134)	<b>9,05</b>
Básicos pa	<b>-,538*</b> (,212)	<b>-13,41</b>								
Secundarios pa										
Madre no ocup.										
Padre no ocup.										
Constante	<b>1,55***</b> (,109)		<b>,836***</b> (,095)		<b>1,92***</b> (,181)		<b>1,16***</b> (,118)		<b>,165*</b> (,097)	
R2	<b>,025</b>		<b>,054</b>		<b>,116</b>		<b>,067</b>		<b>,016</b>	

Fuente: Elaboración propia

\*Sig. ,05, \*\* Sig. ,01 \*\*\*Sig. ,000

Base: Hombre catalán o vasco, que responde en castellano y asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que vota nulo, en blanco, no vota o está indeciso

En primer lugar, el sexo, que resultó significativo en la regresión con las actitudinales, no ha resultado ser así para todas sus subcategorías, En particular, de acuerdo con la tabla 23, ser mujer está relacionado positivamente con la probabilidad de preferir autoevaluaciones de carácter (16,8%,) y creencias (12%), pero negativamente

en el caso de las autoevaluaciones intelectuales (7,6%). Llama la atención que las autoevaluaciones sociales –que serían el equivalente a la cognición o constructo del *self allocéntrico*- no aparezcan relacionadas estadísticamente con el sexo puesto que se ha mostrado en diversas investigaciones que las mujeres son especialmente proclives a definirse con enunciados de este tipo (Madson y Trafimow, 2001; Kashima et al., 1995; Watkins y Gerong, 1999).

Si se consideran los predictores relacionados con la comunidad autónoma, se constata que definirse en catalán es la variable que ha resultado significativa en más regresiones logísticas. Según los datos de las tablas 23 y 124 predispone a una mayor probabilidad de uso de autoevaluaciones de carácter (28%), estéticas (18,3%), prácticas (8%) y preferencias (28%). Así, mismo, reduce la incidencia de creencias en un 12,4%.

En el caso del vasco, las categorías que ven reducida su probabilidad de aparición si se escoge este idioma son las autoevaluaciones de carácter (17,5%) y las prácticas (12%); y se aumenta para las preferencias en un 41,7%. Por otra parte, entre aquellos jóvenes que estudian en Castilla y León existe una menor probabilidad de definición a partir de expresiones acerca del autoestima (19,3%) y mayor empleando autoevaluaciones estéticas (25,4%), sociales (20,5%) y preferencias (52,8%). Se puede concluir que la región donde se estudia influye en el tipo de enunciados actitudinales de identificación pero no se han encontrado similitudes entre alumnos de las comunidades autónomas periféricas. Según se ha comprobado los alumnos que responden en catalán muestran tendencias más parecidas a los de Castilla y León, siendo más proclives a autoevaluarse e identificarse con sus gustos y aficiones que los jóvenes que se definen en vasco.

En lo que se refiere a la asistencia a centros educativos de titularidad privada, esta variable está relacionada positivamente con el hecho de mencionar aspiraciones y expresiones relacionadas con la autoestima –aunque esto no implica que se haga en términos positivos–. En el primer caso incrementa la probabilidad un 11,4% y en el segundo un 12,38%.

Políticamente, solo dos categorías resultaron significativas, el nacionalismo de derecha que reduce las menciones de la autoestima (17,9%) y el voto al PSOE que tiene una relación negativa con las creencias y las preferencias (reducción del 11% y el 14%, respectivamente).

Tabla 24. Resultados de la regresión *logit* de las subcategorías actitudinales (II)

Independientes	PRACTICA		SOCIAL		CREENCIA		PREFERENCIA	
	B (E,T.)	%	B (E,T.)	%	B (E,T.)	%	B (E,T.)	%
Sexo					,488 (,159)	11,99		
Castilla			,832* (,371)	20,45			2,428 (,215)	52,81
Catalán	,321* (,140)	7,99			-,500 (,183)	-12,43	,533 (,189)	13,24
Vasco	-,484** (,164)	-12,08					1,713 (,226)	41,74
Centro privado								
Practicante								
No creyente			-,577* (,273)	-14,22			-,331 (,143)	-8,24
PP								
PSOE					-,563 (,226)	-14,04	-,443 (,176)	-11,04
IU								
Nacion. dcha.								
Nacion. izq.								
Otro								
Blanco								
Básicos ma							-,382 (,164)	-9,53
Secundarios ma								
Básicos pa								
Secundarios pa								
Madre no ocup.								
Padre no ocup.								
Constante	,213*** (,086)		2,89*** (,217)		-1,493 (,129)		-,370 (,157)	
R2	,025		,055		,036		,248	

Fuente: Elaboración propia

\*Sig. ,05, \*\* Sig. ,01 \*\*\*Sig. ,000

Base: Hombre catalán o vasco, que responde en castellano al TST, que asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que vota nulo, no vota o no sabe no contesta

Con respecto a los padres, lo primero que cabe destacar es que su situación laboral no está relacionada con la identificación con ninguna de las categorías actitudinales. En cuanto a la educación, los diferentes niveles de estudios afectan de distinta manera a la mención de categorías, especialmente para los básicos, Si la madre solo tiene el título de Educación General Básica será más probable que los jóvenes se refieran a las autoevaluaciones de carácter (32,1%), a las estéticas (7,6%) y menos que mencionen preferencias (9,5%). Por su parte, el hecho de que completara la Formación Profesional, BUP o Bachillerato incrementa en un 9% la aparición de las autoevaluaciones intelectuales. Cuando se trata del padre no se observa ningún efecto



sobre las variables dependientes a excepción de cuando tiene estudios básicos que disminuye la probabilidad de mención de las aspiraciones en un 13,4%.

Para resumir lo anterior, los datos muestran que, aunque la influencia sea reducida, la tendencia es que un mayor nivel formativo, especialmente superior a la EGB, puede favorecer la proyección de futuro, al igual que asistir a centros educativos concertados; además de la evaluación de la capacidad cognitiva y la mención de gustos o aficiones. Además, el hecho de que los padres tengan un perfil educativo más bajo influye en que se refieran más a su apariencia física y aspectos de su carácter.

Si se considera cada categoría individualmente se puede observar que en las aspiraciones lo que más influye en la probabilidad de mención son los estudios básicos del padre (reduciendo un 13,4%) y en el autoestima, ser castellano (casi un 20% menos de probabilidad). Además, se incrementa la mención de autoevaluaciones de carácter que la madre tenga estudios básicos (32,1%), de las estéticas ser castellanoleonés (25,4%); de las intelectuales, que la madre tenga estudios secundarios (9%); y se reduce la probabilidad de mención de prácticas si se responden en vasco (disminuye un 12%); para las sociales aumenta el residir en Castilla y León (20,4%); en las creencias, tener intención de votar al PSOE la reduce (14%); y finalmente, estudiar en Castilla y León aumenta un 52,8% la probabilidad de describirse con preferencias.

El último análisis de regresiones de este apartado corresponde a las subcategorías consensuales cuyos resultados aparecen en la tabla 25. El primero de los predictores que se observa, el sexo, aparece como significativo en la mención de actividades y de colectivas de manera que para las primeras ser mujer reduce la probabilidad un 21,5% y para las segundas un 12,4%. Aunque la mujer se muestra más actitudinal, la identificación con las categorías consensuales sigue patrones más tradicionales y en consonancia con los obtenidos en los estudios del TST mencionados (Madson y Trafimow, 2001; Kashima et al. 1995; Watkins y Gerong, 1999) que muestran que los hombres se definen más a partir de constructos del *self* colectivos y públicos. Esto refuerza en cierta medida las teorías acerca de la construcción de la identidad de género y como se mantiene la asociación entre hombre-espacio público y mujer-esfera íntima.

En lo que se refiere a la información relacionada con la comunidad autónoma, se observa que el hecho de estudiar en Castilla y León aumenta la probabilidad de proferir enunciados de tipo físico en un 20%, Responder al cuestionario en catalán se relaciona positivamente con la mención de actividades (incremento del 7,6%) y negativamente

con las colectivas (disminución de la probabilidad del 9,6%), Así mismo, autodefinirse en vasco incrementa la probabilidad de mención de esta última categoría y de las globales consensuales en torno a un 16% y un 17%, respectivamente. Nuevamente se observa un patrón de influencia diferenciado entre unas regiones autonómicas y otras, siendo los alumnos del País Vasco los más propensos a la definición en términos de categorías y pertenencias sociales, los catalanes a aspectos del ocio y de la realización de tareas y los castellanos características físicas, hecho que se corresponde con la relevancia que tienen para ellos las autoevaluaciones estéticas.

**Tabla 25. Resultados de la regresión *logit* de las subcategorías consensuales**

Independientes	ACTIVIDAD		COLECTIVA		FISICA		GLOBAL CONSENSUAL	
	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%
Sexo	<b>-,911***</b> (,128)	<b>-21,5</b>	<b>-,506***</b> (,137)	<b>-12,4</b>				
Castilla					<b>,816***</b> (,133)	<b>20,08</b>		
Catalán	<b>305*</b> (,136)	<b>7,6</b>	<b>-,386**</b> (,148)	<b>-9,6</b>				
Vasco			<b>,636**</b> (,202)	<b>15,8</b>			<b>,675**</b> (,196)	<b>16,8</b>
Centro privado	<b>-,298*</b> (,137)	<b>-7,4</b>					<b>1,15***</b> (,164)	<b>27,84</b>
Practicante								
No creyente								
PP								
PSOE					<b>-,508**</b> (,161)	<b>-12,66</b>		
IU								
Nacion. dcha.			<b>1,424***</b> (,444)	<b>35,6</b>				
Nacion. izq.								
Otro								
Blanco								
Básicos ma								
Secundarios ma								
Básicos pa							<b>,460</b> (,172)	<b>11,48</b>
Secundarios pa								
Madre no ocup.								
Padre no ocup.			<b>-,433*</b> (,209)	<b>-10,8</b>				
Constante	,116 (,107)		1,132*** (,123)		<b>-,499***</b> (,081)		-1,764 (,131)	
R2	<b>,067</b>		<b>,071</b>		<b>,056</b>		<b>0,70</b>	

Fuente: Elaboración propia

\*Sig. ,05, \*\* Sig. ,01 \*\*\*Sig. ,000

Base: Hombre catalán o vasco, que responde en castellano al TST, que asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que vota nulo, no vota o no sabe no contesta

Otra de las variables que ha resultado significativa para algunas subcategorías ha sido el tipo de centro educativo al que se asiste. Si es privado, se reduce un 7,4% la probabilidad de que los jóvenes se refieran en sus autodefiniciones a las actividades que realizan y se incrementa casi un 28% la de la mención de categorías globales.

Con respecto a la intención de voto, las opciones que han mostrado ser significativas en las subcategorías consensuales son las mismas que las que aparecieron en las actitudinales. Así, la preferencia por un partido nacionalista de derecha incrementa en un 35,6% la probabilidad de definirse con colectivas y ser partidario del partido socialista reduce la probabilidad de mencionar las físicas en un 12,6%.

De las variables referidas a los padres solo han resultado significativas que el padre tenga estudios básicos, que aumenta la propensión a incluir respuestas globales en sus autodescripciones un 11,5%; y que no esté ocupado, que reduce la probabilidad de mención de colectivas un 10,8%. Esto estaría en consonancia con el argumento de la ruptura de vínculos sociales que supone una situación de desempleo.

Poniendo el foco de atención en cada categoría, se constata que la variable de mayor influencia es el sexo en el caso de la actividad, con una reducción de la probabilidad de ocurrencia del 21,5% cuando se trata de las chicas. Responder en vasco y ser nacionalista de derecha son las más relevantes para las colectivas (15,8 y 35,6%, respectivamente); mientras que para las físicas, ser castellano (incremento del 20%). En el caso de las categorías indefinidas acudir a un centro de titularidad privada aumenta la probabilidad de mención en un 27,8%.

### **6.3.3 Análisis de la relación entre las referencias y los factores explicativos**

Como se ha indicado a lo largo de este trabajo, el otro aspecto identitario de interés para los objetivos propuestos son indicadores construidos a partir de las referencias empleadas por los jóvenes en las repuestas dadas al TST.

Respecto a la capacidad predictiva de los modelos, se observan algunas diferencias entre unos y otros. De acuerdo a los resultados de las regresiones logísticas, que aparecen en las tablas 26 y 27, los predictores seleccionados explican entre un 5% y un 7% de la variación en la variables dependientes identidad nacional, amigos y familia; entre un 8 % y un 10% de los grupos secundarios, los referentes políticos y los afectivos y en torno a un 15% del anclaje social, el ocio y la identidad religiosa.

Lo primero que llama la atención la atención es que, en la mayoría de los casos ni los estudios de los padres ni su situación laboral parecen estar relacionados, en términos estadísticos, con la probabilidad de mención de los distintos tipos de referencias, La única excepción que se encuentra es tener un padre que solo cuenta con estudios básicos, en cuyo caso, se reduce las posibilidad de aparición de referentes familiares en un 8,3% y aumentan las afectivas –matrimoniales, de la pareja o la orientación sexual- en un 9,22%.

**Tabla 26. Resultados de la regresión logit con los indicadores de referencias (I)**

Variables	ANCLAJE SOC,		FAMILIA		AMISTAD		SECUNDARIOS		OCIO	
	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%
Sexo			<b>,381**</b> (,131)	<b>9,42</b>	<b>,432**</b> (,129)	<b>10,67</b>	<b>-,679***</b> (,149)	<b>-16,43</b>	<b>-,344*</b> (,155)	<b>-8,52</b>
Castilla	<b>1,94***</b> (,212)	<b>44,41</b>					<b>,876***</b> (,168)	<b>21,49</b>	<b>2,07***</b> (,247)	<b>46,74</b>
Catalán	<b>,409*</b> (,199)	<b>10,18</b>	<b>-,283*</b> (,154)	<b>-7,07</b>	<b>-,67***</b> (,136)	<b>-16,6</b>			<b>,566**</b> (,192)	<b>14,04</b>
Vasco	<b>1,22***</b> (,238)	<b>30,12</b>	<b>,518**</b> (,187)	<b>12,91</b>			<b>,800***</b> (,199)	<b>19,89</b>	<b>1,18***</b> (,243)	<b>29,17</b>
Centro privado	<b>,470**</b> (,160)	<b>11,69</b>	<b>,443**</b> (,150)	<b>11,02</b>						
Practicante										
No creyente			<b>-,375**</b> (,137)	<b>-9,32</b>	<b>-,52***</b> (,129)	<b>-12,86</b>	<b>-,354*</b> (,155)	<b>-8,79</b>	<b>-,454**</b> (,159)	<b>-11,26</b>
PP										
PSOE			<b>-,345*</b> (,176)	<b>-8,5</b>						
IU										
Nacion. dcha.										
Nacion. izq.									<b>,648*</b> (,296)	<b>16,18</b>
Otro			<b>-,747*</b> (,316)	<b>-18,67</b>						
Blanco										
Básicos ma			<b>-,333*</b> (,161)	<b>-8,31</b>						
Secundarios ma										
Básicos pa										
Secundarios pa										
Madre no ocup.										
Padre no ocup.										
Constante	<b>-1,24***</b> ,194		<b>-,594***</b> (,153)		<b>,778***</b> (,114)		<b>-1,214***</b> (,149)		<b>,693***</b> (,176)	<b>-8,52</b>
R2	<b>,148</b>		<b>,071</b>		<b>,065</b>		<b>,085</b>		<b>,146</b>	

Fuente: Elaboración propia

\*Sig. ,05, \*\* Sig. ,01 \*\*\*Sig. ,000

Base: Hombre catalán o vasco, que responde en castellano al TST, que asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que vota nulo, no vota o no sabe no contesta

La situación opuesta a la descrita es la de responder en vasco al cuestionario, que aparece como variable estadísticamente significativa para la probabilidad de mención de prácticamente todas las categorías y con una relación positiva. En concreto, provoca el incremento de probabilidad del anclaje social (30,1%), de los referentes familiares (12,9%), de los grupos secundarios (18,9%), el ocio (29,1%), la identidad nacional (14,7%), el género (26,3%), los referentes afectivos (11,9%) y los políticos un (18,3). La única excepción es la de los referentes de la identidad religiosa, cuya probabilidad de mención disminuye en un 48% cuando el que responde al cuestionario lo hace en vasco. Esto va de la mano con el hecho de que precisamente sean estos adolescentes los que se expresan en términos más colectivos, como se mencionó más arriba, y sugieren una identidad social con un fuerte componente comunitario y de relación con los otros en comparación con las otras comunidades autónomas, incluso con estudiantes del País Vasco que respondieron en castellano.

Otra variable que resulta significativa en casi todas las regresiones, es la de la postura con respecto a la religión, Además, la opción de ser practicante aparece por primera vez como tal, favoreciendo la mención de la identidad nacional (12,3%) y de los referentes religiosos (43,1%). Por su parte, ser ateo, en comparación con ser creyente no practicante, está positivamente relacionado con la probabilidad de proferir referencias religiosa (29,5%) y negativamente con las de las familiares (9,32%), los amigos (12,8%), los grupos secundarios (8,8%) y las menciones al ocio (11,26).

En este punto conviene destacar datos especialmente relevantes para la discusión sobre el cumplimiento de las hipótesis y que serán comentados con mayor detalle más adelante. En primer lugar, se constata que situarse en los polos extremos del posicionamiento religioso supone realizar un ejercicio de opción personal que, como se ha visto, se refleja en el contenido de las identidad social. De ahí que la identificación religiosa esté presente en las autodefiniciones de los practicantes como de los ateos. Aunque lo más seguro es que lo que expresan respecto a estos mismos sea muy diferente.

La segunda de las observaciones que se quiere destacar es que en los jóvenes analizados existe una vinculación entre identificación nacional y la postura religiosa, lo que puede verse como una evidencia de la tradicional asociación entre política y religión. Además, los ateos muestran una mayor desvinculación de los elementos colectivos de la identidad por lo que podría deducirse que el hecho de ser creyente –sea practicante o no- tiene el efecto de predisponer a la identificación grupal o categorial.

Tabla 27. Resultados de la regresión *logit* con los indicadores de referencias (II)

Variables	ID NACIONAL		GÉNERO		AFECTIVA		RELIGIOSA		POLÍTICA	
	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%	B (E,T,)	%
Sexo										
Castilla			,305* (,148)	7,60						
Catalán					-1,36*** (,207)	-32,56	,82** (,243)	20,17		
Vasco	,588** (,185)	14,67	1,06*** (,190)	26,31	,476* (,192)	11,87	-1,99** (,737)	-48,07	,736** (,259)	18,30
Centro privado			,632*** (,147)	15,64	,566** (,171)	14,02				
Practicante	,502* (,233)	12,53					1,74*** (,325)	43,16		
No creyente							,817** (,273)	19,83	,506* ,204	12,50
PP	,642** (,219)	16,03								
PSOE			-,524** (,168)	-12,66						
IU									1,054* (,447)	26,36
Nacion. dcha.							,999* (,392)	24,95		
Nacion. izq.	,824*** (,236)	20,58							,803** (,299)	20,06
Otro										
Blanco										
Básicos ma										
Secundarios ma										
Básicos pa					,369* (,174)	9,22				
Secundarios pa										
Madre no ocup.										
Padre no ocup.										
Constante	-1,65*** (,101)		-,611*** (,127)		-1,22*** (,135)		-3,34*** (,249)		-2,66*** (,223)	
R2	,05		,073		,105		,151		,081	

Fuente: Elaboración propia

\*Sig. ,05, \*\* Sig. ,01 \*\*\*Sig. ,000

Base: Hombre catalán o vasco, que responde en castellano al TST, que asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que vota nulo, no vota o no sabe no contesta

El último aspecto a considerar con respecto a los referentes sociales es la influencia de la intención de voto. En las tablas 26 y 27 se puede observar una diferente incidencia de la variable de acuerdo a las distintas opciones. El voto por el Partido Popular solo resulta significativo para la probabilidad de mención de referentes nacionales, que resulta incrementada en un 16%. Otras preferencias electorales que aparecen significativas son votar a Izquierda Unida, que incrementa la probabilidad de aparición de referentes políticos (26,4%) y votar a partidos minoritarios que reduce la

mención de la familia (18,7%). La opción política que influye en más categorías es la del nacionalismo de izquierda, que se relaciona positivamente en el ocio (16,1%), la identidad nacional (20,6%) y las referencias políticas e ideológicas (20%), Curiosamente, cuando se trata del nacionalismo de derecha esta variable no presenta una relación significativa ni con los referentes nacionales, ni con los políticos, aunque sí aumenta la probabilidad de referirse a menciones religiosas en un 25%,

De todo lo mencionado en relación al voto cabe subrayar algunas apreciaciones. Se da una asociación significativa entre la opción por el PP o por los partidos nacionalistas y la predisposición a mencionar la identidad nacional como parte de la identidad nacional. Pero lo lógico es pensar que el concepto de nación tiene en ambas posturas un contenido diferente, relacionado seguramente con la idea de España y en el otro con la soberanía de las regiones catalana y vasca. No obstante, conviene matizar que esa asociación se da solo con el nacionalismo de izquierda lo que puede deberse a que las posturas de izquierda, en general, estén más politizadas o más interiorizadas por parte de los adolescentes. Una prueba de ello es que la otra variable que influye en la mención de referentes ideológicos o políticos, incrementando la probabilidad de mencionarlos, es votar por Izquierda Unida.

Además, si antes se ha señalado que los practicantes tienen más posibilidades de referirse a la identidad nacional; ahora se observa que, complementariamente, son los nacionalistas de derecha los que muestran una tendencia a autodefinirse con términos religiosos. De nuevo encontramos pruebas de la vinculación entre política – nacionalismo– y religiosidad.

Al igual que se ha hecho con otras categorías, resulta interesante valorar en cada indicador de referencias cuáles son las variables que más influyen, En la tabla 26 se observa que se incrementa la probabilidad de aparición del anclaje social cuando la persona responde en vasco (30,1%) y especialmente cuando reside en Castilla y León (44,4%). Con respecto a las demás, en la categoría familiar lo que más influye es responder en vasco (13%) y votar por partidos minoritarios (disminuye un 18,7%); hay una menor mención cuando se trata de jóvenes catalanes (16,6%) y no creyentes (12,7%); se da un incremento de la probabilidad de mencionar a grupos secundarios si residen en Castilla y León (21,5%) o responden en vasco (19,9%) y también de los referentes del ocio que es más probable que aparezca si residen en Castilla y León (46,7%) o si se optaría por votar al nacionalismo de izquierda (16,1%)

Otros de los indicadores analizados han sido el género, las relaciones afectivas, y la identificación religiosa. En la tabla 27 puede comprobarse que es más probable que el género sea mencionado por los jóvenes que se definen en vasco (26,3%) o que asisten a centros educativos de titularidad privada (15,6%). La mención de referencias afectivas está relacionada con utilizar el catalán para responder al cuestionario TST, que reduce la probabilidad de mencionarlas en un 32,6%; así como con ser estudiante de centros concertados que la incrementa un 14%. Respecto a los referentes religiosos, su mención es menos probable entre quienes se expresan sobre sí mismos en vasco (48% menos) y más probable entre lo que se declaran creyente practicante (43,1%),

Teniendo en cuenta todos estos datos se evidencia que las variables que más peso tienen en la aparición de las referencias analizadas son las relacionadas con la cuestión regional y nacionalista, ya sean residir en una u otra comunidad autónoma, haber escogido el idioma cooficial para responder al TST o tener una determinada orientación política.

#### **6.3.4 Análisis de la relación entre los perfiles de respuesta al cuestionario TST y los factores explicativos**

Este último apartado aborda el efecto que tienen las variables independientes consideradas en los diferentes perfiles de identidad, es decir, en el hecho de pertenecer a uno u otro de los grupos constituidos en el análisis de conglomerados. En lo que respecta a la técnica de análisis, en este caso se utilizó también la regresión logística, porque lo que interesa es conocer como esos factores condicionan la probabilidad de tener una identidad social configurada de acuerdo a uno y otro de los perfiles obtenidos. En concreto, se analizan por un lado los perfiles de acuerdo al sentido de las respuestas, que son el actitudinal, el mixto, el de pocas enunciados y el actitudinal –tabla 28–; y por el otro, los de referencias que incluyen el de genéricas, el de pocas referencias, el de activas y el de biosociales –tabla 29–.

Partiendo del sentido de las respuestas, los resultados del  $R^2$  para cada conglomerado muestra que los modelos presentan una capacidad predictiva baja para el caso de los grupos consensual y mixto, ya que solo logra explicar respectivamente un 4,9% y un 2,3% de la variación en la probabilidad de pertenecer a dichos perfiles. En el caso de actitudinal y el de pocas respuestas esos porcentajes son considerablemente más elevados, alcanzando un 16,3% en las primeras y un 18,7% en las segundas.



Si se tiene en cuenta la tabla 28, se puede apreciar que el sexo es relevante en la probabilidad de pertenencia a todos los perfiles identitarios. Así, si el alumno es mujer hay un 24,5% más de probabilidad de que pertenezca al grupo de actitudinales y se reduce la de hacerlo al de consensuales un 21%, al mixto un 6,9% y al de pocas referencias un 20,3%. Una visión más general de la influencia de las variables permite constatar que es la única variable que aparece como significativa en todos los modelos siendo, además, la primera o la segunda en orden de mayor a menos influencia en la probabilidad de pertenencia a cada perfil.

Otros dos factores significativos, al menos respecto a la pertenencia a los dos últimos conglomerados, es ser alumno de Castilla y León y responder al TST en catalán. En ambos casos se reduce la probabilidad de mencionar pocas respuestas a la pregunta (un 56% la primera variable y un 20% la segunda) y se aumenta las de pertenecer al actitudinal, (en ambos casos cerca del 12%). Como sucedió en alguno de los análisis anteriores, estos dos tipos de jóvenes, castellanoleoneses y catalanes que se definen en el idioma cooficial comparten perfiles similares de identidad en cuanto al sentido de los enunciados referidos a uno mismo.

Por otra parte, la religión tiene un efecto más bien limitado en este sentido ya que tan solo el hecho de declararse ateo afecta significativamente a la posibilidad de tener uno u otro perfil de sentido de la identidad. En concreto, reduce casi un 7% el del grupo mixto y aumenta un 11,23 el de pocos enunciados.

En lo que se refiere a las preferencias políticas, la opción por partidos mayoritarios, el PP y el PSOE, está relacionada con definirse casi íntegramente por enunciados actitudinales de manera que en ambos casos el incremento de probabilidad está en torno al 12%. Las otras elecciones que influyen son el nacionalismo de derecha que favorece tener un perfil mixto (16%), el nacionalismo de izquierda, que hace más probable la autodefinición en términos mayoritariamente consensuales (19%) y votar en blanco que predispone a tener un perfil actitudinal (17,3%).

Al igual que sucedió algunos de los anteriores análisis, los estudios y el trabajo de los padres no muestran ser variables que tengan incidencia en el tipo de respuestas con que expresar el contenido de la identidad social. La única salvedad es que el padre tenga estudios secundarios que reduce la probabilidad de tener un perfil mixto (7,22%) y aumenta las de actitudinales (8,8%).

Tabla 28. Resultados de la regresión *logit* con los conglomerados de sentido

Independientes	GRUPO CONSENSUAL		GRUPO MIXTO		GRUPO POCOS		GRUPO ACTITUDINAL	
	<i>B</i> ( <i>E,T.</i> )	%	<i>B</i> ( <i>E,T.</i> )	%	<i>B</i> ( <i>E,T.</i> )	%	<i>B</i> ( <i>E,T.</i> )	%
Sexo	<b>-,89***</b> (,215)	<b>-21,04</b>	<b>-,278*</b> (,129)	<b>-6,91</b>	<b>-,86***</b> (,181)	<b>-20,35</b>	<b>1,06***</b> (,135)	<b>24,49</b>
Castilla					<b>-2,64***</b> (,359)	<b>-55,98</b>	<b>1,02***</b> ,167	<b>24,87</b>
Catalán					<b>-,813***</b> (,196)	<b>-19,98</b>	<b>,624***</b> (,163)	<b>15,44</b>
Vasco								
Centro privado								
Practicante								
No creyente			<b>-,275*</b> (,132)	<b>-6,86</b>	<b>,453*</b> (,18)	<b>11,23</b>		
PP							<b>,511*</b> ,210	<b>12,77</b>
PSOE							<b>,504**</b> (,169)	<b>12,20</b>
IU								
Nacion. dcha.			<b>,653*</b> (,285)	<b>16,32</b>				
Nacion. izq.	<b>,765**</b> (,287)	<b>19,09</b>						
Otro								
Blanco							<b>,692**</b> (,255)	<b>17,29</b>
Básicos ma								
Secundarios ma								
Básicos pa								
Secundarios pa			<b>-,289*</b> (,141)	<b>-7,22</b>			<b>,352*</b> (,141)	<b>8,76</b>
Madre no ocup.								
Padre no ocup.								
Constante	<b>-1,92***</b> (,136)		<b>-,373**</b> (,118)		<b>-,828***</b> (,164)		<b>-1,78***</b> (,157)	
R <sup>2</sup>	<b>,049</b>		<b>,023</b>		<b>,187</b>		<b>,163</b>	

Fuente: Elaboración propia

\*Sig. ,05 \*\* Sig. ,01 \*\*\*Sig. ,000

Base: Hombre catalán o vasco, que responde en castellano al TST, que asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que vota nulo, no vota o no sabe no contesta

El otro interrogante que se plantea es cuáles son los predictores que tienen mayor incidencia en la posibilidad de responder con uno y otro perfil al TST. Partiendo por los consensuales, aparecen solo dos, el voto nacionalista de izquierda y el sexo como significativos con incrementos cercano al 20%. Para el grupo de quienes respondieron con la proporción más equilibrada de consensuales y actitudinales, la variable de mayor incidencia es el nacionalismo de derecha (incremento del 16,3%). En el tercero de los conglomerados analizados, que es el de jóvenes que profirieron pocos enunciados puede comprobarse que la variable más influyente es residir en Castilla y

León (reducción del 56%). Es decir, los alumnos castellanoleonese tienen identidades sociales más elaboradas en tanto que es poco probable encontrarlos en el grupo de quienes tienen una media baja de repuestas a la pregunta «quién soy yo». En el cuarto y último de los grupos señalados se da el mayor número de predictores significativos destacando ser mujer y ser alumno castellano que producen incremento de la probabilidad de pertenencia cercano al 25%:

**Tabla 29. Resultados de la regresión *logit* con los conglomerados de referencias**

Independientes	GRUPO GENÉRICAS		GRUPO POCAS REFERENCIAS		GRUPO ACTIVAS		GRUPO BIOSOCIALES	
	<i>B</i> ( <i>E,T</i> )	%	<i>B</i> ( <i>E,T</i> )	%	<i>B</i> ( <i>E,T</i> )	%	<i>B</i> ( <i>E,T</i> )	%
Sexo			<b>,273*</b> (,129)	<b>6,79</b>	<b>-,338*</b> (,145)	<b>-8,38</b>		
Castilla	<b>-,909**</b> (,275)	<b>-22,27</b>	<b>-1,853***</b> (,216)	<b>-42,67</b>	<b>2,327***</b> (,261)	<b>51,18</b>		
Catalán			<b>-,497*</b> (,202)	<b>-12,35</b>	<b>,647*</b> ,277	<b>16</b>		
Vasco			<b>-1,396***</b> (,244)	<b>-34,31</b>	<b>1,321***</b> ,281	<b>32,53</b>		
Centro privado	<b>,958***</b> (,206)	<b>23,4</b>	<b>-,875***</b> (,165)	<b>-21,44</b>				
Practicante								
No creyente								
PP								
PSOE								
IU								
Nacion. dcha.								
Nacion. Izq.								
Otro								
Blanco								
Básicos ma								
Secundarios ma								
Básicos pa								
Secundarios pa	<b>,447*</b> (,212)	<b>11,12</b>						
Madre no ocup.								
Padre no ocup.								
Constante	<b>-2,53***</b> (,177)		<b>1,373</b> (,216)		<b>-1,976</b> (,246)		<b>-3,059</b> (,525)	
R2	<b>,076</b>		<b>,141</b>		<b>,199</b>			

Fuente: Elaboración propia

\*Sig. ,05, \*\* Sig. ,01 \*\*\*Sig. ,000

Base: Hombre catalán o vasco, que responde en castellano al TST, que asiste a un centro público, no creyente, con padres universitarios y ocupados, que vota nulo, no vota o no sabe no contesta

Además de los resultados aportados, cabe incluir también los referidos a los conglomerados de referentes que se mencionan en las respuestas al TST –tabla 29–. Al

analizar la influencia de las variables independientes en la probabilidad de pertenecer a dichos grupos, dos datos llaman especialmente la atención a primera vista, Uno es que en el de biosociales no hay un solo predictor que haya resultado significativo y el otro que en ninguno de los modelos se observa una influencia de la situación educativa y laboral de los padres, salvo en el caso de tener un padre con estudios secundarios que incrementa la probabilidad de tener un perfil de identidad genérico (11,1%). Este último resultado es similar al de las regresiones realizadas previamente con los conglomerados de las categorías de sentido en los que se evidencia la escasa o nula influencia del nivel educativo y la situación laboral de los progenitores en la configuración del perfil identitario.

En contraposición, en el caso del grupo con pocas referencias y el de predominio de activas la capacidad predictiva del modelo es bastante más elevada en comparación con los otros conglomerados. En el caso de las primeras, el conjunto de variables independientes explica un 14% de la variación de la dependiente; y en el de las segundas, un 20%.

Dentro de las variables incluidas cabe destacar que ser estudiante en Castilla y León aparece como significativa en los tres modelos que pueden ser explicados, provocando un incremento del 51% de la probabilidad de pertenencia al grupo de las activas y una reducción en la de genéricas del 22,3% y en la de pocas menciones del 42,7%,

Tanto responder en catalán como en vasco están negativamente asociados con la segunda clasificación, la de pocas referencias (reducción de la probabilidad del 12,3% y 34,3%, respectivamente), y positivamente con la tercera (incremento del 16% y del 32,5%), la de activas.

Por otra parte, ser mujer supone tener más posibilidades manifestar una definición de uno mismo según el perfil de de los que mencionan pocos referentes (aumenta un 6,8%) y menos del perfil en que predominan las activas (disminuye un 8,4%),

Un último dato que cabe destacar es que ser alumno de un centro educativo de titularidad privada hace más probable la inclusión en el grupo de genéricas (23,4%) y menos en el de pocas referencias (21,4%).

# **CONCLUSIONES**

---



## **7 La identidad social de los jóvenes**

Las conclusiones que se presentan a continuación contemplan una valoración sobre el cumplimiento de los objetivos e hipótesis propuestas; una revisión de algunos aspectos teóricos relacionados con el objeto y el sujeto de estudio, la identidad social y los jóvenes, respectivamente; además de algunas observaciones acerca de la metodología planteada. Finalmente se ofrece, a modo de consideraciones finales, una reflexión global sobre los resultados obtenidos y algunas consideraciones que van más allá de las hipótesis de partida.

Aún reconociendo que algunos de los argumentos y explicaciones que se van a ofrecer requieren posteriores investigaciones, lo que se pretende es dar pie a la reflexión acerca de algunas ideas y presupuestos expuestos en la primera parte del trabajo, así como arrojar luz sobre cómo la juventud española está dando respuesta a una de las preguntas básicas que un ser humano puede plantearse como es «quién soy yo».

### **7.1 Revisión de los objetivos y las hipótesis de la investigación**

Si se toman en cuenta los objetivos de la investigación (tabla 30), los análisis estadísticos planteados han permitido detallar cómo es la configuración de la identidad social de los jóvenes, al tiempo que se caracterizaban los diferentes tipos de perfil en función de la prevalencia de unos u otros tipos de categorías y referentes en sus autodefiniciones (objetivos 1 y 2).

Además, a partir la revisión teórica se han propuesto algunos condicionantes de la forma en que los jóvenes se ven a sí mismos y se ha estudiado su influencia en el tipo de autodefiniciones que formulan y los referentes que están presentes en las mismas. En concreto, se han seleccionado el sexo, el perfil de los progenitores –ocupación y formación–, el tipo de centro educativo y elementos de la identidad nacional–comunidad autónoma periférica, idioma elegido para responder al TST—; así como las posturas políticas y religiosas con las que se autodefinen. De esta manera, con los análisis de regresión se han abordado, de manera transversal, hipótesis relacionadas con los objetivos 3 y 4.

**Tabla 30. Objetivo general y objetivos específicos**

<b>OBJETIVO GENERAL</b>
Analizar la identidad social de adolescentes españoles a principios del siglo XXI a partir de la incidencia de algunos factores sociodemográficos en el contenido de la definición que hacen de sí mismos
<b>OBJETIVOS ESPECÍFICOS</b>
<ol style="list-style-type: none"><li>1. Describir cómo se configura la identidad social de los adolescentes de acuerdo a las definiciones que utilizan para referirse a sí mismos.</li><li>2. Caracterizar los diferentes perfiles que aglutinan a los jóvenes de acuerdo a esas autodefiniciones.</li><li>3. Explicar la influencia de determinados factores sociodemográficos y del contexto socioeducativo familiar en la configuración de su identidad.</li><li>4. Analizar el grado de persistencia de los referentes tradicionales de la identidad – nación, ideología, religión, estudios, etc.– en la identidad de los jóvenes actuales.</li><li>5. Analizar en qué medida han incorporado elementos característicos de una biografía personal individualizada – estilo de vida, rasgos personales, estética, ocio, etc.– a las definiciones que hacen de sí mismos.</li><li>6. Investigar la posible incidencia de rasgos del contexto sociocultural actual –nuevas tecnologías, música, ídolos mediáticos– en la configuración de la identidad social.</li></ol>

También se ha analizado el grado de subjetivización de la identidad social, que sería uno de los signos de una biografía más individualizada o idiosincrática (objetivo 5). Como se verá más adelante, este ha sido resultado del contraste de la primera de las hipótesis de la investigación.

Asimismo, se ha indagado en la emergencia de nuevas categorías y referentes como parte del contenido de las autodefiniciones de los jóvenes fruto de la profunda transformación de las tendencias culturales y sociales que están experimentando las sociedades occidentales en los últimos cincuenta años –desarrollo de las nuevas tecnologías, los medios de comunicación, facilidades de movilidad de las personas, etc.–. Estos factores favorecen el mestizaje de sentidos, culturas y cosmovisiones; contribuyen al incremento y la diversificación de las relaciones interpersonales y comunitarias y, en definitiva, favorecen la proliferación y expansión de todo tipo de influencias identitarias más allá de los del contextos de origen. Todos estos cambios y procesos tienen su reflejo en el contenido y los significados con los que los jóvenes dan sentido a la pregunta «quién soy». La codificación de los enunciados del TST evidenció una manifestación o consecuencia de esas tendencias, como es la



aparición de nuevas categorías de sentido y referentes que no se ajustaban a la clasificación previa. Esos nuevos códigos, que incluyen las identidades mediáticas, las actividades, las posesiones y la orientación sexual están en línea con las transformaciones características del contexto sociocultural actual de expresión de la identidad (objetivo 6).

Tras los análisis se revisó el cumplimiento de las hipótesis de investigación propuestas que, como se puede comprobar en la tabla 31, fueron aceptadas casi todas menos las referidas al entorno socioeducativo. La mayoría de las confirmadas lo hacen solo parcialmente, porque sus formulaciones incluían tanto proposiciones referidas al sentido de las respuestas como proposiciones sobre las referencias sociales, siendo lo más frecuente que se cumplan en uno u otro aspecto, pero no en los dos. La excepción serán las hipótesis sobre los perfiles identitarios y las referidas a la influencia del sexo en las que confirman todas las proposiciones que aseveran.

Lo dicho pone de relieve la importancia de utilizar dos sistemas de clasificación de las respuestas al cuestionario TST, puesto que, si bien algunas categorías de una y otra tienden a estar relacionadas<sup>34</sup>, los datos han sugerido que no siempre es así. Por tanto, se trata de dos aspectos diferenciados de la expresión identitaria que ofrecen información complementaria acerca de la misma.

---

<sup>34</sup> Por ejemplo, es frecuente que las referencias a la familia y los amigos aparezcan en los enunciados categorizados como autoevaluaciones sociales.

**Tabla 31. Resumen de las hipótesis y conclusiones sobre su cumplimiento**

<b>HIPÓTESIS DESCRIPTIVAS</b>	
1. Es esperable que entre los adolescentes predominen las autodefiniciones actitudinales y referencias asociadas a la idiosincrasia personal y al estilo de vida; en mayor medida que las autodefiniciones consensuales y las referencias a identificaciones colectivas y sociales.	Se cumple parcialmente
2. Los adolescentes presentarán diferentes patrones de autodefinición	Se cumple
3. Aquellos aspectos de la vida e identificaciones que los adolescentes consideran más importantes aparecerán con mayor relevancia y frecuencia en sus definiciones personales.	Se cumple parcialmente
<b>HIPÓTESIS EXPLICATIVAS</b>	
4. El sexo influye en la forma en que las personas se definen a sí mismas tanto en relación al tipo categorías grupales con las que se identifican, como en al sentido de sus autodefiniciones 4.1. En sus autodefiniciones, las mujeres jóvenes se referirán más a sus relaciones próximas que los varones quienes, por su parte, emplearán en mayor medida que ellas categorías colectivas más amplias para definirse a sí mismos. 4.2. Las mujeres, en mayor medida que los hombres, se definirán a partir de enunciados actitudinales y se identificarán más con su género que ellos.	Se cumplen todas
5. Los adolescentes que asisten a institutos públicos, tienen unos padres con un bajo nivel educativo o se encuentran desocupados se definirán con mayor probabilidad en términos de categorías y roles sociales que aquellos cuyos progenitores poseen estudios superiores, están desempeñando un trabajo remunerado y asisten a centros privados y concertados lo harán en términos más actitudinales..	Se rechaza
6. Residir en el País Vasco y Cataluña, tener una intención del voto por partidos nacionalistas o preferir el idioma cooficial para hablar de uno mismo son factores que favorecerán una expresión de la identidad en términos consensuales, con referentes territoriales y con un mayor anclaje social.	Se cumple parcialmente
7. Los creyentes practicantes son más propensos a definirse a partir de categorías y grupos y a mencionar los referentes religiosos como parte de su identidad social que aquellos que no los son. Los ateos o no practicantes se mostrarán más proclives a emplear autodefiniciones de contenido subjetivo y menos a mencionar referentes de tipo grupal o colectivo, en especial religiosos.	Se cumple parcialmente

### 7.1.1 Subjetivización de la identidad

Al desarrollar y analizar el cuestionario TST, Kuhn y colaboradores asumieron que las personas se definían fundamental y prioritariamente con enunciados de tipo consensual (Kuhn y McPartland, 1954; McPartland, 1971) porque desde su visión del *self* los aspectos clave del mismo son los roles y estatus que ocupa el individuo en la sociedad y que son la clave para comprender el comportamiento humano. No obstante, estudios posteriores utilizando el mismo instrumento de medida (Grace y Cramer, 2002; Escobar, 1987; Madson y Trafimow, 2001) apuntaron a una mayor subjetivización de la identidad, dado el predominio observado de respuestas actitudinales (subconsensuales o *idiocéntricas*) en detrimento de enunciados consensuales (colectivos o públicos). Entre las principales causas de este fenómeno está la pérdida de relevancia de los pilares que tradicionalmente daban sustento al sentido del «yo», tales como la ideología, la clase social, la religión, la familia, la nación o el trabajo.

A partir de los resultados obtenidos, se ha comprobado que también en el caso de los jóvenes de la muestra aparecen con mayor frecuencia las repuestas con sentido actitudinal; pero al mismo tiempo, hay algunos indicios que cuestionan la idea de erosión del componente colectivo de las identidades de los sujetos (Bauman y Vecchi, 2005; Berger P., Berger, B. y Kellner, 1979; Fromm, 1971; Gergen, 1992, entre otros). Uno de ellos es que los enunciados actitudinales muestran un menor índice de relevancia<sup>35</sup> que los consensuales. Esto significa que, pese a que su frecuencia es considerablemente superior, no suelen aparecer de forma tan espontánea como parte de las respuestas a la pregunta «quién soy yo». Otro dato en esta línea es que, tras las autoevaluaciones de carácter, las autoevaluaciones sociales y las categorías colectivas son las subcategorías más numerosas; y, además, presentan los índices de relevancia más elevados. Por tanto, si bien los jóvenes están claramente enfocados en los rasgos más particulares que les definen, hay un importante componente social en la percepción de quiénes son.

La individualización de la identidad también puede evaluarse en función del tipo de referentes predominantes. Dejando de lado las definiciones universales, los que aparecen con mayor frecuencia son el ocio, el género, los amigos y los estudios. Si además se tiene en cuenta el orden de aparición, destacan la edad –que curiosamente

---

<sup>35</sup> Como se explicó en el apartado de metodología, este índice se calcula ponderando el orden de aparición de la categoría en el listado de 20 líneas de respuestas en función de la frecuencia con que se menciona.

muestra pocas menciones–, el nombre, el género, la identidad local, los estudios y las características físicas. Esto tiene dos implicaciones respecto a las hipótesis propuestas.

En primer lugar, algunas identidades sociales tradicionales como lo son la clase social, la religión o la política han perdido peso como referentes en las respuestas del TST. Como excepción, se ha constatado que las identificaciones territoriales y las familiares, pese a mantener una frecuencia más bien baja en comparación con el resto de categorías, muestran índices de relevancia superiores a las de muchos otros códigos.

En segundo lugar, algunas de las referencias que aparecen como relevantes se corresponden con las que Revilla (2003) considera como anclajes de la identidad actual como son el cuerpo (características físicas), el nombre y las interacciones más cercanas (familia, grupos de iguales). Estos son precisamente el sustento para elaborar una narración de sí mismos y llevar a cabo el ejercicio de reflexividad que le permite reconocerse como la misma persona a pesar de los numerosos eventos que tienen lugar en su trayectoria vital.

Con respecto a la elevada frecuencia de las actividades complementarias, esto no implica necesariamente que los jóvenes se vuelquen en los aspectos más hedonistas de su vida, como podría argumentarse de entrada. Al igual que sucede en el caso de las preferencias, se trata de una categoría que ha mostrado una puntuación más baja de lo que cabría esperarse dado el gran número de enunciados en los que aparece. Una posible interpretación es que se trate de identificaciones que expresan el estilo de vida y cumplen la función de reducir la complejidad de las sociedades occidentales (Gleizer, 1997); pero esto no significa que se antepongan a otras identificaciones más sociales o colectivas ni que tengan la centralidad que podría presuponerse.

Cabe citar un último indicador de la evolución hacia la prevalencia de las identificaciones más individualizadas que es la aparición de nuevos referentes como la orientación sexual o la identidad que se ha denominado «mediática» que, pese a presentar bajas frecuencias de aparición, pueden ser interpretados como signos de la influencia del entorno sociocultural más amplio en la configuración identitaria. Aún estaría por ver si se trata de un fenómeno asociado a la etapa vital o si este hecho refleja un cambio social de mayor calado.

Como conclusión de lo mencionado, se acepta parcialmente el cumplimiento de la primera hipótesis, puesto que al tiempo que la identidad social presenta un patrón de sentido predominantemente actitudinal; también tienen mucha relevancia para los

jóvenes algunas categorías y referentes sociales de identificación, aunque no sean necesariamente los heredados de la modernidad.

### **7.1.2 Perfiles identitarios**

En los estudios sociológicos más recientes de la juventud se ha insistido en la necesidad de abordar esta población pensando más bien en jóvenes que en juventud, es decir, asumiendo que se trata de una condición asociada a un momento vital que presenta una pluralidad en cuanto a formas de vivirla. Como se vio en el capítulo 3 existen múltiples investigaciones mostrando que, aún cumpliéndose una tendencia generalizada a retrasar a la asunción de los hitos de la vida adulta, las personas afrontan esta transición con distintas estrategias y trayectorias que en gran parte depende de las situación familiar y social en el que se socializan. Así, se ha asumido la hipótesis de que también en el estudio de la identidad se encontrarían diferentes perfiles en función del tipo de identificaciones con los que se definen los adolescentes. El análisis de clasificación ha dado como resultado cuatro grupos diferenciados según el tipo de sentido de las respuestas al TST y otros cuatro en función de las referencias predominantes en sus autodefiniciones.

Pese a la mencionada tendencia a la subjetivización de las autodefiniciones, los análisis realizados han mostrado también que existe un conglomerado que aglutina a jóvenes que se refieren a sí mismos con un contenido más consensual que actitudinal. Además, se ha comprobado que existe una alta desviación típica en el número de menciones de esta última categoría, lo que permite inferir que, pese a que muchos jóvenes se definen con enunciados subconsensuales, hay otros que presentan muy pocas respuestas de este tipo.

Por lo tanto, ha sido pertinente realizar un análisis posterior para determinar las condiciones que favorecen la pertenencia a uno u otro perfil. A partir de los resultados de las regresiones se ha descubierto que una de las diferencias más llamativas es la marcada tendencia de las mujeres a formar parte de conglomerados con predominancia de respuestas actitudinales, mientras que es más probable encontrar a hombres encuadrados en el conglomerado consensual.

Otro descubrimiento notable es que el conjunto de variables utilizado tiene un mayor potencial predictivo para la pertenencia al grupo actitudinal que al consensual. De hecho, en este último, aparte del sexo, la única influencia es la del voto por el

nacionalismo de izquierda; mientras que para el de actitudinales se incrementa la pertenencia si se es alumno castellano, se escoge el catalán, se vota a partidos mayoritarios o se vota en blanco. Esto puede ser indicador de que el modelo de variables seleccionado funciona mejor para evaluar el componente idiosincrático que el social de las autodefiniciones de los jóvenes. Además, esto muestra algunos indicios que se comentan más adelante de la similitud entre castellanoleonese y quienes se autodefinen en catalán, además de la relación entre religión y nacionalismo.

Otro de los grupos que se encontraron en el análisis de conglomerados se caracteriza por situarse en un punto intermedio entre los anteriores, ya que entre sus integrantes predominan las respuestas actitudinales, pero también aparece un considerable número de consensuales. Entre sus principales características cabe destacar la paridad por sexo y por comunidad autónoma. Aún así, ser hombre implica más posibilidades para tener este perfil, lo mismo que ser votante del nacionalismo de derecha y creyente. Además, se trata del conglomerado que presenta unas características más parecidas a las del promedio del total de la muestra.

El último conglomerado obtenido es el de los que responden con pocos enunciados en el que se incluyen con mayor probabilidad hombres, vascos y no creyentes. En relación con el género, las diferencias se pueden explicar de acuerdo al proceso madurativo y la adquisición de la capacidad de expresarse sobre uno mismo, aspectos en los que, en promedio, las mujeres han mostrado ser más precoces. La religión presenta un patrón de influencia semejante en varios de los análisis realizados y es que o bien no afecta a las categorías de identidad o solo lo hace el hecho de no ser creyente. Por su parte, el efecto de la comunidad autónoma en algunas de las dimensiones analizadas ha resultado ser más parecida entre alumnos de Cataluña que se definen en catalán, y castellanos; frente a los vascos que son los que presentan una mayor probabilidad de expresar menos enunciados a la hora de definirse.

El otro conjunto de perfiles de identidad que se obtuvieron con el análisis de conglomerados se elaboró a partir del tipo de referencias predominantes en las respuestas al TST. El primer dato destacable es que la clasificación se hizo a partir de la elevada frecuencia de genéricas, de biosociales y de activas, a lo que se añade una tercera con un bajo nivel de referencias. Se da una coincidencia entre estos grupos y algunas de las subcategorías que aparecen con mayor frecuencia en los cuestionarios: la definición universal, el género y las características físicas, por un lado, y el estatus educativo y las actividades complementarias, por el otro. En este sentido, es curioso que

no haya perfiles de jóvenes en relación a los tipos de referencias sociales o colectivos. Esto indica que la mayor o menor frecuencia de estas no es un factor que genere diferencias entre los jóvenes en torno a determinados perfiles de referencias.

Otro de los resultados obtenidos ha sido que no se ha encontrado ni una sola relación significativa entre las variables independientes seleccionadas y el conglomerado de referencias biosociales (edad, género, nombres, características físicas). Una posible explicación tiene que ver con el tipo de referentes que incluye esta categoría puesto que están asociados a aspectos básicos del proceso de identificación que se adquieren en una etapa temprana y que resultan, en términos generales, poco susceptibles de poder ser modificados por la persona.

Con respecto a otras variables, resultó que los de mayor incidencia son la comunidad autónoma y el idioma regional. En este caso, y al contrario que en otros modelos, tanto ser castellano, como escoger el vasco y el catalán para responder al TST tienen una influencia similar en la pertenencia a los perfiles señalados predisponiendo a los jóvenes a estar en el grupo con más activas y reduciendo las posibilidades de mencionar pocos referentes. Por tanto, los vascos y catalanes que respondieron en castellano son los que tienen una predisposición que iría en sentido contrario al descrito. Esto pone de relieve la importancia de los elementos de la identificación nacional en las definiciones personales de los adolescentes españoles.

Por otra parte, al contrario de lo que sucedía con los conglomerados de sentido, ser mujer aumenta la probabilidad de mencionar pocas referencias y además es el único grupo donde hay una relación positiva entre ambas variables. Esto puede relacionarse con el hecho de que ellas sean más actitudinales cuando hablan de sí mismas y que sean menos propensas a percibirse en función de categorías, roles, identificaciones o estatus con contenido social o colectivo. Además es más probable que sean los hombres los que tengan un perfil con muchas activas, lo que se podría relacionar con una mayor proyección y participación de estos en esferas públicas de relación como son el ocio, el trabajo y el ámbito escolar.

En conclusión, existen suficientes argumentos para plantear que la identidad social es expresada por los jóvenes con perfiles muy diferentes respecto a las características de los jóvenes que los conforman. Consecuentemente, se acepta el cumplimiento de la hipótesis 2.

Aunque no pueden extrapolarse estos resultados al conjunto de jóvenes españoles, puesto que no implica que vayan a encontrarse los mismos perfiles, son una

llamada de atención sobre la necesidad de estudiar los fenómenos juveniles desde una perspectiva que, en lugar de centrarse en la definición de una juventud con rasgo generalizables, contemple la pluralidad de situaciones y experiencias que viven.

### **7.1.3 Aspectos más importantes de la vida e identificaciones prioritarias**

En las hipótesis descriptivas propuestas se ha planteado que es esperable que aquellos aspectos vitales que los adolescentes consideran como muy importantes y las identificaciones con las que se sienten más vinculados formarían parte de la expresión de su identidad social. Para contrastar esta idea, se han utilizado los datos arrojados por un par de estudios (INJUVE, 2008c; Tezanos, Villalón y Díaz, 2008), que contemplan este tipo de cuestiones, junto con los resultados de frecuencia y relevancia de las categorías en los cuestionarios TST analizados.

Previamente es importante destacar que no hay una correspondencia en todas las dimensiones consideradas puesto que los estudios mencionados planteaban a los sujetos una batería predeterminada de categorías para las que se pedía algún tipo de evaluación. Por el contrario, en el análisis que se hace con el TST son los propios sujetos quienes responden espontáneamente con unas u otras categorías y después se analiza la importancia que tienen para ellos según la frecuencia y la relevancia con que aparecen en sus autodefiniciones. Aunque lo dicho no es impedimento para poder contrastar los resultados, supone que algunos aspectos, en concreto la salud y el dinero, no pueden ser comentados porque no aparecieron en la codificación utilizada en esta investigación.

Un primer dato que llama la atención es que pese a que menos de la mitad de los jóvenes consideran los estudios como muy importantes, es una de las categorías que más mencionan cuando hablan de sí mismos y es la que tiende a aparecer en primer lugar en comparación con el resto de los ámbitos considerados. No obstante, conviene situar este resultado dentro del contexto en que fue aplicado el cuestionario que fue el de las aulas de los centros educativos lo que quizá pudo suponer una mayor accesibilidad a contenidos de la identidad relacionados con su rol como estudiante. En todo caso, esto requerirá otro tipo de análisis para poder asegurar que se trata de un efecto puntual del contexto puesto que, al fin y al cabo, para la mayoría de jóvenes españoles la principal ocupación en cuanto a horas de dedicación son los estudios.

Por otra parte, se ha señalado que los jóvenes actuales, a diferencia de otras épocas, priorizan los aspectos de la vida más hedonistas como el tiempo libre, la estética



y la sexualidad; así como sus vinculaciones afectivas –amigos y familia–; en detrimento de los referentes ideológicos y espirituales (Rodríguez, 2010). De hecho, cuando se le ha preguntado por los grupos con los que más se identifican, suelen seleccionar a las personas del mismo sexo y a las que comparten gustos y aficiones en primer lugar y, además, valoran como muy intenso el vínculo con ellas (Tezanos, Villalón y Díaz, 2008). En base a los datos obtenidos, esta percepción se cumple relativamente ya que la relevancia del ocio y de los referentes afectivo–sexuales es considerablemente más reducida de los que cabría esperarse teniendo en cuenta su elevada frecuencia –especialmente en el caso de las actividades complementarias–. Por tanto, aunque muchos jóvenes cuando hablan de sí mismos se refieren a aspectos de su tiempo libre y de sus relaciones afectivas, estos no son tan centrales porque solo aparecen cuando ya se han mencionado otras cuestiones vitales.

Dentro de las dimensiones analizadas, en las que se observa una mayor correspondencia entre los distintos estudios mencionados es en la centralidad la familia y los amigos no solo como un aspecto altamente valorado por ellos, sino también como referente fundamental de sus autodefiniciones. Respecto a la familia, es posible interpretarlo como una evidencia más de que esta institución no solo está «sobreviviendo» al proceso de desinstitucionalización, sino que se encuentra revitalizada en la experiencia de los sujetos (Barbeito, 2002). Además, estos datos cuestionan la idea de la adolescencia como etapa de especial conflictividad familiar<sup>36</sup> y refuerzan el papel de las relaciones de parentesco como ámbito de acceso a las identificaciones sociales básicas (Revilla, 1998).

Respecto a la valoración de la amistad, se han aportado evidencias de la importancia del papel de los iguales durante los años de socialización de la adolescencia. El grupo de amigos y compañeros no es solo un ámbito de aprendizaje de nuevas habilidades sociales o cognitivas (Cuenca, 2000; Moral, 2004; Sandtrock, 2004), una red de contención y afectos o un estímulo para su autonomía (Silvestre et al., 1995); o un espacio para dialéctica entre las identificaciones heredadas en la niñez y las nuevas que se les ofrecen en la socialización secundaria (González- Anleo, J. y González- Anleo J. M.; 2008; Jenkins, 2004; Moral, 2004; Revilla, 1998). Como se ha visto, la amistad en sí misma es incorporada como una de las referencias más relevantes para la definición de uno mismo. Es decir, la persona se piensa a sí misma no solo a través de

---

<sup>36</sup> En el capítulo 3 de este trabajo se revisaron los principales autores que han abordado la cuestión del conflicto intergeneracional y en el 4 se dedicó un apartado a las relaciones familiares.

las actitudes y la mirada de otros hacia sí, como si se tratara de un espejo (Cooley, 2005); sino también en función de lo que las relaciones suponen para su vida. Algo similar cabría decir para la familia, en tanto que ámbito de relaciones cercanas.

En contraposición con lo que se acaba señalar, la religión es un aspecto que apenas es mencionado por los jóvenes, lo que coincide con la escasa valoración que le han dado. No obstante, al valorar su relevancia, ya se comentó que esta resultó ser considerablemente elevada. Estos resultados coinciden con los encontrados en el estudio de Tezanos, Villalón y Díaz (2008) en el que pocos jóvenes se identificaron con quienes compartían su misma religión; pero quienes lo hacían, valoraban este vínculo como muy intenso. De la misma manera, los referentes religiosos, pese a mostrar ser escasos en el número de apariciones como parte de la identidad social, gozan de una elevada relevancia entre aquellos que los mencionan.

Una de las posibles explicaciones es que se trate de un tipo de referencia o rol que está asociado a un compromiso con vínculos sociales especialmente significativos o muy valorados por la persona (Stryker y Serpe, 1982). De ahí que pese a la baja incidencia de la religiosidad, las referencias a la misma tengan un considerable nivel de relevancia entendida, no solo como la probabilidad de que una identidad sea mencionada en diferentes situaciones sino además en función de la espontaneidad u orden de aparición con que se incorpora como parte de la autodefinición de la persona.

Salvando las diferencias entre los estudios revisados y la investigación desarrollada, se puede concluir que existe una cierta correspondencia entre las dimensiones vitales e identificaciones prioritarios de los jóvenes y los referentes más relevantes y frecuentes en sus autodefiniciones; con lo cual se considera que la hipótesis 3 se cumple –al menos en relación a los ítems que se han podido comparar–.

#### **7.1.4 Diferencias de género**

Una de las influencias que se ha analizado en la identidad de los sujetos de la muestra es la del sexo como variable «sujeto» (Fernández, 1996). Teniendo en cuenta otras investigaciones llevadas a cabo con el cuestionario TST, tradicionalmente las mujeres habían mostrado una mayor tendencia a la consensualidad y los hombres a la subconsensualidad (Kuhn y McPartland, 1954). No obstante, estudios más recientes muestran resultados contradictorios sobre el efecto del sexo en el tipo de identificación predominante; por lo que podría esperarse que esta variable no resultara significativa o

que tuviera un efecto distinto al que inicialmente se pensaba (Bond y Cheung, 1983). A lo que se suma el hecho de que los sujetos de estudio sean estudiantes de enseñanza secundaria, para los que Khun encontró que existía menor probabilidad de encontrar diferencias entre hombres y mujeres en comparación con los universitarios (Kuhn, 1960).

No obstante, ciertos aspectos del contexto sociocultural español llevaron a plantear la hipótesis en un sentido diferente, especialmente por efecto de la socialización de la generación de jóvenes y las transformaciones que han tenido lugar en materia de género. En España el discurso igualitario se encuentra cada vez más instaurado y desde la llegada de la democracia se han elaborado legislaciones y políticas orientadas a garantizar una mayor igualdad, a abordar el problema de la violencia de género o poner en marcha campañas de educación relacionadas con estas materias, por citar algunos ejemplos. A mayores, se da una creciente presencia femenina en el ámbito de la actividad remunerada y en todos los niveles del sistema educativo y las mujeres abandonan más tarde el sistema educativo en comparación los varones<sup>37</sup>.

A pesar de lo dicho, tal y como se vio en el capítulo 4, existen esferas donde se encuentra desigualdades por motivo de género, como la laboral (salariales, calidad del empleo, desempeño de cargos directivo, etc.) o la de las relaciones íntimas y familiares, fundamentalmente en la distribución de tareas y tiempos de dedicación al trabajo productivo y reproductivo. Este doble patrón de socialización, el institucional o formal, en el que pierden peso las identidades de género, y el de la realidad cotidiana o íntima en donde se persisten; justifican la expectativa de encontrar efectos en la definición personal en función del sexo. Además, los adolescentes son especialmente susceptibles a la influencia de los roles y las expectativas de género (Fernández, 1996; Fuertes, 1996) que, pese a la evolución han experimentado, siguen presentes en cierta medida en los procesos de socialización. (Silvestre, Solé, Pérez y Jodar, 1996)

Por tanto, teniendo en cuenta lo señalado, la hipótesis que se ha propuesto es que las mujeres jóvenes se mostraran más idiosincráticas en su identidad social. Para ser más precisos, se considera que ellas han de invertir un mayor esfuerzo de elaboración personal del contenido de las identificaciones a las que están expuestas, que en muchas ocasiones se muestran como contradictorias, y por extensión, se definirán en términos

---

<sup>37</sup> Se puede comprobar observando la evolución de las tasa de desempleo y la de escolarización desde finales de la década de los 90 y principios del siglo XXI en la base de datos del Instituto Nacional de Estadística [www.ine.es](http://www.ine.es)

más subconsensuales o actitudinales. No en vano, como ya se mencionó, son las mujeres las que tienden a percibir una mayor desigualdad de género (Megías, Rodríguez, Méndez, y Pallarés, 2005).

La información de los análisis del TST de la muestra indica que efectivamente son ellas las que con mayor probabilidad se definen en términos idiosincráticos y menos a partir de categorías y pertenencias consensuales y las que con mayor probabilidad tienen un perfil identitario actitudinal. Además, también se encontró una relación positiva entre ser hombre y la probabilidad de definirse en términos consensuales lo que supone un dato más para rebatir las tesis iniciales de Kuhn y sus colaboradores (Kuhn y McPartland, 1954) y aceptar el cumplimiento de la hipótesis 4.1. Por tanto, aunque el sexo sigue siendo una variable significativa, hay indicios de un cambio en el efecto que tiene sobre el sentido de los enunciados con los que los jóvenes se definen, seguramente fruto de la evolución en la experiencia de ser hombres y ser mujer que han tenido lugar en las sociedades occidentales en los últimos cien años.

Otro tipo de diferencias entre los hombres y mujeres de la muestra se refleja en las afiliaciones grupales y en el peso del género en su identidad social. Respecto a las primeras, se ha postulado que las mujeres son más propensas a identificarse con relaciones cercanas, familiares y de amistad; mientras que los hombres incorporan referentes grupales –trabajo, profesión, afiliación política o religiosa, etc.– más amplios (Eaton y Louw, 2000; Kuhn y McPartland, 1954; Mackie, 1983; Madson y Trafimow, 2001). Entre las posibles explicaciones a estas diferencias está el proceso de socialización que hace que determinadas cogniciones estén más disponibles para las mujeres, las que tienen que ver con la interdependencia, el cuidado de los otros, las relaciones cercanas, etc., y para los hombres otras de orientación más pública y de fomento de la independencia.

Con respecto al género, aunque hay algún estudio que encontró pocas diferencias entre hombres y mujeres (Mackie, 1983), en general, lo que se ha observado es una mayor tendencia por parte de ellas a mencionar dicha referencia en sus respuestas al TST (Kuhn, 1960; Moya, 1993). El motivo que se ha argumentado es la posición social de inferioridad de la mujer que hace que el género sea más relevante para ellas. En contraposición, desde otras perspectivas, como la teoría de la identidad social, se defendería que precisamente el grupo con más poder debiera ser el que trate de referirse a la categoría de diferenciación porque es la que resulta mejor valorada en la comparación social (Mackie, 1983; Tajfel, 1984; Tajfel y Turner, 1986). Sin embargo,

este último argumento es difícil de defender puesto que, a pesar de que se han señalado algunos ámbitos donde se mantienen desigualdades en función del sexo, el discurso de género está cada vez más instaurado y no está claro que ser hombre sea una categoría mejor valorada que ser mujer. De ahí que se asumiera la idea de minoría social, no tanto por una cuestión numérica, sino por la representación social actual de la mujer y por el cuestionamiento y la evolución que han experimentado los significados que se atribuyen a su categoría de género.

En el análisis realizado uno de los primeros datos que se ha observado es que ser hombre está relacionado positivamente con la mención de las actividades que se realizan, cosa que no sucede para el caso de las mujeres. Además, son ellos quienes en mayor medida se refieren a grupos de pertenencia no familiares, a la política y al ocio; y quienes con mayor probabilidad manifiestan un perfil de identidad donde predominan las referencias activas –trabajo, estudios, actividades complementarias–.

Tampoco se encontró que existiera una relación entre el sexo y la mención de autoevaluaciones sociales, efecto que sí que apareció significativo en algunos de los estudios transculturales del *self*. En estos la mujer aparece como más propensa a definirse a partir de contenidos *alocéntricos* (Kashima et al., 1995; Madson y Trafimow, 2001; Stryker y Serpe, 1982; Watkins y Gerong, 1999) es decir, referidos a la sensibilidad respecto a los puntos de vista de otros, a la calidad de las relaciones con los demás, a la amistad o a la interdependencia (Lalwani y Shavitt, 2009; Triandis, McCusker y Hui, 1990). En el caso de la muestra de jóvenes, a pesar de que hay una mayor probabilidad de que las mujeres se identifiquen con la familia y los amigos, como sucede en otras sociedades de tipo individualista (Watkins, Cheng, Mpofo, Olowu, Sing-Sengupta y Regmi, 2003), no se encontró una relación significativa y positiva entre ser mujer y la probabilidad de autoevaluarse en términos de las relaciones interpersonales y las habilidades sociales.

Todos estos resultados permiten aseverar el cumplimiento de las hipótesis de partida. Por un lado, se mantiene una diferencia entre hombres y mujeres en sintonía con el contenido de los roles tradicionales de género que se traduce en una identificación más centrada en las relaciones cercanas en las mujeres; y una definición a partir de referentes del espacio público o social más amplio entre los hombres. Por el otro lado, parece que, al menos en el caso de la muestra analizada, las mujeres jóvenes apuntan a una identidad social más idiosincrática, expresada en relación a aspectos más

personales de sí mismas –autoevaluaciones de carácter y moral– que sociales – autoevaluaciones sociales–.

En conclusión, se ha querido destacar la necesidad de incluir una interpretación de las diferencias sexuales en la conformación de la identidad a partir de los patrones culturales y sociales. El género, o la reflexividad que las sociedades hacen del dimorfismo sexual, es una cuestión de significados e imágenes que son incorporados de acuerdo a como se desarrollan los procesos de socialización, tanto a través de sus grandes instituciones como a los de interacción más cercana. Las contradicciones inherentes al mismo, fruto del contraste entre el discurso igualitario y constatación de la desigualdad *de facto*, pueden contribuir a que las personas articulen de una manera u otra sus identificaciones en función del sexo, especialmente en el caso de las mujeres, que son las que en mayor medida experimentan estas contradicciones. No parece, por tanto, tan extraño el hecho de que al tiempo que muestran un sentido más idiosincrático en sus definiciones personales, sigan teniendo un notable peso la identificación con los ámbitos de relaciones interpersonales; no siendo así con otros referentes relacionados con la esfera más pública o con pertenencias grupales más amplias. Esto puede ser interpretado como la búsqueda de la propia definición más allá de etiquetas, roles categorías o referentes grupales a la vez que persisten algunas proyecciones personales que siguen patrones tradicionales. Además, es llamativo también en esa línea que ser mujer no estuviera relacionado con la mención de referentes afectivos o de la pareja, ni religiosos, dos aspectos tradicionalmente atribuidos a la condición femenina (Pérez-Agote y Santiago, 2005)<sup>38</sup>.

Tampoco es de extrañar que para la generación actual de mujeres jóvenes el conflicto de intereses entre sexos llegue a convertirse en un aspecto identitario especialmente relevante cuando comienza la treintena (Aguinaga, 2004), es decir, cuando se asumen los hitos y roles de la vida adulta. Quedará para futuras investigaciones revelar cómo el cambio en el sentido y los referentes de las autodefiniciones se traduce en nuevas formas de socialización que generen dialécticas identitarias diferentes de acuerdo al sexo; o incluso, en las que el sexo deje de ser un factor relevante para la diferenciación en la forma que tienen las personas de percibirse a sí mismas.

---

<sup>38</sup> Ser mujer incrementa la probabilidad de definirse con creencias pero esta categoría se refiere a un tipo de enunciado no necesariamente religioso, sino que también abarca opiniones, valores, afirmación de índole filosófica, ética o moral y expresiones similares.

### 7.1.5 Factores del entorno de socialización

Dentro de los factores explicativos de la configuración de la identidad se han considerado algunos que tienen que ver con la socialización familiar y escolar. En particular se sostuvo que la tendencia a la consensualidad y a la identificación con categorías y roles sociales están asociadas tanto con tener unos padres con niveles educativos bajos y en una situación laboral de no ocupación; como con la asistencia a centros educativos de titularidad pública. Complementariamente, se presupuso que la mención de enunciados actitudinales sería más probable cuando los padres tuvieran estudios universitarios, se encontraran trabajando y los jóvenes fueran estudiantes de colegios privados o concertados. Considerando este último factor, lo que se ha argumentado es que la asistencia a centros de titularidad privada es más probable en jóvenes de familias con nivel socioeconómico más elevado que los que asisten a institutos públicos (Enguita M. , 2008). Esto supone una mayor disposición de capital material, social y cultural para acceder a recursos, experiencias o contenidos con los que configurar la identidad social. A mayores, existen evidencias empíricas de una mayor predisposición a las categorías grupales por parte personas de nivel socioeconómico bajo en comparación con los que pertenecen a la clase alta (Escobar, 1987).

Para la muestra considerada resultó que el tipo de centro educativo al que se asistía no se relaciona significativamente con el sentido predominante de sus autodefiniciones ni tampoco con los perfiles de identidad social de acuerdo al mismo, aunque sí que se observaran algunos efectos para algunas de las subcategorías. En concreto, se encontró que asistir a un colegio concertado incrementa las probabilidades a referirse a aspiraciones o expresiones de autoestima y globales consensuales y se reduce la mención de actividades, que es consensual. Al mismo tiempo, también está relacionado con expresarse con un mayor anclaje social y mencionar más referentes familiares, de género o afectivos. Por tanto, se evidencia que la asistencia a centros educativos públicos predispone a una configuración identitaria de tipo social más que individualizada.

En lo que respecta a los padres, en estudios previos se comprobó que una situación de desempleo y un nivel educativo menor son factores que reducen el número de respuestas actitudinales. Este tipo de ítems son un indicador del “grado de diferenciación de la actitud del sujeto hacia sí mismo” (Escobar, 1987, p. 131) de

manera que cuando la personas profiere un alto número de ellos se considera que tiene una visión más elaborada de sí mismo y que su conducta va a estar menos condicionada por las expectativas asociadas a los roles y las categorías sociales. Siendo así, cabe esperar que entornos familiares que disponen de un mayor capital cultural o material propicien que los hijos adopten visiones de sí mismos subjetivadas. O dicho en otras palabras, disponer de estudios superiores y de un trabajo remunerado favorece el acceso a un mayor repertorio de recursos culturales y posibilidades para la toma de decisiones acerca del propio futuro que favorece una construcción de la identidad basada más en las opciones personales que en las referencias heredadas o socialmente consensuadas.

En el caso de los adolescentes analizados, el efecto del factor educativo es más bien discreto y varía dependiendo de si se trata de la madre o del padre. Cuando éste tiene estudios universitarios se cumple la hipótesis ya que encontramos un mayor número de jóvenes que se autodefinen con enunciados actitudinales. Además, cuando solo alcanzó la EGB, se reduce la probabilidad de que hagan mención a sus aspiraciones. Esto en parte puede tener sentido si se tiene en cuenta que quizá estos adolescentes no vean proyectados sobre ellos las mismas expectativas que aquellos cuyos padres tuvieron un mayor logro educativo.

En lo que respecta a la madre, no hay un efecto significativo de su nivel educativo en la probabilidad de autodefinirse con uno u otro tipo de enunciados. En el caso de las subcategorías, si tiene estudios básicos es más probable que los hijos se definan con autoevaluaciones de carácter y estéticas, lo que cuestiona la idea de que un menor capital socioeducativo esté relacionado con identificaciones más consensuales. Además, se observa que cuando la madre cuenta con estudios secundarios aumenta la propensión en los hijos a autoevaluarse intelectualmente; pero es difícil de explicar esta relación teniendo en cuenta que no sucede lo mismo cuando se trata de universitarios.

La otra característica de los progenitores que se ha analizado se refiere a si desarrollan una actividad laboral remunerada o si, por el contrario, se encuentran desempleados o se dedican exclusivamente a las tareas del hogar. En este caso también se consideró el caso de la madre y el de padre de manera separada pero apenas se encontraron relaciones significativas con las categorías de sentido ni con la posibilidad de ser más afín a algún perfil de identidad. Lo único que cabe destacar es que cuando los padres no están ocupados se reduce la probabilidad de que los hijos mencionen consensuales y también de la subcategorías de colectivas. Es decir, el mismo efecto que tiene el paro en la identidad social del padre (Escobar, 1987) se refleja en cómo sus



hijos se definen a sí mismos. Esto, junto con la relevancia su nivel educativo, confiere a la figura paterna un papel de mayor centralidad en la configuración identitaria de los adolescentes.

Dado lo anterior, se rechaza el presupuesto de partida que era que el hecho de tener unos padres que han perdido el empleo incrementa la probabilidad de que los jóvenes se autodefinan en función de los grupos y categorías sociales. Más bien lo que parece comprobarse es justo lo contrario, que se centran más en aspectos personales o subjetivos del *self*.

Respecto a la situación de la madre no hay que perder de vista que la desocupación se debe principalmente a la dedicación a las labores del hogar más que al desempleo, cosa que no sucede en el caso de los padres. Por tanto, las conclusiones tienen otro tipo de contenido, ya que lo que viene a demostrar es que el hecho de que la madre sea ama de casa o esté trabajando no afecta a la percepción que los hijos tienen de sí mismos, puesto que no apareció como una variable significativa para ninguna de las categorías y referentes analizados.

Existe un estudio previo (Mackie, 1983), que mostraba el efecto que tenía para las mujeres el estatus laboral en el tipo de referentes con los que se identifican. Uno de los resultados obtenidos fue que las mujeres ocupadas se da una menor predisposición a referirse a la familia y a las labores del hogar, una mayor probabilidad de mencionar el trabajo fuera de casa y un nivel de autoestima más elevado, en comparación con las que eran amas de casa. Esta diferencia respecto a los datos encontrados podría indicar un cambio generacional que relativiza estas variables como predictores de la definición identitaria.

En cualquier caso, un estudio del efecto del desempleo de las madres en la configuración de la identidad requerirá otro tipo de criterios de selección muestral que permita abordar de manera explícita a las que están en búsqueda de trabajo, distinguiéndolas de las que optan por dedicarse al cuidado familiar y del hogar.

Como conclusión del análisis, se encuentran pocas evidencias del cumplimiento de la hipótesis número 5, que es la referida al entorno socioeducativo. En general, no se puede afirmar que exista una relación entre, por lado el tipo de centro educativo, los estudios y la situación laboral de los padres; y por el otro, el grado de consensualidad de la identidad social de los hijos. Por tanto, pierden peso los argumentos que asociaban el capital cultural y económico con el sentido de los enunciados del TST en favor de otras explicaciones como la pérdida de referentes sociales que supone no disponer de un

empleo. Aunque sería conveniente revisar estos presupuestos para el caso de las madres y ver, además, si tienen el mismo efecto en los hijos varones que en las mujeres.

### **7.1.6 Identificaciones territoriales y étnicas**

Como se señaló en uno de los apartados del capítulo cuarto, en algunas regiones españolas se ha construido una identificación nacionalista opuesta o complementaria, según el caso, a la identidad nacional española. Ese tipo de definiciones se sustentan en la conciencia de pertenencia colectiva basada en unos rasgos culturales compartidos o una etnicidad (Jenkins, 2008) que les sirve de diferenciación respecto a otras colectividades (Gatti, 2003; Giner, Lamo y Torres, 1998; Pérez– Agote, 1986; Ramírez, 1991). En su expresión política, esto se traduce en la reivindicación de una serie de derechos y deberes que, entre otras demandas, pueden incluir la soberanía nacional.

Teniendo esto en cuenta, se ha postulado que algunos de los condicionantes de la identidad social, como estudiar en comunidades «históricas», preferir la lengua cooficial al castellano e inclinarse políticamente por partidos nacionalistas predisponen a autodefinirse en términos de categorías sociales y pertenencias grupales. Básicamente, la idea de fondo es que en una colectividad en la que hay un conflicto identitario en torno a un tipo de identificación, como el caso de la nacional, las personas se encuentran expuestas a más contenidos consensuales y colectivos por lo que es más probable que estos formen parte de su autodefinición.

Revisando los resultados del análisis se puede comprobar que la comunidad autónoma de residencia no resultó ser una variable significativa para la predicción del *locus score*, o número de respuestas consensuales pero sí para la probabilidad de definirse mayoritariamente a partir de actitudinales. Esta se incrementa cuando se trata de alumnos de Castilla y León y de Cataluña que optan por responder en catalán. En contraposición, se encontró que los factores que predisponían para responder al TST en términos de categorías y roles sociales eran la utilización del idioma vasco para autodefinirse y la intención de voto por partidos nacionalistas de derecha –de hecho ésta es la única opción política que influye en el tipo de sentido de las respuestas–.

Si se analizan en detalle las subcategorías se descubren más diferencias y contrastes. Así, mientras que preferir el catalán hace más probable que se mencionen rasgos del carácter, habilidades prácticas y referencias colectivas; optar por el vasco reduce la posibilidad de proferir este tipo de enunciados. En el resto de los códigos

actitudinales se observan distintos efectos de acuerdo a las variables consideradas. Ser castellano está asociado a una mayor identificación con los gustos o las aficiones, con aspectos estéticos y con atributos relacionales; y menos con expresiones referidas a su autoestima. También quienes se describen en catalán muestran una mayor propensión a las autoevaluaciones físicas y las preferencias y menor a citar sus creencias. Por su parte, el único efecto significativo en los vascohablantes es que manifiestan una tendencia a proferir mayor número de preferencias que los que se definen en castellano.

En lo que se refiere a las consensuales, que son las identificaciones cuyo contenido aparece definido socialmente, estudiar en Castilla y León frente a hacerlo en las comunidades vasca y catalana incrementa la mención de las físicas; mientras que responder en catalán incrementa las actividades y los enunciados colectivos y hacerlo en vasco produce ese efecto respecto a las colectivas y las globales consensuales.

Respecto a las referencias utilizadas por los jóvenes, se ha comprobado que no hay una similitud entre jóvenes del País Vasco y Cataluña. De hecho, los que se identifican con la lengua catalana manifiestan una menor predisposición a referirse a la familia y los amigos, mientras que los que se definen en vasco es más probable que mencionen a los grupos secundarios y a la identidad nacional. Dados estos datos, no sorprende que el anclaje social entre los alumnos que se definen en vasco triplique a los alumnos que lo hacen en castellano y al de otras comunidades autónomas. Por tanto, los alumnos de las regiones vasca y catalana, pese a ser ambas de tradición nacionalista, no comparten patrones similares de expresión de la identidad social. Además, aunque el idioma y la comunidad autónoma generan diferentes formas de definirse, se han encontrado bastantes similitudes entre los alumnos que lo hacen en catalán y los castellanos –al menos en mayor medida que respecto a los que se definen en vasco–.

Otro dato significativo es que las preferencias políticas nacionalistas influyen de diferente manera en la aparición de referencias identitarias según estas se sitúen ideológicamente a la derecha o a la izquierda. En el primer caso, se incrementa la probabilidad de hacer mención al ocio y la identidad religiosa y en el segundo a referentes nacionales y políticos. Además, el nacionalismo de derecha es casi la única opción que afecta a la mención de algunas de las subcategorías de sentido, en particular, reduciendo la probabilidad de definirse con referencias a la autoestima y favoreciendo la identificación de acuerdo a las pertenencias colectivas o a categorías sociales<sup>39</sup>.

---

<sup>39</sup> La otra excepción sería la intención de voto por el PSOE que reduce las creencias, las preferencias y los enunciados físicos.

Dados estos resultados, se puede concluir con el cumplimiento parcial de los presupuestos de partida y sería recomendable para futuras investigaciones explorar más indicadores de la vinculación o compromiso con la identidad nacionalista. En el caso de los jóvenes que se definieron en lengua vasca se observa una tendencia similar a la descrita en la hipótesis 6. Es decir, se constata que esos jóvenes son más consensuales y colectivos, en cuanto al sentido de sus respuestas, y, en relación con las referencias de su identidad social, se identifican más con referentes territoriales y grupales. Además, en algunos aspectos, especialmente en las autoevaluaciones se da una mayor sintonía entre catalanohablantes y castellanos y un distanciamiento respecto a quienes utilizan el vasco. Una posible explicación es que los jóvenes del País Vasco mantienen una identificación político-territorial marcadamente autonómica y mucho más desvinculada de la identidad española que los de otras comunidades autónomas (Tezanos, Villalón y Díaz, 2008).

En lo que se refiere a las opciones políticas, ha quedado patente que la relación con las categorías de respuesta está en sintonía con la hipótesis. Cuando ideológicamente el adolescente se sitúa en el espectro nacionalista es más probable que su definición personal esté orientada a identificaciones sociales tradicionales como son la religión, la nación o la política. En otras palabras, la preferencia electoral por partidos de esta tendencia política, al menos en el caso de los jóvenes analizados, orienta la autodefinición hacia posturas de contenido más social que idiosincrático.

Uno de los temas que ha salido relevante en varios de los análisis realizados ha sido la lengua como generadora de diferencias en cuanto a la identidad se refiere. La lengua, no sólo es la herramienta básica de la comunicación que permite el ejercicio de reflexividad para la emergencia del *self* sino que, además, el caso de la etnicidad, es un elemento simbólico y estratégico de diferenciación y vinculación identitaria (Liebking, 1992; Triandis, McCusker y Hui, 1990). De hecho, en España la lengua materna de los jóvenes está relacionada con el tipo de identificación etno-territorial predominante. Así, quienes se criaron en familias que hablan castellano se identificaron en mayor medida solo como españoles; mientras que los que se identifican exclusivamente con la región son principalmente los que tienen el idioma cooficial como lengua materna (INJUVE, 2010). No sorprende, por tanto, que el idioma de respuesta del TST haya salido significativo en relación a muchas de las categorías analizadas y que vascos y catalanes no presenten necesariamente similitudes respecto a la influencia de estas variables en sus autodefiniciones.

En definitiva, es necesario incorporar las diferencias autonómicas cuando se analiza la identidad en relación a los jóvenes españoles, puesto que quienes estudian en el País Vasco se definen como nacionalistas y prefieren la lengua regional, esto es, presentan determinadas tendencias que no se observan en el resto. Además, parece que, al menos para el caso de la identificación nacional, las variables referidas al entorno y a las opciones personales relacionadas con la misma pueden facilitar el acceso a contenidos consensuales de la identidad. Cabría ver si sucede lo mismo cuando se consideran otro tipo de variables relacionadas con las identificaciones tradicionales de la modernidad, que cuentan con un importante fundamento social, incluso institucional, como la religiosa, la de clase social, la profesional, etc..

### **7.1.7 Religiosidad e identidad social**

En este último apartado se aborda la influencia de la postura religiosa de los jóvenes no solo el sentido y los referentes de las autodefiniciones de los jóvenes; sino también en el rol de los referentes religiosos como parte de la identidad social.

Previamente cabe destacar que los datos de la muestra analizada están en consonancia con la segunda ola de secularización de la sociedad española, es decir, un claro predominio de los no practicantes, un considerable número de ateos y un número reducido de practicantes (Pérez-Agote, 2008b). Por un lado, la pluralidad de cosmovisiones, valores y estilos de vida ha cuestionado la autoridad de las instituciones y credos religiosos para proponer orientaciones vitales a las personas. Por el otro, se ha constatado una progresiva pérdida de relevancia de la religión como aspecto importante de la vida (INJUVE, 2008b). Esto explica la baja frecuencia que presentan los referentes religiosos en las respuestas al TST. No obstante, como ya se vio, lo llamativo es que esta categoría muestra un índice considerablemente elevado de relevancia lo que implica que quienes la mencionaron lo hicieron en las posiciones superiores del cuestionario.

Con respecto a la última de las hipótesis, se afirmó que quienes se definen como creyentes practicantes es más probable que muestren identidades sociales consensuales y grupales o colectivas. Al igual que se argumentaba en el caso de la identidad nacional, cuando una categoría o pertenencia social es especialmente relevante, ya sea por el contexto o por las propias opciones personales, se prevé que haya una mayor predisposición a formas de identificación social o consensual. Además, existen

evidencias de que la filiación religiosa en grupos minoritarios o diferenciales, predispone a responder al TST con un número significativamente mayor de enunciados consensuales que en los mayoritarios o convencionales (Kuhn y McPartland, 1954). Por tanto, es previsible que suceda lo mismo cuando se trata de posturas religiosas que han pasado a ser minoritarias en la sociedad española actual como es el caso de ser practicante; y más aún en el caso de los jóvenes, en quienes se hace más evidente el proceso de secularización (Pérez-Agote, 2010). En contraposición, un posicionamiento como ateo o como no practicante favorecerá una autodefinición más idiosincrática o actitudinal, así como una menor mención de los referentes que implican vinculaciones grupales o colectivas.

De acuerdo a los datos de este estudio, la definición religiosa no tiene un efecto sobre la tendencia a un sentido de la identidad más consensual o más actitudinal ni tampoco sobre la gran mayoría de las subcategorías dentro de esta clasificación. No obstante, cabe hacer algunas matizaciones que permiten aceptar, aunque sea parcialmente, la hipótesis propuesta. La postura que más claramente afecta a cómo las personas se definen es la de ateo, además en la línea señalada, porque reduce las probabilidades de mencionar referentes relacionales –familia, amigos, grupos secundarios– y de autoevaluar las habilidades sociales. Además cuando uno no es creyente, es más probable tener un perfil de identidad que utiliza escasas referencias para definirse. Por tanto, si bien situarse como practicante no implica una mayor consensualidad; lo que resulta evidente es que los no creyentes de la muestra tienen una identidad con un menor componente social, en comparación con los creyentes en general, sean o no practicantes. Por tanto, se confirman hasta cierto punto algunas de las conclusiones sobre los estudios sobre religiosidad juvenil que señalan que el perfil de los que se declaran ateos carecen de un plus de sociabilidad que proporciona la identidad y manifiestan un menor interés por las instituciones (Callejo, 2010; Canteras, 2001).

El otro postulado que se defendía como hipótesis es que los creyentes practicantes se mostrarían más propensos a mencionar referentes religiosos en sus respuestas al TST. Como explicación se ha argumentado que cuando uno se describe como practicante es porque establece unos vínculos fuertes con su afiliación religiosa en comparación con los que se describen como ateos o como creyentes más practicantes. Precisamente esa vinculación es el fundamento del compromiso que las personas

mantienen con la identificación religiosa, haciendo que esta tenga una mayor «saliencia» en la jerarquía de su identidad social (Stryker y Serpe, 1982).

Los resultados de los análisis realizados muestran que definirse como creyente practicante incrementa la probabilidad de mencionar referentes religiosos. Curiosamente, aunque en menor medida, sucede lo mismo con la categoría de no creyente, aunque seguramente el contenido de esa vinculación en uno u otro caso es de distinto signo. Lo que podemos concluir es que es probable que la postura de no practicante lleve implícito un cierto grado de indiferencia en el sentido de que, pese a que la dimensión social o comunitaria de su religiosidad se mantenga, en especial en relación a la celebración de sacramentos y determinadas festividades (Ariño, 2008; Callejo, 2010); este aspecto vital no se incorpora como parte de la identidad social. Por el contrario, los que se posicionan en los extremos de la escala de religiosidad, llevan a cabo un ejercicio de reflexividad, ya sea a favor o en contra, que se refleja en la importancia de posicionarse respecto a la religiosidad en sus definiciones personales.

Por otra parte, parece que todavía, al menos en plano de la identidad social de los jóvenes, se refleja también una cierta convergencia entre los posicionamientos políticos y los religiosos que se da en la sociedad española, lo que está en sintonía con algunos análisis sobre juventud actual (Callejo, 2010; Pérez-Agote y Santiago, 2005). En particular, en los jóvenes de la muestra se ha encontrado una vinculación entre el nacionalismo e identificación religiosa. Así, los partidarios de la derecha nacionalista son los que mencionan con mayor probabilidad referentes religiosos, y los que se declaran practicantes se identifican en mayor medida con la identidad nacional. Además, los ateos tienen una mayor probabilidad de identificarse con referencias ideológicas y políticas.

En resumen, con estos datos podemos concluir que, al contrario que en el estudio de los años 50 de Khun y McPartland (1954), la religiosidad no es un buen predictor de la consensualidad o el *locus score*, aunque sí que se encontró una relación significativa con algunas de las categorías actitudinales y de los referentes. En general, todo parece indicar que son los que se definen como no creyentes los que muestran un perfil idiosincrático, en el que aparecen relativizadas las relaciones y pertenencias grupales y tienen un mayor peso los referentes políticos e ideológicos.

## **7.2 Implicaciones teóricas de la investigación**

En este trabajo se ha adoptado una visión del objeto de estudio que rompe con la tradicional división entre identidad personal e identidad social a través de la cual se distingue entre aquello que el individuo elabora como parte de su idiosincrasia y las categorías o roles que la sociedad le son asignados o que el individuo incorpora (Deschamps y Devos, 1996; Dubar, 2002; Goffman, 1970; McCall y Simmon, 1966; Peris y Agut, 2007; Tajfel, 1984; Turner, 1989). En contraposición, se ha considerado que aquello con lo que las personas responden a la pregunta sobre quiénes son, es necesariamente una expresión de su identidad social, fundamentalmente porque su contenido es fruto de una dialéctica entre identificaciones internas y externas que necesariamente emergen gracias a las posibilidades de interacción –con un especial protagonismo de la socialización– y dentro de marco de configuraciones identitarias que posibilita el contexto sociocultural e histórico. De ahí que se adoptara el modelo de identificaciones de Jenkins (2004), haciendo hincapié en la adopción de la perspectiva individual pero sin negar la posibilidad de abordar el estudio de la identidad desde el orden interaccional o el institucional. Además, se ha optado por el uso del concepto de identificación precisamente para destacar su carácter procesual y contextual (Brubaker y Cooper, 2000).

Dentro del modelo teórico, las categorías como el género, la etnia, la nación o la clase son identificaciones externas; mientras que las que tienen un carácter más opcional –gustos, juicios, opiniones, creencias– se corresponden con las identificaciones internas. En cada persona se articulan unas u otras dando lugar a distintos perfiles identitarios en función de los entornos de interacción donde se da la dialéctica y del marco de significados proporcionado por el contexto sociocultural. De ahí que se haya dado importancia a la influencia de ciertos factores sociodemográficos en la configuración identitaria y que se haya planteado una interpretación de los resultados a tenor de las transformaciones que han experimentado las sociedades occidentales en las que se desarrollan los sujetos de estudio.

Esta postura permite además diferenciar el concepto del *self* que se ha asociado o reservado para dinámicas de tipo más psicológico o cognitivo que intervienen en la reflexión sobre sí mismo, en la concepción de la propia unicidad y perdurabilidad a través del tiempo y en el proceso de diferenciación y asimilación con otros. Esto no significa que sea un núcleo o una estructura interna de la persona sino que se percibe



más como proceso que, siguiendo a Mead, Cooley y los interaccionistas simbólicos, se sustenta en una reflexividad fruto de la exposición de la persona a las relaciones con otros en las que se generan recursos simbólicos que le permiten dar contenido a lo que piensa de sí mismo. Dentro de este *self* procesual, una de sus manifestaciones sería la identidad social entendida como las expresiones con las que las personas se definen a sí mismas y que han sido el objeto de estudio de esta investigación.

McCall y Simmons (1966) plantearon que la relación entre las categorías referidas a la unicidad del individuo y las categorías que permiten situar a las personas en el sistema social –identidad social– se articula de manera que la identidad personal funciona como soporte que sostiene las diferentes identidades de roles y la biografía personal. Desde la postura de este trabajo esto sería el *self* y no se corresponde, aunque pudiera parecerlo, con lo que se ha denominado como identificaciones internas puesto que lo que da unicidad a la persona no son estas en sí, sino la dialéctica que se genera con las identificaciones externas.

En otro orden de cosas, la opción por estudiar el caso de los jóvenes, más en concreto aquellos que se encuentran en la mitad de la adolescencia, ha respondido a la relevancia que tiene esta etapa en la configuración identitaria, tanto por el esfuerzo y tiempo que supone de experimentar o probar estilos de vida, actitudes y comportamientos, como por la mayor autonomía en el ejercicio de toma de decisiones sobre su propia trayectoria vital, que pone en juego nuevas capacidades relacionadas con la reflexividad y la respuesta a la pregunta «quién soy yo» (Erikson, 1974; Revilla, 2001). A pesar de las limitaciones de la teoría del desarrollo psicosocial se destaca la importancia que se concede a este momento vital por ser en el que tiene lugar una dialéctica entre las identificaciones infantiles y las que se van descubriendo en el tránsito a la vida adulta. De hecho, el mismo Erikson hizo especial énfasis en la comprensión de la formación de la identidad a partir de las configuraciones culturales de los momentos históricos en los que se da. Por tanto, aunque estas han cambiado mucho respecto a las décadas en que él analizaba la identidad de los jóvenes, la idea de fondo sigue siendo válida. De ahí el planteamiento de una interpretación que contemple aspectos relacionados con las transformaciones socioculturales que han tenido lugar en las últimas décadas y en especial en la sociedad española.

### **7.3 Implicaciones metodológicas**

Algunos aspectos planteados de la técnica de investigación sugieren una serie de consideraciones que merece la pena traer a colación en este apartado de conclusiones finales. En lo que respecta al uso del TST como herramienta para recoger la expresión o expresiones de la identidad social, esta fue una opción valorada no solo por el amplio respaldo metodológico con el que cuenta por parte de las ciencias sociales; sino también porque su diseño no condiciona el tipo de enunciados con los que las personas se define, lo que ofrece la posibilidad de estudiar los datos de acuerdo a la investigación que se quiera llevar a cabo. Además, tal y como está planteado el cuestionario, se favorece que el sujeto se vea así mismo como si fuera otro, estableciendo una interacción consigo mismo que recrea los significados y definiciones a los que accede a través de otros contextos comunicativos –presenciales o virtuales–.

En general se ha podido comprobar que los jóvenes, tal y como se había asumido, suelen completar en la mayoría de los casos los 20 enunciados por lo que, desde el punto de vista del sujeto de investigación no habría motivos para plantear menos. Tampoco está claro que a partir de 10, como se ha sugerido en algún momento se repita o resulte irrelevante la información que se profiere (Bochner, 1994; Wang, 2001). En este caso no se ha asumido que así sea pero se ha tratado de tener en cuenta el orden de aparición mediante la elaboración de un indicador que valorase la espontaneidad con que se mencionan las categorías y referencias.

Precisamente este es un aspecto que se ha querido incorporar como complemento a los indicadores que medían exclusivamente la frecuencia de mención. Aunque no se trata de un concepto del todo novedoso ya que otros autores como McCall y Simmons (1966) y Stryker (1982) se refirieron a una organización de las identidades en una jerarquía que variaba según el contexto, aunque reconocían que algunas de ellas podían ser incorporadas de manera más permanente como parte del autoconcepto. También Turner (1989) describe la idea de «saliencia» aunque de manera inversa, es decir, haciendo hincapié en como en las distintas situaciones sociales condicionan la forma de autocategorización. No obstante, las conceptualizaciones de la identidad detrás de estos planteamientos tienen una connotación más estructural, incluso cognitiva, que procesual, por lo que se aleja del planteamiento adoptado en este estudio.

Otros autores que específicamente han utilizado el TST analizaron la «saliencia» en función del orden de aparición de cada tipo de respuesta en cada cuestionario (Bochner, 1994; Escobar, 1987; Kuhn y McPartland, 1954; Kuhn, 1960; Somech, 2000). En esta investigación se ha ido un paso más allá ponderando dicha «saliencia» de acuerdo al número de apariciones y el resultado es lo que se ha denominado índice de relevancia. La principal conclusión metodológica en este sentido es que ofrece una información que complementa la interpretación de los datos puesto que no se valora solo la mención de un código sino también la espontaneidad que presenta en autodefinición de las personas.

Por otra parte, para la codificación de las respuestas se recurrió a una clasificación aplicada en investigaciones previas (Escobar, 1983;1987), que recoge, entre otras, algunas de las ideas de las primeras aplicaciones del cuestionario (Kuhn y McPartland, 1954; McPartland, 1971). Entre las conclusiones de esta labor destaca la confirmación de la conveniencia de mantener un doble sistema de clasificación para poder explorar el contenido social de la identidad, tanto en función de su consensualidad, idiosincrasia o indefinición; como de referentes sociales. No obstante, este planteamiento no cierra la posibilidad de enriquecer la clasificación con otras formas de analizar la información obtenida de manera que se obtenga un cuadro aún más detallado de cómo se perciben las personas a sí mismas en la actualidad. Un ejemplo es un artículo publicado recientemente de un estudio con el TST en el que añadía un tercer criterio de clasificación sobre el carácter atributivo de la identidad (Escobar, Montes y Sánchez-Sierra, 2015) que abre nuevas posibilidades de exploración para futuros estudios. Por tanto, el TST, pese a ser una herramienta de larga tradición cuenta con una versatilidad como para dar cabida a innovaciones en la forma de estudiar la información que recoge.

Respecto a la interpretación de las categorías, los creadores del test, que solo se centraron en el sentido de las respuestas, las consideraron como actitudes organizadas del *self* que permitían prever la conducta según el tipo de enunciados que mencionaban en las respuestas a la pregunta de la identidad. Fundamentalmente se centraron en el *locus score*, o consensualidad porque consideraban que es lo que refleja los planes de acción internalizados por la persona de acuerdo a los roles que ocupa en los grupos de referencia con los que se siente identificado. Esto explicaría la escasa importancia concedida a la subconsensualidad, limitación que ha tratado de ser abordada a lo largo de este texto con una conceptualización e interpretación de los resultados más ampliada.

## **7.4 Consideraciones finales**

A la luz de la revisión teórica y de los resultados de esta tesis ha podido confirmarse la idea de que la identidad social ha orientado su contenido hacia las identificaciones internas en detrimento de las externas (Jenkins, 2004) o hacia un perfil «para sí» y «societario» (Dubar, 2002), a la par que se han ido incorporando nuevas dimensiones de la imagen de uno mismo. En este sentido, hay indicios de un doble proceso de cambio, al menos entre los jóvenes analizados. Por un parte se han ido perdiendo las categorías sociales de identificación de la modernidad en favor de una mayor reflexividad sobre aspectos de la personalidad o las vinculaciones con otros cercanos. Por la otra, se han pluralizado los tipos de perfiles con los que se describen de manera que, al igual que sucede en otros ámbitos, cada vez menos se habla de categorías generales y más en términos plurales –los jóvenes, las familias–. Aunque ambos procesos encajan con los postulados de los teóricos de la posmodernidad, los resultados expuestos en este trabajo cuestionan algunas de sus tesis que destacan la fluidez, la apertura, la fragmentación o la desinstitucionalización de la identidad; el repliegue del individuo sobre sí mismo o incluso su disolución (Berger P., Berger, B. y Kellner, 1979; Berger y Luckmann, 1968; Gergen, 1992). Tampoco parece que se haya evolucionado hacia un individualismo exacerbado como pronosticaban algunos de esos autores. Por el contrario, se respalda la idea del desarrollo de una dimensión social o comunitaria más allá de las grandes instituciones de la modernidad, puesto que estas han dejado de ser imposiciones para convertirse en elecciones (Gleizer, 1997). Esa sociabilidad es precisamente uno de los anclajes que permite la persona concebirse con conciencia de continuidad (Martucelli, 2007; Revilla, 2003).

Así, pese a una evidente subjetivización del proceso de identificación de los jóvenes no se puede afirmar que la identidad haya perdido su componente social, sino que más bien ha variado su expresión. De unas etiquetas y pertenencias grupales heredadas, en muchos casos institucionalizadas, se está dando paso a identificaciones vinculadas a una sociabilidad en la que destacan el componente afectivo y relacional. Esto explicaría que pese a la fuerza de las autoevaluaciones, éstas no solo se refieran a

rasgos de personalidad sino que estén orientadas a las capacidades de vinculación e interacción con otros.

Otro argumento que parece cuestionar la idea del supuesto repliegue del individuo sobre sí mismo es que familia y amigos siguen siendo referencias muy presentes en las autodefiniciones de los jóvenes. Además, dentro de la variedad de perfiles todavía puede encontrarse un grupo numeroso y diferenciado de jóvenes que se describen con un sentido consensual, es decir, en términos de categorías sociales, pertenencias grupales o colectividades.

A eso se suma el hecho de que muchos de los sujetos completaran el cuestionario y que, en promedio, mostraran un número de respuestas muy elevado. Los teóricos del interaccionismo simbólico y sus precursores destacaron la importancia del lenguaje, que se crea y se incorpora a través de las interacciones, para la reflexividad puesto que permite incorporar las actitudes que otros tienen hacia sí. Si una persona se expresa con pocas respuestas puede interpretarse como una menor conciencia de sí y por deducción una comunicación o relaciones pobres o escasas. Los jóvenes, por tanto, son capaces de afrontar la pregunta de la identidad y, además con un número relativamente bajo de indefiniciones. Esto hasta cierto punto cuestiona la noción de «difusión identitaria» (Erikson, 1974; Kroger, 1989; Marcia, 1966) como un rasgo característico de la etapa adolescente puesto que si bien hay una exposición mucho más intensa que en la niñez a nuevas identificaciones debido a la relevancia que cobran otros agentes de socialización, esto no se traduce necesariamente en una imagen de sí mismos difuminada o confusa.

No obstante, conviene matizar estas ideas reconociendo que también se encontró un perfil de jóvenes que muestra problemas o un rechazo a la tarea de autodefinirse, lo que podría explicarse, tentativamente, como la manifestación de algún tipo de dificultad relacional o en las capacidades cognitivas asociadas al lenguaje. Esto se plantea como posible explicación, pero sería necesario un estudio más exhaustivo de este tipo de configuraciones para poder confirmar los presupuestos expuestos.

En cualquier caso, las evidencias encontradas permiten afirmar que no todo es fluidez, laxitud o flexibilidad en la construcción identitaria actual –concepción «débil» de la identidad de Brubaker y Cooper (2000)–. Seguramente la identidad social no se elabora o adquiere como en otras épocas puesto que se dispone de más recursos, menos imposiciones y una menor certeza de la permanencia de las identificaciones –en este sentido es más precaria—. Pero la reflexividad que implica desarrollar un *self* social

busca, de una u otra manera, la expresión de la esa identidad a través de un relato o una definición de sí mismo referido a dimensiones de la vida social, ya sean relaciones, roles, categorías, significados, actividades siempre en conexión con otros

Más allá de la revisión de la hipótesis, otro de los aspectos que es interesante comentar es que las variables sociodemográficas consideradas han tenido una influencia desigual en el tipo de enunciados según el sentido. De hecho, al igual que sucedió en otro estudio con el TST (Escobar, 1987), los predictores explican mejor la tendencia a las respuestas actitudinales que a la consensualidad. En particular, en el caso de la muestra analizada, las variables que resultaron más significativas fueron el sexo, algunas opciones políticas, la comunidad autónoma y el idioma de autodefinición. Por el contrario, las que menos información aportaron fueron las que tenían que ver con la influencia parental, salvo casos puntuales en que aparecía relevante que el padre estuviera o no ocupado y que contara solo con estudios básicos. Ello invita a buscar nuevos factores sociodemográficos de incidencia en la identidad social, así como a profundizar en aquellos que resultaron más influyentes para ver el alcance del condicionamiento que ejercen sobre las narrativas de la identidad o sobre diferentes ámbitos o plataformas de expresión de la misma.

Una última consideración está referida al contraste entre, por un lado, los referentes tradicionales del proceso de identificación, que están relacionados con las instituciones de la modernidad, como son el estado o la nación, la religión, la clase social, la ideología y el trabajo; y, por otro lado, los que se podrían considerar como referentes posmodernos, fruto de las transformaciones socioculturales de las últimas décadas que incluirían el ocio, la estética, el consumo, las nuevas tecnologías o la sexualidad. Desde los datos aportados cabe confirmar una tendencia que se viene observando entre los jóvenes españoles hacia una mayor relevancia de los segundos en detrimento de los primeros; además de observarse un refuerzo de las identidades básicas de estratificación social como el género o la edad (Tezanos, Villalón y Díaz, 2008). Esto último podría explicar tanto el peso de las categorías biosociales como criterios de diferenciación de perfiles identitarios, como la frecuencia y la relevancia que han mostrado algunas de sus subcategorías.

Este cambio, como ya se ha visto, ha sido interpretado por algunos autores, incluso por la opinión pública, algunos educadores y las instituciones públicas, como una evidencia de los argumentos del llamado discurso hedonista sobre la juventud actual (Revilla, 2001). Pero los datos de este estudio han relativizado la importancia de

los referentes sexuales, de las actividades o de las posesiones como elementos fundamentales de la expresión identitaria, en favor de las relaciones más cercanas. Desde este punto de vista, se trata de una generación eminentemente relacional, en donde el rol de las interacciones va más allá de ser herramientas para la integración social y la pertenencia grupal, sino que lo característico es que estas, en sí mismas formen parte del contenido de la visión que el joven tiene de sí mismo. No es de extrañar, por tanto, que las relaciones del entorno más próximo hayan mantenido su influencia en la vida de los jóvenes a pesar de la fuerte incursión de otros agentes de socialización (Elzo, 2004) como son los medios de comunicación y las nuevas tecnologías.

No obstante, conviene destacar que, dada la multiplicidad de contextos, redes y plataformas de interacción social, la forma y el contenido de la imagen que se muestra de uno mismo pueda variar según el contexto. En este sentido, es posible que la identidad se vuelva narcisista cuando la potencial audiencia de la representación de uno mismo puedan ser miles o millones de personas –a través de un blog, de un canal de *Youtube* o de una página *web* personal, por ejemplo– cuando se muestre a la red de amigos, familiares y personas con las que se comparten gustos, aficiones o algún tipo de experiencia común y con los que se mantiene una relación virtual. No obstante, cuando el destinatario de la imagen que se proyecta es uno mismo, no se dan los mismos incentivos y estrategias. De ahí la pertinencia de cuestionarios como el TST para seguir abordando el estudio de la identidad social.

## **7.5 Aportaciones, limitaciones y posibles futuras líneas de investigación**

A través de la investigación desarrollada se ha aplicado un test con larga tradición en las ciencias sociales desde su aparición en los años 50, pero que en España apenas ha sido utilizado como herramienta para abordar el estudio de la identidad. Así, se ha podido contribuir a subsanar esta carencia con nuevos datos que abran el campo a futuras investigaciones dentro del país y con un interés por el caso de los adolescentes, pues estudios anteriores se centraron en desempleados o estudiantes universitarios fundamentalmente.

Además, se ha hecho con una revisión de la categorización previa verificando que se trata de una adaptación que permite un análisis mucho más profundo al incorporar, no solo la tradicional división en función del sentido, sino también los referentes utilizados, ampliando además las categorías de acuerdo a las nuevas identificaciones encontradas en las expresiones de los jóvenes.

Por otra parte, si bien en los últimos años han proliferado las obras académicas, incluso ensayos sobre el impacto de las transformaciones sociales y culturales de las últimas décadas en la configuración de la identidad, se hace necesario ir aportando evidencias empíricas que contrasten o refuten algunas de estas reflexiones.

Otra de las contribuciones que se ha planteado en la obra es la utilización de un indicador que trata de ir un paso más allá del cálculo de la «saliencia» u orden de aparición de los códigos en el listado de enunciados del TST. Se trata del índice de relevancia y básicamente consiste en considerar, no solo la puntuación que obtiene una categoría o referencia en función de cuando es mencionada, sino también la frecuencia. Así, se incorporan dos criterios para valorar si es importante o no para la identidad social de la persona. No obstante, para futuras investigaciones sería necesario realizar pruebas que permitieran evaluar si efectivamente se da una coincidencia entre el valor concedido por el indicador y la valoración de las personas sobre sus propias respuestas.

Con respecto a las limitaciones de esta tesis, la más destacable es que los datos tienen un carácter fundamentalmente orientativo acerca de la configuración identitaria debido a que el procedimiento de muestreo realizado que no fue probabilístico. Por ello, para poder generalizar las conclusiones a toda la población juvenil sería recomendable contrastar los resultados con otros estudios realizados en todo el territorio estatal. Si esto no fuera posible, y dada la relevancia que ha tenido para esta investigación el factor de la comunidad autónoma, sería interesante tener datos de otras regiones que no fueran las seleccionadas con vistas a comparar los resultados. Especialmente para ver si los patrones observados en Castilla y León se repiten en otras regiones no nacionalistas, y si existen similitudes entre otras regiones «periféricas» y los datos de los sujetos de vascos y catalanes.

Otra de las limitaciones ha sido que el nivel educativo de los progenitores de la muestra era superior al de la población general. Una posible forma de subsanarlo es tener en cuenta el barrio en el que se encuentran ubicados los centros educativos seleccionados, tratando de establecer cuotas en función del estrato socioeconómico familiar. Algo similar cabría decir de la situación laboral del padre y la madre puesto



que no es seguro que el escaso número de desempleados de la muestra se corresponda con la realidad de la población general, y menos aún para el caso de ellas, que como se vio, se trataba casi exclusivamente de amas de casa.

En esta línea, precisamente dada la crisis económica y laboral que se inició a finales del 2008, justo después de la realización de esta investigación, resultaría interesante plantear nuevo estudio con adolescentes para ver de qué manera esta situación prolongada de inestabilidad y futuro incierto para muchas familias españolas puede afectar al contenido de su identidad social de las nuevas generaciones.

Además, es interesante poder aplicar el estudio del TST a nuevos conjuntos poblacionales analizando las similitudes y las diferencias. Por ejemplo, un factor que no se ha considerado en esta tesis es el origen del joven, es decir si su familia es extranjera o es española. Este campo sería de especial interés porque los jóvenes de familias inmigrantes, desarrollan su identidad social en contextos e interacciones en las que entran otros elementos sociales y culturales en juego.

Dentro de las conclusiones se han destacado algunas tendencias en las autodefiniciones que los adolescentes elaboran sobre sí mismos. Queda pendiente comprobar si se trata de fenómenos característicos de la etapa vital o si en realidad son el reflejo de un cambio de tendencia en la configuración identitaria más general, para lo cual será necesario un estudio con otros grupos generacionales. Asimismo, otra posible línea de investigación pueden ser el análisis de la identidad de jóvenes que se desmarcan de la tendencia general, bien porque presentan un alto número de definiciones consensuales o porque tienen dificultades para emitir expresiones sobre sí mismos, que son dos casos que han resultado especialmente significativos.

Finalmente, se quiere destacar el interés por explorar vías que permitan complementar los resultados cuantitativos que se obtienen con el TST con otros de naturaleza cualitativa para tener una visión más completa sobre el contenido de lo que expresan las personas cuando se definen a sí mismas. Un ejemplo podría ser el abordaje de las narrativas de la identidad o el análisis de la memoria y la trayectoria personales como forma de anclaje personal. Es más, los mismos enunciados del cuestionario podrían ser analizados de acuerdo al contenido con una perspectiva más cualitativa, no solo en función de las frecuencias de determinadas categorías o referentes.



# **BIBLIOGRAFÍA**

---



- Aguinaga, J. (2000). El ocio de la juventud y las familias. *Revista Estudios de Juventud*, 50, 43-51.
- Aguinaga, J. (2004). Las desigualdades de género entre los jóvenes. En INJUVE, *La juventud en España 2004*. Madrid: INJUVE.
- Agulló, E. (1997). *Jóvenes, trabajo e identidad*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- Alexander, T., Roodin, P. y Gorman, B. (1988). *Psicología evolutiva*. Madrid: Pirámide.
- Alm, R., Carroll, W. y Welty, G. (1972). The Internal Validity of the Kuhn-McPartland TST. (pp. 190-193). Washington: ASA.
- Alvarado, S., Martínez, J. y Muñoz, D. (2009). Contextualización teórica al tema de las juventudes: una mirada desde las ciencias sociales a la juventud. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 7(1), 83-102.
- Andauiza, E., Cantijoch, M., Gallego, A. y Salcedo, J. (2010). *Internet y participación política en España* (Vol. 63). Madrid: CIS.
- Anduiza, E., Crespo, L. y Méndez, M. (2011). *Metodología de la Ciencia Política*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Ariño, A. (2008). Religión eclesial y religión común en España. En A. Pérez- Agote y J. Santiago (Edits.), *Religión y política en la sociedad actual* (pp. 231-259). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Aristu, J. (2002). Jóvenes entre la familia, la formación y el empleo. *Estudios de Juventud*, 56, 119-128. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/2012/44/publicaciones/Revista-56-capitulo-7.pdf>.
- Babbie, E. (2000). *Fundamentos de la investigación social*. Madrid: Thompson International.
- Baert, P. y Carreira, F. (2011). *La teoría social contemporánea*. Madrid: Alianza.
- Balfour, S. (2007). *España reinventada: Nación e identidad desde la transición*. Barcelona: Península.
- Barbeito, R. (2002). La familia y los procesos de socialización y reproducción sociopolíticas de la juventud. *Estudios de Juventud*, 58, 1-11. Recuperado de : <http://www.injuve.es/sites/default/files/articulo6.pdf>.
- Barberá, E. y Cala, M. (2008). Perspectiva de género en la Psicología académica española. *Psicothema*, 20(2), 236-242.
- Barfield, T. (2001). *Diccionario de antropología*. México D.F.: Siglo XXI.
- Barth, F. (1976). *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de la diferencias culturales*. México: Fondo de Cultura Económica (Obra original de 1969).
- Bauman, Z. (2001). *La sociedad individualizada*. Madrid: Cátedra 11.
- Bauman, Z. (2003). *Comunidad: en busca de la seguridad en un mundo hostil*. Madrid: Siglo XXI.
- Bauman, Z. (2009). *La posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
- Bauman, Z. y Vecchi, B. (2005). *Identidad: Conversaciones con Benedetto Vecchi*. Madrid: Losada.
- Beck, U. (1997). *The reinvention of politics*. Cambridge: Polity.
- Beranuy, M., Chamarro, A., Graner, C. y Carbonell, X. (2009). Validación de dos escalas breves para evaluar la adicción a Internet y el abuso del móvil. *Psicothema*, 21(3), 480-485. Recuperado de <http://www.psicothema.com/pdf/3658.pdf>.
- Berger, P. (1969). *El dosel sagrado: Elementos para una sociología de la religión*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Berger, P., Berger, B. y Kellner, H. (1979). *Un mundo sin hogar: Modernización y conciencia*. Santander: Sal Terrae.
- Berger, P. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bericat, E. (2008). El escepticismo religioso y secular en Europa. En E. Bericat, *El fenómeno religioso: Presencia de la religión y la religiosidad en las sociedades avanzadas* (pp. 41-56). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Bernete, F. (2010). Usos de las TIC, relaciones sociales y cambios en la socialización de las y los jóvenes. *Revista de Estudios de Juventud*, 88, 97-114. Recuperado de: <http://www.injuve.es/sites/default/files/RJ88-08.pdf>.

- Berrios, L. (2007). *Estudio descriptivo sobre la influencia de la sociedad de consumo en los valores y*. (Tesis doctoral). Recuperado de <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/43063>.
- Blumer, H. (1962). Society as symbolic interaction. En A. Rose, *Human Behavior and Social Processes* (pp. 179-192). Boston: Houghton Mifflin Co.
- Blumer, H. (1971). Social Problems as Collective Behavior. *Social Problems*, 18(3), 298-306.
- Blumer, H. (1982). *El interaccionismo simbólico: Perspectiva y método*. Barcelona: Hora.
- Bochner, S. (1994). Cross-cultural differences in the self concept. A test of Hofstede's individualism/collectivism distinction. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 25(2), 273-283.
- Bond, M. y Cheung, T. (1983). College student's spontaneous self-concept. *Journal of Cross-cultural Psychology*, 14, 153-171.
- Bourdieu, P. (2000). *Cuestiones de sociología*. Barcelona: Istmo.
- Brewer, M. (2001). The many faces of social identity: implications for political psychology. *Political Psychology*, 22(1), 115-125.
- Bringas, C., Rodríguez Díaz, F. y Herrero, F. (2008). Adaptación y motivación escolar: análisis de la influencia del consumo de medios electrónicos de comunicación por adolescentes. *Cuadernos de Trabajo Social*, 21, 141-153. Recuperado de: <http://revistas.ucm.es/index.php/CUTS/article/view/CUTS0808110141A/7525>.
- Brooks, R. (1969). The self and de politcal role: a simbolic interactionsim approach to political ideology. *The Sociological Quarterly*, 10, 22-31.
- Brubaker, R. y Cooper, F. (2000). Beyond "Identity". *Theory and Society*, 29(1), 1-47.
- Brunet, I. y Pizzi, A. (2013). La delimitación sociológica de la juventud. *Útima década*, 38, 11-36.
- Buelga, S., Cava, M. y Musiti, (2010). Cyberbullying: Victimización entre adolescentes a través del teléfono móvil e Internet. *Psicothema*, 22(4), 784-789. Recuperado de .
- Cáceres, M. D., Ruiz, J. A. y Brändle, G. (2009). Comunicación interpersonal y vida cotidiana. La presentación de la identidad de los jóvenes en internet. *Cuadernos de Información y Comunicación*, 14, 213-231. Recuperado de: <http://revistas.ucm.es/index.php/CIYC/article/view/CIYC0909110213A>.
- Cáceres, M., Brandle, G. y Ruiz, J. (2013). Comunicación interpersonal en la web 2.0. Las relaciones de los jóvenes con desconocido. *Revista Latina de Comunicación Social*, 68.
- Callejo, J. (2002). La emergencia de una nueva concepción de la familia entre las y los jóvenes españoles. *Estudios de Juventud*, 90, 43-66. Recuperado de: <http://www.injuve.es/sites/default/files/RJ90-07.pdf>.
- Callejo, J. (2010). *La privatización de las relaciones sociales. El cambio en al cultura y el modo de vida de los jóvenes españoles 1960-2005 (Tesis doctoral)*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Callejo, J., Prieto, C. y Ramos, R. (2008). Cambios generales en el tiempo del trabajo profesional y de cuidados. En C. Prieto, R. Ramos y J. Callejo (Eds.), *Nuevos tiempos del trabajo: Entre la flexibilidad competitiva de las empresas y las relaciones de género* (pp. 5-48). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Cano, J. y Moral, F. (2005). El sí mismo desde la teoría de la idenidad social. *Escritos de psicología*, 7, 59-70.
- Canteras, A. (2004). *Los jóvenes en un mundo en transformación*. Madrid: Insituto de la Juventud.
- Canteras, A. (2001). Los nuevos modos de crear de los jóvenes: un interpretación sociológica. *Revista Estudios de Juventud*, 53, 9-18. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista53-1.pdf>.
- Canteras, A. (2003). *Sentido, valores y creencias de los jóvenes*. Recuperado de <http://www.injuve.es/observatorio/valores-actitudes-y-participacion/sentido-valores-y-creencias-de-los-jovenes>
- Canteras, A. (2008). La muta religiosa. En E. Bericat, *El fenómeno religioso: Presencia de la religión y la religiosidad en las sociedades avanzadas* (pp. 149-164). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.

- Carabaña, J. y Lamo de Espinosa, E. (1978). La teoría social del interaccionismo simbólico: Análisis y valoración crítica. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 1, 159-203.
- Carretero, M. (1985). Teorías de la adolescencia. En A. Marchesi, M. Carretero, J. Palacios y (comp.), *Psicología evolutiva 3: Adolescencia, madurez y senectud* (pp. 13-36). Madrid: Alianza.
- Carvajal, D. (2001). Herramientas informáticas para el análisis cualitativo. *Nómadas*, 14, 252-259.
- Casal, J., Merino, R. y García M. (2011). Pasado y futuro del estudio sobre la transición de los jóvenes. *Papers*, 96(4), 1139-1162.
- Casal, J., García, M., Merino, R. y Quesada, M. (2006). Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Papers*, 79, 21-48.
- Castells, M. (1997). *La sociedad en red. El poder de la identidad* (Vol. 2). Madrid: Alianza.
- Cea, M. (2002). *Análisis multivariantes: Teoría y práctica en la investigación social*. Madrid: Síntesis .
- Charon, J. M. (1992). *Symbolic Interactionism: An Introduction, An interpretation, An integration* (7ª ed.). Upper Saddle River, Nueva Jersey: Pearson Prentice Hall.
- Codina, N. (1998). Autodescripción en el TST: posibilidades y límites. *Psicología y Sociedade*, 10(1), 23-38.
- Coleman, J. C. (2011). *The nature of adolescence*. Londres: Routledge.
- Coleman, J. C. y Hendry, L. (1999). *The nature of adolescence*. Londres: Routledge.
- Coleman, J. S. (1961). *The adolescent society: The social life of the teenager and its impacts on education*. Nueva York: The Free Press.
- Cooley, C. (2005). El yo espejo. *Cuadernos de información y comunicación*, 10, 13-26.
- Costa, M. (2007). Las mujeres en el mundo de la energía. En C. G. Martínez, *Las mujeres en la dirección de las empresas* (pp. 81-94). Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo.
- Cousins, S. (1989). Culture and self-perception in Japan and the United States. *Journal of Personality and Social Psychology*, 56, 124-131.
- Cuenca, M. (2000). *Ocio humanista* (Vol. 16). Bilbao : Universidad de Deusto. Recuperado de [http://www.deusto-publicaciones.es/ud/openaccess/ocio/pdfs\\_ocio/ocio16.pdf](http://www.deusto-publicaciones.es/ud/openaccess/ocio/pdfs_ocio/ocio16.pdf).
- Dávila, O. (2005). Adolescencia y juventud: de las nociones a los abordajes. *Última Década*, 21, 83-104.
- Deaux, K. y Martin, D. (2003). Interpersonal networks and social categories: Specifying levels of context in identity processes. *Social Psychology Quarterly*, 66(2), 101-117.
- Deschamps, J. y Devos, T. (1996). Relaciones entre identidad social e identidad personal. En J. F. Morales, D. Paéz, J. C. Deschamps y S. Worchel, *Identidad social: Aproximaciones psicosociales a los grupos y a las relaciones entre grupos* (pp. 39-55). Valencia: Promolibro.
- Díaz- Salazar, R. (2008). Institución religiosa y democracia en España. En A. Pérez- Agote y J. Santiago (Edits.), *Religión y política en la sociedad actual* (pp. 129- 148). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Díaz, C. (1997). El futuro familiar de las y los adolescentes actuales. *Estudios de Juventud*, 39, 107-117. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista39-8.pdf>.
- Díez, J. (1999). *Naciones divididas*. Madrid: CIS.
- Dobbelaere, K. (2008). La secularización: teoría e investigación. En A. Pérez-Agote y J. Santiago (Edits.), *Religión y política en la sociedad actual* (pp. 17-34). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Domínguez, M. (2012). La división del trabajo doméstico en las parejas españolas: Un análisis del tiempo. *Revista Internacional de Sociología*, 70, 153-179.
- Dubar, C. (2002). *La crisis de las identidades: La interpretación de una mutación*. Barcelona: Bellaterra.
- Durán, M. (2010). *Tiempo de vida y tiempo de trabajo*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Durkheim, E. (1973). *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Schapire.

- Durkheim, E. (1982). *Formas elementales de la vida religiosa: el sistema totémico en Australia*. Madrid: Akal Universitaria
- Eaton, L. y Louw, J. (2000). Culture and self in South Africa: individualism-collectivism predictions. *The Journal of Social Psychology*, 140(2), 210-217.
- Eisenstadt, S. (1956). *From generation to generation : age groups and social structure*. Londres: Routledge y Kegan Paul.
- Elliot, A. (2013). *Concepts of self*. Cambridge: Polity Press.
- Elliot, A. y Urry, J. (2010). *Mobile lives*. Nueva York: Routledge.
- Elzo, J. (2004). Tipología y socialización de las familias españolas. *Arbor*, 178(702), 205-209. Recuperado de <http://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/viewFile/566/567>.
- Elzo, J. (2001). Jóvenes y religión: comportamientos, creencias, actitudes y valores. *Revista de Estudios de Juventud*, 53, 19-32. Recuperado de: <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista53-2.pdf>.
- Elzo, J. (2006). *Los jóvenes y la felicidad: ¿Dónde la buscan? ¿Dónde la encuentran'*. Boadilla del Monte (Madrid): PPC.
- Elzo, J. (2008). El evolución socio-religiosa en España en los últimos años: una aproximación empírica. En E. Bericat, *El fenómeno religioso: Presencia de la religión y de la religiosidad en las sociedades avanzadas* (pp. 77-93). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Engelken, M. (2005). La metáfora de lo uno-múltiple: una reconceptualización dialógica de la identidad personal (una crítica al reduccionismo `posmodernista´). *Athenea Digital*, 7, 114-132.
- Enguita, M. (2008). Escuela pública y privada en España. *Revista de la Asociación de Sociología de la Educación*, 1(2), 42-69.
- Erikson, E. (1974). *Identidad, juventud y crisis*. Madrid: Losada.
- Erikson, E. (1976). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires: Hormé.
- Escobar, M. (1983). La autoidentidad: Problemas metodológicos del "Twenty Statements Test". *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 23(83), 31-51.
- Escobar, M. (1987). *La identidad social del parado*. Madrid: Ministerio de Trabajo y de la Seguridad Social.
- Escobar, M. (2007). Portales de identidad: coordenadas para la difusión y el conocimiento del yo. En J. Almaraz, J. Carabaña, E. Lamo de Espinosa, A. A. Pérez-Agote y M. R. R. Ramos, *Lo que hacen los sociólogos. Libro homenaje a Carlos Moya Valgañón*. (pp. 391-412). Madrid: CIS.
- Escobar, M. y Roman, H. (2011). La presentación del self en el ciberespacio: Un análisis de las autodefiniciones personales en blogs y redes sociales. *Revista de Psicología Social*, 26(2), 161-304.
- Escobar, M., Montes, E. y Sánchez-Sierra, M. (2015). Sentido, referencia y atribución en las descripciones personales: Una nueva perspectiva del TST. *Revista Española de Sociología*, 24, 25-41.
- Esteban, V. (2008). La secularización en entredicho: la revisión de un debate clásico de la sociología. En E. Bericat, *El fenómeno religioso: Presencia de la religión y la religiosidad en las sociedades avanzadas* (pp. 293-307). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Estévez, A., Villardón, L., Calvete, E. y Padilla, P. (2010). Adolescentes víctimas de cyberbullying: prevalencia y características. *Psicología conductual*, 18(1), 73-89.
- Feixa, C. (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Feixa, C. (2002). *Movimientos juveniles en la Península Ibérica: graffitis, grifotas, okupas*. Barcelona: Ariel.
- Feixa, C. (2006). Generación XX. Teorías sobre la juventud en la era contemporánea. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4(2), 21-45.
- Fernández, J. (1996). *Varones y mujeres. Desarrollo de la sobre realidad del sexo y del género* (pp. 47-62). Madrid: Pirámide.



- Fernández, J. (2000). ¿Es posible hablar científicamente de género sin presuponer una generología? *Papeles del psicólogo*, 75, Recuperado de: <http://www.papelesdelpsicologo.es/vernumero.asp?id=814>.
- Fernández-Llebrez, F. y Camas, F. (2010). *Cambios y persistencias en la igualdad de género de los y las jóvenes en España (1990- 2010)*. Madrid: INJUVE.
- Fierro, A. (1986). Desarrollo social y de la identidad en la adolescencia. En A. Marchesi, M. Carretero y J. Palacios, *Psicología evolutiva 3. Adolescenci, madurez y senectud* (pp. 95-139). Madrid: Alianza.
- Firth, S. (1984). *The sociology of youth*. Ormskirk (Reino Unido): Causeway.
- Flaquer, L. (1997). La emancipación familiar de los jóvenes. *Estudios de juventud*, 39, 37-45. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista39-3.pdf>.
- Fromm, E. (1971). *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós.
- Fuertes, A. (1996). Redefinición sexual y de género. En J. Fernández, *Varones y mujeres. Desarrollo de la doble realidad del sexo y del género* (pp. 189-212). Madrid: Pirámides.
- Fundación Bertelsmann. (2008). *Monitoreo religioso 2008: Panorama de actitudes y prácticas religiosas*. Recuperado de: [http://www.fundacionbertelsmann.org/fundacion/data/ESP/media/Monitoreo\\_Religioso\\_2008.pdf](http://www.fundacionbertelsmann.org/fundacion/data/ESP/media/Monitoreo_Religioso_2008.pdf)
- Fusi, J. (2000). *España. La evolución de la identidad nacional*. Madrid : Temas de Hoy .
- Fusi, J. (2006). *Identidades proscritas: El no nacionalismo en las sociedades nacionalistas*. Barcelona: Seix Barral.
- Galán, C. (2011). Homo loquens, homo virtualis. *Revista de Estudios de Juventud*, 93, 11-26. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/RJ93-04.pdf>.
- Gálvez, A. (Abril de 2005). La puesta en pantalla: rituales de presentación en un foro virtual universitario. *Revista de Universidad y Sociedad del Conocimiento*, 2(1), 1-15. Recuperado de <http://www.uoc.edu/rusc/dt/esp/galvez0405.pdf>.
- García, J. y Roca, J. (2003). *De la sotana al desapego: Panorámica de las relaciones entre juventud y religión en la España del siglo XX*. Recuperado de Centro de Documentación del Insituto Mexicano del a juventud: <http://cendoc.imjuventud.gob.mx/clar/revistas/centrorevista.php?revista=019003.swf>
- García-Leiva, P. (2005). Identidad de género: modelos explicativos. *Escrito de psicología*, 7, 71-81.
- Gatti, G. (2003). Las modalidades débiles de la identidad: De la identidad en los territorios vacíos. *Política y Sociedad*, 40(1), 87- 109.
- Gayo, M. (2010). ¿Es posible escapar del nacionalismo?. *Papers*, 95(2), 341-361.
- Gellner, E. (1983). *Naciones y nacionalismos*. Madrid: Alianza.
- Gergen, K. (1973). Social psychology as history. *Journal of personality and social psychology*, 26(2), 309-320.
- Gergen, K. (1992). *El yo saturado: dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós.
- Gergen, K. (1996). *Realidades y relaciones: aproximaciones a la construcción social*. Barcelona: Paidós.
- Ghiardo, F. (2004). Generaciones y juventud: Una relectura desde Mannheim y Ortega y Gasset. *Última Década*, 20, 11-46.
- Giddens, A. (1991). *Sociología*. Madrid: Alianza
- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Península.
- Gil Calvo, E. (2002). Emancipación tardía y estrategia familiar. *Estudios de juventud*, 58, 1-9. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/articulo1.pdf>.
- Giner, S., Lamo, E. y Torres (Eds.), C. (1998). *Diccionario de sociología*. Madrid: Alianza.
- Gleizer, M. (1997). *Identidad, subjetividad y sentido en la sociedades complejas*. México: FLACSO.
- Goffman, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Madrid: Amorrortu.

- Goffman, E. (1970). *Estigma: La identidad deteriorada*. Madrid: Amorortu.
- Goffman, E. (2007). *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid: CIS.
- González- Anleo, J. y González- Anleo, J. M. (2008). *Para comprender la juventud actual* . Estella (Navarra): Verbo Divino.
- González- Anleo, J., González, P., Elzo, J. y Carmona, F. (2004). *Jóvenes 2000 y religión*. Madrid: Fundación Santa María.
- González, M. (2010). ¿Pueden los clásicos decir algo nuevo sobre la identidad? Una revisión de las ideas de Bakhtin, Vygostky y Mead en tiempo identidad líquida. *Estudios de Psicología*, 3(2), 187-203.
- González-Anleo, J. (2008). El postcatólico español y el pluralismo religioso. En E. Bericat, *El fenómeno religioso: Presencia de la religión y la religiosidad en las sociedades avanzadas* (pp. 57-76). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Gordo, A. (2006). *Jóvenes y cultura messenger*. Madrid: INJUVE. Recuperado de <http://www.injuve.es/observatorio/infotecnologia/jovenes-y-cultura-messenger>.
- Grace, S. y Cramer, K. (2002). Sense of self in the new millenium: male and female student responses to the TST. *Social Behaviour and Personality*, 30(3), 271-280.
- Grande, I. y Abascal, E. (2005). *Análisis de Encuestas*. Pozuelo de Alarcón (Madrid): ESIC EDITORIAL.
- Gutiérrez, P. (2007). La ley de igualdad. En C. Martínez y P. González, *Las mujeres en la dirección de las empresas* (pp. 107-128). Santander: Universidad Internacional Menéndez Pelayo.
- Hall, S. (1904). *Adolescence: Its psychology and its relations to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion and educatio*. Nueva York: Appleton.
- Hernández, O. (2004). *Estadística elemental para ciencias sociales*. San José: Universidad de Costa Rica.
- Hewitt, J. (1984). *Self and society: a symbolic interactionist social psychology*. Boston: Allyn and Bacon.
- Hickman, C. y Kuhn, M. (1956). *Individuals, Groups and Economic Behavior*. Nueva York: The Dryden Press.
- Hitlin, S. (2003). Values as the cores of personal identity: Drawing links between two theories of self. *Social Psychology Quarterly*, 66(2), 118-137.
- Hockey, J. y James, A. (2003). *Social identities across the life course* . Londres: Pelgrave Macmillan.
- Hogg, M. y Williams, K. (2000). From I to we: Social identity and the collective self. *Group Dynamics: Theory, Research and Practice*, 4(1), 81-97.
- Hogg, M., Terry, D. y White, K. (1995). A tale of two theories: a critical comparison of identity theory with social identity theory. *Social Psychology Quarterly*, 58(4), 255-269.
- Hong, Y., Ip, G., Chiu, C., Morris, M. y Menon, T. (2001). Cultural identity and dynamic construction of the self: collective duties and individual right in chinese and american cultures. *Social cognition*, 19(3), 251-2668.
- Hornsey, M. (2008). Social identity theory and self- categorization theory: a historical review. *Social and Personality Psychology Compass*, 2(1), 204-222.
- Howard, J. A. y Hollander, J. (1997). *Gendered situations and gendered selves: a gender lens on social psychology*. Oxford: Rowman and Littlefield.
- Ibarra, P. (2000). ¿Qué son los movimientos sociales? En P. Ibarra y G. E., *Anuario de Movimientos Sociales 1999: Una mirada sobre la res* (pp. 9-26). Bsrcelona: Icaria.
- Iglesias, J. (1997). Los valores familiares de los jóvenes españoles. *Estudios de Juventud*, 39, 9-16. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista39-1.pdf>.
- INJUVE. (2008a). *Instituto de la Juventud de España*. Recuperado de <http://www.injuve.es/observatorio/demografia-e-informacion-general/informe-juventud-en-espana-2008>
- INJUVE. (2008b). *Sondeo de opinión. 1ª Encuesta. Valores e identidades*. Recuperado de <http://www.injuve.es/observatorio/valores-actitudes-y-participacion/valores-e-identidades>

- INJUVE. (2008c). *Sondeo de opinión. 3º Encuesta. Jóvenes e igualdad de género*. Madrid: INJUVE.
- INJUVE. (2010). *Informe Juventud en España*. Recuperado de [http://www.injuve.es/sites/default/files/2013/26/publicaciones/IJE2012\\_0.pdf](http://www.injuve.es/sites/default/files/2013/26/publicaciones/IJE2012_0.pdf)
- INJUVE. (2012). *Informe Juventud en España 2012*. Recuperado de [http://www.injuve.es/sites/default/files/2013/26/publicaciones/IJE2012\\_0.pdf](http://www.injuve.es/sites/default/files/2013/26/publicaciones/IJE2012_0.pdf)
- Instituto de la Mujer. (2010). *Usos del tiempo, estereotipos, valores y actitudes*. Madrid: Instituto de la Mujer.
- Íñiguez, L. (2001). Identidad: de lo personal a lo social. En E. Crespo y C. Soldevilla, *La constitución social de la subjetividad* (pp. 209-225). Madrid: Catarata.
- James, W. (1890). *Principles of psychology*. Nueva York: Holt and company.
- Jenkins, R. (2004). *Social identity*. Londres: Routledge.
- Jenkins, R. (2008). *Rethinking ethnicity: Arguments and explorations*. Londres: SAGE.
- Kanawaga, C., Cross, S. y Markus, H. (2001). "Who am I?" The cultural psychology of the conceptual self. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 27, 90-103. Recuperado de <http://www.sagepub.com/dimensionsofmulticulturalcounselingstudy/articles/section1/Article32.pdf>.
- Kashima Y., Yamaguchi, S., Kim, U., Choi, S. C., Gelfand, M. y Yuki, M. (1995). Culture, gender and self: a perspective from individualism-collectivism research. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69, 925-937.
- Kelman, H. (1983). Nacionalismo e identidad nacional: un análisis psicosocial. En J. Torregrosa y B. (. SARABIA, *Perspectivas y contextos de la psicología* (pp. 241-268). Barcelona: Hispano-Europea.
- Kroger, J. (1989). *Identity in adolescence: the balance between self and other*. Londres: Routledge.
- Kroger, J. (2000). *Identity development: Adolescence through Adulthood*. Londres: Sage.
- Kuhn, M. (1960). Self-Attitudes by Age, Sex and Professional Training. *Sociological Quarterly*, 39-55.
- Kuhn, M. y McPartland, T. (1954). An empirical investigation of self-attitudes. *American Sociological Review*, 68-76.
- Laespada, M. y Pallares, J. (2001). ¿Qué hacen? *Revista Estudios de Juventud*, 54, 47-52. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista54-3.pdf>.
- Lalwani, A. K. y Shavitt, S. (2009). The "me" I claim to be: Cultural Self-Construal Elicits Self-Presentational Goal Pursuit. *Journal of Personality and Social Psychology*, 97(1), 88-102.
- Leal, E., Ramos, P. y Moreno, C. (2012). Características de las relaciones de amistad durante la adolescencia: diferencias entre chicos y chicas en España. *Revista de Psicologia da Criança e do Adolescente*, 3(2), 315-327. Recuperado de <http://revistas.lis.ulusiada.pt/index.php/rpca/article/view/82>.
- Leccardi, C. (2010). La juventud, el cambio social y la familia: de una cultura "de protección" a una cultura "de negociación". *Estudios de Juventud*, 58, 33-42. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/RJ90-06.pdf>.
- Leccardi, C. y Feixa, C. (2011). El concepto de generación en las teorías sobre la juventud. *Última década*, 34, 11-32.
- Liebling, K. (1992). Ethnic identity: Challenging the limits of social psychology. En G. M. Breakwell (Ed.), *Social psychology of identity and the self concept* (pp. 147-180). Londres: Surrey University Press.
- Llopis, A. (2007). Orquestando la imparcialidad: La mujer como agente de cambio en la alta dirección. En C. Martínez y P. González (Coor.), *Las mujeres en la dirección de las empresas* (pp. 129-166). Santander: Universidad Internacional .
- Loevinger, J. (1987). *Ego development*. Londres: Jossey-Bass.
- López, A. (2003). Cultura e identidades juveniles modernas: Consciencia generacional de los jóvenes españoles. En M. Morán y J. Benedicto, *Aprendiendo a ser ciudadanos*.

*Experiencias sociales y construcción de la ciudadanía entre los jóvenes* (pp. 17-38). Madrid: INJUVE.

- López, A. (2006). La familia como respuesta a las demandas de individualización: ambivalencias y contradicciones. *Papers*, 79, 263-284. Recuperado de <http://papers.uab.cat/article/view/v79-lopez>.
- López, J. (2004). Una aproximación a la crisis de las identidades y una propuesta de investigación empírica. *Gazeta de Antropología*, 20. Recuperado de [http://www.ugr.es/~pwlac/G20\\_34JuanDeDios\\_Lopez\\_Lopez.html](http://www.ugr.es/~pwlac/G20_34JuanDeDios_Lopez_Lopez.html)
- Luckmann, T. (2008). Reflexiones sobre religión y moralidad. En E. Bericat, *El fenómeno religioso: Presencia de la religión y la religiosidad en las sociedades avanzadas* (pp. 15-40). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Mackie, M. (1983). The Domestication of Self: Gender Comparisons of Self-Imagery and Self-Esteem. *Social Psychology Quarterly*, 46(4), 343-350.
- Madson, L. y Trafimow, D. (2001). Gender comparisons in the private, collective, and allocentric selves. *The Journal of Social Psychology*, 141(4), 551-559.
- Magliavacca, M. (2010). Familia y trabajo en la Europa mediterránea. *Estudios de Juventud*, 90, 205-224. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/RJ90-15.pdf>.
- Manheim, J. y Richard, C. (1986). Construcción de una teoría: conceptos e hipótesis en Ciencia Política. En J. Manheim y C. Richard, *Análisis político empírico: Métodos de investigación en Ciencia Política* (pp. 29-49). Madrid: Alianza Universidad Textos.
- Manis, J. y Meltzer, B. (1978). *Symbolic Interaction: a Reader on Social Psychology*.
- Mannheim, K. (1993). El problema de las generaciones. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 62, 193-242.
- Marcia, J. (1966). Development and validation of ego identity status. *Journal of Personality and Social Psychology*, 3, 551-558.
- Markus, H. y Kitayama, S. (1991). Culture and the self: implications for cognition, emotion and motivation. *Psychological Review*, 98(2), 224-253.
- Martín Serrano, M. (2002). La prolongación de la etapa juvenil de la vida y sus efectos en la socialización. *Estudios de Juventud*, 56, 103-118.
- Martucelli, D. (2007). *Gramáticas del individuo*. Madrid: Losada.
- McCall, G. y Simmon, J. (1966). *Identities and interactions*. Nueva York: Free Press.
- McPartland, T. (1971). *Manual for the Twenty Statements Test*. Kansas City (Misuri) : Kansas City Mental Health Foundation.
- Mead, G. (1930). Cooley's Contribution to American Social Thought. *American Journal of Social Thought*, 35, 693-695.
- Mead, G. (1973). *Espíritu, persona y sociedad*. (F. Mazía, Trad.) Buenos Aires: Paidós.
- Mead, M. (1928). *Coming on age in Samoa: a psychological study of primitive youth for western civilization*. Nueva York: William Morrow.
- Megías, E., Elzo, J., Megías, I., Méndez, S., Navarro, F. J. y Rodríguez, E. (2002). *Hijos y padres: comunicación y conflictos*. Madrid: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción.
- Megías, I., Rodríguez, E., Méndez, S. y Pallarés, J. (2005). *Jóvenes y sexo*. Madrid: INJUVE.
- Meltzer, B. (1978). Mead's social psychology. En M. J.G. y B. N. Meltzer, *Symbolic interaction: a reader in social psychology* (pp. 15-17). Boston: Allyn y Bacon.
- Meltzer, B., Petras, J. y Reynolds, L. (1975). *Symbolic interactionism: Genesis, varieties and criticism*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- Melucci, A. (1994). Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales. *Zona abierta*, 69, 153-180.
- Menard, S. (2010). *Logistic regression: From introductory to advanced concepts and applications*. Londres: SAGE.
- Miller, H. y Arnold, J. (2003). Self in web home pages: gender, identity and power in cyberspace. En G. Riva y C. (. Galimberti, *Towards cyberPsychology: mind, cognitions and society in the Internet age* (pp. 74-94). Amsterdam: IOS Press.

- Molina, J. (2000). Juventud y tribus urbanas. *Última Década*, 13, 121-140.
- Moral, F. y Mateos, A. (1999). *La identidad nacional de los jóvenes y el Estado de la Autonomías*. Madrid: CIS.
- Moral, M. (2004). Jóvenes, redes sociales de amistad e identidad psicosocial: la construcción de las identidades juveniles a través del grupo de iguales. *Revista galego-portuguesa de psicología e educación*, 11(9), 183-203. Recuperado de: [http://ruc.udc.es/bitstream/2183/7011/1/RGP\\_11-12.pdf](http://ruc.udc.es/bitstream/2183/7011/1/RGP_11-12.pdf).
- Moreno, A. (2002). El mito de la ruptura intergeneracional en los jóvenes españoles. *Estudios de juventud*, 58, 1-16. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/articulo3.pdf>.
- Moreno, L. (2000). *Ciudadanos precarios: La última red de protección social*. Barcelona: Ariel.
- Moya, M. (1993). Categorías de género: consecuencias cognitivas sobre la identidad. *Revista de Psicología Social*, 8(2), 171-187.
- Mulford, H. y Salisbury, W. (1964). Self-Conceptions in a General Population. *Sociological Quarterly*, 5(1), 35-43.
- Munné, F. (1989). *Entre el individuo y la sociedad: Marcos y teorías actuales sobre el comportamiento interpersonal*. Barcelona: Promociones y publicaciones universitarias.
- Ortega y Gasset, J. (1965). *En torno a Galileo: Esquema de las crisis*. Madrid: Espasa-Calve.
- Owens, T., Robinson, D. y Smith-Lovin, L. (2010). Three faces of identity. *Annual Review of Sociology*, 6, 477- 499.
- Pallarés, J. y Cembranos, F. (2001). La marcha, la pugna por el espacio. *Revista Estudios de Juventud*, 54, 35-45- Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista54-2.pdf>.
- Pallarés, J. y Feixa, C. (2000). Espacios e itinerarios para el ocio juvenil. *Revista de Estudios de Juventud*, 50, 23-41. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista50-2.pdf>.
- Parsons, T. (1942). Age and Sex in the Social Structure of the United States. *American Sociological Review*, 7(5), 604-616.
- Pastor, R. (1996). Realización sexual y de género: implicaciones psicosociales. En J. Fernández, *Varones y mujeres. Desarrollo de la doble realidad del sexo y del género* (pp. 253-283). Madrid: Piramide.
- Pérez, V., Chuliá, E. y Valiente, V. (2000). *La familia española en el año 2000: Innovación y respuesta de las familias a sus condiciones económicas, políticas y culturales*. Madrid: Fundación Argentaria.
- Pérez-Agote, A. (1986). *La reproducción del nacionalismo: El caso vasco*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Pérez-Agote, A. (2008a). Altar y trono: sociología histórica de las relaciones Iglesia- Estado en España. En A. Pérez-Agote y J. Santiago (Edits.), *Religión y política en la sociedad actual* (pp. 87-128). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Pérez-Agote, A. (2008b). La secularización española. En A. Pérez- Agote y J. Santiago (Edits.), *Religión y política en la sociedad actual* (pp. 171-192). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Pérez-Agote, A. (2010). La irreligión de la juventud española. *Revista de Estudios de Juventud*, 91, 49-64. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/2012/44/publicaciones/revista-91-completa.pdf>.
- Pérez-Agote, A. y Santiago, J. A. (2005). *La situación de la religión en España a principios del siglo XXI*. Madrid: CIS.
- Peris, R. y Agut, S. (2007). Evolución conceptual de la Identidad Social. El retorno de los procesos emocionales. *Revista Electrónica de Motivación y Emoción*. Recuperado de <http://reme.uji.es/articulos/numero26/article2/article2.pdf>
- Pinilla, R. (2011). La comunicación de la juventud en los blogs: nuevos diarios para nuevos tiempos. *Revista Estudios de Juventud*, 93, 117-126. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/2012/22/publicaciones/blogs.pdf>.

- Prado del, A., Church, A., Katigbak, M., Miramontes, L., Whitty, M., Curtis, G., Reyes, J. (2007). Culture, method, and the content of self-concepts: testing trait, individual-self-primacy, and cultural psychology perspectives. *Journal of Research in Personality*, 41(6), 1119-1160.
- Prensky, M. (2001). Digital Natives, Digital Immigrants. *On the horizon*, 9(5), Recuperado de <http://www.marcprensky.com/writing/Prensky%20%20Digital%20Natives,%20Digital%20Immigrants%20-%20Part1.pdf>.
- Ramírez, E. (1991). *De jóvenes y sus identidades: Socioantropología de la etnicidad en Euskadi*. Madrid: CIS.
- Requena, M. (2002). Juventud y dependencia familiar en España. *Estudios de Juventud*, 58, 1-13. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/58articulo2.pdf>.
- Revilla, J. (1998). *La identidad personal de los jóvenes: Pluralidad y autenticidad*. Madrid: Entinema.
- Revilla, J. (2001). La construcción discursiva de la juventud: lo general y lo particular. *Papers*, 63/64, 103-122.
- Revilla, J. (2003). Los anclajes de la identidad personal. *Athenea. Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 4, 54- 67.
- Rhee, E., Uleman, J., Roman, R. y Lee, H. (1995). Spontaneous self-descriptions and ethnic identities in individualistic and collectivistic cultures. *Journal of Personality and Social Psychology*, 69(1), 142-152.
- Ritzer, G. (1993). *La teoría sociológica contemporánea*. Aravaca, Madrid: McGraw-Hill.
- Rockwell, P. (1979). *The making of symbolic interactionism*. Totowa, Nueva Jersey: Rowman y Littlefield.
- Rodrigo, M. y Medina, P. (2006). Posmodernidad y crisis de identidad. *Revista Científica de Información y Comunicación*, 3, 125-146. Recuperado de <http://institucional.us.es/revistas/comunicacion/3/art8.pdf>.
- Rodríguez, E. (2010). Socialización y referentes socio-grupales en la construcción de la identidad juvenil. *Educación y Futuro*, 22, 55-69.
- Rodríguez, E. y Megías, I. (2001). Estructura y funcionalidad de las formas de diversión nocturna: Límites y conflictos. *Revista de Estudios de Juventud*, 9-34. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/Revista54-1.pdf>.
- Rodríguez, M. C. y Peña, J. V. (2005). Identidad de género y contexto escolar: una revisión de modelos. *REIS*, 112(5), 165-194.
- Rojas, R. (1991). *Guía para realizar investigaciones sociales*. México D.F.: Plaza y Valdez.
- Rosenberg, M. (1979). *Conceiving the self*. Nueva York: Basic Books.
- Rosenberg, M. (1989). Self-Concept Research: A Historical Overview. *Social Forces*, 68(1), 34-44.
- Ruano Y. (2008). Modernidad y secularización: El nuevo rostro de la religión. En A. Pérez- Agote y J. Santiago (Edits.), *Religión y política en la sociedad actual* (pp. 35-50). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Rubio, A. (2010). Generación digital: patrones de consumo de Internet, cultura juvenil y cambio social. *Revista de Estudios de Juventud*(88), 201-222. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/RJ88-14.pdf>.
- Salkind, N. (1999). *Métodos de investigación*. Mexico : Prentice Hall .
- Sampieri, R., Collado, C. y Baptista, P. (1998). *Metodología de la investigación*. México D.F.; Mc Graw Hill.
- San Cornelio, G. (2002). *Cartografías de la identidad: Seis itinerarios para la reflexión en torno a la producción artística y comunicativa en la era digital*. (Tesis doctoral). Recuperado de <http://riunet.upv.es/handle/10251/2621>.
- Sánchez-Navarro, J. y Aranda, D. (2011). Internet como fuente de información para la vida cotidiana de los jóvenes españoles. *El profesional de la información*, 20(1), 32-37. Recuperado de <http://www.elprofesionaldelainformacion.com/contenidos/2011/enero/04.pdf>.

- Santamaría, A., Mata de la, M., Hansen, T. y Ruiz, L. (2010). Cultural self-construals of Mexican, Spanish and Danish college students: Beyond independent and interdependent self. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 41(3), 471-477.
- Santiago, J. (2008). Dimensión consecuencial y estructura social de la vida religiosa en España. En A. Pérez- Agote y J. Santiago (Edits.), *Religión y política en la sociedad actual* (pp. 193-230). Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Santrock, J. (2004). *Adolescencia*. Madrid: McGraw-Hill.
- Sarena, N. (2007). Los jóvenes en la red: qué piensan y qué dicen acerca de sus experiencias de socialidad e identidad y cómo es posible trascender el anonimato y la inmaterialidad que plantea internet. *Questión. Revista especializada en periodismo y comunicación*, 1(15), Recuperado de <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/429>.
- Scandroglio, B., López, J. y San José, M. (2008). La teoría de la identidad social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias. *Psicothema*, 20(1), 80-89.
- Schirwian, K. (1964). Variations in structure of the Kuhn-McPartland's Twenty Statements Test and related responses differences. *The Sociological Quarterly*, 5(1), 47-59.
- Sennet. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Serapio, A. (2006). Realidad psicosocial: La adolescencia actual y su temprano comienzo. *Revista de Estudios de Juventud*, 73, 11-24.
- Serrano, A. (1998). Manifestaciones étnicas y cívico territoriales de los nacionalismos. *REIS*, 82/98, 97-125.
- Sierra, R. (1988). *Técnicas de investigación social. Teoría y ejercicios*. Madrid: Paraninfo.
- Silva, J. (2002). Juventud y tribus urbanas: en busca de la identidad. *Última Década*, 17, 117-130.
- Silva, L. y Barroso, I. (2004). *Regresión logística*. Madrid: La Muralla.
- Silvestre, N., Solé, M., Pérez, M. y Jodar, M. (1995). *Psicología evolutiva: Adolescencia, edad adulta y vejez*. Barcelona: CEAC.
- Solé Blanch, J. (. (2007). Los jóvenes y sus prácticas culturales a través de las TIC. *Universitas Terraconensis. Revista de Ciències de l'Educació*, 1, 151-159. Recuperado de <http://pedagogia.fcep.urv.cat/revistaut/revistes/juny07/article09.pdf>.
- Somech, A. (2000). The independent and the interdependent selves: different meanings in different cultures. *International Journal of Intercultural Relations*, 24, 161-172.
- Sorell, G. y Montgomery, M. (2001). Feminist perspectives on Erikson's theory: their relevance for contemporary identity development research. *Identity: an international journal of theory and research*, 1(2), 97-128.
- Souto, S. (2007). *Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto social*. Recuperado de <http://www.historia-actual.org/Publicaciones/index.php/haol/article/view/208/196>
- Steingress, G. (2008). Todo lo que existe no se desvanece en el aire: Sobre la religiosidad como forma ideológica de la ambivalencia. En E. Bericat, *El fenómeno religioso: Presencia de la religión y la religiosidad en las sociedades avanzadas* (pp. 135-148). Sevilla: Centro de Estudios Andaluces.
- Stets, J. y Burke, P. (2003). A sociological approach to self and identity. En M. R. Leary, y T. J. P., *Handbook of self and identity* (pp. 128-152). Nueva York: Guilford .
- Strauss, A. (1978). *Negotiations: Varieties, proceses and social order*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Stryker, S. (1983). Tendencias teóricas de la psicología social. En J. R. Torregrosa y B. (. Sarabia, *Perspectivas y contextos de la psicología social* (pp. 13-72). Barcelona: Hispano Europea.
- Stryker, S. (1987). The vitalization of symbolic interactionism. *Social Psychology Quarterly*, 50(1), 83-94.
- Stryker, S. (2008). From Mead to a structural Symbolic Interactionism. *Annual Reiview of sociology*, 34, 15-31.
- Stryker, S. y Burke, P. (2000). The past, present and future of an identity theory. *Social Psychology Quarterly*, 63(4), 285-297.

- Stryker, S. y Serpe, R. (1982). Commitment, identity salience, and role behavior: A theory and research example. En W. Ickes, *Personality, roles and social behavior* (pp. 199-218). Nueva York: Springer-Verlag.
- Taberero, C., Aranda, D. y Sánchez-Navarro, J. (2010). Juventud y tecnologías digitales: espacios de ocio, participación y aprendizaje. *REvista de Estudios de Juventud*, 88, 77-96. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/RJ88-07.pdf>.
- Tajfel, H. (1983). Psicología social y contexto social. En J. R. Torregrosa y B. Sarabia, *Perspectivas de la psicología social actual* (pp. 177-215). Barcelona: Hispano Europea.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales: Estudios de psicología social*. Barcelona: Herder.
- Tajfel, H. y Turner, J. (1986). Social identity theory and intergroup behavior. En W. G. Austin y S. Worchel, *Psychology of intergroup relations* (pp. 276-293). Chicago: Nelson-Hall.
- Tajfel, H., Flament, C., Billing, M. y Bundy, R. (1971). Social categorization and intergroup behavior. *European Journal of Social Psychology*, 1, 149-177.
- Tarrow, S. (1997). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y política*. Madrid: Alianza.
- Tezanos, J., Villalón, J., Díaz, V y Bravo, V. (2010). *El horizonte social y político de la juventud española*. Recuperado de <http://www.injuve.es/sites/default/files/9275-01.pdf>
- Tezanos, J., Villalón, J. y Díaz, V. (2008). *Tendencias de cambio de las identidades y valores de la juventud en España 1995-2007*. Recuperado de <http://www.injuve.es/observatorio/valores-actitudes-y-participacion/tendencias-de-cambio-de-las-identidades-y-valores-de-la-juventud-en-espana-1995-2>
- Thasher, F. (1972). *The gang: A Study of 1,313 gangs in Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.
- Thompson, J. (2003). La transformación de la visibilidad. *Estudios Públicos*, 90, 273-296. Recuperado de [http://www.cepchile.cl/dms/archivo\\_3197\\_1476/rev90\\_thompson.pdf](http://www.cepchile.cl/dms/archivo_3197_1476/rev90_thompson.pdf).
- Torregrosa, J. (1983). Sobre la identidad personal como identidad social. En J. Torregrosa y B. Sarabia, *Perspectivas y contextos de la psicología social* (pp. 217-240). Barcelona: Hispano Europea.
- Torregrosa, J. (1972). *La juventud española: conciencia generacional y política*. Barcelona : Ariel.
- Torregrosa, J. y Sarabia, B. (1983). *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.
- Trafimow, D., Silverman, E., Fan, R. y Law, J. (1997). The effects of language and priming on the relative accessibility of the private self and the collective self. *Journal of Cross-cultural Psychology*, 28(1), 107-123.
- Trafimow, D., Triandis, H. C. y Goto, S. (1991). Test of the distinction between the private self and the collective self. *Journal of Personality and Social Psychology*, 60(5), 649-655.
- Triandis, H. (1989). The self and social behaviour in differing cultural contexts. *Psychological Review*, 96(3), 506-520.
- Triandis, H., McCusker, C. y Hui, C. (1990). Multimethod probes of individualism and collectivism. *Journal of Personality and Social Psychology*, 59(5), 1006-1020.
- Tucker. (1966). Some methodological problems with Kuhn's theory. *Sociological Quarterly*, 7(3), 345-358.
- Turner, J. (1989). *Redescubrir el grupo social : una teoría de la categorización del yo*. Madrid: Morata.
- Urraco, M. (2007). La sociología de la juventud revisitada: De discursos, estudios e "historias" sobre los "jóvenes". *Intersticios. Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 1(2), 105-126.
- Ursua, N. (2008). La(s) identidad(es) en el ciberespacio: Una reflexión sobre la construcción de las identidades en la red ("online Identity"). *Ontology Studies*, 8, 277-296.
- Vergara, A. y Paéz, D. (1993). Revisión teórico-metodológica de los instrumentos para la medición de la identidad de género. *Revista de Psicología Social*, 8(2), 133-152.



- Villa de la, M. y Ovejero, A. (2013). Del Interaccionismo Simbólico a la Etnometodología: Conceptos fundacionales, diversificaciones e influencias. *Revista de Psicología Social y Personalidad*, 24(1), 1-19.
- Villalón, J. (2007). Las identidades sociales de lo jóvenes españoles: La edad como elemento clave de división. *Revista Sistema*, 197-198, 253-282.
- Wagner, P. (1997). *Sociología de la modernidad*. Barcelona: Herder .
- Wagner, P. (2001). *Theorizing modernity*. Londres: Sage.
- Wang, Q. (2001). Culture effects on adults' earliest childhood recollection and self-description: Implications for the relation between memory and the self. *Journal of Personality and Social Psychology*, 18(2), 220-233.
- Watkins, D. y Gerong, A. (1999). Language of response and the spontaneous self-concept: a test of the cultural accommodation hypothesis. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 30, 115-121.
- Watkins, D., Cheng, C., Mporfu, E., Olowu, S., Sing-Sengupta, S. y Regmi, M. (2003). Gender differences in Self-Contrual: How Generalizable Are Western Findings? *Journal of Social Psychology*, 143(4), 501-519.
- Watkins, D., Yau, J., Dahlin, B. y Wondimu, H. (1997). The Twenty Statements Test: Some measurement issues. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 28(5), 626-633.
- Weber, M. (1944). *Economía y sociedad*. Mexico: Fondo de Cultura Económica.
- Weber, M. (1998). *Ensayo sobre sociología de la religión*. Madrid: Taurus
- Zacarés, J.; Iborra, A., Tomás, J. y Serra, E. (2009). El desarrollo de la identidad en la adolescencia y adultez emergente: Una comparación de la identidad global frente a la identidad en dominios específicos. *Anales de psicología*, 25(2), 316-329.



# **ANEXOS**

---



**ANEXO A: Cuestionarios *Twenty Statements*  
*Test* y preguntas sociodemográficas  
( castellano, catalán y vasco)**

---



La Universidad de Salamanca está realizando un estudio internacional sobre identidad. Para hacerlo posible, nos gustaría que respondieras con la máxima sinceridad a las preguntas de este cuestionario, pues tus respuestas son completamente anónimas y serán tratadas confidencialmente.

Más abajo encontrarás veinte líneas numeradas en blanco. Escribe en ellas veinte respuestas a la pregunta ¿QUIÉN SOY YO? Responde como si esta pregunta te la hicieras a ti mismo y hazlo con cierta rapidez porque el tiempo está limitado a quince minutos.

- 1.- \_\_\_\_\_
- 2.- \_\_\_\_\_
- 3.- \_\_\_\_\_
- 4.- \_\_\_\_\_
- 5.- \_\_\_\_\_
- 6.- \_\_\_\_\_
- 7.- \_\_\_\_\_
- 8.- \_\_\_\_\_
- 9.- \_\_\_\_\_
- 10.- \_\_\_\_\_
- 11.- \_\_\_\_\_
- 12.- \_\_\_\_\_
- 13.- \_\_\_\_\_
- 14.- \_\_\_\_\_
- 15.- \_\_\_\_\_
- 16.- \_\_\_\_\_
- 17.- \_\_\_\_\_
- 18.- \_\_\_\_\_
- 19.- \_\_\_\_\_
- 20.- \_\_\_\_\_

GRACIAS POR TU COLABORACIÓN

**INSTRUCCIONES:** Rodea con un círculo el número de tu respuesta, o escribe literalmente el número o palabras de la contestación.

**P.1 ¿Eres chica o chico?**

- Chica .....1
- Chico .....2

**P.2 ¿Qué edad tienes? \_\_\_\_\_**

**P.3 ¿Dónde naciste?**

- En esta ciudad .....1
- En otro lugar de la provincia .....2
- En esta comunidad autónoma .....3
- En otra comunidad autónoma de España .....4
- Fuera de España .....5

**P.4 Sin contarte tú ¿cuántas personas viven en tu casa?**

\_\_\_\_\_

**P.5 ¿Entre estas personas está**

- tu padre? .....1
- tu madre? .....2
- tu abuela? .....3
- tu abuelo? .....4

**P.6. ¿Y con cuántos hermanos vives? \_\_\_\_\_**

**P.7. ¿Estás saliendo con algún chico/a?**

- Si .....1
- No .....2

**P.8. ¿Qué estudios tiene completados tu madre?  
¿Y tu padre? M P**

- No sabe ni leer ni escribir ..... 1 1
- Sabe leer, pero no escribe ..... 2 2
- Saber leer y escribir, pero sin estudios..... 3 3
- Enseñanza básica o FP I..... 4 4
- Enseñanza secundaria o FP II ..... 5 5
- Estudios universitarios ..... 6 6
- No sabes ..... 9 9

**P.9 ¿En qué situación laboral se encuentra tu madre? ¿Y tu padre? M P**

- Empresario comerciante, autónomo ..... 1 1
- Trabaja para una empresa ..... 2 2
- Está buscando empleo ..... 3 3
- Es amo/a de casa..... 4 4
- Está jubilado/a ..... 5 5
- Falleció ..... 8 8
- No lo sabes..... 9 9

**P.10 ¿Cuál ha sido o es el último empleo de tu madre? (Explícalo lo máximo posible)**

\_\_\_\_\_

**P.11 ¿Y cuál ha sido o es el último empleo de tu padre? (Explícalo también lo máximo que puedas)**

\_\_\_\_\_

**P.12 De los siguientes electrodomésticos o aparatos ¿cuáles hay en tu casa?**

- Televisión ..... 1
- Lavadora .....2
- Equipo de música .....3
- DVD.....4
- Ordenador .....5
- Internet .....6
- Horno de microondas.....7

**P.13 ¿Y de los siguientes objetos, cuáles tienes tú?**

- Móvil ..... 1
- MP3.....2
- Bicicleta.....3
- Motocicleta.....4
- TV en tu habitación.....5
- Videoconsola .....6

**P.14 ¿Cuál es tu posición en relación con la religión?**

- Soy creyente y practicante ..... 1
- Creo en Dios, pero no soy practicante .....2
- Tengo dudas, pero soy creyente.....3
- No soy creyente .....4

**P.15 Si pudieras votar en la próximas elecciones generales, ¿por qué opción lo harías?**

\_\_\_\_\_

**P.16 Además del castellano, ¿qué otras lenguas hablas?**

\_\_\_\_\_

**P.17 Finalmente, ¿me podrías decir qué notas sacaste en Matemáticas y en Lengua el curso pasado?**

Matemáticas \_\_\_\_\_

Lengua \_\_\_\_\_



La Universitat de Salamanca està realitzant un estudi internacional sobre la identitat. Per fer-ho possible, ens agradaria que responguessis amb la màxima sinceritat les preguntes d'aquest qüestionari, ja que les teves respostes són completament anònimes i seran tractades confidencialment.

A continuació trobaràs vint línies numerades en blanc. Escriu-hi vint respostes a la pregunta **QUI SÓC JO?** Respon com si aquesta pregunta te la fessis a tu mateix i fes-ho amb certa rapidesa perquè el temps està limitat a quinze minuts

1.- \_\_\_\_\_

2.- \_\_\_\_\_

3.- \_\_\_\_\_

4.- \_\_\_\_\_

5.- \_\_\_\_\_

6.- \_\_\_\_\_

7.- \_\_\_\_\_

8.- \_\_\_\_\_

9.- \_\_\_\_\_

10.- \_\_\_\_\_

11.- \_\_\_\_\_

12.- \_\_\_\_\_

13.- \_\_\_\_\_

14.- \_\_\_\_\_

15.- \_\_\_\_\_

16.- \_\_\_\_\_

17.- \_\_\_\_\_

18.- \_\_\_\_\_

19.- \_\_\_\_\_

20.- \_\_\_\_\_

GRÀCIES PER LA TEVA COL·LABORACIÓ

**INSTRUCCIONS:** Encercla el número de la teva resposta , o escriu-hi literalment la teva contestació en l'espai reservat.

**P.1 Ets noia o noi?**

- Noia .....1
- Noi .....2

**P.2 Quina edat tens? \_\_\_\_\_**

**P.3 On vas néixer?**

- En aquesta ciutat .....1
- En un altre punt de la província .....2
- A Catalunya.....3
- En un altre punt d'Espanya .....4
- Fora d'Espanya .....5

**P.4 Sense comptar-te a tu mateix, quantes persones viuen a casa teva? \_\_\_\_\_**

**P.5 Entre aquestes persones hi ha**

- el teu pare?.....1
- la teva mare?.....2
- la teva àvia? .....3
- el teu avi?.....4

**P.6. I amb quants germans vius?\_\_\_\_\_**

**P.7. Surts amb algun noi/noia?**

- Si .....1
- No .....2

**P.8. Quins estudis ha finalitzat la teva mare? I teu pare?**

	Mare	Pare
- No sap llegir ni escriure.....	1	1
- Sap llegir, però no escriure .....	2	2
- Sap llegir i escriure, però sense estudis.....	3	3
- Ensenyament bàsic o FP I.....	4	4
- Ensenyament secundari o FP II .....	5	5
- Estudis universitaris.....	6	6
- No ho saps .....	9	9

**P.9 En quina situació laboral es troba la teva mare? I teu pare?**

	Mare	Pare
- Empresari, botiguer, autònom .....	1	1
- Treballa per a una empresa.....	2	2
- Cerca treball .....	3	3
- És mestressa de casa .....	4	4
- Està jubilat .....	5	5
- És mort .....	8	8
- No ho saps .....	9	9

**P.10 Quina ha estat o és l'última ocupació de la teva mare? (Explica-ho com més millor)**

\_\_\_\_\_

**P.11 Quin ha estat o és la seva última ocupació del teu pare? (Explica-ho també com més millor)**

\_\_\_\_\_

**P.12 Dels següents electrodomèstics o aparells, quins tens a casa?**

- Televisió .....1
- Rentadora .....2
- Equip de música.....3
- DVD .....4
- Ordinador.....5
- Internet .....6
- Forn microones.....7

**P.13 I dels següents objectes, quins tens tu?**

- Mòbil.....1
- MP3 .....2
- Bicicleta .....
- Motocicleta.....4
- TV a l'habitació .....
- Videoconsola.....6

**P.14 Quina és la teva posició en relació a la religió?**

- Sóc creient i practicant .....
- Crec en Déu, però no sóc practicant .....
- Tinc dubtes, però sóc creient.....3
- No sóc creient .....

**P.15 Si poguessis votar a les pròximes eleccions generals, quin partit votaries?**

\_\_\_\_\_

**P.16 A banda del castellà, quines altres llengües parles?**

1 \_\_\_\_\_ 1 \_\_\_\_\_

**P.17 Finalment, em podries dir quines notes vas treure a Matemàtiques i Llengua el curs pasat?**

Matemàtiques \_\_\_\_\_

Castellà \_\_\_\_\_

Català \_\_\_\_\_

Salamancako Unibertsitatea identitateari buruzko nazioarteko ikerketa bat burutzen ari da. Ikerketa egin ahal izateko, galdetegi honen galderari zintzotasun handienarekin erantzun diezaiezun gustatuko litzaiguke, zure erantzunak guztiz anonimoak direlako eta gainera modu konfidentzian erabiliko dira.

Jarraian zenbatutako hogeitaz hamar galderak aurki daitezke. Idatzi berorietan **NOR NAIZ NI?** galderaren hogeitaz hamar erantzun. Erantzun ezazu galdera hori zure buruari egingo bazen bezala eta egizu nolabaiteko arintasunez egiteko denbora 15 minutura mugatua bait dago.

- 1.- \_\_\_\_\_
- 2.- \_\_\_\_\_
- 3.- \_\_\_\_\_
- 4.- \_\_\_\_\_
- 5.- \_\_\_\_\_
- 6.- \_\_\_\_\_
- 7.- \_\_\_\_\_
- 8.- \_\_\_\_\_
- 9.- \_\_\_\_\_
- 10.- \_\_\_\_\_
- 11.- \_\_\_\_\_
- 12.- \_\_\_\_\_
- 13.- \_\_\_\_\_
- 14.- \_\_\_\_\_
- 15.- \_\_\_\_\_
- 16.- \_\_\_\_\_
- 17.- \_\_\_\_\_
- 18.- \_\_\_\_\_
- 19.- \_\_\_\_\_
- 20.- \_\_\_\_\_

**JARRAIBIDEAK:** Borobil batez inguratu zure erantzunaren zenbakia, edo idatzi hitzez hitz zure erantzuna horretarako gordetako espazioan.

**G.1 Neska edo mutila zara?**

- Neska.....1
- Mutila .....2

**G.2 Zenbat urte dituzu? \_\_\_\_\_**

**G.3 Non jaio zinen?**

- Hiri honetan .....1
- Probintziaren veste leku batetan.....2
- Euskadin.....3
- Espainiako beste leku batetan .....4
- Espainatik kanpo .....5

**G.4 Zu zenbatu gabe, zenbat persona bizi dira zure etxean?**

\_\_\_\_\_

**G.5 Pertsona hauen artean dago**

- zure aita? .....1
- zure ama? .....2
- zure amona? .....3
- zure aitona? .....4

**G.6. Eta, zenbat anaia-arrebarekin bizi zara? \_\_\_\_\_**

**G.7. Neska/mutilen batekin irteten ari zara?**

- Bai .....1
- Ez .....2

**G.8. Zein ikasteak ditu bukatuak zure amak? Eta zure aital??**

Ama Aita

- Ez daki ez irakurtzen ez idazten..... 1 1
- Badaki irakurtzen, baina ez idazten ..... 2 2
- Badaki irakurtzen eta idazten, baina ikaketariak gabea da ..... 3 3
- Oinarrizko hezkuntza edo LH I ..... 4 4
- Bigarren hezkuntza edo LH I..... 5 5
- Unibertsitate ikasketak ..... 6 6
- Ez dakizu..... 9 9

**G.9 Zein lan-egoeratan aurkitzen da zure ama? Eta zure aita?**

Ama Aita

- Enpresari merkataria, autónomoa da..... 1 1
- Enpresa batenzat egiten du lan..... 2 2
- Lan bila ari da..... 3 3
- Etxekoandrea/etxekoginoza da..... 4 4
- Erretiratua dago ..... 5 5
- Hilda dago ..... 8 8
- Ez dakizu..... 9 9

**G.11 Zein izan da edo da zure amaren lanpostua? (Azaldu ahalik eta gehien)**

\_\_\_\_\_

**G.12 Eta zein izan da edo da zure aitaren azken lanpostua? (Azaldu hau ere ahalik eta gehien)**

\_\_\_\_\_

**G.13 Ondorengo elektrotresna edo aparatuetatik zeintzuk daude zure etxean?**

- Telebista ..... 1
- Garbigailua .....2
- Musika-ekipoa.....3
- DVDa .....4
- Ordenagailua .....5
- Interneta.....6
- Mikrouhin-labea .....7

**G.14 Eta ondorengo objektuetatik, zeintzuk dituzi zuk?**

- Mugokorra ..... 1
- MP3a .....2
- Bizikleta.....3
- Motorra.....4
- TB zure gelan .....5
- Bideokontsola.....6

**G.15 Zein da zure jarrera erlijioaren inguruan**

- Fededuna naiz, eta praktikantea..... 1
- Jainloarengan sinisten dut, baina ez naiz praktikantea .....2
- Zalantzak ditut, baina fededuna naiz .....3
- Ez naiz fededuna.....4

**G.16 Hurrengo hauteskunde ororjorretan botua ematerik edukikok bazenu, zein alderdiri emango zenioke botua?**

**G.17 Euskaraz gain, zein hizkuntzak hitz agiten dituzu?**

\_\_\_\_\_

**G.18 Aztenik, esan ahalko zenidake zein notak atera zenituen Matematika eta Hizkuntzetan aurreko ikasturtean ?**

Matemáticas \_\_\_\_\_  
 Lengua \_\_\_\_\_  
 Euskara \_\_\_\_\_

## **ANEXO B: Pruebas para el cálculo de los conglomerados k medias**

---



Como se aprecia en la tabla 32, cuando se aplicaron 3 conglomerados se perdía la posibilidad analizar un grupo en el que predominara la consensualidad. Por su parte, si se comparan los resultados al considerar 5 conglomerados –tabla 33–, se observa que añadir un grupo más no mejora la capacidad su capacidad descriptiva y complejiza las interpretaciones. Además, en el caso de 3 y de 5 conglomerados se extrema la variación en el número de casos por grupo, en comparación con el de 4. Por tanto, se ha establecido esta cifra como la idónea para obtener perfiles más claramente definidos de datos.

**Tabla 32. Perfiles de repuesta según sentido del enunciado (3 conglomerados)**

	1	2	3
<b>CONSENSUALES</b>	2.45	8.75	2.71
<b>ACTITUDINALES</b>	16.70	9.79	7.24
<b>INDEFINICIONES</b>	.14	.41	.57
<b>Media de enunciados</b>	19.29	18.94	10.52
<b>Nª de casos</b>	686	221	205

Fuente: Elaboración propia

**Tabla 33. Perfiles del respuesta según sentido del enunciado (5 conglomerados)**

	1	2	3	4	5
<b>CONSENSUALES</b>	10.39	4.89	1.47	3.88	2.55
<b>ACTITUDINALES</b>	7.35	13.55	18.06	5.75	7.01
<b>INDEFINICIONES</b>	.39	.30	.09	8.63	.18
<b>Media de enunciados</b>	18.13	18.73	19.63	18.25	9.74
<b>Nª de casos</b>	114	382	433	8	175

Fuente: Elaboración propia

Igualmente en el caso de los conglomerados elaborados en función de los diferentes tipos de referentes, si solo se consideran 3 grupos –tabla 34–, se pierde a uno, que es el que corresponde a aquellos en los que predominan las respuestas biosociales. Por su parte, la clasificación en 5 grupos –tabla 35– se desestimó porque resultaba bastante similar a la de 4 –géricas, pocas, activas y biosociales– y el conglomerado extra que aporta apenas información. No hay que olvidar que se busca perfiles que sean los más claramente diferenciados entre sí para facilitar la interpretación de las características y sin que se pierda algún grupo que pueda ser relevante.

**Tabla 34. Perfiles de respuesta según las referencias (3 conglomerados)**

	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>3</b>
<b>ACTIVA</b>	2,70	<b>6,93</b>	1,89
<b>BIOSOCIALES</b>	1,75	3,69	1,75
<b>FAMILIARES</b>	,88	,94	,63
<b>GENERICAS</b>	<b>10,03</b>	1,16	1,03
<b>GRUPALES</b>	2,20	2,60	1,45
<b>SOCIAL</b>	1,50	1,58	1,02
<b>Media de referencias</b>	19,06	16,89	<b>7,77</b>
<b>Nª de casos</b>	117	343	652

Fuente: Elaboración propia

**Tabla 35. Perfiles de respuesta según las referencias (5 conglomerados)**

	<b>1</b>	<b>2</b>	<b>3</b>	<b>4</b>	<b>5</b>
<b>ACTIVA</b>	<b>7,13</b>	1,70	2,95	2,49	4,69
<b>BIOSOCIALES</b>	2,14	1,71	1,77	2,08	<b>10,72</b>
<b>FAMILIARES</b>	,86	,55	,53	1,33	1,00
<b>GENERICAS</b>	,89	,72	<b>12,74</b>	5,23	1,64
<b>GRUPALES</b>	2,62	1,36	1,98	2,32	1,93
<b>SOCIAL</b>	1,43	,98	1,13	1,67	1,83
<b>Media de referencias</b>	15,07	<b>7,01</b>	21,11	15,12	21,81
<b>Nª de casos</b>	309	551	62	132	58

Fuente: Elaboración propia



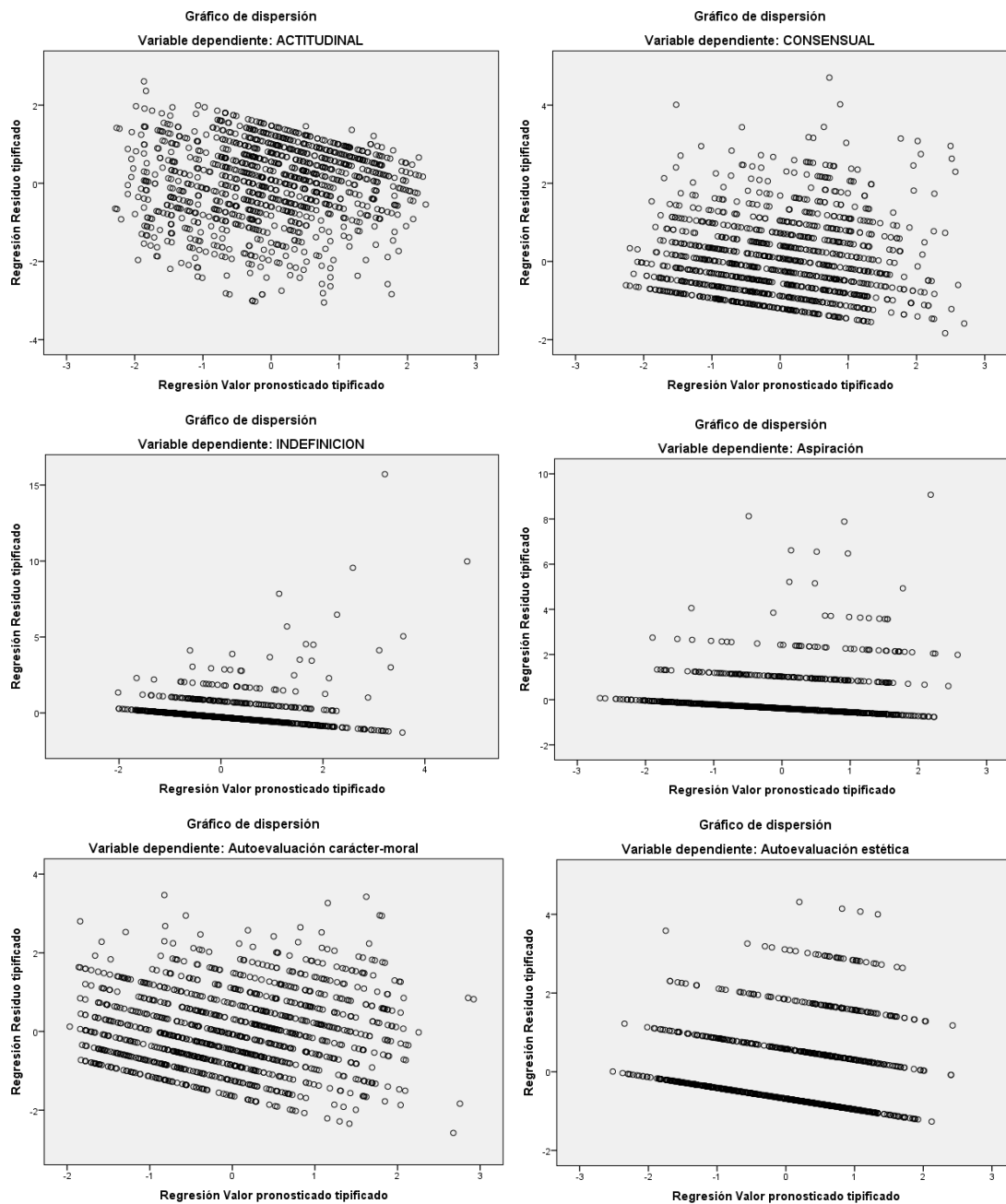
# **ANEXO C: Pruebas de normalidad y homocedasticidad para las variables dependientes**

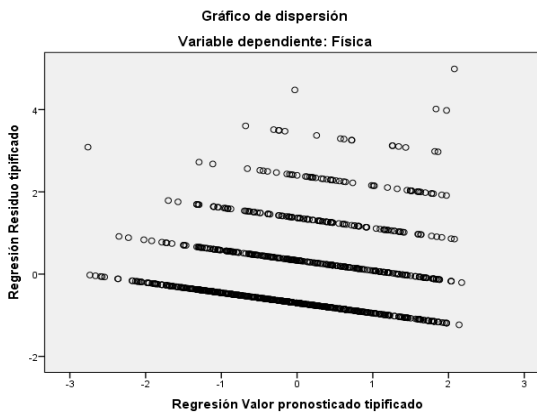
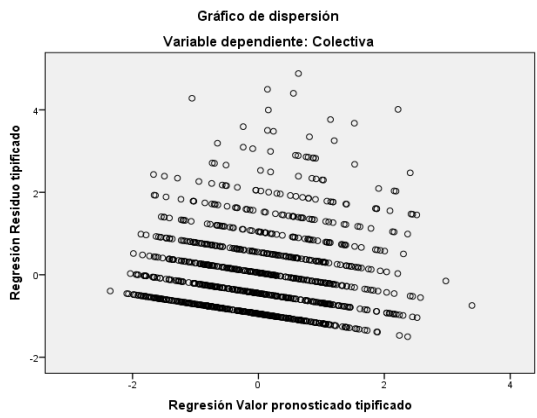
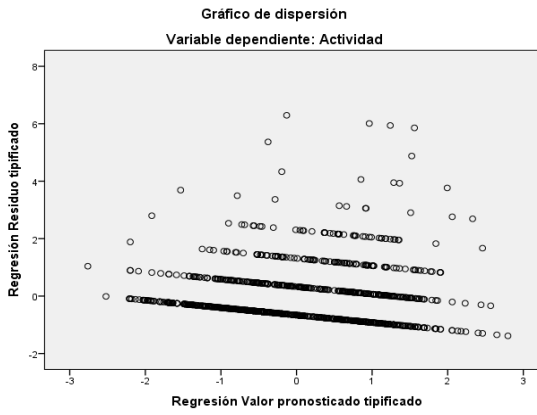
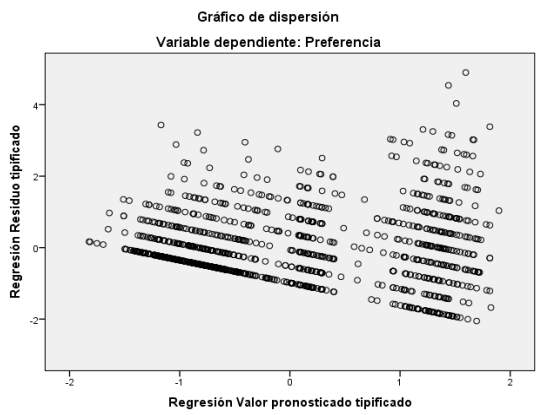
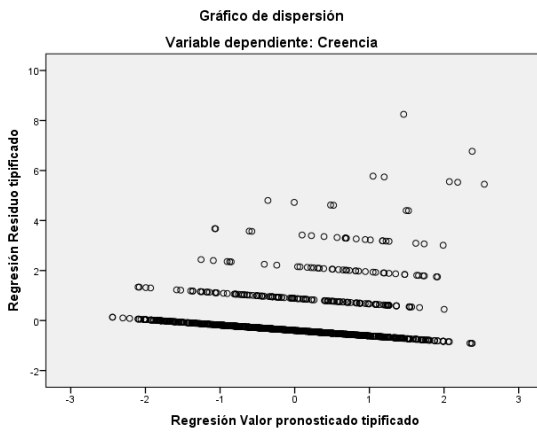
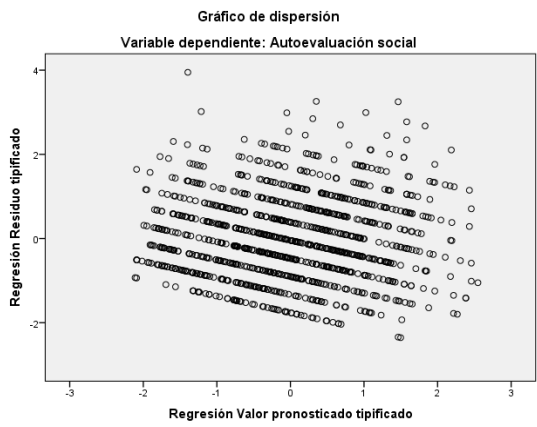
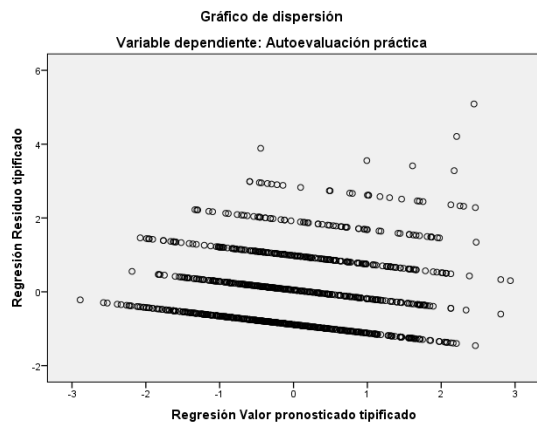
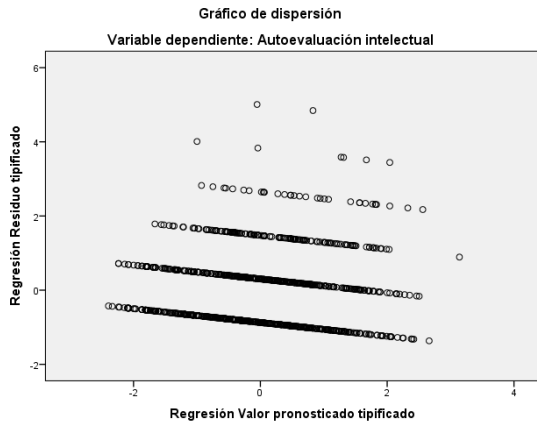
---

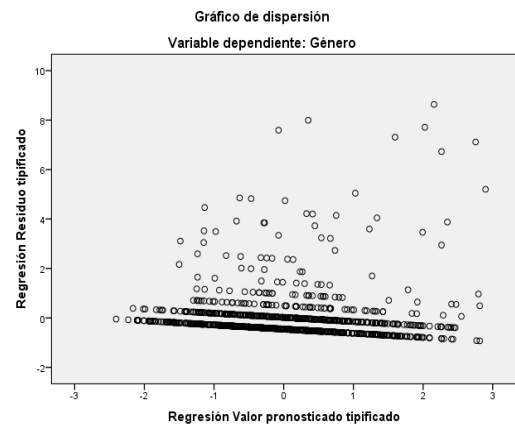
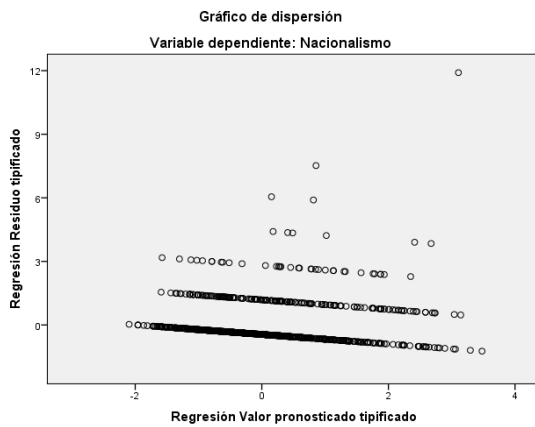
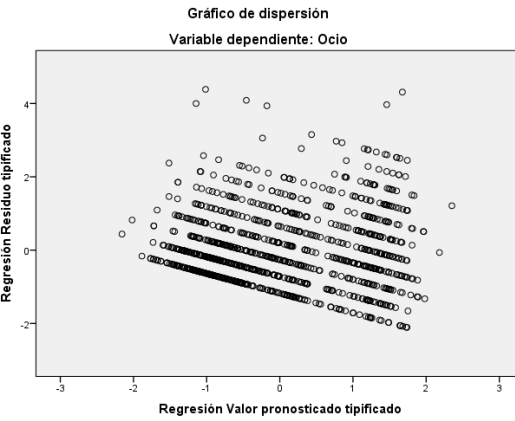
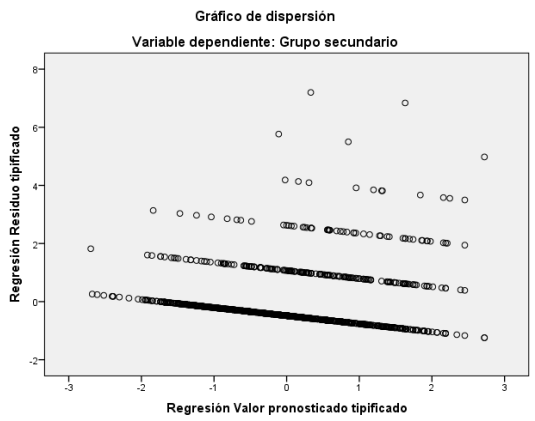
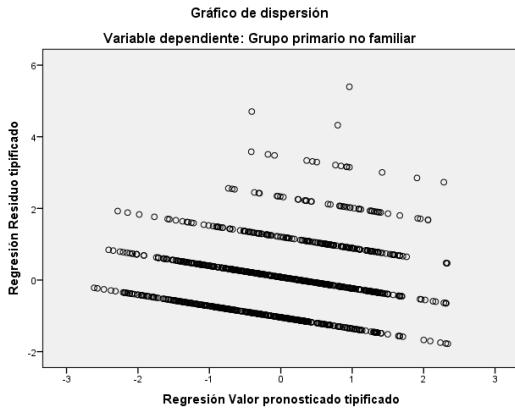
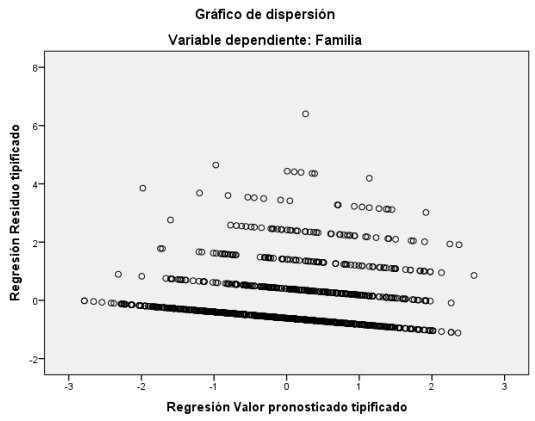
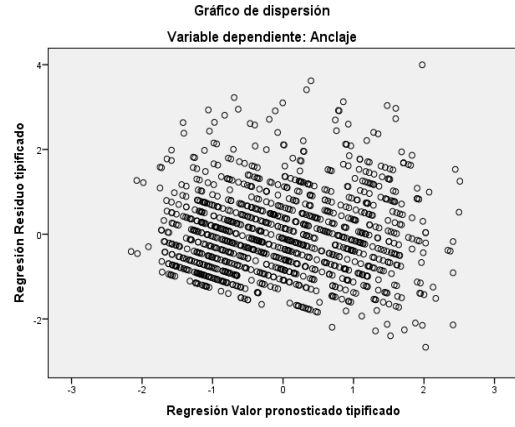
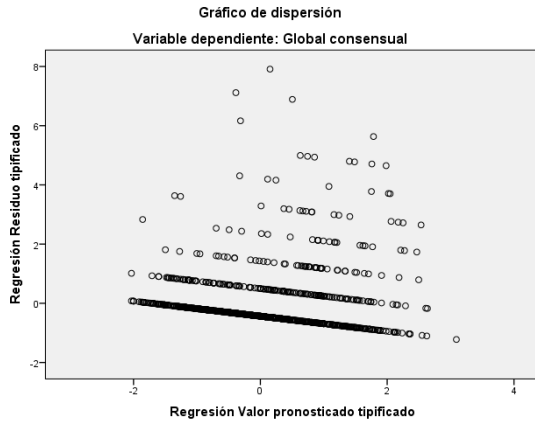


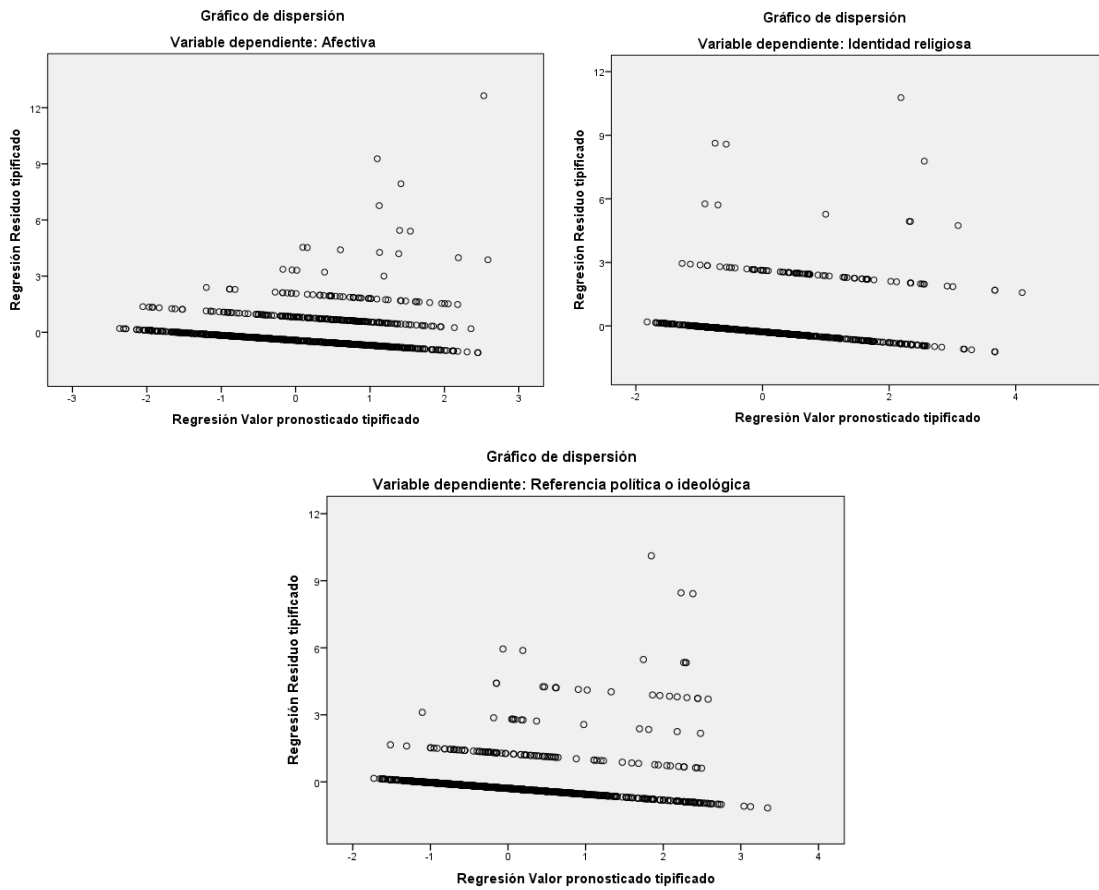
A continuación se muestran distintas pruebas realizadas que evidencian el incumplimiento de dos de los supuestos de la regresión múltiple, la homocedasticidad y la normalidad, para cada una de las variables dependientes –aunque en algunos casos solo se incumple uno-. El primero de ellos se evaluó mediante el gráfico de residuos tipificados y se puede comprobar que las variables muestran un patrón más característico de la heterocedasticidad que de la homocedasticidad (gráfico 7).

**Gráfico 7. Residuos tipificados según el valor pronosticado para cada variables dependiente**









Con respecto a la normalidad, las únicas variables que la cumplen son las actitudinales, las autoevaluaciones de carácter, las autoevaluaciones sociales y el anclaje social. No obstante, esta condición no es suficiente ya que, tal y como se comprobó no hay ningún caso que se ajuste al criterio de homocedasticidad.

**Gráfico 8. Histogramas de residuos tipificados y Gráfico P-P normal para cada variable dependiente**

